

MICHAEL
PEINKOFER



EL LIBRO
SECRETO DE
ASCALÓN

Año 1096. Conn, un joven ladrón, ve cómo su mundo se derrumba cuando su amada Nia es brutalmente asesinada. Decidido a seguir la pista al asesino, se convierte en testigo de un mortífero complot contra el trono de Inglaterra... y en un perseguido.

En su huida se une al ejército de cruzados que se dirige a Jerusalén. Entretanto, Isaac, un comerciante judío, y su hija Chaya también emprenden camino a Tierra Santa. Guardan un antiguo manuscrito de valor incalculable que indica el

camino al mayor de los secretos: «el Libro de Ascalón».

Aún no sospechan que los destinos de todos ellos están unidos, pues Guillaume de Rein, el asesino de Nia, también quiere apoderarse del libro...

Un peligroso viaje en la Edad Media para poner a salvo el libro secreto del que depende el futuro de la humanidad.

Título original: *Das Buch von Ascalon*

Michael Peinkofer, 2011

Traducción: Irene Saslavsky

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



*Para mis padres,
los mejores que hubiese
podido desear*

Personajes

(en orden alfabético)

| | |
|----------------------|-----------------------------------|
| Adhemar de Monteil | obispo y legado papal |
| Akiba Bar Akiba | rabino de la comunidad de Colonia |
| Bahram al-Armeni | oficial armenio |
| Baldric | caballero normando |
| Berengario | monje benedictino |
| Bernier de Castre | caballero provenzal |
| Bertrand | vasallo normando |
| Bohemundo de Tarento | comandante en jefe normando |

| | |
|--------------------------|--|
| Bovo | soldado lotaringio |
| Brian de Villefort | caballero provenzal |
| Caleb | hijo de Ezra Ben Salomon |
| Chaya | joven judía |
| Conwulf, llamado Conn | joven anglosajón |
| Daniel Bar Levi | <i>parnés</i> de Colonia |
| Dov Ben Amos | vendedor de tejidos, <i>parnés</i> de Acre |
| Duqaq, Abu Nasr al-Muluk | emir de Damasco |
| Eleanor de Rein | esposa del barón de Rein |
| Esteban de Blois | cuñado de Guillermo II |
| Eustacio de Privas | noble provenzal |

| | |
|-----------------------------|---|
| Ezra Ben Salomon | comerciante de Antioquía, hermano de Isaac Ben Salomon |
| Godofredo de Bouillon | comandante en jefe lotaringio |
| Guillermo II Rufo (el Rojo) | rey de Inglaterra |
| Guillaume de Rein | hijo del barón de Rein |
| Hassan al-Kubh | comandante de la guarnición de Acre |
| Hernaut | arquero lotaringio |
| Hugo le Chasseur | caballero lotaringio |
| Hugo de Monteil | hermano de Adhemar |
| Isaac Ben Salomon | comerciante judío <i>gabái</i> de la comunidad de |

Jakob Lachisch Colonia

Jamal ibn Jallik erudito y astrólogo

Kalonymos

Ben Gran Rabino de Maguncia

Meschullam

Kerbogha *atabey* de Mosul

Lethold de
Tournaye caballero lotaringio

Mardoqueo
Ben Neri comerciante de Colonia

Nia esclava galesa

Ranulfo
Flambard consejero de Guillermo II (el
Incendiario)

Remy vasallo normando

Renaldo de
Rein barón normando

Roberto, duque
de Normandía hermano de Guillermo II

Yaghi-Siyan emir de Antioquía

Prólogo

La luz de una vela ya casi completamente consumida proporcionaba una escasa visibilidad; hacía un buen rato que no alcanzaba a iluminar toda la habitación. Sin embargo, el signo parecía atraer lo que quedaba de la luz, como el dulce néctar atrae a las abejas. Dos triángulos iguales y de formas perfectas, uno semejante a una pirámide, el otro boca abajo, ambos entrelazados entre sí, unidos en la luz de la eternidad.

—Ahora que se acerca mi fin —dijo la voz debilitada y que ya solo dejaba adivinar la autoridad y la firmeza de antaño— comprendo lo que un día debió de haber sentido Abraham cuando el Señor le ordenó que sacrificara lo que más amaba. No penséis que ignoraba el peso de la carga. En los años venideros la recordaréis con frecuencia, recordaréis este instante y el deber que habéis asumido y os preguntaréis cuándo llegará el día en el que el Señor os reclamará Sus derechos. Viviréis vuestra vida como yo he vivido la mía, fundaréis familias y tendréis hijos. Debido a las preocupaciones cotidianas a veces olvidaréis lo que antaño existió

y quizá, si al Señor le place, vuestra vida acabará tal como acaba la mía sin que os haya exigido que cumpláis con ese inmenso deber. Pero también puede que un día —añadió la voz débil y casi inaudible— lleguen tiempos que lo cambien todo y debéis estar preparados para dichos tiempos. Nunca debéis olvidarlo. Que Adonai os bendiga y os proteja, sucesores y herederos míos. Que Su semblante resplandezca por encima de vosotros y os sea misericordioso. Que vuelva Su semblante hacia vosotros y os dé...

Las palabras de la bendición se diluyeron en sus pálidos y delgados labios. Y en ese mismo instante se apagó

la vela y la oscuridad reinó en la habitación.

Sussex del Este, Inglaterra

En el año de la Conquista, octubre de 1066

El joven caballero había dejado de contar. ¿Cuántas aldeas había visto cuyas chozas de techo de paja ardían en llamas y cuyos habitantes corrían de un lado al otro, presas del pánico, gritando y llorando hasta que las espadas o las flechas de los atacantes acababan cruelmente con sus vidas? No hubiera podido decirlo. Su deber tampoco

consistía en reflexionar al respecto o dudar de las órdenes del duque. Sin embargo, sabía que todo lo que sus ojos habían presenciado durante esos días y esas noches se grabaría de un modo inextinguible en su memoria.

Había visto un cerdo correr por la plaza de la aldea, berreando y ardiendo; un anciano que, con manos trémulas, procuraba volver a introducir las sanguinolentas tripas en su vientre rajado; una mujer rubia que soltaba alaridos al tiempo que un guerrero normando la arrastraba de los cabellos por el suelo; un muchacho —casi un niño— que, sin embargo, se resistía blandiendo una horca hasta que un

cintarazo le separó la cabeza de los hombros.

La muerte y los moribundos reinaban por doquier. La sangre empapaba el húmedo suelo otoñal, el rugido de las llamas y los gritos de los masacrados hendían el aire frío. Cuando saliera el sol las ruinas humeantes y los cadáveres putrefactos sería lo único que quedaría de la aldea cuyo nombre el caballero ni siquiera conocía.

Aferrado a la espada, salpicada de sangre de inocentes y que pesaba en sus manos como si fuera de plomo, permanecía en el extremo oriental de la aldea donde había un riachuelo y un molino cuyo techo de paja también

ardía; el molinero, su mujer y sus hijos estaban tendidos en el charco de su propia sangre. Las llamas proyectaban largas sombras que hacían que los atacantes, montados en sus cabalgaduras relinchantes, parecieran los jinetes del Apocalipsis que traían la muerte y la perdición.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, y no solo debido al humo acre que surgía de las casas. La tristeza invadió al caballero al ver la terrible desdicha de los habitantes de la aldea sobre los cuales había sobrevenido la desgracia de manera tan repentina, pero pese a las lágrimas que le nublaban la vista, de pronto notó que alguien echaba a correr

hacia él.

Era un hombre joven, un *iuvenis* como él mismo, pero sus cabellos rubios le rozaban los hombros y llevaba las ropas de lana de un campesino. Estaba herido, la sangre manaba de un corte en la sien y una flecha disparada por un arquero normando le había perforado el antebrazo izquierdo.

Corría a toda prisa hacia el río, que quizá pretendía cruzar para escapar. El caballero cumplió con lo que le habían encargado y se interpuso en su camino.

El muchacho se asustó, pero ya era demasiado tarde para cambiar de dirección. Río arriba, el molino en llamas le impedía el paso y río abajo

una verja de madera que en su estado no hubiese podido saltar, así que siguió corriendo hacia el caballero que alzó la espada y el escudo y se enfrentó al muchacho.

El encontronazo fue tan breve como violento.

El joven se abalanzó sobre él soltando un espantoso alarido y parecía querer arrollarlo, pero el caballero aguantó la embestida y se defendió alzando el escudo. El joven anglosajón rebotó hacia atrás, se tambaleó durante un instante y cayó al suelo. El caballero dio un paso adelante, alzó la espada con el fin de darle muerte tal como su señor le había ordenado... pero vaciló.

Porque en ese mismo momento el muchacho alzó la vista y las miradas de ambos se cruzaron. La del campesino indefenso —tendido en el lodo y de cuyas heridas en la sien y en el brazo brotaba la sangre— expresaba desesperación y terror.

La espada se detuvo y durante un momento fue como si el normando dejara de oír los gritos y el rugido de las llamas y, en medio del repentino silencio, oyó que el anglosajón balbuceaba unas palabras. El caballero no las comprendió, pero la voz expresaba desamparo y súplica. Titubeó un instante, luego recordó su juramento... y su deber.

Northumbria, Inglaterra

Septiembre de 1080

—Maldición.

La frustración crispó el rostro de Osbert de Rein.

Había apuntado con cuidado y dirigido la flecha directamente al objetivo... pero al parecer no le quedaba otro remedio que renunciar a cobrar la presa.

Se encontraba al borde de una abrupta pared de rocas, de una profundidad de unas diez brazas y cubierta de helechos y de musgo, y dirigía la vista hacia abajo con el arco

aún en la mano izquierda y presa de la vehemencia del cazador.

El ciervo estaba tendido en el fondo de la quebrada, cerca del estrecho arroyo que la recorría chapoteando. Al dar en el blanco la flecha se había partido, había arrojado la cabeza del animal hacia atrás estirando el cuello de manera grotesca. Por lo demás, el cadáver estaba intacto... y sería una pena dejarlo pudrirse allí abajo. Sobre todo porque Osbert le había prometido la cornamenta y la piel del animal a Guillaume.

El cazador recorrió la pared de rocas con mirada febril: solo había una serie de pequeños salientes que podrían

servirle de apoyo. Debido a la lluvia reciente, las rocas y el musgo que las cubrían en diversos puntos se habían vuelto resbaladizos, así que tendría que proceder con cautela... de lo contrario, en ese lluvioso día de octubre el pobre Guillaume experimentaría una nueva baja.

Mientras regresaba junto a su caballo en busca de una cuerda que colgaba de la silla de montar —que en realidad había traído para sujetar las patas de la presa y cargarla a lomos del caballo— una sonrisa audaz recorrió el rostro lampiño de Osbert. De momento, tendría que conformarse con eso, porque primero había que subir al ciervo desde

el fondo de la quebrada.

Osbert escogió un árbol con mirada experta, ató un extremo de la cuerda en torno al tronco y la anudó. Luego volvió a acercarse al precipicio y descendió lentamente aferrándose a la cuerda con los guantes de cuero, y un nuevo pensamiento se le cruzó por la cabeza: cuánto más sencillo habría sido si Guillaume lo hubiera acompañado durante la cacería. Bajar al muchacho colgado de la cuerda hubiese supuesto una mínima dificultad y seguro que para Guillaume, que compartía el entusiasmo de Osbert por la caza y que poseía cierta destreza para esta, no hubiera significado un problema sujetar la presa

con la cuerda de manera que Osbert pudiera subirla sin esfuerzo. Pero su hermano no había permitido que el muchacho lo acompañase y Osbert debía conformarse.

Sus botas buscaron apoyo y lo encontraron. Siguió descendiendo cuidadosamente, apoyando el peso del cuerpo contra la pared de rocas.

De pronto, oyó ruidos por encima de su cabeza, relinchos y golpes de cascos que apagaban el chapoteo del arroyo.

—¿Quién...? —gritó Osbert, dirigiendo la voz hacia lo alto cuando un rostro conocido se asomó por encima del borde del precipicio.

—¿Tú? —preguntó, sorprendido.

No recibió ninguna respuesta pero, aterrado, vio aparecer una mano que sostenía un arma brillante.

—¿Qué estás...?

Osbert de Rein jamás acabó la frase. El puñal cortó la tensa cuerda de golpe y, soltando un alarido, el cazador se precipitó al vacío.

Jerusalén

15 de julio de 1099

Era como si el tiempo se hubiera detenido.

Era como si el aliento de Dios, que durante milenios había mantenido la

ciudad con vida y la había protegido de las dificultades, de pronto se hubiese detenido. El sordo impacto de los proyectiles lanzados una y otra vez contra las murallas y las torres septentrionales por las catapultas de los atacantes había enmudecido. Un extraño silencio se extendía por encima de la ciudad, una calma funesta que parecía anunciar la proximidad del fin.

Numerosos atacantes se habían lanzado contra las murallas, cuyos cimientos se remontaban a la época del rey Salomón: los babilonios, que arrasaron la ciudad y vendieron a sus habitantes como esclavos; más adelante los romanos, que la sometieron y la

incorporaron a su ámbito de poder, y finalmente los musulmanes, que llegaron como una tormenta desde el sudoeste e impusieron su fe a sangre y fuego. Pero ni estos ni el gran terremoto que afectó a la ciudad hacía sesenta y seis años y arrasó algunos barrios, habían caído sobre Jerusalén con la misma furia destructiva demostrada por los guerreros extranjeros que combatían bajo la señal de la Cruz.

Hacía un mes que duraba el asedio, emprendido sobre todo desde el norte, pero también desde el sur, donde la puerta de Sión había resistido mucho tiempo a todos los ataques. Pero entonces los agresores habían pasado a

arrojar proyectiles de piedra y flechas incendiarias contra las murallas, intimidando y debilitando a los defensores. Y desde que construyeron grandes torres de madera para que las tropas, protegidas por la oscuridad de la noche, pudieran acceder a las murallas, solo era cuestión de tiempo que Jerusalén cayera bajo el ataque del enemigo.

El aire por encima de las cúpulas y los techos parecía rezumar temor y el viento que soplaba desde el norte arrastraba el hálito acre del humo y el hedor de la muerte a través de las callejuelas, como presagios de los horribles acontecimientos que se

desencadenarían en la ciudad. Por fin, gritos de espanto interrumpieron el plomizo silencio...

—¿Vosotros también lo oís?

—Debe de haber caído la muralla septentrional.

De madrugada, cuatro figuras recorrían apresuradamente las desiertas callejuelas del barrio judío. Todas las casas de piedra junto a las que pasaban eran barricadas, los habitantes se ocultaban en la oscuridad, confiando en la misericordia de los conquistadores.

En vano, tal como sospechaba Conwulf.

Aferrando la empuñadura de su espada, se obligó a pensar en otra cosa

al tiempo que seguía corriendo sin aliento. El encargo que el destino le había hecho debía ser llevado a cabo a cualquier precio, puesto que su resultado podría decidir la suerte o la desgracia y no solo las de los cristianos, los judíos o los sarracenos, sino las de todos los hijos de Dios.

Cada uno de los cuatro compañeros que aquella mañana del año del Señor de 1099 recorrían el camino hacia el monte del Templo sentía que lo que estaba en juego no solo era el destino de una única ciudad, puesto que mientras en las almenas y los adarves el combate por Jerusalén había tomado un giro decisivo, otro conflicto —cuyo origen

se remontaba a un pasado muy remoto, hasta el principio de los tiempos— no estaba todavía resuelto.

Libro primero

Terra Occidentalis

1096 d. C.

Tres años antes

Londres, mayo de 1096

Hacía fresco aquella mañana.

Soplaba un viento gélido del este y la persistente neblina, que durante la noche cubría el río, remontaba las orillas e invadía las callejuelas de la ciudad.

Las primeras en acudir al prado donde estaba montado el patíbulo fueron las cornejas: su olfato siempre les

permitía descubrir dónde y cuándo había algo que devorar y ello las atrajo a la pradera situada al este de la ciudad, entre el laberinto de casas de techos de paja y el muro de piedra que se extendía desde el río hacia el norte y que había sido construido en la época romana. Soltando agudos chillidos, las aves se posaron en el tosco patíbulo y aguardaron: cinco tenebrosas siluetas que se destacaban contra la niebla como negros mensajeros de la muerte... hasta que una piedra surcó el aire y le dio a una de ellas.

Mientras que las otras aves se espantaron y echaron a volar, la corneja herida cayó hacia atrás y aterrizó en las

tablas podridas, donde hizo un vano intento de extender las alas y seguir a sus compañeras, pero la piedra le había roto un ala. Corrió en círculo chillando excitada hasta que otra pedrada la barrió del podio del patíbulo.

El resultado fue una carcajada burlona. El golfillo que había arrojado la piedra mediante una honda primitiva alzó los brazos con gesto triunfal, y sus compinches, todos tan andrajosos, mugrientos y flacos como él, le dieron la enhorabuena por el tiro magistral. Curiosos y expectantes ante el acontecimiento que presenciarían a esa hora tan temprana del día, se sentaron en la hierba todavía húmeda en torno al

patíbulo.

No tardaron en tener compañía.

Otros curiosos —campesinos, criadas y jornaleros, pero también artesanos y comerciantes— aparecieron en la explanada del patíbulo. Entre las escasas distracciones que la vida ofrecía al pueblo llano una ejecución siempre era la más emocionante. Y si como ese día también prometía convertirse en un asunto divertido, pues tanto mejor. Cuantas más personas acudían y cuanto más se elevaba el sol por encima del linde del bosque que se extendía más allá de las murallas de la ciudad, tanto más ansiosas eran las miradas que cada uno de ellos lanzaba

al enorme castillo que se elevaba al sur del lugar de la ejecución y que servía de alojamiento al rey cuando este no se encontraba en Winchester o en otro lugar del reino.

Su construcción se inició durante el reinado de su padre Guillermo e incorporaba las viejas murallas romanas, pero hacia el norte y el oeste estaba rodeado de empalizadas de madera. A lo largo de los años una gran torre de piedra acabó por elevarse en medio de las murallas que, en comparación con las casas bajas de la ciudad, parecía tan resistente e intimidante que se limitaban a llamarla la Torre de Londres. Ya medía más de

quince brazas de altura y aún no estaba terminada: otro monumento arquitectónico normando de los que entretanto ya había un número muy elevado en Inglaterra, un testimonio convertido en piedra de que los conquistadores procedentes de tierra firme no tenían la menor intención de volver a abandonar su botín.

Solo un número muy escaso de los ciudadanos de Londres sabía qué se encontraba al otro lado de las murallas y las empalizadas del castillo. Pero se rumoreaba que la gran torre estaba dotada de toda clase de lujos y suntuosidades: una gran sala donde se alojaban los soldados y los criados, y

otra situada por encima de aquella en la que el rey recibía a la corte y a sus incondicionales. Incluso disponía de una capilla propia en la que el soberano rendía homenaje al Todopoderoso y en la cual Ranulfo de Bayeux, su capellán, había celebrado una santa misa durante las pasadas Pascuas. En dicha ocasión, numerosos nobles del reino habían acudido a Londres, quizá no con el fin de honrar a Dios sino sobre todo al rey, tal como sospechó Conn esbozando una sonrisa sarcástica.

No entendía gran cosa de dichos asuntos y además le resultaban indiferentes. Según su experiencia, el Señor ayudaba a quienes sabían

ayudarse a sí mismos... siempre y cuando prestara oídos a los desgraciados y los humildes, los pobres y los siervos que a duras penas lograban sobrevivir miserablemente en las callejuelas de la ciudad. Eran incapaces de leer la Biblia, como los monjes de la abadía de Westminster, y tampoco podían fundar iglesias y conventos como los nobles normandos con el fin de obtener la salvación de sus almas. Lo único que les quedaba era el aquí y el ahora, y estos ya eran bastante duros... Conn estaba convencido de que más adelante ya tendría tiempo de devanarse los sesos acerca de la Eternidad.

Alcanzó el prado del patíbulo en

medio de otro grupo de curiosos. Vestido con sus ropas gastadas consistentes en unos pantalones de lana mil veces remendados y una túnica agujereada sostenida por una cuerda, no se diferenciaba de los demás mirones que habían acudido para presenciar la anunciada ejecución. Una capucha le cubría los cabellos —aún de un color rubio oscuro tras el largo invierno— y también la nuca; una enmarañada perilla ocultaba su juventud, pero bajo la capucha sus ojos azules no expresaban curiosidad ni avidez de sensacionalismo sino una gran atención.

Entretanto, el lugar de ejecución se había llenado de curiosos. Conn calculó

que se habrían reunido al menos trescientos espectadores para presenciar la muerte de Tostig. Todos cuchicheaban excitados, reían y señalaban el patíbulo del cual el desafortunado ladrón no tardaría en colgar.

Cuando se abrió la puerta septentrional del castillo un repentino silencio se cernió sobre el prado. Los cuchicheos y las ásperas risas enmudecieron y dos guardias armados surgieron de la puerta seguidos de un hombre montado a caballo. Llevaba un yelmo con visera y un manto de lana para protegerse del frío. La fíbula de plata que sostenía la prenda llamó la atención de Conn, pero tras echar un

vistazo a ambos guardias y la larga espada normanda envainada, lista para que el jinete la blandiera, descartó la idea de inmediato.

La multitud de curiosos se apartó a un lado y al otro, dejando pasar al jinete y sus hombres. Los seguía un carro arrastrado por bueyes, de esos con los que se solía transportar la paja, en el que estaba acurrucada una figura de aspecto perdido con una argolla de hierro en torno al cuello.

Tostig.

Tostig el ladrón de huevos, como lo llamaban en tono burlón, porque jamás cobró el suficiente valor como para robar algo más que un par de nabos o de

huevos para llevarse algo a la boca hambrienta. No obstante, hacía un par de días había robado manzanas de un carro que se dirigía al castillo... y quien osaba apropiarse de algo que le pertenecía al rey recibía el más duro de los castigos.

Aunque Tostig solo tenía unos pocos años más que Conn, su dentadura estaba podrida y sus cabellos, ralos. Los moratones y los verdugones que cubrían su pálida piel indicaban que lo habían golpeado en la cárcel y sus ojos ojerosos permitían suponer que no había dormido en muchas horas.

Rodeado de curiosos, Conn observó cómo el carro avanzaba traqueteando

hacia el patíbulo. Los golfillos se burlaban de Tostig y le gastaban bromas llevándose las manos al cuello, poniendo los ojos en blanco y sacando la lengua. La multitud lo consideró cómico y soltó carcajadas; entonces Tostig se echó a llorar provocando aún más risas.

Conn no rio.

No conocía a Tostig tanto como para sentir compasión por él, pero no dejaba de sentir angustia y de pronto se preguntó si los ciudadanos de Londres lo recibirían con la misma simpatía cuando lo llevaran al patíbulo.

Un monje de la abadía de Westminster seguía al carro con la vista

baja y una cruz en las manos, al igual que el verdugo que llevaría a cabo la sentencia: un individuo gordo de piernas cortas y de ojos tan hundidos que casi desaparecían entre la frente pronunciada y las rechonchas mejillas. Aunque aún era temprano y hacía fresco el sudor ya le cubría la frente, aunque lo cierto es que se ganaba el salario de manera bastante sencilla. Y precisamente de ese salario pensaba aligerarlo Conn.

Entretanto, los guardias y el jinete habían alcanzado el patíbulo. Sin desmontar del caballo, el del yelmo indicó a sus esbirros que condujeran al prisionero al cadalso, lo cual resultó más difícil de lo calculado porque en

cuanto Tostig vio la cuerda empezó a gritar y tiró de las correas que le sujetaban las manos a la espalda. Dado que al parecer alguien había sido negligente al realizar su tarea, logró desatarse las manos y se aferró a la reja del carro con todas sus fuerzas de modo que —para gran regocijo de los espectadores— los guardias al principio no lograron agarrarlo y el verdugo se vio obligado a intervenir.

—¡Suelta de una vez! —gritó, jadeando. Aferró la argolla de hierro que el prisionero llevaba en torno al cuello y tiró de esta con fuerza para arrastrarlo del carro como si fuera un perro. Pero haciendo caso omiso del

metal oxidado que se clavaba en su cuello, Tostig siguió gritando y se aferró con desesperación como si así lograra evitar el triste fin que le aguardaba. Las carcajadas de la multitud se volvieron más sonoras.

El normando montado en el caballo soltó un rugido de impaciencia: que Tostig se dejara de tonterías y se enfrentara al castigo merecido, gritó, pero el condenado hizo oídos sordos y también a las palabras tranquilizadoras del monje. Entonces el jinete condujo su caballo hacia delante y desenvainó la espada.

Conn bajó la vista.

No vio cómo la espada del

normando cercenó la muñeca derecha de Tostig, solo oyó el alarido que resonó en el lugar de la ejecución. Un murmullo recorrió la multitud, que no había contado con ver sangre aquella mañana, pero que tampoco tenía nada que objetar.

Tostig dejó de resistirse, pero durante todo el trayecto desde el carro hasta el cadalso gritó y berreó como un cerdo en el matadero. Un chorro de sangre brotó del muñón de su brazo derecho y manchó los uniformes de los guardias y la ropa del verdugo, que prosiguió con su tarea con aire impávido, volvió a maniatar al condenado y le colocó la cuerda

alrededor del cuello. Tostig siguió soltando alaridos, incluso cuando el monje dio un paso adelante para encomendar su alma pecadora al Juez supremo. Los gritos solo se apagaron cuando el verdugo lo lanzó al vacío mediante un empujón y luego se produjo un espantoso estertor.

Tostig se aferraba a la vida y tardó mucho tiempo en dejar de sufrir. Colgaba de la cuerda pataleando al tiempo que la sangre goteaba del muñón. Al principio algunos seguían bromeando y soltando risitas maliciosas, después los primeros empezaron a desviar la mirada. Cuando la existencia de Tostig, el ladrón de huevos, llegó a su fin, ya

nadie reía... a excepción del verdugo, al que el hombre montado a caballo le arrojó un talego de monedas tintineantes.

El gordo le agradeció inclinando la cabeza y mientras el jinete y sus esbirros volvían a dirigirse al castillo él permaneció allí, puesto que descolgar al ejecutado y enterrarlo también formaba parte de sus obligaciones.

La turba de curiosos también se disolvió, pues ya se había acabado el espectáculo y entonces llegó el momento que Conn había aguardado.

Si la experiencia le había enseñado algo era que no tenía sentido ser demasiado modesto. Claro que había que tener buena vista y reflexionar

concienzudamente antes de decidir a quién aligerar de sus bienes y a quién no, pero el atroz destino de Tostig demostraba que la modestia no suponía una protección frente al castigo, y tampoco un exceso de cautela. Quien titubeaba solo corría peligro de ser descubierto y quizás atrapado, y dentro de lo posible un ladrón procuraba evitar ambas cosas.

Con la capucha cubriéndole el rostro, Conn se abrió paso entre la multitud que se alejaba y se acercó al verdugo que permanecía al pie del patíbulo y quien, a juzgar por su expresión, estaba muy conforme con el resultado de su tarea. Se restregó la

frente con el dorso de la mano y emborronó la sangre que la manchaba; sin embargo, el gordo ni siquiera pareció notarlo: el saquito de cuero que se había colgado del cinturón lo compensaba por el esfuerzo realizado.

Entretanto, Conn casi había llegado a su lado, solo unos pasos lo separaban del patíbulo. Echó un breve vistazo, sopesó sus posibilidades y actuó con rapidez y decisión.

Un hombre fornido que quería pasar junto a él de repente se convirtió en su cómplice. Conn simuló no haberlo visto y le pegó un empujón. El desconocido, quien a juzgar por las manos callosas y los musculosos antebrazos era un

herrero, se enfadó y le devolvió el empujón sin dejar de soltarle una maldición y Conn, solo aparentemente impulsado por la casualidad, chocó contra el rechoncho cuerpo del verdugo.

—¿Por qué no prestas atención, maldita sea?

—Perdonad, señor —se apresuró a contestar Conn, agachando la cabeza y procurando parecer sumiso, pero en realidad quería evitar que el otro viera sus rasgos—. No volverá a suceder.

—¡Eso espero, pedazo de moscarda! ¡Lárgate de aquí de una vez!

—Desde luego, como queráis, señor —afirmó Conn y volvió a inclinarse al tiempo que se disponía a alejarse.

Entonces se volvió rápido como un rayo y un instante después desapareció entre los espectadores que regresaban a la ciudad para iniciar sus tareas cotidianas.

Conn siguió caminando junto a ellos durante un rato, después tomó una callejuela lateral lo bastante estrecha y oscura como para no llamar la atención y en la que el pestazo era tan considerable que nadie notaría su presencia. Solo entonces introdujo la mano bajo la túnica, extrajo el pequeño saco de cuero que había cambiado de propietario sin que nadie lo notara, lo abrió y contempló el contenido.

Eran cinco peniques.

«Conque esto es lo que vale la vida

de un ladrón», pensó, acongojado.

Colonia

En la misma época

La ciudad había cambiado.

Nadie que viviera en el interior de las viejas murallas —una herencia de los romanos y que a lo largo de los siglos se habían extendido hasta el río— podía dejar de notarlo. Y tampoco Chaya, aunque desde la muerte de su madre solo abandonaba la casa en contadas ocasiones y en esos casos casi

siempre en compañía de su padre.

Ese día el viejo Isaac, con los rasgos tensos y surcados de profundas arrugas enmarcados por sus blanquísimos cabellos, también caminaba a su lado.

—¿Qué te preocupa, hija mía? — Quiso saber al tiempo que ambos cruzaban la plaza del mercado en cuyas callejuelas bordeadas de tenderetes reinaba un gran ajetreo.

—No lo sé, padre. Estos días la ciudad está repleta de gente.

—Al igual que cada primavera — replicó el anciano.

—Sin embargo, es distinto — insistió ella—. ¿Acaso no has visto las cotas de

mallá? ¿Los yelmos? ¿Las armas? Todas esas multitudes que acuden al Rin no son comerciantes.

—No —admitió Isaac—, y sus palabras tampoco son las de los comerciantes pacíficos; la tormenta que se ha desencadenado en Francia no ha amainado ni con mucho.

—¿Crees que las cosas podrían volver a ser como en *Pésaj*? —preguntó Chaya, lanzándole una mirada.

En primavera ya habían llegado soldados a la ciudad, quince mil guerreros procedentes de todo el reino, y los habitantes de Colonia se mostraron dispuestos a acogerlos y alimentarlos. Los soldados volvieron a marcharse tras

unos pocos días, pero casi parecía que esa primera concentración solo había sido el inicio de algo mucho más importante, algo que hacía cinco lunas había dado comienzo en el remoto Clermont.

Isaac Ben Salomon le devolvió la mirada y su expresión ya de por sí preocupada se volvió aún más lúgubre.

—No lo sé, hija mía, pero presiento que nos esperan tiempos inseguros y me desagrada la idea de que en dichos tiempos tú pudieras encontrarte sola y desprotegida.

—Tu solicitud te honra, padre —contestó Chaya—, y sé adónde quieres ir a parar. Pero yo ya he tomado mi

decisión y tú lo sabes.

—¿Tu decisión? —dijo el anciano comerciante con una sonrisa amable—. Sabes que no requeriría tu aprobación respecto de ese asunto.

—Lo sé, padre —contestó ella sin titubear—. Pero también sé que mi felicidad te resulta más importante que cualquier otra cosa. Y yo no sería feliz junto a un hombre como Mardoqueo.

—Mardoqueo Ben Neri es hijo de una buena casa. Goza de una gran influencia y es un comerciante acaudalado y respetado.

—Como tú —replicó Chaya, soltando un bufido—. Porque de lo contrario no se le hubiese ocurrido pedir

mi mano el día del entierro de madre y encima afirmar que estaba dispuesto a comprar tu agencia por un precio ridículo.

—Era un buen precio —la contradijo Isaac en tono sereno.

—¿Por qué? ¿Por la agencia o por mí?

Isaac se detuvo y contempló a su hija. Hacía un buen rato que habían dejado atrás las puertas de Oben Mars y volvían a encontrarse en el barrio judío, que se extendía al oeste de la plaza del mercado. Allí sus caminos se separarían. Mientras Chaya se encaminaba a su casa, su padre dirigiría sus pasos a la sinagoga para participar

en una reunión del concejo municipal al que pertenecía como uno de los siete hombres más importantes del barrio: varones que, debido a su patrimonio y su influencia, gozaban de un respeto especial en la comunidad.

—Hija —dijo, suspirando.

Contempló sus ojos oscuros y acarició sus cabellos negros que, como mujer soltera, aún llevaba sin cubrir. Su tez también era morena, como la de su madre, y llevaba un sencillo vestido de lino verde oscuro que realzaba todavía más su belleza natural.

—¿Por qué me lo pones tan difícil?

—No es mi intención, padre — aseguró Chaya, bajó la vista y recorrió

su esbelto cuerpo con la mirada—. ¿Qué le dirás a Mardoqueo? —añadió en voz baja y sin alzar la vista—. ¿Aceptarás su oferta pese a todo, me entregarás a él como su esposa?

—Haré lo que sea mejor para ti, hija mía —dijo el viejo Isaac en tono cansino—. Puedes confiar en ello. Y ahora vete a casa.

Ella alzó la vista y durante un instante su expresión se volvió hosca, reflejando la misma obstinación de la que de vez en cuando hacía gala su propia madre. Sin embargo, asintió con la cabeza. Isaac se despidió con un suave beso en la frente y emprendió el camino a la sinagoga.

De momento, Chaya fingió cumplir con lo indicado, se volvió y anduvo unos pasos calle abajo, pero entonces se detuvo, se volvió... y siguió a su padre a distancia prudencial.

El ajetreo que reinaba en la plaza ante la sinagoga le permitió avanzar sin llamar la atención; había artesanos arrastrando carros de madera a sus espaldas, criadas que iban a la cercana fuente a por agua, comerciantes y vendedores ambulantes, y un carro arrastrado por bueyes cargado de verduras.

Desde lejos, vio que su padre desaparecía en la entrada de la sinagoga. Chaya pasó apresuradamente

junto a un grupo de mulas que soltaban agudos rebuznos —procedían de la panadería y acarreaban grandes cestas llenas de pan— y se dirigió a la parte trasera del edificio que ocupaba el centro del barrio judío; allí había una segunda entrada y con un poco de suerte...

Chaya suspiró aliviada al comprobar que la puerta, generalmente cerrada con cerrojo desde el interior, estaba entreabierta: Nurit, la mujer del rabino, había cumplido su palabra.

Tras echar un vistazo a derecha e izquierda, Chaya se deslizó bajo el soporte, abrió con mucha cautela y se adentró en la penumbra. Cuando la

puerta se cerró tras ella y apagó el bullicio de la calle la rodeó el aire fresco y silencioso del recinto y se encontró ante una estrecha escalera solo iluminada por una pequeña claraboya en cuyo extremo superior había otra puerta. Chaya subió los peldaños sin hacer ruido y la abrió: en la parte posterior de la habitación al otro lado de la puerta había unas estrechas ventanas que daban a la galería desde donde las mujeres podían presenciar las oraciones celebradas en la sinagoga.

Cuando Chaya cerró la puerta, el corazón le latía deprisa y, agachada para que no la vieran desde abajo, se deslizó hasta las ventanas y se acurrucó debajo

de una. Permaneció en esa posición durante un momento, aguzando los oídos y escuchando los murmullos confusos que surgían desde el recinto principal de la sinagoga. Después cobró valor, se enderezó y echó un cauteloso vistazo.

Vio el cofre que albergaba la Torah situado al frente, la *bimá* —el altar desde donde leían las palabras de Dios— y también distinguió los asientos de los concejales, dispuestos en un amplio círculo. Le pareció que todos los miembros del concejo de la comunidad ya estaban presentes, a la que además de los siete miembros más influyentes de la comunidad también pertenecía su *parnés* —un dirigente laico elegido por

votación—, un contable y también el rabino y sus dos ayudantes. Chaya notó que los concejales estaban enfrascados en una animada conversación al tiempo que ocupaban sus lugares y los latidos de su corazón se aceleraron al descubrir a su padre entre los presentes: intercambiaba unas palabras con Mardoqueo Ben Neri, el hombre que había pedido su mano.

Asustada, se retiró de la estrecha ventana y antes de atreverse a echar otro vistazo procuró tranquilizarse. «¿Qué le estará diciendo mi padre a Neri? —se preguntó, presa de la angustia—. ¿Acaso aceptará su oferta pese a que le manifesté claramente que no quiero

casarme con él?»).

Mardoqueo era mayor que ella, aunque solo unos años, y era muy corpulento. Los crespos cabellos negros y una perilla enmarcaban sus rasgos impenetrables, dominados por unos ojos de un brillo que indicaban astucia. Había heredado la agencia de su difunto padre hacía solo dos años, pero había aprovechado ese breve lapso para convertirla en una de las más grandes y prósperas de todo Colonia. Le agradaba hacer ostentación de la riqueza obtenida a través de la agencia llevando abrigos de terciopelo y anillos de plata, como ese día.

Sin parpadear, Chaya observó la

conversación entre ambos hombres y se espantó al ver la sonrisa de satisfacción de Mardoqueo Ben Neri... pero que un instante después pareció congelarse. Su mirada se volvió fría y se quedó como paralizado cuando Isaac se despidió con una amable inclinación y ocupó su lugar en el concejo.

En ese momento, Chaya hubiese querido dar rienda suelta a sus sentimientos, correr escalera abajo, abrazar a su padre, ponerse de rodillas y agradecerle por haber rechazado la oferta de Mardoqueo. Ya sabía lo que había querido averiguar e, inmersa en una oleada de agradecimiento, se retiró de la galería y quiso escabullirse

escalera abajo cuando Daniel Bar Levi, el *parnés* de la comunidad, tomó la palabra.

—Amigos míos —oyó que decía—, os agradezco que hayáis acudido a esta reunión. En estos días funestos, las noticias que nos alcanzan desde otras comunidades son desfavorables.

Chaya, que ya había apoyado la mano en el pomo de la puerta, se detuvo repentinamente. ¿De qué hablaba el *parnés*? ¿Qué era esa mala noticia? Había notado que hacía unos días su padre estaba tenso e inquieto y menos locuaz que de costumbre, pero lo adjudicó al dolor por la muerte de su madre, aunque el período de la *shivá* —

el duelo— había pasado hacía tiempo. ¿Es que se debía a algo más que al dolor?

—¿Funestos? —Oyó que preguntaba una voz cortante, sin duda la de Mardoqueo Ben Neri—. ¿Permitís que os pregunte de qué estáis hablando?

—¿Acaso no es evidente?

Chaya dio un respingo al oír la voz de su padre y no pudo contenerse: regresó junto a la ventana y miró hacia abajo.

—Nuestro apreciado *parnés* se refiere a los soldados que acuden en masa desde todos los rincones del reino. Su cifra aumenta todos los días y nadie que recorra las calles con los ojos

abiertos puede dejar de notarlo.

—Así es, mi viejo amigo —dijo Bar Levi e inclinó la cabeza calva solo cubierta por una *kipá*.

—¿Y en qué consiste esa desgracia de la que habláis? —preguntó Mardoqueo, cuya agencia se encontraba en el exterior del barrio judío y que, por lo tanto, mantenía relaciones frecuentes con los miembros de otras religiones—. Pero si todos esos soldados solo aguardan la orden de ponerse en marcha, y en cuanto la reciban, volverán a largarse, al igual que en *Pésaj*, la Pascua judía. Y hasta entonces —añadió con una amplia sonrisa que ninguno de los presentes le devolvió—

aprovechemos el tiempo para hacer negocios con ellos, al igual que con todos los demás habitantes de esta ciudad.

—Respeto vuestro sentido para los negocios, Mardoqueo —replicó Daniel.

A diferencia de los otros once miembros del concejo, no estaba sentado en un taburete sino apoyado en un bastón, como si necesitara su ayuda para permanecer erguido bajo el peso de las preocupaciones.

—Es sabido que vos preferís hacer negocios con los cristianos y nadie os critica por ello, pero temo que vuestra alegría por las ganancias obtenidas os nubla vuestra vista e impide que

percibáis la realidad. O acaso habéis olvidado los propósitos de todos esos soldados tan numerosos que se han acercado al Rin...

—Su intención es emprender una guerra contra los no creyentes, contra los sarracenos y los musulmanes —contestó el comerciante de la callejuela Estrecha sin titubear—. No comprendo qué relación guarda eso con nosotros.

—Entonces o sois un necio o bien estáis deslumbrado por la perspectiva de realizar pingües negocios, Mardoqueo —contestó el *parnés* con una dureza desacostumbrada—. Ya en *Pésaj* nuestra gente recibió amenazas, ¿es que no lo recordáis? Pedro de

Amiens, a quien llaman el Ermitaño, informó de ataques a las comunidades judías de Franconia y Normandía...

—... de los que no existe ningún indicio auténtico —interrumpió el otro—. Sin embargo, abrimos nuestros talegos con generosidad y le entregamos varios cientos de marcos de plata al Ermitaño para que pueda alimentar su ejército. Y considero que ni en aquel entonces ni ahora existió una verdadera amenaza para nuestra gente. Puede que la cólera de los cristianos caiga sobre otros, pero no sobre nosotros.

—¿Y si te dijera, Mardoqueo Ben Neri, que una vez más hay noticias sobre ataques a los judíos? —preguntó Bar

Levi, y sus rasgos arrugados expresaban temor, un temor que pareció invadir a todos los presentes e, inquieta, Chaya notó que una sombra también oscurecía los rasgos de su padre.

—¿Qué ataques? —Quiso saber Akiba, el rabino de la comunidad, al tiempo que sus ayudantes intercambiaban miradas de inquietud.

—Un conde de Leiningen llamado Emicho ha montado un nuevo ejército —informó el *parnés* con voz trémula—. Los hombres que reúne bajo sus banderas en su mayoría solo son pobres y mendigos, pero no están menos convencidos de su misión que aquellos que llegaron a la ciudad la pasada

primavera. Un monje llamado Folkmar, un miembro del séquito de Emicho, pronuncia enardecidos discursos ante el populacho y con cada ciudad que alcanzan el número de sus seguidores aumenta. Dicen que en Trier, donde ya han estado, también profirieron amenazas contra la comunidad judía y, al parecer, en Speyer planeaban atacar la sinagoga el Sabbat.

—¿Y lo hicieron? —preguntó Mardoqueo y alzó sus oscuras cejas.

—No —dijo Bar Levi—. Porque nuestros hermanos del lugar se dirigieron al obispo y solicitaron su protección.

—¿Y acaso el obispo no es un

cristiano? —Quiso saber el comerciante —. Si las cosas fueran como vos decís, el obispo sería el primero que les echaría una mano, ¿verdad?

Todos reaccionaron asintiendo con la cabeza ante la pregunta. Era evidente que los miembros del concejo querían otorgarle más crédito a las palabras de apaciguamiento de Mardoqueo que a las inquietantes noticias del *parnés*. Chaya barruntó que, entre otras cosas, se debía a que el punto de vista del comerciante les permitía continuar con su vida sin preocuparse y sin sentir temor. El único que no asintió fue su padre, quizá porque hacía mucho tiempo que conocía a Daniel Bar Levi y lo conocía demasiado

bien como para ignorar que este solo alzaba la voz cuando era necesario y que jamás hubiera provocado la inquietud de los miembros del concejo sin un buen motivo.

—Sabemos que los cristianos, si hacemos caso omiso del mensaje de su fe y de sus propios mandatos, rara vez se ponen de acuerdo —objetó—. Y también sabemos que los privilegios que logramos obtener a lo largo de muchos años no son el resultado del amor al prójimo sino de las monedas contantes y sonantes con las que pagamos por ellos. La experiencia nos enseña que, hagan lo que hagan los cristianos, ello siempre está determinado por el ansia de obtener

una ventaja. En el caso mencionado puede que el obispo haya considerado que proteger a la comunidad judía resultaba ventajoso, pero ¿acaso podemos contar con semejante ayuda cuando la necesitemos?

—¿Y qué proponéis en cambio, Isaac? —preguntó Mardoqueo con disgusto nada disimulado y cierto tono burlón—. ¿Pretendéis emprender la huida ante el populacho que se aproxima? Vos mismo acabáis de oír que ese conde Emicho solo ha reunido mendigos y jornaleros bajo sus banderas.

—También fue el populacho quien lapidó al profeta Jeremías —dijo el rabí

Akiba—. No debemos olvidarlo.

—Nuestro amigo Mardoqueo —añadió Isaac en tono muy sosegado—, habla con la vehemencia de la juventud. No obstante, los que somos mayores sabemos que a veces el mayor de los peligros procede de aquellos que no tienen nada que perder y no de los acomodados. Sobre todo si estos últimos se benefician gracias a sus negocios con nosotros.

—Eso es absolutamente cierto —lo secundó Bar Levi y le lanzó una mirada de agradecimiento.

—¿Entonces qué queréis hacer? —insistió Mardoqueo, haciendo caso omiso de la objeción y ni siquiera

molestándose en rebatirla—. ¿Abandonar la ciudad? ¿Estáis dispuestos a abandonar lo que hemos conseguido aquí gracias a nuestra diligencia y a nuestro esfuerzo, solo porque tenéis miedo?

—Al menos merecería una reflexión—contestó el *parnés* sin titubear y, para consternación de Chaya, demostrando que ya había reflexionado al respecto—. Podríamos solicitar que las comunidades de otras ciudades nos acojan y permanecer allí hasta que los alborotadores se hayan marchado.

—¡Jamás! —lo contradijo Mardoqueo y se puso de pie. Su amplio abrigo se agitó cuando extendió ambos

brazos—. ¿Sabéis lo que más bien creo?
—preguntó, dirigiéndose a todos.

—¿Qué? —Quiso saber Isaac.

Una sonrisa astuta se asomó al rostro barbudo del hombre más joven.

—No es ningún secreto que nuestras agencias compiten entre sí, Ben Salomon —dijo—. Y por supuesto que vos sabéis tan bien como yo que la presencia de los soldados en la ciudad supone hacer buenos negocios. Ya sea vino, paños, acero o cuero... en las últimas semanas la demanda de dichos bienes ha aumentado muchísimo y nos ha proporcionado ingresos cada vez mayores, ¿verdad?

—¿Y eso qué relación guarda con lo

otro? —preguntó Isaac.

—¿Es que de verdad no lo sabéis?
¿O solo simuláis ignorarlo con el fin de
ocultar vuestros auténticos motivos?

—¿Qué motivos?

Chaya conocía a su padre lo bastante bien como para notar que empezaba a resultarle muy difícil guardar la calma. A ella misma también le hervía la sangre. ¿Qué tramaba Mardoqueo?

—Todas las ganancias que pudisteis registrar durante las pasadas semanas podrían haber sido bastante más elevadas si no os hubierais visto obligado a compartirlas con la competencia —exclamó, mirando a derecha e izquierda para comprobar el

efecto de sus palabras sobre los demás miembros del concejo—. Pero ¿y si lograrais quitarlos de en medio mediante una jugada maestra y así pudierais hacer negocios con los soldados vos solo?

—¿Es que me creéis capaz de semejante cosa?

El rostro de su padre expresaba incredulidad y Chaya tuvo que contenerse para no soltar un grito de indignación frente a esa miserable calumnia. Los demás concejales también parecían consternados. Intercambiaron miradas, algunos cuchichearon pero solo uno de los presentes manifestó su indignación en voz alta.

—Mardoqueo Ben Neri —dijo Bar

Levi con el mismo tono de un maestro que reprende a un alumno—, ¿es que no os avergonzáis de expresar una sospecha tan abominable en la casa de Dios? Y encima cuando sabéis perfectamente que Ben Salomon, nuestro apreciado miembro del concejo, aún llora la terrible pérdida que han sufrido tanto a él como su hija.

—La muerte de vuestra esposa nos afectó profundamente a todos, Ben Salomon —admitió Mardoqueo—, y en este año de luto os ofrezco mis condolencias, desde luego...

—Que os agradezco —dijo Isaac.

—... pero incluso el dolor por la pérdida de un ser querido no debe

interponerse entre nosotros y la verdad —continuó el hombre más joven—. Si las cosas fueran a la inversa, ¿acaso vos no albergarías una sospecha similar? Todos los presentes están al tanto de la rivalidad que existe entre nuestras familias, que se remonta a varias generaciones. Mi padre y vos, Ben Salomon, fuisteis competidores enconados, así que ¿no resulta lógico que me pregunte si tal vez queréis aprovechar la oportunidad para influir en las relaciones comerciales de la ciudad en vuestro beneficio? Si no es así, aceptad mis disculpas por haberlo creído. Pero de lo contrario, tened la seguridad de que nunca lo permitiré.

En la sinagoga reinaba el más absoluto silencio y solo se oía el leve chisporroteo de las candelas que ardían en la araña circular bajo la cúpula que la corriente hacía titilar sin cesar, bañando el cofre que albergaba la Torah y a la *bimá* en una luz incierta, y era como si las imágenes de animales pintadas en las paredes se movieran. Todas las miradas se habían dirigido a Isaac, sentado en su taburete y respirando agitadamente, esforzándose por recuperar la calma. Los reproches eran un puro invento, desde luego, y era de suponer que Mardoqueo también lo sabía, pero no parecía dispuesto a aceptar los argumentos de Isaac y de

Daniel Bar Levi, y Chaya albergaba la sospecha de que, pese a sus afirmaciones, lo que lo impulsaba a actuar de ese modo no solo se debía a motivos comerciales sino también al orgullo herido de un hombre cuya pedida de mano había sido rechazada.

De pronto se sintió culpable de lo que estaba ocurriendo allí abajo entre los miembros del concejo y clavó la vista en su padre, que en ese momento se disponía replicar.

—Mardoqueo Ben Neri —dijo y parecía sopesar cada palabra—, adjudico a vuestra juventud y a vuestra falta de experiencia que hayáis pronunciado semejantes palabras, y por

eso no valoraré lo que realmente son: una miserable calumnia, a saber. Es verdad que vuestro padre fue mi mayor competidor y que me arrebató unos cuantos buenos negocios delante de mis narices. Pero incluso vos deberíais comprender que en una situación como esta, en la que oscuros nubarrones se ciernen sobre nuestro pueblo, yo nunca sería capaz de sacar provecho de ella y que solo apoyo las reflexiones de nuestro apreciado *parnés* porque, como él, me preocupo por el bien de nuestra comunidad.

—¿Acaso pretendéis afirmar que yo no lo hago? —preguntó Mardoqueo, y durante un instante Chaya creyó

reconocer al padre de Ben Neri en el brillo agresivo de su mirada. No cabía duda de que Mardoqueo había heredado de su padre la asombrosa capacidad de tergiversar las palabras del otro y, a juzgar por la indignación general, esta aún surtía efecto—. No sucedí en el cargo a mi padre en este gremio porque ansiara ejercer mi influencia o estuviera sediento de reconocimiento —prosiguió en tono fanfarrón—, sino porque como miembro acaudalado de esta comunidad soy responsable del bienestar de todos nosotros. Y dicha responsabilidad me dice que sería un error ceder ante el temor y que en su lugar deberíamos confiar en aquello que, a lo largo de

mucho tiempo, alcanzamos con gran esfuerzo: a saber, la amistad y el reconocimiento de aquellos en cuyas ciudades vivimos, a quienes les pagamos tributos y que mantienen relaciones comerciales con nosotros.

—¿Amistad? —exclamó Isaac, lanzándole una mirada penetrante—. ¿De verdad creéis que la amistad nos une a los cristianos? Confundís el respeto que nos tienen con el afecto. Quizá porque vos no comprendéis la diferencia entre ambos.

Chaya aguantó la respiración.

Tenía claro que su padre no solo se refería a la relación de Mardoqueo con la comunidad... y era de suponer que

este también lo sabía. Entrecerró los ojos y un temblor colérico crispó sus labios.

—¡Sutilezas! —gritó e hizo un gesto brusco—. Respeto o aprecio, tanto da. Me resulta inimaginable que los cristianos hagan peligrar su buena relación con nosotros o incluso la pongan en juego, así, sin más.

—Yo tampoco puedo imaginármelo —lo secundó Jakob Lachisch, el *gabái*: el otro dirigente laico y además el contable de la comunidad. Los demás concejales también manifestaron su acuerdo, de modo que la votación que solicitó el *parnés* se limitó a ser un asunto puramente formal.

Solo tres de los doce miembros del concejo estaban a favor de tomar medidas de precaución y solicitar la ayuda de otras comunidades. En cambio, la abrumadora mayoría aceptó los argumentos de Mardoqueo y votó a favor de dejar todo como estaba y permitir que la tormenta —que tal vez se cernía sobre otras ciudades, pero que con toda seguridad no lo haría sobre Colonia— pasara. Solo decidieron tomar medidas de protección generales, por ejemplo, manifestar una recomendación sugiriendo que todos los miembros de la comunidad judía abandonaran su propio barrio solo si resultaba absolutamente necesario, pero

nunca una vez que hubiese caído la noche. Además, el rabí Akiba insistió en ordenar un ayuno general mediante el cual solicitarían la ayuda de Dios.

Chaya no permaneció allí el tiempo suficiente como para escuchar la plegaria de agradecimiento pronunciada por el *parnés* que puso punto final a la reunión: ella ya había averiguado bastante. Se escabulló de la galería sin hacer ruido y abandonó la sinagoga con el fin de llegar a su casa antes que su padre. Pero no podía dejar de pensar en lo que había oído.

Los miembros del concejo abandonaron

la casa de Dios de un humor relativamente sosegado, y al parecer muy satisfechos con lo acordado. Solo Daniel Bar Levi e Isaac Ben Salomon permanecieron en la sinagoga y sus semblantes surcados de arrugas expresaban idéntica inquietud.

—Veo que no compartís el alivio de los demás, amigo mío —constató el *parnés* de la comunidad de Colonia sin la menor satisfacción. Parecía necesitar el bastón que sostenía en la derecha más que nunca, como si el desarrollo de la reunión lo hubiese envejecido varios años.

—No —reconoció Isaac—. Porque a diferencia de Mardoqueo albergo

dudas con respecto a las buenas intenciones de aquellos guerreros extranjeros y temo que un mero ayuno no los alejará.

—Yo albergo las mismas dudas —lo secundó el *parnés*—, pero, como has visto, nadie quiso prestarme oídos. La mayoría de nuestros hermanos prefiere creer que nada cambiará, que todo seguirá siempre igual.

—Solo un necio piensa eso —dijo Isaac en tono amargo.

—Amigo mío —repuso Bar Levi y le apoyó la mano en el hombro—, sé que lo que os hace hablar así es la pérdida sufrida, porque aún hace cierto tiempo vos también os considerabais a salvo y

protegido hasta que la muerte de vuestra esposa os despertó de ese sueño. No es la necedad sino la naturaleza humana que hace que nuestros hermanos digan lo que dicen. Se aferran con todas sus fuerzas a aquello que la misericordia divina y su trabajo les ha proporcionado y creen estar supuestamente a salvo. Pero la memoria de nuestro pueblo se remonta al pasado más remoto y si hay algo que nos enseña la experiencia es que siempre hubo tiempos en los que lo perdimos todo. Nos esclavizaron y sometieron, nos expulsaron de nuestra antigua patria y nos enviaron al extranjero.

—¿Y vos teméis que ello podría

volver a ocurrir? —preguntó Isaac en voz baja, casi susurrando.

Pese a la inquietud, una sonrisa iluminó el rostro del *parnés*.

—¿Quién puede decir qué planea Dios? Pero si fuese así el enemigo no debe encontrarnos desprevenidos, como antaño. Si la sombra oscura se extiende por encima de nuestras cabezas, debemos actuar. ¿Comprendéis lo que quiero decir?

El rostro de Isaac, surcado por la pena y el dolor, se volvió aún más lúgubre cuando el *parnés* le recordó la promesa que había hecho hacía mucho tiempo. Por supuesto que en aquel entonces él había sido otro, aún libre de

las preocupaciones y no afectado por las experiencias sufridas desde entonces y que habían marcado su vida.

Pero la palabra dada lo continuaba sujetando al igual que en el pasado, aun cuando en su fuero interno se resistiera a ello y no lograba imaginar que...

—Comprendo, rabí —se oyó decir a sí mismo y deseó que su mujer volviera a estar a su lado con más intensidad todavía que durante todos los días tras su muerte.

Londres, en la misma época

—¿Nia? ¿Dónde estás?

Conn miró en torno. Sigilosamente, recorría el bosque que se extendía al este de las murallas de la ciudad, una espesura verde formada por hayas, fresnos y viejísimos robles entre los que crecían arbustos de bayas silvestres y abundantes helechos. Haces de luz de color miel atravesaban la verde bóveda de las hojas, iluminaban el bosque y casi

dejaban olvidar la proximidad de la bulliciosa, ajetreada y hedionda ciudad. Solo se oía el zumbido de las abejas y el golpeteo lejano de un pájaro carpintero, pero no había ni rastro de Nia, de modo que Conn no tuvo más remedio que volver a llamarla, aunque solo en voz baja y furtiva.

—¿Nia?

Pero una vez más no obtuvo respuesta y se sintió invadido por la decepción. Podían haberla enviado a otra parte, desde luego, pero normalmente ese era el día en que tenía permiso de abandonar el castillo para ir a recoger hierbas en el bosque y era la hora que ambos ansiaban pasar juntos

durante toda la semana.

Conn se detuvo en un pequeño claro y volvió a mirar en derredor. Cuando volvió a llamarla por su nombre, de pronto oyó unas risitas y uno de los grandes helechos que rodeaban el claro como un muro verde se agitó de forma sospechosa.

—¿Nia? ¡Dime que esto no es verdad! —dijo, poniendo los ojos en blanco; en su voz se mezclaban el enfado y el alivio.

Las risitas se convirtieron en carcajadas y entre los densos helechos apareció un rostro que era lo más bello que Conn jamás había visto.

Rasgos simétricos y proporcionados,

mejillas sonrosadas y una pequeña naricita respingona, una boca en forma de corazón, labios carnosos y un mentón un poco demasiado afilado, pero que no desmerecía su belleza. Cabellos castaños y lisos que le rozaban los hombros enmarcaban el rostro de Nia. Ojos pardos cuya mirada alegre y vital resultaba contagiosa, resplandecientes como estrellas en una clara noche estival.

En ese instante Conn no pudo evitar el hechizo que su aspecto ejercía sobre él. Sonrió, extendió los brazos, ella abandonó su escondite y echó a correr hacia él. Ambos se fundieron en un estrecho abrazo y él disfrutó

presionando su esbelto cuerpo contra el suyo antes de que los labios de ambos se unieran en un beso prolongado.

—Me has echado de menos — constató Nia con una sonrisa cuando ambos volvieron a separarse. Su deje extranjero era evidente: era uno de los pequeños detalles que él amaba más en ella.

—¿Qué te hace pensarlo?

—He visto tu cara: temías que no hubiese venido.

—Tonterías —dijo Conn, moviendo la cabeza.

—La idea de no volver a verme durante una semana más te resultaba intolerable —insistió ella.

—¡Qué va! —la contradijo Conn, que se negaba a dejarla gozar de su triunfo—. Hubiese regresado a la ciudad y hubiera vuelto la semana que viene.

—Mientes. En realidad, no dejas de pensar en mí en cada instante y la idea de no verme durante toda una semana te resulta insoportable, ¿verdad? Porque al menos eso es lo que me ocurre a mí —añadió en voz baja.

En vez de responder, él se limitó a volver a abrazarla y besarla. En ese momento, la felicidad que lo embargaba hacía que olvidara todo el peligro y la miseria que los rodeaban... hasta que otro crujido entre los arbustos los interrumpió.

Conn se volvió y vio otro rostro femenino surgiendo de entre los helechos, más pálido y más duro —al menos según su opinión— y ni remotamente tan bello como el de Nia. Pertenece a Emma, su supervisora y quizá la única amiga de Nia en este mundo.

—Chitón —dijo la criada que, a diferencia de Nia, no llevaba una argolla de hierro en torno al cuello—. Me disgusta molestaros, pero deberíais tener cuidado. Si De Bracy os descubre...

—De Bracy se encuentra lejos de aquí —dijo Conn en tono desdeñoso.

—Además ya sabes que aguardan

visitas en el castillo —dijo Nia en tono sarcástico—, así que tiene otras cosas que hacer que ocuparse de los siervos.

—Como queráis —dijo Emma, haciendo una mueca—. Pero no os paséis, ¿me oís?

—¡Vete de una vez! —siseó Nia y agitó la mano como quien espanta un insecto molesto.

La criada se sonrojó aún más y, soltando risitas, desapareció entre los árboles.

—Vigilará, como siempre —dijo Nia con convencimiento, al tiempo que se volvía hacia Conn—. Y se encargará de que mi cesta esté llena cuando regrese al castillo por la noche, para que

De Bracy no sospeche nada.

Conn asintió, agradecido. Guy de Bracy era un noble de la corte del rey, un guerrero envejecido que ya había servido al anciano rey Guillermo y había perdido un brazo en una batalla. Después le confiaron el puesto de senescal, entre cuyas obligaciones también estaba la de supervisar a los esclavos que servían en el castillo.

Esclavos como Nia.

Era una niña cuando la arrancaron de su aldea natal galesa. Durante la guerra de conquista que libraron los soldados del rey en la región occidental de la isla, un noble normando emprendió un avance que debía intimidar al

enemigo británico y ponerle límites. Varias aldeas fueron pasto de las llamas, masacraron a los hombres, deshonraron a las mujeres y raptaron a los niños... y también a Nia, que acabó en el mercado de esclavos de Birmingham donde cambió varias veces de dueño y por fin fue vendida a uno de los leales del rey.

Así llegó a Londres y, como prisionera de los normandos, se vio obligada a servir como esclava; la argolla de hierro que le rodeaba el cuello se lo recordaba tanto de día como de noche. Que pudiese abandonar el castillo —aunque solo acompañada por una mujer libre— se debía a que su madre le había enseñado a distinguir las

hierbas curativas, y el viejo De Bracy, afectado de agudos dolores, sabía apreciar los efectos de una buena decocción o de un unguento bienhechor.

Con ella conoció durante uno de los recorridos a través del bosque que Nia emprendía todas las semanas para recoger hierbas y raíces frescas. Sin querer, y sin poder evitarlo, ambos se habían enamorado.

Con ella adoraba, adoraba su aspecto feérico, sus largos cabellos, su deje extranjero, que no dejaba de expresar un hálito de voluntad inquebrantable y un carácter firme. Pero lo que más lo hechizaba era su manera de ser: esa ligereza despreocupada con la que

aceptaba todas las cosas horrendas que le habían sucedido y sus ganas de vivir, pese a todas las maldades sufridas. No hacía demasiado tiempo, Conn era muy diferente, pasaba los días con apatía, los demás le importaban un pimiento y solo se preocupaba por llenarse el estómago, al igual que el desgraciado de Tostig. Pero desde que encontró a Nia, había cambiado: tenía una meta por la cual vivir. Puede que aún fuese un ladrón, pero había dejado de robar solo en beneficio propio.

—La suma ha vuelto a aumentar — proclamó, sacando pecho.

—¿De veras? ¿Cuánto?

En vez de contestar, Conn introdujo

la mano bajo la túnica, extrajo el talego del verdugo y derramó el contenido en la mano de ella.

—Cinco peniques de plata —constató ella, sorprendida—. ¿De dónde...?

—No hagas preguntas —le dijo él, recordándole el acuerdo que ambos habían alcanzado—. Con estos ya son treinta.

—Eso no alcanza en absoluto —dijo Nia, resignada—. Sabes que De Bracy pide diez chelines.

Conn lo sabía muy bien. Diez chelines: era menos de lo que costaba un buen perro guardián, pero mucho más que un viejo caballo. Era el dinero que

Conn debía reunir si quería comprar a Nia y llevársela de la corte del rey. Como hombre libre podía hacerlo, a condición de que el senescal aceptara el trato, claro está, pero Conn solo quería ocuparse de ello cuando hubiese llegado el momento. Por ahora se conformaba con soñar con ese lejano día en el que pisaría el castillo y liberaría a Nia... y aprovechar todas las oportunidades que le permitieran reunir la suma exigida.

Le alcanzó el talego para que ella introdujera el dinero y poder guardarlo bajo la túnica. Luego la cogió de la muñeca y la arrastró desde el claro hasta el cercano soto que ya les había servido de refugio con anterioridad. Una espesa

hiedra trepaba entre robles vetustos y formaba una especie de cueva natural. Los dorados rayos del sol penetraban a través del techo y hacían brillar las hojas, un musgo suave como el terciopelo cubría el suelo.

Ambos se tendieron, riendo. Los cabellos de ella le rozaron la cara y aunque olían a hollín y a humo, él consideró que despedían un aroma a agua de rosas. Volvieron a besarse y se revolcaron sobre el musgo, pero entonces Conn notó que Nia se ponía tensa.

—¿Va todo bien? —Quiso saber.

Ella asintió, pero se apartó de él y se incorporó.

—¿Nunca tienes miedo? —preguntó.

—¿De qué?

—De que no lo logremos —contestó ella e indicó el lugar donde el talego había desaparecido bajo su túnica.

—¿Por qué habría de tenerlo? —dijo él con una sonrisa descarada—. El dinero para tu liberación ya está ahí. Solo que de momento le pertenece a otro.

—A eso me refiero, precisamente —dijo Nia, asintiendo—. Robar no está bien. Es un pecado, Conn, y no quiero que Dios nos castigue por ello.

—Dios solo existe para los grandes y los poderosos. Créeme, tiene cosas más importantes que hacer que

observarnos a nosotros, las personas insignificantes.

—Es de suponer que eso también fue lo que creía el ladrón que ahorcaron esta mañana. ¿Has oído hablar de ello?

—Pues... sí —tuvo que admitir Conn.

—No quiero que acabes como él —dijo Nia, y para consternación de Conn comprobó que los ojos de ella se humedecían—. Cada vez que nos separamos temo no volver a verte. Si te atrapan mientras tú...

—No me atraparán.

Conn también se incorporó y le cogió la mano.

—Tendré mucho cuidado, ¿oyes?

Dentro de uno o dos años, cuando haya reunido todo el dinero, ya no tendrás que inquietarte. Nos casaremos y permaneceremos juntos para siempre.

Sus palabras parecieron tranquilizarla un poco.

—¿Y después? —preguntó, secándose las lágrimas.

—Después fundaremos una familia, tendremos hijos tú y yo. Y me buscaré un trabajo decente. Boswic, el herrador, siempre está buscando hombres jóvenes y fuertes.

—¿Quieres... quieres convertirte en herrador? —preguntó Nia en tono dubitativo.

—¿Por qué no?

—Porque eso no encaja contigo — contestó ella, riendo en voz baja—. Y porque no deberíamos quedarnos en Londres. Aquí hay tanta miseria, tanta mugre...

—¿Qué propones en cambio?

—Que nos marchemos de aquí. Quiero mostrarte Cymru, mi tierra natal, los espesos bosques y las suaves colinas de las Tierras Bajas. Fuera de estas murallas el mundo está repleto de maravillas, Conn.

—Pero yo nunca he abandonado Londres.

—Vaya —dijo ella, arqueó las delgadas cejas y le lanzó una mirada retadora—. ¿Acaso te da miedo?

—¿Qué habría de temer?

—De viajar al extranjero. De ver mundo, de ser libre y hacer lo que te viene en gana.

—Tonterías —declaró él, tozudo, pero se sentía un tanto descubierto.

La verdad es que nunca había pensado abandonar Londres, sobre todo porque la lucha cotidiana por sobrevivir no le había dado tiempo de reflexionar al respecto. Pero quizá también porque la idea de dejar atrás todo lo conocido le resultaba desagradable.

—No tengo miedo —se oyó decir a sí mismo—. Si tú quieres, nos iremos de aquí y buscaremos nuestra libertad.

—Bonitas palabras —dijo ella,

sonriendo.

—Tan bonitas como tú.

Conn se inclinó hacia delante y volvió a besarla en la boca. Luego desató los cordones que sostenían su sencillo vestido de trabajo. Ella no se lo impidió y un instante después aparecieron sus estrechos hombros y el nacimiento de sus pechos pequeños y firmes.

Conn se incorporó y los acarició, primero con las manos y luego con los labios. Nia soltó un gemido y se movió, de modo que el vestido se deslizó aún más abajo revelando sus pechos desnudos. Conn los acarició cariñosamente y sumergió el rostro entre

ellos. El aroma que aspiraba era maravilloso y le ayudó a olvidar los amargos recuerdos de la ejecución de Tostig. Las espantosas imágenes se desvanecieron y el frío del lugar de la ejecución —que aún atenazaba su corazón— desapareció, entibiado por la encantadora calidez de Nia. Conn se relajó y fue como si, tras una larga odisea, regresara a un hogar donde reinaba el amor y que le ofrecía cobijo... aunque solo fuera por unos momentos.

Cuando su barba le rozó la piel y le hizo cosquillas, Nia rio. Conn adoraba esa risa. Sus labios volvieron a unirse y sus lenguas se encontraron encendiendo

la pasión de ambos. Estrechamente abrazados, se tendieron en el musgo, y Nia, que no había dejado de notar el despertar de su virilidad y que su miembro pulsaba contra la tela de sus pantalones, alzó el ruedo del vestido y le franqueó el paso a la meta de su deseo. La mirada que le lanzó era tan amorosa que los ojos de Conn se llenaron de lágrimas. Nunca la olvidaría.

—¡Dios mío —susurró—, cuán hermosa eres!

—Solo para ti, amado mío.

Conn la penetró con vehemencia juvenil y ambos se amaron bajo la cálida luz del sol. De momento solo

disponían de esos instantes dulces y pasajeros. Pero pronto —al menos eso esperaban— se pertenecerían el uno al otro por completo.

Colonia

24 de mayo de 1096

«Hemos dejado atrás tiempos duros, hija mía. Pero puede que aún nos aguarden las verdaderas pruebas. Aquellas mediante las cuales Dios reconoce a los suyos sometiéndolos a una prueba, como antaño sometió a Abraham».

El eco funesto de las palabras de su padre resonaba en la conciencia de Chaya. Impulsada por las innumerables

preguntas que la acosaban desde hacía un par de días, tras escuchar la conversación de los miembros del concejo, se había acercado con paso vacilante a la puerta del despacho de su padre. Allí lo encontró. Como siempre, estaba inclinado por encima de sus libros y, pese a las altas horas de la noche, trabajaba a la luz de una vela. Su aspecto la asustó, pues el hombre sentado tras la gran mesa de madera de roble, revisando listas de mercancías, parecía haber envejecido decenios.

Chaya sabía cuánto lo había afectado la inesperada muerte de su madre, desde luego, pero en las dos últimas semanas creyó que se encontraba mejor, que

había logrado dejar atrás aquel dolor y aquella pena que todo lo devoraba y que ambos se habían convertido en una tristeza menos insoportable. Pero en ese instante le pareció que, en realidad, su estado había empeorado. Estaba muy encorvado y su rostro, cuyas arrugas parecían aún más profundas, había adoptado un tono macilento. Pero lo que más la consternó fue la desesperación reflejada en su mirada cuando alzó la vista y la contempló... y comprendió que debía de guardar relación con los asuntos tratados en el concejo.

El viejo Isaac estaba profundamente sumido en sus cavilaciones y tardó unos momentos en reconocerla y regresar al

presente.

—Hija —dijo con un tono de voz que era como un eco que se apaga—. No, no me molestas. ¿Qué puedo hacer por ti?

Ella permaneció en el umbral, en parte por respeto, en parte debido al arrepentimiento. Aunque tenía el mismo carácter de su madre, inflexible y de vez en cuando un tanto rebelde, siempre había sido sincera con su padre y nunca lo había engañado ni le había mentado. Pero había descubierto cosas que quizás él jamás le hubiese dicho voluntariamente, ya sea porque no lo consideraba necesario o porque quería protegerla. Y saberlo no dejaba de

inquietarla.

—Todavía no te he dado las gracias —dijo ella en voz baja.

—¿Qué es lo que has de agradecerme?

—Que hayas rechazado la pedida de mano de Mardoqueo.

—Como rechacé el de Amos, el hijo del orfebre, el año pasado. Y un año antes, el de Ilan, el vástago mayor de nuestro *gabái* —dijo Isaac, suspirando—. Algún día tendrás que decidirte... de lo contrario el destino decidirá por ti.

—¿Qué quieres decir, padre?

Isaac Ben Salomon volvió a suspirar y deslizó la mirada por encima de las listas de mercancías apoyadas en la

mesa; después se inclinó hacia atrás en su silla de respaldo alto y le lanzó una mirada tan larga y escrutadora a su hija que esta tuvo que bajar la suya.

—¿Tienes idea de lo mucho que te pareces a ella? —preguntó su padre de pronto.

—¿A qué te refieres?

—Cada vez que te contemplo me siento consolado y al mismo tiempo apenado. Consolado porque veo que algo de ella ha sobrevivido, apenado porque cada vez vuelvo a comprender lo que me ha sido arrebatado.

—Lo siento, padre.

—Tú no tienes la culpa, hija mía. Solo que...

Isaac se interrumpió y ella notó que el dolor lo desgarraba.

—¿Durante cuánto tiempo piensas seguir jugando a este juego? —preguntó después.

—¿Qué... qué juego? —contestó Chaya.

Isaac sonrió.

—¿Lo ves?: te pareces a tu madre en muchos aspectos. Al igual que ella, no te das por vencida así, sin más. Como ella, de vez en cuando infringes las reglas y, como ella, sueles sonrojarte cuando intentas ocultar algo.

—¿Ocultar algo?

—Sé que has estado allí, Chaya —dijo el viejo Isaac, poniendo fin al juego

del escondite en tono suave pero firme.

—¿Allí?

—En la sinagoga, durante la reunión del concejo.

—Pero yo...

—No te preocupes —dijo Isaac al ver la cada vez mayor consternación de su hija—, fui el único que se percató de la sombra que durante un instante cruzó la galería de las mujeres y que desapareció con la misma rapidez. Y como te conozco muy bien...

—Perdóname, padre —dijo Chaya con la cabeza gacha—. No tenía la intención de escuchar lo que decían los miembros del concejo. Solo quería averiguar...

—... lo que yo le diría a Mardoqueo —dijo el viejo Isaac, acabando la frase —, porque debido a mi vanidad de anciano no te informé claramente de mi decisión. Así que en cierto sentido, el culpable soy yo, no tú.

—¿No estás enfadado conmigo? — preguntó Chaya con voz trémula.

—No. Si bien confío en que no volverá a ocurrir. Si los otros miembros del concejo se hubieran enterado del asunto, sería bastante difícil arreglarlo.

—Lo sé, padre —le aseguró Chaya, compungida—. Tienes todo el derecho de castigarme como corresponde.

—Ya no es necesario, pues ya has sido castigada, hija mía. Saber

demasiado puede ser un castigo muy duro, ¿verdad?

Ella asintió. En los dos días anteriores no hubo ni un momento en el que no reflexionara sobre lo que había visto y oído durante la reunión del concejo.

—No obstante, he de decir que lo llevas con dignidad, hija mía. Si he de ser sincero, debo confesar que había supuesto que esta conversación se produciría mucho antes.

—¿De veras? Entonces te ruego que me digas si es verdad lo que dijo el *parnés*, padre. ¿Los cristianos realmente suponen una amenaza?

—Mardoqueo y sus seguidores lo

niegan. Les resulta inimaginable que los cristianos alcen la mano contra nosotros y prefieren seguir haciendo negocios con ellos.

—¿Y tú qué opinas?

—Lo contradije, como tú sabes, y entonces él me echó en cara que quería aprovechar la situación en mi propio beneficio, para obtener ganancias.

—¡Pero eso no es verdad! — exclamó Chaya, convencida.

—¿Cómo lo sabes?

—Padre —contestó con una sonrisa tímida—, no me has enseñado a escribir y a contar en vano. He echado un vistazo a los libros y he constatado que los negocios han empeorado y ello pese a

todos esos forasteros que se encuentran en la ciudad.

—Sí, así es, pero en estos días ni el cuero ni el hierro salen del almacén, pues no tengo ganas de venderles la cuerda con la cual quizás un día nos ahorquen. No quiero que la sangre de nuestra gente manche mis manos. ¿Lo comprendes?

—Por supuesto —dijo ella—, pero ¿por qué no lo manifestaste ante el concejo? ¿Por qué no te defendiste?

Una sonrisa triste asomó en el rostro del viejo comerciante.

—Porque en estos días me siento apesadumbrado y me faltan las fuerzas necesarias. Y porque ambos sabemos

que es sobre todo el orgullo lo que hizo que Mardoqueo dijera lo que dijo.

—¿Acaso quieres decir que rechazar su pedida supuso un error? —preguntó Chaya en voz baja.

—¿Es que tú lo amas?

—Claro que no —dijo ella, sacudiendo la cabeza.

—Entonces tomé la decisión correcta —se limitó a contestar Isaac y en la sonrisa juvenil que iluminó brevemente su rostro barbado, Chaya reconoció al hombre que antaño había sido.

De pronto Chaya sintió el impulso de aproximarse a él, se alejó de la puerta, cruzó el suelo de piedra y tomó

asiento junto a su padre, como solía hacerlo cuando aún era una niña pequeña y las cosas eran más sencillas. Cogió su mano surcada de arrugas, la besó y la presionó contra su mejilla.

—Vaya —dijo Isaac—, ¿y eso a qué se debe?

—A tu amor, padre, y a tu comprensión.

—Mardoqueo Ben Neri solo piensa en Mardoqueo Ben Neri —gruñó Isaac—. Puede que sea el hombre más acaudalado de nuestra comunidad y que goce de muchas relaciones, pero al igual que su padre, es un bribón.

—¿Y, sin embargo, sopesaste la idea de entregarme a él como esposa?

¿Aunque te pidió mi mano como si yo fuese una bonificación por comprarte la agencia?

—A veces incluso las malas intenciones derivan en algo bueno, hija mía. Supongo que Mardoqueo consideraba que debido a la muerte de mi esposa yo había perdido el gusto por mi profesión y mis negocios, y en ello tiene razón. No me arrepiento de haber rechazado la pedida de tu mano —añadió con suavidad—, pero quizá debería haberle vendido la agencia.

—No lo dirás en serio, ¿verdad? Cuando yo aún era una niña, siempre solías decir que esta casa era tu vida, que te habías ganado cada una de las

piedras que la forman con el sudor de tu frente.

—A Dios le plació convertirme en un hombre rico, hija mía. Que lo haya merecido es otra cuestión. Es verdad que una vez ese almacén de allí fuera y todos los barriles, las cestas y las cajas que lo ocupan significaron mucho para mí. Y hubo un tiempo en el que las cifras —dijo, señalando las listas de mercancías dispuestas en la mesa— eran más importantes que las palabras del rabino. Hoy me doy cuenta de que he sido un necio.

—Pero, padre...

—No, Chaya —dijo Isaac, meneando la cabeza con expresión

entristecida—. No intentes convencerme de lo contrario. Dios me proporcionó una dura lección. Todo esto —añadió, haciendo un gesto que abarcaba el despacho, el almacén y la vivienda de la primera planta— ya no significa nada para mí. Desde que tu madre no está, ha quedado todo vacío y carece de sentido. Ella era el centro de mi vida... y por desgracia solo me doy cuenta ahora, cuando nos ha abandonado.

—Ella te amaba, padre.

Chaya también lloraba la muerte de su madre y recordarla era doloroso, pero ver sufrir a su padre de ese modo era aún peor.

—Sí —musitó Isaac y sus ojos se

llenaron de lágrimas—. Y yo también la amaba, pero desafortunadamente rara vez encontraba el momento de decírselo. Ahora es demasiado tarde y el único culpable soy yo.

—Eso no es cierto.

—¿No? Ya te lo he dicho —añadió con una sonrisa melancólica—, mentir no se te da bien y eso también lo has heredado de ella. Y sé que Dios me castigó quitándome aquello que yo daba por supuesto en vez de agradecerse los todos los días. Ahora solo me quedas tú —dijo, y le acarició los cabellos negros—. Tú eres lo único que aún significa algo para mí.

—¿Y tu trabajo? ¿La agencia?

El comerciante negó con la cabeza.

—¿Quién puede decir qué ocurrirá?

Deberíamos dejar de aferrarnos a las cosas que no tienen importancia. Puede que todo esto acabe siendo pasto de las llamas. ¿Y por qué no habría de ser así? A mí ya no me importa.

Chaya se sintió invadida por el espanto; su padre jamás había pronunciado palabras semejantes.

—¿Así que crees que las amenazas podrían ser ciertas? ¿Que los cristianos acabarán por alzar la mano contra nosotros?

Isaac la contempló durante un buen rato.

—Solo Dios lo sabe. Nunca nos han

apreciado, pero siempre nos han dejado hacer... sin embargo, últimamente su antipatía por nosotros ha aumentado peligrosamente y, a través de la muerte de tu madre, he llegado a comprender que vivimos en tiempos de cambios radicales. Ningún pueblo de la Tierra sabe mejor que el nuestro que dichos tiempos son dolorosos y marcados por las despedidas.

—¿Despedidas? —dijo Chaya, entrecerrando los ojos—. ¿A qué te refieres?

Su padre no despegó la mirada de ella, pero no parecía verla, más bien parecía dirigirla a un futuro remoto y oscuro que se encontraba en algún lugar

más allá de los estantes del despacho atestados de listas y documentos.

—Hemos dejado atrás tiempos duros, hija mía. Pero puede que aún nos aguarden las verdaderas pruebas. Aquellas mediante las cuales Dios reconoce a los suyos sometiéndolos a una prueba, como antaño sometió a Abraham.

—¿Qué... qué significa eso?

Claro que Chaya conocía la historia de Abraham, temeroso de Dios, a quien el Señor ordenó sacrificar a su propio hijo, pero no comprendía por qué su padre había elegido justamente ese ejemplo.

—Me estás asustando.

—No quisiera hacerlo —dijo Isaac.

Parecía haber regresado
repentinamente al presente y su mirada
expresaba un arrepentimiento sincero.

—No es la irreflexión que me hace
escoger esas palabras sino la sincera
preocupación de un padre, y quisiera
que hubiese otro camino que aquel que
tal vez me vea obligado a emprender.

—¿Qué camino es ese? ¿De qué
hablas?

—No puedo decírtelo, hija mía.

Isaac extendió los brazos y ella se
puso de pie, lo abrazó y se acurrucó
contra su pecho como solía hacerlo
cuando era una niña pequeña, como
cuando su primo Caleb la había

empujado y ella se había lastimado las rodillas.

—Pero te aseguro que me comprenderás. Un día, Chaya, me comprenderás.

Londres

25 de mayo de 1096

El viaje había sido largo y dificultoso.

Incluso si el clima era favorable, llevaba dos semanas trasladarse desde la remota Northumbria hasta Londres y, debido a los interminables chaparrones que descargaron sobre el norte del país y convirtieron la mayoría de los caminos en lodazales, la cabalgata casi había durado el doble.

Guillaume de Rein aborrecía la lluvia en la misma medida que aborrecía Inglaterra, ese miserable trozo de tierra sembrado de oscuros bosques, pantanos y ciénagas. Por más que se esforzara, no comprendía qué había impulsado a Guillermo el Bastardo a abandonar Normandía y pretender el trono de Inglaterra. Guillaume opinaba que había sido un pésimo negocio porque, a diferencia del continente, aquí no había cultura ni progreso y el país estaba habitado de tozudos y hediondos porqueros, cuya lengua tosca le resultaba tan antipática al joven normando como su carácter simple y campechano.

Aunque vivía en Inglaterra desde su más tierna infancia, siempre se había negado a aprender la lengua de los anglosajones. ¿Para qué hacerlo? ¿Acaso no eran los derrotados? Es más: ¿no deberían haber aprendido la lengua de los conquistadores? Pero a lo mejor su pobreza de espíritu ni siquiera se lo había permitido.

Su madre siempre había comprendido sus reservas al respecto. Provenía de una casa aristocrática y conocía el valor de la tradición y del carácter normando. A diferencia de su padre, que parecía haber dejado muy atrás todo eso y ya casi se había convertido en un inglés —al menos eso

parecía—, Guillaume nunca comprendió por qué tras la victoria sobre los anglosajones su padre no regresó al continente, sobre todo cuando el rey Guillermo se lo propuso. Pero Renaldo de Rein, impulsado por la ingenuidad, la ambición o por ambas cosas a la vez, solicitó el permiso de su rey para quedarse en Inglaterra y fue recompensado —quizá más debido a la burla que al agradecimiento— con un feudo en Northumbria, la comarca situada más al norte del reino, que no solo vivía bajo la amenaza permanente de los escoceses, que habitaban allende la frontera, sino también por las incesantes revueltas.

Si su necesidad solo lo hubiese afectado a sí mismo, quizá Guillaume habría perdonado a su padre. Pero jamás le había pasado por alto haberlos obligado a él y a su madre a instalarse en ese país poco acogedor, neblinoso y apestado por los insectos. Allí no había nada que alegrara el espíritu ni alimentara al alma. La vida en el castillo de Rein, situado en un páramo, era monótona, y las acciones militares contra los vasallos rebeldes del rey y contra los bárbaros e incivilizados pictos estaban a la orden del día. Debido a ello, la invitación de visitar Londres fue aceptada con alegría y no solo por Guillaume. Eleanor, su madre,

también había insistido en acompañar a su esposo a la corte del rey: otro motivo para que el viaje se alargara más que de costumbre.

Cuando la desnuda muralla de piedra por fin apareció ante ellos —que ya había rodeado al antiguo Londinium y separaba los bosques situados al este de la ciudad de los campos cultivados—, todos sintieron un enorme alivio. Y aunque Guillaume no tenía aprecio por esa tierra y despreciara profundamente a sus habitantes, no pudo evitar sentirse impresionado cuando la puerta del castillo se abrió y accedieron al patio interior.

La última vez que había estado en

Londres aún era un niño, y aunque la torre del homenaje ya estaba en construcción, solo se veían poco más que los cimientos. Pero entretanto había adquirido un tamaño imponente. Casi cuadrada, flanqueada por tres torres defensivas y una estructura convexa que parecía albergar una capilla, la Torre de Londres ofrecía un aspecto magnífico que al menos dejaba adivinar el antiguo esplendor normando. Al pensar en la impresión que el edificio debía causarles a los anglosajones —cuyas chozas bajas de madera y arcilla solo disponían de una sola planta y un techo de paja—, Guillaume no pudo evitar una sonrisa maliciosa. «Al menos, al ver ese

castillo nadie puede dudar de quiénes son los amos de este rincón tan poco acogedor de la Tierra», pensó.

El jefe de las caballerizas y algunos mozos de cuadra aguardaban en el patio, dispuestos a encargarse de los caballos y ayudar a las mujeres a desmontar. Guillaume se apeó de la silla, echó a correr hacia su madre y espantó al mozo de cuadra con palabras groseras cuando este se dispuso a asistirle.

El esfuerzo que supuso la larga cabalgata había afectado a Eleanor de Rein; era de figura delgada, casi huesuda, y su piel destacaba por una palidez llamativa que el prolongado viaje al aire libre no había modificado.

Al contrario: durante las pasadas semanas la baronesa parecía haberse vuelto aún más pálida. El azul claro de su manto y la cofia que enmarcaba sus rasgos afilados que le proporcionaba la severidad majestuosa de una abadesa, solo aumentaban esa impresión. Sin embargo, quienes sacaban una conclusión con respecto a su carácter a partir del aspecto frágil de Eleanor cometían un error fatal, puesto que su aspecto, a primera vista tan anémico, ocultaba un intelecto muy agudo y calculador, algo por lo que Guillaume siempre había admirado a su madre. Y la mirada de sus ojos verdes, ojerosos tras el esfuerzo, dejaba claro que ella

siempre tenía presente sus orígenes y su posición.

—Gracias, hijo —dijo cuando él la ayudó a desmontar y la depositó en el suelo con suavidad.

—¿Cómo os encontráis, madre?

—¿Cómo quieres que me encuentre?
—dijo ella con una sonrisa cansada—. Como un piadoso peregrino en una tierra impía.

Guillaume le devolvió la sonrisa. Como sucedía con mucha frecuencia, su madre parecía sentir lo mismo que él, excepto que ella tenía el valor de decirlo, mientras que él...

—¡Guillaume!

El grito de su padre lo sobresaltó.

Ese tono de voz le resultaba absolutamente conocido y siempre significaba un fastidio.

—¿Sí, padre?

Guillaume se volvió. Ante él se encontraba el barón de Rein y, al igual que su hijo, llevaba una cota de malla hasta las rodillas, dividida en dos en la parte delantera y la trasera para que montar a caballo resultara más cómodo. A diferencia de Guillaume, que se parecía a su madre en su contextura esbelta, Renaldo de Rein ofrecía un aspecto casi gigantesco, ancho de pecho y de brazos fuertes que no dejaban ninguna duda acerca de su capacidad de asestar cintarazos con la espada larga

que colgaba de sus caderas. El barón se había quitado el yelmo, de modo que sus cabellos castaño rojizos empapados de sudor —que más bien evocaba la cabellera de un anglosajón y no la de un normando— brillaban como el cobre bajo la luz mortecina del sol. El rostro carnoso, de nariz torcida y los altos pómulos, delataba una nada disimulada desaprobación.

—Cuando hayas acabado de aferrarte a las faldas de tu madre, encárgate de que los caballos estén bien cuidados y que los hombres estén correctamente alojados.

—Pero, padre —se apresuró a asegurar Guillaume—, solo quería que

madre...

—Ahórrame tus excusas —lo interrumpió Renaldo—. Nuestra gente está cansada y hambrienta, así que ocúpate de que tengan un techo bajo el cual cobijarse y que les proporcionen los alimentos necesarios.

La frente de Guillaume se nubló; detestaba ser reprendido ante los subordinados, y su padre lo sabía... lo cual no impedía que lo hiciera una y otra vez.

—Yo también he cabalgado —dijo en tono orgulloso—, y también estoy hambriento.

—¿Acaso crees que eso me interesa? —dijo el barón, sin molestarse

en disimular su desprecio—. Esa gente —añadió, indicando los soldados y la servidumbre que los habían acompañado durante el largo viaje a Londres— ha viajado junto a nosotros y nos ha protegido con su vida. Como su jefe, tu obligación consiste en ocuparte de ellos antes de pensar en tu propio bienestar. ¿Es que esa idea no tiene cabida en tu rubia cabeza?

Una mueca de asco crispó el rostro de Guillaume. Le disgustaba que su padre se dirigiera a él con palabras tan groseras, su madre también manifestó abiertamente su desagrado. No obstante, ambos sabían que no tenía sentido —ni hubiese sido muy inteligente—

contradecir al barón ante sus vasallos, de modo que callaron y, aunque a regañadientes, Guillaume inclinó la cabeza.

—Por supuesto, padre. Vos siempre tenéis razón.

Renaldo gruñó una réplica incomprensible y Guillaume se dirigió hacia ambos edificios de piedra de dos plantas que bordeaban la muralla meridional del castillo y donde supuso que se encontraban los alojamientos de la guarnición del lugar.

Mientras se encaminaba hacia allí albergaba fantasías de venganza y rebelión y se juró a sí mismo que un día haría pagar a su padre todas las

humillaciones y reprimendas como era debido. Pero de pronto fue como si un rayo de luz irrumpiera en sus lúgubres pensamientos, un rayo claro y brillante en forma de una muchacha de pie junto a la fuente, sacando agua.

Aún no había cumplido veinte años.

Una oscura cabellera caía sobre sus hombros estrechos y enmarcaba sus rasgos sencillos pero simétricos y encantadores, y ni su tez morena ni las pecas que cubrían sus mejillas disminuían su belleza. Incluso a través del vestido gris que llevaba y que apenas era algo más que un saco colgado de sus hombros, dejaba adivinar su cuerpo juvenil. Tal vez era

galesa o escocesa, una de las innumerables prisioneras hechas en el transcurso de los conflictos fronterizos y que a partir de entonces sobrevivían mal que bien como esclavas, atestiguado por la argolla de hierro que le rodeaba el cuello.

Agradecido por la bienvenida distracción, Guillaume la contempló fijamente. Cuando la muchacha quiso volverse para transportar el yugo del que colgaban los dos cubos llenos de agua, sus miradas se cruzaron. Guillaume rio al ver que ella se asustaba y bajaba la vista, inclinando la cabeza con gesto sumiso.

Sin embargo, en ese breve instante él

creyó ver un deseo insatisfecho en la mirada de ella.

Worms

En la misma época

—¡Matadlos! ¡Matad a los asesinos de Cristo!

El grito resonó en la sala, sonoro y aterrador. Solo escasas veces el ariete había golpeado contra la puerta de entrada que temblaba bajo las embestidas, después las viejas maderas cedieron y figuras toscas y recias, algunas armadas de espadas y lanzas,

otras de garrotes y antorchas encendidas, irrumpieron en el recinto.

Los hombres, mujeres y niños que se habían refugiado en la sala con la esperanza de encontrar protección soltaron gritos de espanto y de pronto retrocedieron hacia la parte trasera, apiñados como un rebaño de corderos sobre el que ha caído una jauría de lobos hambrientos y, al igual que los lobos, los asesinos incendiarios dieron rienda suelta a su violencia.

Los primeros en sucumbir a su odio asesino fueron los hombres que se enfrentaron a los atacantes pese a que estos los superaban ampliamente en número. Armados de cuchillos y de

puñales, quisieron poner coto a su furia, pero la resistencia fue sofocada de inmediato. Los garrotes cayeron sobre ellos con violencia terrible destrozando sus cráneos, las puntas de las lanzas se clavaron en las carnes inocentes, las mujeres, los niños y los ancianos soltaban alaridos al ver cómo sus esposos, padres e hijos caían empapados en sangre, una sangre que salpicó a los atacantes y solo los incitó todavía más.

—¡Convertíos! —gritó uno de ellos que llevaba un hábito de monje y en cuya mirada ardía la locura—. ¡Convertíos o recibid el justo castigo por vuestros sacrilegios!

Aferraron a un hombre y lo obligaron a arrodillarse. El monje le exigió que abjurara de su fe por la cruz de madera que llevaba alrededor del cuello e hiciera profesión del cristianismo. El hombre, un judío creyente que llevaba una *kipá* en la cabeza, se negó y entonces uno de los asesinos le cercenó la cabeza mediante un único mandoble.

El torso sin cabeza aún no había golpeado contra el suelo cuando el pánico se apoderó de los reunidos. Retrocedieron gritando, pero la estrecha puerta de la parte posterior de la sala solo dejó pasar a unos pocos. La enorme multitud se dio cuenta de que la casa del

obispo —donde creyeron estar a salvo y encontrar protección— se había convertido en una trampa mortal.

El derramamiento de sangre continuó.

Quienes osaban alzar un arma e incluso solo el puño contra los agresores eran asesinados en el acto, a otros les concedieron la oportunidad de salvar su vida abjurando de su religión. Pero solo unos pocos, sobre todo madres que querían salvar a sus hijos, aprovecharon dicha oportunidad. La mayoría se aferró a su fe y sufrieron una muerte atroz bajo los garrotes y los mandobles... en caso de que no se hubiesen adelantado a sus verdugos,

porque para evitar la vergüenza de morir a manos del enemigo, innumerables hombres y mujeres prefirieron cercenarse el cuello y también el de sus hijos.

Por encima de todo resonaba la voz del monje, quien con mirada ardiente proclamó:

—¡Ved: este es el fin del tiempo antiguo y el inicio de uno nuevo! ¡Los no creyentes reconocen sus pecados y caen por su propia mano, en cambio, la vera fe resplandece como nunca! ¡Lo dice Folkmar, el ángel vengador enviado por el Señor para castigar a los infieles judíos!

Entonces lanzó la cabeza hacia atrás

y soltó una sonora carcajada. Sus risotadas resonaron contra el alto techo y surgieron a través de la puerta abierta, informando al mundo de la noticia de la sangrienta noche.

Colonia

Pocos días después

En la sinagoga reinaba el silencio más absoluto. Incluso fue como si los pensamientos de los miembros del concejo enmudecieran repentinamente debido al horror que los embargaba.

Daniel Bar Levi, el *parnés* de Colonia, había vuelto a convocar al

concejo de la comunidad y, una vez más, sus miembros se reunieron en la casa de Dios para hablar de los últimos acontecimientos. La noticia llegada a Colonia desde Worms los había consternado, pues había acontecido justo lo que Bar Levi y también su amigo Isaac Ben Salomon habían temido: el conde Emicho y su horda ya no se limitaban a proferir amenazas contra el pueblo de Israel.

El silencio que siguió al informe del *parnés* se prolongó durante varios minutos. Uno de los primeros en recuperar el control fue Isaac Ben Salomon... quizá porque la noticia no le resultaba tan inesperada como a

aquellos que, equivocadamente, creyeron estar a salvo.

—¿Cuántos? —preguntó, agitado—. ¿A cuántos miembros de nuestro pueblo mataron los asesinos?

Bar Levi le lanzó una mirada lúgubre.

—Los testigos hablan de varios cientos de muertos, tanto hombres como mujeres, ancianos y niños.

—¿Qué? —exclamó Mardoqueo Ben Neri—. ¡Pero eso... eso es imposible! ¡Debéis de estar en un error!

—¿Acaso el suelo empapado en sangre no basta para demostrarlo? —preguntó el *parnés* de la comunidad de Colonia—. ¡O los lamentos de los

sobrevivientes? Me temo, amigo mío, que deberéis cambiar de opinión respecto de los cristianos. Puede que muchos de ellos sigan negociando con nosotros... pero no son nuestros amigos y quizá nunca lo fueron. En todo caso, los amigos no suelen atacar a sus semejantes por la noche y obligarlos a bautizarse amenazándolos con un arma en la mano.

—¿Es eso lo que han hecho?

Era la primera vez que el joven comerciante de la callejuela Estrecha parecía haberse quedado sin palabras; sus rasgos, siempre tan acalorados, palidieron, su mirada solo expresaba puro horror, como las llamas que surgen

de las ventanas de una casa incendiada.

—Eso y más —confirmó el *parnés* en tono apagado—. Según dicen, atacaron la residencia del obispo donde se habían refugiado muchos de los nuestros. Les dieron muerte o los obligaron a aceptar la fe cristiana. Aún no han contado las víctimas, pero serán numerosas, quinientas o tal vez más.

—¡Pero eso supondría toda la comunidad! —gritó, espantado, Usija, uno de los ayudantes del rabino—. ¿Por qué, por Dios Todopoderoso, harían algo así los cristianos?

—Porque han emprendido una guerra contra los infieles sarracenos... y con ello también contra nosotros —dijo

Bar Levi, y su voz expresaba su reproche—. Hace meses que sus predicadores vociferan en las callejuelas, ¡pero vos habéis cerrado los ojos, hicisteis oídos sordos y os negasteis a reconocer la verdad!

Algunos de los presentes clavaron la vista en el suelo con expresión de culpabilidad, otros intercambiaron miradas, consternados. Solo uno no desvió su mirada de la del *parnés*: Mardoqueo Ben Neri, que se había repuesto de la sorpresa inicial y volvía a parecer el de siempre.

—Aunque no pongo en duda vuestra sinceridad, honorable *parnés*, me resulta difícil creer que eso haya sucedido

realmente. Sin embargo, si tuvierais razón, no podemos quedarnos mano sobre mano y aguardar hasta que quizá sea demasiado tarde y la perdición también nos dé alcance a nosotros.

—¿Así que por fin estáis dispuesto a admitir que esa posibilidad existe?

—Admito que hemos recibido noticias que suponen un motivo de preocupación —dijo el comerciante, esquivando la pregunta—, así que deberíamos actuar, aunque con sensatez y en la medida adecuada.

—¿Y eso qué significa? —preguntó alguien.

—Que deberíamos confiar en el arzobispo e informarlo de nuestras

inquietudes —replicó Mardoqueo.

—¿Y vos creéis que con eso será suficiente? —dijo Isaac, volviendo a tomar la palabra—. Puede que el arzobispo Hermann sienta aprecio por nosotros cuando se trata de llenar sus bodegas con el selecto vino de Aquitania. Pero ¿es que también podemos confiar en él cuando se trate de ponerse de nuestra parte y enfrentarse a su gente?

—Tenéis razón —lo secundó Bar Levi sin titubear—. Sería mucho más seguro abandonar la ciudad y aguardar en un lugar remoto hasta el mes de *Tammuz*. En todo caso, al menos hasta que las hordas de Emicho se hayan

marchado.

—¡Jamás! —lo contradijo Mardoqueo, decidido, y los demás también manifestaron su resistencia, sacudiendo la cabeza y endureciendo el semblante—. ¡Considerad lo que dejaríamos atrás! ¿Hemos de abandonar nuestras moradas, nuestros almacenes y talleres, y por último nuestra sinagoga y exponerlos a la furia destructora de esos bárbaros?

—Hace solo unos días, Mardoqueo —replicó Isaac—, dijisteis que esos bárbaros eran vuestros amigos. ¿Siempre soléis ser tan veleidoso cuando se trata de repartir vuestras simpatías?

—De vez en cuando —asintió el joven comerciante y su mirada fulminante indicó que no solo se refería a los cristianos.

—Hace poco todavía considerabais que lo más útil consistía en no emprender nada y limitarse a aguardar. Ahora queréis confiar en la protección del arzobispo, pero las personas de esta comunidad os importan muy poco, lo único que os interesa es salvar vuestras propiedades.

—¿Y acaso a vos no, Ben Salomon? —gritó Mardoqueo, y su voz apagó los cuchicheos; era mucho más sonora que la que correspondía emplear en la casa Dios—. ¿Pretendéis hacernos creer que

la idea de perder todo aquello que habéis obtenido en el transcurso de vuestra vida os agrada?

—De ninguna manera, pero yo no estoy tan aferrado a mis posesiones materiales como para no poder separarme de estas cuando la situación lo exige.

—¿Y eso lo afirmáis precisamente vos? ¿Vos, que llevasteis a mi padre al borde la ruina?

—En efecto —confirmó Isaac sin parpadear—. No niego que hubo una época en la que perseguí mi meta, la de convertirme en el comerciante más poderoso de esta ciudad, de un modo duro e implacable. Sin embargo, la

muerte de mi amada esposa hizo que comprendiera que me había equivocado: lo único que importa, Mardoqueo, es la vida. Todo lo demás puede ser reemplazado.

—Entonces marchaos, si eso es lo que realmente deseáis —dijo Mardoqueo, soltando un bufido. Su espanto inicial había dado paso a la cólera, pues había encontrado a alguien sobre quien descargar sus sentimientos, como el rayo que golpea un viejo roble—. Abandonad la ciudad si esa es vuestra voluntad y dejad nuestras casas y nuestros bienes en manos de ladrones y bandidos. Pero yo digo que deberíamos ofrecer resistencia.

—¿Como nuestros hermanos de Worms? —preguntó Bar Levi en un tono severo.

—Lo ocurrido allí, si es que ocurrió como vos afirmáis, no debe y no puede repetirse. Puede que ese Emicho sea de sangre azul y que haya reunido a miles de matones y pependancieros, pero no se atreverá a enfrentarse al arzobispo.

—¿Y si se atreviera?

—¿Qué queréis de mí? ¿Es que no os basta con que la muerte de vuestra esposa os haya convertido en una sombra de vos mismo? ¿Acaso todos hemos de convertirnos en ancianos llorones?

—¡Ben Neri! —gritó el rabino

Akiba, llamándolo al orden, pero el comerciante no estaba dispuesto a interrumpir su perorata.

—¿Qué pasa? ¿Está prohibido decir la verdad? Él mismo sabe que la muerte de su mujer lo ha quebrado y que a partir de entonces carece tanto de la alegría de vivir como de la voluntad para alcanzarla. Y aunque soy su competidor, y mi padre fue su enemigo declarado, siento pena por él. Hace unos días le ofrecí comprarle su negocio por un buen precio y de proporcionarle a su hija un hogar que él, convertido en sombra de sí mismo, ya no puede ofrecerle. Pero él rechazó mi oferta, pese a que era lo mejor para él y para su

hija.

Isaac tomó aire. La actitud vehemente de Mardoqueo y las palabras que escogía excitaban su ánimo, pero se dijo que debía conservar las escasas fuerzas que aún le quedaban y que no debía derrocharlas en peleas absurdas.

—Todavía soy yo quien decide qué es mejor para Chaya y para mí, Mardoqueo Ben Neri —fue lo único que dijo, pero acentuó cada palabra.

—¿Así es como pretendéis decidir sobre toda la comunidad, aconsejándonos que abandonemos la ciudad y nos ocultemos como cobardes?

Mardoqueo se levantó de su asiento, ocupó el centro de la reunión y extendió

los brazos como un predicador.

—¿Es que todos vosotros queréis confiar en el consejo de un hombre que ha perdido todo el coraje y toda la confianza en sí mismo y en Dios? ¿Es ese el camino que queréis emprender?

—Ben Salomon no es el único que está a favor de abandonar la ciudad —le recordó Jakob, el *gabái*, que no solo era el encargado de llevar las cuentas de la comunidad sino también de hacer constar en acta todas las sesiones—. También nuestro honorable *parnés* nos lo ha aconsejado repetidas veces.

—Y también yo —declaró el rabí Akiba, y la mirada que les lanzó a sus ayudantes dejó claro que esperaba su

apoyo.

—¡Y aunque así fuese —dijo Mardoqueo, vociferando— eso no significa que hayamos tomado una decisión mayoritaria! Puede que para unos ancianos que hace tiempo superaron el cenit de su vida sea adecuado abandonar el campo de batalla sin luchar. Pero yo soy joven y no me dejaré expulsar ni permitiré que me quiten algo que me pertenece por derecho.

—Y yo tampoco —lo secundó Elija Rabban, el propietario de la gran panadería situada frente a los *mikwe*, los baños judíos, y los rasgos del carnicero Daniel Mintz expresaron un profundo

rechazo.

El *gabái* y los otros tres hombres importantes tampoco parecían dispuestos a aceptar las sugerencias del *parnés*, así que por fin se decidió, por escasa minoría, enviar una delegación al arzobispo de la cual, además del *parnés*, formaría parte Mardoqueo puesto que este afirmó que disponía de los mejores contactos con el administrador del obispado. Además, querían hacer entrega de una generosa donación para asegurarse de la protección eclesiástica.

Al menos Ben Neri y sus seguidores estaban convencidos de que de ese modo escaparían de la persecución de

Emicho y sus fanáticos; pero las dudas de Isaac no se disiparon, incluso cuando la reunión llegó a su fin y salvo él y Bar Levi todos los demás miembros del concejo habían abandonado la sinagoga hacía un buen rato.

Reinaba el silencio, un silencio que volvía a convertir la casa de Dios en ese lugar solemne apartado del mundo, que parecía alejado de sus penas y sufrimientos. Hacía tiempo que fuera había caído la noche y la luz ya no penetraba a través de las altas ventanas de cristales multicolores. El resplandor de numerosas velas iluminaba el santuario antes de perderse en las alturas de la cúpula; nada parecía poder

afectar ese silencio sobrenatural, pero Isaac sabía que se trataba de un error. Hasta hacía escasas semanas, él también había creído que nada podría empañar su felicidad.

—Amigo mío —dijo Bar Levi en voz baja y tomó asiento en el taburete a su lado, el que solía ocupar Samuel, el orfebre—. ¿Acaso Mardoqueo acabará por tener razón? ¿De verdad es la edad que nos hace pensar y hablar como lo hacemos? ¿Es que el peso de la experiencia nos ha empequeñecido y acobardado?

—O nos ha vuelto sabios —musitó Isaac, sin despegar la vista del suelo de losas de piedra.

—Lo he intentado todo, pero no logré que el conejo cambiase de opinión.

—Lo sé.

El *parnés* de la comunidad de Colonia aguardó un momento que parecía interminable.

—Seguro que aún recordáis el tema de conversación de nuestro último encuentro.

Durante un instante Isaac cerró los ojos, como si no hubiera esperado otra cosa.

—No lo he olvidado.

—A pesar de la penosa noticia que nos ha alcanzado, aún albergo esperanza en el corazón y ruego a Dios que

nuestros adversarios tengan razón y el arzobispo nos proporcione una protección confiable. Sin embargo, temo que os veréis obligado a cumplir con vuestra promesa dada hace mucho tiempo, amigo mío. El documento ya no está seguro aquí.

—Lo sé —dijo Isaac.

—Así que deberíais prepararos.

—También tengo claro eso.

—No obstante, veo que algo en vos se resiste a ello —replicó el *parnés* con la sabiduría que lo caracterizaba y la mirada de sus ojos oscuros parecía penetrar en el alma de su viejo amigo—. Tras todo lo que ha sucedido, ¿ya no os consideráis capaz de cumplir con el

deber?

Isaac alzó la vista y lo contempló.

—Sé lo que antaño prometí, Supremo Guardián —respondió en voz baja—. Haré todo lo posible por cumplir con lo prometido, aunque sea lo último que haga. Pero vos sabéis que no estoy solo, que tengo una hija soltera de la cual debo ocuparme. Mi mujer ha muerto y no puedo dejarla sola.

Bar Levi no contestó inmediatamente, sino que pareció reflexionar un momento. Isaac tenía muy claro que existía una solución evidente para su problema y que era de suponer que el *parnés* la había encontrado hacía tiempo... pero se negaba a aceptarla y

también a manifestarla en voz alta. Al menos quería postergar el mayor tiempo posible el momento en el que se volviera inevitable.

Bar Levi le hizo el juego durante un rato, pero finalmente preguntó:

—Sabéis qué sería lo mejor, ¿verdad?

—Ella no lo ama, Daniel —se limitó a contestar Isaac.

—Amor... Todos sabemos que el amor es un ideal elevado, Isaac, muy apreciado por reyes y profetas, ensalzado por el propio Salomón y quizá la mejor base para la unión del hombre y la mujer. Sin embargo, un matrimonio acordado entre el padre de la novia y el

futuro novio también ofrece seguridad, quizás incluso en mayor medida que un matrimonio por amor.

En esa ocasión quien no contestó fue el comerciante, por una parte porque sabía que el *parnés* de la comunidad tenía razón. Como mujer de Mardoqueo Ben Neri, Chaya alcanzaría la prosperidad y un gran respeto, e incluso si las negociaciones con el arzobispo fracasaran, Isaac estaba seguro de que su competidor encontraría la manera de evitar que sus bienes —y también su familia— cayeran en manos de los fanáticos de Emicho. Pero por otra parte también sabía demasiado bien la opinión que Mardoqueo le merecía a su hija... y

esa era aún peor que la suya.

Así, ¿qué debía hacer? ¿Aceptar que era necesario? ¿Tragarse el último resto de orgullo que aún le quedaba y entregarle su hija a un hombre que, si bien codicioso y egoísta, podría proporcionarle una protección más eficaz que cualquier otro y que encima era pudiente?

—Hablaré con ella —prometió al notar que el *parnés* aún lo contemplaba esperando una respuesta—. Hablaré con ella al respecto.

Londres

Noche del 25 de mayo de 1096

Al alojarlos en la habitación destinada a sus huéspedes más importantes, el rey había concedido un gran honor a la familia de Rein.

La habitación, anexa a la gran sala destinada a los secretarios, criados y servidores de la corte, se encontraba directamente por debajo de los aposentos privados del rey.

Una gran cama destinada al barón y su esposa, dos taburetes ricamente ornados de tallas y dos arcones formaban el mobiliario. La pared que daba a la sala disponía de una chimenea que De Rein había mandado encender, pues el viento del este impulsaba oscuros nubarrones y la noche amenazaba con volverse fría y lluviosa.

—Me pregunto por qué Rufo nos ha mandado llamar —dijo Guillaume al tiempo que atizaba el fuego con un gancho de hierro. Las llamas proyectaban sombras titilantes sobre su cara.

—Su nombre es Guillermo —dijo su padre, enérgico; se había quitado la cota

de malla así como la prenda acolchada inferior y llevaba una túnica de color verde oscuro que le rozaba las rodillas y cuyos ribetes ostentaban motivos bordados. La copa que sostenía en la mano estaba llena de vino francés, el mejor de la bodega del rey tal como le aseguró el solícito criado.

»Puede que Rufo sea el nombre que le ha proporcionado su aspecto poco común; sin embargo, ha ocupado el trono de Inglaterra bajo el nombre de su glorioso padre. Harás bien en recordarlo, hijo.

—Sea cual sea el motivo —dijo Eleanor, con el fin de evitar otra pelea entre ambos—, debe de ser algo

especial.

—¿Qué te lleva a pensarlo? — preguntó Renaldo. Cuanto más vino bebía, tanto menos formal solía volverse: otra costumbre de su padre que Guillaume consideraba baja y absolutamente repugnante.

—Bien —dijo la dama, sentada en un taburete y bebiendo vino, pero solo en dosis muy pequeñas y controladas—, puesto que al parecer, de momento somos los únicos huéspedes, no puede tratarse de una de las acostumbradas reuniones de la nobleza. Y en cuanto a nuestro alojamiento y alimentación —añadió, recordando los abundantes platos que les habían servido durante la

cena—, supongo que podemos considerarnos muy apreciados.

—Quizá piense enviarnos de regreso a Normandía —dijo Guillaume en tono esperanzado, pero al ver la expresión repentinamente furiosa del barón comprendió que había cometido un error.

—Eso te agradecería, ¿verdad? —preguntó Renaldo en tono agresivo. No estaba borracho ni mucho menos, pero el alcohol no dejaba de afectarlo—. Regresar a la tierra de tus antepasados... ¡y así arrojar a la basura todo aquello por lo cual tu padre ha vertido sangre y por lo cual cayeron tantos de nuestros vasallos!

Hablaba en voz cada vez más alta y Guillaume temió que la conversación pudiera oírse desde el exterior.

—No quise decir eso, padre — aseguró, susurrando—. Solo creí que el rey...

—Eres un necio. Si en vez de ocuparte de tu aspecto dedicaras más tiempo a ocuparte de la política, sabrías que un regreso a la antigua patria es imposible. En cuanto abandonásemos Inglaterra los pictos caerían sobre nuestras tierras como las langostas y perderíamos todo nuestro poder.

—No del todo. Aún nos quedan nuestras antiguas propiedades en el continente, esas que el rey Guillermo

adjudicó a nuestra familia.

—Claro —exclamó Renaldo, soltando una áspera carcajada—. ¿Acaso crees que Roberto Curthose no tiene nada mejor que hacer que aguardar el regreso de los vasallos de su padre? Puede que él y nuestro rey sean hermanos, pero sabes muy bien que son tan opuestos como el fuego y el hielo y que ambos envidian sus respectivas coronas. ¿Así que por qué el duque de Normandía habría de seguir siendo leal a los vasallos de su hermano, encima cuando estos lucharon contra Mowbray y Carileph, que apoyaron su pretensión al trono de Inglaterra? No, hijo, las antiguas propiedades se han perdido

hace tiempo; puede que nuestro pasado se encuentre en el continente, pero nuestro futuro está aquí.

—¿Qué futuro? —preguntó Guillaume en tono rebelde y tan vehemente que su madre le lanzó una mirada de advertencia—. ¿Qué diablos nos ofrece Northumbria, padre? ¿Para qué luchamos contra los pictos, para qué emprendimos una guerra sangrienta contra nuestra propia gente cuando lo único que obtuvimos fue un trozo de tierra yerma y un montón de piedras desnudas en medio de la nada?

—¿Un montón de piedras desnudas? —repitió el barón con voz quebradiza, apenas capaz de dominar su ira—. ¿Es

que no puedes o no quieres comprender que todo ello solo es en beneficio tuyo?

—¿En beneficio mío?

—Por supuesto. Quizá para ti este país no suponga otra cosa que un neblinoso y pedregoso fastidio y es posible que incluso tengas razón. Pero está vivo y crece y se desarrolla. En el continente hace tiempo que hemos chocado contra nuestras fronteras. Allí las relaciones de poder son fijas y ya no hay nada que un noble pueda hacer para incrementar las propiedades y la influencia de su familia. En cambio aquí —dijo de Rein y le lanzó una mirada fulminante a Guillaume—, nadie le impone límites al osado. Si no fueras tan

blando hace tiempo que lo habrías comprendido.

—Os lo ruego, Renaldo —dijo Eleanor, convencida de que debía intervenir—, sed indulgente.

El barón soltó una carcajada amarga y vació la copa de un trago.

—Tal vez lo he sido durante demasiado tiempo. Mírate, hijo, solo mírate.

—¿Por qué? —preguntó Guillaume, obstinado—. ¿Qué he hecho mal?

—Como si no lo supieras. ¿Acaso no has preferido siempre el jubón de terciopelo en vez de la cota de malla? ¿La caza en lugar de la guerra? No negarás que siempre has preferido el

calor de una criada cualquiera a la dura soledad de un campamento militar, ¿verdad?

—Sois injusto, padre. Os he acompañado durante innumerables campañas militares y he luchado contra los bárbaros con la misma valentía que cada uno de vuestros caballeros.

—Es verdad —dijo De Rein, asintiendo con la cabeza—. Tu espada es veloz y actúa implacablemente. Pero no basta con ser tan bueno como cualquiera de mis vasallos; al ser mi heredero debes ser mejor que ellos, de lo contrario no eres digno del nombre que llevas.

—Esposo mío... —lo advirtió

Eleanor, que barruntaba adónde conduciría esa disputa.

—¿Así que consideráis que no soy digno de convertirme en vuestro sucesor algún día?

El rostro de Guillaume había adoptado un color púrpura y mantenía los labios apretados.

Renaldo de Rein no respondió, se conformó con clavar la mirada en la copa vacía, pero para su hijo ello supuso una respuesta suficiente y en su rostro se combinaba la indignación, el desconcierto y una ira indecible. Durante unos instantes pareció buscar las palabras adecuadas para replicar a su padre, pero no las halló y tampoco

recuperó el control. Cuando abrasadoras lágrimas de rabia amenazaron con humedecer sus ojos, arrojó el atizador a un lado y este aterrizó en el suelo soltando un chirrido. Entonces el joven normando se volvió y abandonó la habitación dando un portazo.

—¿Era eso lo que queríais? —preguntó Eleanor, sin disimular su reproche.

—¿Acaso me quedaba otra opción? —exclamó Renaldo—. El muchacho es un inútil, carece tanto del corazón como de la sensatez de un auténtico De Rein.

—¿También lo diríais si fuera vuestro hijo carnal?

El barón le lanzó una mirada dura.

—Tened cuidado, mujer —le advirtió, pero el rostro pálido de Eleanor permaneció inmutable.

—No soy yo, esposo mío, quien debe tener cuidado. Tal vez podáis impresionar a Guillaume con vuestros gritos, pero no a mí. ¿O queréis que vuestros hombres descubran que el heredero de su jefe no es de su propia carne? ¿Que su miembro viril es tan inútil como el de un buey? ¿Y que su propio...?

Pero no pudo continuar: la punta del puñal de Renaldo, que de pronto le presionó la garganta, la hizo callar.

—Una sola palabra más y juro por todo lo que me es sagrado que os cortaré

esa traicionera garganta y dejaré que os desangréis.

—¿Y después, qué? —preguntó ella, perforándolo con la mirada de sus ojos verdes—. ¿Qué le diréis al rey y a vuestra gente? ¿Y a Guillaume? —añadió, riendo en voz baja—. No, esposo mío, para guardar las apariencias me necesitáis tanto como yo os necesito a vos. Ambos estamos unidos para bien y para mal, tanto si os gusta como si no.

El barón permaneció inmóvil un momento más, aferrando el puñal con la mano temblorosa por la agitación... pero por fin la bajó. Su expresión delataba el desasosiego que reinaba en

su interior.

—¿Adónde vais? —siseó cuando Eleanor se puso de pie, depositó la copa medio llena en un arcón y se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde? —repitió Eleanor, lanzándole una mirada desdeñosa—. A buscar a Guillaume, claro está. Ahora lo que más necesita es el consuelo de una madre —añadió, abrió la puerta y salió hacia la sala.

El barón permaneció en la habitación, en silencio.

Aunque era una gran sala, cuyo cielorraso estaba sostenido por vigas de madera apoyadas en columnas de piedra junto a las paredes laterales y donde a

esas horas reinaba un considerable ajetreo —unos cuantos criados y servidores de la corte allí alojados aún comían, otros estaban sentados ante las mesas y conversaban mientras unas criadas se dedicaban a la costura y a remendar prendas iluminadas por las antorchas—, Eleanor no tuvo dificultad en encontrar a su hijo.

Guillaume había tomado asiento en el extremo de una de las dos mesas que recorrían la sala a lo largo, cavilando con la vista clavada en un jarro de cerveza. Envuelta en su amplio atavío, que suponía un agudo contraste con las prendas sencillas de los criados y las criadas, Eleanor cruzó el recinto y se

sentó junto a su hijo.

—Madre —susurró Guillaume sin alzar la vista.

—Estás furioso —constató ella y apoyó su mano blanca y cubierta de anillos de oro en el brazo de él.

—¿Acaso no tengo motivos para estarlo?

—Sí, los tienes. Todos los motivos imaginables, pero la cólera no te servirá de nada.

—¿Y qué queréis que haga? —exclamó, dirigiendo la mirada hacia ella; lágrimas de ira brillaban en sus ojos—. Haga lo que haga, él jamás me lo reconocerá.

—Es un necio —dijo Eleanor, alzó

la mano y le apartó de la frente un mechón de sus rubios cabellos—. A él le resulta imposible ver lo que veo yo.

—¿Y qué veis?

—El futuro señor de la casa de los De Rein —dijo Eleanor en tono convincente y su mirada expresaba confianza—, y quizá mucho más que eso. El barón es un hombre con ambición, es verdad, pero esta se limita a alcanzar la gloria al servicio del rey y un trozo de tierra lo más grande posible. En cambio tú puedes alcanzar mucho más que eso, y que él sea incapaz de reconocerlo demuestra su simpleza.

El rubor que cubrió los rasgos de Guillaume delataba su perplejidad.

Sabía que su padre y su madre no se apreciaban, desde luego, y que su matrimonio era poco más que una alianza de conveniencia entre dos poderosas familias aristocráticas, pero era la primera vez que oía hablar a Eleanor en tono tan sincero y despreciativo del barón, que a fin de cuentas no solo era su esposo sino también su amo y señor.

—¿Qué te ocurre? —preguntó ella.

—Nada, yo...

—Le temes, ¿verdad?

—¿Acaso vos no?

—Hace tiempo que he dejado de temerlo —contestó ella, sonriendo—. Hubo un tiempo en el que cifré mis

esperanzas en él, pero ya ha pasado. Entretanto, Guillaume, todas mis esperanzas están depositadas en ti y sé que no me decepcionarás.

—¿En mí? ¿En qué sentido, madre?

—Llegará el día en el que tomarás posesión de la herencia de tu padre. Renaldo de Rein es un necio y un tozudo a quien su exagerada ambición y su concepto anticuado de la lealtad y la fidelidad acabarán por llevarlo a la perdición. Entonces habrá llegado tu hora, Guillaume, y aprovecharla está en tu mano y en la mía, además de encargarnos de que nadie pueda quitarnos lo que es nuestro. Hemos de estar preparados para ello.

—¿Cómo?

—Déjalo en mis manos —contestó ella sin más explicación y le rozó el brazo—. Hasta que llegue ese momento, has de consolarte pensando en el día en que verás más que compensadas todas las humillaciones que has sufrido.

—Vaya —dijo Guillaume, frunciendo sus finos labios. Lo que su madre decía le agradaba muchísimo, pero en vista de la última ofensa sus palabras no supusieron un consuelo—. ¿Y cuándo llegará ese día feliz? ¿Cuándo dejaré de verme obligado a soportar que me insulten y digan que soy un estúpido petimetre?

—Tu tiempo llegará —dijo Eleanor,

procurando apaciguarlo—. Tal vez muy pronto...

—... o jamás —añadió él, completando la frase en tono amargo, apartando su mano y poniéndose de pie—. Ya no puedo soportarlo —dijo, y echó a correr hacia la puerta de la sala.

Eleanor lo siguió con la mirada y comprendió que algo debía cambiar en cuanto se presentara la oportunidad para llevar a cabo sus planes.

Guillaume creyó que si no tomaba aire fresco se asfixiaría y, furibundo, abrió la puerta de la sala y salió al patio, jadeando.

La oscuridad era mayor de lo esperado.

Las nubes que cubrieron el firmamento durante el transcurso de la tarde se habían convertido en espesos nubarrones que se extendían a lo largo del paisaje celeste formando valles violetas y montañas azul grisáceas por encima de las almenas del castillo. Y en todas las direcciones los rayos atravesaban la noche iluminando las formaciones de nubes y también el interior del patio del castillo con luz titilante. A lo lejos retumbaban los truenos, un rumor apagado que agitaba el aire.

Desde el peldaño más alto de la

escalera de madera que descendía por la puerta de la torre del homenaje hasta el patio, Guillaume observó a los mozos de cuadra y las criadas que, ante el inminente aguacero, se apresuraban a resguardar los animales y todos los enseres que no debían mojarse.

Cuando resonó el trueno siguiente, la tormenta ya estaba más próxima, se acercaba acompañada de rayos y todos comprendieron que les aguardaba una noche inquietante. La tensión se notaba en el aire, cargado de mosquitos, y hasta cierto punto reflejaba la que atenazaba a Guillaume; procuró imaginar que la inminente tormenta no solo suponía otro capricho del veleidoso clima inglés sino

un guiño del destino, un presagio de que acontecería algo grande, algo imprevisible. Algo que le diera un giro a su tediosa vida dominada por reglas monótonas y le proporcionarían la trascendencia que él se merecía por derecho.

La idea le agradó y continuó acariciándola, se entregó a fantasías e imaginaciones por las cuales su padre, si no lo mataba, al menos lo hubiera azotado. Y entre esas reflexiones salvajes dominadas por la sangre y la sed de venganza, notó la presencia de aquella joven que ya había llamado su atención cuando llegó al castillo.

La esclava de cabellos oscuros.

Cruzaba el patio en dirección al ala destinada a la servidumbre, sostenía una cesta con ropa recién lavada que no debía mojarse.

Al igual que esa tarde su belleza hechizó a Guillaume y un deseo espontáneo se apoderó de él y de pronto supo cómo podría dar rienda suelta a toda la rabia y la frustración acumuladas en su interior.

—¿Conn? ¡Conn! ¡Despierta...!

La voz surgía desde la lontananza y no llegó a alcanzar su conciencia. Conn había buscado refugio bajo un ancho saliente que casi alcanzaba la otra orilla del camino y donde en invierno se apilaba la leña. Dado que al parecer seguiría lloviendo toda la noche, decidió pasarla en ese lugar. De todos modos no disponía de un alojamiento fijo y por experiencia sabía que había peores lugares para dormir que ese.

Apoyado contra la pared de la choza, se había cubierto la cabeza y el rostro con la capucha y había cerrado los ojos. El agradable calor proporcionado por la capucha y el tamborileo interminable de la lluvia se encargaron de que no tardara en conciliar el sueño.

—Despierta, ¿es que no me oyes?

Solo despertó cuando una mano lo cogió del hombro y lo zarandeó. Parpadeó: alguien también se había deslizado bajo el saliente y permanecía acurrucado ante él en el suelo con una antorcha casi apagada en la mano. Sin embargo, la escasa luz alcanzó para iluminar el rostro de la visita nocturna y

cuando Conn reconoció a Emma, se quedó de piedra.

—¿Emma, cómo...?

—Cuánto me alegro de haberte encontrado —soltó la criada. Sus ropas estaban empapadas y su rostro casi siempre sonrosado estaba lívido—. ¡Tienes que venir conmigo ahora mismo!

—¿Qué ha pasado?

—Nia —fue lo único que dijo la joven... y ello bastó para que Conn despertara del todo en el acto.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Conn y un escalofrío le recorrió la espalda, la noche y la lluvia dejaron de existir y era como si el tiempo se hubiese detenido.

—Ella... ella... —tartamudeó

Emma con voz ahogada.

Conn se dio cuenta de que las gotas que se deslizaban por el rostro de Emma no solo eran de lluvia y el pánico lo invadió. Sin querer, aferró a la criada de los hombros y la zarandeó.

—¡Por el amor de Dios, Emma, dime qué ha pasado!

—Un caballero normando...
Guillaume de Rein...

—¿Qué pasa con él?

—Él... él...

Conn cerró los ojos, sin dejar de suplicarle a Dios que lo que temía no hubiera ocurrido.

—Llévame con ella —dijo—,

¿puedes hacerlo?

La criada asintió, muda, visiblemente aliviada de que él la hubiera comprendido, incluso así. Para no perder más tiempo, Conn optó por no hacerle más preguntas: quería estar junto a Nia, eso era todo. Su ansia de verla y estrecharla entre los brazos nunca había sido mayor que en ese instante.

—En marcha —dijo, y ambos abandonaron el saliente. Solo entonces volvieron a notar la oscuridad y la lluvia helada que caía a raudales, pero Conn hizo caso omiso, y tampoco notó que, tras dar unos pasos, la antorcha se había apagado y la oscuridad era total; tampoco se percató de que sus ropas se

empapaban y que el fango del camino lo había convertido en un lodazal. Sus botas desgastadas se hundían a cada paso y también los pies desnudos de Emma, así que solo lograron avanzar con mucho esfuerzo y tardaron lo que les pareció una eternidad en recorrer la corta distancia que los separaba del castillo.

A través de callejuelas sucias y oscuras —que no hedían a excrementos e inmundicias solo porque la lluvia había arrastrado la pestilencia— se acercaron sigilosamente a la gran torre que se elevaba más allá de los techos de paja, resplandecientes ahora debido a la humedad. Ni la luna ni las estrellas

brillaban en el cielo, convertido en un abismo negro del que caía la lluvia.

Las ropas de Conn estaban completamente empapadas, pero no les prestó atención y tampoco al dolor punzante en las costillas causado por su respiración agitada. Lo único en lo que podía pensar era en Nia, cuya imagen se le aparecía tal como la había visto por última vez, graciosa y encantadora. El miedo que lo atenazaba y que aumentaba de tamaño como un tumor estaba a punto de hacerle perder el juicio.

Por fin alcanzaron el prado que se extendía entre las estribaciones de la ciudad y el castillo y en el que ya nada los protegía del viento que los azotaba.

Avanzaron a toda prisa hasta alcanzar el puente de madera que cruzaba un pequeño afluente del río y cuyos tablones se habían vuelto resbaladizos bajo el chaparrón. Emma resbaló y cayó, pero Conn la ayudó a levantarse de inmediato. Al otro lado del puente se elevaba la empalizada y la puerta occidental, ante la cual estaba apostado un solitario centinela que se había envuelto en un pellejo de cuero curtido para protegerse de la lluvia torrencial. Parecía conocer a la criada, pues Emma intercambió unas palabras con él y entonces dejó pasar a Conn, pero sin dejar de lanzarle miradas de advertencia.

Era la primera vez que Conn pisaba el castillo y, debido a la oscuridad y al denso velo de lluvia que ocultaba el patio interior, apenas vislumbró el contorno borroso de unos edificios y la gran torre que se elevaba por encima de estos con aspecto amenazante. Pero incluso si hubiese sido de día, casi no hubiera sido consciente de nada: su único deseo era encontrar a Nia.

—¿Dónde está? —le preguntó a Emma en tono insistente; entonces la criada lo cogió del brazo y lo condujo hasta una de las alargadas moradas que bordeaban la muralla meridional. Conn percibió el olor del establo y supuso que tanto los esclavos como el ganado

compartían el mismo alojamiento en las barracas. A través del chapoteo de la lluvia Conn oyó el graznido de las ocas y el relincho inquieto de los caballos. Entonces alcanzaron un saledizo cubierto de ripias de madera y Emma lo arrastró hasta allí. Un estrecho hueco carente de puerta conducía al interior de la barraca, donde la oscuridad era tan absoluta que Conn tuvo que avanzar a tientas.

Emma encendió una vela que proporcionaba un poco de luz y Conn se dio cuenta de que se encontraban en el alojamiento de los esclavos. El suelo estaba cubierto de paja y junto a las paredes dormían hombres, mujeres y

niños, todos con la argolla de hierro alrededor del cuello que indicaba su esclavitud. En el rincón más remoto del recinto, amplio pero de techos bajos, estaba tendida una figura encogida y semidesnuda y, al verla, Conn creyó que su corazón se partiría en dos.

—¡Nia!

Aunque sus piernas casi no lo sostenían, corrió hacia ella con la sensación de estar en trance. Por fin llegó a su lado, cayó de rodillas... y, presa del espanto, vio la sangre que empapaba su desgastado vestido gris.

—¡Nia! ¡Dios mío!

Ella estaba tendida de lado, encogida y, al oír una voz, se dio la

vuelta y volvió a asustarse. Su rostro de rasgos delicados estaba hinchado y cubierto de heridas, la frente pegoteada de sangre seca, pero lo que más lo espantó fue la atroz lividez que se había apoderado de ella. Movía los ojos de un lado a otro, ora parecían contemplarlo, ora volvían a desviarse: no parecían capaces de enfocarlo.

—Conn —musitó, sin embargo y pese a su lamentable estado, sus labios esbozaron algo parecido a una sonrisa—. Has venido.

—Por supuesto.

Conn cogió su mano fría como el hielo, pero ella tenía la frente cubierta de sudor y el cabello húmedo y

enmarañado.

—Per... perdóname, Conn —se esforzó en susurrar. Tenía los ojos llenos de lágrimas y el dolor crispaba su rostro desfigurado—. No pude evitarlo.

—Lo sé —se limitó a decir él.

El vestido de Nia, desgarrado desde los hombros hasta la cintura, atestiguaba lo ocurrido con toda claridad. Y además estaban esas manchas oscuras que teñían la tela por debajo de su cintura y también manchaban el suelo.

Sangre, sangre por todas partes.

Conn sintió el impulso de ponerse de pie e ir en busca de ayuda, pero ¿a quién podría haberse dirigido? A los *medici* normandos la vida de un miserable

anglosajón les importaba un pimiento, por no hablar de la vida de una esclava galesa. Además, Conn consideró que Nia no necesitaba un médico sino un milagro.

Acurrucado junto a ella, con las manos ensangrentadas de Nia entre las suyas, empezó a rezar en silencio, suplicó la ayuda de Dios en ese momento tan duro y juró que haría penitencia por todos los pecados cometidos durante su vida. Pero el estado de Nia no mejoró y con cada instante que transcurría, la vida parecía abandonarla un poco más.

Las ideas de Conn se arremolinaron. Quienquiera que hubiese cometido

ese acto había actuado como una bestia feroz y, a juzgar por las heridas sufridas, Nia se había defendido con todas sus fuerzas. ¿Por qué nadie le prestó ayuda?, se preguntó, presa de la desesperación. ¿Por qué nadie trató de impedirlo? ¿Por qué nadie llamó a los guardias?

Pero Conn sabía la respuesta, claro está, era tan sencilla como aleccionadora. Desde el punto de vista de un hombre libre la vida de una esclava tenía el mismo valor que la de un perro vagabundo... y a nadie se le hubiera ocurrido intervenir si un caballero normando le daba una paliza a un perro vagabundo.

—¿Conn?

—¿Sí? —dijo él, contemplándola.

—¿Aún lo recuerdas? —preguntó

Nia con voz quebradiza mientras su ojos buscaban los suyos, pero sin encontrarlos—. Te hablé de Cymru, de mi tierra natal... de las verdes colinas de las Tierras Bajas y de los densos bosques... de las rocas antiquísimas cubiertas de musgo y de los ríos claros como una mañana primaveral. ¿Lo recuerdas?

—Sí —dijo Conn, pero su voz apenas era un áspero graznido.

—Allí —susurró Nia, pegando un respingo cuando una nueva oleada de dolor la atravesaba— podríamos haber ido... allí hubiéramos sido libres.

Conn ya no podía pronunciar una sola palabra; se limitó a asentir con la cabeza al tiempo que luchaba con todas sus fuerzas contra las lágrimas que amenazaban con derramarse por sus mejillas. No quería que ella las viera, no quería que cargara con su dolor y su pena en el camino hacia la Eternidad.

—Ahora ya no tendrás que robar para mí —musitó Nia, y la sonrisa que pese a todo iluminó su rostro lívido hizo que Conn casi pereciera de dolor.

»¿Me prometes una cosa? —preguntó ella.

—¿Qué?

—Prométeme... que buscarás la libertad. —Su voz ya solo era un

murmullo, como el rumor de la brisa nocturna agitando la hierba—. Que la encontrarás... en alguna parte...

—Te lo prometo —contestó Conn, que se esforzaba por no perder el control.

En ese momento hubiera estado dispuesto a prometerle todo, a prestar cualquier juramento si con ello lograba aliviar su martirio... pero también eso le fue denegado.

El rostro de Nia se crispó y se volvió aún más pálido. Era evidente que la vida la estaba abandonando y, desesperado, Conn trató de detener lo inevitable.

—¡No, no! —exclamó, sollozando, y

se apretó contra ella como si así pudiera retenerla e impedir que lo abandonara. Pero mientras aún la abrazaba y presionaba su mejilla contra la cabellera empapada de sudor de la muchacha, ella dejó de respirar, su cuerpo martirizado se tensó y Conn supo que todo había acabado.

La vida de Nia se había apagado, como una candela en el viento.

Más adelante, Conn no podría haber dicho durante cuánto tiempo permaneció abrazado al cadáver de su amada, pero recordaba perfectamente el instante en el que la pena, el dolor y la ira lo superaron y creyó caer en un precipicio sin fin que lo devoró. Con el cuerpo sin

vida de Nia aún entre los brazos, se precipitó a un oscuro abismo.

Allí hacía frío y Conn tiritó. Aunque se había criado como huérfano y tuvo que arreglárselas a solas desde la más tierna infancia, nunca se había sentido tan solo. Soltó un alarido espantoso, pero ignoraba si solo creyó soltarlo o si realmente había surgido de su garganta. Toda su tristeza y su dolor se abrieron paso y de pronto la oscuridad que lo rodeaba pareció estallar en llamas.

Un calor abrasador le azotó la cara y la piel y se clavó en sus entrañas como un hierro candente. Las náuseas se apoderaron de él, tan intensas que ya no pudo mantenerse en pie y cayó de

rodillas, se encogió y creyó que el dolor lo estaba desgarrando. Y de las llamas que lo rodeaban surgió la imagen de un caballero sin rostro, del hombre que se había abalanzado sobre Nia como una fiera salvaje y había deshonrado y desfigurado su cuerpo delicado.

Guillaume de Rein.

Cuando Emma lo mencionó, Conn apenas registró su nombre. Pero entonces lo tuvo muy presente y mientras las llamas seguían ardiendo en torno a él, el inconmensurable dolor de Conn dio paso a un odio infinito. Solo albergaba un único deseo: hacer pagar a ese hombre por todo lo que le había arrebatado.

Guillaume de Rein.

Conn imaginó que las llamas consumían al desconocido caballero que había destruido su vida y su amor. Las llamas lo atrapaban y lo devoraban; y también alcanzaron a Conn, quien en su imaginación participaba de la escena y la observaba con satisfacción, pero ello le resultaba indiferente. Que las llamas lo devorasen, que devoraran su juicio e impidieran que encontrara el camino de regreso al mundo real, ese mundo que solo le ofrecía dolor y tristeza y que entonces —dado que Nia ya no estaba viva— le parecía aún más tenebroso que antes. Conn se sumió en la desesperación y puede que su espíritu

jamás hubiera podido regresar a la realidad si una mano no se hubiese apoyado en su hombro, impidiendo que se precipitara al abismo de la locura.

Conn notó el roce. Las llamas que lo rodeaban se apagaron repentinamente y su rugido enmudeció. Entonces oyó la voz, una voz insistente que repetía su nombre una y otra vez.

—¡Conn! ¡Conn!

Conn abrió los ojos y se sorprendió al comprobar que todavía se encontraba en la barraca de los esclavos con el cuerpo sin vida de Nia entre los brazos. Cuando alzó la vista vio los rasgos afligidos de Emma iluminados por la luz de una vela.

—¿Te encuentras mejor?

Conn no contestó. Tenía los ojos llenos de lágrimas y presionó el cuerpo de Nia contra su pecho, decidido a no soltarlo jamás y ansiando regresar al tiempo del olvido en el que había caído durante breves momentos, incapaz de asimilar lo ocurrido y ni siquiera de aceptarlo.

Nia estaba muerta y con ella había muerto todo su amor, sus esperanzas y su anhelo de alcanzar la felicidad.

Quería regresar a las llamas, recuperar la fuerza desesperada que le había proporcionado el odio y la sed de venganza... cuando comprendió que no todo lo que había visto y oído era

producto de su imaginación.

Porque al menos un nombre había sido real, el de Guillaume de Rein, el asesino de Nia.

Guillaume estaba de mucho mejor humor, y debido a dos motivos.

Por una parte, porque a todas luces la esclava galesa —que se había convertido en la víctima de su ira— había cumplido con todo aquello que su aspecto había prometido. Como era de esperar al tener en cuenta su origen bárbaro, había resultado ser una auténtica gata salvaje a la que Guillaume tuvo que empezar por domar antes de alcanzar la satisfacción, pero como tenía

una experiencia considerable con respecto a quebrar la voluntad de las esclavas tozudas —cuya fuerza física era mucho menor que la suya— aquella no supuso un problema para él. Al contrario: el hecho de que la muchacha se defendiera con manos y pies solo incrementó su placer, al igual que la satisfacción que sintió al penetrarla violentamente una y otra vez, hasta que por fin ella dejó de resistirse y se convirtió en un trozo de carne sin voluntad entre sus brazos.

Pero también por la otra, porque en cuanto regresó a la sala le informaron que Ranulfo de Bayeux, la mano derecha y el principal consejero del rey, quería

hablar urgentemente con él. «¿Qué querrá de mí el máximo consejero del rey?», se preguntó.

Guillaume casi no sabía nada acerca de Ranulfo. Era oriundo de Normandía, ya había servido al rey Guillermo, y bajo el reinado de su hijo había ascendido hasta convertirse en su consejero más influyente. Incluso había algunos que afirmaban que Ranulfo — que en tiempos del primer Guillermo hasta había sido ordenado capellán— era, en realidad, quien dirigía los asuntos de Estado y que era un maestro en enfrentar competidores no deseados generando rencillas en sus filas. Que su apodo fuese el de Flambard (el

Incendiario) no se debía a la casualidad.

Claro que Guillaume solo había oído rumores al respecto y no a través de su padre —pues este lo consideraba demasiado inmaduro para hacerle partícipe de semejantes asuntos—, sino a través de su madre. Con respecto a los temas políticos, Eleanor de Rein no era menos entendida que el barón y si bien siempre permitía que este se considerara superior, Guillaume estaba convencido de que superaba con mucho a Renaldo de Rein, tanto en inteligencia como también en ambición.

Su buen humor se disipó cuando se encontró con su padre al pie de la escalera que daba a la sala superior.

Irritado, se dio cuenta de que al parecer no solo lo habían convocado a él sino también al barón.

Renaldo de Rein aún llevaba la túnica verde oscura decorada de ribetes bordados. Mantenía los brazos cruzados y una mueca de desaprobación crispaba su rostro.

—Ahí estás —dijo, contemplando a Guillaume de arriba abajo—. ¿Dónde has estado merodeando? ¡Apesta como toda una caballeriza!

—Por supuesto, padre —replicó Guillaume en tono impertinente—. ¿Acaso vos mismo no me ordenasteis que me encargara de los caballos y de nuestros hombres y comprobara que se

encuentran bien?

—¿Y lo has hecho?

—Desde luego —contestó

Guillaume sin pestañear—. ¿Es que dudáis de ello?

Renaldo no tuvo tiempo de responder, pues un hombre de baja estatura, rostro de hurón y envuelto en un manto amarillo, descendía la escalera y se inclinaba ante ellos.

—¿Los señores De Rein? —preguntó en tono servil, contemplando primero a uno y luego al otro.

—Así es.

—Entonces seguidme, por favor.

Con expresión solemne el del rostro de hurón se volvió y remontó los

peldaños con tanta rapidez que al menos el barón tuvo que esforzarse por seguirlo; Guillaume fue lo bastante listo como para seguir a su padre a una distancia respetuosa. El barón ya lo había castigado por motivos mucho menos importantes y no tenía ganas de que volviera a humillarlo ante la vista de todos.

Pasaron junto a guardias armados que ocupaban el tramo superior de la escalera y fueron conducidos hasta la sala del trono, situado justo por encima de la sala inferior. Grandes vigas y columnas de madera de roble sostenían el elevado cielorraso y las altas y estrechas ventanas que perforaban los

muros de piedra proporcionaban un aspecto casi catedralicio a la sala. Los tapices ricamente bordados colgados entre las ventanas —que ilustraban los actos heroicos y gloriosos del Conquistador— y también las innumerables velas de los candelabros de hierro que iluminaban la parte delantera de la sala contribuían a proporcionarle el aspecto de una catedral. La parte trasera, en la que solo las llamas de una chimenea irradiaban una luz titilante, permanecía en penumbra. Solo cuando el barón y su hijo siguieron al criado a través de la sala notaron la presencia de dos figuras que los aguardaban en el otro extremo.

Una estaba de pie, la otra ocupaba el trono de Inglaterra.

Era la primera vez que Guillaume de Rein veía a su monarca y máximo señor feudal, y tuvo que esforzarse por disimular su sorpresa. Porque el aspecto del hombre, sentado en el trono de madera de roble ornado de ricas tallas, no se correspondía con el que él había imaginado.

Guillermo de Inglaterra era un hombre de estatura baja y un tanto rollizo, pero bajo cuya estrecha túnica y calzas de terciopelo se destacaban unos músculos de acero. Guillaume había oído que el rey, continuando con la tradición de su padre, se consideraba

sobre todo un guerrero, adoraba ir de caza y fortalecer su cuerpo. Sin embargo, sus ropas, cuyos chillones tonos rojos y amarillos estaban dedicados a atraer la atención de quien lo contemplara y que ofrecían al soberano de Inglaterra un aspecto casi de petimetre y un tanto femenino, relativizaban dicha impresión. Era imposible calcular la edad del rey, pero cuando Guillaume lo miró a la cara de pronto comprendió cómo había adquirido el apodo de Rufo (el Rojo), pues los largos cabellos rubios, peinados con raya al medio rozándole los hombros, cubrían un manchado rostro de color rojo púrpura desde el

cual un par de ojos de distinto tono contemplaban fijamente a las visitas.

Irritado, Guillaume bajó la vista y por eso apenas prestó atención al otro hombre que permanecía de pie en el podio cubierto de pieles del trono, pero se percató de que tanto su esbelta figura como su manto oscuro semejante al hábito de un monje suponían un llamativo contraste con el aspecto del rey, envuelto en sus prendas de colores chillones.

—El barón Renaldo de Rein y su hijo Guillaume —dijo el servidor de la corte, presentando a ambos recién llegados, que de inmediato se pusieron de rodillas. Guillermo Rufo parecía

disfrutar dirigiendo su irritante mirada sobre ambas visitas durante lo que pareció una eternidad. Solo entonces les permitió volver a ponerse de pie. Hacía un buen rato que el servidor de la corte se había retirado, cerrando la puerta de la sala del trono a sus espaldas.

—Os saludo, barón —dijo el rey finalmente con voz dulce y juvenil—. ¿Cómo fue vuestro viaje desde la lejana Northumbria?

—Muy bueno, *sire* —se apresuró a asegurar Renaldo—. Nos sentimos muy honrados al recibir vuestra invitación.

—Lo supongo —dijo el rey con una sonrisa—. Ha llegado a mis oídos que habéis cosechado nuevos éxitos en la

lucha contra los pictos.

—Hacia años que las fronteras no son tan seguras —confirmó el barón, orgulloso.

—Entonces podéis contar con nuestro agradecimiento —le contestó Rufo con aire displicente—. Habéis demostrado ser un guerrero confiable y un fiel vasallo... también cuando ese traidor de Mowbray y el no menos traicionero Carileph se apartaron de la Corona y se rebelaron contra mí. Ese es el motivo por el cual estáis aquí.

Guillaume se puso aún más tenso: al parecer era verdad que el rey quería agradecer a sus leales vasallos, que, durante la rebelión encabezada por

Roberto Mowbray, duque de Northumbria, y su aliado, Guillermo Carileph, obispo de Durham, le habían permanecido leales. La lucha contra los rebeldes se prolongó durante cuatro largos veranos antes de que lograran ocupar los castillos de Mowbray en Newcastle, Tynemouth y Morpeth y poner fin a su poderío. A partir de entonces, Northumbria estaba subordinada al rey, al igual que los nobles normandos que ocupaban los castillos fronterizos... y entre ellos también Renaldo de Rein. Pero ¿qué quería decirles el rey? Guillaume aún no había abandonado la secreta esperanza de regresar a su antiguo hogar, por más

necia y vana que fuera y por más que su padre lo despreciara por ello.

—Mi señor —dijo el barón en su habitual tono tosco y servil, y apoyó ambas manos en la empuñadura de su espada—, esta espada os pertenece, y la blandiré allí donde vos me enviéis.

—Bien dicho, barón —dijo el otro hombre, que hasta entonces no había participado en la conversación y había permanecido en silencio como una sombra oscura, tomando la palabra por primera vez.

Solo entonces Guillaume lo contempló con atención. Unos ojos pequeños de mirada calculadora y un tanto intimidante, un rostro delgado, casi

ascético, una boca de labios finos y un mentón prominente delataban determinación y voluntad de imponerse. A diferencia del monarca, llevaba los cabellos cortos al estilo normando. Guillaume no albergaba la menor duda de que resultaría peligroso enfrentarse a ese hombre y estaba convencido de que se trataba de Ranulfo *Flambard*, el consejero principal y más influyente del rey.

—Podéis estar seguro de que recordaremos vuestra promesa gratamente, pues el encargo del rey os llevará a tierras lejanas —añadió.

—¿Tierras lejanas?

Renaldo de Rein apenas parecía

menos sorprendido que su hijo, que de pronto consideró que un regreso a Normandía volvía a convertirse en una meta alcanzable. La euforia hizo que una sonrisa atravesara sus pálidos rasgos, una sonrisa que para su sorpresa, el rey le devolvió brevemente.

—Así es, amigo mío —dijo Rufo y le lanzó una mirada de soslayo a su consejero—. Permitid que os presente a Ranulfo de Bayeux, mi mano derecha.

El barón inclinó la cabeza ante el hombre ataviado de negro, pero renunció a hacer una reverencia. Fruncía el hirsuto entrecejo y su malestar era evidente.

—Barón De Rein —prosiguió

Ranulfo, cuya voz evocó el tintineo del hielo en Guillaume—, ha llegado a nuestros oídos con cuánta aplicación y con cuánta dedicación altruista cumplisteis con vuestros deberes en el norte del reino. Puesto que el traidor Carileph no sobrevivió al invierno y las fronteras escocesas parecen estar aseguradas gracias a vuestros esfuerzos, el rey ha decidido confiaros un nuevo encargo en recompensa por vuestros servicios. Un encargo que exigirá toda vuestra lealtad, vuestro coraje y quizás incluso vuestra vida.

—He jurado serviros hasta la muerte, mi señor, como antes lo juré ante vuestro padre —dijo Renaldo, sin

dirigirse a Flambard sino al monarca—. Ordenad y haré lo que pedís.

Una vez más, y sin inmutarse, el consejero replicó en lugar del rey.

—Vuestra lealtad os honra, pero primero habéis de enteraros quién hizo que la noticia de vuestros méritos y del cumplimiento incondicional de vuestros deberes llegara a nuestros oídos. Tened la bondad, *milady*...

Flambard se volvió hacia la parte no iluminada de la sala y, para sorpresa de los visitantes, apareció una figura que había permanecido tan inmóvil y silenciosa entre las columnas que no notaron su presencia. Era esbelta y estaba envuelta en un vestido cuyo ruedo

rozaba el suelo; a cada paso que daba, este producía un susurro sedoso. Por fin la luz de las llamas iluminó su semblante... y Renaldo de Rein soltó una exclamación, atónito, al ver el rostro delgado de su esposa.

—¡Eleanor! —dijo—. ¿Qué estáis haciendo aquí, por todos los Santos...?

Pero una vez más, quien respondió fue Flambard.

—Comprendo vuestra sorpresa, barón. Sin embargo, ahora que lo averiguaréis, os ruego que tengáis en cuenta que vuestra mujer proviene de una familia muy importante relacionada con la Corona. ¿Sabíais que su padre combatió junto al rey en la batalla de

Hastings?

—Sí —contestó Renaldo en tono seco—, aprovechó todas las oportunidades posibles para recordármelo.

—¿Y también sabíais que Mauricio, obispo de Londres, que fue lord canciller del reino durante muchos años y a quien yo mismo tuve el honor de servir, era su amigo más íntimo y personal?

—¿Y? —Se limitó a preguntar Renaldo.

Su rostro crispado, que de pronto se asemejó al de un jabalí arrinconado por los perros de caza, no reveló si también estaba enterado de ello, pero era muy

evidente que la manera en la cual se estaba desarrollando el encuentro con el rey no le agradaba en absoluto. En cambio, Guillaume se sintió embargado por el júbilo, porque gracias a la aparición de su madre las cosas habían tomado un giro que podría resultar ventajoso, al menos para él.

—Aprovechando la influencia de su familia, vuestra esposa buscó nuestra proximidad —continuó, diciendo el consejero real.

—Eso es lo que ha hecho, efectivamente —gruñó el barón y le lanzó una mirada elocuente a Eleanor.

—Deberíais estarle agradecido por ello, pues sin su intervención quizá la

noticia de vuestras heroicidades nunca nos hubiera alcanzado. Dado que *lady* Eleanor no solo posee las virtudes normandas de la belleza y el encanto, sino también una notable inteligencia, nos rogó que volviéramos a evaluar vuestros esfuerzos en las tierras fronterizas y sopesáramos si quizás existían deberes que resultarían idóneos para un hombre de vuestras capacidades y méritos... a sabiendas de que vos mismo sois demasiado modesto y que cumplir con vuestro deber os causa una excesiva alegría como para solicitar algo semejante.

—*Sire*, yo... —dijo Renaldo, procurando dirigirse a su señor feudal,

pero Ranulfo volvió a interrumpirlo.

—Por dicho motivo y teniendo en cuenta los leales servicios que prestasteis a la Corona —continuó diciendo—, estamos dispuestos a confiaros una misión que os situará muy por encima de todos los otros vasallos del rey y que, en caso de que logréis cumplirla con éxito, os convertirá en uno de los nobles más importantes e influyentes de todo el reino.

—Os lo agradezco, *sire* —contestó el barón, rígido, e hizo una reverencia. Por más susceptible que fuera ante los cumplidos respecto de su caballerosidad y por más que las palabras del consejero lo halagaran, no dejaba de ser muy

cauteloso. El hecho de que su esposa hubiera buscado el contacto con el rey aprovechando su propia influencia y sin que él lo supiera y lo aprobara, lo abochornaba y lo volvía desconfiado. Deslizó una mirada suspicaz en torno, primero a Eleanor, luego a Flambard y por fin a Guillaume, que permanecía de pie detrás de su padre e ignoraba qué pensar de todo ese asunto, porque además de no hablarle de sus planes al barón, su madre tampoco se los había mencionado a él.

Sin embargo, al notar la inseguridad en la mirada penetrante de su padre, empezó a suponer al menos una cosa: que esa oportunidad de la que su madre

había hablado hacía unas horas, ese momento favorable, ya se había acercado bastante. ¿Acaso en aquel momento ella ya sabía lo que ocurriría? ¡Desde luego! ¿Por qué no lo había puesto al corriente? Guillaume experimentó cierta desilusión.

—Bien, ¿entonces qué es lo que debéis decirme? —preguntó Renaldo y por primera vez se dirigió directamente a Flambard. Parecía haber comprendido que no podía dejar de lado al consejero real—. ¿Qué es esa misión que queréis confiarme?

—No aquí —se apresuró a declarar Flambard—. Asuntos como estos solo han de discutirse con la más absoluta

discreción.

—¿Con la más absoluta discreción?
¿Qué lugar podría ser más discreto que la sala del trono del monarca?

—Seguidme —dijo el consejero, y se dirigió a una pesada puerta de roble situada bajo un arco y que daba a un pasadizo. Flambard descorrió el cerrojo y los visitantes se encontraron en la capilla de la fortaleza.

Columnas de piedra bordeaban los muros y sostenían el elevado cielorraso. En el ábside semicircular, a través de cuyas altas ventanas y debido a la tormenta, no dejaba de penetrar la luz cegadora de los rayos, se encontraba un pequeño altar sobre el cual estaba

apoyada la Cruz del Redentor. Una imagen de san Jorge se albergaba en un nicho lateral, a cuyos pies se retorció el dragón muerto. Frente al nicho había una pila bautismal de piedra, quizá destinada a brindarles el primer sacramento a los descendientes del rey y convertirlos en hijos del Todopoderoso... pero de momento Rufo no se había molestado en tener herederos y tampoco en tomar una esposa.

Ante el altar había un banco de madera provisto de preciosas tallas. En grandes candelabros de hierro había velas que ardían y proporcionaban una luz tenue, encantadora y conspirativa

que hacía que las columnas proyectaran sombras fantasmales. En la parte posterior de la capilla había un hueco cuadrado en el suelo, rodeado de una barandilla de madera, y una estrecha escalera conducía a la planta inferior de la capilla, abierta a los vasallos del rey. Allí apenas se vislumbraban más bancos y una sencilla cruz de madera.

Flambard aguardó hasta que también el rey se encontrara en la capilla, luego cerró las puertas, no solo la que daba a la sala del trono sino también la de la planta inferior; descendió los peldaños rápidamente y corrió el cerrojo. Cuando regresó fue como si una aterradora figura vestida de negro surgiera de las

oscuras profundidades y Guillaume se sintió invadido por la angustia, se puso aún más tenso y el sudor le humedeció las palmas de las manos. Su único consuelo consistió en notar que su padre también estaba afectado, mientras que su madre parecía absolutamente tranquila y entonces comenzó a barruntar por qué no lo había puesto al corriente de sus planes: no porque desconfiara de él sino para protegerlo.

—Aquí estamos a solas —dijo Flambard por fin en medio del silencio solo interrumpido por el retumbo de los truenos—. Nada de lo que comentaremos aquí debe abandonar estos muros. ¿Lo juráis?

El barón, su esposa y también su hijo prestaron juramento y, aún más que antes, Guillaume tenía la sensación de estar haciendo algo prohibido y de pertenecer a un círculo de conspiradores.

—Desafortunadamente —añadió Flambard—, estamos obligados a tomar estas precauciones pues tengo muchos motivos para suponer que una desgracia amenaza a nuestro amado soberano.

—¿Por parte de quién? —Quiso saber Renaldo.

—Por parte de quien ha envidiado su poder desde el principio y que todavía se lo envidia, aunque simule un amor fraternal —contestó el consejero

real.

Aunque no mencionó nombre alguno, todos los allí reunidos comprendieron a quién se refería: nada menos que a Roberto, duque de Normandía y hermano carnal del rey, que incluso en vida del viejo Guillermo encabezó revueltas con el fin de alcanzar el poder y que aún ansiaba hacerse con la corona de Inglaterra.

—¿Habéis oído hablar de lo acontecido en Clermont en noviembre pasado, barón? —preguntó Ranulfo *Flambard* de pronto.

—Solo de paso. Sé que Su Santidad el Papa convocó a los cristianos a liberar los Santos Lugares de los

infieles.

—Así es. Muchos cristianos prestaron oídos a su llamada y están dispuestos a seguirlo. También nuestro amado soberano lo seguiría si sus obligaciones no lo sujetaran al trono.

—Eso es muy cierto —dijo el monarca, de pie junto a Flambard y que en comparación con el otro hombre parecía casi inofensivo e insignificante. Aunque casi doblaba a Guillaume en edad, el rey de Inglaterra tenía un aspecto un tanto infantil—. Tras los disturbios del año pasado la situación en el país por fin se ha estabilizado. Pero si le diera la espalda a Inglaterra todo volvería a comenzar desde el principio.

—Eso es de suponer, *sire* —
reconoció el barón.

—En cambio Roberto —prosiguió
Flambard— está dispuesto a emprender
la arriesgada empresa. De momento, se
dedica a reunir tropas en Caen y en
Rouen y a equipar un ejército que lo
acompañará durante su peregrinación.

—Mi hermano siempre ha sido un
perro sentimental —comentó el rey de
un modo escasamente halagüeño—. Pero
quizá —añadió en tono mordaz y un
brillo agresivo se asomó a sus ojos de
distinto color— solo quiere recuperar la
eterna salvación de su alma, esa que
perdió de un modo tan temerario incluso
en vida de nuestro padre.

—Con el fin de financiar la empresa, Roberto ha empeñado sus posesiones de Normandía por la suma de diez mil marcos de plata —añadió Flambard.

—Siguiendo vuestros consejos, qué duda cabe —dijo Renaldo.

Todo el mundo sabía que Flambard era un reconocido especialista con respecto a las finanzas del estado. Hacía poco tiempo había participado en la creación de esas listas de impuestos incorporadas a los anales del reino bajo el nombre de *Doomsday Book*: El libro del Juicio Final.

—Es verdad que he aportado mi modesta contribución a la confección del contrato —dijo el consejero real en

tono humilde—, pero lo siguiente es de una importancia mucho mayor: si Roberto no regresara de su viaje a Tierra Santa, sus posesiones y todo lo que abarcan pasarían a manos de su hermano. Y ello significaría ni más ni menos que, tras su muerte, el reino del Conquistador volvería a estar unido bajo una única corona por primera vez.

—¿Y? —Quiso saber Renaldo, aunque su expresión sombría dejaba adivinar que ya conocía la respuesta.

—Sería muy ventajoso para la Corona si, en vista de los innumerables imponderables que acechan durante el transcurso de una empresa tan peligrosa, algo le ocurriera a Roberto en tierras

remotas —dijo Ranulfo, desvelando el secreto sin pestañear... y de pronto Guillaume comprendió por qué el consejero del rey era apodado Flambard (el Incendiario).

—¿Cómo decís? —preguntó el barón quien, dado el tono casual utilizado por Flambard, quizá creyó haberlo malentendido.

—Es muy sencillo —dijo Rufo—: si mi hermano no regresa yo me convertiré en soberano de Inglaterra y de Normandía, al igual que antaño mi padre. Y de ello debéis encargáros vos, mi fiel amigo.

—*Sire!* ¿Pretendéis... pretendéis que me convierta en asesino por vos?

¿En verdugo?

Una vez más, un rayo iluminó el interior de la capilla e iluminó la cara del barón: sus rasgos carnosos se habían vuelto pálidos y su mirada manifestaba un sincero espanto.

—Deberíais escoger vuestras palabras con cuidado —siseó Flambard, como una serpiente a punto de atacar—. Lo que el rey os demanda no supone ni más ni menos que el cumplimiento del deber.

—¡Pero, *sire!* —exclamó Renaldo y su mirada desamparada osciló entre el monarca y su principal consejero—. ¡Antaño le juré lealtad a vuestro padre! ¡No puedo volverme en contra de la

carne de su carne!

—¿Por qué no? —preguntó Rufo—. ¿Acaso no combatisteis contra las tropas de Roberto cuando os convoqué?

—Sí, desde luego, pero...

—¿Y es que en vida de mi padre este no luchó contra Roberto?

—Y le perdonó en su lecho de muerte —añadió el barón—. Yo mismo estaba presente cuando el rey agonizaba, cuando le suplicó al Todopoderoso que le perdonara sus pecados y cuando su único deseo era alcanzar la paz con su hijo renegado. ¿Pedís que haga caso omiso de ello?

—No sin una compensación —aseguró Flambard—. Podéis estar

seguro, barón, que el rey no olvidará vuestro fiel servicio y os recompensará ricamente. Por ejemplo, que además de vuestro feudo de Northumbria recuperéis todas vuestras posesiones del continente, además de algunas nuevas comarcas que en un breve lapso os convertirán en uno de los hombres más acaudalados y poderosos del reino.

—¿Y si pese a ello rechazo la oferta?

—Bien —dijo Flambard en tono duro—, como buen cristiano os debéis a vuestra conciencia y debéis saber lo que hacéis. Sin embargo, me veo en la necesidad de advertiros que vuestra negativa al vasallaje no dejaría de tener

consecuencias, para vos, para vuestra familia y para vuestras posesiones...

Renaldo de Rein apenas logró disimular un temblor. La mirada que sus ojos pequeños le dirigieron al consejero real era furibunda y expresaba su rechazo, la respiración agitaba su ancho pecho y apretó los puños.

—Al parecer, *milady* —dijo Flambard, dirigiéndose a Eleanor—, vuestro esposo no es tan inteligente ni tan previsor como esperábamos.

—Es evidente —se limitó a contestar ella, y su desprecio sorprendió incluso a Guillaume, que le lanzó una mirada de desconcierto a su madre... y cosechó una sonrisa de ánimo. Por lo

visto, Eleanor de Rein solo sentía desprecio por su esposo, pero seguía apreciando a su hijo y asintió con la cabeza, animándolo a intervenir.

Guillaume permaneció inmóvil, como alcanzado por uno de los rayos que iluminaban el firmamento nocturno. Lo había escuchado todo sosteniendo el aliento, pero apenas podía dar crédito a lo oído. ¿Es que Ranulfo *Flambard* realmente había exigido que mataran al hermano carnal del rey? ¿Y como recompensa, había sugerido la posibilidad de regresar al continente? ¿Nuevas posesiones, un poder aún mayor, enormes ingresos?

Guillaume sintió vértigo ante las

perspectivas que de pronto se abrían ante él y cuando volvió a contemplar el rostro de su madre y se percató de la insistente exigencia que expresaba, recordó sus palabras y de repente supo que la oportunidad que había esperado durante tantos años se había presentado.

—¿Me dais permiso para hablar, Excelencia? —se apresuró a preguntar en tono agudo y quebradizo, presa de una excitación evidente.

—No —bufó el barón, lanzándole una aniquiladora mirada de soslayo—. Calla.

—Con vuestro permiso, padre, no os he dirigido la palabra a vos sino al consejero del rey —lo contradijo

Guillaume en tono apagado, sin desviar la mirada del consejero para evitar encontrarse con la de su padre.

—Y el consejero del rey os da permiso para hablar, Guillaume de Rein—replicó Flambard—. ¿Qué queréis decirnos?

Guillaume tragó saliva, procurando que el nudo que se había formado en su garganta no le impidiera tomar la palabra. Le lanzó una mirada insegura a su madre, pero esta inclinó la cabeza animándolo y dándole a entender una vez más que esa era la oportunidad y que debía aprovecharla. Su presencia le dio fuerzas y firmeza interior. Se enderezó y, en tono sosegado, dijo:

—Quisiera manifestar que, a diferencia de mi padre, apoyo vuestras pretensiones con la más absoluta convicción. Roberto se ha enfrentado al rey y con ello ha renunciado a todos sus derechos. Incluso ahora intenta hacerse con el trono de Inglaterra y por tanto es un enemigo de la Corona.

—Me alegro de que al menos vos lo reconozcáis, joven señor —dijo Flambard en tono ligeramente burlón.

—En consecuencia, supongo que tanto para vuestro gobierno como también para el reino sería de gran utilidad que vuestro hermano no siguiera con vida —dijo Guillaume, prosiguiendo con su discurso en voz más

alta y más convencida que antes—. Así que si mi padre se niega a servirlos en este asunto...

—¿Sí? —preguntó Flambard en tono impaciente.

—... yo estoy dispuesto a cumplir con el deber de todo fiel vasallo en su lugar —añadió Guillaume, acabando la frase, dando un paso hacia delante y dejando atrás al barón.

—¿Es que has perdido el juicio? —gritó Renaldo, absolutamente furioso—. ¡No harás nada semejante!

—Perdonad, apreciado barón —se inmiscuyó Flambard—, vos no tenéis nada que decir en este asunto. Al único que le incumbe decidir si quiere aceptar

la oferta tanto generosa como valiente de vuestro hijo es al rey.

—¿Puedo confiar en vos, mi joven amigo? —dijo Rufo, dirigiéndose a Guillaume y escrutándolo con la mirada de sus ojos de distinto color—. Tal vez hayáis oído lo que dicen de mí. Afirman que el rey no tiene amigos y eso es muy cierto. Durante toda su vida mi padre siempre se rodeó de vasallos y lameculos, ¿y de qué le sirvió? En su mayoría, incluso su propio hermano, intentaron engañarlo para hacerse con el poder. Así que es bueno sopesar muy bien a quién le ofreces tu confianza y a quién, no.

—Mi lealtad os pertenece, *sire* —

aseguró Guillaume y volvió a hincar la rodilla ante su soberano. El rey lo contempló e incluso cuando volvió a levantarse no dejó de deslizar la mirada desde la cabeza hasta las piernas de Guillaume y este creyó notar que la detenía durante más tiempo en su entrepierna y que la mirada del monarca expresaba cierto anhelo... ¡pero debía de estar equivocado, claro está!

—Bien, Guillaume de Rein — declaró por fin en un tono amable y su rostro rojizo adoptó un matiz aún más oscuro—, acepto vuestro ofrecimiento. Si lográis llevar a cabo lo que os hemos encargado con éxito, seréis ricamente recompensado. Pero si fracasáis negaré

que os conozco.

—Comprendo, mi señor —dijo Guillaume.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó Renaldo, disgustado.

Flambard lo miró como si fuera un gusano encontrado en un trozo de pan.

—Puesto que vuestra esposa goza de la simpatía del rey y que vuestro hijo se ofreció tan generosamente a ocupar vuestro lugar, vuestra negativa no tendrá consecuencias. Sin embargo, pretendemos que acompañéis a vuestro hijo en su largo viaje y que lo apoyéis de todas las maneras imaginables.

—¿Qué?

—Consideradlo una medida de

seguridad. Si os negáis u os consideráis incapaz de comprender la absoluta necesidad de dicha medida, entonces vuestro título y vuestras posesiones pasarán a la Corona.

—No osaréis hacer semejante cosa —gruñó Renaldo.

—Con vuestro permiso, ¿quién habría de impedirnoslo? ¿Acaso vos? Gracias a vuestra decisión, apreciado De Rein, os habéis colocado en una situación escasamente ventajosa y si no fuese por vuestra esposa y vuestro hijo...

Flambard enmudeció repentinamente cuando algo llamó su atención. Un suave chasquido, seguido de un rumor de algo

que caía y que parecía proceder desde abajo. El consejero real se volvió, se dirigió a toda prisa a la barandilla que rodeaba el hueco en el suelo, clavó la vista en la penumbra que reinaba en la planta inferior y entonces, cuando otro rayo iluminó el interior de la capilla, creyó haber visto algo.

—¡Allí abajo hay alguien! —chilló, fuera de sí—. ¡Han escuchado nuestra conversación!

Para Conn, los momentos tras la muerte de Nia transcurrieron como una pesadilla.

Prisionero en una oscura celda de

pena y desesperación en la que no penetraba ni un rayo de esperanza, solo pensaba en vengarse. El cuerpo vejado de su amada aún no se había enfriado entre sus brazos cuando juró que vengaría su muerte y mataría al hombre que le había arrancado la vida con tanta crueldad.

«Guillaume de Rein».

Una y otra vez oía la voz de Emma pronunciando el nombre del asesino, era como un eco que resonaba en su cabeza. Como no conocía a ese De Rein, pero era indudable que se trataba de uno de esos caballeros normandos que contemplaban a todos quienes no eran de su condición con desprecio. En su imaginación,

Guillaume se le apareció no como ser humano sino más bien como un demonio con cuernos y ojos inyectados de sangre y su deseo de darle muerte se volvió insuperable. Pese a su obsesión, Conn sabía que atacar a un noble normando suponía un grave delito y que no sobreviviría al intento, pero en su desesperación no solo le resultaba indiferente sino que casi ansiaba perder la vida, puesto que le habían quitado las ganas de vivir. El único deseo que lo alentaba era arrojar al hombre que había vejado y torturado a Nia al oscuro cenagal del que había surgido.

«Guillaume de Rein».

En su imaginación cogía el

herrumbrado cuchillo de solo un palmo de largo de debajo del jubón al menos una docena de veces y lo clavaba en la garganta del asesino. Entonces brotaba un chorro de sangre que manchaba sus pensamientos y arrastraba el último resto de sus escrúpulos. Conn nunca hizo caso de la autoridad; había intentado vivir su vida y jamás se interesó por lo que hacían los ricos y los poderosos. ¿Por qué estos no habían hecho lo mismo? ¿Por qué irrumpieron en su mundo esa noche y lo destruyeron con tanta crueldad y de la manera más definitiva posible?

Preso de la furia y la desesperación, Conn abandonó el alojamiento de los

esclavos y echó a correr en medio de la noche. Se ocuparía del cadáver de Nia más adelante, primero haría pagar a su asesino por el crimen cometido. Gritó el nombre de Guillaume a voz en cuello, pero debido a la tormenta y a la lluvia torrencial, nadie lo oyó. Después remontó la escalera de la torre y aporreó la puerta de la gran sala.

—¡Dejadme entrar! —rugió—. ¿Es que no me oís? ¡Que me dejéis entrar...!

Alguien abrió la mirilla de la puerta y un par de ojos de mirada enérgica lo contemplaron de arriba abajo.

—¿Qué quieres, anglosajón?

—Dejadme entrar —gimió Conn.

—Apuesto a que allí fuera te mueres

de frío como un perro, ¿verdad? —se burló el guardia, sonriendo maliciosamente e interpretando el rostro lívido y los ojos enrojecidos de Conn de manera errónea—. Entra y duerme la mona, a mí me da igual. Pero no causes problemas, ¿oyes?

Conn respondió palabras incomprensibles y el normando le franqueó el paso, pero sin dejar de reírse de su aspecto andrajoso y calado hasta los huesos.

Conn tuvo que esforzarse por no abalanzarse sobre el individuo con los puños desnudos. Con los ojos llenos de lágrimas echó un vistazo en torno a la sala, pero solo vio rostros

desconocidos, voces que bromeaban y risas sarcásticas... todos indiferentes ante la horrenda muerte de Nia. Conn estaba a punto de sacar su cuchillo y abalanzarse contra esa cruel jauría, pero eso solo lo hubiera llevado a las mazmorras y pondría fin a sus planes de venganza... hasta que un monje entró en la sala desde una entrada lateral. Al parecer, más allá del pasillo había una capilla y, sin pensárselo dos veces, Conn se dirigió hacia allí.

No hubiera podido decir qué buscaba en la capilla. ¿Paz? ¿Ayuda divina? ¿Acaso quería reforzar su juramento de venganza ante el Eterno? ¿O quizá confiaba en encontrar un poco

de consuelo para su desesperación?

Todo ello era posible, quizá todas esas respuestas contenían parte de la verdad. Sin que nadie lo detuviera ni le prestara atención, Conn se deslizó en el oscuro, silencioso y desierto recinto detrás de la puerta y la cerró a sus espaldas.

El bullicio de la sala quedó atrás. Como un bálsamo, el aroma a incienso frío envolvió su alma herida; Conn se tranquilizó y, a diferencia de hacía un momento, cuando la ira y la sed de venganza lo dominaban, se abrió paso el dolor.

Conn cayó de rodillas y rezó, pero sin plegar las manos y tampoco según

una fórmula determinada sino impulsado por una pena indecible que le proporcionó las palabras para dirigirse al Señor, enfadarse con el Creador y preguntarle el motivo de aquello tan espantoso que le había ocurrido.

Pero Conn no obtuvo respuesta.

Nadie respondió a sus susurros y nadie secó las amargas lágrimas que derramó y que goteaban sobre el suelo de piedra de la capilla. Por fin llegó a la conclusión de que Dios lo había olvidado, si es que alguna vez había tomado nota de su existencia.

Y entonces, repentinamente, Conn tuvo compañía.

Se acercaron voces y, por encima de

su cabeza, en la planta superior de la capilla, más suntuosa y pomposa e indudablemente reservada a los poderosos, oyó a personas que hablaban en susurros.

Conn se quedó de piedra.

Su primer impulso fue huir, pero estaba seguro de que oirían el ruido de la puerta al abrirse y lo último que quería era llamar la atención, así que aguardó y cuando alguien descendió por la escalera se apresuró a ocultarse tras una de las columnas de piedra que sostenían la planta superior de la capilla y cuyos oscuros nichos no estaban iluminados por la tenue luz de las velas.

Permaneció allí... escuchando

involuntariamente.

Las voces —Conn creyó distinguir las de cuatro hombres y una mujer— conversaban en voz baja en la refinada lengua de los normandos. Conn no la dominaba lo bastante bien como para hablarla con fluidez, pero conocía suficientes palabras para al menos comprender en parte de qué trataba la conversación.

De una campaña militar que había que equipar.

De alguien llamado Roberto y —si Conn lo había entendido correctamente — de cuya fortuna querían apoderarse asesinándolo a traición.

Conn casi no le dio importancia al

hecho de que de pronto se hubiese convertido en testigo de un complot para asesinar a alguien. Por una parte no lo sorprendió que los normandos tramaran cosas semejantes, y que se mataran entre ellos le resultaba indiferente; por la otra, su propio dolor era demasiado grande como para darle importancia a sus intrigas.

Pero entonces oyó un nombre que lo cambió todo.

¡Guillaume de Rein!

Conn no daba crédito a sus oídos.

¡Guillaume de Rein, el hombre que tenía a Nia sobre su conciencia y que él intentaba matar estaba allí arriba, a menos de quince pasos de distancia!

Con gran cautela, Conn avanzó un paso para echar un vistazo hacia arriba a través del hueco, pero lo único que vio fueron las sombras alargadas proyectadas contra la pared por la titilante luz de las velas. Conn no sabía a quiénes pertenecían las demás: lo único que le interesaba era De Rein.

Muy lentamente, deslizó la mano por debajo de la túnica y cogió su cuchillo. Ignoraba cómo haría para reconocer a Guillaume entre los cuatro hombres y cómo lograría pasar junto a los otros tres y asestar el golpe mortal, pero su deseo de vengar la muerte de Nia y darle a su asesino el merecido castigo era tan inmenso que todo lo demás pasó

a segundo plano.

Sin hacer ruido, Conn abandonó su escondite entre las columnas y quiso deslizarse escalera arriba... cuando de pronto un trozo de piedra se desprendió de uno de los peldaños y cayó al suelo interrumpiendo el silencio. Y en cuanto el hombre que llevaba la palabra dejó de hablar, Conn supo que había sido descubierto.

—¡Allí abajo hay alguien! —gritó la voz—. ¡Han escuchado nuestra conversación!

Presa del espanto, Conn retrocedió... y de repente fue como si hubiera vuelto a surgir del abismo de dolor en el que se había precipitado tras

la muerte de Nia y volviera a tomar conciencia de quién era y dónde se encontraba. Aún quería subir los peldaños para matar a Guillaume de Rein, pero el metálico tintineo de las espadas desenvainadas hizo que comprendiera que cualquier intento era inútil, que hubiese supuesto una tontería rayana en la locura y por fin se dispuso a emprender la huida.

—¡Allí está! —gritó alguien a sus espaldas en la lengua gangosa de los conquistadores—. ¡Puedo verlo!

—¡Cogedlo! —bramó otro—. ¡Sea quien sea, no debe escapar!

Conn ya había alcanzado la puerta; tiró del cerrojo con todas sus fuerzas,

pero el pesado hierro estaba atascado. Oyó pasos bajando la escalera y, tras echar un breve vistazo por encima del hombro, Conn vio dos figuras, una forzuda, la otra flaca, ambas con espadas desnudas en la mano. Presa del terror, volvió a tirar del cerrojo... y la puerta se abrió.

Chocó contra un criado y lo apartó de un empujón, echó a correr hacia la puerta de la sala que daba al exterior y, antes de que los guardias pudieran reaccionar, se deslizó fuera.

Todavía seguía lloviendo.

El viento gélido y la lluvia le azotaron la cara. Apretó los dientes, siguió corriendo y remontó la escalera

de madera, pero tras dar unos pasos su esperanza de que la lluvia lo ocultara de la vista de sus perseguidores se desvaneció cuando volvió a oír sus gritos.

—¡Allí va!

—¡Guardias! —gritó otro—. ¡Un intruso! ¡Cogedlo!

En torno a Conn, la oscuridad cobró vida.

En los adarves de las antiguas murallas romanas que rodeaban la fortaleza hacia el oeste aparecieron soldados que abandonaron los salientes bajo los que se habían guarecido de la tormenta. Se encendieron antorchas, los yelmos y las puntas de las lanzas

resplandecían en la oscuridad.

—¡Un intruso! ¡Cogedlo! —resonó la voz de alarma desde las murallas y el eco resonó en el patio.

Conn cambió de repente de rumbo. Ya no podía confiar en escapar a través de la puerta occidental y, con piernas temblorosas, siguió corriendo a lo largo del terraplén que se extendía entre la gran torre y el patio interior sin dejar de notar que sus perseguidores eran cada vez más numerosos.

—¡Corre por allí!

—¡No debe escapar!

—¡Arqueros!

En cuanto resonó la palabra, Conn oyó un sonoro zumbido y encogió la

cabeza de manera instintiva. La mortífera flecha no dio en el blanco y se clavó en la tierra reblandecida por la lluvia, pero solo era cuestión de segundos antes de que le dispararan por segunda vez.

Había empezado la caza.

Conn corrió lo más rápido que pudo. De pronto vio una escalera apoyada contra la muralla que permitía acceder al adarve. Conn no seguía un plan y, solo impulsado por la voluntad de seguir con vida, escaló los peldaños.

—¡Allí está! ¡Está subiendo la escalera!

—¡Está escapando, disparad de una vez, so perros ciegos...!

Una vez más oyó el aterrador zumbido de las flechas, pero el viento y la mala visibilidad dificultaban la tarea de los arqueros. Cuando los proyectiles golpearon contra la muralla del castillo a derecha e izquierda, Conn dio un respingo. Solo una se clavó, las otras se rompieron al chocar contra las piedras. Por fin Conn alcanzó el extremo de la escalera y, de un brinco, aterrizó en el adarve de piedra que bordeaba las almenas... solo para encontrarse frente a uno de los soldados.

El hombre, que llevaba un yelmo puntiagudo y una cota de malla, había bajado la lanza y, como un toro enfurecido, se lanzó contra Conn

dispuesto a perforarlo, pero este reaccionó con gran rapidez y se dejó caer a un lado. El mortífero lanzazo no lo alcanzó y, al tiempo que caía, Conn logró aferrar el asta de la lanza justo detrás de la punta. Tiró de ella con todas sus fuerzas y el soldado se tambaleó. El normando soltó un grito apagado, dio un paso en el vacío y, agitando los brazos desesperadamente, desapareció en medio de la oscuridad.

Conn no dedicó ni un momento en comprobar qué había sido de él. Hacía un buen rato que sus perseguidores habían cruzado el patio interior y también se disponían a escalar la muralla. Sin vacilar ni un instante, Conn

le pegó un empujón a la escalera y la derribó, acompañado por los gritos de ira que surgían desde abajo. Después echó a correr hacia las almenas.

Un breve vistazo bastó para que comprendiera que saltar no era una buena idea. Al menos cuatro brazas lo separaban del suelo y si al chocar contra este se rompía las piernas todo sería en vano, así que siguió corriendo a lo largo del adarve en dirección a la torre que se elevaba en el ángulo sudoriental del castillo mientras a su alrededor zumbaban las flechas a través de la oscuridad, unas lejanas, otras peligrosamente cerca.

—¡Pedazo de imbéciles! —Oyó que

gritaba una voz distinta a las anteriores, una voz que rezumaba autoridad y una cólera apenas controlada—. ¡Bajadlo de allí de una vez! ¿Es que he de hacer que os ahorquen antes de que obedezcáis?

Conn echó a correr hacia la torre de la esquina a través de la noche lluviosa, la torre que daba acceso a la muralla del sur contra cuyos cimientos golpeaban las aguas cuando subía la marea. A lo mejor...

De pronto, Conn redujo la velocidad al ver que una sombra oscura surgía de la entrada de la torre: era otro guardia, llevaba una cota de cuero y estaba armado con un arco. Ya le apuntaba con una flecha e, impulsado por la

desesperación, Conn optó por abalanzarse contra el guardia gritando a voz en cuello con el fin de intimidarlo, siguió corriendo y después se encogió cuanto pudo. El arco se tensó, la flecha se disparó... y Conn sintió un dolor agudo en el cuello.

Sorprendido y aún en pie, avanzó a toda prisa y alcanzó al arquero hostil un instante después. El hombre estaba demasiado atónito o espantado como para defenderse y volvió a alzar el arco, pero Conn se abalanzó sobre él con todo el peso de su cuerpo, lo empujó hacia el oscuro interior de la torre y lo derribó.

Soltando un grito apagado, ambos cayeron al suelo y se enzarzaron en una

lucha desesperada. Conn notó que la mano del adversario le apretaba la garganta y procuraba asfixiarlo, pero debido a la herida causada por la flecha, su cuello ensangrentado se había vuelto resbaladizo, impidiendo que el normando cumpliera con su propósito. Conn se giró, se zafó de la mano del otro y lanzó un puñetazo hacia donde suponía que se encontraba el rostro del enemigo, pero el golpe no dio en el blanco: era demasiado bajo y solo dio contra el cuello de la cota de cuero del guardia. Conn notó que la piel de los nudillos se partía y que la sangre caliente le cubría la mano. No logró pegarle otro puñetazo porque el normando le asestó uno a él, y

con éxito mucho mayor.

Cuando el guante cubierto de remaches del arquero lo golpeó, Conn vio las estrellas, se tambaleó y cayó de lado. La zarpa de su adversario lo cogió del cráneo y lo aplastó contra el suelo. Conn trató de zafarse, pero fue en vano, jadeaba en medio de la oscuridad y oía el resuello del otro junto al oído, mientras intentaba aplastarle el cráneo.

Estaba a punto de perder el conocimiento cuando de súbito recordó su sueño, la sangrienta visión que había tenido... ¡y también el cuchillo que había jugado un papel tan importante! Tanteó con manos temblorosas, logró aferrar el mango y sacó el arma oxidada.

Sin reflexionar sobre dónde clavar el cuchillo, Conn asestó una cuchillada y luego otra y de pronto el resuello de su adversario se convirtió en un alarido.

—¡Maldito bastardo!

Conn le clavó el cuchillo por tercera vez y luego se desprendió de la mano flácida del arquero, se puso de pie haciendo un gran esfuerzo y se precipitó a través de la puerta que daba a la muralla del sur.

Pero allí no estaba solo, pues a través del patio del castillo un número cada vez mayor de soldados y arqueros se aproximaban a la carrera: a lo largo del adarve se acercaba otra jauría encabezada por un individuo delgado de

largos cabellos rubios que solo debía de ser un poco mayor que él. En una mano blandía una espada reluciente y en la otra sostenía una antorcha, cuya luz proporcionaba un brillo peligroso a sus ojos verde esmeralda.

—¡Eh, tú! —rugió—. ¡Detente!

Conn no tenía la menor intención de hacerle ese favor. Sin vacilar, se volvió hacia las almenas y las remontó de un brinco. A sus pies, el río parecía una cinta negra azotada por las ráfagas de lluvia. Resultaba imposible calcular la profundidad del agua y Conn se limitó a confiar en que fuera lo bastante profunda.

—¡Se dispone a saltar! ¡Disparad!

Conn oyó la orden del hombre rubio, pero hizo caso omiso. Cuando las cuerdas de los arcos soltaron un chasquido, él ya había estirado los brazos hacia delante y se arrojó al abismo con el mayor impulso posible.

Durante un breve momento lo invadió una sensación triunfal y creyó haber escapado de sus perseguidores, pero entonces algo se clavó en su brazo izquierdo.

Conn no llegó a sentir dolor ni miedo porque el abismo lo devoró y un instante después cayó en las aguas arremolinadas.

El frío lo envolvió y también una negrura más oscura que la noche. Conn

notó que la corriente lo arrastraba hacia el fondo del río. Quiso mover los brazos y nadar, pero el cuerpo extraño clavado en su antebrazo izquierdo se lo impidió y, antes de que sus pulmones le recordaran que era un ser humano y necesitaba aire para poder respirar, percibió el dolor.

Abrasador.

Agudo.

Abrumador.

Conn pataleó inútilmente. No logró alcanzar la superficie y tampoco tenía la fuerza necesaria para resistirse a la corriente que lo arrastraba sin piedad. No veía nada, ya no parecía existir un arriba y un abajo, lo único que percibía

era un murmullo penetrante y no hubiera podido decir si se debía a las aguas agitadas del río o a la sangre que le palpitaba en las sienas.

Sus pulmones amenazaban con estallar y abrió los ojos, pero solo vio una negrura abismal. Al principio se resistió, pero después la indiferencia se apoderó de él.

Sus fuerzas lo abandonaban y un instante antes de perder el conocimiento creyó volver a sentir los delicados labios de Nia presionando los suyos. Un último y tímido beso.

Después llegó el olvido.

Colonia

29 de mayo de 1096

—¡Tomad asiento, amigos míos! ¡Tomad asiento y prestad oídos al informe de nuestro honorable huésped!

Se había convocado una nueva sesión del concejo de la comunidad, a toda prisa y a una hora nocturna, lo que permitía concluir que había sucedido algo grave. Y ninguno de los miembros presentes del concejo, ni siquiera

Mardoqueo Ben Neri, logró abstraerse de la inquietud que invadía la sinagoga. Cuchicheos y susurros llenaban la casa de Dios y se elevaban hasta la cúpula, un temor indefinido flotaba en el ambiente, incrementado debido a la presencia de la inesperada visita.

El hombre sentado en un taburete junto al *parnés* Bar Levi aguardaba a que los miembros del concejo ocuparan sus lugares; debía de rondar los cincuenta años. Sus cabellos eran grises y su postura casi tan encorvada como la del *parnés*... pero quizá no debido a su edad sino a las fatigas. Su atuendo, consistente en un manto a rayas y unas pobres sandalias, estaba desgastado, sus

rasgos demacrados y sucios como los de alguien que ha dejado atrás un viaje largo y dificultoso. Sin embargo, su mirada no solo manifestaba su agotamiento sino también un silencioso pavor.

Isaac lo conocía, si bien había cambiado mucho desde la última vez que se encontraron.

Era Kalonymos Ben Meschullam, el Gran Rabino de Maguncia... e Isaac sabía que si el Gran Maestro de otra comunidad acudía a Colonia por la noche y convocaba una sesión, el motivo no podía ser bueno.

—¿Qué sucede? —preguntó Mardoqueo, impaciente—. ¿Por qué

interrumpís nuestro descanso, venerable *parnés*?

—Porque hay asuntos de los que debéis tener conocimiento de inmediato, amigos míos —contestó Bar Levi en tono apagado. A juzgar por la lividez de su rostro y la consternación de su mirada, el *parnés* de la comunidad de Colonia debía de haberse topado con un terrible demonio—. La mayoría de vosotros ya conoce a Kalonymos, Gran Rabino de Maguncia. Ya nos ha visitado con anterioridad con el fin de participar en los debates de los eruditos. Pero en esta ocasión ha acudido por un motivo diferente. Os ruego, Kalonymos, que informéis al concejo de lo que me

informasteis a mí.

El otro asintió con la cabeza. Parecía incapaz de mirar a los miembros del concejo a la cara y mantuvo la vista clavada en el suelo al tiempo que procuraba encontrar las palabras adecuadas, sin dejar de respirar agitadamente y mecerse en su taburete, como alguien obligado a realizar un gran esfuerzo corporal. Akiba, el rabino sentado a su izquierda, acabó por cogerlo del brazo y susurrarle unas palabras tranquilizadoras. Entonces Kalonymos asintió y comenzó a hablar con voz ronca.

—Hace escasos días, nuestra ciudad sufrió un horrendo baño de sangre. El

conde Emicho y los suyos llegaron a Maguncia y lo que les han hecho a los nuestros es casi, es casi... —dijo y se interrumpió.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, que se derramaron por su rostro demacrado y dejaron huellas en el polvo gris que lo cubría.

Los miembros del concejo intercambiaron miradas, unas temerosas, otras expresando una duda obstinada. Isaac cerró los ojos, barruntando que eso que temía desde hacía tiempo se confirmaría.

—He venido —prosiguió el rabino de Maguncia— para advertiros, amigos míos. Se derramó sangre y se

cometieron crímenes horrendos. Muchos de los nuestros están muertos, asesinados por los esbirros de Emicho.

—¿Entonces es verdad? ¿Los cristianos nos han declarado la guerra? —preguntó Elija, el panadero.

—No —dijo Kalonymos, negando tristemente con la cabeza—. Las guerras, amigo mío, se libran en el campo de batalla, en combate abierto, hombre contra hombre. En cambio, Emicho y sus matarifes también han asesinado a mujeres y ancianos. E incluso a los niños... —añadió y volvió a interrumpirse.

Sus rasgos, iluminados por la luz de las velas, se crisparon y se estremeció,

pero no brotaron más lágrimas de sus ojos, como si ya las hubiese derramado todas y se hubiera marchitado debido al terror experimentado.

—Infórmanos desde el principio, rabí —suplicó Bar Levi en tono suave—. Apreciamos muchísimo que hayáis acudido, pero para decidir qué tenemos que hacer debemos saberlo todo.

Kalonymos asintió y su mirada —aún clavada en el suelo— se volvió ensimismada. Transcurrieron unos momentos que parecieron interminables, durante los que el rabino procuró ordenar sus ideas y, a juzgar por la sombra que recorrió su rostro demacrado, se enfrentaba a un horror

indecible. En la sinagoga reinaba el más absoluto de los silencios.

—Todo comenzó hace cuatro días — dijo el rabino en un tono más firme—. Seguro que a vosotros también os alcanzaron las inquietantes noticias acerca de los acontecimientos supuestamente ocurridos en Worms. Aunque todavía no habían sido confirmados, optamos por proceder con cautela y nos pusimos bajo la protección del arzobispo, a quienes todos nosotros consideramos un hombre bondadoso y justo.

—Una decisión sabia —dijo Mardoqueo, y miró en torno buscando aprobación, pero ninguno de los

miembros del concejo le devolvió la mirada: todos contemplaban fijamente al Gran Rabino, que continuó hablando con voz ahogada.

—En vista del inminente peligro que suponía la presencia del conde Emicho y los suyos, entregamos trescientas monedas de plata al arzobispo para que nos proporcionara protección. Nos prometió que se enfrentaría a cualquier peligro y que, si fuese necesario, nos acogería en su casa.

—¿Y entonces qué ocurrió? —Quiso saber Usija, el ayudante del rabino de Colonia.

—El conde Emicho y su horda alcanzaron las puertas de la ciudad. Los

discursos incendiarios que hacía cierto tiempo pronunciaba el predicador errante en contra de todos quienes no profesan la fe cristiana supuso la aparición de muchos de aquellos que aborrecen profundamente la casa de Jacob. Pero él es el peor de todos. Durante dos días, sus tropas acamparon frente a la ciudad, pero yo seguía aferrándome a la idea de que su afán de destrucción y su infundada cólera podían ser apaciguadas mediante bienes materiales. Ateniéndose a mis consejos, la comunidad realizó un pago de siete libras de oro puro al conde, que entonces nos prometió seguridad y un salvoconducto. Sin embargo, cuando se

abrieron las puertas de la ciudad, la mayoría de los nuestros optó por refugiarse en la sede episcopal... y por un buen motivo.

La mirada del Gran Rabino se volvió vidriosa al recordar los atroces momentos vividos.

—Todo empezó en cuanto pisaron la ciudad —informó en tono apagado, casi en un susurro—. Aquellos de los nuestros que decidieron encerrarse en sus casas fueron arrastrados de los cabellos por las calles, a través de los excrementos y la mugre antes de ser cruelmente asesinados. Irrumpieron en sus casas, se apoderaron de sus bienes y después el conde y sus hombres se

presentaron ante los muros de la sede episcopal y exigieron que fuéramos entregados de inmediato.

—¿Y qué hizo el arzobispo? — preguntó Mardoqueo.

El rabino soltó un bufido de indignación.

—Había aceptado de muy buen grado que le perdonásemos sus deudas y también las otras trescientas monedas de plata que le habíamos pagado, pero cuando las hordas del conde entraron en la ciudad, Ruthard y sus soldados huyeron y nos dejaron indefensos.

—¿Dices que él... él huyó? — preguntó Mardoqueo con evidente incredulidad.

—¿De verdad habíamos confiado en que un cristiano alzara la espada contra otro cristiano para defender a un judío?

—dijo Kalonymos, sacudiendo la cabeza—. ¡Cuán necios fuimos!

—¿Y entonces que pasó? —preguntó otro, angustiado.

—Todos los que nos habíamos refugiado en el palacio episcopal tratamos de armarnos... pero no pudimos hacer nada contra la furia con la que los esbirros de Emicho se lanzaron contra los muros. Tras pocas horas, la puerta se derrumbó, el conde y sus matarifes cayeron sobre nosotros y se desencadenó una terrible matanza que causó innumerables víctimas entre

nuestros hermanos y hermanas. También Josué, mi amado hijo, se encuentra entre los muertos —dijo el Gran Rabino en voz baja—. Se enfrentó a dos soldados que querían apoderarse de su mujer y sus dos hijos, pero lo derribaron; uno le clavó la espada en el pecho, el otro le arrancó las ropas, le cortó su virilidad y rugió que ahora estaba correctamente circuncidado. Después cercenaron los cuellos de sus hijos y violaron a su mujer.

—¿Y vos? —preguntó Mardoqueo, cuyo rostro se había vuelto rojo de ira—. ¿Qué hicisteis vos?

—Yo caí allí donde me encontraba. ¿Qué podría haber hecho un anciano

como yo? ¿Ofrecer resistencia a los crueles guerreros, a los que nuestros hombres más jóvenes y fuertes no lograron resistirse? Tras todo lo que había visto no quise seguir viviendo y solo aguardé que un acero empapado en sangre me atravesara el pecho. Pero por un motivo que no alcanzo a comprender, Dios me protegió. Alguien me ayudó a ponerme de pie y me arrastró; no recuerdo qué sucedió después, pero cuando recuperé la conciencia me encontré en la sacristía episcopal en la cual se habían refugiado cincuenta de los nuestros. Permanecimos allí un día y una noche, rodeados de los gritos de los moribundos y los rugidos de los

terribles asesinos, contando con que en cualquier momento nos descubrirían y nos dieran muerte también a nosotros. Pero entonces por fin se marcharon.

Jakob, el *gabái* quien una vez más había apuntado lo dicho con breves palabras, alzó la vista del pergamino. La pluma que sostenía en la mano temblaba.

—¿Queréis decir que... que solo los cincuenta que se ocultaron en la sacristía sobrevivieron al ataque?

—Quiero decir que, de momento —replicó Kalonymos en tono sombrío—, esos cincuenta —en su mayoría viejos, niños y débiles— lograron escapar. Pero siguieron expuestos a la persecución del enemigo y muchos de

ellos murieron en los días siguientes, cuando los esbirros de Emicho emprendieron una implacable cacería en los bosques, como si se tratara de matar animales y reunir trofeos. Durante un ataque nocturno quedé separado de los demás y eché a correr lo más lejos posible, mientras oía resonar los gritos cuando alguno de ellos era atrapado...

Kalonymos se cubrió los oídos con las manos, como si así pudiera protegerse de los espantosos alaridos que aún creía escuchar.

—En algún momento los gritos cesaron, pero yo seguí corriendo. Por fin di con el río y un barquero se apiadó de mí tras entregarme mis últimas monedas.

Así logré llegar hasta aquí, hermanos míos. No sé a quién le debo el favor de haber escapado de los matarifes, pero quizá —añadió tras una breve pausa— haber sobrevivido no supone ningún favor sino un castigo.

Entonces alzó la vista por primera vez. Tras haber descrito todo aquel horror que le pesaba en el alma, parecía sentirse lo bastante fuerte como para dirigir la mirada en derredor y contemplar los pálidos semblantes en los que se mezclaban la incredulidad y el espanto.

—Espero que ninguno de vosotros tengáis que experimentar lo que yo he vivido. Más de mil de los nuestros han

muerto, asesinados en dos días. Esa es la triste noticia que os traigo. Dios puede atestiguar que cada palabra dicha es la verdad.

El silencio que se extendió entre todos los reunidos era total. Es más: en ese instante fue como si el tiempo se hubiera detenido, el momento en el que hasta el último de los miembros del concejo debía de haber comprendido que las antiguas reglas ya no tenían valor, que había acontecido un cambio radical y que había sobrevenido a la comunidad de Maguncia con increíble crueldad.

De pronto ya no hubo la menor duda de que los rumores procedentes de

Worms se correspondían con la verdad, pero, en su mayoría, los miembros del concejo estaban demasiado atrapados por su propio espanto como para ser capaces de sacar conclusiones lógicas o incluso de la autocrítica. El inconcebible asesinato de más de mil judíos de la comunidad de Maguncia, atestiguado por un Gran Rabino y por tanto digno de crédito, se elevaba amenazadoramente ante ellos y ni siquiera Mardoqueo Ben Neri podía ponerlo en duda. Con cada instante transcurrido tras la primera conmoción, la consternación de los miembros del concejo daba paso al temor y convertía los acontecimientos de Maguncia en un

horroroso presagio.

—¿Dónde están Emicho y sus esbirros ahora? —preguntó una voz temerosa en medio del silencio.

—En Trier, al menos eso es lo que hemos oído —contestó Bar Levi—, y se rumorea que su próxima meta es Colonia. No obstante, no cabe duda de que la noticia de sus actos cruentos se les ha adelantado y quizá también anime a quienes ya se encuentran en el interior de las murallas de la ciudad.

La inquietud se abrió paso entre los miembros del concejo.

—¡Entonces debemos huir! —gritó Daniel Mintz, que expresó lo que todos probablemente sentían—. ¡Tenemos que

pedir ayuda a las demás comunidades y ponernos a salvo, nosotros y nuestros bienes!

Sobre todo, los hombres más importantes manifestaron su acuerdo y parecían considerar que se trataba de una excelente idea; ni siquiera Mardoqueo se opuso. Sin embargo, frente a semejante ingenuidad Bar Levi ya no pudo callar y perdió el control.

—¡Sois unos necios! —gritó—. ¿Acaso no fue precisamente eso lo que Ben Salomon y yo os propusimos? ¿Aquello que hace escasos días rechazasteis con absoluta determinación e incluso preferisteis continuar con vuestra desleal competencia?

Algunos miembros del concejo se sintieron descubiertos y esquivaron las miradas de reproche del *parnés*, otros las enfrentaron con obstinación no disimulada. También Mardoqueo, quien entretanto debía de haber comprendido que se había equivocado, pero que se negaba a reconocerlo.

—¿Qué pretendéis echarnos en cara, *parnés*? —gritó—. ¿Que no hayamos actuado con la mejor de las intenciones?

—En absoluto —replicó Bar Levi, y la mirada de sus pequeños ojos solo expresaba desprecio—. ¡Pero vuestras intenciones están más relacionadas con vuestros bienes y vuestro propio bienestar que con el de la comunidad!

—¿Eso es lo que queréis echarme en cara? ¿Después de que yo costeara la mayor parte de la suma que le entregamos al arzobispo para que proteja a la comunidad? ¿Tras las amplias garantías que Hermann nos dio a cambio?

—¿Es que no lo habéis escuchado? —preguntó el *parnés* en tono brusco, señalando al Gran Rabino, que había vuelto a caer en la misma letargia anterior—. También nuestros hermanos de Maguncia confiaron en la protección del arzobispo del lugar y se lo pagaron muy mal. ¡Puede que vuestro egoísmo, Ben Neri, nos haya conducido a todos a la perdición!

Isaac sintió que debía intervenir. Hasta ese momento había callado, sin participar en la reunión, más bien ocupado en sopesar las consecuencias que podrían tener los últimos acontecimientos. Pero entonces se vio obligado a tomar la palabra, porque el concejo estaba a punto de dividirse. Si ello ocurría ya no habría nadie que intercedería en bien de la comunidad y hablara en su nombre con una única voz... y en tiempos como aquellos, esto no debía suceder en ningún caso. También Isaac estaba furioso, pero no tanto con el conde Emicho y sus esbirros o con Mardoqueo y sus seguidores, quienes hacían oídos sordos a todos los

argumentos sensatos y que solo entonces cedieron ante la presión de las circunstancias; era la propia naturaleza humana que enfurecía al anciano comerciante y que a veces solo le causaba repugnancia.

—No creo, amigos míos —exclamó, dirigiéndose a todos antes de que Mardoqueo pudiera reaccionar ante el reproche de Bar Levi—, que debiésemos pelearnos por quién tiene la culpa de esta catástrofe, sobre todo porque los únicos culpables son los que iniciaron el derramamiento de sangre y recorren la comarca saqueando. Ahora lo que más necesita nuestro pueblo es unidad y decisiones inteligentes.

—¿Y eso lo decís precisamente vos, Ben Salomon? —exclamó Mardoqueo con sincera perplejidad.

—Desde luego, porque soy mayor que vos y mi experiencia es mucho más grande que la vuestra.

—¿Qué experiencia es esa?

—La del horror que de vez en cuando irrumpe en nuestras vidas de manera imprevisible y nos obliga a cambiar. Al parecer, entretanto vos también lo habéis comprendido, amigo mío, pero por más que aprecie vuestra sapiencia, temo que ha llegado demasiado tarde. La oportunidad de pedirle refugio a otras comunidades ya ha pasado, porque hasta que los

mensajeros que enviemos regresen el terrible enemigo habrá alcanzado la ciudad hace tiempo. Y no deberíamos...

Isaac enmudeció cuando de pronto resonaron gritos desde el exterior, las risas ásperas de varios hombres, el grito agudo de una mujer y el tintineo de un cristal.

—¿Qué ocurre allí? —Quiso saber Samuel el orfebre.

Durante un atroz instante los miembros de concejo intercambiaron miradas interrogantes, después volvió a reinar el silencio en la sinagoga y solo se oían los sonidos del exterior.

Toscas risotadas.

Gritos de espanto.

—Ha comenzado —dijo alguien en tono definitivo, y el pavor se apoderó de Isaac y de los demás miembros, pues quien había pronunciado esas palabras era nada menos que Kalonymos Ben Meschullam.

—¿Qué comienza, rabí? —preguntó Elija el panadero de forma ingenua.

—Se han enterado de los acontecimientos de Maguncia —declaró el otro con aterradora indiferencia—, y, animados por las noticias, imitan lo sucedido allí. A vosotros os alcanzará la misma perdición que también nos alcanzó a nosotros.

Durante un momento, todos dirigieron la vista a Kalonymos, al

tiempo que la comprensión se extendía entre ellos como un reguero de pólvora: era demasiado tarde para huir, el terror ya se cernía sobre ellos.

Entonces volvió a oírse otro grito y algo chocó contra la puerta de la sinagoga con tanta violencia que los miembros del concejo dieron un respingo, alguien soltó otra carcajada y una mujer gritó un nombre con voz ahogada.

Otro sonoro chasquido... y la puerta de entrada de la casa de Dios se salió de quicio, se oyeron pasos y un instante después arrancaron la cortina que daba al interior de la sinagoga y una jauría salvaje irrumpió.

Eran diez, quizá más.

Mugrientas figuras de aspecto brutal envueltas en toscas prendas, reforzadas en el pecho y los hombros con argollas de hierro; algunas sostenían cuchillos en las manos, otras, lanzas cortas de las que se utilizaban en la caza. Otros blandían primitivas porras de madera perforadas por largos clavos. El vino y la cerveza había enrojecido sus rostros y sus voces eran sonoras y chillonas. No cabía duda de que pertenecían al grosero populacho que hacía tiempo que se reunía en la ciudad, y la maldad que brillaba en sus miradas no auguraba nada bueno.

—¿Qué tenemos aquí? —gritó uno

de ellos, que al parecer se consideraba su cabecilla—. ¡Todos sentaditos y temblorosos! ¡Son unos cobardes, de lo contrario no se ocultarían aquí como ratas en su agujero!

Isaac se puso tenso, no tanto por las ofensas proferidas por el individuo sino porque percibía el odio del rufián de manera casi física. Rara vez se había encontrado con una agresión más insensata y tuvo claro que solo podía ser el producto del más absoluto fanatismo.

A los demás miembros del concejo les ocurría lo mismo. Hacía un momento, los horrores de los que les había informado del rabino de Maguncia aún eran remotos, pero en ese instante se

convirtieron en una realidad tangible. El temor se extendió y mostró sus diversos aspectos: rostros asustados y consternados, rechazo no disimulado y pánico absoluto. Era evidente que, junto con los extraños, el terror había irrumpido en la sinagoga.

Algunos miembros del concejo se pusieron de pie presas del pavor y los taburetes que ocupaban cayeron al suelo con gran estrépito. Otros encogieron la cabeza, como si así pudieran impedir ser vistos. Pero Kalonymos Ben Meschullam indicó a los intrusos con ojos desorbitados por el miedo y gritó con voz tan sonora que su grito rebotó contra la elevada cúpula:

—¡Está comenzando! ¡Vuelve a empezar!

Los intrusos no lo conocían y tampoco podían saber de dónde provenía y lo que había sufrido, pero vieron su desesperación y eso les agradó. Unos soltaron groseras carcajadas al tiempo que el cabecilla alzaba su lanza y recorría la pared decorada de pinturas con la punta. El revoque que desprendió dejó una fea cicatriz en la imagen de un águila de alas abiertas, a la que se las acababan de cortar.

Isaac notó que el susto inicial daba paso a la ira. Sus manos, que se habían aferrado con tanta fuerza en los

apoyabrazos del taburete que los nudillos se volvieron blancos, empezaron a temblar y quiso ponerse de pie para poner fin a la maliciosa destrucción... pero Usija, el ayudante del rabino, se le adelantó.

—¡No! —gritó el joven que formaba parte del concejo hacía escaso tiempo.

Con la *kipá* en la cabeza y alzando los brazos, se enfrentó a los rufianes con valentía.

—¿Qué haces, infiel perro judío? —preguntó el portavoz que ya se disponía a atacar la siguiente pintura, acompañado por los alaridos entusiastas de sus compinches—. ¿Quieres presentar una queja?

—Hermanos —replicó Usija, temblando de excitación—, no sé qué significa vuestra irrupción en la casa de Dios, pero os ruego...

—¿Lo habéis oído, gente? —lo interrumpió el cabecilla con una sonrisa malvada—. Acaba de llamarnos «hermanos»...

—Estoy a punto de vomitar —afirmó uno de ellos.

—... pero os ruego que respetéis la paz de la casa del Señor —prosiguió el ayudante del rabí con coraje—. La sinagoga es un lugar de oración y de enseñanza. Podéis entrar, desde luego, pero en ese caso sin armas y con la correspondiente humildad.

El vocerío de los intrusos enmudeció; todas las miradas se dirigieron al cabecilla, preguntándose qué haría.

De momento no ocurrió nada. El alborotador y el ayudante del rabino permanecían uno frente al otro y durante un instante fue como si el rufián no supiera cómo reaccionar. Sus ojos inyectados de sangre tras innumerables noches dedicadas a emborracharse adoptaron una expresión incrédula y se quedó boquiabierto, revelando su podrida dentadura. Lanzó una mirada disimulada a sus hombres, que se la devolvieron, expectantes. Tras sus jactancias, querían que entrara en

acción... y debía hacerlo si no quería quedar como un fanfarrón.

—¿Lo habéis oído, gente? — exclamó, mirando en torno—. ¡Este miserable cerdo infiel pretende decirnos lo que hemos de hacer! ¡Como si no bastara con que se hayan apropiado de Tierra Santa y ningún cristiano esté a salvo allí, ahora encima pretenden decirnos lo que podemos hacer y deshacer en nuestras propias tierras!

Sus hombres manifestaron su indignación con voces ásperas y de repente la mirada del cabecilla se tornó fría y oscura como la de una fiera. Se acercó a Usija con actitud amenazadora y alzando la lanza.

—De ninguna manera —dijo el ayudante del rabí, procurando justificarse y retrocediendo—, solo quisiera...

Entonces enmudeció, se quedó boquiabierto, sus ojos se volvieron vidriosos y su túnica se tiñó de oscuro. Pero solo cuando cayó al suelo, se encogió y los miembros del concejo vieron el arma ensangrentada en las manos de su asesino, comprendieron qué había ocurrido.

Entonces el horror se apoderó de todos ellos, hasta de Isaac, que creía estar preparado para enfrentarse a todas las atrocidades. Los últimos miembros también se pusieron bruscamente de pie,

retrocedieron hasta la pared y se apiñaron buscando protección como una manada de ovejas temerosas.

Pero solo consiguieron darles ánimos a los rufianes. Soltando carcajadas burlonas y blandiendo sus armas, avanzaron, alcanzaron la *bimá* de un brinco y profanaron el podio desde donde se leía la Torah pisoteándolo con sus mugrientas botas.

—¡Basta de tonterías! —gritaban—. ¡Muerte a los infieles judíos! ¡Ya hace demasiado tiempo que apestáis nuestra ciudad y envenenáis sus fuentes!

Y antes de que Akiba, Bar Levi o algún otro comprendiera el sacrilegio planeado por los intrusos, estos ya

habían alcanzado el relicario que albergaba la Torah. Lo único de lo que fueron capaces los atemorizados miembros del concejo fue soltar un grito de espanto que recorrió el interior de la sinagoga. Indefensos, observaron cómo el cabecilla del grupo y dos de sus compinches quitaban la capucha de terciopelo que protegía el relicario, cogían los rollos de pergamino con sus envilecidas manos y los extraían riendo a carcajadas. Después los desenrollaron, los arrojaron al suelo y los pisotearon.

El rabí Akiba prorrumpió en sonoros lamentos y Jakob Lachisch y Daniel Mintz tuvieron que esforzarse para

impedir que se abalanzara con los puños desnudos sobre los profanadores.

Isaac Ben Salomon también perdió el control... y a diferencia del rabino, nadie lo sujetó.

—¡Asesinos! ¡Ladrones! —gritó—. ¡Enemigos del Señor!

—¿Qué has dicho?

El cabecilla se volvió y su mirada de ave de presa se clavó en Isaac.

—¿Qué has dicho, viejo?

—Digo que sois asesinos y ladrones y enemigos del Todopoderoso —repitió Isaac.

Los otros miembros del concejo le lanzaron miradas de advertencia, pero era demasiado tarde. Aferrando su arma

ensangrentada, mostrando los dientes como un lobo, el jefe se acercó a él.

—Por lo visto —gruñó—, esta noche aún no ha fluido suficiente sangre. Aquí parece haber alguien que todavía no ha aprendido la lección.

—¿Qué lección? ¿Que los cristianos pueden asesinar a un inocente sin arrepentirse? —preguntó Isaac sin inmutarse.

El otro se encontraba justo delante de él y lo contemplaba con una mirada en la que ardía el odio.

—De ninguna manera... sino que nuestra fe es muy superior a la vuestra.

—Salvo una turba de rufianes armados que amenazan a un grupo de

hombres indefensos, no noto ninguna superioridad —replicó Isaac con una serenidad que lo desconcertó y entonces, para su propia sorpresa, descubrió que casi no sentía temor, lo cual quizá se debía a lo mucho que le habían quitado. Incluso puede que en parte ansiara el fin, que solo aguardara que el otro embistiera y pusiera fin a su tristeza.

—Ten cuidado con lo que dices, viejo —le aconsejó el otro—, ¿o acaso tú también quieres acabar con el pecho perforado por una lanza?

El cabecilla la bajó y apuntó a Isaac, pero este no retrocedió ni se dispuso a esquivar el lanzazo. Puede que un instante después el puntiagudo hierro lo

hubiera atravesado si alguien no se hubiese interpuesto entre ambos.

—¡Deteneos y reflexionad sobre lo que estáis haciendo!

El que odiaba a los judíos, un bruto que esa noche ya se disponía a matar por segunda vez, le lanzó una mirada, atónito, al hombre que acababa de acercarse.

Era Mardoqueo Ben Neri.

—Deteneos —dijo el comerciante de la callejuela Estrecha por segunda vez—. Estoy seguro de que podemos arreglar este asunto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el asesino.

—Claro que podríais matar al viejo

con toda facilidad, algo que a un guerrero de vuestra fuerza y estatura no le supondría el menor esfuerzo — continuó Mardoqueo, ocultando el temor que indudablemente lo atenazaba tras una fachada de indiferencia—. Pero tampoco supondría ninguna ganancia. Pero si en cambio lo dejáis con vida, os daré diez monedas de plata, aquí y ahora.

Isaac se quedó de piedra, presa del desconcierto. Por una parte, porque jamás hubiera esperado que Mardoqueo Ben Neri interviniera a su favor y, por la otra, porque el cabecilla de los rufianes empezó a cavilar. Volvió a lanzarles una mirada a sus hombres al tiempo que

parecía sopesar qué le proporcionaría más respeto: las monedas tintineantes o el asesinato de otro judío.

—¿Diez monedas de plata? — preguntó.

—Así es.

Una mueca cruel crispó el rostro del que odiaba a los judíos.

—¿Qué habría de impedir que os derribara y me apoderara del dinero?

—Vuestra sensatez. Esta noche solo llevo diez monedas de plata conmigo, que acabo de ofreceros. Pero quizá mañana esté dispuesto a pagaros el doble si se tratase de mi propia vida.

El asesino lo contempló con una mezcla de asco y de burla. Entonces

bajó la lanza y su sonrisa se volvió tan amplia que casi le partió la cara. Alzó la mano y, sin titubear, Mardoqueo depositó diez monedas de plata en su palma, monedas que el otro se apresuró a guardar en un talego.

Luego el cabecilla soltó una orden con voz enronquecida y él y sus hombres abandonaron la casa de Dios tan repentinamente como habían irrumpido en ella, pero sin dejar de llevarse la Torah y con la intención de seguir profanándola. Sostenían los rollos de madera en alto como un botín y arrastraban los pergaminos manuscritos—ya rotos y desgarrados en diversos lugares— a sus espaldas. Los miembros

del concejo presenciaron la profanación en silencio, aún procuraban comprender lo que acababa de suceder.

—Esto ha sido solo el principio. Ya veréis lo que pasa cuando llegue el conde Emicho —les auguró el cabecilla, el último en abandonar la sinagoga. En una mano sostenía su ensangrentada herramienta asesina; en la otra, el talego con el dinero.

Entonces se marcharon como una jauría de fieras salvajes que disfrutó devorando su presa y sació su apetito. Y en ese momento hasta el último miembro del concejo comprendió que las cosas habían cambiado de un modo irrevocable.

Un tiempo nuevo y tenebroso había comenzado.

Londres

Unos días después

—¡Esa empresa es una locura! ¡Jamás debí dar mi consentimiento!

Renaldo de Rein caminaba de un lado a otro de la habitación que él y su esposa ocupaban durante su estancia en Londres. Se había llevado las manos a la espalda y mantenía la cabeza tendida hacia delante, como un lobo hambriento. La mirada de sus ojos entrecerrados

expresaba una inquietud apremiante.

—¿Cómo pudisteis hacerlo? ¿Cómo pudisteis mezclarme con ese intrigante de Flambard?

—Deberíais bajar la voz, esposo mío —lo reprendió Eleanor, sentada en un taburete y atareada en un bordado bajo la tenue luz que penetraba a través de las altas ventanas. La serenidad indiferente que manifestaba al tiempo que volvía a clavar la aguja en la tela una y otra vez, poco a poco creando la imagen de una rosa, no hacía más que aumentar la inquietud de Renaldo.

»Supongo que al consejero real le disgustaría saber que lo llamáis con ese apodo tan poco halagüeño —añadió—.

Además, también podríais optar por quedar bien con él...

—¡Callad! —le espetó Renaldo con el rostro encendido de ira—. ¡Vos me endilgasteis todo este asunto! ¡Vos y vuestras relaciones e intrigas! ¡Sois apenas mejor que ese monstruo de consejero, que quiere convertir a un honesto guerrero en un instrumento para el asesinato!

—¿Por qué os acaloráis, esposo mío? ¿Acaso no albergáis la profunda convicción de que un vasallo ha de servir con fidelidad a su rey? Además, vos mismo siempre afirmasteis que era necesario ampliar y aumentar la influencia y también los bienes de la

propia familia, ¿verdad?

—¡Desde luego! —siguió vociferando el barón—. ¡Pero con ello jamás me referí a cometer cobardes asesinatos que ensucian nuestro nombre y nos convierte en proscritos entre los miembros de la nobleza! ¡Ningún soberano honroso debería exigirle semejante cosa a su vasallo!

Eleanor dejó el bordado a un lado y alzó la vista: la mirada de sus ojos verdes era fría como el hielo.

—Con comentarios como ese demostráis cuán anticuadas son vuestras ideas y cuán inmersas en el pasado están —dijo ella y disfrutó al ver la consternación que le causaban sus

palabras—. El viejo Guillermo ha muerto y da igual cuánto os esforcéis en reconocer una parte de él en su hijo: no la encontraréis. Empieza una nueva era, mi querido Renaldo, que exige nuevos métodos.

—¿Nuevos métodos? —exclamó el barón, bufando como un toro salvaje—. Habláis de un asesinato a sangre fría...

—... que vos no os veis obligado a cometer —lo interrumpió Eleanor—. Deberíais agradecerle a vuestro hijo de rodillas el haberos ahorrado la vergüenza de mostraros como un cobarde ante vuestro monarca. ¡No dudéis de que si no fuera por Guillaume ya habríais perdido vuestro título y

vuestras propiedades!

—¿Y eso... eso me lo decís precisamente a mí? —dijo el barón, se llevó la mano a la empuñadura de la espada y durante un instante pareció sopesar desenvainarla y clavársela a su desafiante esposa en el pecho—. ¿Después de que maquináis todo este asunto?

—¿Qué queréis decir? —preguntó ella sin inmutarse, guardando la distancia que él había abandonado cuando casi perdió el control.

—Sabéis muy bien a qué me refiero. ¡Planeasteis todo este asunto hace mucho tiempo! Sabíais muy bien por qué fuimos llamados a Londres y también estabais

al tanto de la deshonrosa propuesta que me haría el rey. ¡Solo por ese motivo insististeis en acompañarme, no para estar a mi lado como afirmasteis, sino para engañarme!

—No os he engañado, lo hicisteis vos mismo, esposo mío, porque a fin de cuentas erais libre de rechazar el ofrecimiento del rey.

—¿Y manchar mi honor? —dijo Renaldo, sacudiendo la cabeza con una risa forzada—. Me conocéis lo bastante bien como para saber que yo nunca haría semejante cosa. No obstante, dejasteis que cayera ciegamente en la trampa... Y todo con el único fin de que vuestro hijo ocupara mi lugar. ¿Acaso no es así?

—Si lo hubierais querido como carne de vuestra carne y no lo hubierais castigado con vuestro desprecio desde el día en que nació, esto jamás habría ocurrido —replicó Eleanor, confirmando las sospechas de Renaldo —. Pero vos os erigisteis en la medida de todas las cosas, Renaldo, y al hacerlo, os colocasteis no solo a vos mismo sino a vuestra familia en una situación sin salida. Puede que os consideréis un poderoso guerrero, pero a vuestras espaldas se ríen de vos y dicen que os dejasteis llevar y os conformasteis con un feudo sin valor, mientras otros, cuyos logros y sacrificios fueron menores que los

vuestros, se han convertido en dueños de propiedades más grandes y magníficas. Deberíais estarle agradecido a Guillaume, porque pese a su juventud posee una visión de futuro mucho más amplia que la que vos jamás tendréis.

—¿Agradecido? ¿Acaso pretendéis que encima me muestre agradecido después de que él me atacara a traición ante mi señor feudal y me hiciera quedar como un necio?

—Es mejor ser un necio que un caballero empobrecido desprovisto de su título y sus propiedades. Gracias a Guillaume, os habéis ahorrado dicho destino, pues él goza de las simpatías del rey, mucho más de lo que vos jamás

gozaréis.

—Es verdad —reconoció el barón en tono amargo—, por eso sus atributos masculinos están profundamente clavados en el trasero de Rufo. ¿Acaso creéis que ignoro a qué se dedica el rey cuando convoca a Guillaume a sus aposentos? ¡Toda la corte cuchichea al respecto! ¡En este castillo reinan la sodomía y la perversión!

—Guillaume ya tiene edad suficiente para saber qué le conviene —dijo Eleanor en tono frío.

—Tal vez... pero no toleraré que ensucie el nombre de De Rein con conductas deshonrosas.

—Con vuestro permiso, esposo mío

—dijo Eleanor de forma desdeñosa y prosiguió con su bordado—, no creo que tengáis otra opción, puesto que habéis oído lo que dijo Ranulfo: si no apoyáis el plan del rey, os costará el título y las propiedades.

—Solo si entonces Guillermo aún es rey.

—¿Qué queréis decir?

—No permitiré que ese infame petimetre ensucie el honor de su padre convirtiéndose en fratricida.

—¿Cómo pretendéis impedirlo? — dijo Eleanor, alzando la vista. En sus ojos verdes ardía la ira.

—No tenéis por qué saberlo — respondió el barón, pero ella solo rio en

voz baja.

—¿Es que creéis que vuestros pensamientos son tan impenetrables que no puedo adivinarlos? Queréis enviar un mensaje a Durham, pues allí Mowbray y Carileph aún gozan de muchos seguidores. Si descubren que existe un complot contra Roberto harán todo lo posible por desbaratarlo y los planes de Ranulfo se irían al traste, al menos de momento.

—Sois muy lista, *milady* —gruñó Renaldo; en su voz se mezclaban la admiración y la hostilidad—. Quizá más lista de lo que resulta bueno para una mujer de vuestro rango.

Ella soltó una carcajada aún más

sonora.

—¿Es que pensáis que no lo había incluido en mis cálculos? ¿Que no tomé en cuenta la posibilidad de que vuestra tozudez innata podría hacer fracasar nuestro propósito?

—Reíd cuanto queráis. No me detendréis.

—¿No? ¿Y si anuncio en la corte que Guillaume no es hijo vuestro sino de vuestro hermano?

—Haced lo que os plazca — contestó el barón en tono indiferente—. El bochorno no puede ser aún mayor.

—¿De verdad lo creéis? ¿Y si vuestros hombres se enteran de que Guillaume no es vuestro vástago sino el

de vuestro hermano? ¿Que no solo le franqueasteis la puerta de la alcoba de vuestra esposa al bueno de Osbert, sino que literalmente le suplicasteis que os proporcionara un heredero varón... pero que vuestra ofendida virilidad nunca logró superar aquella noche? ¿Que en aquel entonces no solo renunciasteis a vuestro orgullo, sino también a vuestra libertad y que pasasteis a depender de la buena voluntad y la misericordia de otros... y que ese fue el motivo por el cual el pobre Osbert nos abandonó de manera tan inesperada?

La sagacidad nunca formó parte de las virtudes de Renaldo de Rein y el barón era mucho más capaz de entender

el lenguaje de las armas y la violencia que esas sutiles insinuaciones y disimuladas amenazas. Pero no tardó ni un instante en comprender lo que su esposa quería decirle.

—¿Qué os habéis creído? ¿No creeréis que yo...?

—No creo nada. Pero he visto con mis propios ojos lo bien que vuestro hermano y Guillaume se entendían y lo mucho que se apreciaban... y con cuánta envidia y desagrado vos siempre los contemplasteis. La inesperada muerte de Osbert durante una cacería os vino de perlas, ¿verdad?

—¡Estáis... estáis loca! —gritó el barón, indignado—. ¡Osbert era mi

hermano carnal! Jamás hubiese hecho algo que...

—De lo que se trata es de si el rey lo vería del mismo modo si se enterara —dijo Eleanor en tono tan sosegado que resultó evidente que era consciente del efecto devastador de sus palabras y que las había preparado hacía mucho tiempo, como un grupo de guerreros que uno se reserva con el fin de enviarlos al campo de batalla en el momento decisivo para acabar con el ya debilitado enemigo—. Sobre todo porque, al parecer, los principios morales que os aplicáis a vos mismo son mucho menos rígidos que los de vuestro rey.

Renaldo de Rein resolló, abría y cerraba la boca como un pez fuera del agua, pero no logró pronunciar una sola palabra. Clavó la mirada de sus pequeños ojos de cerdo en Eleanor, al tiempo que comprendía la clase de serpiente que durante tantos años había albergado junto a su pecho sin darse cuenta. Y aún peor: él mismo había creído ser la serpiente y entonces se vio obligado a reconocer que se trataba de un error de graves consecuencias.

—Esa... esa es una miserable imputación de la que no tenéis pruebas —dijo por fin con voz entrecortada.

—No —lo corrigió ella—, se trata de lo siguiente: de a quién creerá el rey

cuando llegue el momento. ¿A alguien que le negó el vasallaje y quiso desbaratar sus planes o a alguien que le es leal?

Un quejido apagado se abrió paso a través de la garganta del barón cuando comprendió que ella tenía toda la razón. Nadie le creería tras todo lo que había sucedido y no hacía falta ser un adivino para imaginar el trato que el rey le daría a un traidor y fratricida. Su padre había hecho decapitar a vasallos por motivos mucho menos importantes o los había encerrado en lóbregas mazmorras hasta que se volvían locos y solo eran una sombra de sí mismos, y al menos en ese sentido Rufo demostró ser un vástago

diligente. Eleanor disponía de todas las ventajas, sostenía las riendas en sus manos y Renaldo estaba a su merced para bien y para mal.

Comprenderlo supuso un golpe tan abrumador que sus rodillas cedieron y se dejó caer en el taburete. Renaldo de Rein, con la vista perdida, comprendió que se veía obligado a hacer todo aquello que su esposa y ese condenado bastardo le exigían... de lo contrario supondría su absoluta perdición.

Eleanor sonrió, satisfecha y, como si no hubiera pasado nada, volvió a coger el bordado. Sumido en sus lúgubres pensamientos, el barón supo que había estado en lo cierto: su esposa no le iba a

la zaga a Ranulfo *Flambard* en ningún aspecto.

Colonia

30 de mayo de 1096

Había llegado la fiesta de *Shavuot*, pero ningún miembro de la comunidad judía pensaba en celebrar la llegada de los primeros frutos del año, de adornar de flores la sinagoga y de recordar aquel día en el que el pueblo de Israel recibió la Torah de manos del Señor. Tras la oración matutina, los judíos piadosos de Colonia celebraron un oficio más breve,

pero después —y pese a lo que mandaba el Sabbat— incluso ellos emprendieron las urgentes tareas.

La noticia del ataque nocturno a la sinagoga se había extendido a gran velocidad, de modo que ya de madrugada no había nadie que desconociera la nueva amenaza y, a diferencia de antes, nadie podía negar su existencia. Se daba por hecho que el terrible destino que había caído sobre Maguncia también alcanzaría a la comunidad de Colonia y que el tiempo del que disponían los judíos para poner a buen resguardo al menos una pequeña parte de sus bienes era escaso.

Dos días, tal vez menos,

dependiendo de la velocidad con la cual los esbirros de Emicho marcharan hacia el norte... pero de la paz que reinaba en la ciudad hacía unas semanas ya no quedaba nada, porque entre los guerreros reunidos en Colonia la noticia de los hechos sangrientos de Maguncia fue recibida con entusiasmo. Si bien estos aún no habían alcanzado la determinación necesaria, no dejaban de atacar a los judíos que cometían el error fatal de abandonar la protección de su barrio. La ciudad era como un avispero al que alguien había arrojado una piedra y solo era cuestión de tiempo que los nubarrones que se cernían sobre la ciudad descargaran su sangrienta

tormenta.

—¿Cómo es posible, padre?

Chaya meneó la cabeza con desesperación, al tiempo que guardaba otro vestido de seda en el arca que había en el centro de la habitación con la tapa abierta. Había enviado a casa a Sara, su criada, para que pudiese ocuparse de los suyos.

—¿Es que alguna vez hemos sido culpables de algo o tratado mal a los cristianos?

Isaac negó con la cabeza.

—No se trata de eso, hija mía. Hace tiempo que no se trata de eso.

—¿Entonces de qué se trata, padre?

—dijo Chaya, añadió el vestido a los

demás y lo miró, intrigada—. No comprendo lo que ocurre aquí. ¿De dónde sale todo ese odio?

—Ese odio siempre ha existido, pero solo se ha manifestado ahora. Todos estos años hemos vivido como extraños entre extraños. Solo que lo habíamos olvidado.

—¿Como extraños? —Chaya meneó la cabeza—. ¿Cómo puedes decir eso, padre? ¡Este es mi hogar! Esta ciudad, en la que nací y me crié, donde conozco cada piedra y cada casa.

—No obstante, perteneces a un pueblo que no tiene ni hogar ni patria. El tiempo de paz y de descanso que nos fue otorgado ha sido extraordinariamente

largo y por eso perdimos de vista quiénes somos y de dónde venimos... y que hagamos lo que hagamos, siempre necesitaremos la misericordia de Dios. Ahora hemos de cargar con las consecuencias de nuestra soberbia.

Isaac la observaba al tiempo que ella volvía a acercarse al gran arcón, cogía un cofrecillo guarnecido de plata y también lo depositaba en la maleta. Sintió una punzada dolorosa en el corazón al reconocer el cofrecillo.

—El collar de tu madre —murmuró—. Ella deseaba que un día lo llevaras tú.

—Y por eso no lo dejaré aquí —dijo Chaya, decidida, y se apartó un mechón

de los largos cabellos negros de la frente—. No quiero que caiga en manos de los saqueadores.

—Sopesa bien qué conservas y qué dejas atrás. No puedes llevarte todo.

—Claro que no, pero no les dejaré el collar de madre —dijo, contempló el contenido del arca, alzó la tapa y corrió el cerrojo—. ¿Crees que estaremos a salvo en las propiedades del arzobispo?

Isaac suspiró. Aquella misma noche una delegación del concejo de la comunidad que, además del *parnés*, el rabino y Mardoqueo Ben Neri también lo incluía a él, se presentó ante el arzobispo Hermann y le informó de lo ocurrido en la sinagoga y del asesinato

del ayudante del rabí. El arzobispo, un hombre moderado que si bien no rechazaba la idea de la gran peregrinación, por lo visto quería conservar la paz en su ciudad, se había mostrado muy consternado. Mardoqueo aprovechó el momento favorable para pedirle refugio en las propiedades episcopales situadas fuera de la ciudad en nombre de la comunidad. Confiaban en que los esbirros de Emicho no las alcanzarían y, para alivio de todos ellos, Hermann accedió a su demanda.

—No lo sé —confesó Isaac—, pero sé que Mardoqueo actuó con la mejor de las intenciones, quizá por primera vez en su vida. Sin su habilidad para negociar y

sus buenas relaciones con el palacio episcopal tal vez no hubiera habido esperanzas para la comunidad.

Chaya hizo una mueca.

—No desaprovechará ninguna ocasión para llamarnos la atención al respecto. Menos mal que tú estarás presente para recordarle que no siempre fue así.

—Me agradecería, hija mía. Pero lamentablemente no me será posible.

—¿No? ¿Por qué no, padre?

—Porque para entonces ya no estaré allí —contestó el viejo comerciante, como si solo se tratara de un asunto sin importancia. Pero Chaya lo conocía lo bastante bien como para saber que tras

esa ostensible indiferencia a menudo se ocultaban noticias terribles y notó que su rostro se encendía mientras un escalofrío le recorría la espalda.

—¿Qué significa eso, padre? — preguntó, sospechando que la respuesta le disgustaría.

—Que no iré con vosotros — respondió Isaac sin el menor rodeo, pero en el mismo tono anterior.

Chaya se quedó atónita.

Durante toda la mañana había estado tan ocupada con sus propios asuntos que casi no tuvo oportunidad de prestar atención a su padre, pero entonces se percató de que él había permanecido mano sobre mano y que no había

empaquetado ninguno de sus bienes personales, y de pronto el miedo la invadió.

—No te preocupes —dijo él, contestando la pregunta que ella no había formulado—. No tengo la intención de permanecer en la ciudad y aguardar a que Emicho y sus asesinos incendiarios quemen la casa conmigo dentro. Pero no iré con vosotros sino que me dirigiré a otra parte.

—¿A otra parte? —exclamó Chaya, cada vez más confundida—. ¿Qué quieres decir? ¿Adónde piensas ir, padre?

—Se trata de una promesa que hice hace mucho tiempo, Chaya. Incluso antes

de que tú nacieras.

—¿Qué promesa?

—No puedo revelártelo —declaró Isaac en tono grave—. Se trata de una misión secreta que debo cumplir por encargo de la comunidad y que me llevará muy lejos de Colonia, a la tierra de nuestros antepasados.

Chaya se asustó.

—¿Piensas regresar a Judea?

—Me temo que sí —contestó su padre, asintiendo con la cabeza.

—Entonces iré contigo.

—No puedes, hija mía.

—¿Por qué no? Antes solía acompañarte en tus viajes, ¿no lo recuerdas?

—Pero no esta vez —replicó él en un tono que no dejaba dudas acerca de su determinación.

Chaya sabía que su padre no había tomado semejante decisión a la ligera, que lo que le decía era el resultado de un proceso prolongado durante el cual había sopesado todas las posibilidades a conciencia y que su decisión se correspondía con el carácter definitivo de esta.

—Pero si en los últimos años casi no emprendiste ningún viaje —repuso ella con desamparo—. Dijiste que te estabas volviendo demasiado viejo y preferiste dejar que tu procurador se encargara de presentarse ante los

comerciantes y los proveedores.

—Sí, es verdad. A lo mejor porque barruntaba que aún me esperaba este último gran viaje y que debía conservar mis fuerzas. Además, esta misión no guarda ninguna relación con un viaje de negocios común.

—¿Y la agencia?

—Otros se encargarán de ella. He tomado las medidas correspondientes.

—Medidas... —repitió Chaya.

No pudo evitar sentirse herida, abandonada. Durante todas las semanas transcurridas desde la muerte de su madre, siempre procuró apoyar a su padre, permanecer a su lado cuando él necesitó su consuelo y su proximidad. ¡Y

ahora resultaba que urdía planes de los que ella ni siquiera formaba parte!

—¿Y qué ha de pasar conmigo? —
Quiso saber, aun cuando tenía claro que no era la clase de pregunta que una hija obediente le hacía a su padre, pero de todos modos, en esos días el antiguo orden estaba a punto de desaparecer, así que ¿por qué seguir aferrándose a este?

—Tú ya no me necesitas, hija mía —
repuso Isaac y la contempló con la más absoluta sinceridad—. Además, en los últimos tiempos, más que serte útil he supuesto una carga para ti.

—¡Eso... eso no es verdad, padre!

—¿No? —dijo él con una leve sonrisa—. Tus palabras te honran,

Chaya... si bien no se corresponden con la verdad. ¿Crees que ignoro lo mucho que te ha afectado la muerte de tu madre, también a ti? Y, sin embargo, no fui capaz de proporcionarte consuelo pues el dolor me atenazaba, tanto que todo lo demás me resultaba indiferente. Me entregué a la tristeza y solo pensé en mí mismo, te traté a ti y a los demás de manera injusta.

—Si fue así, solo se debió a que amabas a madre más que a nadie.

Por más que por una parte a Chaya le tranquilizara que él supiera los sacrificios que ella había hecho, por la otra sus palabras le desagradaban profundamente, pues solo servían para

avivar su temor.

—No, Chaya —volvió a contradecirla Isaac—. Sino porque sabía que durante todo el tiempo que tu madre compartió su vida conmigo nunca le demostré lo mucho que significaba para mí. Y aún peor: de vez en cuando le di la sensación de que no la necesitaba... cuando en realidad era al revés. Y lo mismo ocurrió contigo... solo que ahora me doy cuenta de ello.

—Madre te amaba, padre. Y yo también te quiero...

—Y por ese motivo no me queda más remedio que emprender dicha misión, da igual cuán peligrosa sea o adónde me lleve.

—No lo comprendo —dijo Chaya, moviendo la cabeza—. ¿Cómo puede ser que esa misión sea más importante que tu familia?

—La única que queda de mi familia eres tú, hija mía —dijo él, rozándole la barbilla con ademán cariñoso—. Y he hecho provisiones para ti.

—¿Provisiones? —preguntó Chaya, arqueando las cejas—. ¿Qué clase de provisiones?

Su padre no desvió la mirada, pero tampoco respondió, así que Chaya se vio obligada a encontrar la respuesta a su pregunta por su cuenta y, para su propia consternación, no tardó en encontrarla.

—No —susurró y negó con la cabeza.

—La verdad siempre suele salir a la luz por sí sola.

—¿Mardoqueo? —preguntó ella, y apenas podía dar crédito a sus propias palabras—. ¿Me has entregado a Mardoqueo?

—Es por tu bien. Puede que Mardoqueo Ben Neri sea un zorro y seguro que es el competidor más duro que jamás he tenido. Pero aquella noche en la sinagoga también me salvó la vida y con sus últimos actos también ha demostrado que tiene buen corazón.

—¿Y por eso me entregas a él como esposa? —preguntó Chaya, casi incapaz

de ocultar su indignación.

—Él te ama.

—Mardoqueo se ama sobre todo a sí mismo, eso no ha cambiado.

—Puede que tengas razón, hija mía, pero muchas otras cosas sí han cambiado. Cosas que están más allá de mi influencia, pero frente a las cuales debo reaccionar.

—¿Malbaratándome a Mardoqueo?!
—gritó Chaya.

Sabía que dicho reproche era impertinente y que iba mucho más allá de lo que resultaba correcto para una buena hija, pero le daba igual. Como si no fuese bastante espantoso que de pronto toda la ciudad se hubiera vuelto

opción!

—¿Desde... desde cuándo lo sabías, padre?

—Solo desde esta mañana. De regreso de la casa del obispo, Mardoqueo y yo llegamos a un acuerdo. Él se queda con la agencia y todo lo que contiene. A cambio, debe ocuparse de ti y encargarse de que no te falte nada.

—Una dote considerable, por cierto —soltó ella entre dos arcadas. Tragó saliva y creyó perder el conocimiento, pero se decepcionó al ver que ello no ocurría.

—Mardoqueo no exigió ninguna dote. Declaró que estaría dispuesto a firmar la *kettuba* y hacerse cargo de ti,

aunque fuese sin dote. Pero yo insistí, quería asegurarme de dejarte bien provista de bienes materiales.

—¿Hacerse cargo de mí? —Chaya creyó haberlo malinterpretado—. Como si yo fuera un peso con el que él tuviera que cargar.

—No fue él quien solicitó un favor, sino yo. No lo olvidemos.

Chaya volvió la cabeza y le lanzó una mirada, desesperada.

—¿Acaso yo no tengo nada que decir al respecto?

—No en este caso, hija mía —contestó Isaac con suavidad pero también con determinación y le acarició el cabello como lo hacía cuando ella era

una niña pequeña y trataba de consolarla —. Por mucho que lo sienta. Era una decisión que debía tomar.

—¿No puedes desistir de tu promesa? ¿No hay otro que pueda encargarse de la misión? ¿Solo por esta vez?

—Lo haría con mucho gusto, hija mía, créeme. Pero es imposible.

—¿Por qué, padre? —preguntó Chaya, las náuseas se le estaban pasando y alzó la vista.

—No puedo revelarte los motivos, hija.

—No obstante, pretendes que me resigne —dijo ella, y no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas.

El viejo Isaac le devolvió la mirada y durante un instante era como si no pudiera soportar la amargura de su hija y estuviera dispuesto a cambiar de idea, pero entonces sacudió la cabeza.

—No tienes elección, hija, ni tú, ni yo, ni nadie. Recuerda lo que le sucedió al profeta Jonás, cuando se negó a cumplir con la voluntad del Señor.

Con los ojos nublados por las lágrimas Chaya miró a su padre, cuya decisión era completamente inamovible y fue como si se precipitara en el oscuro abismo de la desesperación, que la devoró como aquel monstruo había devorado al profeta.

Londres

En algún momento el zumbido había llegado a su fin, dando paso al silencio hasta que un murmullo apagado y unas canciones lo interrumpieron... y el hedor acre a sudor, cerveza y excrementos se clavó en sus narices como un cuchillo.

Repentinamente, Conn recuperó el conocimiento.

Convencido de que aún se

encontraba bajo el agua y de tener que luchar para sobrevivir, se lanzó hacia arriba y manoteó, pero lo único que lo rodeaba era el aire en el que flotaban olores penetrantes y, cuando una mano lo agarró del hombro y volvió a empujarlo contra su lecho de paja con suavidad pero también con determinación, Conn soltó un grito de sorpresa y solo entonces abrió los ojos.

Unas farolas colgadas del techo tiznado de hollín y las llamas de una hoguera proporcionaban una iluminación tenue. Aunque al principio solo vislumbró los contornos de aquello que lo rodeaba —por los murmullos y los olores se dio cuenta de que estaba en

una taberna—, luego empezó a distinguir el cuerpo y los rasgos de un hombre alto y corpulento en medio de la penumbra.

Por lo visto se trataba de un normando, a juzgar por su vestimenta y sus cortos cabellos grises. Una nariz estrecha y unos pómulos destacados caracterizaban su rostro de piel curtida y una perilla enmarcaba el mentón. Un parche de cuero cubría su ojo izquierdo bajo el que se adivinaba una cicatriz vertical quizá causada por un cintarazo, pero el otro ojo era de un misterioso color verde y contemplaba a Conn con mirada penetrante.

—¿Cómo te encuentras? —Quiso saber el desconocido; Conn calculó que

debía de tener unos cincuenta años, su voz era áspera pero nada amenazadora.

—Ba... bastante bien —graznó Conn, que no lograba comprender cómo había llegado a la taberna, por no hablar de por qué se encontraba bajo la protección del normando. ¿Quién era? ¿Quizás un esbirro del rey?

Conn se incorporó, dispuesto a poner pies en polvorosa, pero un dolor punzante en el brazo izquierdo hizo que recordara lo ocurrido y, asustado, bajó la vista, pero la flecha ya no estaba clavada en su brazo. Una tira de paño cubría su antebrazo y aunque estaba manchada de un color oscuro, la hemorragia parecía haberse detenido.

Conn se llevó la mano al cuello: también estaba vendado y tampoco parecía seguir sangrando. A excepción de unos chichones, su cabeza no parecía haber sufrido grandes daños.

—Has tenido mucha suerte —dijo el tuerto, volviendo a empujar a Conn contra el lecho—. Si no te hubiera encontrado...

—¿Encontrado?

—A orillas del río —dijo el normando, sonriendo—. Te revolcabas en el lodo como un jabato. Limpié tus heridas lo mejor que pude, esperemos que no se infecten.

—Os... os lo agradezco —dijo Conn, cauteloso. Era la primera vez en

la vida que un normando lo trataba bien y miró incrédulo al desconocido.

—¿Cómo te llamas? —preguntó este con voz profunda.

—¿Que cómo me llamo?

—Porque tendrás un nombre, ¿verdad? —dijo el tuerto, asintiendo.

—Conwulf —se presentó Conn en tono vacilante.

—Bien, Conwulf. Entonces eres anglosajón, ¿no?

—¿Habría cambiado algo si lo hubierais sabido antes?

La sonrisa del desconocido se volvió indulgente, casi bondadosa.

—Quizá para otros, sí —admitió—, pero no para mí.

La tensión interior de Conn se redujo y el dolor en el brazo desapareció de pronto. «En realidad me encuentro muy cómodo en este lecho», pensó. Estaba tendido sobre un saco de paja apoyado en el suelo de un anexo de la taberna sostenido por columnas de madera, junto a otros lechos de alquiler destinados a acoger a viajeros exhaustos. A juzgar por las pertenencias que cubrían el suelo entre un lecho y otro o que colgaban de oxidados ganchos en las paredes, todos los lechos estaban ocupados. De uno de los ganchos colgaba un yelmo que disponía de visera, en las mugrientas tablas del suelo reposaba un hatillo enrollado en el que Conn creyó ver una

cota de malla. Al otro lado del gancho colgaba una espada larga enfundada en una sencilla vaina de cuero. Así que el desconocido era un soldado, constató Conn con inquietud cada vez mayor.

—Mi nombre es Baldric —declaró el tuerto—, mis compañeros y yo —añadió, indicando unas figuras sentadas ante una mesa vecina disfrutando de unos platos sencillos— aguardamos la señal.

Conn les lanzó una mirada de soslayo. Unos cuantos llevaban cotas de malla, otros no, pero le pareció que todos eran normandos.

—¿Qué señal? —preguntó.

—La de embarque. Vamos camino

del continente.

—Del continente —susurró Conn. Había pasado la mayor parte de su vida en Londres y jamás derrochó un momento en pensar cómo sería vivir en otro lugar. Solo Nia había despertado su anhelo por conocer tierras remotas, hablándole de la amplitud de su tierra natal y de la libertad que allí existía.

El recuerdo de ella todavía era más doloroso que la herida en el brazo y los ojos se le llenaron de lágrimas, malinterpretadas por Baldrick, desde luego.

—¿Conoces Normandía? —preguntó.

—No.

—Entonces la conocerás.

—¿La... conoceré? —exclamó

Conn, mirando fijamente al normando como si dudara de su sano juicio—.

¿Qué queréis decir?

—Que nos acompañarás.

—¿A Normandía?

Baldric sonrió, pero su sonrisa se había vuelto burlona.

—Claro que no, tonto. Rouen solo es la primera etapa de nuestro viaje. Allí nos reuniremos con otros peregrinos y seguiremos viaje. El auténtico destino de nuestro viaje es Tierra Santa.

—¿Ti... Tierra Santa?

Conn se sentía como un idiota: aunque el normando hablaba en inglés y

sin acento, tenía la sensación de no comprender ni una palabra.

—¿Es que no has oído hablar de la gran peregrinación convocada por Su Santidad el Papa? ¿Del peregrinaje a Tierra Santa al que todos, tanto los ricos como los pobres, han de unirse? ¿De los Santos Lugares que han de ser liberados de los infieles para elogio de Dios y gloria de los hombres?

—No —respondió Conn, aunque eso no era totalmente cierto. Recordó que durante la reunión de la cual se había vuelto un involuntario testigo habían hablado de cosas semejantes, pero entonces estaba demasiado consternado como para comprender el significado de

esa conversación. Los ricos y los poderosos siempre hablaban de asuntos muy alejados del mundo de un sencillo ladrón. Pero eso no pareció afectar el entusiasmo de Baldric.

—Todos los guerreros que emprenden viaje a Tierra Santa para liberar los Santos Lugares y que pierden la vida en el intento reciben el perdón de sus pecados —continuó diciendo—. ¿Acaso no es un motivo por el cual merece la pena luchar y morir?

Conn hizo una mueca. Nunca se había preocupado demasiado por la salvación de su alma y entretanto se había vuelto casi indiferente al respecto. Una y otra vez, se le aparecía el rostro

torturado de Nia y creyó morir de pena y de dolor.

—La vida ya es castigo suficiente, señor —dijo en voz baja—. No he cometido pecados que deban ser perdonados.

—¿De veras lo crees? —dijo el tuerto, contemplándolo con su único ojo—. Entonces ¿qué se te había perdido en el río, herido y con una flecha normanda clavada en el brazo?

—Yo...

Conn se mordió los labios, por una parte porque el espanto por lo ocurrido aún era demasiado grande como para encontrar las palabras adecuadas y por la otra no podía confesar que había

escapado del castillo del rey.

—Esa es exactamente la respuesta que esperaba —dijo Baldric con una sonrisa triste—. Así que te enfrentas a una elección.

—¿Qué elección? —preguntó Conn, sorprendido.

—O te unes a nuestra peregrinación y así expías tus pecados o bien te entregaré esta misma noche a los soldados de la guarnición, que seguramente sabrán qué hacer contigo —replicó el peregrino sin el menor rodeo.

—¡No podéis hacer eso! —gritó Conn, enfadado.

—¿Por qué no? Puesto que al Todopoderoso le complació que yo

estuviera en el lugar correcto en el momento adecuado, estás en deuda con Él y también conmigo.

—¡Ni hablar! —lo contradijo Conn con determinación y lleno de dolor—. Dios me ha quitado todo lo que me importaba en esta vida, así que no le debo absolutamente nada.

—Todos estamos en deuda con Dios, muchacho. Y todos tenemos algo que expiar.

—Yo no —dijo Conn, obstinado.

—¿Es tu última palabra?

Conn tragó saliva. Los rasgos angulosos y la mirada del único ojo de Baldric expresaban una amarga determinación. Puede que el normando

le hubiese salvado la vida, pero era indudable que no vacilaría y lo entregaría a los guardias del castillo y entonces sufriría el mismo fin lamentable que el pobre Tostig. Cuando colgara de la horca habría acabado cualquier posibilidad de vengar la muerte de Nia, y Guillaume de Rein se iría de rositas.

Por otra parte, ¿qué le aguardaba si aceptaba la oferta de Baldric? Conn jamás se había encontrado con un normando en quien pudiera confiar, ¿por qué Baldric habría de ser una excepción?

—No os conozco y vos no me conocéis a mí —dijo—. Ni siquiera

sabéis qué he hecho.

—No, no lo sé —reconoció Baldric—. Pero sé que Dios te regaló la vida por un motivo preciso... y que no deberías arrojarla a la basura sino utilizarla para alcanzar una meta más elevada.

—Eso es lo que me proponía —contestó Conn con ambigüedad.

—No lo dudo. La única pregunta es si habrías salvado o perdido tu alma inmortal al hacerlo. Si me sigues y luchas por la santa causa, en todo caso la salvarás.

—No soy un guerrero.

El tuerto esbozó una sonrisa.

—Sí que lo eres, hijo mío, solo que

aún lo ignoras. Si el Señor no te hubiera otorgado el corazón de un guerrero, no habrías sobrevivido durante los últimos días.

—¿Días? —insistió Conn.

—Cinco, para ser preciso —dijo el normando con una sonrisa maliciosa—. Los dos primeros estabas más muerto que vivo. Tenías mucha fiebre y yo ya creía que te perdería, pero por lo visto Dios aún tiene planes para ti, muchacho, por eso te protegió y tu estado mejoró.

Conn no supo qué contestar.

Que hubiera estado inconsciente durante cinco días lo conmocionó, porque, en ese caso, ya había pasado casi una semana desde la muerte de Nia;

era de suponer que la habían enterrado hacía tiempo, en una tumba en el cementerio de los esclavos y los sin nombre.

—Que tú desconozcas el plan que Dios ha ideado para ti no significa que este no exista —insistió Baldric.

—¿Y vos...? —dijo Conn, frunciendo los labios—, ¿... vos no me entregaréis a los guardias?

—No si te unes a nosotros y me acompañas como mi criado. Tienes mi palabra —dijo Baldric, y le tendió la mano derecha.

Conn aún titubeaba, en parte porque no tenía ni idea de en qué se estaba metiendo. Pero entonces volvió a pensar

en sus perseguidores y en Nia, en la última conversación que ambos mantuvieron, en la libertad que ambos quisieron buscar juntos y en la promesa que le había hecho... y para su propia consternación notó que alzaba el brazo ileso y cogía la mano del normando para sellar el acuerdo. Inesperadamente, el contacto le proporcionó cierta tranquilidad, y se apaciguó el tumulto que reinaba en su interior.

—Entonces nuestro acuerdo es válido —constató Baldric.

—Sí, lo es —confirmó Conn y se incorporó en el lecho—. Pero en cuanto haya expiado mis culpas y vos me exoneréis de vuestro servicio, regresaré

a Inglaterra y haré lo que debo hacer. Y vos no podréis impedírmelo.

—Por supuesto —se limitó a contestar Baldric y de pronto sostuvo un trozo de tela en las manos y se lo alcanzó a Conn.

Era una cruz formada por dos bandas de terciopelo rojo cosidas entre sí.

—¿Qué es eso? —Quiso saber Conn.

—El signo que llevarás en tus ropas. El símbolo de tu contrición.

—Ya os he dicho que no tengo nada que expiar.

La voz del normando se volvió sombría.

—Todos tenemos algo que expiar,

hijo —dijo en voz baja—. Todos y cada uno de nosotros.

Colonia

2 de junio de 1096

La superficie del agua era lisa como un espejo.

A la luz titilante de la antorcha clavada en el soporte de la pared, Isaac contempló su reflejo: una figura nervuda y demacrada, de espalda encorvada, no solo por los años sino también por el peso de la responsabilidad con que lo habían cargado.

Tal como exigía el ritual, se había quitado toda la ropa y tan desnudo como vino al mundo se sometería al efecto purificador de las aguas, se sumergiría por completo y volvería a emerger purificado y así se convertiría en un hombre digno del honor que le había sido concedido. Antes de emprender aquella sagrada misión a la que quería enviarlo Bar Levi había muchas cosas que quería dejar atrás, de las que quería desprenderse.

La tristeza por la muerte de Miriam, su mujer.

El dolor por haberla perdido.

El temor que a partir de entonces lo atenazaba.

Las dudas respecto a su proceder.

La culpa frente a Chaya, su hija.

Todo ello suponía un peso enorme, e Isaac sabía que no podría emprender el viaje si encima tenía que cargar con semejante carga. Con el ferviente deseo de que el Señor le perdonara sus omisiones y lo exonerara de toda culpa, descendió los peldaños de la alberca del *mikwe*.

El agua estaba tan fría que le cortó la respiración y cuanto más descendía tanto más lo cubría, afectaba dolorosamente sus viejos huesos y acalambraaba sus viejas carnes, pero no se arredró, como si quisiera castigarse por haber sido elegido para guardar el

precioso tesoro pese a no ser digno de ello.

Por fin alcanzó el fondo de la alberca.

El agua le llegaba hasta las caderas y el frío era tan intenso que le castañeteaban los escasos dientes que aún poseía. No obstante, se obligó a flexionar las rodillas, cerró los ojos, aguantó la respiración y se sumergió en el agua helada. Y entonces lo rodeó el silencio.

Desaparecieron los temores y las dudas y, como si las aguas lo envolvieran y lo protegieran como antaño el mar Rojo había protegido el pueblo de Israel, hasta la amenaza del

enemigo cada vez más próximo palideció. Durante un instante —que el anciano comerciante absorbió como si quisiera conservarlo para toda la eternidad— todo pareció alcanzar un equilibrio perfecto: el agua y el aire, la carne y la sangre.

Pero entonces llegó el momento en el que sus débiles pulmones lo traicionaron. El silencio llegó a su fin y, emergiendo del fondo de la alberca, Isaac Ben Salomon regresó a la superficie y al deber que lo aguardaba.

Permaneció unos momentos más, temblando como una hoja, después se alisó los cabellos blancos y empapados, se volvió y abandonó la alberca y las

aguas heladas y tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para conseguir que sus miembros entumecidos le obedecieran. No había creído que volvería a ver la tierra de sus antepasados, pero los acontecimientos recientes exigían que emprendiera el largo viaje una última vez. Que alcanzara la meta estaba en las manos de Dios, pero al menos haría todo lo posible por cumplir con lo que había prometido en aquel entonces, al igual que su padre antes de él.

Se secó con un paño de hilo dispuesto en los peldaños e inmediatamente después volvió a vestirse, pero ni la camisa, el abrigo o el amplio manto que llevaba por encima

lo hicieron entrar en calor. Isaac lo consideró como una parte de la expiación purificadora y reforzó su voluntad de llevar a cabo la misión.

Ascendió los peldaños y abandonó la casa de baños que se extendía entre la sinagoga y la panadería de Elija Rabban, pasó junto a la casa de Dios que a partir del incidente estaba vigilada por un grupo de voluntarios armados con garrotes y puñales, pero que no hubiesen ofrecido gran resistencia a una jauría de soldados envueltos en cotas de malla, luego pasó junto a la fuente pública y enfiló hacia el portalón de la casa de Daniel Bar Levi.

Entretanto casi se había hecho de

noche. Muchos ya habían abandonado sus casas, los postigos estaban cerrados y las entradas, vacías. De vez en cuando se veían figuras que arrastraban carretillas o carros de madera y mujeres cubiertas de velos que conducían a sus hijos de la mano. «Así debió de haber sido —pensó Isaac, angustiado— cuando Israel emprendió el viaje de cuarenta años a través del desierto. Pero en aquel entonces el pueblo había dejado atrás la injusticia de la esclavitud y Dios estaba de su lado...», en cambio en la ocasión presente al comerciante le pareció que el tiempo de la humillación solo estaba comenzando y ello le causaba una profunda inquietud,

sobre todo porque no sabía si contaría con la protección del Todopoderoso.

La casa de Bar Levi se encontraba en el extremo de la callejuela de los Judíos y por ese motivo el *parnés* había hecho instalar postigos de madera en las ventanas que daban a la calle con el fin de protegerse de las hostilidades, tanto a él como a su familia. Ante la puerta había un carro arrastrado por bueyes, y los dos criados del *parnés* lo cargaban de cajas. Ester, la esposa de Bar Levi, les daba indicaciones; la mirada de los ojos que se asomaban por encima del velo expresaban temor, al igual que los numerosos rostros que Isaac había visto ese día.

—La paz sea con vosotros —dijo Isaac y saludó inclinando la cabeza.

—La paz sea con vos, Isaac Ben Salomon —contestó la mujer del *parnés*—. Entrad en casa, mi esposo os aguarda.

Isaac se lo agradeció, luego cruzó el umbral bajo y pasó al interior. Como habían cerrado los postigos que impedían que penetrara la luz del atardecer, las velas estaban encendidas. Un aroma amargo a hierbas aromáticas flotaba en el aire: las quemaban como señal de humildad y quizá también como una súplica, para poder regresar a ese hogar que durante más de un siglo había ofrecido protección y refugio a la

familia de Bar Levi. Vivir en tiempos en que todo eso cambiaba le causaba una angustia a Isaac que no hubiera podido expresar con palabras: era la sensación de estar expuesto al vendaval de la historia, impotente e incapaz de emprender algo que lo remediara... con una excepción, si bien esta reposaba en hombros viejos y débiles.

Isaac conocía la casa de Bar Levi.

A menudo ambos habían estado sentados allí, bebiendo vino *kosher* y comiendo el pan del Sabbath. Para Isaac, el hogar del *parnés* siempre supuso un lugar donde reinaba la felicidad y la satisfacción, cuyo orden y limpieza reflejaban el equilibrio interior y la

serenidad de su propietario, pero ese día todo era diferente: había cajas por todas partes, las puertas de los armarios estaban abiertas tras revisarlos en busca de diversos objetos que la familia se negaba a dejar en manos de los saqueadores, objetos de valor, claro está, pero también aquellos cuya importancia no resultaba inmediatamente evidente sino que eran de carácter personal y que tampoco querían dejar a merced de la furia ciega y destructora.

Los ocho hijos de Bar Levi correteaban entre el desorden, excitados. Para los más pequeños —aún incapaces de apreciar la gravedad de la situación— los cambios suponían una

gran aventura, pero los mayores, entre ellos Rehabeam, el primogénito de Daniel, compartían la inquietud de los adultos. Sus rostros expresaban el mismo terror que esos días atenazaba a los mayores.

A pesar del desorden reinante y del viaje inminente, Rehabeam saludó a Isaac con toda cortesía. El muchacho, de cuyo *bar mitzvah* ya habían transcurrido cinco años, se inclinó ante el huésped y le alcanzó un cuenco de arcilla lleno de agua para que pudiera lavarse las manos. Después lo condujo hasta su padre.

Daniel Bar Levi estaba sentado en su despacho. La mayor parte de los libros y

los documentos propiedad del *parnés* ya estaban guardados en cajas, y la mirada que le lanzó a Isaac hizo que este comprendiera que el *parnés* ya lo estaba esperando.

—La paz sea con vos, Isaac.

—La paz sea con vos, Daniel.

—¿Sabéis que una parte de mí temió que no acudierais?

—Esa parte también existió en mí — confesó Isaac. Era demasiado viejo y había demasiado en juego como para andarse con rodeos—. Pero resultó ser la más débil. Si a Dios le hubiese complacido darme un hijo, yo le habría pasado la carga a él, tal como antaño mi padre me pasó la suya. Pero resulta que

no he sido bendecido con un sucesor varón y tampoco tengo un yerno.

Bar Levi asintió.

—Hasta ahora. Pero he oído que eso cambiará pronto.

—Mardoqueo Ben Neri no es el primero que hubiera elegido —admitió Isaac.

Que el *parnés* de la comunidad ya estuviera al tanto de la boda planeada no lo sorprendió. Mardoqueo nunca fue muy discreto cuando se trataba de divulgar novedades que lo hacían quedar bien.

—Pero puede darle a mi hija aquello que en estos días me resulta más importante que todo lo demás:

protección y seguridad.

—Ha hecho mucho por nuestra comunidad, más de lo que yo hubiese creído posible. Sin embargo, me alegro de que quien emprenda el viaje seáis vos, amigo mío, y no él.

—Todos prestan servicio donde mejor pueden —replicó Isaac, esquivando el asunto.

Había considerado poner a Mardoqueo —su futuro yerno— al corriente del secreto y encargarle la misión que él mismo había aceptado en sus años mozos. Pero una sensación —e Isaac era incapaz de decir si se trataba de una señal divina o si surgía de lo más profundo de su alma— le dijo que el

lugar de Mardoqueo estaba allí, junto a su familia y su comunidad y que no tenía derecho a quitarle ese lugar. Y tampoco pese a que ello significaba que debía abandonar lo que más amaba en el mundo, lo único que le quedaba, y dejarlo en manos de su antiguo adversario.

—Una decisión inteligente —dijo el *parnés*, como si le leyera el pensamiento—. Actuasteis correctamente.

—Una decisión muy dolorosa que ni siquiera el agua viva pudo lavar.

—Tampoco era de esperar que lo hiciera, amigo mío —dijo el otro con una sonrisa indulgente—. Pero la

purificación a través del baño en la *mikwe* os ayudará a dejar atrás lo que os sujeta y centrará vuestro espíritu en la tarea que os aguarda. El escrito debe llegar a Antioquía sano y salvo, y cumplir con su destino. Lo dejaron en nuestras manos solo con ese fin.

—Lo sé.

—Os prepararon para este momento, mi viejo amigo, habéis vivido para este momento. Casi os envidio la misión que os fue encomendada.

—Podéis acompañarme si lo deseáis —dijo Isaac y no pudo reprimir una sonrisa.

—Pero vos ya lo habéis dicho: todos prestan servicio donde mejor pueden —

replicó el *parnés* sin vacilar y cambió de tema—. ¿Ya sabéis la ruta que emprenderéis?

—Me dirigiré al oeste. Mi meta será Génova, donde me embarcaré a Judea. Con la ayuda de Dios, alcanzaré la tierra de nuestros antepasados antes del invierno.

—Entonces espero que recibáis esa ayuda en gran medida, amigo mío —dijo Bar Levi y abandonó el atril donde todavía había hecho algunas anotaciones.

Recorrió la habitación con pasos medidos y se acercó al gran arcón de madera de acacia, ornado de preciosas tallas orientales.

—Venid —dijo.

Isaac obedeció y no se sentía como un anciano ni como alguien a punto de cargar con un gran peso. Más bien lo embargaba la sensación de volver a ser aquel muchacho de doce años que escuchaba las palabras de su padre moribundo hacía un tiempo inmemorial y, en medio del silencio reinante en el despacho de Bar Levi, casi creyó oír esa voz tan conocida...

«Viviréis vuestra vida como yo he vivido la mía —había dicho su padre—, fundaréis familias y tendréis hijos. Debido a las preocupaciones cotidianas a veces olvidaréis lo que antaño existió y quizá, si al Señor le place, vuestra

vida acabará tal como acaba la mía sin que os haya exigido que cumpláis con ese inmenso deber. Pero también puede que un día —añadió la voz débil y casi inaudible— lleguen tiempos que lo cambien todo y debéis estar preparados para dichos tiempos».

Con el corazón en un puño, Isaac se acercó al arcón. Sabía que allí lo aguardaba su destino. Bar Levi, que notaba la tensión de su amigo, se apresuró a levantar la tapa.

El arcón estaba vacío.

—¿Qué os pasa? —preguntó el *parnés* con una sonrisa al ver el sobresalto de Isaac—. ¿Acaso esperabais ver algo en este arcón?

—Sí, si he de ser sincero —admitió Isaac.

—Entonces volved a mirar con más atención, mi viejo amigo. Puede que la vista os engañe, pero no vuestra fe —dijo el dirigente laico de la comunidad de Colonia, introdujo el índice en algo que parecía un agujero de nudo y tiró... e Isaac comprendió que el arcón poseía un doble fondo.

El fondo se levantó y la luz de las velas iluminó un objeto oculto en el zócalo: era delgado y cilíndrico de casi una yarda de largo y medio palmo de ancho, idéntico al que Isaac guardaba en la memoria pese a los años transcurridos.

Aunque sabía que solo era el estuche que contenía el verdadero artefacto, la veneración se apoderó de él, porque en el cuero curtido estaba grabado a fuego el signo que le fue adjudicado a aquel rey que antaño hizo florecer el reino de Israel y que mandó construir el primer templo: dos triángulos equiláteros perfectos y entrelazados, que formaban una estrella de seis puntas.

El sello de Salomón.

De camino a casa, Isaac se reprendió por el orgullo que lo embargaba mientras cargaba con el estuche de cuero bajo su manto.

—Conservadlo siempre junto a vos, tanto de día como de noche —lo había instado Bar Levi—, y nunca lo perdáis de vista. Tras todo lo que ha sucedido, nuestro pueblo tiene necesidad de su contenido más que nunca en su larga historia.

Después, ambos amigos se despidieron, conscientes de que quizá no volverían a verse en esa vida, pues a partir de ese momento otros poderes sostenían sus destinos en las manos.

Sumido en sus cavilaciones, Isaac recorrió las desiertas callejuelas. Después no hubiera podido decir cómo regresó a la agencia. Lo acompañaban imágenes de entradas tapiadas y oscuras

calles, pero en realidad no se percataba de ellas. Aferrando el estuche, cruzó la puerta de entrada y remontó la escalera hasta su morada, quizá por última vez en la vida. Ya había guardado las escasas pertenencias que se llevaría durante el largo viaje. No debía demorarse. Solo le quedaba una cosa por hacer, una última tarea que le resultaba más difícil que todas las demás.

Suplicando el perdón de Dios por volver a sentir el peso de la desesperación tan pronto tras la visita a la *mikwe*, entró en la alcoba de Chaya... solo para retroceder presa del horror al ver a un hombre desconocido en vez de a su amada hija.

El individuo le daba la espalda; llevaba un amplio atuendo y una *kipá* en la cabeza y estaba ocupado en hurgar en un arcón. Debido a la rapidez y la ligereza de sus movimientos y el modo en el que se inclinaba, Isaac se dio cuenta que debía tratarse de un muchacho, tal vez de unos dieciséis o diecisiete años. Lo primero que se le ocurrió fue que quizá Rehabeam lo había seguido, pero eso era una tontería y la furia invadió al comerciante.

—¡Muchacho! —gritó y, haciendo caso omiso de su edad y de sus miembros entumecidos, se abalanzó sobre el intruso—. ¿Acaso no basta con que en estos días todo el mundo se haya

convertido en nuestro enemigo para que encima pretendas enriquecerte a costa de la desgracia de tu propio pueblo?

Antes de que Isaac lo alcanzara, el aludido se volvió bruscamente, la *kipá* se deslizó de su cabeza y reveló su cráneo rapado. Se lo había afeitado hacía poco y al parecer con mucha prisa pues en algunos lugares la piel del cráneo estaba ensangrentada y lastimada. La mirada espantada del rostro pálido se volvió hacia el comerciante... y este soltó un grito sonoro al comprender que conocía ese rostro.

—¡Chaya! ¿Qué, por todos los profetas...?

Isaac estaba profundamente consternado e, inquieto, dirigió la vista en torno buscando una explicación.

Vio el largo vestido de ella arrojado sobre la cama.

Los largos mechones de cabello negro en el suelo.

Cortados.

—¿Qué... qué has hecho? —Soltó, jadeando y sacudiendo la cabeza como alguien que se negaba a comprender lo evidente.

—He actuado, padre —replicó Chaya.

Su postura encorvada al retroceder contra la pared revelaba humildad, pero en sus ojos oscuros ardía la llama de la

resistencia.

—¿Es que has perdido el juicio?

Una vez más, Isaac contempló los hermosos cabellos en el suelo. Hacía unos momentos habían enmarcado sus rasgos encantadores, pero entonces cubrían el suelo como un desperdicio.

—No, padre —lo contradijo Chaya en voz baja y trémula, pero no era el tono alterado de alguien que había perdido el juicio o que estaba a punto de perderlo—. Veo las cosas con mucha más claridad que antes. He hecho lo que tú siempre me has enseñado: reflexionar y tomar una decisión.

—¿Una decisión? —exclamó Isaac, contemplándola desconcertado, todavía

horrorizado e incapaz de comprender lo ocurrido—. ¿Una decisión sobre qué?

—Sobre mi vida. Sé que no quiero pasarla junto a Mardoqueo Ben Neri y confío y ruego que no me obligues a hacerlo.

—Pero entonces ¿qué quieres hacer?

—Te acompañaré —declaró ella con suave determinación y en un tono definitivo que también podría haber surgido de los labios de su madre.

—¿Acompañarme?

—A la tierra de nuestros antepasados. Cuando era una niña me prometiste que un día me llevarías allí. Ahora ha llegado el momento.

—Eso... eso es sencillamente

imposible.

Isaac negó con la cabeza al tiempo que aferraba el estuche que ocultaba bajo su manto, como alguien a punto de ahogarse se aferra a los restos de un naufragio, lo único que le quedaba en medio del mar embravecido.

—¿Por qué, padre? —dijo, con un primer asomo de obstinación en la voz—. ¿Por los peligros que amenazan a una mujer en un viaje semejante? —añadió, soltando una amarga carcajada—. Apenas podrían ser más mortíferos que los de aquí.

—Mardoqueo —dijo su padre en tono apagado—. Se ocupará de ti, te protegerá. Lo he planeado todo.

—¡Pero resulta que no quiero la protección de Mardoqueo! Y tampoco su afecto. Y agradezco tu previsión y tus cuidados, padre, pero a menudo la vida toma otros caminos que los que nosotros hemos planeado, ¿o es que lo has olvidado?

—No, no lo he olvidado, pero yo...

Isaac enmudeció y prestó oídos a los pensamientos que se arremolinaban en su cabeza. Por más que una parte de él tendía a escuchar esas voces interiores que le aconsejaban que atendiera los motivos de su hija y se considerara afortunado por ahorrarse la dolorosa despedida, otras insistían en que debía cumplir con su deber y dedicar toda su

atención a la carga que le había sido conferida. Parecían porfiar en tono cada vez más sonoro, de modo que tuvo que soltar un grito para deshacerse de ellas.

—¡Basta!

Chaya, que malinterpretó ese arrebató, dio un respingo, pero al comprobar que no le seguían otros reproches comprendió que no era la cólera lo que había hecho que su anciano padre perdiera el control sino la más absoluta desorientación.

Por eso, en tono sereno y en medio del repentino silencio, dijo:

—Deja que te haga dos preguntas, padre.

Isaac, que permanecía de pie ante

ella, inmóvil y con los brazos rodeando su cuerpo flaco, contempló el rostro pálido y desnudo de su hija con mirada triste.

—¿Qué preguntas? —Quiso saber. Parecía cansado.

Antes de responder, Chaya inspiró profundamente y miró a su padre directamente a los ojos.

—Ni siquiera tú, que eres mi padre carnal, me has reconocido cuando entraste en la alcoba. ¿Cómo habrían de reconocer los demás lo que realmente soy si viajo con este disfraz?

—¿Y la segunda pregunta?

—¿Qué dirá Mardoqueo Ben Neri cuando vea a su futura esposa con este

aspecto? —contestó Chaya, indicando su rapada y ensangrentada cabeza.

Rouen

Agosto de 1096

Había sucedido algo que Conn jamás creyó posible: había abandonado Inglaterra.

La despedida de su tierra natal fue tan sencilla y modesta como la vida que había llevado allí. Tras pasar unos días en el puerto de Londres, él, Baldric y sus amigos normandos se embarcaron en una nave que los llevó río abajo. Desde

Rochester marcharon hasta Dover, remontando colinas cubiertas de musgo y retamas y recorriendo escarpados acantilados del color del hueso blanqueado por el sol, más allá de los cuales el mar se extendía hasta el horizonte como una amplia franja de un acerado color azul.

Solo de vez en cuando, cuando el cielo nublado dejaba pasar un rayo de sol y la vista se volvía más clara, apenas lograban divisar velos grises en la lejanía dividiendo el cielo y el mar. Era el continente, le habían dicho, aquella región de la cual el Conquistador había partido hacía ya tres decenios para someter Inglaterra a su

ámbito de poder.

Normandía.

Hasta ese momento, Conn no había sospechado cuán infinitamente grande era el mundo más allá de las murallas, los campos y los bosques de Londres. En vista de la oscura tristeza que aún reinaba en su corazón y que lo envolvía como una sombra, todo eso le resultó indiferente. Con Nia a su lado hubiera estado dispuesto a conquistar el mundo... sin ella, todo era triste y vacío, y no sintió la menor emoción cuando en la madrugada del 4 de septiembre se embarcaron en una nave normanda que los trasladó desde la isla al continente.

En medio de la espesa niebla, Conn

vio cómo desaparecían los blancos acantilados de Inglaterra, después el mar gris se apoderó de la embarcación y lo llevó hacia Normandía... y un incierto destino.

Durante el trayecto Conn casi no pronunció palabra. Tras explicarle que no quería un criado que vistiera harapos, mientras aún se encontraban en Londres, Baldric le había comprado pantalones nuevos sujetos bajo los muslos, un jubón de cuero y un manto de lana en cuyo hombro el sastre cosió el símbolo de la Cruz. Envuelto en dicho manto, Conn se acurrucó detrás de la elevada popa del barco, luchando contra el mareo que lo afectó en cuanto la

alargada nave se convirtió en juguete de las olas en alta mar.

En algún momento —Conn ignoraba si debido a la marejada o a las espeluznantes imágenes que no lo abandonaban de día ni de noche— ya no aguantó más y vació el contenido de su estómago en el mar, provocando las risas de Baldric y sus compañeros normandos que, al igual que él, querían unirse a la gran peregrinación como voluntarios.

Entre los acompañantes más fieles del tuerto se encontraba un tal Bertrand, un individuo locuaz de baja estatura pero bastante gordo, conocido por su predilección por la cerveza anglosajona

y que consideraba que era una tragedia no volver a saborearla en mucho tiempo; otro de sus leales era Remy, un auténtico oso cuyo cráneo era tan liso y lustroso como un yelmo de combate y que, a diferencia de su amigo bajo y rechoncho, solo abría la boca cuando no quedaba más remedio.

Desde Valmont, donde la nave atracó sana y salva, siguieron camino hasta Rouen, la vieja capital de Normandía de la cual antaño Guillermo el Bastardo partió para conquistar Inglaterra.

El aspecto de la ciudad impresionó a Conn.

Hasta entonces había considerado que Londres, con mucho la ciudad más

grande e importante del sur de Inglaterra, era la medida de todas las cosas, pero cuando cruzó la enorme puerta de la ciudad de Rouen, provista de una rejilla, comprendió cuán ingenuo había sido. Y aunque al principio se resistió profundamente, también comprendió por qué los señores normandos contemplaban a los habitantes de Inglaterra con tanta soberbia.

En Londres, un edificio de varias plantas era algo tan extraordinario que todos se limitaban a llamarlo la Gran Torre; en cambio en Rouen había innumerables casas de más de una planta que, a diferencia de Londres, no eran de

madera y arcilla sino de piedra. Allí no solo unas cuantas catedrales elevaban sus torres al cielo sino incontables edificios, torres y salas, pero todas palidecían frente a la inmensa fortaleza que predominaba sobre la ciudad como una montaña protectora.

En las calles reinaba un gran ajetreo; casi todas estaban empedradas e incluso cuando llovía ofrecían una superficie segura. En las tiendas, que se apiñaban en las plantas inferiores de las casas, vendían artículos cuya abundancia y variedad le parecieron increíbles a Conn: telas de raros colores y pieles de animales nunca vistos con anterioridad, objetos de cerámica, cestas, piedras de

afilado, herramientas y otros objetos de uso cotidiano; artículos de cuero y de esteatita bien trabajados y también recipientes de cristal de colores; y, por fin, vino y especias que despedían un aroma peculiar, como un primer hálito de esas tierras remotas hacia las cuales los hombres se preparaban para partir.

Resultó que Baldric y su grupo no eran los únicos que habían llegado a Rouen para unirse a la caravana que se dirigía a Tierra Santa. También de otras ciudades de Inglaterra habían acudido voluntarios, a los que se sumaban daneses, flamencos, mercenarios francos y muchos más: una increíble confusión de diversos colores de piel y de cabello,

ropas, cotas de malla y lenguas. No obstante, de algún modo Baldric logró obtener alojamiento en una de las tabernas del centro de la ciudad y, por primera vez en su vida, Conn durmió en una casa de paredes de piedra.

Al principio no logró pegar ojo y era como si estuviera enterrado vivo, pero en poco tiempo se acostumbró. Baldric empezó por indicarle los deberes y las tareas que le corresponderían como criado suyo. Además de encargarse de comprar las provisiones y otras cosas, debía ocuparse de limpiar y reparar su equipo, que se encontraba en un estado lamentable. El yelmo y la cota de malla se habían oxidado, la prenda inferior y

el correaje debían ser remendados en varios lugares. Conn no era un herrero ni un guarnicionero, pero de vez en cuando había observado a los artesanos de Londres en sus talleres, así que trabajó con esmero... aunque con bastante frecuencia Baldric le quitaba la herramienta y le echaba una mano. En compensación por sus servicios, Baldric le enseñó a hablar en francés y a manejar una espada, aunque al principio esta solo era de punta roma y de madera.

Como el normando casi nunca hablaba, la información de la que Conn disponía respecto de su nuevo amo y señor se limitaba a unas cuantas suposiciones. A partir de lo poco que

había averiguado, sobre todo a través de Bertrand, llegó a la conclusión de que Baldric era un noble normando, aunque de rango inferior y por tanto dueño de escasas posesiones. No parecía poseer un feudo propio y, a excepción de su cota de malla y sus armas, su caballo y su silla de montar eran sus únicos bienes. De hecho, parecía un hombre que había renunciado a las cosas terrenales y se había vuelto hacia algo más elevado.

Cuando otros normandos, encabezados por el gordo Bertrand, gastaban su dinero en beber vino y cerveza en las tabernas, Baldric no participaba en sus juergas y aún menos

cuando visitaban los burdeles para — como ellos decían— pecar por última vez antes de que la gran bula les perdonara todo. Y los motivos de su proceder parecían distintos de los de los otros voluntarios llegados de Inglaterra. Mientras que a la mayoría de estos los impulsaba el espíritu aventurero, y la perspectiva de un rico botín los atraía tanto como la de alcanzar el reino de los cielos, en el caso de Baldric parecía tratarse de la salvación de su alma, la que había perdido durante el transcurso de su vida. Con respecto a su pasado, los normandos guardaban silencio pero, de vez en cuando, cuando creía que no lo observaban, Conn notaba que el

rostro de Baldric se ensombrecía. En esos momentos el normando parecía tan perseguido por los fantasmas del pasado como el propio Conn.

Con cada día que pasaban en Rouen el número de cruzados que llegaban a la ciudad aumentaba. Tanto las calles como las tabernas estaban atestadas, la ciudad amenazaba con estallar y los recién llegados se veían obligados a acampar ante las puertas. Los guerreros se apiñaban en los mesones y con frecuencia dos de ellos debían compartir un lecho y ocuparlo por turno durante la primera y la segunda mitad de la noche.

Muchos de los que acudían a la ciudad compraban provisiones y

completaban su equipo, de modo que pronto empezaron a escasear la carne en salazón y las armaduras, que se vendían a precios elevados. Algunos hombres procuraban arreglárselas probando suerte con los dados: jugaban junto a numerosas hogueras, lo que siempre provocaba rencillas y contribuía a aumentar la inquietud febril que ya reinaba en la ciudad.

También Conn se vio afectado.

Debido al ajetreo general y al ruido constante —que tampoco se mitigaba por las noches—, Conn creía encontrarse en un panal lleno de abejas zumbadoras y, pese a su tristeza, se dio cuenta de que la tensión general también

se apoderaba de él y se preguntó qué les esperaba a los cruzados, adónde los llevaría el viaje y qué lugares exóticos y remotos vería con sus propios ojos, lugares que hasta entonces solo conocía a través de relatos.

—¿Lo habéis oído? —preguntó Bertrand cuando al igual que todas las noches se reunieron en la taberna; como siempre, Baldric ocupaba un extremo de la mesa, sumido en el silencio, y Conn se dedicaba a realizar una tarea que su señor le había encargado. Esa noche se trataba de lijar el escudo de madera del caballero, que poseía la típica forma de almendra, y de pulir los herrajes metálicos—. Según dicen, de camino al

sur nos reuniremos con otro ejército, ¡y el mismísimo duque lo encabezará!

—Muy bien —dijo Baldric, sosegado—. Cuantos más guerreros se unan al ejército de Cristo tanto mejor será para nuestra causa.

—Bebamos a la salud del duque —dijo Bertrand y alzó su jarra de madera de la que se derramaba la blanca espuma de la cerveza—. No es cerveza inglesa, pero bueno.

Remy, sentado frente a él, gruñó una réplica incomprensible, luego alzó su jarra y ambos bebieron. En cuanto volvió a dejarla en la mesa, el gigantón se sumió en su silencio habitual mientras Bertrand —cuyos ojitos de cerdo ya

brillaban debido al alcohol— continuó parloteando alegremente.

—En cuanto nos hayamos reunido con el ejército del duque, amigos míos, seguiremos viaje al sur.

Gracias a un dibujo que Baldric realizó para él con un trozo de carbón, Conn se había hecho una idea de dónde se encontraban esas comarcas y ciudades lejanas, pero todavía le parecían remotas e inalcanzables. Tenía la sensación de que en pocas semanas el mundo se había vuelto mucho más grande... y más complicado.

Italia.

Grecia.

Bizancio.

El eco de esas palabras, prometedoras de un exotismo mayor que Conn jamás había experimentado en su vida, resonaba en su cabeza.

—El conde de Flandes también proporcionará tropas y acompañará la campaña militar —dijo Bertrand, prosiguiendo con su discurso—, y al parecer, el conde De Blois también se ha comprometido a participar. Sin embargo —añadió en voz baja y con una sonrisa maliciosa—, ello más bien se debe a la ambición de su esposa. Todos sabemos a quién pertenece la sangre que fluye en sus venas.

Conn no tenía ni idea acerca de lo que insinuaba el normando, claro está,

pero no quería preguntar para no volver a quedar como un mentecato. No obstante, Bertrand notó su ignorancia y como el alcohol ya había aflojado su lengua de por sí locuaz, inició una explicación.

—Nuestro joven anglosajón no sabe de qué estamos hablando, ¿verdad? Bien, mi joven amigo, te lo explicaré. La esposa de Esteban de Blois es nada menos que Adela, una hija carnal del Conquistador... y según dicen, el viejo Guillermo no solo le legó una dote considerable sino también su férrea voluntad —dijo, soltando una risita—. En Blois hay unos cuantos que sienten lástima por el pobre Esteban, porque en

realidad la que lleva las riendas es su mujer. Y todos están de acuerdo acerca de lo siguiente: que fue ella quien insistió en que él participara en la campaña militar para no quedar por detrás de su hermano Roberto.

—¿Roberto? —dijo Conn, aguzando los oídos.

—Claro, el hijo mayor del Conquistador que aún sigue con vida y es el duque de Normandía. Guillermo, su hermano menor también llamado Rufo, ocupa el trono de Inglaterra, algo que incluso cualquier granujilla anglosajón debería saber.

Conn asintió con aire pensativo. Entretanto, conocía al rechoncho

normando lo bastante bien como para no tomarse a mal sus palabras desdeñosas. Aunque Bertrand se jactaba de sus conocimientos en cuanto a la escritura y las lenguas, siempre estaba dispuesto a reírse de sí mismo.

—Desde luego que lo sé —aseguró Conn, esbozando una sonrisa—. Solo me pregunté por qué el rey de Inglaterra no participa en la campaña militar contra los infieles sarracenos.

—¡Pues mira tú! —exclamó Bertrand, y su sorpresa parecía auténtica—. Nuestro joven amigo se interesa por la gran política.

—Eso debería venirte como anillo al dedo —dijo Baldric con una sonrisa

indulgente—. Así podrás seguir hablando y al menos habrá alguien que te escuche.

Algunos de los presentes rieron, incluso el silencioso Remy sonrió, desvelando su dentadura llena de huecos —quizás el resultado de un puñetazo o un garrotazo—. Bertrand parecía un tanto enfadado, pero ello no impidió que continuara con sus explicaciones.

—Has de saber, Conwulf, que el duque Roberto y nuestro rey Rufo nunca se han estimado demasiado. Incluso durante la vida de su padre, Roberto se enfrentó a este varias veces y hasta emprendió guerras contra él, mientras que Rufo permaneció fiel al viejo

Guillermo. En agradecimiento, el Conquistador le concedió la corona de Inglaterra, mientras que Roberto heredó Normandía. Pero aunque ambos hicieron las paces, aún se acechan como lobos hambrientos que solo aguardan el momento de arrancarle la presa al otro.

La comparación hizo sonreír a Bertrand: al parecer, la consideraba bastante lograda... pero solo en ese instante Conn comprendió cuán acertada era.

Debido a los acontecimientos que habían caído sobre él como una tormenta—desde la muerte de Nia y pasando por su huida y su herida hasta el hecho de haberse unido involuntariamente a un

grupo de cruzados y abandonado su tierra natal—, hasta ese entonces no había tenido tiempo ni interés de reflexionar sobre la conversación de la que fue testigo aquella noche. Y lo que había oído en la capilla tampoco había cobrado sentido... pero entonces Conn empezó a comprender las relaciones. De pronto se dio cuenta de por qué querían matarlo a toda costa: ¡no solo se había convertido en testigo de un asesinato planeado sino de un complot!

La increíble conclusión era la siguiente: el rey de Inglaterra planeaba el asesinato de su hermano Roberto, el duque de Normandía, para de ese modo apropiarse de sus posesiones y volver a

unir las de su padre, el Conquistador, bajo una sola corona: la suya. Y nada menos que Guillaume de Rein sería la herramienta para llevar a cabo esa mortífera intriga.

Comprenderlo fue como un garrotazo.

El temor lo invadió, la desagradable sensación de verse envuelto en asuntos que lo superaban por completo. Pero entonces también tuvo claro que el destino le había proporcionado un arma poderosa: precisamente el hombre que había matado a su amada Nia debía convertirse en el asesino del hermano del rey, por encargo de este... ¡y él era el único que lo sabía!

El temor de Conn dio paso a una repentina euforia. Ya no estaba indefenso, disponía de algo en contra de De Rein... pero un instante después su entusiasmo se esfumó: no existía ni la más mínima prueba de lo que había oído así que, ¿a quién darían crédito: a la palabra de un ladrón anglosajón o a la de un noble normando? Y, encima, cuando el propio rey estaba envuelto en el asunto.

Las esperanzas de Conn se derrumbaron con la misma rapidez que habían surgido. Durante un momento sopesó la idea de confiar en Baldric y sus compañeros e informarlos de sus experiencias en Londres, pero descartó

la idea de inmediato.

Es verdad que ya hacía varias semanas que los conocía y había descubierto que no todos los normandos eran esos bastardos engreídos y desdeñosos por los que siempre los había tomado. Pero ¿podía confiar en ellos? Seguro que no. Conn no dudó de que su paciencia para con él acabaría con mucha rapidez si empezaba a acusar al rey o incluso a uno solo de sus leales de un complot de asesinato, sobre todo porque no disponía ni de una sola prueba. Así que debía callar y conservar lo que sabía para sí si no quería que esa información le costara la cabeza.

Guillaume de Rein debía esperar.

De momento.

—¿Qué te pasa? —preguntó

Bertrand sonriendo, quien de pronto había notado la palidez del rostro de Conn—. ¿Es que la cerveza franca es demasiado fuerte para ti?

Conn, que de pronto necesitó respirar aire fresco, asintió y se puso de pie.

—Eh —gruñó Baldric—. ¿Adónde vas?

—Fuera.

—¿Y el escudo?

Conn le alcanzó el pesado escudo y el normando lo examinó.

—Buen trabajo —acabó por elogiarlo—, como siempre.

—¿Así que me dais permiso para retirarme?

—Por supuesto —contestó Baldric en tono un tanto vacilante, como si no hubiera dejado de notar la inquietud de Conn—. Pero no te alejes demasiado, ¿oyes?

Baldric lo contempló con su único ojo y Conn volvió a sospechar que el normando era capaz de percibir lo que le ocurría.

—Ten cuidado, Conwulf, ¿oyes? No todos los guerreros del ejército de Cristo están animados por la misma buena voluntad. Donde hay mucha luz, también hay sombras y, además, tú no estás acostumbrado a vivir en ciudades

de piedra. Aléjate de las callejuelas oscuras.

—Comprendo, señor —le aseguró Conn.

Saludó a Baldric y a los otros con la cabeza y se dirigió a la entrada, una tarea nada sencilla porque la taberna estaba atestada de soldados y donceles apiñados ante las mesas que combatían la inquietud jugando a los dados y bebiendo cerveza espumosa. El ambiente era denso y Conn se alegró de poder abrir la puerta y salir... aunque en la calle el ajetreo no era menor que en el interior.

Hacía un buen rato que había salido la luna, pero la vida en la ciudad no se

detenía ni un instante. No solo las tabernas, también las puertas de las tiendas estaban abiertas de par de par y bajo la luz de las antorchas y las farolas los transeúntes seguían regateando y negociando. «Durante esta campaña militar, al menos los taberneros, los artesanos y los comerciantes de Rouen ya han hecho sus ganancias», pensó Conn.

Procurando encontrar un lugar tranquilo donde poner en orden sus ideas, Conn se dejó arrastrar por la multitud de viandantes. Siguió a un grupo de mercenarios daneses que llevaban sus escudos redondos colgados de las espaldas, alcanzó una plaza

rodeada de casas altas e iluminada por la luz de las antorchas, en cuyo centro se elevaba una fuente rodeada de un muro de piedras naturales. Unos guerreros, que no habían encontrado alojamiento pero que tampoco querían acampar fuera de la ciudad, se habían instalado en los peldaños, rodeados de sus donceles y criados.

Sin embargo, un hombre de tez pálida, nariz aguileña y cortos cabellos rojos tonsurados estaba de pie sobre el muro. El hábito negro de anchas mangas y la capucha terminada en punta indicaban que era un miembro de la orden de los benedictinos. Su mirada expresaba una gran excitación, el

entusiasmo enrojecía sus mejillas hundidas al tiempo que exclamaba en voz alta:

—¡Oídmeme! ¡Todos vosotros que queréis emprender el camino para liberar la sepultura de Cristo de las manos de los infieles! ¡Oídmeme!

Su voz, de un deje muy pronunciado y duro, era lo bastante sonora como para penetrar hasta el último rincón de la plaza y tenía algo a lo que Conn no logró resistirse. Pero a lo mejor solo se debía al entusiasmo del monje que —al igual que muchos otros— hizo que prestara oídos a sus palabras. En toda la plaza, las personas interrumpieron sus actividades, las conversaciones

enmudecieron, las monedas dejaron de tintinear y los dados permanecieron dentro de los cubiletes.

—¡Todos vosotros que os habéis reunido aquí —prosiguió el benedictino —, habéis atendido la llamada de Su Santidad el Papa, que animó a sus muy amados hermanos a asegurar los caminos de los peregrinos y a arrancar Tierra Santa de las garras de aquellos que se apropiaron de esta de manera ilícita!

Aquí y acullá manifestaron su acuerdo y se alzaron puños triunfales hacia el cielo estrellado.

—Pero ¿acaso también sabíais, hermanos míos, que el propio Señor ha

enviado sus señales? —preguntó el monje, dirigiéndose a la multitud.

En busca de aplauso, deslizó la mirada por encima de los hombres y las mujeres, y Conn tuvo la sensación de que también se fijó en él durante un instante. Entonces lo embargó un extraño estado de ánimo. La inquietud que lo atenazaba desde hacía días y la aún latente tristeza se confundieron y dieron paso a una extraña melancolía que acalló sus pensamientos y lo obligó a escuchar las palabras del predicador.

—¿Qué señales? —preguntó un miembro de la multitud.

—Señales muy poderosas y significativas —respondió el monje,

apretando los puños y elevándolos al cielo—, no solo aquí en el continente sino también en Inglaterra y en otras partes del mundo. Hace dos años hubo una terrible hambruna en Borgoña porque durante semanas cayó una lluvia torrencial y destruyó las cosechas. Y mientras las personas elevaban sus plegarias al Señor suplicando ayuda, el mismísimo cielo se convirtió en una pizarra en la que el Todopoderoso escribió su mensaje. ¡Aparecieron cometas, siete cometas que cruzaron el firmamento!

Un murmullo se extendió por la multitud. Con también se impresionó: todos sabían que un cometa siempre era

un indicio de la obra del Señor, pero siete a la vez realmente suponían una señal extraordinaria.

—Y el año pasado —continuó diciendo el monje—, por encima de Inglaterra una luminosidad transmundana inundó el cielo y esta se podía observar hasta en las costas del mar del Norte.

Conn asintió con la cabeza. Él también había oído hablar del supuesto fuego mágico, de llamaradas verdes que presuntamente habían iluminado el firmamento septentrional. En aquel entonces no le dio mucha importancia... pero en ese instante y en ese lugar y debido a esa extraña melancolía que se había apoderado de él, de pronto cobró

un significado mayor.

—Los hombres sabios de toda la cristiandad se reunieron con el fin de debatir acerca del significado de esas señales. Tanto los eruditos como los eclesiásticos consideran que solo existe una única interpretación de dichas señales: anuncian la desgracia que se cernirá sobre nosotros como castigo por haber desatendido nuestros deberes de peregrinos y permitir que los infieles profanen los Santos Lugares. Y solo existe una manera de evitar esa desgracia, hermanos míos: a saber, hacer caso de la llamada de nuestro Santo Padre. ¡Queremos eliminar las manos pecadoras que tocaron la cuna de

nuestra fe y levantar el Reino del Señor en la Tierra! ¡*Deus lo vult*, hermanos míos: es la voluntad de Dios!

A pesar de que era más de medianoche el júbilo estalló en la plaza. Contagiado por el entusiasmo que cada poro del cuerpo del monje parecía rezumar, los hombres y las mujeres profirieron gritos de aceptación y determinación. Hasta Conn descubrió que seguía el ejemplo de los demás, apretaba el puño y lo elevaba hacia el firmamento cuajado de estrellas.

—Dentro de escasos días — prosiguió el benedictino en cuanto los aplausos y los gritos se hubieron apagado ligeramente—, emprenderéis la

marcha, hermanos míos. Entonces quedará demostrado lo que supone vuestra fe. ¿Está roma, como un viejo cuchillo? ¿O es resplandeciente y afilada como una espada recién forjada que arde por acreditarse en la batalla y volver a arrojar a los infieles al oscuro abismo del infierno del cual surgieron?

El júbilo volvió a estallar y Conn se dio cuenta de que soltaba un grito. No sabía a qué se debía pero en ese instante y en ese lugar ya no se sentía solo y abandonado por todo el mundo, sino que formaba parte de algo grandioso y especial. Baldric, su señor, disfrutaba hablando de cosas como la Divina Providencia y la Voluntad de Dios; pero

esa noche, impresionado por el incendiario sermón, por primera vez, Conn tuvo la sensación de percibir las en su propio cuerpo.

—Vivimos en tiempos agitados, hermanos míos. El mundo está cambiando, comienza una nueva era. Que el Señor permita que os mostréis dignos de esta y que el Señor os bendiga a todos para que alcancéis la meta del viaje sanos y salvos, y así os convirtáis en valientes guerreros de Cristo. Amén.

Al final, el monje plegó las manos y dirigió la vista al cielo. Cuando por fin alzó la derecha para hacer la señal de la cruz y bendecir a su público, un temblor recorrió la multitud. Todos se pusieron

de rodillas e inclinaron la cabeza, no solo los que estaban acampados junto a la fuente sino también aquellos de pie al otro lado de la plaza, bajo los salientes y en las bocacalles. Su número no había dejado de aumentar mientras el monje hablaba y todos flexionaron las rodillas, también Conn.

Permaneció arrodillado con la cabeza gacha y mientras oía como el benedictino hablaba del perdón, de la satisfacción y de una vida mejor, por primera vez sintió algo similar al consuelo. Las palabras del monje eran como un bálsamo que acariciaba su alma, su alma que tras días y semanas de sufrimiento por fin hallaba un poco de

paz y Conn no pudo dejar de preguntarse si tal vez Baldric tuviera razón.

¿Es que la campaña militar que emprenderían realmente estaba al servicio de algo sagrado? ¿Acaso cada uno de ellos estaba destinado a algo más elevado? ¿Y de esa manera lograrían liberarse de los demonios que los perseguían?

Conn se sintió invadido por un anhelo.

Quería marcharse lo más rápidamente posible, quería dejar atrás el sucio pasado, las intrigas y los cobardes planes de asesinato y comenzar una vida nueva y más rica. Quizás, al menos eso confiaba, entonces

lograría encontrar la paz.

Lejos del dolor.

De pronto tuvo que pensar en Nia, y en ese preciso instante en el que sus rasgos desfigurados y torturados volvieron a aparecer ante él, también se desvaneció la paz que había experimentado durante un momento y su dolor anterior regresó.

Cuando el discurso del monje acabó este desapareció entre la multitud que volvía a ponerse de pie... mientras que Conn sintió que, una vez más, caía en el mismo abismo oscuro del cual las palabras del predicador lo habían rescatado durante unos momentos. Se puso de pie, tambaleándose y sin saber

qué hacer ni adónde dirigirse. Estaba rodeado de rostros extraños que no le proporcionaron consuelo ni esperanza. Vagó de un lado a otro, inquieto, al tiempo que su dolor aumentaba cada vez más... hasta que por fin comprobó que el origen del dolor no solo era espiritual sino físico y que partía de su brazo izquierdo. ¡El punto en el que se había clavado la flecha y lo había perforado!

Conn bajó la vista y vio que la manga de su camisa estaba empapada en sangre: la herida había vuelto a abrirse.

Caen

Finales de agosto de 1096

Guillaume de Rein estaba invadido por sentimientos contradictorios.

Por mucho que se alegrara de que su madre intrigara contra su padre en las altas esferas y así hubiese logrado imponerse, por otra parte le resultaba sumamente bochornoso que lo acompañara a todas partes. Desde el momento en que abandonaron Londres

—junto con un contingente de guerreros escogidos personalmente por Ranulfo *Flambard*— apenas se había separado de él.

Ya no les permitieron regresar a Northumbria. La única concesión que le hicieron a Renaldo de Rein fue permitirle redactar un escrito en el que le comunicaba a Fitzpatrick, su administrador, que la llamada papal lo había alcanzado y que, con el fin de asegurar sus derechos adquiridos, no le quedaba otra opción que unirse a la campaña militar de los guerreros de Cristo. Nadie sabía lo que ocurriría con aquellos durante su ausencia, por ejemplo si Fitzpatrick sería capaz de

seguir rechazando a los pictos y arrancarle beneficios a las tierras, en su mayoría yermas. A Guillaume eso le resultaba indiferente, pues su interés se centraba en las posesiones del continente que Flambard le había prometido en caso de que lograra cumplir su misión con éxito. Que su padre llorara por los viejos tiempos: el futuro le pertenecía a él, Guillaume.

Navegaron desde Inglaterra hasta Normandía en tres embarcaciones y Guillaume sintió una gran animación cuando, después de tanto tiempo, volvió a pisar las tierras de sus antepasados. Cuando su familia abandonó la antigua patria para servir al rey en la lejana

Northumbria él aún era un niño, pero nunca se había acostumbrado al frío, la niebla y la mugre de la isla y no tenía la menor intención de regresar allí.

La relación entre Renaldo de Rein y su esposa no había mejorado desde aquella noche en la Torre de Londres, una circunstancia que a Guillaume le parecía perfecta.

Ya de niño había sacado provecho de las rencillas de sus padres y siempre se las arregló para asegurarse de la benevolencia de su madre y conseguir que tomase partido por él. Y esa vez también lo consiguió, si bien el precio que tuvo que pagar era elevado y su madre se había convertido en su segunda

sombra.

El único consuelo era que Eleanor no era la única mujer que acompañaba a su esposo y su hijo durante la campaña militar, que los llevaría más lejos y quizá durara más que cualquier otra empresa bélica anterior. En el fondo, incluso el Conquistador solo tuvo que estirar la mano para cruzar el canal hasta Hastings y derrocar al mentiroso rey Haroldo Godwinson. En cambio el viaje a Tierra Santa suponía una aventura que nadie había emprendido en muchos siglos y aunque Guillaume albergara dudas acerca de los fines religiosos de la campaña militar, los políticos prometían ser provechosos.

Que todos esos necios que se habían reunido en Clermont creyeran que su Creador los eligió para cumplir con fines más elevados, que lucharan y murieran tranquilamente por la salvación de sus almas: él, Guillaume de Rein, cuidaría de sí mismo, pues por fin tenía la oportunidad de hacerlo...

—¿Dónde estamos? —preguntó, enérgico, dirigiéndose a su madre.

Durante un rato que le resultó eterno la había seguido a lo largo de galerías subterráneas excavadas en las rocas hacía mucho tiempo, por encima de las cuales se elevaban las murallas defensivas de Caen. Era imposible adivinar su función anterior: si habían

servido de morada, mazmorra o sepulcro. En realidad, a Guillaume le daba igual, solo quería saber dónde se encontraba.

—Ten paciencia, hijo —contestó Eleanor en tono calmo.

Un esclavo llamado Manus avanzaba por delante de ella, un picto que había caído prisionero durante un choque con los bárbaros y que a partir de entonces servía como esclavo. A diferencia de los demás siervos de la casa de De Rein, Manus poseía una característica ventajosa: no tenía lengua. Renaldo de Rein se la había hecho arrancar después de que Manus le lanzara un salivazo y un insulto, y desde entonces siempre lo

escogían a él cuando se trataba de disponer de un ayudante silencioso.

La antorcha que el picto sostenía en sus manos callosas desprendía una luz clara, pero aún no se veía el final de la galería y a cada paso que daban el hedor a moho y podredumbre aumentaba.

—Pero resulta que no tengo ganas de seguir aguardando, madre —dijo Guillaume—. Quiero saber adónde me lleváis de una vez.

—¿Para qué? —preguntó Eleanor.

—Para dejar de sentirme como un niño y poder decidir qué quiero hacer y qué no —replicó Guillaume con orgullo ofendido.

Eleanor ordenó a Manus que

aguardara; ella también se detuvo y se volvió hacia su hijo. A contraluz, el reflejo de la antorcha hizo que su figura flaca con la cabeza cubierta por una cofia resultara aterradora.

—¿Así que quieres decidir por tu cuenta? ¿Como antaño, cuando saliste de caza y casi te hundes en el pantano?

—En aquel entonces era un niño, madre, apenas tenía diez años.

—¿O como en Londres, cuando decidiste dar rienda suelta a tu ira y atacaste y abusaste de una esclava?

—¿De... de una esclava? — tartamudeó Guillaume, creyendo no haber oído bien—. ¿Cómo se os ocurre acusarme de semejante cosa, madre?

—Lo adiviné en tu mirada. Ella ya llamó tu atención en el patio del castillo, ¿verdad? En cuanto llegamos.

—Pero yo...

—No intentes negarlo. Te he dado a luz, hijo, y te conozco mejor que cualquier otro. E incluso si no fuese así... esa noche bastaba con contemplarte para saber que te habías revolcado como un cerdo en el lodo. Puedes darte por afortunado por que el rey sepa apreciar a los jóvenes y que tu rostro le interesó más que el resto de tu aspecto. Porque de lo contrario quizá no estaríamos aquí.

—Yo... yo...

Guillaume buscó una excusa, pero no

se le ocurrió ninguna. Al parecer, su madre era capaz de adivinar sus pensamientos y por tanto se sintió descubierto, impotente.

En vez de replicar, agachó la cabeza y Eleanor le acarició los cabellos con su mano huesuda.

—Eres carne de mi carne, Guillaume—dijo con suavidad—, y solo deseo lo mejor para ti. Pero al menos en este aspecto el barón tiene razón: has de convertirte en un adulto y aprender a cargar con tus responsabilidades.

Guillaume asintió, titubeando y en contra de su voluntad. Estaba harto de que lo regañaran sin cesar y de tener que hacerse responsable de quien era y de lo

que hacía, pero la sensatez le dijo que la obediencia era una necesidad a la que mal que bien debía someterse. Al menos de momento.

—Lo haré, madre —prometió debido a ello—. ¿Pero cómo pretendéis que lo haga cuando ni siquiera sé adónde nos dirigimos?

—A reunirnos con amigos —contestó Eleanor en tono enigmático.

Luego se volvió y siguió avanzando a lo largo de la galería detrás de Manus, que se le adelantó con la antorcha.

—¿Amigos? —insistió Guillaume—. ¿Qué clase de amigos se reúnen en un lugar como este?

—Amigos poderosos.

—¿De veras? Si son tan poderosos e influyentes, ¿por qué se ocultan en un agujero miserable como este?

—Muy sencillo, Guillaume, porque un gran poder también conlleva grandes peligros. Y porque los acontecimientos revolucionarios a menudo se inician en secreto. No debes cometer el mismo error que el barón y menospreciarme.

—No lo hago, madre —se apresuró a asegurar Guillaume.

—¿O acaso crees que el rey te confió esta delicada misión debido a tus méritos?

—Bien, yo...

Ella se detuvo una vez más y se volvió hacia él.

—Lo había planeado todo —dijo, acentuando cada palabra y con mirada elocuente.

—¿Decís que lo habíais planeado todo, madre?

Una sonrisa indulgente se asomó a los labios del Eleanor.

—Sabía desde el principio que el barón jamás aceptaría la propuesta de Ranulfo, ya sea por falso orgullo o por incapacidad de comprender lo necesario. En cambio cifré mis esperanzas en ti, Guillaume... y no me decepcionaste —dijo, dio un paso hacia él y le apoyó una mano en la mejilla como solía hacerlo cuando aún era un niño—. Confío —añadió al tiempo que

sus ojos verdes lo contemplaban con insistencia— que seguirás satisfaciéndome. Piensa en ello cuando cruces esta puerta.

Solo entonces Guillaume notó que la galería había llegado a su fin, y en la penumbra que reinaba más allá de la luz de la antorcha vio que una pesada puerta de roble forjada de hierro sellaba el final del recorrido.

Guillaume notó que el vello de la nuca se le erizaba y un escalofrío le recorrió la espalda, acompañado de cierto temor. No obstante, Eleanor aún no parecía dispuesta a explicarle el motivo de su presencia en ese lugar.

—Ahora tienes que entrar, hijo mío

—susurró—, y hacer lo que te exige el destino.

Antes de perderse en las profundidades de la galería, la voz de su madre retumbó en sus oídos como un eco susurrante. Guillaume dio un paso vacilante hacia la puerta, pero al notar que su madre no se disponía a seguirlo, se detuvo.

—¿No vendréis conmigo? — preguntó.

—Esta vez, no —dijo ella volviendo a sonreír y al igual que antes, su voz era ligeramente burlona—. Mi influencia bastó para abrirte esa puerta, Guillaume, pero como mujer, no tengo derecho a cruzarla.

Guillaume asintió, la idea de gozar de un privilegio lo halagaba y lo tranquilizaba un poco; reprimió el deseo de saber inmediatamente qué se encontraba al otro lado de la puerta y en cambio enderezó su delgada figura, tomó aire, se acercó a la puerta y llamó.

La gruesa madera absorbió el sonido y durante un momento fue como si nadie quisiera abrirla. Luego oyó pasos lentos y una voz apagada preguntó:

—¿Cuál es la contraseña?

—*Missi fato* —contestó Eleanor antes de que Guillaume pudiese decir algo y, atónito, oyó cómo quitaban el cerrojo al otro lado y la puerta se abrió acompañada de un chirrido metálico.

Tras lanzarle una última mirada titubeante a su madre, iluminada por la antorcha que Manus sostenía, entró en el oscuro recinto.

No había avanzado ni cinco pasos cuando la puerta volvió a cerrarse con un sonido apagado, dejando atrás la luz de la antorcha y de pronto la oscuridad lo envolvió. El pánico amenazaba con adueñarse de él y Guillaume se llevó la mano a la espada, aunque en medio de la oscuridad no le hubiese servido de nada.

—Acercaos —dijo una voz desconocida.

Guillaume apretó los puños, presa de una cólera silenciosa en parte dirigida contra su madre por meterlo en

esa situación, pero también contra el misterioso organizador de aquel encuentro, puesto que su único fin parecía ser el de intimidarlo... y para enfado de Guillaume, cumplía con su cometido.

—No veo nada —dijo, indignado, procurando disimular su temor.

—*Beati qui non viderunt et crediderunt* —dijo la voz—, acercaos, Guillaume de Rein.

El enfado de Guillaume aumentó, no porque el misterioso hablador supiese citar la Biblia sino por dirigirse a él por su nombre y porque era evidente que gozaba de más información que él.

Harto del juego del escondite hizo

de tripas corazón y avanzó aferrando la empuñadura de la espada y estirando la otra mano como un sonámbulo que tantea en la oscuridad.

De pronto, antes de que hubiera dado tres pasos, oyó el susurro de una tela pesada y de la oscuridad surgió la luz.

Una mano invisible apartó la cortina que dividía el recinto abovedado, revelando el resto de la habitación iluminada por las antorchas.

Bajo el cielorraso sostenido por vigas de madera ennegrecidas por el hollín se habían reunido ocho hombres y el hecho de que todos llevaran una armadura completa resultaba

sorprendente y también intimidante.

Sus yelmos, que no eran puntiagudos sino en forma de cono, y sus cotas de malla hasta las rodillas pero cubiertas por un manto de lana le hizo pensar que no eran normandos y ello hacía que la situación resultara aún más amenazadora. Guillaume barruntó que más bien se trataba de lotaringios o de provenzales. Los desconocidos caballeros se habían levantado la barbera de los yelmos de malla, de modo que lo único visible de sus rostros eran los ojos que lo contemplaban fijamente. Llevaban cruces cosidas en los hombros, lo que indicaba que participaban en la Cruzada. No llevaban

las espadas colgadas del cinto sino apoyadas en el pliegue del codo, quizá no tanto para indicar su disposición a defenderse sino más bien como símbolo de poder y dignidad.

Guillaume se sentía tan abrumado como intimidado, pero se esforzó en disimular ambos sentimientos. Recordando las palabras de su madre, según las cuales ella cifraba todas sus esperanzas en él, procuró reprimir la idea de emprender la huida.

—Guillaume de Rein —dijo uno de los caballeros que quizá fuese el portavoz; hablaba francés con un deje meridional, confirmando las sospechas de Guillaume sobre su origen—. Según

nos han dicho, deseáis ser acogido en este ilustre círculo.

—Es cierto —contestó Guillaume, cauteloso. ¿Qué otra cosa podría haber dicho?

—¿Con qué derecho lo hacéis? — Quiso saber el portavoz... y Guillaume decidió seguirles el juego a esos hombres.

—Con el derecho de la cuna — contestó en voz alta y tan sonora que el eco rebotó contra la bóveda—. En mis venas fluye sangre aristocrática, mis orígenes son immaculados.

—Eso se corresponde con todos los aquí presentes. Un origen noble no basta para ser acogido en la Hermandad. Es

más importante consagrarse a nuestra causa con toda el alma y todo el corazón.

«¿Hermandad?».

«¿Nuestra causa?».

Las preguntas revoloteaban en torno a Guillaume como moscas fastidiosas, pero no obtuvo respuesta. ¿Adónde, por todos los diablos, lo había enviado su madre? ¿Quiénes eran esos caballeros?

—Nadie que cruza esa puerta — prosiguió el embozado en tono apenas más conciliador que antes— lo hace de un modo irreflexivo o sin estar preparado para ello. Vuestra madre nos ha informado de que sois un hombre muy valiente y virtuoso, Guillaume de Rein,

y que vuestro mayor deseo es servir a vuestra fe con todas vuestras fuerzas y capacidades.

—También eso es cierto —contestó Guillaume, mintiendo, esa vez sin dudar... al tiempo que se preguntaba si su madre aún estaría en su sano juicio, pues a fin de cuentas lo conocía lo bastante bien como para saber que no daba ni un penique por la santurronería de los sacerdotes y que no participaba en ese peregrinaje para honrar a Dios sino únicamente para cumplir con el encargo del rey.

Ya de muchacho había sacado mayor provecho de las enseñanzas de Epicuro que de las de la Estoa, adoptadas por

Agustín y otros padres de la Iglesia. Aunque se había criado en el límite exterior de la civilización, su madre se había encargado de que no solo aprendiera a manejar las armas sino también de que adquiriese conocimientos de la escritura y de la lengua latina y griega, y también nociones de la historia espiritual de Occidente. Sin excepción, sus maestros fueron monjes de los conventos vecinos obligados a pagarle tributos a su padre, pero Guillaume no les agradeció los esfuerzos que los *paters* dedicaron a su formación. Su modo de pensar pragmático y centrado en obtener ventajas encontró escasa inspiración en

las enseñanzas eclesiásticas, pero sí en el aprendizaje de la historia. En algún momento les dijo a sus maestros que ya no podían enseñarle nada que él no supiera, y que más que seguir los pasos de Agustín, prefería seguir los de Augusto. A partir de ese día comenzó a confeccionar su propia fe en la que la Santísima Trinidad solo jugaba un papel subordinado y cuyo centro estaba ocupado por una única persona: Guillaume de Rein.

Su madre siempre lo había apoyado... incluso lo había convencido de que estaba destinado a alcanzar metas más elevadas, que su sino era algo muy especial. En cambio, su padre siempre

lo había tratado como a un siervo, con desprecio y sin la menor consideración. Guillaume había crecido en medio de esa contradicción y esto le había dado alas pero también supuso un impedimento; sin embargo, en el presente, los pronósticos de su madre finalmente parecían cumplirse y a Guillaume le daba igual con quién se veía obligado a pactar o qué juramentos debía prestar para que se cumplieran...

Entonces el caballero embozado volvió a tomar la palabra.

—Muchos desean incorporarse a nuestras filas, pero muy pocos están preparados para hacerlo. Pertenecer a nuestra comunidad exige más de lo que

la mayoría está dispuesta a sacrificar. ¿Tenéis una idea precisa de lo que hacemos? ¿De en qué consiste nuestra misión secreta?

—Bien, he oído algo, pero...

—La Hermandad exige entrega y disposición al sacrificio. Favorece y protege a los suyos, pero su meta principal es la búsqueda.

—¿De qué?

—Sobre todo de la satisfacción que cada uno de nosotros confía en encontrar. Sin embargo, también de aquellos trozos que se perdieron cuando las manos profanadoras de los infieles se apoderaron de los Santos Lugares, en los cuales, más que en cualquier otra

posesión terrenal, se manifiesta la presencia de Dios: las Sagradas Reliquias.

—Las... las Reliquias —repitió Guillaume.

Era increíble: ¡su madre lo había enviado a un grupo de fanáticos religiosos!

—Los misterios de la fe —dijo el portavoz, expresándolo con otras palabras.

—Habláis... habláis de...

—... de los cimientos materiales sobre los que se apoya nuestra fe. De aquel cáliz que el Señor tendió durante la Última Cena y que tantos ya han buscado; de la Cruz en la que lo

crucificaron y que se convirtió en nuestra salvación y de la lanza que el comandante romano le clavó en el cuerpo.

—¿Y vosotros creéis que esos objetos pueden encontrarse? —preguntó Guillaume, que ya no logró disimular su desconcierto y tampoco sus dudas.

—Gracias a unas fuentes confiables sabemos que existen y que aún se encuentran en Tierra Santa. Nuestro deber consiste en arrancárselos a los infieles y devolvérselos a la cristiandad, no solo para alcanzar nuestra propia gloria sino por la gloria del Señor. Pero intentad imaginaros, aunque solo sea durante un instante, la recompensa que

les aguarda a quienes encuentren dicho legado terrenal y lo recuperen en nombre del Señor... y con ello demostrar a todo el mundo que nuestra fe es la única verdadera fe y próxima al reino de los cielos.

Guillaume se quedó de piedra.

Si bien lo que lo excitaba era más bien la recompensa de este mundo y no la del inmortal, no cabía duda de que el embozado tenía razón. Si una única llamada papal causaba semejante alboroto tanto entre los nobles como entre el pueblo llano, entonces una reliquia sagrada se convertiría en una prueba fehaciente de que su esperanza no era vana y animaría la fe de esos

pobres necios. Serían como marionetas en las manos de quien supiera hacer un uso adecuado de semejante artefacto; no solo ejercería su influencia sobre los poderosos de la tierra sino también sobre aquella Iglesia. Se le abrirían puertas de costumbre cerradas, quizás incluso en la lejana Roma.

Las oportunidades que ofrecían esas fantasías fascinaron a Guillaume y de pronto comprendió por qué su madre lo había conducido a ese lugar y había hecho valer su influencia para presentarlo ante la Hermandad. Por segunda vez y en un lapso muy breve, le proporcionaba la oportunidad de incrementar su poder y su influencia de

manera inesperada, como si ya lo hubiese planeado todo con mucha antelación. Que hubiera obrado en secreto y hubiese permitido que hombres como Renaldo de Rein o Ranulfo *Flambard* continuaran engañándose con la idea de que ellos eran quienes lo manejaban todo lo consternó, pero también lo llenó de admiración.

Comprendía que esa alianza no solo proporcionaba ventajas, desde luego, sino que la Hermandad también albergaba expectativas que querían ver satisfechas a través de su intervención, pero era indudable que se le ofrecía otra posibilidad de crecer, y entonces Guillaume finalmente supo qué debía

hacer para sacar provecho de dicha posibilidad.

—Una tarea sagrada, por cierto, y estoy más que preparado para llevarla a cabo —dijo en tono solemne.

—¿Y también estáis preparado a jurarlo y prestar el juramento de la Hermandad?

—Lo estoy —aseguró sin vacilar.

—Entonces, desenvainad vuestra espada, caballero —dijo el embozado, y Guillaume aceptó el reto. Sostuvo el arma con la punta hacia abajo y cogió la hoja por debajo de la virola de manera que pareciese una cruz.

—¿Juráis por vuestra fe que de aquí en adelante dedicaréis toda la vida,

todas vuestras fuerzas y vuestra espada a la búsqueda?

—Lo juro —declaró Guillaume.

—¿Además, juráis guardar silencio sobre la existencia de esta Hermandad y no romper dicho silencio incluso si vuestra vida corre peligro?

—También lo juro.

—¿Y estáis dispuesto a prometerle lealtad a vuestros compañeros de armas, y también a vuestra fe y a vuestro Dios?

—Lo prometo.

—Entonces recibid la señal que os convierte en uno de los nuestros, Guillaume de Rein —dijo el portavoz y dio un paso a un lado, revelando una cesta de hierro forjado que, para horror

de Guillaume, estaba llena de carbones encendidos en cuyo resplandor rojizo estaba clavado un hierro.

Sin inmutarse, el embozado volvió a envainar su espada y cogió el hierro. Presa del espanto, Guillaume notó que en la punta del hierro candente había dos barras en forma de cruz.

¡Era un hierro para marcar!

Dio un paso atrás, pero solo para constatar que dos de los embozados habían abandonado sus puestos y se habían situado a sus espaldas. La mirada de sus ojos asomados entre el borde del yelmo, la visera y la barbera no revelaba sus sentimientos, pero era evidente que estaban allí para

recordarle, en caso de que resultara necesario, el carácter definitivo del juramento que acababa de prestar.

La respiración de Guillaume se agitó y dirigió una mirada angustiada al portavoz que se acercaba con el hierro candente en la mano.

—Desnudad vuestro brazo derecho, caballero.

Guillaume notó que el sudor le cubría la frente y, desesperado, miró a derecha e izquierda buscando una salida, una manera de ahorrarse esa tortura... pero no encontró ninguna. Dijera lo que dijese, hiciera lo que hiciese, solo lograría minar su credibilidad. Así que tanto si le placía

como si no, tendría que atenerse a su decisión, al menos en esa ocasión.

Aunque procuró que no notaran su temor, sus manos temblaban cuando estiró la derecha y se remangó la manga bordada de la túnica, bajo la cual apareció su piel blanca y desnuda, cubierta de pequeñas gotas de sudor, y que, anticipándose al dolor, ya estaba sembrada de manchas rojas.

El hombre que sostenía el hierro se colocó delante de él. Su mirada escrutadora era tan penetrante que Guillaume creyó que le perforaría la cabeza.

—De hermano a hermano —declaró el embozado.

—De hermano a hermano —repitió Guillaume pese a que hubiera preferido escupirle a la cara por lo que estaba por hacerle.

Evitó volver a mirar su brazo y clavó la vista al frente. Notó que la mano enguantada del desconocido aferraba la suya, aguardó durante un espantoso instante... y entonces llegó el dolor acompañado por un chasquido y el olor repugnante de la piel abrasada.

Guillaume hubiese querido soltar un alarido de dolor y de rabia, pero en su lugar apretó los dientes y los labios hasta que su boca se volvió una línea pálida y delgada, pero no pudo evitar que sus ojos se le llenaran de lágrimas.

El dolor era tan intenso que creyó perder el conocimiento, pero para su decepción no fue así. Se obligó a bajar la vista y contemplar la herida aún humeante que le había causado el embozado y que a partir de entonces quedaría grabada en su antebrazo para siempre.

El símbolo de la Hermandad. Una cruz cuyos cuatro brazos iguales se ensanchaban hacia los extremos.

—*Signum quaerentium* —declaró el embozado.

Guillaume asintió con la cabeza.

El signo de los Buscadores.

Se restregó las lágrimas y el sudor del rostro con la izquierda, el corazón le

latía como un caballo desbocado y sentía ganas de vomitar, pero también alivio... y orgullo: la satisfactoria sensación de haber acabado lo empezado.

—Bien —dijo el caballero portavoz que lo había marcado con el hierro candente.

Volvió a clavar el hierro en la cesta y entonces él y los demás se quitaron la capucha de cota de malla que les cubría la cara y pusieron fin a la mascarada. Como Guillaume se había convertido en uno de los suyos, ya no resultaba necesario ocultar sus rostros.

Bajo el yelmo de su torturador apareció un semblante de rasgos

proporcionados, ligeramente bronceado; una corta perilla enmarcaba la parte inferior. Los labios delgados esbozaron una sonrisa y le lanzó una mirada desafiante con sus ojos oscuros que revelaban su origen meridional.

—Eustacio de Privas —se presentó y con ello confirmó la suposición de Guillaume de que se enfrentaba a nobles del sur. El caballero tendría unos diez años más que él y, aunque su sonrisa se ensanchó y parecía ofrecerle amistad, Guillaume no pudo evitar verlo como un competidor.

Por el poder.

Por la influencia.

Por la riqueza y la gloria.

Sin embargo, él también le sonrió.

—Os agradezco, hermano Eustacio, el favor que me habéis hecho... y a los juramentos que ya he prestado añado uno más: juro que jamás olvidaré lo que hicisteis.

Vienne

Septiembre de 1096

Las cosas habían ocurrido tal como había pronosticado el locuaz Bertrand. Pocos días después de que Conn escuchara el apasionado sermón del monje pelirrojo junto a la fuente, abandonaron Rouen. El ejército se había reunido con la fuerza principal de Caen, encabezada personalmente por el duque de Normandía. Claro que Conn no vio al

hijo del Conquistador y tampoco a su cuñado Esteban de Blois o a alguno de los demás señores importantes que más adelante se unieron a ellos durante el transcurso de la marcha, pero estaba más que impresionado por el tamaño que, tras solo unos días, el ejército había alcanzado.

La vanguardia, que los diferentes grupos del ejército ocupaban por turno, cabalgaba en cabeza de la enorme formación que avanzaba hacia el sur como un gigantesco dragón. Le seguía el contingente principal del ejército, los terratenientes y nobles con sus caballeros y sus vasallos. No existía un orden fijo; quién marchaba en qué lugar

dependía del rango ocupado por cada uno de los señores en la jerarquía de la campaña militar. Por supuesto que quien los encabezaba era el duque y sus fieles, seguidos por su cuñado y también por un contingente de caballeros flamencos bajo el mando del conde de Flandes, también llamado Roberto, cuya riqueza era tan legendaria que, según se rumoreaba, había pagado el ejército de sus hombres de su propio bolsillo.

A los comandantes del ejército les seguían sus vasallos, encabezados por los jinetes y después la infantería. En alguna parte, en medio del inabarcable pelotón formado por cotas de malla y lanzas cargadas al hombro, de cuyas

puntas ondeaban banderas multicolores, también marchaban aquellos guerreros normandos que se habían unido al ejército desde Inglaterra y con ellos también el valiente Baldric, el parlanchín Bertrand, el silencioso Remy y Conn. A su vez, al contingente principal le seguía un grupo interminable de carros arrastrados por bueyes y en el que —además de cocineros, herreros, guarnicioneros y carpinteros— también había innumerables mujeres y niños. En vista del hecho de que la campaña militar indudablemente duraría varios meses y tal vez años, muchos guerreros optaron por llevarse a su familia durante el largo

viaje. También numerosas mujeres de la nobleza acompañaban a sus esposos, todas a caballo, y rodeadas de un grueso cordón de hombres armados encargados de que ninguna mirada anhelante de un soldado raso se posara en las señoras y sus doncellas. A ello se añadían monjes, *fratres* y hermanos laicos que también habían decidido seguir la llamada a Tierra Santa y obtener la salvación de su alma ya en vida.

La experiencia de la larga marcha suponía una novedad para Conn, pero, agradecido, se dio cuenta de que debido a los esfuerzos y la uniformidad de cada uno de los días transcurridos, su pena y su dolor quedaron en segundo plano. Ya

antes de la salida del sol sonaba la diana y había una comida que, dependiendo de si uno estaba al servicio de un señor pobre o de uno acaudalado, resultaba abundante o escasa. Aunque Baldric no parecía especialmente pudiente y solo poseía un único caballo, siempre se encargaba de que el estómago de Conn estuviera lleno y que conservara sus fuerzas. Después se iniciaba la marcha diaria, solo interrumpida brevemente a mediodía cuando el sol alcanzaba el cenit.

Cuanto más al sur avanzaban tanto mayor era el calor, de modo que las colinas de Francia se convirtieron en la primera piedra de toque del ejército de

los cruzados, pues así habían empezado a llamarse. Pero todavía reinaba el buen humor; en cuanto amainaba el calor diurno a menudo entonaban canciones, casi todas de contenido religioso pero de vez en cuando otras, para disgusto de los eclesiásticos que acompañaban el ejército.

Montaban el campamento nocturno antes del ocaso y cada guerrero debía ocuparse de encontrar su lugar de pernoctación. Casi todos dormían al aire libre, lo cual no resultaba problemático gracias al clima benigno de finales del verano; en cambio, los guerreros más acaudalados y sus familias dormían en tiendas montadas por sus criados o se

albergaban en aldeas y granjas vecinas, cuyos habitantes originales o les cedían voluntariamente sus viviendas o bien eran expulsados sin más trámite.

Conn se hubiera dado por satisfecho de tumbarse en su lecho tras la cena, consistente en pan, queso y un trozo de carne salada, envolverse en su manta y dormir... pero Baldric no se lo permitía. Por una parte siempre había tareas que Conn había pasado por alto, como rellenar los odres de agua, alimentar y abreviar a los caballos o reparar las ropas y el equipo. Por la otra, al normando también parecía habersele metido en la cabeza aprovechar el tiempo anterior a la llegada a Tierra

Santa para convertir a Conn en un espadachín medianamente aceptable.

—Alza el escudo —ordenó en tono brusco mientras ambos se enfrentaban iluminados por las antorchas encendidas, en la cima de una colina a cuyos pies se extendía el campamento—. ¿O acaso te empeñas en perder la dentadura?

Para subrayar su advertencia, el normando trazó un círculo con su espada, tan rápidamente que Conn apenas tuvo tiempo de reaccionar. Logró alzar el escudo un poco, para al menos proteger su mentón, pero no bastó para desviar el golpe de Baldric. El arma rozó el borde superior del escudo y

Conn pudo darse por afortunado de que no fuese de afilado metal sino solo de madera. Le propinó una buena bofetada, pero no le separó la mejilla del mentón.

Sin embargo, el dolor fue considerable y durante un momento Conn vio las estrellas; se esforzó por ponerse fuera del alcance de su adversario y retrocedió unos pasos, pero como ya había oscurecido y las antorchas clavadas en el suelo solo proporcionaban una iluminación escasa, no se percató de un hoyo en el suelo fangoso y perdió el equilibrio. Soltó un grito ahogado, cayó hacia atrás, y aterrizó sobre el trasero en medio de un charco; el lodo salpicó a diestra y

siniestra. La capucha de hierro que llevaba en la cabeza se deslizó hacia delante y lo cegó, de modo que Conn se sintió como un perfecto idiota. Empujó el yelmo hacia atrás... solo para comprobar que la punta de madera de la espada de Baldric ya se encontraba encima de su garganta.

—Si esta fuese una espada de verdad, muchacho —gimió el normando y puso su único ojo en blanco—, y yo fuera un auténtico adversario ya estarías ante tu Creador.

—Lo sé —admitió Conn, compungido.

—Pero nuestro cabezota anglosajón no abandonará, ¿verdad? —exclamó

Bertrand, soltando una risotada.

Estaba sentado en un tronco de árbol junto a Remy, tallando un caballito de madera como solía hacer con frecuencia. El normando tenía cierto talento para manejar el cuchillo y darle forma a un trozo de madera: las espadas con las que practicaban también eran obra suya. Acostumbraba a regalarles las pequeñas figuras que tallaba a los niños campesinos, en cierto sentido como consuelo después de que los soldados del duque arrastraran un saco de trigo tras otro de los graneros de sus padres.

Conn le lanzó una mirada de soslayo y, en respuesta a su pregunta, sacudió la cabeza con aire tozudo.

—¿Quieres intentarlo tú, Bertrand?

—preguntó Baldric—. Empiezo a cansarme de enseñarle lo mismo una y otra vez.

—No, déjalo —contestó el otro y alzó la talla y el cuchillo—. Estoy ocupado en otra cosa. Pero, al parecer, Remy está muy ansioso por enseñarle algo a nuestro novato.

Eso era una mentira, pues la expresión del silencioso gigantón era la misma de siempre. No obstante, se puso de pie con una sonrisa desdentada y avanzó, dispuesto a reemplazar a Baldric.

—Toma —dijo este y le entregó la espada de madera a Remy—, pero no le

des demasiado duro. A fin de cuentas, aún es un...

Pero antes de que pudiera acabar la frase, Remy arremetió contra Conn sin refrenarse, a fondo y con tanta violencia como si se tratara de partirle el cráneo a un jabalí. Conn, todavía acurrucado en el suelo, vio cómo la espada descendía siseando y lo único que pudo hacer fue agacharse tras el escudo... que un instante después vibró bajo el golpe y casi al mismo tiempo Conn sintió dolor en el brazo izquierdo: la vieja herida volvía a abrirse.

Deslizándose en el barro sobre el trasero, se puso fuera del alcance de Remy, que había golpeado con todo el

peso de su cuerpo y tardó un momento en recuperar el equilibrio de su corpachón. Conn se puso en pie de un brinco y adoptó una posición defensiva, tal como Baldric le había enseñado: se cubrió el cuerpo con el escudo y alzó la espada.

—Muy bien —lo elogió su señor—. Observa sus movimientos. Un guerrero tan corpulento como él debe desplazar el peso antes de volver a atacar.

Conn dio lo mejor de sí mismo... pero se dejó engañar por la finta de su adversario. Con una destreza casi inconcebible en un gigante como él, Remy simuló otro cintarazo, Conn alzó el escudo y otra punzada de dolor le

atravesó el brazo. Pero Remy cambió la dirección del ataque y arremetió de manera inesperada. Si Conn no hubiese reaccionado con la velocidad del rayo, el combate habría vuelto a terminar. Alzó su espada y detuvo el golpe y se lanzó al ataque, pero su experto adversario lo esquivó.

Con una ligereza que parecía contradecir su enorme figura, Remy bailoteó a un lado y le asestó otro cintarazo a Conn que este detuvo con el escudo pese a su brazo dolorido, pero la violencia del impacto fue tan grande que volvió a trastabillar.

—¡Remy! —gritó Bertrand desde una distancia segura—. No es necesario

que mates al palurdo de nuestro amigo para enseñarle algo, ¿me oyes?

Conn quiso replicar, pero el otro ya volvía a golpearlo. Detuvo el cintarazo con la espada de madera, pero esta se partió. Remy soltó un jadeo desdeñoso y se dispuso a asestarle el golpe final.

—¡Alza el escudo! ¡El escudo! — rugió Baldric y Conn quiso obedecer... pero su brazo se negó.

Lo único que sentía era dolor y el escudo se volvió tan pesado como si fuera de plomo. En vez de levantarlo, Conn lo dejó caer y un instante después la espada de Remy golpeó contra su yelmo con tanta violencia que el metal se abolló y fue como si le hubieran

arrancado la cabeza.

Conn se desplomó, y el hecho de que se aferrara al escudo cuya punta inferior estaba clavada en la tierra blanda no evitó que, un instante después, volviera a encontrarse en el suelo, provocando las risas de Bertrand y Remy, risas que parecían el berrido de un ciervo en celo, y también el enfado de Baldric cuyo rostro se inclinó por encima de él.

—¿Qué significa esto? —preguntó el normando—. ¿Es que no oyes lo que te digo? ¿Acaso insistes en que el primer sarraceno con que te cruces te mate?

—Per... perdonad, señor —fue lo único que Conn logró balbucear, impedido por el golpe en el cráneo y

también por el tremendo dolor en el brazo.

Soltó el escudo y lo dejó caer; la manga de su túnica estaba empapada de sangre y las gotas se deslizaban por encima de la cota de malla que Baldric le había comprado.

—¡Santo cielo! —exclamó el normando, se sentó junto a él y le examinó el brazo—. La herida ha vuelto a abrirse —constató y la olfateó—, y además está supurando.

—Sí, señor.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Porque quería aprender —se limitó a replicar Conn y cosechó una mirada que, a juzgar por lo que notaba,

expresaba perplejidad, cierta reprimenda pero también un rastro de orgullo—. Y porque no hubiese cambiado nada, ¿verdad?

—Sí, tienes razón —contestó Baldric en tono brusco—. Una herida no es una excusa para una mala pelea. Si quieres sobrevivir a los combates que nos esperan, debes seguir entrenándote.

—Sí, señor.

Conn estaba a punto de desmayarse de dolor.

—Pon orden aquí, luego iremos con los monjes, a lo mejor pueden hacer algo por ti —dijo, introdujo la mano en el talego colgado del cinto y extrajo una moneda de plata—. Dales esto.

Fomentará su disposición a prestarte ayuda.

—¿Como pago? —preguntó Conn, sorprendido.

—Como limosna —dijo Baldric, esbozando una sonrisa.

—Os lo agradezco, señor.

—No hay de qué. Y ahora ponte a la tarea.

El normando se volvió abruptamente, pero a Conn no se le escapó la mirada de soslayo que le lanzó a Bertrand y que este le devolvió con cierta preocupación. Conn supuso que se trataba de su brazo, tal vez sabían algo que no querían decirle o al menos lo sospechaban. Pero tampoco tuvo

ganas de hacerles preguntas.

En su lugar, recogió su escudo, la otra espada de madera y los restos de la suya del suelo, después apagó las antorchas. Una vez que hubo transportado todo hasta el campamento, quiso dirigirse a los monjes cluniacenses acampados cerca de allí.

—Aguarda, mi torpe amigo —gritó Bertrand, que había terminado la talla y la había guardado en el saco que colgaba de su cinto—, iré contigo.

Sin habérselo pedido, de pronto Conn se vio acompañado por el normando charlatán.

—¿Te duele mucho? —Quiso saber Bertrand en un tono tan serio que Conn

se inquietó.

—Es soportable —dijo entre dientes.

—El bueno de Remy es un buen muchacho —dijo Bertrand, tratando de animarlo—, pero tan sensible y delicado como el perro de un verdugo, ¿no?

—Así es —contestó Conn, sonriendo sin ganas.

Ambos cruzaron el campamento pasando junto a hombres de aspecto fatigado sentados en torno a pequeñas hogueras y comiendo los escasos alimentos que les habían proporcionado. Tras la puesta del sol había refrescado bastante y el viento soplaba desde las montañas cercanas. La niebla se había

formado en las hondonadas y se extendía por encima del campamento. Contra el fondo formado por árboles nudosos que ya habían empezado a perder las hojas y las sombras agitadas, proyectadas por las innumerables hogueras, se había generado un estado de ánimo opresivo que no tardó en extenderse. Nadie entonaba canciones ni decía una palabra. Todo el campamento parecía hundirse bajo una capucha de niebla y oscuridad, apartado del mundo y del tiempo.

—Está claro que esta región es lóbrega —protestó Bertrand y cruzó los brazos para entrar en calor.

—¿Qué está claro? ¿A qué te refieres?

—La ciudad situada allí abajo es Vienne —dijo Bertrand, señalando en dirección al este del campamento.

—¿Y qué? —preguntó Conn, arqueando las cejas.

El normando rechoncho volvió a poner los ojos en blanco y se pasó la mano por el desgredado cabello.

—¡Válgame Dios! ¿Dónde has estado viviendo hasta ahora?

—En la calle —replicó Conn sin faltar a la verdad.

—Ah, comprendo. Pues escucha, ignorante Conwulf: Vienne era la ciudad natal de Poncio Pilato, que era gobernador de Judea en la época en la que Jesucristo Nuestro Señor obraba

allí... y bajo cuyo gobierno fue cruelmente ejecutado.

Conn tragó saliva. Era analfabeto y por tanto tampoco pudo leer la Biblia, pero a menudo había escuchado las palabras de predicadores errantes y hermanos laicos que acudían a Londres con el fin de informar al pueblo llano de las buenas obras de Cristo, de su muerte y su resurrección. Y también conocía el papel jugado por Poncio Pilato, claro está, aquel romano tan vanidoso como débil que se lavó las manos. Pero que él mismo se encontrara en el lugar del cual Pilato era originario hacía que los acontecimientos resultaran mucho más inmediatos, y de pronto Conn se

preguntó qué ocurriría cuando llegara a Tierra Santa, que había sido el escenario de todos esos maravillosos sucesos.

—Según dicen, más adelante Pilato regresó a su ciudad natal, pero ya no halló la paz. Afirman que abandonó Vienne y vivió una existencia pobre y solitaria en las montañas, donde por fin murió. Aquella elevación de allí — prosiguió Bertrand, indicando la negra cima de una montaña que en medio de la niebla apenas se destacaba contra el oscuro cielo— lleva su nombre.

Conn se estremeció.

—¿Cómo sabéis todo eso? — preguntó, intentando cambiar de tema.

—¿Cómo? Pues gracias a los libros

—dijo el normando, como si fuera lo más natural del mundo—. ¿Es que no sabes leer?

—Naturalmente que no —dijo Conn, sacudiendo la cabeza.

—Eso no tiene nada de natural. Puede que las cosas fueran mejor en este mundo si todos supieran leer y escribir y así pudieran aprender a través de los errores del pasado. Pues hay muchos libros, Conwulf, no solo aquellos en los que figuran las obras maravillosas de nuestro Señor, sino también otros muy antiguos. Libros de historia, conservados en las bibliotecas de los conventos.

—Comprendo —dijo Conn.

—¿Quieres aprender? —preguntó Bertrand de repente.

—¿Aprender qué?

—A leer, por supuesto, pedazo de tonto. Podría enseñarte.

—Gracias, pero ya he de cargar con las enseñanzas del señor Baldric.

—Te exige un gran esfuerzo, pero eso es bueno porque en la batalla no existen adversarios compasivos, sobre todo cuando uno lucha contra los sarracenos. Pero dada la situación —dijo Bertrand, echando un vistazo al brazo de Conn—, creo que tendrás que abandonar la práctica con la espada durante un tiempo... y podrías aprovecharlo aprendiendo a leer y

escribir. Oye, burro, ¿me estás escuchando?

La pregunta estaba justificada porque Conn se había detenido repentinamente y apenas prestaba atención a las palabras de su acompañante normando.

Un poco más allá, a escasa distancia, había divisado un jinete sentado en su silla de montar: erguido, con un resplandeciente yelmo en la cabeza y un manto ricamente bordado sobre los hombros, el guerrero ofrecía un curioso contraste con las figuras encorvadas y exhaustas acurrucadas en el suelo. Pero había algo más que llamó la atención de Conn, pues bajo el yelmo

del caballero asomaba una larga cabellera rubia y los rasgos pálidos de nariz puntiaguda y el pronunciado mentón eran tan notables que Conn estaba seguro de conocer a ese hombre... pero ¿de dónde?

Reflexionó febrilmente al tiempo que el jinete hablaba con un soldado de pie ante él con actitud sumisa. Cuando Conn vio el brillo de sus ojos verdes en los que se reflejaban las llamas de la hoguera de súbito recordó dónde se lo había encontrado.

Un dolor agudo le recorrió el brazo y también el corazón. El recuerdo provocado por el aspecto del desconocido lo volvió a arrastrar hasta

la noche de la muerte de Nia. Mientras huía desesperadamente, poco antes de saltar de las almenas del castillo al río, se había enfrentado a un joven caballero de semblante pálido y rasgos afilados en el adarve, cuyos ojos verdes le habían lanzado una mirada llena de odio... ¡y estaba convencido de que se enfrentaba precisamente a ese caballero!

—¡Perro miserable! —De Rein le espetó al soldado—. ¿Acaso no te dije que montaras mi tienda? ¡En cambio estás ahí tumbado, descansando con los demás inútiles!

—Perdonad, señor —replicó el soldado que había bajado la cabeza respetuosamente y parecía temer al

hombre más joven—, pero el barón De Rein nos dio permiso...

¡De Rein!

La mera mención de ese nombre bastó para que Conn diera un respingo, como si hubiese recibido un cintarazo, y Bertrand, el campamento y todo lo demás que lo rodeaba parecía haber desaparecido tras una pared. Solo veía al joven montado a caballo y su voz penetró en sus oídos con la misma claridad que si estuviera a su lado.

—No me interesa lo que mi padre os ha permitido. Primero habéis de cumplir con vuestros deberes antes de apoyar vuestros traseros en el suelo, ¿me habéis comprendido?

—Como queráis, señor Guillaume
—contestó el soldado y parecía dispuesto a ponerse de rodillas, pero el otro no lo notó. Alzando la cabeza cubierta con el yelmo hizo girar su caballo relinchante y se alejó sin dignarse mirar a sus subordinados.

Durante un instante, Conn permaneció inmóvil, pero sin despegar la vista del jinete. Después se llevó la mano derecha al cinto del que colgaba el puñal, aferró el mango y lo extrajo.

¡Ese era Guillaume de Rein! ¡El hombre que había matado a Nia y destruido su vida!

Las llamas de un odio jamás experimentado con anterioridad

abrasaron su corazón y lo devorarían si no actuaba de inmediato.

Conn quiso echar a correr tras el jinete, clavarle el puñal en la espalda y acabar con su vida pecadora, como aquel había acabado con la de Nia. En ese momento Conn no pensó en las consecuencias, solo quería cumplir con el juramento de venganza que había prestado junto al cadáver de su amada... pero de pronto una mano lo aferró y lo detuvo.

—¿Adónde vas, mi impetuoso amigo? —dijo alguien a su lado.

Entonces Conn se volvió y contempló el rostro de Bertrand, que lo observaba con una mezcla de inquietud e

impaciencia y aferraba su brazo derecho ileso.

—¡Suéltame! —gritó Conn, furioso.

—¿Para qué? —preguntó el normando sin inmutarse—. Me parece que esto no acabará bien.

—¡Me da igual! —gritó Conn en voz tan alta que los hombres sentados en torno a las hogueras se volvieron hacia él y otros que ya se habían dormido despertaron soltando maldiciones—. Ese cerdo...

—No le harás nada a ese cerdo —lo interrumpió Bertrand en un tono tanto enérgico como brusco, y por primera vez Conn se percató de que la figura baja y rechoncha del normando ocultaba

una fuerza considerable—. Guarda el cuchillo, muchacho, y cierra el pico. ¿O es que insistes en que te ahorquen?

Conn se debatió con desesperación, pero escapar de las zarpas del guerrero mayor y mucho más experimentado era imposible. Por fin comprendió que resistirse no tenía sentido, sobre todo porque hacía tiempo que Guillaume de Rein había desaparecido: la oscuridad volvió a devorarlo tan súbitamente como lo había escupido.

Cuando Bertrand notó que Conn había abandonado aflojó las manos.

—¿Conoces a Guillaume de Rein?

Conn asintió. ¿Para qué negarlo?

—Pero por lo visto tienes escasos

motivos para apreciarlo —dijo el normando.

—Ni uno —fue lo único que dijo Conn y una mueca de asco crispó su rostro.

Bertrand le lanzó una mirada escrutadora.

—Comprendo. Pero seguro que el bueno de Baldric no te salvó la vida para que la derrocharas inútilmente en cuanto se presentara la ocasión. ¿Eso entra en tu cabezota anglosajona?

Conn volvió a asentir y al tiempo que su ira se desvanecía poco a poco dando paso a un vacío mudo, se dio cuenta de que la conversación mantenida con Bertrand era más que extraña.

¿Acaso el compañero de Baldric no era un normando como él? ¿Y es que en su hogar, en Inglaterra, la primera regla de supervivencia no proclamaba que nunca había que confiar en un normando? Pero, en ese caso, ¿por qué Bertrand no lo atosigaba con preguntas y trataba de averiguar qué clase de hostilidad albergaba contra uno de los suyos? ¿Y no tendría que haberlo derribado y quitado el arma dado que había adivinado las intenciones de Conn con toda claridad? ¿O al menos entregarlo a la gente de Guillaume de Rein?

No obstante, Bertrand no parecía dispuesto a malgastar ni un momento pensando en el asunto. En su lugar, le

lanzó una última mirada de advertencia y lo soltó.

—Tú... tú también conoces a De Rein —dijo Conn, manifestando la sospecha que se le acababa de cruzar por la cabeza.

—Un poco. Pero lo bastante como para saber que resulta aconsejable mantenerse a distancia de él y de su padre.

—Pero...

—Nada de peros. Si haces lo que te aconsejan tus sentimientos... y creo saber qué es —añadió el normando, echando un vistazo al puñal de Conn—, acabarás en el patíbulo o te matarán de inmediato, sobre todo porque en un

combate no le llegas ni a la suela de los zapatos a Guillaume de Rein. Por tanto, volverías a encontrar tu alma inmortal en el purgatorio, o incluso en el agujero más oscuro del infierno. ¿Estás seguro de que quieres ofrecer un sacrificio tan inútil?

Conn lo miró, atónito.

Aún estaba furioso, pero entretanto había recuperado el juicio lo bastante como para pensar con claridad y no le quedó más remedio que admitir que Bertrand tenía razón. Conn no hubiese tenido inconveniente de cargar con la eterna condenación si ello le garantizaba que Guillaume de Rein recibía el merecido castigo. Pero eso era

sumamente dudoso, pues aparte de su odio, Conn no estaba preparado para enfrentarse al asesino de Nia, sobre todo porque la herida del brazo mermaría sus fuerzas de manera considerable.

Una vez más, tendría que postergar su venganza, pero había averiguado algo importante: los De Rein también se habían unido a la campaña militar y viajaban en el mismo contingente que él, lo cual significaba que se encontraba cerca de ellos y que no podían escapar de él. Era de suponer que no debía temer que lo descubrieran, pues aunque en aquel entonces él y Guillaume se habían enfrentado durante unos momentos en las almenas del castillo real, el recuerdo

del rostro del asesino se había grabado mucho más profundamente en la cabeza de Conn que el del suyo en la del joven De Rein, para quien un anglosajón era idéntico a todos los demás. «Es de suponer —pensó Conn con amargura— que De Rein ni siquiera recuerde a la joven a la que apaleó como si fuera un perro y violó hasta causarle la muerte».

Volvió a sentir una profunda cólera, pero esa vez logró controlarla.

Era demasiado temprano para enfrentarse a De Rein.

Pero ambos viajaban juntos y a partir de esa hora también Conn tenía un motivo muy claro para dirigirse con los cruzados a Oriente, si bien sus motivos

eran menos sublimes que los de Baldrick y era más probable que, en vez de alcanzar la salvación de su alma, la perdería.

Convento de Cerreto
Septiembre de 1096

Isaac Ben Salomon había obedecido.

Había cumplido tanto con la promesa dada antaño como con la amarga necesidad. Y también obedeció a aquella voz interior que le aconsejó que cediera frente a la voluntad de su hija y la llevara consigo durante el largo y peligroso viaje. Y desde todo punto de vista Chaya había demostrado ser digna

de dicha decisión y de estar a la altura de las circunstancias.

Envuelta en ropas masculinas y disfrazada de criado de Isaac, había abandonado Colonia junto con su padre el día después de *Shavuot*, la segunda de las tres fiestas de peregrinaje del judaísmo. Darle la espalda a esa ciudad en la que se crio y donde hasta entonces había pasado la mayor de parte de su vida no le resultó fácil a Chaya, aunque su padre no dejaba de insistir que, pese a que Colonia era su ciudad natal, no era su patria, pues esta se encontraba muy lejos, en Oriente, allende el mar y rodeada de las desnudas montañas de Siria y del extenso desierto del Sinaí.

Con la ayuda de Dios, Chaya no tardaría en verla.

Con el fin de escapar de los incendiarios y los fanáticos que habían montado sus campamentos a lo largo del Rin, optaron por tomar la ruta oriental y atravesaron el centro del reino que durante muchos años les proporcionó un refugio seguro, pero que entonces amenazaba con convertirse en territorio enemigo. En parte viajaron a pie, en parte en carros arrastrados por bueyes a cuyos propietarios Isaac pagó para que los transportaran; más adelante había comprado dos mulas en las que avanzaron un buen trecho del camino y que eran lo bastante grises y poco

llamativas como para no llamar la atención, pues en esos días oscuros incluso la visión de un magnífico corcel era capaz de despertar un odio furibundo si lo montaba un judío.

Desde Fulda lograron llegar hasta Wurtzburgo y desde allí hasta Augsburgo, siempre alertas y evitando las ciudades más grandes porque temían encontrarse con las mismas circunstancias que junto al Mosela y al Rin. Tras recorrer los ducados meridionales —el tiempo había empeorado y llovía torrencialmente— por fin se acercaron a los Alpes, que primero aparecieron como una franja lejana y picuda pero que después

resultaron ser un obstáculo casi insuperable de rocas desnudas cuyas nevadas cimas estaban envueltas en oscuros nubarrones.

Los tenebrosos bosques que bordeaban el pie de las montañas revelaban que la comarca aún era joven y casi deshabitada. Las ciudades se volvieron más pequeñas y la cifra de las aldeas se redujo cada vez más a medida que avanzaban hacia el sur. Y también el número de habitantes: era casi como si en las estribaciones de las montañas las tierras vírgenes devoraran los campos cultivados.

Para los viajeros, ello suponía tanto una esperanza como un peligro, porque

en las comarcas escasamente pobladas del sur la noticia de la campaña militar contra los infieles aún no había llegado o no se había extendido con la misma insistencia que en las ciudades del noroeste. Los habitantes con los que se encontraron Chaya y su padre —en su mayoría campesinos o mesoneros de sencillos albergues que apenas ofrecían un techo para cobijarse y un trozo de pan y de queso— recibían a los visitantes forasteros con cierta curiosidad pero no con hostilidad. El peligro estaba representado por las pandas de ladrones que a ambos lados de los Alpes aprovechaban la oscuridad de los bosques para acechar a los viajeros

ingenuos.

Isaac sopesó la posibilidad de sufrir un ataque y el peligro de ser descubiertos, pero llegó a la conclusión de que sería mejor unirse a una de las caravanas de carros que de vez en cuando recorrían los pasos entre las montañas en dirección al sur. Tras descansar varios días en Innsbruck y prepararse para la esforzada travesía de las montañas, por casualidad descubrieron la existencia de una caravana de mercaderes judíos que se dirigía a Milán, e Isaac y su hija se unieron a sus correligionarios, pero Chaya no abandonó su disfraz ni siquiera entre los suyos y continuó

fingiendo ser el criado del viejo comerciante y de llamarse Ilan.

Así, tras una marcha fatigosa pero afortunadamente sin incidentes a través de las montañas, alcanzaron las tierras situadas al sur de los Alpes que los recibieron con un clima seco y una temperatura agradable lo que, al menos eso le pareció a Chaya, anunciaban la proximidad del mar.

Avanzaron rápidamente al sur donde las regiones volvían a estar densamente pobladas. Había albergues para comerciantes al borde de los caminos, pero en su mayoría no estaban fortificados y ofrecían escasa protección frente a los ladrones y otra gentuza; no

eran comparables con los caravasares de Oriente, que proporcionaban protección a todos los viajeros que se alojaban en ellos y también ciertas comodidades. Pasaron por Bresanona y se dirigieron a Trento, de allí a Brescia y por fin a Milán, donde Chaya y su padre se separaron de la caravana e iniciaron la última etapa de su viaje que debía llevarlos hasta Génova donde, si le placía al Señor, un barco los aguardaba.

La noche tras la partida de Milán la pasaron en un convento cerca de la ciudad de Lodi, fundado hacía poco tiempo por monjes de la orden de los benedictinos. Al principio Isaac había

vacilado antes de buscar albergue entre cristianos, pero a causa de la insegura situación política y la rivalidad guerrera entre las ciudades del norte de Italia por fin decidió llamar a las puertas del convento. Los monjes le franquearon la entrada y no le hicieron preguntas, ya sea porque la desconfianza frente al pueblo de Israel reinante en otros lugares aún no había penetrado hasta allí o porque sencillamente no le daban importancia.

Isaac y Chaya tuvieron que compartir la celda que les adjudicaron al comerciante y su criado. Aunque los únicos muebles eran una pequeña mesa y un taburete y los lechos eran nichos

excavados en los muros y provistos de sacos de paja, disfrutaron de muchas más comodidades que las noches anteriores. Puesto que no les permitieron cenar con los monjes en el refectorio, les llevaron una comida consistente en aceitunas, pan y un queso duro y especiado y también una jarra de vino. Isaac dudó de que se tratara de alimentos *kosher*, pero dadas las circunstancias bajo las cuales viajaban no les quedaba más remedio que comer lo que les servían. La misión tenía prioridad sobre todo lo demás.

Bajo la luz titilante de la vela dispuesta en la mesilla, Chaya observó cómo su padre se quitaba el manto y se

disponía a tumbarse en el nicho. Bajo el manto llevaba el estuche de cuero que Bar Levi le había entregado el día anterior a su partida, colgado de una correa cruzada sobre el pecho. Como Chaya ignoraba que en sus años mozos su padre había prestado un solemne juramento que aún lo comprometía supuso una sorpresa enterarse del motivo de su apresurada partida de Colonia. Entretanto había superado el desconcierto, pero las conjeturas acerca del contenido del estuche todavía persistían y Chaya casi se había acostumbrado a reflexionar sobre ellas antes de conciliar el sueño.

—Nunca te desprendes del estuche,

ni de día ni de noche —constató.

—Tal como me ordenaron —
respondió Isaac.

—¿Quién?

Isaac se volvió hacia ella.

—Mi padre —contestó tras vacilar
un momento.

—¿Tu padre?

Chaya, que ya se había instalado en su nicho, volvió a incorporarse con expresión de perplejidad. Era la primera vez que su padre contestaba a sus preguntas. Por lo visto, Isaac había decidido que, tras todos los esfuerzos y las fatigas que ella estaba soportando sin protestar, al menos debía enterarse de algo más.

Isaac asintió, cogió la vela y la llevó hasta su nicho en cuyo borde tomó asiento lanzando un suspiro.

—Antaño fue un portador, igual que yo.

—¿Un portador?

—A diferencia de los custodios, que ocultaron y protegieron el libro a lo largo de todos esos siglos... como el bueno de Daniel —dijo su padre con una débil sonrisa.

—¿Un libro? ¿Así que es eso lo que contiene el estuche?

—Así es. Ni más ni menos. ¿He satisfecho tu curiosidad?

Chaya asintió con aire titubeante... al tiempo que se vio obligada a

confesarse a sí misma que estaba un poco decepcionada, pues dado el tamaño y el escaso peso del estuche había supuesto que contenía un documento, uno muy importante. Un antiguo contrato o un documento imperial o...

—Pareces desilusionada —dijo Isaac, que la conocía lo bastante bien como para interpretar su expresión.

—Bien, no hubiera creído que...

—¿Que qué, hija mía? ¿Que un libro no podría justificar todo esto? —dijo, haciendo un gesto que no solo parecía abarcar la celda y el convento sino todo el dificultoso y esforzado viaje.

—Sí, algo por el estilo —confesó

Chaya en voz baja.

—¿Y si te dijera que el contenido de este libro es tan importante que no solo podría cambiar la historia de nuestro pueblo sino la de todo el mundo? ¿Y que por dicho motivo no debe caer en las manos equivocadas?

—¿Fue por eso que te lo entregaron?
Isaac asintió.

—En su lecho de muerte, mi padre nos hizo prometer a tu tío Ezra y a mí que trasladaríamos el libro a otra parte en caso de que llegara el momento de hacerlo y que, si fuera necesario, lo protegeríamos con nuestras vidas.

—¿Y ese momento ha llegado?

—Tras todo lo que ha acontecido no

puede caber ninguna duda —respondió el viejo comerciante y se alisó la barba, que durante el viaje se había vuelto aún más larga pero también un poco enmarañada.

—Pero ¿por qué me entero de ello solo ahora, padre? ¿Por qué no dijiste ni una palabra al respecto durante todos esos años?

—Porque no era necesario —dijo el anciano y una sonrisa melancólica atravesó su rostro surcado por las arrugas.

—¿Lo sabía madre?

Isaac negó con la cabeza.

—No. ¿Por qué habría de decírselo? Han pasado generaciones y muchos

portadores hicieron su promesa sin que nadie les exigiera que la cumplieran.

—Entonces ¿por qué has de cumplirla tú, precisamente?

El viejo Isaac la contempló un buen rato. Entretanto, los cabellos de ella habían crecido un poco, de modo que un fino y oscuro vello le cubría la cabeza, pero era evidente que su aspecto todavía le destrozaba el corazón.

—Porque no podemos escoger los tiempos en los cuales vivimos y tampoco los sacrificios que nos exige el Señor, hija mía —contestó en voz baja.

Chaya desvió la mirada; aunque ya sabía más que antes se sentía extrañamente necia por haber

preguntado. Pero también necia porque comenzó a sospechar cuán inmensamente grande era la responsabilidad que pesaba en los hombros de su anciano padre. De pronto su propia actitud le pareció inmadura y egoísta y, avergonzada, clavó la vista en el suelo de piedra de la celda.

—Perdona, padre —susurró—, si hubiese sabido...

—No hay nada que perdonar, Chaya. Hiciste lo que te dictó tu carácter, pese a que sigo sin aprobar el modo en el que impusiste tu voluntad.

—Lo siento.

—Cuando en mis años mozos hice aquella promesa que hoy me

compromete, ¿qué sabía yo? ¿Qué idea tenía de lo que significa ser un hombre y cargar con la responsabilidad que supone un cargo, un hogar y una familia? No tenía ni idea de las complicaciones de la vida, por no hablar de imaginar que un día me sería exigido que cumpliera con ese deber que yo había aceptado de manera tan irreflexiva, y con mucha frecuencia me he preguntado si estoy a la altura.

—Entonces deja que te ayude. Así, podría reparar lo que he...

—¿Quieres ayudarme, hija mía? ¿Cómo?

—Compartiendo el secreto contigo. Compartiendo la responsabilidad.

—Tu buena intención te honra, Chaya, pero eso es imposible —dijo el anciano comerciante, meneando la cabeza—. He prometido solemnemente que conservaré el secreto, un secreto que solo puede ser traspasado de padre a hijo.

—¿No a tu criado? —dijo Chaya, pero en cuanto hizo la pregunta se arrepintió de haberla hecho. Había infringido las reglas rebelándose contra la voluntad de su padre y aún seguía haciéndolo ocultando su sexo y disfrazándose de hombre. Pero también debía comprender que dicho engaño no podía durar y que podía resistirse a ciertas reglas pero no a la tradición del

pueblo de Israel, que durante todos esos siglos había conservado la auténtica fe y asegurado su supervivencia en el extranjero.

Su padre parecía albergar las mismas ideas.

—Has llegado lejos y has alcanzado ciertas cosas —dijo en tono grave—, pero tu afán también tiene límites.

Entonces apagó la vela y de repente la oscuridad reinó en la celda. Chaya oyó cómo su padre la apoyaba en el suelo junto a su lecho y se tendía.

—Buenas noches, hija mía —fue lo único que dijo y poco después su respiración sosegada le indicó que se había dormido.

Chaya hubiese querido cerrar los ojos, no solo para recuperarse tras el esfuerzo del día sino también para escapar de las acuciantes preguntas que la preocupaban, pero las palabras de su padre se lo impidieron.

«¿Y si te dijera que el contenido de este libro es tan importante que no solo podría cambiar la historia de nuestro pueblo sino la de todo el mundo? ¿Y que por dicho motivo no debe caer en las manos equivocadas?».

Las palabras de su padre seguían resonando en su conciencia como un eco que no se desvanecía. ¿Qué significaban? ¿Cuál era ese secreto contenido en el pergamino? ¿Qué podía

ser tan importante como para que un hombre estuviese dispuesto a sacrificar todos sus bienes, su posición social e incluso su familia para protegerlo? ¿Qué responsabilidad podía ser tan grande que incluso un hombre como Isaac Ben Salomon —al que siempre había admirado porque para ella representaba la personificación de la sensatez y la sabiduría— no se sintiera a la altura de aquella?

Reflexionar sobre dichas preguntas solo aumentó su confusión y cuanto más cavilaba al respecto, tanto más lejos estaba de poder descansar. El silencio reinante se convirtió en una carga y en medio de la penumbra que la rodeaba

surgió el pasado en forma de imágenes, sentimientos y recuerdos.

Chaya vio a su madre, los cabellos grises trenzados que rodeaban sus rasgos dulces, un peinado que siempre había llevado en el interior de la casa; sus labios sonreían, pero la mirada de sus ojos oscuros era extrañamente melancólica y, de pronto, Chaya se preguntó qué habría opinado su madre de todo el asunto. ¿Habría mostrado comprensión ante el hecho de que, a lo largo de todos esos años, Isaac hubiera callado sobre esa promesa de gran alcance? ¿Hubiera comprendido que Chaya se rebelara frente a la decisión de su padre o la hubiese reprendido?

La imagen dio paso a la de Mardoqueo Ben Neri, en cuya esposa había estado a punto de convertirse, su semblante proporcionado, enmarcado por su negra cabellera y sus ojos bellos pero también su mirada calculadora. A pesar de todos los inconvenientes y las penurias del viaje, de todos los peligros e imponderables en los que se había embarcado en vez de convertirse en la esposa de uno de los hombres más acaudalados de Colonia, Chaya aún no se había lamentado de su decisión ni por un momento.

Tanto más la apenaba haber decepcionado a su padre, cuyos rasgos preocupados fueron lo último que se le

apareció. Más que nunca, deseó poder repararlo en parte ayudándole durante su misión y apoyándolo... pero ¿cómo hacerlo cuando ni siquiera sabía de qué se trataba en realidad?

En ese momento, mientras daba vueltas inquieta en su lecho y seguía con la vista el tenue rayo de luna que penetraba a través de la alta ventana de la celda, vio el estuche que su padre, cumpliendo con su promesa, también llevaba colgado del hombro mientras dormía.

Casi fue como si lo viera por primera vez, en todo caso súbitamente lo vio con otros ojos: ya no como un obstáculo entre ella y su padre sino

como una oportunidad de reconquistar su afecto y su reconocimiento... y de paso averiguar la verdad.

Claro que suponía un riesgo y claro que estaba prohibido. La primera vez que la idea se le pasó por la cabeza — solo como una vaga ocurrencia y lejos de convertirse en una decisión—, se asustó de sí misma y cerró los ojos, como si así pudiera resistirse a la tentación.

Pero el signo grabado en el cuero del estuche, consistente en una estrella formada por dos triángulos entrelazados, ejercía una fascinación mayor que todos sus reparos. En algún momento —quizá mucho después de medianoche, pues la

luna ya había recorrido la mayor parte de su trayecto—, las ideas vagas iniciales se convirtieron en una decisión firme.

El corazón le latía aprisa cuando apartó la manta de lana y abandonó el nicho; tiritó cuando sus pies entraron en contacto con el suelo frío y, silenciosamente, se acercó al lecho de su padre, que dormía de lado con el rostro vuelto hacia la pared y respiraba de manera profunda y regular. El estuche que contenía el libro reposaba a su lado sobre el saco de hilo lleno de paja. Sin hacer ruido, Chaya se puso de rodillas y quiso coger el estuche...

—¿Chaya?

La joven dio un respingo y retiró la mano que casi había tocado el cuero.

—¿S... sí, padre?

—Regresa a tu lecho —ordenó el viejo Isaac en tono sereno. Aunque no se había movido y aún permanecía de espaldas a ella, parecía saber muy bien qué se había propuesto.

—Padre, yo...

—Duerme —se limitó a decir él.

Chaya no supo qué contestar. Asustada e intimidada abandonó su propósito y regresó silenciosamente a su nicho, se acurrucó bajo la manta tiritando y en algún momento se durmió.

Su sueño fue inquieto y lleno de pesadillas. De mañana, cuando despertó,

no estaba segura de si aquel curioso incidente había ocurrido de verdad o si solo se trataba de un sueño. Como el viejo Isaac no lo mencionó, ella optó por dejar las cosas como estaban.

*Liguria**Finales de septiembre de 1096*

Debido a la proximidad del invierno, la marcha a través de los Alpes resultó bastante ardua y dificultosa. Al principio, el clima suave de finales de verano había acompañado al ejército — que desde Vienne se había dirigido al sudeste— durante un buen tramo. Pero cuanto más ascendían los guerreros de Cristo y cuanto más desnudo y yermo se

tornaba el paisaje que los rodeaba, tanto más frías se habían vuelto sobre todo las noches. Empezaron a caer chaparrones y por fin una tormenta otoñal que duró toda una noche y que al día siguiente tiñó de blanco las cimas de las montañas, y, por primera vez, los que participaban en la campaña militar comprendieron lo que significaba estar expuestos a los caprichos del viento y del clima sin protección alguna.

Para muchos de ellos, sobre todo para los señores y las damas de alcurnia que viajaban junto con el contingente, ello supuso una experiencia nueva... en cambio para Conn más bien significó algo parecido a un regreso a su vida

anterior. El clima era más duro que el de Londres, pero él estaba acostumbrado a pernoctar al aire libre y se dio cuenta de que una piedra en la que uno apoyaba la cabeza era igual de dura en todas partes y que el sudor y los excrementos despedían el mismo hedor. Y hubo algo más que se vio obligado a constatar durante los días pasados: que la herida de su brazo izquierdo no dejaba de empeorar.

Al principio Conn solo sentía un dolor punzante de vez en cuando, pero el pus aguado que comenzó a brotar de la herida permitía concluir que esta se había infectado y, en contra de lo que Conn había confiado —que la hinchazón

se redujera y el dolor desapareciera—, el dolor no dejó de aumentar a lo largo de la marcha y las hierbas que uno de los monjes cluniacenses a veces le aplicaba y por los que Baldric le pagaba una buena cantidad de dinero tampoco habían dado el menor resultado.

Al contrario.

El pus que brotaba de la herida — que siempre volvía a abrirse— se volvió espeso y amarillo y allí donde había penetrado la flecha la carne adoptó un color oscuro. Conn sabía que eso no era una buena señal, pero lo que lo inquietaba aún más era la debilidad cada vez mayor de su brazo, a causa de la cual tuvo que abandonar los

ejercicios con las armas con las que Conn había empezado a adquirir cierta destreza. Que a cambio Bertrand le enseñara a leer y escribir, y entretanto ya fuera capaz de no solo descifrar casi todas las letras sino también de escribirlas con mano torpe en la tierra, solo supuso un escaso consuelo.

Cuando los cruzados alcanzaron Génova el día de San Miguel, aquella gran ciudad, situada en torno a una bahía en forma de media luna, ya los estaba esperando. La noticia de su inminente llegada se les había adelantado y los concejales se habían preparado para acogerlos en diversos aspectos, pues si bien por una parte estaban dispuestos a

recibir a los guerreros de Cristo con amabilidad y hacer negocios con ellos, por la otra querían evitar que numerosos soldados extranjeros arribaran a la ciudad y quizá causaran alborotos o se dedicaran a saquear, lo cual sucedía con bastante frecuencia. Debido a ello, habían pactado con los comandantes y acordado que todo el ejército de los franceses del norte acamparía en las laderas situadas al noreste de la ciudad y que partiría en cuanto hubiesen comprado las provisiones necesarias, además de otros utensilios de uso cotidiano. Por lo demás, solo permitieron que pequeños grupos de guerreros se desplazaran por la ciudad,

entre ellos los nobles de la campaña militar y también los subcomandantes y sus damas, desde luego. A todos los demás solo les franqueaban la entrada a la ciudad en casos excepcionales. Por más que se esforzó, Conn no averiguó cómo Baldric se las había arreglado para obtener dicho permiso para él y dos de sus compañeros, pero de algún modo el normando lo logró, así que después del día de San Miguel, Baldric, el locuaz Bertrand y Conn paseaban por el puerto donde reinaba el más absoluto trajín.

Junto a todos los muelles y escalerillas estaban amarrados barcos en torno a los cuales había una gran

actividad; trabajadores cargados de cajas, toneles y fardos de tela pululaban como hormigas por todas partes, y se apretujaban rebaños de ganado y carros. Y en medio del tumulto se divisaban hombres elegantemente ataviados que supervisaban la confusión con mirada crítica: comerciantes y capitanes de navío de todos los países del mundo, de distintos tonos de piel y de ropas multicolores en una variedad jamás vista por Conn. Los barcos que descargaban junto a los muelles o que eran equipados para una nueva travesía eran grandes navíos de vela comerciales, de aspecto muy diferente al de aquella nave estrecha y alargada que trasladó a Conn

y a sus compañeros desde la costa inglesa hasta el continente; allí, la mayoría de las embarcaciones ancladas eran anchas y más cortas, y a Conn le parecían enormes cubas o tinas por encima de las cuales —según el tamaño de cada una— se agitaban una o dos velas triangulares. Pero también había pesadas galeras de guerra que eran más grandes que todo lo que hasta entonces Conn había visto flotar en el mar. Como Bertrand se apresuró a informarle con su diligencia habitual, se denominaban dromones y su construcción se asemejaba a los barcos de guerra bizantinos.

A diferencia de su locuaz vasallo,

Baldric parecía sentir un interés menor por los adelantos náuticos y uno mucho mayor por la amplitud del mar y la belleza del paisaje que se elevaba como una muralla en torno al puerto, alrededor del cual, las casas de piedra de la ciudad parecían trepar como viñas silvestres.

—Contempla eso, joven anglosajón —le dijo a Conn cuando alcanzaron el extremo del muro del muelle, donde el tumulto y la confusión eran menores y el vocerío menos sonoro—. ¿Es que este panorama no exige respeto y veneración por la creación del Señor?

Conn no respondió. Era la primera vez en la vida que veía el *Mare*

Mediterraneum, pero más que el asombroso panorama lo que le quitaba el aliento era su brazo izquierdo. La hinchazón había aumentado todavía más y casi no podía moverlo; el brazo colgaba laxo y sin fuerzas en el cabestrillo que Conn llevaba alrededor del cuello. Sobre todo de noche el dolor era casi insoportable, de modo que Conn apenas lograba pegar ojo. Estaba pálido y tenía manchas oscuras en torno a los ojos.

—Me parece que nuestro joven amigo no aprecia la Creación, señor Baldric —dijo Bertrand en tono sarcástico—. Tal vez sería mejor que fuésemos en busca de una taberna y

todos bebiésemos una buena jarra de vino.

—Yo no beberé vino —dijo Baldric—. He renunciado a los placeres terrenales, como tú bien sabes. Quiero pisar tierra sagrada con la conciencia limpia.

—Pues es una pena —dijo Bertrand, haciendo una mueca—. Me han dicho que no solo los vinos del lugar sino también las mujeres son de primera calidad.

—Entonces haz lo que por lo visto no puedes dejar de hacer —dijo Baldric, suspirando y lanzándole una mirada de reprobación—. Volveremos a encontrarnos en el campamento.

—Muy bien —contestó Bertrand e inclinó la cabeza agitando su desgredada cabellera—. ¿Y qué hay de nuestro anglosajón? ¿También ha renunciado a los placeres de las mujeres y el canto?

—Eres peor que la serpiente del Paraíso, mi buen Bertrand —lo regañó Baldric y Conn no sabía si hablaba en serio o bromeaba—. Si hubieras estado allí en su lugar, no solo le habrías ofrecido una manzana a la pobre Eva sino una jarra entera de sidra.

—Solo si fuese lo bastante dulce —replicó Bertrand con una sonrisa maliciosa—. En cuanto a todo lo demás tienes razón, claro está. Ten en cuenta que la juventud requiere otras cosas que

la senectud.

—Ya no eres tan joven, mi buen Bertrand.

—Pues no hablaba de mí sino de nuestro joven amigo anglosajón — respondió Bertrand, señalando a Conn—. Tiene un aspecto lamentable, la marcha a través de las montañas no parece haberle sentado bien y seguro que un poco de variación y diversión le sentarían de maravilla a su alma sencilla.

—De acuerdo —dijo Baldric para sorpresa de Conn—. Me doy por vencido. Puede que Bertrand esté en lo cierto y te he exigido demasiado. Vete con él si lo deseas, Conwulf.

—Es muy generoso de vuestra parte, señor, pero no tengo ganas —contestó Conn.

—¿No? —exclamó Bertrand, desconcertado.

—No —repitió Conn. Por una parte se hubiese sentido como un miserable si compartía su lecho con una prostituta mientras aún lloraba la muerte de Nia y por la otra el dolor en su brazo era tan intenso que dudó de que su fuerza viril bastara para...

—Ya lo ves, pedazo de insaciable —dijo Baldric y le palmeó el hombro a Conn; el normando casi parecía sentir algo similar al orgullo paternal por su involuntario criado y doncel—. Toma

ejemplo de nuestro anglosajón en vez de aprovecharlo para disimular tu propia falta de moral.

El rostro rechoncho de Bertrand se crispó, fingiendo tristeza.

—Muy bien. Entonces tendré que ir solo, avergonzado y consciente de que la virtud de un patán anglosajón es mayor que la mía.

—Que te sirva de lección —dijo Baldric a guisa de despedida, pero a juzgar por su expresión sus esperanzas al respecto no eran muy grandes.

—Lo hará. Pero solo mañana.

Después desapareció tras un carro cargado de toneles que descendía a lo largo del muelle y Conn volvió a decirse

a sí mismo que Bertrand era un peregrino bastante peculiar.

Baldric pareció adivinar sus pensamientos.

—Has de disculpar su conducta. A veces las intenciones de Bertrand son mucho más grandes que su corazón... y otras, mucho más pequeñas.

—Lo sé —se limitó a decir Conn.

—Pero tiene razón: estás muy pálido.

Conn asintió. Si su aspecto era tan lamentable como su estado, debía de ser bastante aterrador, porque el dolor ya invadía todo su cuerpo.

—¿Qué opinas? —prosiguió Baldric —, ¿comemos algo antes de regresar al

campamento?

Conn se sorprendió. No era nada habitual que un señor le diera a elegir a su criado si tomar un plato de comida o no y era la primera vez que sucedía. O Baldric quería recompensarlo por haber optado por no acompañar a Bertrand y entregarse al desenfreno del placer o bien —y ello le pareció más probable— él mismo daba la impresión de estar tan débil que podría desplomarse en cualquier momento.

Asintió con la cabeza, agradecido, y Baldric volvió a darle otra palmadita en el hombro para animarlo y le dijo que lo acompañara. Abandonaron el puerto a lo largo de una estrecha callejuela

bordeada por una tabernucha tras otra: tabernas que se encontraban en todos los alrededores de los puertos y en las que servían vino aguado y cerveza barata. Con la vista dirigida al frente, Baldric condujo a su protegido pasando junto a hombres de ojos suplicantes que intentaban convencer a los transeúntes ingenuos de que entraran en sus locales de los que incluso de día ya surgían los gritos de los borrachos. Los mendigos holgazaneaban en las calles, y las esclavas y rameras exhibían sus encantos, ofrecidas por gordos proxenetas como si fueran carne fresca recién sacrificada.

A lo largo de casas altas de varias

plantas, edificadas de piedra y que en parte estaban tan juntas las unas a las otras que impedían el paso de la luz, Conn y Baldric alcanzaron una zona más tranquila. Los ocupantes de las tiendas estaban durmiendo la siesta; casi todas estaban cerradas y un silencio contenido reinaba en las pequeñas callejuelas barridas por el viento incesante. Y ese mismo viento que olía a sal y a algas marinas de pronto trajo un alarido agudo.

Baldric se detuvo abruptamente y se llevó la mano a la empuñadura de la espada.

—¿Lo has oído?

—Con toda claridad —contestó

Conn.

Como al parecer el grito había surgido callejuela abajo, siguieron el sonido hasta la próxima esquina y remontaron unos peldaños... de pronto se convirtieron en testigos de un ataque.

Las víctimas eran dos hombres envueltos en amplios mantos, sin duda comerciantes extranjeros que se habían aventurado en la zona equivocada. A uno lo habían derribado, el otro luchaba con los atacantes pero resultaba evidente cómo acabaría la pelea.

Los ladrones los superaban en número.

Cinco o seis de ellos se apiñaban en la callejuela, individuos mugrientos de

cabellos desgreñados cuyas grasientas túnicas estaban hechas jirones. Al menos uno de ellos ya había experimentado la dureza de la ley: le habían cortado los labios —quizá por haber mentido— y su desnuda dentadura amarilla presentaba una extraña sonrisa perpetua al tiempo que intentaba dominar a su adversario. El comerciante, un anciano de cabellos blancos, se defendía con todas sus fuerzas pero el garrote que el bandido sostenía en la mano le golpeó la sien y lo derribó. El otro hombre, que parecía mucho más joven, soltó un grito de espanto... y Baldric entró en acción.

Con un movimiento fluido que delataba al experto guerrero, el

normando desenvainó la espada y echó a correr por la callejuela dispuesto a enfrentarse a los ladrones. Pese a los dolores que lo martirizaban, Conn lo siguió con el puñal en la mano. No tenía ni idea de cómo acabaría el combate, pero se negaba a retroceder si su señor corría peligro.

El enfrentamiento no se produjo.

En cuanto los bandidos vieron al normando que, envuelto en su cota de malla y blandiendo la espada, ofrecía un aspecto aterrador, el valor los abandonó y, chillando, pusieron pies en polvorosa antes de que la punta de la espada de Baldric pudiera alcanzarlos; un instante después ya habían desaparecido en

oscuros agujeros, como ratones que huyen del gato.

Baldric renunció a perseguirlos y en su lugar prestó ayuda al anciano, que se retorció en el suelo. El golpe del ladrón le había causado una herida y un hilillo de sangre manaba de su sien.

El más joven exclamó unas palabras, se puso de pie antes de que Conn pudiera ayudarle y corrió hacia el anciano. Con la manga de su atuendo le limpió la cara manchada de sangre al anciano de cabellos blancos y examinó la herida, pero pareció constatar que no era grave. Entonces ambos intercambiaron unas palabras en una lengua que Conn no comprendió, sin

dejar de lanzarles una mirada desconfiada a Conn y a Baldric.

Por fin el joven ayudó al viejo a ponerse de pie y este intentó comunicarse con el normando. Conn quedó impresionado al comprobar que, al parecer, el anciano dominaba numerosas lenguas, entre ellas también el francés, pero con un marcado acento. Pero seguro que no era peor que el de Conn, aunque durante las semanas pasadas este había logrado hablarlo con bastante fluidez.

—¿Podéis comprender mis palabras, nobles señores? —preguntó, mirando primero a Baldric y luego a Conn.

—Os comprendemos —confirmó

Baldric—. ¿Os encontráis bien?

—Gracias a vosotros, creo que solo ha sido un rasguño —respondió el viejo, indicando la herida en la sien.

—Solo hemos cumplido con el deber de cualquier hombre de honor —replicó Baldric con una modestia que entretanto Conn había descubierto que no era simulada, sino que formaba parte de su carácter sencillo y de vez en cuando tan impenetrable.

—No obstante, os estamos profundamente agradecidos —insistió el anciano—. Si existe un modo en el que podamos demostraros nuestro agradecimiento...

El viejo se interrumpió, como si las

palabras se le atragantaron y abrió los ojos como si hubiese visto algo que lo espantaba. Perplejo, Conn se percató de que se trataba de las cruces cosidas en los hombros de sus mantos.

—¿Sois... sois guerreros de la Cruz? —preguntó en tono temeroso.

—Guerreros del Señor —dijo Baldric, expresándolo de manera diferente—. Me llamo Baldric. Este es Conwulf, mi criado y doncel. ¿Podemos saber a quiénes hemos liberado de la violencia de los bandidos, con la ayuda de Dios?

El anciano vaciló unos instantes.

—Al comerciante Isaac, oriundo de Colonia, y a Ilan, su criado —contestó

el viejo, y el temblor de su voz resultaba inconfundible.

—¿Así que sois judíos? —preguntó Baldric.

—Sí, señor —respondió el de los cabellos blancos y agachó la cabeza. Aunque la capucha de su manto le cubría la mitad del rostro, Conn creyó ver un rastro de obstinación en su semblante.

—No os preocupéis, anciano —dijo Baldric al tiempo que volvía a envainar la espada—. El signo no nos convierte en enemigos, no tenéis nada que temer.

—¿A qué se debe eso, señor? ¿Acaso no jurasteis solemnemente que mataríais a todos los infieles? ¿Es que no nos consideraríais infieles?

Pero quien habló no fue el comerciante sino su criado y con la misma expresión obstinada del otro.

Baldric se volvió hacia el joven, cuyo francés estaba tan mal pronunciado como el del anciano, pero perfectamente comprensible. Su amo era bastante delgado, pero el criado era de contextura casi escuálida. Aún no le crecía la barba, de modo que Conn calculó que no tendría más de quince inviernos. Su atuendo se agitaba en torno a unas piernas delgadas, las manos eran delicadas y no acostumbradas a realizar trabajos duros, pero no parecía carecer de valor pues la mirada de sus ojos oscuros era tan desafiante que Conn se

enfadó.

—Haríais bien en controlaros, amigo —lo reprendió en el mejor francés del que fue capaz—. Al fin y al cabo, mi señor Baldric acaba de salvaros la vida.

—Os ruego que perdonéis las palabras irreflexivas de mi criado —se apresuró a decir Isaac y le lanzó una mirada desaprobatoria al joven—. A veces su lengua es más rápida que su juicio.

—No obstante, su pregunta estaba justificada —contestó Baldric con serenidad sorprendente—. No puedo hablar en nombre de otros guerreros de Cristo, pero, por mi parte, no considero

que mi deber consista en llevar la guerra y la discordia a tierras cristianas y declarar enemigos a quienes no nos hacen daño ni nos amenazan. Mi lucha, joven amigo —añadió, dirigiéndose a Ilan—, solo va dirigida contra los infieles que ocupan los Santos Lugares y amenazan la vida de nuestros peregrinos. Pero en vosotros no reconozco ni a los unos ni a los otros.

El criado no contestó, pero Conn vio que bajo la capucha sus rasgos se relajaban.

En ese instante regresó el dolor que, debido a la excitación, durante un momento había pasado a segundo plano, pero entonces volvió a atenazarlo y con

tanta violencia que Conn perdió el control y soltó una maldición en voz baja.

—¿Qué os ocurre? —preguntó Isaac, indicando el brazo en cabestrillo.

—Nada importante —gruñó Conn, haciendo rechinar los dientes—. Solo es una vieja herida que de vez en cuando me afecta.

—¿Deseas que mi criado la examine? —sugirió el viejo—. Posee conocimientos de medicina.

Conn vio que Ilan le lanzaba una mirada, asustado, a su amo. Ambos intercambiaron unas palabras en su lengua extranjera y, al parecer, no se ponían de acuerdo. Pero por fin el viejo

Isaac pareció imponerse e Ilan agachó la cabeza... quizá más bien debido a la decepción y la furia que a la sumisión.

—Si lo deseáis —repitió el comerciante—, Ilan examinará vuestra herida. A lo mejor podemos ayudaros y así agradeceros que nos hayáis salvado.

—Semejante ayuda sería más que bienvenida —dijo Baldric—, ¿verdad?

Conn no respondió. Claro que su brazo le causaba un dolor insoportable y claro que hubiese agradecido cualquier alivio, pero la actitud petulante del criado y el nada disimulado rechazo manifestado por el joven no le gustaban en absoluto. Además, en Londres también había judíos y por doquier se

murmuraba sobre su tendencia a practicar oscuros hechizos y elaborar venenos. ¿Debía dejar su bienestar en las manos de semejante charlatán, que encima era casi un niño?

—Déjame ver —dijo el muchacho y se acercó a Conn. La mirada de sus ojos oscuros era tan penetrante que a Conn se le puso la carne de gallina.

—No es nada —volvió a insistir.

—Venga ya —dijo Baldric—. ¿Por qué no dejas que Ilan examine tu herida? Puesto que no la podría empeorar, ¿verdad?

El normando tenía razón, por supuesto. Con aire desconfiado, Conn se quitó el cabestrillo y se bajó la venda

empapada en sangre y pus, procurando hacer caso omiso del dolor abrasador.

Ilan empezó por echarle un vistazo a la desagradable y oscura herida, luego la olisqueó cautelosamente y por fin le lanzó una mirada lúgubre a Conn.

—Eso no es bueno —constató.

—No me digas...

—La herida está muy infectada y es imprescindible tratarla. De lo contrario...

—¿Qué? —insistió Conn.

—... no podrás volver a utilizar el brazo.

Conn tenía un nudo en la garganta. Aunque el joven no lo dijo, todos comprendieron lo que significaba. Un

brazo inútil que encima suponía el peligro de que la infección se extendiera por todo el cuerpo debía ser amputado. Y quien perdía un brazo se convertía en un tullido, marcado por el Señor por sus pecados, y no podía esperar misericordia ni lástima.

—¿Puedes... quieres ayudarme? — preguntó en voz baja.

Durante un breve momento sus miradas se cruzaron y Conn ya no tuvo la sensación de ver aquella hostilidad tozuda en la mirada del otro, sino compasión y cierta atracción, algo que lo confundió profundamente.

—Lo intentaré, pero no aquí. En nuestro albergue tengo un ungüento de

extracto de hierbas que podría aplicarte. Y hay que cortar la herida y...

—¿Cortar? —exclamó Conn, creyendo no haberlo oído correctamente.

—... para que salga el pus y para limpiarla —continuó, diciendo el joven judío sin inmutarse.

—Ni hablar —lo contradijo Conn—. Seguro que no...

—Tú decides. Pero si no haces algo pronto perderás el brazo y si eso no ocurre con rapidez, también tu vida.

Tomar la decisión no le resultó demasiado difícil a Conn.

Aún tenía reparos y la idea de que el

bocazas del criado de Isaac escarbara en su herida con la hoja candente de un cuchillo no lo entusiasmaba en absoluto, pero comprendió que no tenía elección... como solía pasar tan a menudo últimamente.

Antes Conn había disfrutado de libertad, libertad de pensar y también de actuar, pero desde aquella noche fatídica no lograba desprenderse de la siguiente sensación: que un poder desconocido determinaba su vida y, a diferencia del reverente Baldric, no tenía la suerte de suponer que se trataba de la Divina Providencia.

Se habían dirigido al albergue donde se alojaban Isaac y su criado, un edificio

de varias plantas situado en una larga callejuela en la que prestamistas judíos ofrecían sus servicios ocasionalmente dudosos. Isaac hizo hincapié en que él tampoco aprobaba sus métodos, pero no habían conseguido alojamiento en ninguna otra parte de la ciudad.

Ilan insistió en llevar a Conn hasta sus habitaciones para tratar la herida. Al principio la idea pareció disgustar a Isaac, pero por fin cedió y él y Baldrick se quedaron en el comedor mientras Conn acompañó a Ilan a la primera planta con un dolor abrasador en el brazo y bastante mareado.

La habitación no era muy amplia y la luz que penetraba a través de la ventana

que daba a la estrecha callejuela era tan escasa que Ilan tuvo que encender una vela. Le ordenó a Conn que se sentara ante la pequeña mesa que ocupaba el centro de la habitación y después, solo iluminado por la luz titilante de la vela, se dedicó a limpiar la húmeda y pustulosa herida. Conn pegaba un respingo cada vez que lo tocaba.

—¿Qué pasa? —preguntó Ilan, indignado; aún no se había quitado la capucha.

—Me duele mucho —gruñó Conn.

—¿Quieres que te ayude?

Conn murmuró una respuesta incomprensible y el joven siguió limpiando la herida mientras la capucha

no dejaba de deslizarse hacia delante hasta que se la quitó con un movimiento brusco.

Conn se sorprendió y no solo porque la cabeza del muchacho era casi calva y solo estaba cubierta de un vello negro sino también porque notó cuán joven era Ilan. Ni siquiera tenía barba, su cuello era delgado y la piel tan delicada como...

—¿Por qué lo haces? —Quiso saber Ilan al tiempo que cogía un bolso de cuero que contenía un cuchillo de hoja corta y un frasquito de tintura.

—¿A qué te refieres?

Ilan descorchó el frasquito con sus dientes blanquísimos y dejó caer un par

de gotas sobre la hoja del cuchillo. Conn sospechó lo que vendría después.

—Ir a la guerra —dijo el criado de Isaac.

Conn contestó lo que tal vez hubiera contestado Baldric.

—Pues para liberar los Santos Lugares de los infieles, por la gloria de Dios.

—¿Crees que vuestro Dios desea que difundáis vuestra fe a sangre y fuego? ¿Acaso Jesús, vuestro rabí, no os enseñó a amar al prójimo?

—Es verdad —tuvo que reconocer Conn.

—Entonces ¿por qué queréis matar a quienes no profesan vuestra fe? —dijo

Ilan, alzando la vista, y la mirada de sus ojos oscuros era tan insistente que Conn creyó sumergirse en ella.

—Yo... no quiero matarlos —se apresuró a asegurar. Se sentía arrinconado y las preguntas de su interlocutor le causaban la misma confusión que su mirada inquisidora.

—En ese caso, ¿por qué participas en la campaña militar?

—Porque... —Conn se mordió los labios, sin saber qué decir.

Pero un instante después no hubiera podido pronunciar palabra porque Ilan le clavó la lanceta en la herida infectada y el dolor fue tan intenso que Conn tuvo que apretar los dientes para no soltar un

alarido. Un pus amarillento brotó de la herida y el hedor putrefacto anterior se intensificó. Conn no pudo evitar que los ojos le lagrimearan... y en el momento en que el dolor alcanzó su punto máximo y creyó que perdería el conocimiento, de pronto lo comprendió todo.

Todo: el aspecto casi infantil de Ilan, el furtivo intercambio de palabras con el viejo Isaac y su aparente preocupación por su criado de repente adquirieron sentido y Conn comprendió la verdad.

—¡Eres... eres una muchacha! —
Soltó.

En vista de los dolores que lo torturaban, sus palabras más bien parecían una maldición que una

constatación y en cuanto las pronunció se sintió como un estúpido.

Pero la reacción de Ilan no fue la esperada: el criado de Isaac no se rio de él y tampoco se enfadó, se limitó a seguir hurgando en la herida abierta, como si eso ya fuera un castigo suficiente.

—Una mujer —lo corrigió por fin; su tono de voz casi no había cambiado, pero se volvió más suave y femenino.

Conn respiraba agitadamente, le pareció que moriría de dolor y que no perdiera la conciencia quizá solo se debía a que había algo a lo cual aferrarse y especular.

—Pero ¿por qué? —Soltó—.

¿Cómo...?

—Será mejor que no gastéis saliva —le aconsejó ella, absorbiendo el pus con un paño limpio y volviendo a limpiar la herida—. La necesitaréis.

Conn no tenía intención de hacerle caso. Darse cuenta de que quien le causaba ese dolor infernal era una joven resultaba demasiado sorprendente y las conclusiones demasiado desconcertantes.

—Y tú... vos, no sois la criada de Isaac, ¿verdad? —siguió preguntando y notó que entonces ella ponía distancia entre ambos.

La judía lo contempló un buen rato con mirada escrutadora, como si

sopesara si él merecía que le dijera la verdad. Pese a su cabeza casi calva y los rasgos angulosos quizás excesivamente duros, su aspecto fascinó a Conn.

—No —confesó por fin—, soy su hija, me llamo Chaya.

—Chaya —repitió Conn, sorprendido—. Pero ¿por qué...?

Conn enmudeció cuando de pronto fue como si su brazo estallara en llamas. Ella había derramado el contenido del frasquito en la herida aún abierta y Conn no logró reprimir un alarido, el corazón le latía aprisa y manchas oscuras danzaban ante sus ojos.

—¿Por qué me disfrazo de hombre?

—preguntó la judía sin inmutarse—. ¿Por qué me rapé la cabeza como si me dirigiera al patíbulo?

Él asintió apretando los dientes.

—Muy sencillo: porque el mundo es como es y porque una joven que viaja en compañía de su padre corre más peligro que un criado varón, pues una mujer es mucho más débil y por eso necesita mayor protección.

Conn no supo qué contestar. Ya sea como Ilan o como Chaya, las palabras que elegía y su manera de expresarse se encargaron de dejarle la cabeza como un bombo, por no hablar del dolor en el brazo. Pero entonces se dio cuenta de que este ya había disminuido de manera

considerable.

La insoportable presión ejercida por la herida había desaparecido y también el ardor infernal. La tumefacción se había reducido y Conn incluso pudo volver a mover la mano, lo que al final casi había sido imposible. La sangre brotaba del corte, pero Chaya hizo caso omiso, al contrario: dijo que la sangre se encargaba de eliminar el resto del pus y la suciedad de la herida. Volvió a limpiar la zona dañada, luego cogió un crisol de cristal que contenía una pasta blanca y maloliente. Mediante una espátula de madera aplicó una pequeña cantidad en la vieja herida causada por la flecha y también en el nuevo corte,

luego vendó ambos con un paño limpio y lo ajustó.

—Ya está —dijo—. Habéis de aplicaros este unguento dos veces al día —añadió y le alcanzó el crisol a Conn.

—¿Y... eso es todo? —preguntó Conn.

—Eso es todo.

Conn echó un vistazo al vendaje y asintió agradecido.

—Ya está mucho mejor que antes —dijo, y volvió a mover la mano izquierda—. Es asombroso.

—¿A que sí? —aseguró Chaya, con una sonrisa que era cualquier cosa menos alegre—. Apuesto a que no creísteis que fuera capaz de ello,

¿verdad? Puesto que solo soy una judía infiel...

—¿Por qué decís eso? ¿Es que no os salvamos a vos y a vuestro padre de los ladrones?

—Sí, pero ¿también lo habríais hecho si hubierais sabido quiénes éramos? ¿Qué éramos? —dijo.

Volvió a mirarlo con insistencia y entonces, cuando la indignación enrojeció sus pálidas mejillas y ardieron llamas en sus ojos oscuros, Conn se percató de cuán bella era. Solo una única vez había contemplado esa mezcla de encanto y de temperamento en una mujer y, dolorosamente, tuvo que reconocer que en ciertos aspectos ella le

recordaba a Nia. No tanto por su apariencia sino más bien por su carácter, que parecía tan amante de la libertad y tan inquebrantable como el de su amada.

Como Conn no contestó, Chaya malinterpretó su titubeo, y sus rasgos, hacía un instante aún suaves y encantadores, se endurecieron y su mirada se volvió fría.

—Ya he tratado vuestra herida, joven señor —dijo en tono rígido, se puso de pie, recogió sus utensilios y se dispuso a abandonar la habitación.

—¡Chaya! —exclamó Conn.

—¿Sí? —dijo ella y se detuvo ante el umbral.

—Os lo agradezco —dijo Conn en

voz baja—, de todo corazón.

Ella asintió con la cabeza, después abandonó la habitación.

Con la siguió con la mirada, agradecido, porque había curado su herida y con ello también su brazo e incluso puede que le hubiese salvado la vida... pero también sintió una pizca de arrepentimiento. Porque durante un momento breve, muy breve, cuando las miradas de ambos se cruzaron y él la miró profundamente a los ojos, había olvidado su pena e incluso su sed de venganza.

Y durante dicho instante —y eso lo avergonzaba aún más— el recuerdo de Nia también había palidecido.

*Calabria**Invierno de 1096*

La marcha hacia el sur continuó. Si de camino a Liguria Conn se había encontrado peor con cada día que pasaba, ahora su estado mejoraba cada vez más.

Siguió el consejo de Chaya, y todos los días se aplicaba la pasta maloliente pero sumamente eficaz que ella le había proporcionado. Tal como la hija del

comerciante había pronosticado, la hinchazón fue disminuyendo y la herida cicatrizó, la piel negra y putrefacta acabó por desprenderse, por debajo se generaron nuevos tejidos y pronto resultó evidente que de aquella herida solo quedaría una marca.

En cuanto Conn pudo volver a mover el brazo, Baldric lo sometió a un duro entrenamiento para recuperar todo el tiempo perdido durante las pasadas semanas. Las prácticas del manejo de armas se intensificaron y también las clases de equitación y, con el fin de fortalecer sus músculos debilitados, el normando lo obligó a cargar con innumerables cubos de agua. También el

silencioso Remy hizo todo lo posible para convertir a su protegido en un guerrero avezado. Las espadas de madera con las que combatían al principio fueron reemplazadas por espadas de práctica cuyo peso era el doble de las normales, de modo que hubo noches en las que Conn apenas logró pegar ojo debido al dolor en los músculos y los huesos.

En los alrededores de Lucca el ejército acampó durante varios días, porque los comandantes mantenían reuniones con el Santo Padre, que había salido al encuentro de los cruzados.

Durante ese compás de espera Conn recibió lecciones acerca del combate a

caballo y resultó ser un alumno muy diligente. Aunque al principio le costaba montar el caballo solo mediante la presión de los muslos y las espuelas, entretanto los movimientos se habían vuelto instintivos. Y mientras el papa Urbano les agradecía personalmente a los aristocráticos comandantes su defensa de la cristiandad y alababa sus propósitos con palabras encendidas, Conn aprendió lo que significaba combatir a caballo y defenderse de los ataques enemigos mediante el escudo y la lanza. Baldric no dejaba de inculcarle que la experiencia en el combate de sus adversarios sería mucho mayor que la suya, que debía compensar su falta de

práctica mediante la destreza y la velocidad... y Conn se esforzó al máximo. El día que los jefes de la campaña militar recibieron la bendición papal fue la primera vez que logró derribar a Remy de la silla mediante una maniobra ingeniosa. Aunque le costó un diente, esa noche fue la primera vez que Conn oyó las sonoras carcajadas del normando.

Aunque Baldric siguió aprovechando todas las oportunidades de llamar la atención de Conn sobre sus puntos flacos y todo lo que aún le faltaba por aprender, cuando el ejército alcanzó Roma interrumpió las prácticas durante unos días y se llevó a Conn de

excursión, con el fin de que —tal como él lo expresó— pudiera admirar las maravillas de la Ciudad Eterna con sus propios ojos. Conn descubrió que hacía ya muchos años el propio Baldric había emprendido un peregrinaje a Roma, pero sin encontrar el perdón que esperaba alcanzar participando en la campaña militar.

Si bien al principio Conn aún sentía cierto escepticismo frente a las supuestas maravillas de Roma, pronto cambió de parecer y se dio cuenta de que las murallas de Londres solo eran un pálido reflejo en comparación con el poderío y la extensión que antaño debía de haber ostentado el Imperio romano,

aún atestiguado por las torres y las murallas defensivas que rodeaban la ciudad.

Bertrand le informó a grandes rasgos acerca de la agitada historia de la *urbis aeterna*, provocando el asombro de Conn al contemplar el legado de aquellos tiempos: las ruinas de los palacios imperiales y de los viejos templos en los que habían venerado deidades paganas; el Coliseo, cuyo tamaño hacía palidecer el de la Torre de Londres; los edificios de piedra, que surgían de las colinas como malezas grisáceas, y finalmente las innumerables iglesias cuyas torres se elevaban al cielo límpido por encima de la ciudad

de Pedro y proclamaban el poder terrenal y celestial de la Iglesia de Cristo.

En Roma parecían coexistir tanto el pasado como el presente, era un lugar lleno de sorpresas y —según Conn— de misterios incomprensibles. Al atardecer, en el Palatino, al contemplar el mar de piedra que se extendía a sus pies y que parecía resplandecer bajo la luz del ocaso, lo invadió la nostalgia.

—¿En qué piensas? —Quiso saber Baldric, a quien el estado de ánimo de Conn no se le había escapado.

—En alguien que conocí —dijo Conn.

Nunca le había contado a Baldric lo

ocurrido en Londres y entonces tampoco tenía intención de hacerlo. Y no porque no se fiara del normando, sino porque secretamente temía penetrar en aquel lugar oscuro que albergaba en su interior y que había cerrado con mucho cuidado.

—¿Alguien?

—Una joven —contestó. La respuesta bastó para causarle una punzada de dolor—. Ella...

—¿Sí? —insistió Baldric cuando Conn titubeó y dirigió la mirada de su único ojo hacia él.

—Ella dijo que más allá de las murallas de Londres el mundo estaba lleno de maravillas —murmuró Conn.

—Entonces o ha viajado mucho o

bien era muy sabia pese a su corta edad —dijo Baldrick con una sonrisa.

—Lo era —confirmó Conn.

Durante un momento trató de imaginar cómo habría sido si Nia hubiera estado a su lado en ese momento para mostrarle todas las maravillas de las que ella siempre había hablado. La tristeza lo invadió, pero a diferencia de hacía escasas semanas, el recuerdo de Nia ya no lo precipitó en un abismo de desesperación. Recordó la promesa que le había hecho, y la idea de que en ese momento disfrutaba un poco de aquella libertad que ella le había dicho que buscara, lo consoló.

Había abandonado Londres.

Viajaba a países remotos, veía cosas que hasta hacía poco hubiese considerado algo imposible y por primera vez se le ocurrió —aunque solo durante un instante— que tras la oscuridad de la pena también podría aparecer una luz clara.

La herida de su brazo había cicatrizado, se sentía sano y estaba vivo, y por primera vez en mucho tiempo tuvo una ligera esperanza.

Desde Roma el ejército siguió avanzando a lo largo de la Vía Appia, uno de esos caminos principales que antaño vinculaban los centros del

Imperio romano entre sí. A lo largo de los siglos, ciertos tramos de la franja pétreo que se extendía desde Roma hasta la ciudad portuaria de Brindisi habían sido reparados y conservados. Facilitaba el avance del ejército y su imponente contingente —que durante la marcha a través de Italia había aumentado aún más— de manera considerable; en cambio otros tramos estaban en ruinas, el empedrado estaba invadido por la hierba y apenas dejaba adivinar el antiguo trazado del camino.

Cuando a principios de noviembre empezó a caer una lluvia abundante que dificultaba el avance, los días de descanso en Lucca y Roma se cobraron

su venganza. Solo alcanzaron Bari hacia finales de mes, donde cientos de barcos de carga aguardaban para trasladar los cruzados a Grecia. Conn nunca había visto un número semejante de embarcaciones que, en medio de las aguas grisáceas del mar agitado por el viento y la lluvia, cabeceaban sujetas a las cadenas de las anclas, ni siquiera en Génova. Pero resultó que el invierno ya había avanzado demasiado y, en su mayoría, los capitanes bajo cuyo mando estaban los barcos se negaron a emprender la travesía debido a las peligrosas tormentas que solían embravecer el mar en esa época y lo convertían en una húmeda tumba para

cuantos se aventuraban en él.

Durante varios días, nadie sabía si los comandantes del ejército estaban dispuestos a correr el riesgo y quizás obligasen a los capitanes a realizar su trabajo. Pero finalmente reflexionaron y tanto el duque Roberto como Esteban de Blois partieron hacia Calabria con sus unidades, donde Marcos de Tarento, el soberano normando del sur de Italia conocido como Bohemundo —el nombre de aquel gigante mítico—, debido a su supuesta fuerza legendaria, les ofreció refugio. Decían que también Bohemundo, impresionado por el ejemplo de los cruzados, había caído presa del entusiasmo religioso y

planeaba hacer la travesía en primavera a la cabeza de un ejército. El único que no quiso aguardar fue el conde Roberto de Flandes; prometiéndoles grandes recompensas a los capitanes, logró reunir una pequeña flota que debía trasladarlo a él y a sus hombres hasta Grecia antes de fin de año... y pese a todos los peligros, los barcos llegaron a Dirraquio sanos y salvos.

Para los demás cruzados se inició un tiempo de espera. Ocuparon sus campamentos de invierno en medio de las boscosas colinas coronadas de castillos y, para la mayoría de los miembros del ejército, dichos campamentos solo consistían en unas

lonas suspendidas por encima del suelo bajo las cuales procuraban resguardarse del viento y la lluvia. Mientras que los nobles se alojaron en castillos y fincas cuyos señores estaban dispuestos a respetar las normas de la hospitalidad, los soldados rasos debían encargarse de su propio abastecimiento. Así que no transcurrió mucho tiempo antes de que el alivio inicial causado por el fin momentáneo de la larga marcha diera paso a la desilusión. Algunos comandantes sabían cómo disciplinar a sus hombres obligándolos a ejercitarse con las armas de manera regular, pero los aguaceros cada vez más intensos de diciembre —que convertían el suelo en

un lodazal y hacían que la humedad penetrara hasta en el último rincón— se encargaron de que los campamentos de invierno se convirtieran en una prueba agotadora que venció la resistencia de numerosos cruzados...

—¿Lo habéis oído?

La cabeza de Bertrand, cubierta de su empapada y rizada cabellera, se asomó a la entrada de la improvisada tienda que Baldric había montado para él y sus hombres. Fuera reinaba la más absoluta oscuridad; durante la noche más nubarrones habían oscurecido las estrellas y la luna, de modo que en el interior de la tienda reinaba la penumbra solo aliviada por la tenue luz de las

brasas.

La propia tienda consistía en una gran lona sostenida por palos y que en tres lados alcanzaba el suelo, mientras que la parte trasera estaba ocupada por un carro cargado de heno del que los cruzados ingleses se habían apoderado. No era un alojamiento muy confortable, pero era bastante menos húmedo y más amplio que la mayoría. Un fogón ocupaba el centro por encima del cual Conn intentaba preparar una cena medianamente satisfactoria con un poco de cereal y unas raíces. Remy estaba acurrucado en el suelo lustrando su espada; Baldric se encontraba sentado con la espalda apoyada contra el carro,

envuelto en su manto de lana y, como casi siempre, parecía sumido en sus meditaciones. A Conn le pareció que, entre todos los cruzados, el normando tuerto era quien se enfrentaba a las desagradables condiciones con mayor indiferencia.

—¿Qué se supone que hemos oído?
—Quiso saber Conn, al tiempo que revolvió la sopa y aguardaba que hirviera la cebada.

—Que los lotaringios se encuentran ante las puertas de Constantinopla —dijo Bertrand, anunciando la novedad que quizás había escuchado en una de las tiendas de abastecimiento repartidas por el campamento. Allí jugaban a los

dados, bebían vino y hacían todas esas cosas con las que el normando solía matar el tiempo.

—Maldición —dijo Remy, sin despegar la vista de su tarea, pero frunciendo el ceño.

—¿Maldición? —preguntó Conn, y su mirada curiosa osciló entre ambos—. ¿Por qué? ¿Qué significa eso?

—Eso significa, mi ingenuo amigo, que puede que lleguemos demasiado tarde para liberar Palestina. Pues mientras permanecemos aquí sentados mano sobre mano, el duque Godofredo y los suyos ya han recorrido el largo camino y se encuentran ante las puertas de Tierra Santa.

Conn se mordió los labios. Había oído hablar de los demás ejércitos de cruzados que también habían emprendido la marcha, entre estos el de Godofredo de Bouillon, duque de la Baja Lotaringia. Sin embargo, a diferencia de los nobles normandos, Godofredo había partido en verano y por eso quizás había logrado una considerable ventaja.

—Ahora ya no pasará mucho tiempo antes de que De Bouillon y los suyos se encuentren ante las puertas de Jerusalén, de modo que lo único que podremos recoger será la bosta de sus caballos en vez de llenarnos los bolsillos con los tesoros de Oriente.

La desilusión de Bertrand era ostensible.

Baldric, que hasta entonces había guardado silencio pero sin dejar de escuchar la disputa con mucha atención, le lanzó una mirada severa.

—Si lo que deseas es hacerte con tesoros, sería mejor que te hubieras quedado en casa —lo reprendió—. ¿Acaso es ese el motivo por el cual te has unido a esta empresa, Bertrand?

—No, claro que no —se apresuró a asegurar el reprendido, y agachó la cabeza empapada como un perro regañado—. En todo caso no solo por eso. Pero resulta que los hombres hablan.

—¿Sobre qué? —Quiso saber Baldric.

—Pues... sobre qué podremos obtener en aquel país extranjero —dijo Bertrand con una sonrisa tímida y procurando que le perdonaran—. Claro que se trata de la salvación de nuestras almas y de servir a la cristiandad, pero ¿qué tiene de malo si de paso nos llenamos los bolsillos? Aparte de que el objetivo de esta campaña militar sea servir a una causa sagrada, es igual a todas las demás, ¿no?

—Si eso es lo que piensas, amigo mío —replicó Baldric en tono resignado—, no has aprendido nada en las últimas semanas y has malgastado tu tiempo.

—De todos modos, eso es lo que me temo, si he de ser sincero —dijo Bertrand, se acercó al fogón y extendió las manos para calentarlas—. Ahora que Godofredo alcanzará la meta mucho antes que nosotros y es obvio que llegaremos demasiado tarde, me pregunto si...

—¿Qué? —insistió Baldric cuando el otro vaciló.

—Si aún tiene sentido permanecer aquí —soltó Bertrand en tono apocado y clavó la vista en el cazo de sopa.

Conn había dejado de revolver. Tanto él como Remy dirigieron la mirada hacia Baldric, casi convencidos de que este se enfadaría y perdería el

control. Pero el caballero se quedó tranquilamente sentado contemplando a Bertrand con su único ojo.

—¿Qué intentas decirme exactamente, amigo? ¿Que tu valor te ha abandonado? ¿Que prefieres dar la vuelta y regresar a casa?

—Pues en ningún caso sería el único que piensa eso —replicó Bertrand sin despegar la vista del cazo del que surgía un aroma amargo—. Según dicen, anoche numerosos guerreros volvieron a abandonar el campamento.

—¿Cuántos? —preguntó Baldric.

—Dicen que quince, pero puede que en realidad sean muchos más.

—Cobardes y ofuscados. Todos

ellos han perdido de vista el objetivo de esta empresa.

—No se trata solo de eso —objetó Bertrand—. La mayoría de esos hombres han perdido mucho más que su objetivo. Muchos dejaron mujer e hijos en sus casas, a otros esta larga marcha les costó todo lo que poseen. Sus medios y sus provisiones se han acabado.

—¿Y entonces cómo regresarán? —preguntó Conn.

—Muy sencillo, mi joven criado —respondió Bertrand, haciendo rechinar los dientes y en tono asqueado—. Venden lo último que les ha quedado: sus caballos, su armadura e incluso sus

armas.

—¿Es eso verdad?

Conn arqueó las cejas. Podía imaginar que un caballero vendiera su caballo si no le quedaba más remedio... pero ¿sus armas? ¿Su armadura? ¿Incluso su espada? ¿Qué se había hecho de la arrogancia que Conn siempre le había adjudicado a los normandos?

—Hay pocas cosas de este mundo que considero propias —dijo Baldric en voz baja—. Pero las sacrificaría sin dudar si así pudiera alcanzar la salvación eterna. Pero aquellos le dan más importancia al regazo de sus mujeres que a la inquietud por su alma inmortal. Y por eso —añadió,

lanzándole una mirada cautelosa a Bertrand— merecen desprecio.

Conn notó que el reprendido daba un respingo. El rostro comúnmente despreocupado de Bertrand se crispó y sus mejillas se ahuecaron y palidieron. Removió las brasas con un trozo de leña.

—¿Es que vosotros, so necios, creísteis que sería fácil? —preguntó Baldric—. ¿Pensasteis que superaríais todos los obstáculos a la primera?

—No —dijo Bertrand, meneando la cabeza—. Pero esta inactividad que ya dura semanas...

—¿Y qué? ¿Nunca se te ocurrió que Dios podría ponernos a prueba de este

modo? ¿Que quiso poner a prueba nuestra paciencia y descubrir si somos dignos de la tarea? ¿Que quizá quiera separar el grano de la paja, tal como antaño el Bautista anunció junto al río Jordán?

Conn había vuelto a revolver la sopa, no tanto porque lo considerara necesario sino porque se sentía abochornado. A fuer de ser sincero, debía reconocer que secretamente le había dado la razón a los argumentos de Bertrand, sobre todo porque él no había participado en esa campaña militar por convicción sino porque Baldric casi lo obligó. No obstante, y para su propio desconcierto, constató que se arrepentía

de ello... y se avergonzaba. La profunda convicción que albergaba en el corazón no había dejado de afectarlo también a él.

—No soy quién para juzgar si sois grano o paja —continuó diciendo Baldric—. Al menos eso es algo que cada uno de vosotros ha de decidir por sí mismo. Pero sea cual sea vuestra decisión, la aceptaré sin rechistar. Ninguno de vosotros me debe nada, y tampoco tú, Conn.

—¿Señor? —exclamó Conn y alzó la vista, sorprendido.

—Tal vez llevarte conmigo fue un error. Si incluso mis amigos y confidentes más íntimos dudan del

sentido de esta campaña militar, ¿cuánto has de echar de menos tu hogar, tú a quien comprometí en ella en contra de tu voluntad?

—P... pues —tartamudeó Conn, que no sabía qué contestar—, yo...

—Si tu deseo es regresar a Inglaterra, entonces vete —lo desafió Baldric—. Tu deuda está pagada, no te detendré.

—¿No? —preguntó Conn.

Baldric negó con la cabeza.

—Te regalo la libertad. Es mi obsequio de esta noche.

Conn se quedó boquiabierto. Hacía un momento había sido el doncel y el criado de Baldric, más siervo que libre,

¿y ahora de pronto podía elegir? Durante un momento sintió alivio y gozó de la idea... hasta que se dio cuenta de que hacía rato que había elegido.

En Inglaterra ya no había nada por lo cual mereciera la pena regresar. El único motivo hubiera sido Guillaume de Rein, pero este se encontraba entre los cruzados, si bien su alojamiento debía de ser menos frío y sus comidas más abundantes, sin duda. Pero curiosamente no fue el deseo de venganza lo que determinó la decisión de Conn: perplejo, constató que se debía a cierto aprecio que había desarrollado por Baldric.

—Os lo agradezco, señor —dijo—,

pero no quiero regresar a Inglaterra.

—¿Por qué no?

—Porque allí no tengo nada que ganar, sino todo que perder —contestó Conn sin vacilar—. Mientras que aquí las cosas son exactamente a la inversa.

Baldric lo miró fijamente durante largo rato. Después el normando rio de un modo que dejó claro que no había esperado otra respuesta.

—Bien dicho, doncel —dijo y asintió con la cabeza—. ¿Y tú qué has decidido, Bertrand?

El aludido miró primero a Conn, después a Remy y por fin a Baldric; pese al resplandor rojizo de las llamas, todos notaron que su rostro se cubrió de

rubor.

—Me temo que nuestro joven amigo acaba de darme una lección. Maldito sea su modesto carácter anglosajón.

—Un corazón puro está abierto a la verdad —dijo Baldric, expresándolo de manera más halagüeña y todos rieron... hasta que oyeron el repicar de las campanas que el viento arrastraba desde la aldea más cercana.

—Cristo ha nacido —dijo Baldric, y se puso de rodillas para persignarse.

—Cristo ha nacido —confirmaron Bertrand y Conn, y lo imitaron e incluso el severo Remy dejó la espada a un lado e inclinó la cabeza.

Era la Navidad del año 1096.

Damasco

Unos días después

Bahram al-Armeni estaba fatigado.

Durante horas, había mantenido la vista clavada en el cielo por encima de Damasco hasta que las estrellas solo parecían puntadas con las que alguien había perforado arbitrariamente el manto de la noche sin seguir un patrón preciso.

Iluminada por la luna, la ciudad

ofrecía un aspecto pacífico: las murallas protectoras que la rodeaban; la franja resplandeciente del río que la atravesaba desde el este; las altas cúpulas de la mezquita de los omeyas y también la biblioteca y la universidad anexas y, entre estas, las torres puntiagudas de los minaretes. Si bien Bahram era oriundo de Tal Bashir, situado en la frontera meridional de la lejana Armenia, Damasco se había convertido en un segundo hogar para él y, aunque no era musulmán sino de fe cristiana al igual que muchos armenios, había alcanzado una buena reputación entre los soberanos selyúcidas del país; ello estaba relacionado con los

servicios militares que primero prestó a Tutush, el hermano del sultán, y más adelante a su hijo Duqaq, el poderoso soberano de Damasco. Bahram se había destacado en innumerables batallas, adquiriendo un estatus muy elevado entre los guerreros de Duqaq que, como oficial de alta graduación, le proporcionaron riqueza y respeto... y la libertad de poder dedicarse a otros asuntos en tiempos de paz.

—¿Y bien, amigo mío? —preguntó, dirigiéndose al hombre acurrucado sobre un cojín en el suelo mirando fijamente a través de un largo tubo de latón dirigido al cielo—. ¿Veis algo?

Jamal ibn Jallik no contestó de

inmediato. Siguió mirando a través del catalejo unos instantes más, como si temiera omitir algo o incluso pasarlo por alto. Solo entonces dirigió la mirada de sus ojos llorosos hacia Bahram, pero fue como si durante un momento no se percatara de su presencia. Al contrario, al parecer, el anciano astrólogo necesitaba unos momentos para regresar de los secretos del cosmos al aquí y ahora; se encontraba muy por encima de las callejuelas de piedra de Damasco, en el jardín instalado en la azotea de la magnífica casa ocupada por Bahram, un indicio del aprecio que Duqaq sentía por él.

—Quisiera

responder

afirmativamente a vuestra pregunta, señor, pues entonces vuestra ignorancia hubiese llegado a su fin, pero no puedo. Estos días el firmamento está desierto, desierto de señales y de verdades.

—Pero he interpretado las señales —objetó Bahram—, eran favorables...

—Sí, ha habido señales —dijo el astrólogo, asintiendo con la cabeza al tiempo que sus rasgos oscuros, arrugados y un tanto coriáceos esbozaban una sonrisa—, y que los hayáis reconocido mientras muchos otros astrólogos los pasaron por alto demuestra vuestros conocimientos y vuestra erudición... pero jamás podéis estar seguro de lo que significan. Allí

arriba están ocultas todas las relaciones entre la vida y la naturaleza del cosmos, de eso podéis estar seguro, señor. No obstante, somos incapaces de predecir el momento en el que se nos revelan y tampoco determinarlo.

Bahram adoptó una expresión de disgusto.

El arte de la astrología era su pasión. Si su destino —que lo condujo del lejano Tal Bashir hasta Siria— no hubiese enfilado el camino de la guerra, era de suponer que Bahram se habría dedicado a la astrología, que le parecía una ocupación mucho más satisfactoria y compensadora. Estaba profundamente convencido de que la maravillosa

regularidad y el orden de las estrellas reflejaba la sabiduría de Dios y el poder de la creación y que, si uno sabía hacerlo correctamente, podía captar el reflejo de lo divino, del cual a su vez se podían sacar conclusiones acerca de las obras y los anhelos de los mortales, tanto en lo bueno como en lo malo.

—Sé cuán escasamente satisfactorio ha de resultaros esto, señor —dijo Ibn Jallik, cuya familia hacía generaciones que se dedicaba al arte de la astrología, generaciones que se remontaban a la época de la antigua Babilonia—. Pero cuando las estrellas no están dispuestas a revelar sus secretos, nosotros no podemos arrancárselos.

—Soy consciente de ello, maese Jamal —contestó Bahram.

Una parte de lo que sabía acerca de los astros, las constelaciones y sus significados más profundos la había aprendido en los libros, pero lo más importante se lo había enseñado Ibn Jallik quien, siempre que los tiempos lo permitían, se convertía en su amigo paternal y en su maestro.

—Pero ¿no sería posible que hayamos pasado algo por alto? ¿Un indicio oculto, por más pequeño que sea?

—¿Por qué estáis tan seguro, Bahram? En todos los años que os conozco rara vez os he visto tan inquieto

y supongo que ello no guarda tanta relación con los cambios de los astros como más bien con algo que averiguasteis en el palacio del soberano y que os han prohibido mencionar.

Bahram rio, procurando ocultar su sorpresa. Ya en el pasado se vio obligado a constatar que ocultarle algo a Jamal no era fácil. Entretanto, parecía que el anciano había adquirido el don de la profecía... o tal vez hacía tanto tiempo que moraba en el mundo que conocía el carácter de las personas con mucha precisión.

—Tenéis... razón —admitió, pero de mala gana.

—En ese caso, deberíais

preguntaros si lo que realmente ansiáis es el conocimiento o si en realidad hace tiempo que habéis decidido lo que significan esas cosas y solo queréis que el cielo os lo confirme.

Esas eran las declaraciones por las cuales Bahram sentía tanto aprecio por el viejo astrólogo: abiertas y directas pero no hirientes, y de una aguda sabiduría. Era verdad: en el palacio Bahram se había enterado de una serie de circunstancias inquietantes y por eso procuraba descubrir adónde conducirían.

La solicitud de ayuda que Alejo, el emperador bizantino, había enviado a los cristianos de Occidente en

primavera no quedó sin respuesta. Ya en otoño, unos comerciantes griegos informaron que en el remoto oeste se reunía un poderoso ejército cuya meta declarada consistía en apoyar Bizancio en su lucha contra las fuerzas superiores de los selyúcidas y liberar las ciudades santas de la cristiandad de las manos de los musulmanes. Al principio, ni el sultán ni sus emires y *atabeyes* habían dado importancia a dichos aventurados informes, pero los acontecimientos más recientes demostraban que eran ciertos desde todo punto de vista.

Varios ejércitos habían emprendido camino al este de inmediato, tanto por tierra como por mar, y al menos uno de

ellos ya había alcanzado la ciudad de Constantino y estaba a punto de unirse al ejército del emperador. Exactamente qué significaba eso, adónde se dirigirían los cruzados —como se denominaban a sí mismos— y qué tramaban aún era incierto, pero Bahram sentía que se había sembrado el viento... y que se recogerían tempestades.

—Tenéis razón, maese Jamal —admitió—. Puede que efectivamente solo trate de averiguar algo a través de los astros que en realidad hace tiempo que sé. Quizá lo que estoy buscando también sea esperanza, consuelo.

—¿Vos...? —dijo Ibn Jallik, mirándolo fijamente con sus ojos

enrojecidos por el esfuerzo—, ¿... que sois un guerrero?

—Precisamente por eso —respondió Bahram en tono sombrío.

Había albergado la secreta esperanza de que, después de tantos años de luchas y de las innumerables batallas que había librado por encargo del emir Duqaq, por fin encontraría un poco de tranquilidad y pudiese dedicarse a la ciencia, que tanto significaba para él. Pero los signos del tiempo pronosticaban algo diferente.

—¡Señor! ¡Mirad!

La exclamación de sorpresa de Ibn Jallik arrancó a Bahram de su ensimismamiento; se volvió y vio que el

índice de la mano huesuda del anciano de expresión temerosa indicaba el cielo. Dirigió la mirada en esa dirección y soltó un grito de sorpresa al ver la imagen luminosa que aparecía en el firmamento.

Durante un instante que se hizo eterno recorrió el cielo nocturno del que casi parecía precipitarse, después se apagó tan súbitamente como había aparecido.

—¿Maese Jamal? —dijo Bahram, agitado, y se volvió hacia el anciano.

Pero Ibn Jallik fue incapaz de contestar. Los rasgos coriáceos del astrólogo se habían convertido en una máscara inmóvil, tenía la boca

desdentada muy abierta y procuraba recuperar el aliento sin despegar la vista del lugar en el que la imagen había desaparecido.

—¿Maese Jamal? —repitió Bahram en tono insistente pero también suave.

—La señal —susurró el anciano, que seguía contemplando el firmamento—. Ha sucedido, visible para todos. Ha caído una estrella.

—¿Y eso qué significa? —Quiso saber Bahram y notó que su estómago se encogía.

Solo entonces el astrólogo se volvió hacia él y la mirada de sus ojos llorosos e irritados era tan fría y objetiva que Bahram se estremeció.

—Muerte y perdición —declaró el
viejo con voz apagada—. Un reino
sucumbirá... y surgirá uno nuevo.

Libro segundo

Terra Orientalis

1097 d. C.

Creta

Abril de 1097

—Contempla esos oscuros nubarrones que se ciernen sobre nosotros, hija mía.

La voz de Isaac Ben Salomon era sombría. El viento que hacía meses barría el mar y que en esa primavera no parecía tener fin, tiró de su manto y despeinó sus cabellos blancos como la nieve. Como con tanta frecuencia durante las últimas semanas, los rasgos

del viejo comerciante expresaban una amarga preocupación pues el tiempo se escurría entre sus manos.

Su plan original había consistido en alcanzar Judea directamente desde Génova, a lo largo de una de las rutas comerciales orientales, pero ello resultó imposible. Muchos capitanes genoveses habían optado por dejar sus barcos en el puerto porque confiaban en hacer mejores negocios con los cruzados; en cambio otros optaron por transportar provisiones, y otros, abastecimientos destinados a los ejércitos acampados en el sur de Italia y solo recorrían esas rutas.

A falta de otro pasaje, Chaya y su

padre se vieron obligados a embarcarse en uno de dichos barcos que primero los llevó hasta Siracusa, desde donde —tras varias semanas de espera— obtuvieron un pasaje a Creta. Pero poco después de su llegada comenzaron las tormentas invernales, de modo que durante varios meses la isla se convirtió en su hogar no deseado. Meses de inacción y apatía, de ensimismamiento y reflexión.

Y para Isaac también de duda.

—¿Qué quieres decir, padre? —le preguntó Chaya en tono suave.

—Aquellas embarcaciones de allí se preparan para zarpar —respondió Isaac, señalando el puerto de Heraclion, visible desde el jardín de la azotea de su

albergue.

—Bien —dijo Chaya con esperanza—, ¿acaso eso no es bueno para nosotros? Debe de significar que la tormenta ha pasado por fin y que podremos continuar nuestro viaje, ¿no?

Isaac no reaccionó a su pregunta ni se volvió hacia ella. Como hechizado, mantuvo la vista clavada en los largos navíos que disponían de varias hileras de remeros y de grandes velas colgadas de las vergas. Las cubiertas de popa de los navíos estaban acorazadas con grandes planchas metálicas en forma de torre, las proas estaban provistas de espolones reforzados de hierro que, sin duda, servían para atacar otros barcos.

—Son dromones, Chaya —le explicó Isaac en voz baja—, galeras de guerra bizantinas. Zarpan porque a esta parte del mundo le aguarda una guerra. Un comerciante de Mileto me contó que el emperador Alejo intenta reconquistar aquellas islas que en los años pasados le fueron arrebatadas por los turcos. Seguro que confía en que la llegada de los cruzados a Asia Menor debilitará a los selyúcidas.

—¿Y nosotros, padre? ¿Qué significa eso para nosotros?

—Que una vez más la historia está a punto de alcanzarnos, hija mía —contestó Isaac—. Todo el mundo parece haber entrado en movimiento y nada es

como antaño lo fue.

—¿Qué es lo que temes exactamente, padre?

—¿Que qué temo? —dijo Isaac y se volvió hacia ella y Chaya no supo si era el temor que le humedecía sus ojos o el viento constante—. Temo que aquella tormenta que se cierne más allá y que es una creación humana resultará mucho más peligrosa que las del invierno pasado... y que podría volver inútil mi misión. Debo llevar el libro a la tierra de nuestros antepasados... pero ¿y si allí corre un peligro mucho mayor? ¿Si pese a todas las medidas de precaución cayera en las manos equivocadas? ¿Qué clase de portador sería yo si ello

ocurriera?

—Un portador —repitió Chaya. El viento también agitaba su manto y tiraba de su capucha—. Ya has mencionado esa palabra en cierta ocasión. ¿Qué significa exactamente?

Su padre se mordió los labios, como si primero debiera sopesar qué podía revelar y qué no.

—Hasta donde alcanzan nuestros recuerdos —contestó por fin—, hubo portadores y conservadores. Unos cuidaron del libro durante siglos y lo guardaron en lugares secretos. Los otros debían llevarlo de vuelta a la tierra de los antepasados si nuestro pueblo corría peligro. La bipartición del puesto servía

para reducir el peligro.

—¿Y Daniel Bar Levi es uno de esos conservadores?

Isaac asintió.

—Heredó el puesto de su padre, como yo y mi hermano Ezra lo heredamos del nuestro.

—Entonces él tuvo que cargar con un peso menor.

—¿Lo crees así? —dijo Isaac y se encogió de hombros—. No lo sé, hija. Saber que durante todos esos años el libro estaba bajo su techo y ser consciente de que debía conservarlo incluso si le costaba la vida no me parece una carga ligera.

—Es verdad —dijo Chaya,

inclinando la cabeza—. ¿Y hasta dónde se remonta esa tradición?

—Hasta mucho tiempo atrás — replicó su padre, y en ese momento Chaya estaba segura de ver lágrimas en los ojos de él—. La existencia secreta del libro fue transmitida de generación en generación, a los hijos carnales, a los yernos y a los hijos adoptivos, desde aquel día en el que el pueblo de Israel fue expulsado por los usurpadores romanos y Jerusalén se convirtió en ciudad prohibida.

—El rabí Akiba a menudo nos contó esa historia cuando aún éramos niños — dijo Chaya, recordando—. Nuestro pueblo se rebeló contra el emperador

Adriano y trató de quitarse de encima el yugo del gobierno extranjero. No obstante, Adriano mandó reprimir la rebelión a sangre y fuego, y se encargó de que la casa de Jacob se dispersara por todo el mundo.

—Se diseminó por todas las tierras de este mundo —dijo su padre—. Se promulgaron leyes y se impusieron reglas, pero el pueblo judío siempre se aferró a sus propias tradiciones y a su fe, las conservó como conservó los mandamientos de la Torah y las enseñanzas del Talmud... y junto con aquellas, también el libro que es tan importante y cuya existencia solo unos pocos conocen. Desde Ascalón, donde

antaoño fue redactado, emprendió un largo viaje, primero hacia el este, a las comarcas de los partos y los armenios, después al norte, a la tierra de los magiares. Desde allí finalmente llegó a Occidente, remontó el gran río hasta el reino de los francos, cuyo emperador Carlos acogió a nuestro pueblo con simpatía y le prometió protección. Allí permaneció el libro de Ascalón durante mucho tiempo, hasta el presente.

El viejo Isaac se interrumpió para secarse las lágrimas con un gesto que debía parecer casual.

—Siempre tuve claro que el día que volviera a ver el sello de Salomón también sería el día en el que tendría

que cumplir con mi promesa.

—¿Habías contado con ello? — preguntó Chaya.

—No —admitió su padre, moviendo la cabeza—. Como tampoco conté con la muerte de tu madre. O con que tras todos esos siglos de paz el pueblo de Israel podría volver a ser hostigado y debiera temer por su existencia. ¿Por qué los humanos tendemos a considerar que aquello que poseemos es seguro y está dado? ¿Dónde está nuestra humildad frente al Señor? ¿Dónde nuestro agradecimiento?

Chaya no supo qué responder. Era verdad: hasta hacía poco tiempo ella también había dado por sentadas muchas

cosas, pero que entonces le parecieron extraordinarias, incluso inalcanzables. Pero sobre todo percibía el dolor y la pena de su padre y la soledad que lo martirizaba... y sintió la necesidad de ayudarlo.

—¿Por qué no me dices qué está escrito en el libro, padre? —preguntó en voz baja—. A lo mejor compartir la carga te aliviaría.

—Quizás —admitió él y le apoyó las manos en los hombros con ademán cariñoso—. Pero al mismo tiempo supondría una carga para ti, hija mía, y tú ya has de cargar con bastantes cosas. Si te oculto lo que pone en ese libro no lo hago porque desconfíe de ti, Chaya,

sino para protegerte.

Isaac no aguardó la respuesta de ella sino que se volvió y se dispuso a abandonar el jardín de la azotea.

—¿Adónde vas? —preguntó ella.

—Al puerto. Trataré de conseguir un pasaje a Alejandreta.

—¡Pero la tormenta aún no ha amainado!

—Tanto da —dijo el anciano, encogiéndose de hombros—. Prefiero enfrentarme a las olas que aguardar que...

De pronto enmudeció y su rostro se crispó de dolor. Se inclinó hacia delante y se apoyó en la barandilla de madera que bordeaba la estrecha escalera de

pedra.

—¡Padre! —exclamó Chaya y corrió hacia él—. ¿Qué te ocurre?

—Ya estoy bien —dijo, su semblante se relajó y volvió a enderezarse—. Solo un ataque de debilidad, nada más. Estoy envejeciendo, eso es todo.

—Tienes que descansar, ¿me oyes?

—Lo haré, hija mía —prometió, y durante un breve momento volvió a lanzarle esa pícara sonrisa que antaño ella había adorado—. Cuando haya acabado con la misión.

Entonces se volvió y descendió la escalera... y a Chaya le pareció que era un anciano a quien seguía con la mirada.

*Pelekanon**Mediados de junio de 1097*

Conn estaba cansado, exhausto tras la larga marcha, demacrado por las privaciones.

Cuando las tropas de refuerzo borgoñonas a las que se había unido alcanzaron las estribaciones del campamento que los cruzados montaron en Pelekanon, a orillas de una bahía que se extendía tierra adentro entre rocosas

colinas, Conn estaba lejos de sentir el alivio que había imaginado durante el largo viaje. Vio las tiendas que cubrían las laderas, las hogueras llameantes y los innumerables estandartes ondeando en la fresca brisa del atardecer, muchos provistos con el signo del Redentor. Pero la vista no lo llenó de satisfacción ni se sintió orgulloso de haber finalmente alcanzado la meta tras su larga odisea: estaba demasiado cansado, demasiado sediento y el dolor en la planta de los pies era en exceso abrasador.

Casi no quedaba nada del manto que Baldrick le había comprado. De sus hombros solo colgaban mugrientos

jirones de lana y la cruz apenas se veía. El resto de sus ropas no estaba en mucho mejor estado, así que ofrecía un aspecto bastante lamentable cuando pisó el campamento. Los guardias apostados eran guerreros lotaringios del contingente del duque De Bouillon que ya habían llegado al Bósforo el año pasado. Dejaron pasar al grupo y les indicaron el camino a las tiendas de avituallamiento, instaladas por el acaudalado conde de Tolosa para sus vasallos.

Puesto que Conn había acompañado al contingente durante más de diez días, también recibió una ración consistente de una espesa papilla de cereales y unos

frutos secos que jamás había probado con anterioridad. Eran alargados y de color pardo y aunque ignoraba cómo sabían, volvió a coger otro puñado y lo depositó en su cuenco de madera.

—¡Eh, tú! —le espetó el cocinero, un individuo gordo que parecía ser su propio huésped predilecto—. Haz el favor de dejar algo para los demás, ¿oyes?

Conn encogió la cabeza y se largó. Luego tomó asiento a cierta distancia del carro de la cocina, que despedía un olor rancio y amargo a través del campamento, y empezó a comer. Devoró la papilla con voracidad para apaciguar el hambre e inmediatamente notó que

recuperaba una pequeña parte de sus fuerzas.

Solo entonces se percató de que en el campamento reinaba una gran tranquilidad y que ello no solo se debía a que era tarde. Apenas unos pocos guerreros estaban sentados en torno a las hogueras y la actividad era mucho menor que la reinante en el campamento de invierno de la lejana Calabria. En muchos lugares anteriormente ocupados por carros o tiendas había huecos y tanto la hierba pisoteada como los surcos permitían suponer que hacía escaso tiempo que habían desaparecido.

Conn no sabía qué significaba dicha circunstancia y en el fondo le daba igual.

Durante las pasadas semanas se había preguntado un sinfín de veces si merecía la pena seguir, si tenía sentido querer alcanzar la lejana meta del viaje. El hambre y la sed abrasadora hicieron que el deseo de vengarse pasara a segundo plano y el esfuerzo cotidiano por sobrevivir hizo que Guillaume de Rein se convirtiera en una sombra remota. Con solo siguió marchando porque no quería morir como un perro en tierra de nadie... Y porque durante unas horas oscuras y desesperadas creyó oír una voz interior que lo animaba a seguir. La voz le ordenó que diera un paso tras otro y que siguiera caminando, siguiera y siguiera... como si todavía debiese

cumplir un destino, alcanzar una meta más elevada...

Tras acabar la papilla, decidió probar suerte con uno de los frutos secos. Lo olisqueó y luego se lo metió en la boca: la carne era firme y harinosa y, para sorpresa de Conn, de un dulzor agradable, pero entonces mordió algo duro que encima le pinchó la lengua y escupió el fruto soltando un grito, provocando las risas de los otros dos guerreros sentados en torno a la hoguera.

—¿Qué pasa, amigo mío? —preguntó uno de ellos, sonriendo; tenía rizados cabellos rubios y llevaba el jubón de cuero de un arquero—. ¿No te gusta el dátil?

—¿Dátil? —dijo Conn, frotándose la lengua lastimada y arqueando las cejas.

—El fruto que acabas de comer —le explicó el de los rizos, indicando los restos poco apetitosos que Conn había escupido—. O más bien, el que querías comer —añadió, sonriendo—. Saben bastante bien, pero no hay que morder el hueso.

Conn se sintió como un tonto, soltó un bufido, se metió otro dátil en la boca y masticó con cuidado, se tragó la carne y escupió el hueso.

—Aprendes con rapidez —dijo el rubio.

—Lo intento —dijo Conn—. ¿Queréis un poco? —añadió y les tendió

el plato a ambos.

—No, gracias —dijo el otro soldado, un individuo flaco que llevaba una desastrada armadura de escamas—. En las últimas semanas hemos comido tantos dátiles que ya nos salen por las orejas.

—¿Cuánto hace que estáis aquí?

—Desde el pasado invierno.

—Entonces debéis de ser lotaringios.

—Ya lo creo —dijo el arquero y se golpeó el pecho con el puño—, y de los mejores, a saber, vasallos de De Bouillon. Me llamo Hernaut y este es Bovo, mi valiente camarada.

El flaco, que llevaba los negros

cabellos cortos, quizá para combatir los piojos, asintió con la cabeza.

—¿Y tú cómo te llamas? —preguntó.

—Conwulf —respondió Conn, y al ver que su nombre no causaba ninguna reacción, añadió espontáneamente—, el hijo de Baldric.

—Así que eres un normando —dijo Hernaut, y Conn tuvo que superar cierta resistencia antes de asentir.

Pero ¿por qué no? En las semanas anteriores ya se había tragado tantos sapos para seguir con vida (y a veces en sentido literal) que uno más le daba igual. En última instancia se trataba de un robo como todos los demás que había cometido, solo que en esa ocasión no se

apropiaba de un talego ajeno sino de un nombre.

—¿Conocéis al señor Baldric? —añadió, esperanzado—. ¿Habéis oído hablar de él por casualidad?

—No —dijo el arquero, sacudiendo la cabeza—. Que yo sepa, en este campamento ya no queda ningún normando; todos han seguido viaje al sur.

—Comprendo —dijo Conn, procurando disimular su desencanto.

Había albergado tantas esperanzas de volver a encontrar a Baldric y a los demás, una vez alcanzada la meta de su largo viaje... Pero esa no fue su única esperanza en desmoronarse, ¡ni siquiera

sabía si sus compañeros aún seguían vivos! Pero pese a su inquietud Conn fingió indiferencia; la vida en el camino le había enseñado que sincerarse con desconocidos podía resultar peligroso.

—¿A qué se debe que viajes solo?
—Quiso saber Bovo—. ¿No lograste reunirte con tu columna?

—Hasta cierto punto. Llegué aquí con un grupo de borgoñeses, hombres al servicio de De Tolosa. ¿Y vosotros? —preguntó, cambiando rápidamente de tema—. ¿Qué pasa aquí? ¿Por qué el campamento está casi desierto?

Hernaut volvía a sonreír maliciosamente.

—Hace un mes todo era diferente,

puedes creerme. Por todas partes reinaba el ajetreo y pululaban los guerreros del Señor, todos impacientes por emprender la lucha contra los infieles, pero el emperador Alejo no nos recibió precisamente con los brazos abiertos.

—¿Qué significa eso?

De camino, Conn había oído rumores sobre la tensión entre el duque Godofredo de Bouillon y el emperador de Constantinopla, pero los descartó como una absoluta tontería. ¿Por qué los cristianos habrían de luchar contra otros cristianos, cuando se trataba de combatir a los infieles?, se había dicho.

—Significa que Alejo quiso obligar

a nuestro señor a prestarle el juramento de lealtad —dijo Bovo—, y este se negó, desde luego.

—¿Y entonces?

—Pasamos los días de Navidad en el interior de la ciudad, invitados por el emperador. Pero mientras aguardábamos que el tiempo mejorase y por fin pudiéramos emprender la campaña militar, redujeron las provisiones por orden de Alejo. El emperador confiaba que así lograría someter a nuestro señor —añadió Hernaut—, pero había calculado mal. Cogimos a los guardias bizantinos, les dimos una paliza y abandonamos la ciudad con el fin de aguardar la llegada de los demás

cruzados. Cuando nuestras provisiones empezaron a escasear, el duque decidió quitárselas al emperador mediante la violencia. El Jueves Santo atacamos la ciudad, pero las tropas del emperador nos superaban en número, nos obligaron a retroceder y nos encontramos entre la espada y la pared, de modo que para la Pascua a nuestro señor no le quedó más remedio que jurarle lealtad al emperador.

—¿Como vasallo del emperador?

—Como su aliado —lo corrigió Hernaut en tono brusco—. Al menos a partir de entonces las relaciones han quedado claras y la cristiandad está unida en la lucha contra los infieles. Por

eso gran parte del ejército partió hace unos días, con el fin de asediar la ciudad de Nicea, de la cual los turcos se habían incautado.

—¿Y los demás? ¿Qué pasó con los caballeros de Provenza? ¿Los francos? ¿Los normandos?

—¿Qué habría de pasar? —dijo el arquero, encogiendo sus anchos hombros—. Imitaron a nuestro señor y prestaron el juramento, tanto los unos como los otros. Raimundo de Tolosa, Esteban de Blois, el conde de Flandes... y también Roberto de Normandía.

—Entonces aún está con vida —concluyó Conn en voz alta... y un instante después se reprendió por su

necedad al ver la extrañeza que sus palabras habían despertado en los otros dos.

—¿Por qué no habría de estar con vida el duque? —preguntó Bovo, alzando las cejas.

—Haces muchas preguntas para ser un desconocido, Conwulf —dijo Hernaut, y se enderezó en la roca en la que apoyaba el trasero, revelando el puñal colgado de su cinto—. El emperador ha contratado espías, según dicen...

—De ninguna manera —se apresuró a asegurar Conn—. No soy un espía, creedme. Solo que yo...

—¿Por qué no nos presentáis?

Conn enmudeció cuando alguien se acercó a la hoguera y, sorprendido, alzó la vista y contempló al desconocido cuya figura y cuyo rostro estaban iluminados por las llamas... ¡y, desconcertado, comprobó que lo conocía!

Los mismos rasgos enjutos.

El mismo cabello rubio rojizo.

La misma capucha negra.

Solo el brillo del entusiasmo se había borrado de su mirada, por lo demás, Conn estaba seguro de que quien se encontraba ante él era ese monje cuya prédica incendiaria lo había afectado tanto aquella noche en Rouen.

—Por supuesto, padre —declaró

Hernaut sin vacilar—. Este es Conwulf, hijo de Baldric el normando. Conwulf, te presento al padre Berengario de la orden de los benedictinos.

—Que la bendición del Todopoderoso sea contigo, Conwulf — dijo el monje e hizo la señal de la Cruz con la derecha.

—Os... os conozco —tartamudeó Conn.

—¿De veras? —contestó Berengario, esbozando una sonrisa; desde su último encuentro su rostro había adelgazado, pero ya no estaba tan pálido como en aquel entonces, sino bronceado por el sol—. Me sorprendes, pues yo, joven amigo, no te conozco a ti.

—No, claro que no —dijo Conn—. En aquel entonces había muchas personas en la plaza y todos escucharon vuestras palabras.

—¿Cuándo? ¿Y dónde? —Quiso saber el monje.

—En Rouen —replicó Conn sin titubear—. Hace un invierno.

—Es verdad, a fe mía —constató Berengario y, con un gesto que un observador malpensado podría haber considerado orgulloso, introdujo los pulgares en el cordón que le rodeaba el cuerpo y asintió—. He estado en Rouen... y si mal no recuerdo allí pronuncié un sermón arrebatado a favor de la campaña militar cristiana —

añadió, quitó las manos del cinto y las plegó como si de pronto hubiese recordado el precepto de la humildad—, y mis palabras eran mucho más incendiarias que hoy.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Porque hoy, mi joven amigo, sé varias cosas que en aquel entonces ignoraba —contestó el monje con una sonrisa bondadosa, pero llena de amargura—. ¿Quieres que te hable de ellas? ¿Incluso si al hacerlo puede que someta tu convicción a una dura prueba?

—Desde luego —le aseguró Conn, aunque en realidad no era cierto.

Tras todo lo que había pasado, su fe ya había sido sometida a duras

pruebas... y sin que el monje sembrara nuevas dudas al respecto. Sin embargo, Conn quería saber de qué hablaba Berengario, se moría de ganas de saberlo, ya fuera porque el monje benedictino suponía un último vínculo con su antigua patria o porque Conn secretamente confiaba recuperar una parte de la confianza que antaño había sentido en Rouen. Pero cuando el monje tomó asiento a su lado, Conn ya barruntaba que ello no sucedería.

—Desde Rouen seguí viaje hasta Caen —dijo Berengario—. De allí a Blois y Poitiers y más al sur, y fuera donde fuese, difundí la noticia acerca de la voluntad de Dios y de la campaña

militar contra los infieles. Finalmente, en Le Puy me uní al ejército del conde de Tolosa, que se dirigía al este con los suyos y al que también se unió Adhemar, el obispo de Le Puy, a quien el Papa había nombrado legado y jefe espiritual de la empresa. Al igual que la mayoría, yo también creí que así gozaríamos de la protección del Altísimo, pero resultó que estaba equivocado.

—¿Qué sucedió?

—En parte por tierra y en parte por mar, alcanzamos Eslavonia, una región peligrosa e intransitable de la que hacía mucho tiempo que el Todopoderoso había apartado el rostro. Los ladrones nos hostigaban de día y de noche y

tardamos cuarenta días en alcanzar Scutari. Desde allí seguimos viaje a través de tierras extrañas, habitadas por salvajes cuyos nombres paganos quizá tú ni siquiera has oído mencionar: guzos, cumanos, búlgaros... todos ellos hostigaban nuestro ejército; incluso hacía tiempo que habíamos alcanzado tierras bizantinas y creíamos estar bajo la protección del emperador cristiano, cuya solicitud de ayuda había impulsado a Su Santidad el Papa a convocar dicha campaña militar. Pero tal como tuvimos que constatar, los miembros de ese cuerpo ya no obedecían a la cabeza, así que por todas partes tuvimos que enfrentarnos a más ataques durante los

cuales el obispo Adhemar, entre cuyos íntimos puedo contarme, sufrió heridas tan graves que tuvo que quedarse en Tesalónica, al cuidado de los monjes del convento. De ese modo, logramos llegar a Bizancio hace escasos días... solo para descubrir que precisamente aquel emperador que no fue capaz de concedernos una escolta segura a través de su propio reino, entretanto había obligado al conde Raimundo a jurarle lealtad, así que te pregunto, Conwulf: ¿acaso los hermanos tratan así a los hermanos?

—Supongo que no —tuvo que admitir Conn—, aunque es verdad que no entiendo mucho de dichos asuntos.

—Tampoco hay mucho que entender —replicó el monje con amargura nada disimulada—. Salvo llegar a la conclusión de que algunos de los que participan en esta empresa abusan del nombre del Señor para sus propios fines.

—Deberíais tener cuidado con lo que decís, Berengario —lo advirtió Bovo—, pues, como sabéis, Bizancio tiene oídos en todas partes.

—¿Y? ¿Acaso eso hace que la verdad sea menos verdadera?

—No, pero se vuelve peligrosa —replicó el lotaringio, bajando la voz y escudriñando la oscuridad que reinaba más allá de la hoguera con expresión

recelosa.

—¿Es que en última instancia los motivos de esta campaña militar no son indiferentes? —preguntó Conn, recordando lo que Baldric le había dicho—. ¿No se trata de liberar las ciudades de la cristiandad? ¿No es esa la meta sagrada de esta empresa?

—Eso es lo que también creía yo, Conwulf —dijo Berengario—. Sin embargo, gracias a las experiencias vividas durante la larga marcha comprendí que observar cómo un ser humano se desangra en la arena de la estepa no tiene nada de sagrado y que da igual la fe que profese. Y quien alguna vez ha oído los gritos de los heridos

tendidos en el campo de batalla no los olvida con rapidez. ¿Acaso Dios puede querer algo así, Conwulf? ¿Puede aprobar una empresa como esta?

Conn lanzó una mirada de soslayo al monje, vio su mirada inexpresiva clavada en las llamas. Berengario no solo había perdido el entusiasmo que antaño lo embargaba, ¡el benedictino albergaba serias dudas acerca del sentido de la empresa! Pero si los sucesores de Cristo en la Tierra ya dudaban, si hasta los piadosos se amedrentaban ante los esfuerzos y las dificultades, ¿acaso aún existía la perspectiva de alcanzar el éxito? ¿Es que el destino..., es que quizá Dios ya

se había apartado de los cruzados?

«Si es así —pensó Conn, angustiado—, ¿para qué cargué con los peligros de las últimas semanas? ¿Por qué recorrí el camino hasta el final pese a todos los inconvenientes?».

Siempre procuró convencerse de que lo hacía por alcanzar una meta más elevada, un mejor fin. Por Baldric, por sus camaradas Bertrand y Remy —de los que ni siquiera sabía si seguían con vida— ¡y por Nia!

—¡No! —lo contradijo Conn, indignado—. ¡Os ruego que no sigáis diciendo esas cosas! ¡No quiero que todo haya sido en vano! Que todos los esfuerzos que hicimos...

—No te preocupes, no lo fue — aseguró Bovo, que tampoco parecía dispuesto a aceptar los reparos del monje—. No hagas caso de las palabras del predicador que no soporta ver el semblante de la guerra. Cada uno de nosotros debería hacer lo que mejor sabe hacer. Dejad el campo de batalla en nuestras manos, padre. Y vos, proseguid la lucha mediante las palabras.

—¿Es esa vuestra opinión? —dijo Berengario, limitándose a sonreír, una sonrisa cómplice y al mismo tiempo indulgente—. ¿Y tú, joven Conwulf? —añadió, volviéndose hacia él—. ¿Cómo llegaste hasta aquí desde la lejana

Rouen? ¿Cómo acabaste aquí?

Conn titubeó un momento, después empezó a hablar.

Mar Adriático

Once semanas antes

Conn se encontraba muy mal... y no porque hubiese vuelto a pisar un barco por segunda vez en la vida, un barco que lo llevaba a un lugar remoto y desconocido, sino porque los tablones bajo sus pies no dejaban de balancearse y el aire bajo cubierta era tan hediondo y denso que apenas podía respirar. Y encima se oía un gorgoteo y un bramido

que parecía surgir de las profundidades más abismales y que tampoco servía para aumentar su confianza en el *salandrium* —un navío dedicado al transporte de caballos— en el que se habían embarcado confiando en que el tiempo mejorara.

Un error, tal como entonces quedó demostrado.

—Mirad —dijo Bertrand, acurrucado frente a él en la estrecha área de carga y apoyado contra un saco que contenía sus escasas pertenencias—. A nuestro anglosajón la travesía en barco no parece sentarle bien.

—Tonterías —se apresuró a asegurar Conn, aunque notó como el

exiguo desayuno que había tomado esa mañana se despegaba del fondo de su estómago—. Me encuentro perfectamente.

—Sí, eso parece —replicó el normando con una sonrisa irónica, a quien ni el aire que apestaba a bosta de caballo ni el interminable balanceo parecían afectar—. ¿Verdad, Remy?

Su gigantesco amigo, sentado junto a él en los tablones cubiertos de paja con la cabeza apoyada en las rodillas para no golpeársela contra el techo bajo, soltó un gruñido de aprobación al tiempo que afilaba su espada con estoica calma y Conn se preguntó si el gigantón se percataba de lo que ocurría a su

alrededor.

—Si la escasa marejada ya lo afecta, ¿cómo le sabrá el tumulto de la batalla a nuestro joven anglosajón? ¿Alguna vez has luchado contra un musulmán furioso, Conwulf?

Conn negó con la cabeza fingiendo indiferencia. En ese momento, su estómago le causaba mayor preocupación que cualquier enemigo que tal vez lo aguardara allende el mar. Tierra Santa y la guerra contra los infieles aún estaban muy lejos, a diferencia de las náuseas, cada vez más intensas.

—Déjalo en paz, Bertrand —dijo Baldric, que también estaba sentado

bajo cubierta.

Era de suponer que otros nobles, antes que embarcarse en un *salandrium*, hubiesen preferido cruzar el mar a nado, pero para él no parecía suponer un problema.

—Tú tampoco has combatido contra un infiel —añadió.

—No, pero sí contra británicos tozudos y contra bárbaros daneses y anglosajones rebeldes que se negaron a comprender que los días de su independencia habían llegado a su fin. En comparación, combatir contra los sarracenos debería de ser un juego de niños.

—¿Lo crees? —dijo Baldric,

lanzándole una mirada con su único ojo —. No deberías olvidar una cosa, amigo mío: los musulmanes habitan dichas comarcas desde hace muchos siglos y harán todo lo posible por evitar que alguien se las quite. Es mucho más probable que...

Baldric se interrumpió cuando una pesada ola golpeó la quilla, el gorgoteo aumentó, los tablones crujieron y la cubierta se inclinó.

Algunos de los hombres acurrucados junto a ellos en el compartimento de proa —en el que los carpinteros habían instalado dos cubiertas más, con el fin de poder transportar el mayor número posible de personas y materiales—

soltaron un grito de espanto, otros, grotescas carcajadas. Los caballos, albergados en la bodega principal y que suponían el auténtico cargamento del barco, se pusieron nerviosos. Aunque todos estaban sujetos y su libertad de movimiento era reducida, nadie podía impedir que relincharan, agitaran la cabeza y piafaran, de modo que algunas de las delgadas paredes de madera que sostenían el compartimento de carga se convirtieron en astillas. Entre los mozos de cuadra encargados de cuidar de los animales estalló una gran actividad y con palos en una mano y sacos de cebada en la otra, intentaron volver a tranquilizar a los animales.

Pero fue en vano.

—Por lo visto, nuestro amigo anglosajón no es el único que no soporta la travesía por mar —dijo Bertrand en tono sarcástico—. ¿Eres un caballo, Conn?

—Prefiero ser un caballo en vez de un burro que no deja de rebuznar —contestó Conn secamente.

Fue una de las escasas oportunidades en las que vio sonreír a Baldric. Incluso Remy soltó una áspera risita pese a su habitual expresión indiferente y al final también Bertrand tuvo que reír.

—En todo caso no has perdido tu sentido del humor, lo cual, en vista de

quienes nos rodean, resulta positivo — dijo Bertrand.

—¿Acaso quieres presentar una queja? —preguntó Baldric.

—Pues no, no precisamente. Aunque no hubiese tenido ningún inconveniente de pasar la travesía solo en compañía de humanos. No suelo relacionarme con caballos y burros.

—Pues resulta que no había un barco de putas disponible —replicó Baldric—. Este es más que adecuado, a fin de cuentas somos humildes peregrinos, ni más ni menos.

—Al igual que los cuatrocientos pobres diablos cuya embarcación se hundió en cuanto zarparon. Todos se

ahogaron...

—... y sus almas encontraron el descanso eterno y la paz a los pies de Dios —dijo Baldric, completando la frase—. No fue ninguna casualidad que sus cuerpos, que días después aparecieron en la orilla, ostentaran el signo del Señor.

—Al menos eso fue lo que dijeron —comentó Bertrand.

—¿Y vos creéis que es verdad, Baldric? —preguntó Conn.

—¿Por qué no, muchacho? Porque si perdemos nuestra fe, ¿qué nos queda? —replicó su señor.

Conn no tuvo tiempo de formular una respuesta porque otra ola golpeó contra

el barco, los crujidos se repitieron y la cubierta se inclinó hacia el otro lado.

El estómago de Conn volvió a encogerse y maldijo el mar caprichoso que ese año parecía negarse a recuperar la serenidad. Hacía tiempo que el invierno había acabado, pero las tormentas no cesaban. Algunas voces afirmaban que se trataba de una señal que indicaba que el Señor se había apartado de los cruzados y que la campaña militar ya no gozaba de su favor. Numerosos caballeros y sus vasallos se habían esfumado durante las pasadas semanas y emprendido el viaje de regreso al hogar. No obstante, Baldric estaba persuadido de que ello

solo suponía una nueva prueba a la cual los sometía el Todopoderoso, y su convicción también bastó para disipar las dudas de Conn.

Pero no el estado de su estómago.

Cuando otra ola golpeó la quilla y el barco se inclinó a un lado, esa vez tanto que algunas de las correas de cuero que sujetaban a los caballos se desprendieron de las paredes y uno de los animales se soltó, Conn ya no pudo soportarlo: notó que el contenido de su estómago ascendía y de pronto creyó que se asfixiaba en la estrecha entrecubierta.

Necesitaba tomar aire, ¡de inmediato!

Como picado por una serpiente venenosa, se puso de pie y se golpeó la cabeza contra el techo bajo y, como si hubiera recibido un puñetazo, cayó al suelo y manchas oscuras aparecieron ante su vista.

—¿Conwulf? ¿Te encuentras bien?

Conn solo oyó la voz de Baldric, que parecía preocupado, como desde una gran distancia. Se arrastró a cuatro patas hasta la escalera que daba a la cubierta superior y que pisara a otros guerreros y sus bienes le daba igual; sus gritos de indignación y sus groseros insultos se mezclaron con el crujido de los tablones y los relinchos de los caballos, formando un rumor apagado.

Vomitó hasta las tripas y su mirada se nubló, respiraba con dificultad y su pulso se aceleró al tiempo que seguía arrastrándose.

Tenía que salir, necesitaba respirar aire puro.

Alguien le pegó un puñetazo y otro lo sujetó al tiempo que el barco volvía a inclinarse. En alguna parte alguien vomitó y el hedor se volvió todavía más insoportable. Conn lanzó una patada para desprenderse de la mano que lo agarraba, siguió avanzando y por fin logró aferrarse a los peldaños de la escalera.

Fuera, debía salir a cubierta...

Conn tardó un momento en

enderezarse y apoyar un pie en la escalera y después la remontó peldaño a peldaño; era como si sus piernas se negaran a sostenerlo, se atragantaba y trataba de tomar aire. Puede que hubiera perdido el conocimiento si a través del hueco siempre abierto —con el fin de que la vida bajo cubierta fuera un poco más tolerable— no hubiese penetrado aire puro. Como se llenó los pulmones... y entonces un chorro de agua lo empapó, la sal le provocó un ardor intenso en los ojos, pero logró alcanzar el extremo de la escalera y se arrastró hacia la cubierta de proa.

Era de noche.

El viento y la lluvia le azotaban el

rostro y en cubierta se había desencadenado el infierno.

Una de las tres velas triangulares que impulsaban la gran embarcación no había sido recogida a tiempo y se había soltado debido a la violencia de las ráfagas. Las puntas de los cabos se agitaban de un lado a otro, el capitán gritaba órdenes con voz ronca instando a la tripulación a bajar las velas y asegurar la cubierta. Al parecer, la tormenta los había sorprendido por completo.

Con piernas temblorosas Conn se acercó al castillo de proa, vomitó y el contenido de su estómago se derramó en el mar negro y agitado mientras se

aferraba con todas sus fuerzas a la barandilla de madera que se había vuelto resbaladiza por la lluvia y la espuma.

En cierto momento su estómago se vació y los espasmos que lo sacudían solo produjeron un líquido amargo. Con se restregó la boca con la manga de la túnica y quiso apartarse del castillo de proa para regresar bajo cubierta como un perro apaleado, pero justo cuando se volvió algo voló hacia él; en medio de la oscuridad y la lluvia torrencial, vio cómo se acercaba y alzó los brazos instintivamente... pero fue demasiado tarde.

El bloque de madera sujeto a uno de

los cabos arrancados le golpeó la sien con tanta violencia que durante un momento Conn perdió el conocimiento, el dolor agudo hizo que su conciencia titilara como la llama de una candela; se tambaleó y chocó contra la barandilla del castillo de proa que solo le llegaba a las caderas y, antes de recuperarse del todo, la parte superior de su cuerpo ya se inclinaba hacia atrás; comprendió que debía sujetarse si no quería caer al mar agitado, pero sus manos solo encontraron el vacío... y cayó.

Soltó un grito aterrador que enmudeció cuando las olas lo tragan. Conn se sumergió en la oscuridad y el pasado y el presente se confundieron.

¿Acaso no había sufrido lo mismo en cierta ocasión? ¿O es que volvía a experimentarlo? Todo lo que había visto y vivido durante las pasadas semanas, ¿era verdad o solo lo había imaginado en aquel terrible instante, en Londres, cuando se lanzó al abismo mientras huía de los guardias del rey? ¿Es que en realidad la muerte de Nia solo había ocurrido hacía unos momentos?

Vio su rostro: no estaba ensangrentado ni lastimado sino vivo y hermoso. Sus negros cabellos. Su piel delicada ligeramente bronceada, sus ojos oscuros. Solo al presionar sus labios contra los de ella, Conn se dio cuenta de que no era Nia a quien besaba

sino a otra joven.

¡Chaya!

Su nombre brilló en la oscuridad como un fanal y volvió a arrastrar su mente confusa hasta el aquí y el ahora. Solo entonces Conn notó el ardor en los pulmones y el dolor punzante causado por las gélidas aguas. Abrió los ojos y lo único que vio fue una espesa negrura, ¡pero a diferencia de antaño, cuando se entregó a las aguas sin resistirse, quería vivir!

Recurriendo a todas las fuerzas que aún poseía empezó a agitar los brazos como un loco. Durante un pavoroso instante creyó que sus pulmones lo dejarían en la estacada y que no lo

lograría, pero de pronto alcanzó la superficie y volvió a tomar aire.

Inspiró apresuradamente, pero la boca se le llenó de espuma y tosió y resolló sin dejar de patear para no volver a hundirse. El agua salada le hacía arder los ojos y no podía ver nada. Cuando su mirada se aclaró se vio rodeado de inmensas olas que formaban cadenas de montañas, solo para convertirse en profundos abismos un instante después, abismos en los que se precipitó. Tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para mantener la cabeza fuera del agua y evitar que el infierno de espuma que hervía en torno a él no lo tragara una vez más.

Entonces el oleaje volvió a lanzarlo hacia arriba y era casi como si el mar quisiera escupir a Conn hacia el cielo oscuro y lluvioso, pero un instante después se precipitó al abismo, rodeado de muros negros cuyas cimas consistían en blanca espuma... y allende las cuales debía de encontrarse el barco. Pero Conn no logró divisar el *salandrium*: las murallas levantadas por el oleaje eran demasiado altas, demasiado profundos los precipicios en los que caía.

Hacía tiempo que había perdido la orientación, solo procuraba mantenerse a flote agitando los brazos y las piernas. Había aprendido a nadar en un pequeño

estanque tan escasamente profundo que allí ahogarse resultaba imposible. El tiempo que lograría mantenerse a flote resultaba dudoso y, soltando un gemido, se zafó de una ola que lo había cubierto y gritó.

—¡Socorro! —rugió, ronco y exhausto—. ¡Ayudadme!

Pero el aullido del viento y el bramido de las olas apagaron su voz y sus últimas y desesperadas palabras.

De pronto vio las formas redondeadas del barco, que se resistía a la violencia de la tempestad. Se elevaba de manera vertical y se inclinaba peligrosamente hacia un lado, de las velas sueltas solo quedaban jirones

agitados por el viento... y Conn se dio cuenta de que ya estaba muy lejos.

Entonces empezó a nadar.

Con todas las fuerzas que aún le quedaban procuró reducir la distancia que lo separaba del *salandrium*, pero su esperanza se esfumó cruelmente. Una ola lo arrojó al fondo de un abismo tan profundo que perdió de vista el barco y Conn gritó con furia desesperada; dio unas brazadas más que impidieron que se hundiera pero que no lo acercaron a su meta. Al contrario: solo aumentaron la distancia pues cuando volvió a vislumbrar el barco este ya estaba a punto de confundirse con el mar y el cielo nocturno.

—¡Baldric! —gritó Conn con todas sus fuerzas—. ¡Bertrand!

Pero nadie lo oyó y un momento después el barco desapareció tras una cortina de lluvia torrencial.

Irrecuperable e inalcanzable.

El pánico que se apoderó de Conn fue tan profundo como el mar bajo sus pies. Se sentía infinitamente pequeño y débil, como un grano de polvo en el infinito, condenado a desaparecer y a sucumbir a una muerte miserable.

De repente Conn vio algo en medio de las olas: ¡un barril de agua!

Quizá no lo habían sujetado bien y había caído por encima de la borda, y como estaba casi vacío flotaba como un

corcho.

Puede que para el barco y su tripulación la pérdida no fuera demasiado importante, quizá ni siquiera se percatarían de ella, pero para Conn ese barril suponía muchísimo más.

Era un milagro, una señal divina.

Agradecido y desesperado, nadó hacia el barril, una ola lo apresó y durante un instante temió que lo arrastrara en dirección opuesta y no pudiera alcanzar el tonel salvador, pero esa vez la suerte le sonrió.

Alcanzó el barril y logró aferrarlo, lo abrazó como si fuera un viejo amigo a quien creía perdido... y la cuba agradeció su afecto manteniéndolo a

flote durante toda la noche al tiempo que la tempestad lo arrastraba hacia la gélida oscuridad y un destino incierto.

—¿Y así lograste llegar a Hellas?

La voz suave de Berengario, sentado a su lado junto a la hoguera, hizo que regresara a la realidad, pero no de inmediato.

Transcurrieron unos momentos antes de que sus gritos de desesperación y el rugido del mar y la tempestad dejaran de resonar en su cabeza. Solo entonces asintió y prosiguió con voz apagada:

—Me mantuve despierto toda la noche y me aferré al barril. Varias veces

creí que estaba perdido, pero no abandoné, y cuando llegó la madrugada vi tierra. Resultó ser una isla.

—Ítaca, supongo —dijo Berengario, más versado en geografía que Conn y movió la cabeza con aire pensativo—. La isla desde la cual antaño el valiente Ulises emprendió su odisea.

—¿Quién? —preguntó Conn.

—No tiene importancia —contestó el monje con una sonrisa—. ¿Y después qué sucedió?

—Unos pescadores, con los que apenas logré comunicarme, me llevaron a tierra después de entregarles el único dinero que llevaba conmigo. Luego emprendí la búsqueda de mis

camaradas, pero no los encontré.

—No me extraña. Todos los puertos en los cuales atracan las embarcaciones de los cruzados se encuentran mucho más al norte. La tempestad debió de haberte arrastrado al sur.

—Así que me puse en camino a solas.

—¿Completamente solo? ¿En el extranjero?

—Estoy acostumbrado a arreglármelas por mi cuenta.

—Sin embargo —dijo el monje, sorprendido—, ¿cómo sobreviviste? ¿Qué comiste, qué bebiste?

—Siempre hay maneras de sobrevivir —contestó Conn, esquivando

la pregunta.

Pasó por alto que tenía cierta práctica en obtener cosas de uso cotidiano sin pagar por ellas, pero no logró engañar a Berengario.

—Entonces o eres muy listo o bien tuviste mucha suerte, pues los helenos y los eslavos no suelen ser indulgentes con los ladrones: acostumbran a cortarles las manos sin la menor ceremonia... y a veces otras partes del cuerpo, si es que me entiendes.

Conn entendía perfectamente.

—Sigo estando de una pieza —dijo con una sonrisa amarga—. Después de dos semanas por fin me topé con un grupo disperso de guerreros franceses y

me uní a ellos.

—Provenzales, sin duda. Los bárbaros les infligieron graves daños — dijo Berengario.

—Los acompañé hasta Tesalónica y de allí seguí viaje hasta que logré unirme a unas tropas de refuerzo francas y así llegué hasta aquí.

—Mis respetos —dijo Berengario, frunciendo los labios—. Sabe Dios que muchos que estaban mejor equipados que tú pagaron la marcha a través de las regiones hostiles con la vida. Al parecer, la suerte te acompaña, amigo mío.

Conn alzó la vista y lo miró directamente a la cara, dominada por

unos ojos atentos.

—Seguro que no —dijo en tono tan definitivo que Berengario no lo contradijo.

—¿Y ahora qué piensas hacer? —preguntó el benedictino.

—Buscar a mis compañeros. Confiaba en encontrarlos aquí, pero...

—Nuestros aliados normandos abandonaron el campamento hace dos semanas. Fueron los últimos en alcanzar Bizancio y por eso tenían mucha prisa por continuar la marcha: querían participar en el asedio de Nicea.

—Sí, me lo imagino —dijo Conn, que de pronto recordó el temor de Bertrand: que la guerra pudiese acabar

antes de que llegaran al lugar de los acontecimientos.

Hubiera dado cualquier cosa por poder hablar con el locuaz normando e incluso dejar que se burlara de él.

—La conquista de Nicea es una necesidad estratégica —siguió diciendo Berengario, que parecía bastante versado en asuntos militares—. La ciudad está bien fortificada y es la sede del gobierno del sultán de Rüm. Desde allí, controla el acceso a Anatolia... y con ello también a Tierra Santa.

—Comprendo —dijo Conn.

Las consideraciones estratégicas le resultaban indiferentes. Nunca había tenido el menor interés por el panorama

político general, más bien su aliciente era sobrevivir y encontrar a sus camaradas.

—Según dicen, Nicea está a punto de caer. El emperador Alejo envió dos mil guerreros para apoyar a los atacantes, y una ofensiva que el sultán Kilij Arslan supuestamente emprendió para ayudar a los defensores fracasó. Al parecer, tus amigos normandos jugaron un papel importante.

Conn asintió. Podía imaginar muy bien cómo el gigantesco Remy arremolinaba su espada por encima de la cabeza de los infieles. A condición de que siguiera vivo, claro está.

—En los próximos días un

contingente de rezagados abandonará el campamento como refuerzo para las tropas que asedian Nicea; son provenzales y lotaringios. Deberías unirte a ellos si quieres alcanzar a tus amigos con prontitud.

—Lo haré. Os lo agradezco.

—¿Qué? —insistió el monje con una sonrisa imposible de interpretar—. ¿Ya ardes en deseos de sumergir tu espada en sangre infiel, mi joven amigo?

—¿Debería hacerlo? —preguntó Conn.

—No —dijo Berengario en tono tanto serio como determinado y su sonrisa se borró—. Seguro que no.

*Mediterráneo oriental**Mediados de mayo de 1097*

El mar parecía una superficie interminable de metal opaco en la que los golpes de martillo de un herrero enloquecido habían causado innumerables abolladuras. Aunque el sol ya lucía en lo alto, las aguas grises apenas reflejaban la luz. Estaban allí, opacas y turbias, inertes y casi inmóviles bajo un cielo cubierto de

nubes.

La brisa que soplaba desde el oeste era débil, un mísero colofón de aquellas tempestades que causaron estragos en invierno y convirtieron el Mediterráneo oriental en un infierno rugiente. La proa del barco mercante cretense en el que Isaac y Chaya embarcaron en Heraclion para que los trasladara a Alejandreta apenas subía y bajaba: Alejandreta, esa ciudad portuaria situada a escasa distancia de Antioquía, la verdadera meta de su viaje.

Dado que no cabía duda de que en un barco solo ocupado por hombres era menos peligroso viajar vestida de hombre, Chaya había conservado su

disfraz, que entretanto se había convertido en un par de bombachos orientales y un amplio manto. En la cabeza llevaba un turbante como el de los marineros cretenses cuyas puntas, cuando los rayos abrasadores del sol o el viento lo exigían, también podían enrollarse en torno al cuello.

Gracias a ese disfraz, Chaya no temía subir a cubierta a solas. Los marineros la consideraban el criado del comerciante que viajaba a bordo y casi no le prestaban atención. Sin embargo, al viejo Isaac le desagradaba que su hija se alejara de él y vagara a solas por la cubierta, así que no tardaba en reunirse con ella con una expresión

desaprobatoria en su rostro marcado por la preocupación.

—Estás aquí —gruñó y remontó la escalerilla del castillo de proa que se elevaba por encima de la cubierta de proa del mercante. Por encima de la cubierta de popa se elevaba una estructura aún más grande que no solo formaba el tejadillo del timón sino que además ofrecía un aspecto defensivo similar a una fortaleza, destinada a amedrentar a piratas y otra gentuza.

—Estoy aquí —confirmó Chaya sin despegar la vista del lejano horizonte—. Este barco no ofrece muchas posibilidades para ocultarse.

—No obstante, creo que tú las has

encontrado todas —replicó Isaac, jadeando tras el esfuerzo de remontar la escalerilla, apoyándose sobre la barandilla y dirigiendo la vista al mar.

—¿Cuánto más durará la travesía, padre?

Isaac entrecerró los ojos al tiempo que contemplaba la tenue luz matinal del sol hacia el que el barco navegaba en línea recta.

—Depende del viento. El capitán Georgios dice que si las condiciones climáticas lo permiten, alcanzaremos Alejandreta en tres días, pero es más probable que tardemos cuatro o cinco.

—¿Y después?

—Desde allí seguiremos viaje por

tierra. Seguro que encontraremos una caravana a la cual podemos unirnos.

—¿Y después? —repitió Chaya.

Pero lo que despertaba su interés no era tanto la ruta, sino más bien el estuche de cuero que esa mañana su padre seguía llevando bajo el manto y formaba un bulto alargado bajo su brazo izquierdo.

—Entonces iremos en busca de tu tío. Ezra sabrá qué hay que hacer con... con el libro.

Chaya asintió.

El libro.

Su padre seguía llamándolo así sin ofrecerle el menor indicio acerca de su contenido. Al principio Chaya se había

dejado intimidar por sus advertencias, había creído que quería protegerla y que era mejor que ella no supiera de qué trataba el ancestral escrito. Pero entretanto su curiosidad la superaba y hubiera dado cualquier cosa por finalmente averiguar qué era eso por lo cual su padre estaba dispuesto a dejarlo todo atrás, incluso a su propia hija.

—Padre... —dijo, volviendo a intentarlo y confiando en que quizá lograra sonsacarle algún indicio, pero entonces el vigía soltó un fuerte grito.

Chaya alzó la vista y comprobó que el vigía en la cofa gesticulaba violentamente, pero no comprendió sus palabras, a diferencia de su padre, que

dominaba el griego y cuyo rostro se endureció de pronto.

—¿Qué pasa? —preguntó Chaya.

—Naves —fue lo único que dijo Isaac.

Ambos abandonaron el castillo de proa, cruzaron la ancha cubierta superior y subieron a la plataforma de popa donde se encontraba el capitán Georgios, los brazos apoyados en las anchas caderas y una expresión furibunda en el rostro curtido por la sal y el sol. El cretense era un hombre entrado en años que quizá no tardaría en jubilarse, pero la vista de sus ojos pequeños y hundidos que dirigían una mirada de preocupación al sur era tan

aguda como la de un halcón.

En su idioma natal, el capitán soltó algo que tal vez era una maldición, pues lanzó un salivazo y se restregó el mentón barbudo. Al notar que sus dos pasajeros se habían acercado empezó a hablar en un mal hebreo; lo dominaba un poco porque a menudo navegaba por encargo de comerciantes judíos, quienes, aunque procedían de diversas regiones, empleaban la vieja lengua como medio de comunicación universal.

—Lo único que nos faltaba. Primero tormentas que duran semanas, luego la brisa débil. Y ahora, esto.

—¿Qué? —preguntó Chaya, que solo divisaba un par de formas oscuras en el

horizonte meridional.

—Galeras bizantinas —gruñó el cretense y volvió a escupir—.

Dromones.

—¿Tan al este? —preguntó Isaac, atónito.

—Eso parece —dijo el capitán y volvió a escupir—. Por lo visto, Caspax no se conforma con reconquistar esos territorios que los turcos le quitaron a Bizancio.

—¿Caspax? —repitió Chaya, que nunca había oído mencionar ese nombre.

—El comandante de la flota bizantina —dijo Georgios—. El emperador Alejo le encargó que reconquistara las ciudades y las islas

perdidas y por eso hace unas semanas que la guerra asola el Egeo septentrional. Pero, al parecer, los planes de Caspax van aún más allá... o puede que sus subcomandantes prefieran ir a la caza de botín por cuenta propia. En todo caso, hemos de desaparecer lo más rápidamente posible.

—¿Desaparecer? ¿Por qué?

—Porque los guerreros de Caspax no son hombres de honor, sino mercenarios venidos de todo el reino y a quienes lo único que les importa es llenarse los bolsillos. No seríamos el primer barco mercante que apresan en alta mar.

—¿Qué? Pero eso es... es...

—¿Una injusticia? ¿Un robo? —la interrumpió Georgios y le lanzó una mirada desafiante—. Tienes razón con respecto a ambas cosas, muchacho. Pero, por desgracia, mi influencia con el emperador no alcanza para presentar una queja y por eso procuraré poner la mayor distancia posible entre mi barco y esos lobos del mar. ¿Queda claro?

—¿Qué haréis? —preguntó Isaac en tono serio.

—¿Qué? Empezaremos rumbo al norte.

—¿Al norte? ¡Pero entonces no llegaremos a Alejandreta!

—Una observación astuta, anciano.

—¡Pero yo he de ir a Antioquía lo

antes posible! Ya he perdido demasiado tiempo.

—¡Qué mala suerte! —dijo Georgios sin inmutarse.

—No podéis cambiar de rumbo así sin más —objetó Chaya, que notó la desesperación de su padre—. Ya os hemos pagado por la travesía y muy generosamente.

—No lo niego. Sin embargo, no tengo intención de arriesgar todo el cargamento y encima correr el peligro de perder el barco —afirmó el capitán y el carácter definitivo de sus palabras acabó con cualquier esperanza de que tal vez cambiara de idea.

Sin dignarse mirar a sus dos

pasajeros, se volvió y gritó una orden en griego.

—¿Adalia? —exclamó Isaac en tono indignado—. ¿Pondréis rumbo a Adalia?

—Y me ocultaré en el puerto —confirmó Georgios, adelantando el mentón barbudo—. ¿Acaso tenéis una sugerencia mejor, anciano? Si queréis ir a Antioquía, también podéis llegar allí por tierra desde Adalia.

Isaac palideció, era como si la sangre hubiera abandonado su rostro y, presa de la ira, apretó los huesudos puños.

—¡Pero eso supone un retraso de varias semanas!

—Lo siento, anciano —aseguró el

capitán al tiempo que se disponía a abandonar el castillo de popa—, pero yo no le ordené a Caspax que librara una guerra en esta parte del mundo. En tiempos como estos lo mejor es meterse en algún escondrijo hasta que amaine. Cuanto antes lo comprendáis, tanto mejor será para vos.

Entonces se largó y Chaya y su padre permanecieron en la plataforma de popa, como atontados por el espanto. El viejo Isaac resollaba y, una vez más, tuvo que apoyarse para no caer.

—Ese necio no sabe de lo que está hablando —dijo, soltando un gemido y moviendo la cabeza—. ¡Todo esto jamás debería haber sucedido! ¡No debería

haber sucedido...! ¡Jamás...!

—¿Padre?

Cuando Chaya oyó que el anciano Isaac no dejaba de repetir las mismas palabras con voz monótona, como alguien que pronuncia un conjuro, le lanzó una mirada, desconcertada... y vio el brillo febril de sus ojos.

—¡Padre! ¿Qué te ocurre?

Isaac Ben Salomon se volvió y la miró fijamente, pero ella tenía la sensación de que ni siquiera la veía.

—¡Chaya! —musitó—, ¡mira lo que se ha hecho de nosotros! Estamos a merced del destino, somos un juguete de las olas. Mi... mi misión...

Chaya nunca descubrió qué quiso

decir su padre porque un quejido brotó de su garganta y su figura enjuta se encogió. Permaneció de pie un instante, después se desplomó en los tablones, inconsciente.

Adalia

Dos semanas después

Resultó que Georgios no era el único capitán que prefirió dirigir su barco hasta un puerto seguro en vez de exponerlo a un destino incierto en el mar.

A lo largo de toda la costa de Licia barcos mercantes y de otro tipo se apiñaban en los puertos, buscando protección de la guerra que había

estallado en alta mar. Y, además, las galeras del emperador no eran las únicas que llevaban la muerte y la destrucción a esa parte del mundo. Los cruzados, cuyos ejércitos habían superado la larga marcha al este y arribaron a Asia Menor uno tras otro, habían atacado el reino de los selyúcidas y conquistado Nicea y, según decían, el sultán puso todo su empeño en rechazar a los invasores. La locura, cuyo poder destructor Chaya y su padre ya habían experimentado en Colonia, también había alcanzado Oriente y amenazaba con darles alcance.

En Adalia, adonde Georgios había conducido su barco, Chaya encontró

alojamiento en el hogar de una familia de comerciantes judíos que también acogieron al enfermo Isaac. Tras su colapso en el barco, solo había recuperado el conocimiento de vez en cuando y, en ese caso, solo durante poco tiempo o acuciado por imágenes oníricas que tampoco lo abandonaban cuando estaba consciente.

Unas fiebres misteriosas se apoderaron de él y Chaya, pese a emplear todos los conocimientos de medicina aprendidos de su madre, no las logró reducir. Finalmente, no le quedó más remedio que gastar las monedas de plata de su padre en recurrir al consejo de un médico. A través de la familia de

comerciantes dio con un hombre llamado Halikarnos, un griego que había estudiado medicina en Alejandría y que se encontraba camino de Tarso. Su navío también había anclado en un puerto seguro, de manera que de momento estaba atascado en Adalia, y se sentía agradecido por la oportunidad de trocar sus conocimientos por dinero contante y sonante.

Maese Halikarnos examinó minuciosamente a Isaac, pero no pudo encontrar ninguna dolencia externa. Es más, llegó a la conclusión que el colapso era el resultado de un corazón debilitado, y la fiebre, la consecuencia de las innumerables fatigas y penurias

que habían agotado al comerciante. Además, consideraba que el alma de Isaac debía de cargar con un peso considerable y aconsejó a Chaya —a quien creía su criado— que su señor se librara de deberes y cargas. Chaya se limitó a asentir en silencio. ¿Debería haber informado al médico de que su padre protegía un pergamino antiquísimo, cuyo contenido era tan secreto que ni ella misma conocía?

Empezó a temer que, tras perder a su madre, también perdería a su padre y encima en esa comarca extranjera poco acogedora cuya lengua y costumbres ni siquiera conocía. Velaba junto al lecho de Isaac tanto de día como de noche,

refrescaba su frente ardiente, le aplicaba vendas empapadas en vinagre con el fin de reducir la fiebre y le daba de beber infusiones de hierbas y tinturas que Halikarnos le había proporcionado y respecto de las que solo podía confiar en que valieran el dinero pagado por ellas.

Durante una semana, la fiebre no se redujo.

El viejo Isaac estaba tendido en su lecho, lívido, con el cabello blanco húmedo y la frente cubierta de gotas de sudor helado. Respiraba con dificultad y sus labios no dejaban de formar palabras inaudibles que resultaban incomprensibles incluso cuando Chaya

se inclinaba sobre él. A veces agitaba la cabeza de un lado a otro como si quisiera desprenderse de las pesadillas que lo acosaban en su sueño febril. Entonces ella aferraba su mano húmeda y fría y la sostenía como si así pudiera evitar que el alma del cuerpo viejo y enfermo abandonara ese mundo.

Y también rezaba.

Las palabras que le dirigía al Señor no siempre eran piadosas y puede que algún rabino la hubiese regañado por pronunciarlas. A veces albergaba pensamientos acusadores, pero a menudo también desesperados y entretanto se preguntaba qué sentido tendría todo aquello. ¿Es que había uno?

¿Acaso Dios quería que todo eso aconteciera, tal como su padre siempre había afirmado? ¿O estaban a la merced de la casualidad como pequeños granos de arena en un desierto infinito cuyo destino no tenía importancia?

Chaya no halló una respuesta a dichas preguntas. En su desesperación cada vez mayor solo podía suplicarle al Señor y confiar en Él, ella, que solo era un ser débil y frágil... y, al parecer, el Señor prestó oídos a sus ruegos.

El séptimo día tras su llegada a Adalia su padre abrió los ojos por primera vez. Estaban inyectados de sangre y tan profundamente hundidos en sus cuencas que Chaya temió hundirse en

ellos, pero consideró que era una señal de que su padre se encontraba mejor.

La fiebre aún persistía, pero se redujo bastante, sobre todo por las noches. Los momentos en los que Isaac recuperaba la conciencia y miraba en torno con curiosidad se volvieron más prolongados y numerosos, y al menos Chaya comprendió una de las palabras silenciosas que él no dejaba de pronunciar.

Sefer.

El libro, en hebreo.

Chaya no sabía si sentirse aliviada o enfadada debido a que aquel misterioso encargo —que lo había llevado a tierras remotas y que en última instancia era el

motivo de su estado— aún lo perseguía durante sus sueños febriles. Por una parte, la ira la invadía cada vez que veía el estuche colgado de un gancho junto a la cama de su padre y se preguntaba cómo un objeto tan insignificante podía justificar tamaños sacrificios. Por la otra, se alegraba de que su padre volviera a hablar, así que le contestó y le dijo palabras tranquilizadoras. Quería indicarle el camino de regreso a la vida.

Una noche —había vuelto a velar junto al lecho de su padre y en algún momento se había dormido—, de pronto despertó.

—¿Chaya?

Chaya dio un respingo. Un vistazo a

las pequeñas ventanas situadas justo por debajo del techo le indicó que fuera estaba oscuro. La lámpara de aceite apoyada en el arcón —que junto con la cama y el taburete en el que Chaya estaba acurrucada suponían el único mobiliario de la pequeña alcoba— no se había apagado, así que todavía no era medianoche.

Entonces Chaya recordó que una voz la había despertado. Se volvió hacia su padre y, perpleja, comprobó que este la contemplaba y aunque tenía los ojos vidriosos y hundidos, parecía ser la primera vez que realmente veía a su hija.

—¿Padre? —preguntó con voz

trémula.

Isaac asintió con la cabeza: una respuesta y al mismo tiempo una recompensa.

—¿Dónde...? —Quiso preguntar el anciano, pero hablar le resultaba difícil y una expresión de dolor se asomó a su rostro pálido.

—En Adalia —contestó ella—. Estamos a salvo —añadió para tranquilizarlo.

Él volvió a asentir.

—El libro...

—Está aquí —dijo ella, cogió el estuche colgado del gancho y se lo alcanzó; Isaac lo cogió con manos temblorosas.

—Fracasado —murmuró—, he fracasado.

—No, no es verdad. Solo has de recuperar la salud y la fuerza, entonces...

—Fracasado —insistió Isaac, con una voz que parecía el susurro del viento otoñal—. Muerte y destrucción por doquier. Nuestros enemigos nos han seguido.

—No hasta aquí, padre —dijo Chaya, negando con la cabeza—. Estamos a salvo —volvió a insistir.

—No, nos pisan los talones. Quieren el libro.

—¿El libro, padre?

El viejo Isaac la contempló y

durante un instante ella creyó ver el acostumbrado brillo perspicaz en su mirada.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué todo esto ocurre en nuestros días, Chaya?

—¿Qué quieres decir, padre?

—La renovada cólera contra el pueblo de Israel. Esa desdichada campaña militar que lleva la muerte y la perdición a Oriente.

—Sí, claro que me lo he preguntado, pero no encontré una respuesta, pues la voluntad de Dios es...

Chaya se interrumpió al percatarse de la expresión de su padre, la expresión tanto de complicidad como de

desesperación de alguien que sabía más de lo que quería decir e, instintivamente, adivinó sus pensamientos.

—¿Crees que guarda relación con tu misión? ¿Con el libro que portas?

—Ya no sé qué he de creer, hija mía —confesó Isaac en voz baja y con mirada brillante—. Al principio todo parecía sencillo, un encargo que me hicieron y que juré llevar a cabo. Pero con cada obstáculo que se presenta aumenta mi convicción de que debe de haber oculto algo más.

—¿Algo más? ¿De qué hablas, padre?

—¿Por qué emprendimos camino? ¿Por qué iniciamos este viaje?

—Pues... —Chaya vaciló. La respuesta parecía tan obvia que dudó de que su padre estuviera en pleno juicio y se preguntó si una vez más era la fiebre la que hablaba—. Porque nos amenazaban, ¿verdad? Porque en el reino el libro ya no estaba seguro, al menos eso fue lo que tú me dijiste.

—Y era lo que creía —musitó él—. Pero entretanto me pregunto...

—¿Sí, padre? —insistió ella.

Notaba que su padre estaba cada vez más débil, pero quería una respuesta antes de que la fiebre volviera a apoderarse de él.

—¿Es que nuestro pueblo sufre hostilidades sin ningún motivo, o se

debe a que los que tienen otras creencias perciben el peligro que los amenaza?

—¿Por parte de nosotros? — preguntó Chaya, frunciendo el ceño.

—Por parte del libro —la corrigió su padre—. Y por parte de todos quienes conocen el secreto que alberga... Cuando mi padre me traspasó el cargo de portador... me dijo que el regreso del libro... una época de cambios... me pregunto si la relación... ha comenzado...

Chaya meneó la cabeza; las palabras de su padre se volvían cada vez más enigmáticas e incoherentes. ¿Se debía a la fiebre o realmente intentaba decirle algo muy importante?

—¿Qué es lo que ha comenzado, padre? Me temo que no comprendo.

—El calendario de los cristianos... El fin del siglo... no es casualidad. Conquistar Jerusalén... todo encaja...

—¿Qué, padre, qué encaja? — exclamó Chaya, cada vez más inquieta.

—El fin, Chaya —murmuró Isaac en voz tan baja que ella casi tuvo que leerle los labios.

—¿El fin? ¿El fin de qué?

—De los tiempos —contestó su padre en tono casi inaudible. La fiebre y el agotamiento volvían a cobrar su tributo y la fatiga lo envolvió como una oscura manta—. Y de este mundo.

Pese a la tibieza de aquella clara

noche de verano Chaya se estremeció hasta la médula.

—¿Es eso lo que temes? —susurró, casi no osaba pronunciar lo impensable —. ¿El... el Juicio Final?

Pero su padre ya no respondió. Cerró los ojos, ladeó la cabeza y comenzó a respirar con dificultad... pero de un modo regular.

—¿Padre? —dijo Chaya y le rozó el hombro—. Dímelo, padre, por favor...

Pero Isaac no le contestó. Un sueño tan profundo como un desmayo se había adueñado de él y Chaya solo pudo confiar en que fuera el sueño profundo y reposado del restablecimiento. Sin embargo, el efecto de las últimas

palabras de su padre repercutió en ella como un amargo remedio, pues entonces a la preocupación por su padre se sumó un temor impreciso que le atenazó el corazón.

El fin del mundo.

¿Era ese el misterio contenido en el libro de Ascalón? ¿Revelaba dónde y cuándo tendría lugar el Juicio Final, el Apocalipsis no solo temido por los judíos sino también por los musulmanes y los cristianos? ¿Acaso era inminente?

Chaya notó que su pulso se aceleraba, su rostro se enrojecía y el sudor humedecía las palmas de sus manos. Debía obtener respuestas, y como su padre era incapaz de

dárselas...

Cuando su mirada se posó en el estuche de cuero que volvía a colgar de la pared por encima de la cama, su propia determinación la amedrentó. Solo en una ocasión había intentado averiguar el misterio y leer el libro secreto, y no había vuelto a hacer un segundo intento, ya fuera por respeto o por temor, pero las oscuras alusiones de su padre hicieron que olvidara todos sus reparos. Chaya quería averiguar la verdad y no estaba dispuesta a seguir esperando.

¿Qué se ocultaba tras el libro de Ascalón?

Se inclinó hacia el estuche, lo descolgó del gancho y durante un

momento eterno lo sopesó; era sorprendentemente ligero y contempló el sello bajo la luz titilante de la lámpara: la estrella de seis puntas, el sello de Salomón tal como lo llamó su padre. La veneración se apoderó de ella y durante un breve instante dudó si debía abandonar su propósito. Luego hizo de tripas corazón y abrió el cierre del estuche.

Cuando Chaya se dispuso a quitar las correas de cuero de los ojales notó que su padre se movía.

Inspiró ruidosamente, se agitó... y de pronto el viejo comerciante alzó la cabeza.

—¿Qué...?

Chaya se quedó sin aliento y, petrificada, permaneció acurrucada en el taburete con el objeto prohibido en las manos, aguardando que su padre se volviera y la descubriera. Pero fuera lo que fuese que había perturbado el descanso de Isaac, no duró mucho. Murmuró unas palabras incomprensibles, cerró los ojos y se desplomó sobre el lecho de paja. Un momento después volvió a dormirse.

Chaya se apresuró a quitar la tapa del estuche e introdujo la mano. Sus dedos rozaron el delgado pergamino, las varillas de madera en el que estaba enrollado y, con decisión repentina, lo extrajo y lo sostuvo en las manos; a

primera vista no parecía nada extraordinario.

No ostentaba una decoración especial y tampoco estaba sellado. «En el fondo —pensó Chaya, decepcionada— no se diferencia de las innumerables listas y anotaciones que mi padre conservaba en su despacho de la agencia». ¿Acaso Daniel Bar Levi y el viejo Isaac se habían equivocado? ¿Habían sido víctimas de un engaño?

El respeto y la veneración de Chaya se disipó y con ellos la sensación de hacer algo prohibido. Sin titubear, hizo girar las varillas y desenrolló el pergamino.

Al contemplar la escritura se dio

cuenta de que el libro había sido redactado por una mano talentosa y tal vez por la de un *sofer*, un escriba profesional. Cada letra parecía una obra de arte y poseía una armonía y una perfección que solo se observaba en los pergaminos de la Torah. Además, la caligrafía poseía un encanto antiguo y desacostumbrado, una escritura que Chaya nunca había visto con anterioridad y, de un modo casi irresistible, se sintió atraída por los antiguos signos.

Ciertas palabras llamaron su atención y la emocionaron y, bajo la luz incierta de la lámpara de aceite, Chaya empezó a leer.

*Valle de Kara Su, al oeste de
Dorylaeum
1 de julio de 1097*

Conm corría aferrando la lanza y haciendo lo que también hacían los demás hombres que remontaban la ladera con las armas desnudas en las manos.

Gritó con todas sus fuerzas, tan sonoramente que apagó los atronadores golpes de los cascos de los caballos que

pasaban a toda velocidad a su derecha, el entrechocar metálico de las espadas que surgía allende la cima de la colina y los agitados latidos de su corazón.

La orden de avanzar había llegado súbitamente.

Hacia unos momentos el grupo de soldados lotaringios al que Conn de momento había sido destinado marchaba en hileras imprecisas. Su meta era el campamento montado por encima del río que recorría el valle hacia el norte; más adelante, el curso giraba al oeste, hacia la ciudad de Dorylaeum que, tras Nicea, sería la siguiente meta de la campaña militar.

Pero los acontecimientos se habían

precipitado.

Llegaron mensajeros que informaron sobre un ataque turco contra la vanguardia del ejército, formado por guerreros bizantinos y también normandos bajo el mando de Bohemundo de Tarento y Esteban de Blois. Entonces los comandantes del ejército principal, encabezados por Godofredo de Bouillon y Raimundo de Tolosa, decidieron acudir en ayuda de sus compañeros de armas en apuros.

A ello le siguió una implacable marcha a través del valle de Kara Su, en dirección a la curva del río donde se desarrollaba un encarnizado combate. De camino, los guerreros de Cristo se

toparon con los restos del contingente sobre el cual los guerreros selyúcidas habían caído con crueldad feroz. Conn aún veía las imágenes de los cadáveres mutilados de ancianos, mujeres e incluso niños que habían acompañado la caravana como peregrinos desarmados y que fueron masacrados sin piedad, pero era incapaz de sentir espanto y pena, u odio por el implacable enemigo: la carrera cuesta arriba, primero a través del río y luego a lo largo del ancho terraplén suponía un esfuerzo demasiado grande y estaba demasiado ocupado en dominar su temor ante el incierto resultado del combate.

En ese momento su división alcanzó

la cresta de la colina y Conn se quedó sin aliento al superarla y echar el primer vistazo al caótico combate que se desarrollaba en el amplio valle.

Hacia la izquierda, en dirección al oeste, la hondonada lindaba con un terreno pantanoso, al norte se elevaban colinas desnudas que parecían haber cobrado vida: innumerables jinetes montados en pequeños y ágiles caballos galopaban a lo largo de las estribaciones sin dejar de disparar flechas con sus arcos cortos. Desde las laderas se diseminaba un gran número de soldados de infantería que solo llevaban armaduras ligeras, pero con espadas tan curvas como una media

luna. Estaban flanqueados por lanceros a caballo, tamboriles también montados que daban la señal de atacar y camellos por encima de cuyos altos lomos ondeaban banderas multicolores.

Temerarios y profiriendo horripilantes alaridos, los turcos se lanzaban al campo de batalla y se abalanzaban sobre los sumamente hostigados cruzados. Con supuso que Bohemundo y los suyos quizás habían estado a punto de montar el campamento cuando el enemigo los atacó. Aún había valientes que procuraban montar las tiendas y situar los carros para que les proporcionaran protección frente a las innumerables flechas que caían sobre

ellos con la violencia de una tempestad. Ya les habían dado a docenas de hombres que yacían en el polvo empapado en sangre, muertos o heridos... y, sin cesar, los turcos que se aproximaban trataban de romper el cordón de jinetes envueltos en sus armaduras que se había formado hacia el norte y el oeste en torno al campamento y ofrecía una resistencia enconada.

Sin aliento, Conn vio cómo un grupo de caballeros normandos vestidos con cotas de malla de los pies a la cabeza arremetía contra los atacantes, alzando los escudos y lanzas en las que ondeaba el estandarte de la Cruz. Algunos guerreros fueron derribados por las

flechas o las lanzas enemigas y morían aplastados bajo los cascos de los caballos de los otros jinetes; los demás alcanzaron al enemigo y lo atravesaron con sus lanzas. Un instante después desenvainaron sus espadas y estalló el mismo combate que ya se había puesto en marcha a su izquierda. Mirara donde mirase, Conn solo vio caballos encabritados, caballeros caídos, miembros cercenados y rojos chorros de sangre.

Entonces fue presa del espanto. El instinto lo impulsó a huir y abandonar ese lugar donde se desarrollaba la horrenda carnicería lo antes posible, pero en ese instante resonó la orden de

atacar y el grupo de soldados de infantería al que también pertenecía se puso en movimiento una vez más. Quien no echaba a correr debía contar con ser aplastado.

Los francos arremetieron soltando alaridos estremecedores. Una división de jinetes turcos que descendían a lo largo de la ladera occidental con la intención de intervenir en el combate cambió de dirección y galopó hacia Conn y sus camaradas... y unos instantes después se produjo el choque entre ambas fuerzas enemigas.

Fue como si hubiese caído un rayo.

Las espadas entrechocaron con una violencia desmesurada, perforando

cotas de malla y partiendo huesos. El chirrido metálico de las armas, el redoble de los tambores de guerra y los gritos agudos de los heridos hacían temblar el aire polvoriento en el que flotaba el repugnante hedor de la sangre.

Conn permanecía inmóvil en medio del tumulto, aún aferrado a su lanza y durante un instante muy breve creyó que en realidad no se encontraba allí, en ese lugar del horror, después alguien lo agarró del hombro y lo arrastró. Conn avanzó hacia el enemigo tropezando y un momento después se enfrentó a una armadura de escamas, un yelmo puntiagudo bajo el cual asomaba una trenza de cabellos negros... los rasgos

bronceados por el sol, embadurnados de sangre, y los ojos oscuros que lo miraban fijamente pertenecían a un rostro casi tan joven como el suyo.

Conn aún vacilaba cuando el otro emprendió el ataque. El turco se lanzó hacia delante haciendo girar la cimitarra en dirección al cuello de Conn... y este instintivamente alzó la lanza para detener el golpe.

El asta de madera de arce detuvo la hoja de la espada justo por encima de la virola, donde la violencia del cintarazo era menor. Mostrando los dientes y con los músculos tensos, Conn le pegó un empujón al turco, que tropezó y cayó encima del cuerpo de un cruzado muerto.

Mientras caía, Conn acometió y antes de pensar en lo que estaba haciendo ya había clavado la lanza en el pecho de su sorprendido enemigo. El selyúcida soltó un alarido y Conn, que procuraba arrancar la lanza del cuerpo del otro, comprendió que acababa de cometer precisamente aquel error del que Remy siempre lo había advertido: ¡su arma se había atascado entre las costillas de su adversario!

Conn no hizo un segundo intento de arrancarla y así evitó que otro turco que apareció de pronto le cercenara los brazos. Solo a duras penas logró evitar el cintarazo del otro y retrocedió para ponerse fuera del alcance del musulmán,

que un instante después cayó con la garganta perforada por una flecha perdida.

Conn miró apresuradamente en torno, buscando otra arma, pero no tardó en encontrarla: los cuerpos de los muertos y heridos cubrían el suelo y había armas sin dueño por doquier. Cogió una espada que, tras las interminables lecciones impartidas por Baldric, era el arma que prefería y se apresuró a acudir en ayuda de un soldado lotaringio que se defendía de dos enemigos a la vez. Conn derribó a uno mediante un mandoble. El guerrero no se esperaba el ataque, no logró defenderse y cayó empapado en sangre.

El otro guerrero llevaba una sólida armadura, al parecer se trataba de un noble selyúcida. Un penacho de plumas de grulla remataba su yelmo dorado, su cota de escamas era costosa y disponía de una gola y un barbero de malla; su mirada expresaba la misma soberbia que Conn ya había visto en la de los nobles normandos. Y como si se tratara de demostrar su valentía y vengarse de todas las humillaciones sufridas por parte de las autoridades, Conn se abalanzó sobre él con un rugido iracundo.

El noble alzó su escudo redondo y detuvo el ataque, pero Conn volvió a arremeter por segunda vez. Las armas —

la espada larga y pesada de Conn y la cimitarra mucho más fácil de manejar del selyúcida— entrechocaron e iniciaron un intercambio de golpes en el que ambos procuraron sacarle ventaja al otro. Conn debía actuar con cautela porque la miserable cota de malla que llevaba —que había pertenecido a un lotaringio caído en Nicea— resultaba inútil para detener un cintarazo violento y, a diferencia de su contrincante, no llevaba protección en el cuello. Un movimiento en falso, un instante de distracción e incluso una flecha perdida podían bastar para poner fin al combate... y también a la vida de Conn.

El turco volvió a atacar, pero no con

golpes poderosos como los que empleaba Remy en los innumerables ejercicios, sino con una elegancia que Conn nunca había visto con anterioridad en un espadachín. Cada movimiento manifestaba una mortífera experiencia y, cuando la cimitarra volvió a caer hacia abajo y casi le corta el gaznate, Conn comprendió que sus conocimientos no bastarían para derrotar a ese enemigo.

El otro gritó unas palabras en su lengua que Conn no comprendió. Quizás era un grito triunfal o un insulto en el instante en que se dispuso a asestarle un golpe mortal. La hoja del turco voló hacia él y Conn se dejó caer instintivamente hacia atrás para

esquivarla. Aterrizó entre cadáveres ensangrentados y tan irreconocibles que resultaba imposible saber si pertenecían al amigo o al enemigo. El guerrero se abalanzó sobre él para asestarle el golpe de gracia... y Conn, que aún aferraba su espada con ambas manos, la lanzó contra las piernas del turco.

El selyúcida soltó un grito terrible cuando el acero penetró en su pierna izquierda justo por debajo de la rodilla y llegó hasta el hueso. El guerrero se desplomó sobre Conn y lo enterró bajo el peso de su torso envuelto en la pesada armadura.

Conn notó el resuello del hombre y lo miró a los ojos, muy abiertos debido

al dolor y al espanto. El turco bramaba y se agitaba como un demente al tiempo que la sangre manaba de la herida abierta. Ya no podía blandir la cimitarra pero, como si se tratara de una serpiente venenosa, lanzó su mano enguantada contra la garganta de Conn, la aferró y apretó.

Presa de la desesperación, Conn trató de respirar.

Intentó quitarse de encima el cuerpo de su adversario, pero no lo logró. Lo único que veía eran los ojos de su enemigo que flotaban ante él y su mirada ya no era soberbia sino iracunda y sedienta de sangre. Conn trató de alzar la espada, pero el escudo de su

adversario y el peso de su cuerpo se lo impedían. Al fin logró liberar su mano derecha, torcida debido a la caída pero no quebrada y golpeó al turco. Los golpes rebotaron contra las escamas metálicas de la armadura y, en unos instantes, los nudillos de Conn empezaron a sangrar. Sus puñetazos se volvieron más débiles mientras que era como si sus pulmones ardieran. Seguía viendo los ojos brillantes de su enemigo cuya mirada fija parecía perforarle el cerebro y trató de tomar aire, pero el selyúcida volvió a presionarle la garganta sin piedad y con mano de hierro.

El bullicio del combate pasó a

segundo plano y fue como si Conn se encontrase solo en medio del campo de batalla, acompañado tan solo por su contrincante herido que quería arrastrarlo al abismo junto con él.

Conn volvió a hacer un intento de zafarse, quiso incorporarse, pero ya estaba demasiado débil y su mano derecha cayó a un lado... entonces tanteó algo: era la empuñadura de un puñal corto y corvo colgado del cinto del selyúcida.

A juzgar por las piedras preciosas, se trataba de un arma costosa, quizá de un objeto heredado que el desconocido guerrero había recibido de su padre o de su rey... y que entonces se convirtió en

su perdición. Mediante un último y desesperado esfuerzo, Conn aferró el puñal, lo arrancó de la vaina y lo clavó en el cuerpo del enemigo a través de las escamas metálicas de la armadura.

El selyúcida lo soltó de inmediato y tanteó el arma clavada en su espalda. Conn tosía y jadeaba, agradecido por el aire que penetraba en sus pulmones. Se volvió a un lado y se zafó de su enemigo herido de muerte, lo apartó de un empujón y, tambaleándose, volvió a ponerse de pie, cogió una lanza clavada en el cadáver de un cruzado, la arrancó y se volvió, dispuesto a enfrentarse al siguiente enemigo, pero, atónito, comprobó que no había ninguno cerca de

él.

La batalla se había desplazado hacia el norte, donde continuaba la matanza entre las estribaciones de las colinas. Solo quedaba la tierra empapada en sangre, sembrada de los innumerables cadáveres de los caídos, tanto cristianos como musulmanes. Presa de la fiebre del combate que ardía en sus venas, Conn se dispuso a echar a correr hacia sus camaradas... cuando de pronto percibió un movimiento con el rabillo del ojo.

Al pie de una colina, por debajo de unas rocas rojizas, había, tendido, un caballo de batalla con el cuerpo perforado por cientos de flechas, pero su jinete, un cruzado normando, todavía

estaba vivo.

El caballero aún estaba sentado en la silla, pero su pierna derecha se encontraba apresada bajo el cuerpo del animal. Había perdido el yelmo, bajo la capucha de cota de malla asomaba una cabellera cobriza que enmarcaba su rostro carnoso. Intentaba incorporarse, pero era en vano; el peso del animal muerto lo aprisionaba al tiempo que un jinete turco se lanzaba hacia él ladera abajo al galope: a juzgar por la pesada armadura se trataba de un *ghulam*, como se denominaban los mejores guerreros del sultán.

El normando vio que el enemigo se acercaba y trató de zafarse del cuerpo

del caballo con desesperación aún mayor, pero esa vez tampoco lo logró. Sin embargo, Conn entró en acción.

Con la lanza en las manos ensangrentadas echó a correr hacia el caballero desde un lado al tiempo que el selyúcida se acercaba desde el otro. Conn fue el primero en alcanzar al normando pero no tuvo tiempo de liberarlo, así que se puso de rodillas y alzó la lanza solo un instante antes de que el selyúcida hiciera lo mismo.

El *ghulam* estaba tan sorprendido ante la inesperada acción defensiva que no pudo refrenar su caballo ni esquivar el arma. La punta de la lanza se clavó en el pecho del animal y le perforó el

corazón, el corcel soltó un relincho, sus patas delanteras se doblaron y rodó por el suelo. El jinete salió despedido, chocó contra las rocas y se rompió el cuello. Permaneció tendido, inmóvil.

Temblando como una hoja y tan horrorizado como aliviado, Conn se volvió hacia el normando.

—¿Estáis herido, señor?

—No, afortunadamente y solo gracias a ti —soltó el caballero entre dientes. Conn creyó reconocer los rasgos enrojecidos, la nariz torcida y las cejas hirsutas; seguro que ya había visto a ese hombre alguna vez, quizás en el campamento de invierno—. Pero este condenado caballo me aplasta y no

puedo moverme.

Conn acudió en su ayuda. Aunque ambos estaban exhaustos y a punto de desplomarse, lograron levantar el animal y el normando pudo sacar la pierna. El caballero se puso de pie haciendo un esfuerzo y tuvo que apoyarse en Conn para no volver a caer.

—¿Podréis andar, señor?

—Me has salvado la vida —dijo el normando que, aparte de unas rozaduras y rasguños superficiales no parecía haber sufrido heridas graves—. Si no hubiera sido por ti, ese sarraceno me habría dado muerte.

—Solo hice lo que todos hubieran hecho —contestó Conn y se agachó para

recoger una espada sin dueño. La batalla se había desplazado al norte y por lo visto las cosas habían cambiado: los turcos retrocedían perseguidos por los enfurecidos cruzados.

—Has hecho mucho más que eso, muchacho —insistió el normando, se quitó el guante de la mano izquierda y deslizó un anillo de oro artísticamente tallado del dedo índice—. Toma esto en señal de agradecimiento.

—Pero, señor, yo... —quiso replicar Conn, atónito cuando el otro ya depositaba el anillo en su mano ensangrentada.

—Cógelo. Solo representa una pequeña parte de lo que te debo.

—Gracias, señor —dijo Conn y se dispuso a regresar al combate.

—¿Cómo te llamas? —gritó el normando a sus espaldas.

—Conwulf —respondió Conn.

Y la batalla prosiguió.

Adalia

Principios de julio de 1097

El estado de Isaac Ben Salomon había mejorado de un modo considerable.

Fue un proceso lento y dificultoso, acompañado de numerosas recaídas. La fiebre y la fatiga habían arrastrado el espíritu del anciano comerciante a abismos oscuros de los que casi no logró emerger; durante noches interminables Chaya había velado junto

a su lecho mientras la conciencia de su padre oscilaba entre el sueño y el despertar. De vez en cuando, durante unos momentos de lucidez, había abierto los ojos y recuperaba la capacidad de reaccionar; entonces Chaya cobraba nuevas esperanzas y creía que había superado la crisis. Pero luego regresaba la fiebre y el viejo Isaac volvía a caer en aquel estado semiinconsciente donde las pesadillas lo perseguían y murmuraba palabras incomprensibles.

Chaya hizo todo lo posible: le daba de beber infusiones de hierbas para bajar la fiebre, pero el médico le aseguró que lo demás estaba en manos de Dios, así que Chaya le rezaba al

Señor, le suplicaba que perdonara la vida de su padre que se había hecho cargo de una misión tan importante... pero solo en esos días empezó a comprender la auténtica dimensión de dicha misión.

Cuando no permanecía al lado de su padre leía el misterioso libro a causa del cual habían emprendido un viaje tan largo y peligroso. Cuanto más a menudo recorría sus líneas, tanto más fácil le resultaba comprender los extraños signos y el idioma anticuado. Al principio se sintió muy culpable por engañar a su padre, pero con cada página que leía se sumía más profundamente en la lectura hasta que

por fin creyó que ella misma formaba parte del misterio conservado desde hacía tanto tiempo. Cuando por fin la comprendió, la verdad le resultó tanto chocante como esclarecedora, una catarsis purificadora que ningún poeta terrenal hubiese podido idear.

«Un escrito tan importante que podría cambiar la historia del mundo», había dicho su padre del libro de Ascalón. Y entonces Chaya finalmente supo a qué se refería.

Con una mezcla de alivio y temor, constató que comprendía a su padre mejor que nunca. Todos los asuntos terrenales y los vínculos humanos, incluso el amor de un padre por su hija,

palidecían frente a esa increíble revelación que todo lo modificaba, de la cual informaba el libro. La despedida de su antiguo hogar, las privaciones del largo viaje, incluso los innumerables temores que Chaya había sufrido... todo eso había perdido su importancia.

Chaya no logró comprender todo lo que estaba escrito en esa anticuada escritura, en parte resultaba enigmático pero ya sabía por qué era absolutamente imprescindible que el libro llegara a Antioquía donde su tío Ezra los aguardaba a ambos.

—¿Y bien, padre? —preguntó, apartando la cortina y entrando en la alcoba que durante las últimas semanas

había albergado al enfermo. Los rayos del sol penetraban a través de las ventanas y bañaba la habitación con una luz cálida—. ¿Cómo te encuentras?

Isaac estaba sentado en el borde de la cama con el rostro hundido entre las manos. Tras todas esas semanas en las que permaneció tendido, era agradable volver a verlo sentado, sobre todo porque hubo días y noches en los que Chaya no lo creyó posible. Tenía el rostro flaco y demacrado y aún estaba ojeroso, pero ya no era el semblante de un hombre próximo a la muerte sino el de uno que empezaba a recuperarse.

—¿Que cómo me encuentro? —dijo Isaac y su boca de labios finos esbozó

una tímida sonrisa—. ¿Cómo te sentirías tú si apenas hubieses escapado de tu propio fin?

—Agradecida —respondió ella y tomó asiento junto a él.

En las manos sostenía un cuenco de arcilla que contenía una papilla de mijo y frutos secos y que pensaba darle de comer cucharada a cucharada.

—Y alabaría al Señor de rodillas por el milagro que ha obrado.

—¿De qué milagro hablas? ¿Acaso es un milagro salvarle la vida a un pobre viejo necio?

—Un pobre viejo necio que debe llevar a cabo una misión —dijo Chaya, sonriendo.

Isaac asintió, pero sin devolverle la sonrisa, bajó la vista y contempló el estuche colgado del hombro.

—Mientras estaba afectado por la fiebre me perseguían pesadillas y lúgubres visiones. Y a veces deseé no regresar a la vida.

—¡Padre! —exclamó Chaya, moviendo la cabeza—. ¡No debes decir esas cosas! ¡Yo te necesito!

El viejo Isaac alzó la vista y la mirada de sus ojos hundidos expresaba resignación.

—Tu madre, Chaya... pude sentir su proximidad y el deseo de reunirme con ella, volver a estar unidos, fue enorme.

—Pero te resististe —dijo Chaya,

parpadeando para disimular las lágrimas.

En aquel entonces, tras la muerte de su madre, había visto la misma expresión resignada en su mirada. ¿Es que había arrancado a su padre de las garras de la fiebre solo para que volviera a caer en la antigua letargia?

—No abandonaste, sino que regresaste a la vida.

—Pero ¿con qué fin? —dijo Isaac y se encogió de hombros, unos hombros huesudos que se destacaban bajo su túnica—. ¿Qué vida es esta, Chaya? Antaño fui un orgulloso comerciante, rico e influyente... ¡y ahora, mírame! Me he convertido en un viejo necio que

persigue un sueño y confía en que la historia no le dé alcance. ¿Y tú, hija mía? Había imaginado un futuro brillante para ti, junto a un hombre que te apreciara y te respetara y al que le darías hijos que alegraran mi corazón. ¿Y ahora?

—Si me hubiese quedado en Colonia y me hubiera casado con Mardoqueo, habría muerto de tristeza —replicó Chaya, tratando de no perder el control porque no quería que su padre notara lo mucho que la afectaban sus dudas—. En cambio aquí puedo ser la que soy, y lo que más deseo es permanecer a tu lado.

—Entonces o tú también eres una necia o bien no has comprendido lo que

ocurre en este mundo. Mi misión está perdida, Chaya. ¿Acaso no has oído lo que sucedió? Los fanáticos que luchan bajo el estandarte de la Cruz han irrumpido en el reino de los turcos. Ya han conquistado las primeras ciudades y ahora se dirigen al sur.

—Lo he oído, padre —contestó Chaya en tono obstinado—. Pero todavía no han alcanzado la tierra de nuestros antepasados. Aún hay tiempo de llevar el libro a Antioquía y entregárselo al tío Ezra.

—¿Y crees que lo lograremos? —dijo el anciano, soltando un bufido—. ¿Cuando llegar hasta aquí me llevó más de un año y casi me cuesta la vida?

Chaya asintió con la cabeza. Su padre tenía razón. Habían abandonado su antiguo hogar el día después del *Shavuot* y mientras la fiebre afectaba a su padre había vuelto a transcurrir la fiesta de la Torah.

—Moisés tardó cuarenta años en acabar su viaje —dijo, tratando de consolar a su padre.

—Es verdad, pero al final de todos esos años alcanzó una tierra donde fluían la leche y la miel, si bien no le fue concedido pisarla. En cambio nosotros viajamos a través de un mundo dejado de la mano de Dios.

—El Señor aún no le ha dado la espalda al mundo, y que hayas

sobrevivido a la fiebre lo demuestra. Dios quiere que llevemos el libro a su lugar de origen... ¿y acaso no fuiste tú quien me explicó que quien decide sobre nuestras vidas no somos nosotros sino Dios?

El viejo Isaac no contestó y su mirada melancólica expresaba arrepentimiento y tristeza.

—El Señor te mantuvo con vida —añadió Chaya en tono insistente—, porque quiere que acabes lo que has empezado... y yo también.

—¿Tú, hija mía? —dijo Isaac, y la miró de forma interrogativa.

Chaya asintió.

—Mientras estaba sentada junto a tu

lecho y no sabía si recuperarías las fuerzas o morirías a causa de la fiebre, dispuse de mucho tiempo para reflexionar. Ahora sé que tus intenciones siempre fueron las mejores, padre, y si alguna vez te di la sensación de que no te apoyo en tu misión, lo siento de todo corazón y te prometo que no volverá a suceder.

—Ten cuidado con lo que prometes, hija. Es muy fácil hacer promesas.

—Tengo la intención de cumplir la mía —anunció Chaya con voz firme—, a condición de que tú también sigas haciendo lo que prometiste. Una vez que te hayas recuperado del todo iremos a Antioquía para acabar lo que hemos

empezado.

—¿De verdad lo deseas?

—Por supuesto, padre.

—¿Por qué?

¿Debería decirle que había infringido la prohibición de leer el libro? ¿Que ya conocía el secreto albergado en el pergamino y también la importancia del encargo? ¿Que sus propios asuntos y problemas casi le resultaban indiferentes en vista de aquellas grandes palabras que todo lo modificaban?

Mantuvo la vista clavada en el suelo y reflexionó. Luego alzó la mirada y le dedicó una leve sonrisa.

—Porque ambos lo hemos

prometido, padre.

Altiplanicie de Anatolia
Mediados de julio de 1097

El calor era infernal.

Durante los veranos ingleses, cuando al mediodía el sol ocupaba el cenit y sus rayos convertían las callejuelas de Londres en un laberinto húmedo y hediondo, Conn había creído saber lo que era el calor.

Un error, como no le quedó más remedio que reconocer.

Solo habían pasado dos semanas desde la batalla en el valle de Kara Su en la que los cruzados resultaron victoriosos, pero para Conn fue como si desde entonces hubiese pasado una eternidad.

Durante dos días enteros habían encontrado cadáveres de turcos a la vera del camino, muertos durante la huida o alcanzados por las flechas. Tras dejar atrás Dorylaeum ascendieron a la altiplanicie de Anatolia, que resultó ser un desierto casi interminable que no ofrecía ni cobijo ni alimentación al ejército que lo recorría... y no solo porque los rayos abrasadores del sol convertían el terreno ya de por sí seco y

cubierto de polvo y arena en un auténtico horno, sino también porque los selyúcidas al mando de su sultán Kilij Arslan habían huido al sur adelantándose a los cruzados... y a su paso lo único que dejaban era tierra quemada y desolación.

El camino, que se remontaba a la época romana y cruzaba el yermo paisaje como una cinta de piedra, pasaba junto a innumerables aldeas y pequeñas ciudades; sin embargo, sus chozas habían sido pasto de las llamas o arrasadas; solo la ceniza cubría los campos cultivados con gran esfuerzo y por todas partes yacían cadáveres de ovejas, cabras y burros bajo el sol cuya

fetidez se mezclaba con el hedor de las chozas quemadas y despedían un horrendo tufo a muerte. Al borde del camino también aparecían lanzas clavadas en el suelo, coronadas por las cabezas de los aldeanos masacrados: cristianos, sin duda, que habían asesinado para evitar que prestaran apoyo a los cruzados.

Al principio, aquel horror todavía había despertado la indignación de los cruzados, que se enfurecieron ante la barbarie de los infieles musulmanes y juraron vengarse. Pero con cada día que seguían avanzando, en los que lo único que veían eran cuerpos putrefactos y tierra quemada; con cada asentamiento

destruido y con cada hora en la que el sol los abrasaba, los gritos clamando venganza se redujeron. Los cruzados se dieron cuenta de que en medio de la altiplanicie de Anatolia les aguardaba una dura prueba.

La euforia de la victoria que los había acompañado durante los primeros días se desvaneció de manera considerable y cundió la angustia... y no solo a causa del atroz panorama que se extendía ante la vista de los hombres y las mujeres del contingente, sino también porque tras la primera semana las provisiones —transportadas a lomos de camello y en carros arrastrados por bueyes— se consumieron y todos

comprendieron que la arrasada comarca no proporcionaría alimento al ejército.

Que tendrían que arreglárselas.

Treinta mil almas en medio del calor y del páramo. Y rodeados por la muerte.

Cuando el primer guerrero cayó muerto del caballo —un caballero lotaringio que había apagado su sed abrasadora con vino fermentado—, hubo un gran alboroto y algunos creyeron ver una señal divina en el acontecimiento.

Entretanto, la imagen de hombres y mujeres que se desplomaban durante la marcha y de caballeros que debido al calor infernal caían sin vida de sus sillas de montar se había vuelto algo tristemente cotidiano. Los primeros en

caer fueron los más débiles: las mujeres, los ancianos y los niños. Pero más adelante la muerte también se cobró la vida de los soldados: insolación, sed, hambre, diarreas o la ponzoña de serpientes y escorpiones... los cruzados tuvieron que admitir que el fin llegaba con rapidez en esa comarca y sin que el enemigo infiel se dejara ver ni una sola vez.

Berengario, que marchaba junto a Conn en la columna que se extendía como un interminable gusano a lo largo del polvoriento camino, se persignaba cada vez que pasaban junto a los cadáveres de aquellos infelices a quienes no tenía tiempo ni fuerzas de

prestar ayuda.

Y en esos días se persignaba con frecuencia.

—Que el Señor se apiade de vuestras almas —murmuró cuando pasaron junto al cadáver de una joven que al parecer había sucumbido antes de tiempo. Sostenía un bulto sin vida entre los brazos que, aún muerta, parecía presionar contra su pecho. La sangre empapaba su vestido desgarrado y también el suelo.

Conn apartó la vista, contemplar esa imagen le resultaba insoportable, sobre todo porque despertaba recuerdos que él...

—¿Qué te pasa, Conwulf? —Quiso

saber Berengario.

—Nada —respondió Conn: debido a la sed tenía la lengua hinchada y le costaba hablar.

A la sombra de la capucha con la que se había cubierto la cabeza para protegerse del sol, una sonrisa triste se asomó en el rostro del monje.

—Veo que estás a punto de sufrir las mismas experiencias que yo ya he sufrido. Deberías tener cuidado, Conwulf, de lo contrario podría ser que tu alma...

Un poco más allá, de pronto, se produjo un alboroto.

Una mula que cargaba con el equipaje con el que antes habían

cargado dos se desplomó rebuznando. Su dueño, un caballero que al parecer ya había perdido su caballo de batalla y que cargaba con la silla de montar y el escudo, tiró de las riendas con desesperación, tratando de obligar al animal a ponerse en pie, pero la pobre mula ya no podía más. Moriría en medio de atroces sufrimientos, al igual que tantos otros, pues como a los seres humanos apenas les quedaba nada, tampoco le proporcionaban agua y alimento a los animales.

—No creí que sería así —confesó
Conn al pasar al lado del animal que
coceaba débilmente con los ollares
distendidos y soltando espumarajos al

tiempo que su dueño lo maldecía.

—Nadie lo creyó —dijo Berengario—. Quizá todos nosotros creímos que esta empresa sería menos difícil, no teníamos ni idea de la clase de pruebas a las que nos sometería el Señor... y ni siquiera hemos alcanzado Tierra Santa.

—En cierta ocasión, alguien me dijo que de este modo Dios suele separar el grano de la paja —dijo Conn en voz baja—. A los dignos de los indignos.

—Una bonita idea, pero ¿qué pasa con los niños que en estos días mueren de hambre? ¿Con las mujeres que caen y se ven obligadas a abandonar a sus hijos recién nacidos porque sus pechos se han secado? ¿Acaso por eso son indignas?

¿Qué pasa si al final solo queda la paja?
¿Qué pasa entonces, Conwulf?

Conn no supo qué contestar; solo había citado a Baldric por pronunciar unas palabras y llenar el vacío que reinaba en su interior.

—¿Qué me estáis preguntando? —
gruñó, enfadado—. ¡Vos sois el predicador, no yo! ¿Acaso vuestra tarea no consiste en aclarar todo esto y darle un sentido? ¿Y qué pasa con los presagios de los que hablasteis en aquel entonces? De la desgracia que nos amenazaba...

—Hubo todos esos presagios, pero como todos los presagios, dependen de nuestra interpretación. ¿Y si en realidad

se hubiera tratado de una advertencia y la desgracia anunciada ya hubiese caído sobre nosotros?

Conn contempló al monje con expresión atónita. Nunca había reflexionado al respecto y oír esas palabras en boca nada menos que de un predicador lo desconcertó. Pero ¿podía hacer caso omiso de las palabras de Berengario? ¿Es que a partir de todo lo que les ocurría durante esa marcha mortífera debía concluir que estaban condenados? ¿Que Dios quería castigarlos?

Al parecer, Berengario notó que la idea atemorizaba a Conn, porque su expresión se volvió un poco menos dura.

—¿Por qué te uniste a la campaña militar, Conwulf? ¿Quieres ganarte la salvación de tu alma? ¿O alcanzar la gloria?

—Ni lo uno ni lo otro —confesó Conn.

—¿Entonces quieres hacerte con un botín, como el exaltado de Tancredo y sus compinches italianos? —preguntó el benedictino, frunciendo los labios—. He de reconocer que no lo hubiese esperado de ti. No me pareces la clase de hombre capaz de matar a sangre fría para hacerse con oro y piedras preciosas.

Conn clavó la vista en el suelo, sin contestar. De hacerlo, hubiese tenido que revelar más cosas de las que

deseaba y de lo que sería bueno para él. Mejor que Berengario lo tomara por un mercenario sin escrúpulos.

—¿Ya has intentado encontrar a tus amigos? —preguntó el monje, cambiando de tema.

—Sí, pero todavía no lo he logrado. Solo espero que aún estén con vi...

—¡Agua! —gritó un soldado que apareció sobre una colina a la izquierda en ese preciso instante, gesticulando como un loco para llamar la atención—. ¡Hemos encontrado una fuente!

La mera palabra bastó para que un escalofrío recorriera la espalda de Conn. Había bebido el último sorbo de agua el día anterior; sabía desabrida

pero al menos era fresca y líquida. Después hizo todo lo posible para evitar que su cuerpo se resecara, había lamido su propio sudor y recogido el escaso rocío matutino, había chupado el zumo de la carne de los cactus que logró encontrar, pero la perspectiva de encontrar agua hizo que todos los miembros de la comitiva aguzaran los oídos.

—¡Agua!

La noticia se difundió como un reguero de pólvora. Los primeros ya se disponían a abandonar la columna y remontar la ladera a la carrera, encabezados por un caballero que había perdido su caballo de batalla y montaba

en un buey. Presentaba un aspecto curioso: el caballero avanzando montado en el buey, seguido de figuras polvorientas y andrajosas algunas de las cuales parecían más muertas que vivas... pero la perspectiva de encontrar agua fresca y revitalizadora les proporcionó una fuerza insospechada.

Se inició una extraña carrera y de pronto Conn ya no aguantó más.

—Venid, *pater* —murmuró dirigiéndose a Berengario, y un instante después ambos remontaron la colina a toda carrera. Al otro lado el terreno caía abruptamente y desembocaba en una pequeña quebrada en cuyo extremo

había un agujaje de superficie lisa como un espejo y que solo parecía estar allí para apagar la abrasadora sed de los cruzados.

Los primeros ya lo habían alcanzado, se arrojaron al suelo y recogieron el agua con manos temblorosas o con el yelmo. El que montaba en el buey también se había arrodillado y bebía con voracidad. Pero en el preciso instante en que Conn y Berengario alcanzaron el estanque y trataron de abrirse paso entre los demás, el caballero soltó un agudo chillido y retrocedió, atragantado y escupiendo e indicando el centro del estanque. Otros soldados que también habían bebido

soltaron gritos, asustados, y procuraron alejarse... y entonces Conn vio qué había causado el repentino alboroto.

¡En medio del estanque, allí donde la superficie reflejaba la luz del día y debido a lo cual el fondo resultaba casi invisible, yacían los cadáveres de varios animales!

—¡Veneno! ¡Veneno! —rugió alguien—. ¡Los infieles han envenenando el estanque!

Conn y Berengario retrocedieron. El júbilo inicial se desvaneció de pronto y en cambio resonaron gritos de furia y de decepción mezclados con los alaridos ahogados de aquellos que en su desesperación habían bebido el agua

envenenada y que vomitaban, confiando en que no perecerían.

Entonces se extendió un silencio angustiante, junto con la amarga comprobación de que ese día tampoco habría nada que beber. Y la marcha a través del páramo desolado no había acabado ni mucho menos.

El arácnido no parecía tener una meta precisa.

Se arrastraba a través del suelo arenoso sobre sus ocho patas, volviendo la cabeza de un lado a otro en busca de una presa. Mantenía ambas pinzas entreabiertas y el aguijón ponzoñoso en la punta de la cola curva dispuesto a atacar: un cazador inmisericorde en su propio mundo.

Pero allí era la víctima.

La suela de una bota lo aplastó y el

insecto siguió agitándose hasta que un líquido viscoso brotó de su cuerpo y se derramó en la arena.

—Escorpiones —gruñó Guillaume de Rein—. Los detesto.

—Esta tierra está maldita —siseó Renaldo de Rein. Exhausto tras la larga marcha, el barón se dejó caer en uno de los taburetes que su criado había dispuesto en su tienda—. Hace dos semanas abandonamos Dorylaeum como gloriosos vencedores y ahora mira lo que ha sido de nosotros. ¡El calor nos tortura y el hambre y la sed nos azotan como la peste!

—Lo decís como si yo tuviera la culpa, padre —replicó Guillaume

mientras eliminaba los restos del escorpión de su bota con expresión asqueada.

—¿Y acaso no es así? —gruñó Renaldo, lanzándole una mirada con los ojos enrojecidos por el polvo y el rostro carnosos quemado por el sol—. ¿A quién se le ocurrió la idea de unirse a esta empresa?

—No le echéis la culpa a vuestro hijo —graznó una voz aguda desde el dormitorio de la tienda, separado del resto por una cortina.

Entonces Eleanor de Rein la apartó y entró. Debido a las privaciones y las fatigas del viaje se había vuelto aún más flaca; su piel antaño tan pálida estaba

tena por encima de los pómulos, tenía los ojos hundidos y su tez había adoptado el color del pergamino a causa del calor y la sequedad.

Renaldo la miró de soslayo.

—¿Os dirigís a mí, esposa mía? ¡Un privilegio inesperado!

De hecho, ya casi no intercambiaban palabras. Desde la partida de Inglaterra Eleanor se limitaba a darle órdenes a la servidumbre y a conversar con su hijo, con el que desde aquel acontecimiento en Londres compartía mucho más que la misma sangre. Entre ambos se había generado una alianza que excluía a Renaldo y le daba la sensación de ser un extraño en su propia tienda.

—Deberíais saber que ni Guillaume ni esta empresa son el motivo por el cual pasamos hambre —dijo, y una vez más tomó partido por su hijo—. Más bien son esos miserables infieles que convierten sus propias tierras en un páramo para causarnos daño.

—En efecto —asintió De Rein en tono sarcástico—. ¿Quién hubiese podido contar con que ofrecerían resistencia? He combatido en muchas guerras... primero contra los anglosajones, después contra los británicos y finalmente contra los pictos. Y ninguno de ellos entregó sus tierras heredadas de manera voluntaria.

—No deberíais burlaros, padre —

dijo Guillaume, tras eliminar el resto del escorpión y darse por satisfecho—. Vos estáis tan prisionero de este páramo como nosotros.

—Así es —respondió De Rein en tono furibundo—, y te lo debo a ti. Si no hubieras tenido tanta prisa de ligarte a ese maldito incendiario...

—Sabéis que eso es una tontería —lo interrumpió Eleanor—. No deberíais guardarle rencor a Guillaume por algo de lo que él no es culpable.

—Es verdad —exclamó De Rein y, presa de la ira, se puso de pie y le lanzó una mirada colérica a Eleanor—. En cambio, debería guardaros rencor a vos, querida esposa, pues fuisteis vos quien

factó con Flambard. ¡Vos tenéis la culpa de que bebamos agua podrida y comamos lagartijas, gusanos y ratas para no sucumbir de manera miserable!

El rostro de Eleanor permaneció inmóvil, como si estuviera tallado en piedra.

—No durante mucho tiempo más — fue lo único que respondió.

—Claro, lo he olvidado —gritó Renaldo y puso los ojos en blanco—. ¡Vuestro magnífico plan! ¿Por qué diablos aún no lo habéis puesto en práctica? ¿Habéis perdido el valor?

—Por numerosos motivos —dijo Eleanor con voz lacónica y un tono enigmático que solo logró enfurecerlo

aún más—. Todavía no se ha presentado la oportunidad adecuada.

—Tonterías. Durante la batalla se hubiesen producido innumerables oportunidades de dirigir una lanza o una flecha aparentemente perdida contra el blanco y llevar a cabo el trabajo sucio... pero, para eso —añadió, dirigiéndose a Guillaume—, habría que haber sido lo bastante hombre como para combatir en primera línea.

—¿Qué queréis decir, padre?

—Lo sabes perfectamente. Al igual que todos mis demás vasallos, juraste que me servirías, pero ¿dónde estabas cuando durante la batalla mi caballo fue herido y se desplomó debajo de mí?

—Allí donde también se encontraban vuestros otros caballeros: luchando contra los musulmanes.

—Me dejaste en la estacada como un cobarde —bufó Renaldo sin inmutarse—, y si no fuera por aquel guerrero desconocido que acudió en mi ayuda habría muerto ese día. Pero es de suponer que eso ni siquiera os hubiera venido mal a ambos.

—¡Padre! —exclamó Guillaume, indignado.

—Vais demasiado lejos con vuestras suposiciones, esposo mío —dijo Eleanor en tono gélido.

—¿De veras? —dijo Renaldo y se lamió los labios resecos y agrietados—.

Puede que sea a causa del hambre que me corroe o de la sed que me abrasa.

Guillaume resopló. En Inglaterra habían existido excelentes motivos para aguantar los reproches de su padre sin contradecirlo... pero no allí. El apoyo de su madre y el pacto secreto del que formaba parte y cuya existencia su padre ignoraba le dieron alas.

—No soy un cobarde, padre, y pronto lo notaréis cuando me encuentre por encima de vos y os contemple desde arriba.

—¿Tú? —dijo Renaldo y le lanzó una mirada absolutamente desdeñosa—. Imposible. Porque el poder exige valor y sentido de responsabilidad,

características de las que siempre has carecido. Porque de lo contrario en Dorylaeum hubieras combatido al lado de tu señor feudal en vez de ocultarte en las filas traseras. En cambio aquel otro guerrero que se enfrentó al musulmán lanzado al ataque y me salvó de una muerte segura reúne todas esas características.

—¿Y por eso le regalasteis vuestro anillo de oro? —preguntó Guillaume en tono mordaz y lleno de envidia.

—En efecto. Y quizá también debería haberle regalado el resto de mis bienes, pues sería mucho más merecedor de ello que tú.

—¡Renaldo! —gritó Eleanor en tono

indignado.

—Es la verdad —insistió el barón —. Antaño cifré grandes esperanzas en ti, Guillaume, como mi sucesor y heredero, pero ahora me doy cuenta cuán necio he sido, sobre todo al ver que incluso un soldado raso alberga más nobleza en el corazón que la que tú jamás tendrás.

—¿Por qué disfrutáis tanto humillándome, padre? —preguntó Guillaume, que apenas lograba controlar su ira. Que el barón prefiriese a un soldado cualquiera lo enloquecía de ira y de envidia.

—No te he humillado, lo has hecho tú solo, junto con tu madre —añadió el

barón, dirigiéndose a Eleanor—. Vuestra falsedad y vuestra ambición nos han llevado hasta aquí y son las culpables de que tengamos que masticar espinas de cactus y beber nuestros propios orines. No logro imaginarme una humillación mayor.

—¡Y qué! —Se rebeló Guillaume en voz tan alta que quizá su protesta también resultaba audible fuera de la tienda, pero eso le daba igual. Estaba harto de escuchar el menoscabo, los reproches y las ofensas que su padre nunca dejaba de soltarle—. ¿No creéis que nuestras metas merecen este sacrificio? Me reprocháis que sea un cobarde y que carezca de valor cuando

sois vos quien rehúye las fatigas y no deja de quejarse.

—Ten cuidado con lo que dices —
siseó el barón.

—Ya hace demasiado tiempo que lo hago, pero me niego a seguir callando y a soportar vuestra injusticia. Si vos hubierais pretendido participar en esta campaña militar, soportarías el esfuerzo y las fatigas sin rechistar. Pero con vuestras palabras negáis los éxitos que hemos alcanzado.

—¿Qué éxitos?

—Pese a todos los inconvenientes seguimos avanzando al sur con rapidez y nuestra victoria en Dorylaeum parece haber causado una impresión tan

profunda en los turcos que han emprendido la huida y desde entonces no se han enfrentado a nosotros ni una sola vez.

—Ni falta que les hace: el terreno se encarga de hacerlo.

Guillaume tomó aire, resollando, pero ya no se le ocurrieron más argumentos. ¡Detestaba tener que justificarse ante su padre! Presa de una ira impotente, deslizó la mano hacia el puñal que llevaba en el cinto... pero el barón lo notó.

—Adelante —lo desafió, se levantó del taburete y se acercó a Guillaume—. Dame un motivo para desenvainar la espada: juro que no dudaré en hacerlo.

—¡No! —gritó Eleanor, espantada, salió precipitadamente de la otra habitación y se interpuso entre ambos con los brazos extendidos—. ¿Habéis perdido el juicio? ¡Por favor, Renaldo!

De Rein, con la mano apoyada en la empuñadura de la espada pero aún sin desenvainarla, rio en voz baja.

—¿Acaso esta es tu manera de demostrar tu coraje, Guillaume? ¿Refugiándote en el regazo de tu madre como un niño de pecho? —exclamó, sacudiendo la cabeza—. ¡Fuera de mi vista!

En la tienda reinó el silencio.

Se quedaron callados, la madre y el hijo a un lado, el barón al otro. La ira, el

desprecio, el odio y el miedo se acumularon bajo la tienda como una tormenta en un día veraniego húmedo y caluroso, anunciada por el remoto retumbo de los truenos pero dispuesta a descargarse.

Pero ello no ocurrió.

Guillaume se volvió abruptamente y abandonó la tienda.

Él mismo ignoraba si huía debido a una consideración táctica o al temor de una confrontación, solo tenía claro una cosa: que quería alejarse de ese hombre de cuya sombra prepotente no lograba librarse.

Al principio de la campaña militar las circunstancias aún eran claras:

Guillaume y su madre llevaban las riendas mientras que el barón se había visto reducido a ser una pieza carente de voluntad propia. Pero eso había cambiado. Con la misma mezcla de inescrupulosidad y lealtad que ya en Inglaterra lo había convertido en un hombre acaudalado, volvía a estar a punto de obtener el favor de los nobles, sobre todo del ítalo Bohemundo... y Guillaume se percató de que el control apenas conquistado amenazaba con volver a escapársele de las manos.

Recorrió el campamento nocturno con pasos apresurados; en torno a las hogueras se acurrucaban figuras desastradas que mantenían la vista

clavada en las llamas. Muchos soldados rasos, pero también algunos nobles, pernoctaban al aire libre porque o habían cambiado sus tiendas por provisiones o bien estaban demasiado débiles para montarlas. Por todas partes reinaba la escasez y la privación. En un carro cuyo buey parecía un cadáver viviente estaba acurrucada una mujer que lloraba. Quizás había perdido a su hijo, como tantas otras durante la marcha. «¿Por qué no habrá dejado a sus mocosos en casa?», se preguntó Guillaume sin la menor compasión.

Su meta era la tienda de Eustacio de Privas.

Todavía veía a un rival en el noble

de Provenza que presidía la Hermandad de los Buscadores. Pero hastiado de su padre sumamente severo, Eustacio se había convertido en algo parecido a un amigo.

La tienda era inconfundible, no solo porque era magnífica y sus comodidades despertaban la envidia de los demás, sino también porque estaba un poco apartada del campamento, rodeada de vasallos armados que mantenían la vista clavada en la oscuridad.

—¡Alto! —gritó uno de los guardias cuando Guillaume se aproximó, y bajó la lanza—. ¡Ni un paso más!

—¿Qué significa esto? —le espetó Guillaume—. ¿Es que no sabes a quién

te enfrentas?

La mirada de los ojos que asomaban bajo la visera del yelmo se volvió insegura.

—No —confesó el guardia en tono apocado, pero sin alzar la lanza.

Guillaume se enderezó, pronunció su nombre y su título y disfrutó al ver que el guardia daba un respingo y se encogía como un perro apaleado. Luego hizo una reverencia y lo dejó pasar sin alzar la cabeza.

—En el futuro —siseó Guillaume al pasar a su lado—, deberías abrir los ojos, so mentecato. De lo contrario puede que te los arranque.

Pasó por debajo del baldaquín y

entró en la antecámara de la tienda, separada de la habitación principal por una pesada cortina. Allí aguardaba el doncel de Eustacio, pero reconoció al visitante y le franqueó el paso.

La luz cálida de diversas lámparas de aceite bañaba el recinto. En el centro de la tienda alargada habían dispuesto una mesa ante la cual estaban sentados De Privas y otros caballeros provenzales, todos ellos miembros de la Hermandad. Ante todos ellos había platos llenos de carne y copas de vino, mientras que en otras partes del campamento pasaban hambre. Hacía bastante tiempo que Guillaume había comprobado que el pacto secreto

cuidaba de aquellos que se habían comprometido con su causa.

—Ah —dijo Eustacio, sentado en la cabecera sosteniendo un trozo de carne —, ha llegado nuestro amigo normando. ¿Qué os ha conducido hasta vuestros compañeros de armas, mi buen Guillaume? ¿Habéis vuelto a discutir con vuestro padre?

Guillaume no respondió, se sentó ante la mesa en silencio, cogió un gran trozo de carne y le pegó un mordisco. Apenas lo masticó, se limitó a acompañarlo de un gran sorbo de vino.

—Supongo que eso significa que sí —comentó Eustacio en tono seco. Los cabellos negros, largos hasta los

hombros, brillaban y, como siempre, llevaba la barba bien rasurada, incluso en un lugar como ese—. ¿Qué ha sucedido? ¿Acaso el barón le regaló otra parte de vuestra herencia a un plebeyo cualquiera?

—Aún peor —declaró Guillaume, masticando. La carne que tragaba con furia le calentó el estómago y lo tranquilizó un poco—. ¡El barón considera que soy un cobarde, un fracasado y un inútil!

Los demás caballeros manifestaron su desaprobación en voz alta. Dos de ellos, Landri y Huidemar, se pusieron de pie, enfurecidos.

—Es una afrenta —dijo Eustacio,

poniendo palabras a la colérica reacción de los otros dos—, supone un ataque a todos nosotros... pues seguramente no os habríamos aceptado en nuestras filas, apreciado Guillaume, si vuestro padre tuviese razón. Llegará el momento en el que reconocerá su error.

—Así lo espero —gruñó Guillaume.

—Hasta entonces —prosiguió el jefe de la Hermandad—, debéis tener paciencia, amigo mío... y también con respecto al anillo de vuestro padre que queréis recuperar. Por desgracia, mis hombres aún no han logrado descubrir a ese anglosajón. El campamento es grande y un nombre no basta para encontrar a alguien.

—Lo comprendo. No obstante, os agradezco el esfuerzo realizado, hermano.

—En cambio aceptad este anillo —añadió el provenzal, se quitó uno de los suyos del dedo y se lo arrojó a Guillaume—. Consideradlo un consuelo y también una señal de nuestro aprecio.

Guillaume contempló la joya. Estaba artísticamente trabajada y presentaba motivos curiosos que revelaban su origen oriental.

—¿De dónde proviene el anillo?

—De un musulmán que iba camino de Edessa y cometió el error de cruzarse con Landri, nuestro apreciado compañero de armas —contestó

Eustacio, causando las carcajadas de sus seguidores—. Ya no lo necesita.

—Os lo agradezco —dijo Guillaume, se puso el anillo y lo contempló con expresión vanidosa.

—¿Sabéis cómo nos llamó el árabe mientras agonizaba en la arena? —preguntó el caballero llamado Landri, dirigiéndose a los demás en busca de aplauso—. Nos llamó *tafur*.

—¿Y eso qué significa? —Quiso saber otro.

Landri sonrió y en sus ojos resplandecía el orgullo.

—Significa algo similar a «salvajes» o «indómitos» —declaró con mucha satisfacción—. Supongo que

figura que los condenados infieles empiezan a temernos.

Los demás caballeros soltaron sonoras carcajadas y Guillaume los imitó, al tiempo que deseó que su padre pudiera verlo, sentado entre hombres que compartían sus ideas, jóvenes de origen aristocrático que lo reconocían y lo respetaban y compartían sus ambiciosos planes en vez de burlarse de él.

Pero de pronto notó que algo no iba bien.

La agradable sensación que hacía un momento había experimentado su estómago había desaparecido, reemplazada por la sensación de

albergar una bola de metal provista de diminutos pinchos en la barriga: la carne que casi no había masticado y el vino que había bebido sin reflexionar.

Notó que el alimento aún sin digerir buscaba una salida y durante un doloroso instante trató de controlar el impulso.

Después se puso de pie de un brinco, abandonó la tienda a toda prisa y vomitó.

*Cilicia**Agosto de 1097*

Durante el transcurso del verano la situación a lo largo de la costa de Anatolia se había agudizado.

Los combates entre turcos y bizantinos se habían desplazado al norte, donde se libraban feroces batallas con el fin de ocupar las islas de Asia Menor y la ciudad de Éfeso; sin embargo, un pirata llamado Guynemer, oriundo de

Bolonia, había aprovechado la inestable situación y al mando de una pequeña flota sembraba el terror y el espanto en el mar oriental, a consecuencia de lo cual los barcos mercantes seguían dirigiéndose a las costas de Licia y Panfilia por temor a ser abordados y apresados. Por ello, numerosos barcos estaban atracados en Adalia, aguardando que su cargamento fuera transportado por tierra hasta su destino final... y por tanto resultaba muy difícil encontrar animales de carga y unirse a una caravana.

Al igual que los portadores y los camelleros, los vendedores de caballos y camellos habían reconocido los signos

de la época y pedían precios que lindaban con la usura, así que al convaleciente Isaac Ben Salomon no solo le llevó unos días de búsqueda sino también una pequeña fortuna comprar dos mulas que lo transportarían a él y a su hija, y un burro, que cargaría con el agua y las provisiones. Y tras pagar otra suma bastante considerable, les permitieron unirse a una caravana siria que primero se dirigiría a Tarso con sus mercancías y después a Damasco.

Para alcanzar dicha meta existían dos caminos: por una parte, aquel peligroso sendero que transcurría a lo largo de la costa plagada de bandoleros y, por la otra, la antigua vía comercial

que se abría paso sinuosamente a través de la altiplanicie de Anatolia al norte de los montes Tauro, pero allí reinaba la guerra.

Entretanto había corrido la noticia de que los cruzados habían ocupado Nicea y que el ejército del sultán había sido derrotado en Dorylaeum, que los conquistadores se dirigían al sur y que tomaban justamente aquella ruta que solían recorrer las caravanas. Pero dado que durante la retirada a través de Anatolia las tropas del sultán solo dejaban tierras arrasadas a su paso para dificultar el avance de los invasores, no hacía falta mucha imaginación para saber qué ocurriría si una caravana

cargada —y encima perteneciente a comerciantes musulmanes— se topaba con los cruzados muertos de hambre y afectados por las privaciones.

Por tanto, los sirios prefirieron probar suerte con los bandoleros de la costa. Un grupo de mercenarios armenios que acompañaba la caravana debía encargarse de evitar los posibles ataques y cumplieron con su cometido, al menos al principio del viaje.

Sin ser molestada, la caravana con sus caballos y camellos, sus mulas y sus burros, avanzó a lo largo de la costa hacia el este; a su derecha se extendía el amplio y resplandeciente mar y a su izquierda las laderas de los montes

Tauro. Debido al mal estado del camino marchaban más lentamente de lo que hubiesen avanzado bajo condiciones más favorables a lo largo de la vía comercial, pero tras apenas una semana la caravana alcanzó Side y, tras seis días más, Coracesio. El tráfico que reinaba en la ruta de la costa a causa de los acontecimientos políticos mantenía alejados a los salteadores de caminos y otra gentuza, así que el viaje se desarrolló con rapidez, tal como Chaya —una vez más disfrazada de criado— constató con bastante alivio. Sin embargo, su padre no confiaba en que la calma fuera duradera.

A primera vista, Isaac se había

recuperado muy bien de la fiebre, pero cuando creía que nadie lo observaba su figura delgada —aún más flaca y demacrada debido a las privaciones— se desmoronaba en la silla de montar. Entonces se acurrucaba en el lomo de la mula, una caricatura del hombre al que antaño Chaya había admirado por su fuerza de voluntad... y ello la asustaba. No solo porque las ganas de vivir parecían haberlo abandonado, sino también por el peso con el que cargaba su padre y que entonces, una vez descubierto el secreto del libro, de pronto compartía. Casi sin interrupción, sus pensamientos giraban en torno a esos miedos mientras el viejo Isaac

cabalgaba a su lado en silencio.

—¿Padre? —dijo en algún momento, interrumpiendo el silencio. Caía la tarde y pasaban junto a una pequeña península que se adentraba en el mar color turquesa y se destacaba contra el horizonte. El calor diurno ya se había reducido, las sombras que los precedían se volvían más largas y una brisa fresca y salada soplaba de mar a tierra.

—¿Sí, hija mía? —dijo Isaac y se enderezó ligeramente en la silla.

—¿Has leído el libro secreto alguna vez? —preguntó Chaya tan directa y repentinamente que ella misma casi se asustó—. ¿Conoces el contenido?

El viejo Isaac se sobresaltó y lanzó

una mirada furtiva a derecha e izquierda, asegurándose de que los guerreros armenios que acompañaban la caravana no hubieran oído nada.

—Baja la voz, por favor —dijo—. Puede que nuestros amigos musulmanes afirmen que no comprenden nuestra lengua, pero uno nunca puede estar muy seguro de ello.

—¿Es que el libro también los atañe a ellos? —preguntó Chaya, sorprendida.

—Lo que está escrito en este libro atañe a todas las criaturas de este mundo, pero de un modo especial al pueblo de Israel. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque no dejo de meditar si

sabes para qué... para qué arriesgamos nuestras vidas —contestó Chaya.

Eso no se correspondía exactamente con la verdad, desde luego; había comenzado a hablar del libro porque ya no aguantaba el silencio y quería hablar del asunto que la preocupaba. Y porque cuanto más veía sufrir a su padre bajo el peso de su responsabilidad, tanto mayor era su sentimiento de culpa. ¿Le aliviaría la carga si le confesaba que ella también conocía el secreto del pergamino? ¿O solo lo obligaría a cargar con más preocupaciones de las que ya lo torturaban?

—Ten por seguro que yo lo sé muy bien, hija mía —dijo Isaac asintiendo

con la cabeza, y su rostro, cubierto por la sombra de la chilaba, reflejaba algo que ella conocía muy bien: la conciencia de la impotencia humana ante los misterios divinos.

—¿Pues entonces qué haremos una vez llegados a Antioquía? —preguntó.

—Le entregaremos el libro a Ezra; mi padre también lo nombró portador a él, y sabrá qué ha de hacer después.

—¿Y nosotros?

Isaac la contempló.

—¿Por qué lo preguntas?

—Bien, casi hemos consumido nuestro dinero, ¿verdad? El tratamiento del médico alejandrino acabó con la mitad de nuestros ahorros, y los

preparativos del viaje, la otra mitad. Así que, ¿qué haremos una vez que hayamos entregado el libro? ¿Quedarnos en la tierra de nuestros antepasados?

—Nada me agradaría más, pues eso es con lo que sueñan todos los hijos de Jacob —replicó Isaac en tono pensativo—. Pero allí no hay paz, Chaya. El mundo está sumido en el caos, aterrorizado por los fanáticos que cabalgaron bajo el estandarte de la Cruz. Ya han caído las primeras ciudades de Oriente, ¿cuántas más les seguirán? ¿Lograrán los cruzados avanzar hasta la Tierra Prometida, hasta las cunas de su fe y de la nuestra?

—¿Tú qué opinas, padre?

—No lo sé, Chaya. Pero la historia está repleta de giros imprevisibles. ¿Quién es capaz de decir lo que el Señor planea para todos nosotros? Solo una cosa es segura: el libro de Ascalón no debe caer en las manos equivocadas, ni ahora ni más adelante... de lo contrario el mundo está perdido.

Chaya asintió con aire pensativo y, bajo la impresión causada por el ocaso y la luz que bañaba el mar con un resplandor dorado, la invadió una profunda melancolía. Por enésima vez recordó lo que el viejo Isaac había murmurado mientras la fiebre lo mantenía postrado: que el Juicio Final era inminente y que el libro contenía la

clave. Entretanto ella también conocía el secreto y si bien no lo había comprendido todo, había llegado a entender que su padre no había exagerado, ni siquiera afectado por la fiebre.

—¿Es que aún existe una esperanza? —preguntó en voz baja. Eso era lo que la inquietaba en secreto y que en el fondo era el motivo de todas sus otras preocupaciones.

Estaba casi convencida de que su padre esquivaría la pregunta y guardaría un silencio obstinado, pero no fue así.

—Siempre existe la esperanza, hija mía —dijo, para desconcierto de Chaya—. Al menos esa ha sido mi

experiencia.

—¿En qué sentido, padre?

Isaac le lanzó una mirada indescifrable.

—Cuando abandonamos Colonia estaba invadido por el temor y las dudas. Según la promesa que había hecho, debía abandonarlo todo, pero mi hija se resistió a mi voluntad. En vez de aceptar mi decisión optó por acompañarme en mi viaje a lo incierto y confieso que me enfadé con Dios por ello. Pero entretanto he comprendido que, en su infinita bondad y sabiduría, me envió un acompañante, el mejor y más fiel de los acompañantes que hubiera podido desear.

—¿Un acompañante? —Chaya tardó unos instantes en darse cuenta de que se refería a ella—. ¿Entonces te alegras de que esté aquí?

—No, hija mía. Hubiese preferido mil veces verte vivir en paz, casada con un hombre joven y fundando una familia para que yo pudiese disfrutar de mis nietos y mis bisnietos. Eso fue lo que planeé para ti. Incluso me aferré a dicho plan cuando hacía tiempo que las señales de la época habían cambiado, cuando la muerte de tu madre debería haberme hecho comprender que todos estamos a merced del destino y que todos dependemos de la benevolencia del Señor. Por eso, y solo por eso, me

aferro a mi misión, por más perdida que parezca. Dios está con nosotros, Chaya, de lo contrario no hubiese superado la fiebre. Y cuanto más reflexiono al respecto, tanto más persuadido estoy de que Él también te ha indicado el camino a ti.

Chaya aguzó los oídos.

—¿Crees que estaba destinada a acompañarte?

Isaac no contestó, pero la sonrisa que iluminó su rostro demacrado le proporcionó la respuesta.

—Pero si eso es lo que sientes, padre, si consideras que estoy aquí por la voluntad de Dios, ¿por qué no me pones al corriente del misterio? Podría

ayudarte a cargar con el peso y compartir tus preocupaciones.

—No en este caso, hija mía —dijo Isaac, suspirando—. Ciertos temores se reducen cuando los compartes con otro... pero este solo se duplicaría. Cargarías con el mismo peso que yo y quiero ahorrártelo.

—Lo sé, padre. Pero...

Chaya se mordió los labios resecos y agrietados, buscando las palabras adecuadas. Durante un momento había esperado influir en la situación a su favor y lograr que su padre le revelara el secreto por iniciativa propia, pero la oportunidad de todos modos fugaz ya parecía haber pasado.

—¿Hay algo que quieras decirme, hija mía? —preguntó Isaac y le lanzó una mirada escrutadora.

Chaya tragó saliva. ¿Debía decirle la verdad a su padre? ¿Acaso él ya sospechaba algo? ¿Se habría delatado?

Durante un momento se dispuso a hacerlo... pero después vaciló: no quería que la aprobación que su padre acababa de manifestarle volviera a estropearse.

—No —contestó al fin, negando con la cabeza—. ¿Qué habría de tener que decirte?

Iconio

16 de agosto de 1097

Un milagro.

En su mayoría, los cruzados estaban persuadidos de que lo que los había salvado tras seis semanas de marcha a través del páramo, bajo el sol abrasador y martirizados por las privaciones, solo podía haber sido un milagro divino.

Conn lo veía de un modo más objetivo, pero él tampoco pudo evitar el

alivio causado por el fin —aunque tal vez solo momentáneo— de las horrorosas privaciones. Los cruzados habían alcanzado Iconio, la vieja ciudad al borde de la altiplanicie de Anatolia, el centro del poder selyúcida. Debido a ello, los guerreros de Cristo, debilitados y marcados por el hambre y la sed, creyeron tener que librar una sangrienta batalla antes de conquistar la ciudad... pero resultó que dicha suposición era errónea.

La noticia de sus victorias en Nicea y Dorylaeum se les había adelantado, así que la guarnición turca ya había abandonado la ciudad mientras que sus habitantes —en su mayoría cristianos

armenios— dieron la bienvenida a sus correligionarios y les abrieron las puertas.

La victoria era total, y ello sin haber disparado una sola flecha ni entrechocado las espadas, así que el júbilo que invadió a los miembros del ejército de los cruzados fue enorme. En todos los campamentos ardían hogueras en las que asaban carne: los habitantes de Iconio sacrificaron numerosas cabezas de ganado y abrieron sus almacenes de provisiones para alimentar a los hambrientos cruzados. Tras solo dos días el angustioso estado de ánimo que al final envolvía el contingente como una mortaja se convirtió en

euforia.

Los predicadores que acompañaban la empresa, que durante las últimas semanas se habían vuelto cada vez más silenciosos y que por fin enmudecieron, volvieron a tomar la palabra y pronunciaron discursos enfervorizados; aquí y acullá incluso sonaban flautas y cantos y el vino servido en grandes odres por los generosos iconienses contribuyó a generar un estado de ánimo que superó incluso al de Rouen. No dejaron de llorar los muertos caídos durante la larga marcha y cuya cifra alcanzaba muchas centenas, pero la alegría de haber salido con vida superó la tristeza. Todos estaban más

convencidos que nunca de gozar de la bendición del Todopoderoso, que había puesto a prueba a los cruzados, pero que consideró que eran dignos de liberar los Santos Lugares.

Conn también bebió vino y, aunque solo unos sorbos, estos tuvieron un efecto desastroso en su cuerpo, desacostumbrado a ingerir cualquier líquido. Vagó sin rumbo entre las hogueras y las tiendas, todas le parecían idénticas y, de mala gana, tuvo que reconocer que se había perdido en medio del campamento. No reconoció ningún rostro y no había ni rastro de Berengario y los lotaringios de quienes solo se había apartado unos momentos

para hacer sus necesidades al borde del campamento.

Mirara donde mirase, Conn solo veía caras demacradas pero felices, riendo, cantando, balbuceando y celebrando la vida que les habían regalado de manera tan repentina. Alguien lo agarró del brazo y lo obligó a volverse. Un franco borracho que sostenía una jarra en la mano bebió a su salud, una joven le lanzó una mirada insinuante y un armenio le ofreció una generosa copa de vino.

Conn agradeció el gesto y siguió avanzando, tambaleándose, y en busca de Berengario y los demás. Como no tenía ni idea de adónde dirigirse, caminó

en cualquier dirección, con la sensación de perderse cada vez más en el laberinto nocturno del campamento. Semblantes risueños, canciones entonadas con voz áspera, carne asada por encima de las llamas... Las impresiones le golpeaban la cabeza como proyectiles enemigos; confuso, se volvió sobre sí mismo tratando de orientarse, de encontrar algo a lo cual aferrarse... y entonces alguien lo llamó por su nombre.

—¿Conwulf?

Conn se detuvo y se volvió.

Ante él había una figura cuyo rostro no lograba distinguir porque estaba de espaldas a una hoguera y solo vio el contorno de su cuerpo.

—¿Eres Conwulf?

—S... sí —contestó—. ¿Quién...?

Pero no llegó a formular la pregunta porque el otro le pegó un puñetazo en la cara, oyó el crujido de su mandíbula y notó que se le doblaban las rodillas. Estaba tendido en el suelo arenoso y la sombra se inclinaba sobre él, tan próxima que percibió su aliento putrefacto.

—Tienes algo que nos pertenece, Conwulf —siseó.

—¿A saber? —dijo Conn, haciendo un esfuerzo y tratando de quitarse de encima al individuo, pero sin lograrlo, pues otras dos figuras le sujetaban los brazos y las piernas.

—No hagas preguntas estúpidas — espetó la sombra, y un puñal brilló a la luz de las llamas—. Dame el anillo o te clavaré este puñal en el gaznate, ¿me has comprendido?

Conn lo entendió perfectamente, pero no estaba dispuesto a ceder y volvió a resistirse, aunque en vano.

—¿Y bien? ¿Nos das el condenado anillo por propia voluntad o primero debo cortarte el gaznate?

Conn notó que la presión contra su garganta aumentaba y no dudó de que la sombra cumpliera con su amenaza. En esos días la muerte y la agonía se habían vuelto algo tan cotidiano que nadie le daría importancia si se topaba con un

joven anglosajón con la garganta cercenada. Conn ignoraba cómo el individuo se había enterado de que poseía el anillo que el caballero normando le obsequió en agradecimiento por salvarle la vida y que había cosido en el dobladillo de su túnica con el fin de ocultarlo. En los últimos días había pensado varias veces en cambiar el oro por un trozo de pan, pero no lo había hecho... ¡solo para que entonces lo asesinaran a sangre fría para hacerse con él!

Ante semejante ironía del destino no pudo evitar una amarga sonrisa.

—¿De qué te ríes, eh? —le espetó la sombra y aumentó la presión del puñal;

Conn no osaba respirar—. Te abriré en canal como un cerdo si tú no...

Pero no pudo seguir hablando.

Resonó un golpe apagado y el cuerpo del hombre sin rostro se encogió. Luego cayó de lado y sus dos ayudantes emprendieron la huida.

Conn, que no comprendía qué ocurría, notó que estaba a punto de perder el conocimiento... pero un instante antes de desmayarse vio un rostro conocido.

Baldric.

—¿Conwulf? ¿Conwulf?

Cuando Conn abrió los ojos estaba

tendido en un lecho improvisado en una tienda iluminada por una luz titilante, y durante un momento creyó que era la segunda vez que experimentaba lo mismo:

La lucha desesperada por sobrevivir.

La salvación en el último instante.

La profunda inconsciencia.

Y Baldric.

Si hacía un año le hubieran dicho que en cierta ocasión se alegraría de encontrarse en compañía de un normando, tal vez solo hubiese reído. Pero entonces descubrió que el corazón le brincaba de alegría al ver los rasgos tan familiares y cubiertos de cicatrices

de su amo y mentor, cuyo único ojo lo escudriñaba atentamente.

—Salvarte se está convirtiendo en una mala costumbre, muchacho —gruñó el caballero, aunque su alivio era evidente—. ¿Cómo te encuentras?

Conn quiso asentir, pero el dolor agudo en la garganta se lo impidió. Se tanteó el cuello y comprobó que llevaba una venda: el puñal de la sombra le había perforado la piel.

—Estoy vivo gracias a vos —graznó.

—Pues ahora estás doblemente en deuda con Dios —replicó Baldric.

—Pero ¿cómo supisteis...?

—¿Que aún estabas con vida? —lo

interrumpió el normando para ahorrarle las palabras—. ¿Dónde te encontrabas?

—Humm...

—No lo sabía. Aquella noche en el barco, cuando no regresaste, me pareció evidente que habías caído por la borda. Aunque todo indicaba lo contrario, rogué al Señor todos los días que te mantuviera con vida. Mientras tanto proseguimos nuestro camino y emprendimos la lucha contra los musulmanes. Estábamos allí cuando cayó Nicea y combatimos en Dorylaeum; cruzamos el desierto como el pueblo de Israel. Casi habíamos abandonado la esperanza de volver a verte... cuando oímos hablar de un joven anglosajón que

por lo visto se había destacado en la batalla de Dorylaeum por su gran valor.

—¿Y entonces pensasteis en mí?

—Por supuesto... ¿cuántos anglosajones tozudos y lo bastante tontos como para combatir en primera fila forman parte de esta campaña militar?

—preguntó alguien, apartó la lona que cubría la entrada de la tienda y dos figuras familiares se acercaron al lecho de Conn y lo contemplaron con una sonrisa.

—¡Bertrand! ¡Remy! —Conn también tuvo que sonreír—. ¡Cuánto me alegro de veros!

—Yo también me alegro, mi ingenuo amigo —le dijo Bertrand—. Pero solo

porque echaba de menos tus estúpidas preguntas.

—No le hagas caso —gruñó Remy con locuacidad poco habitual—. Solo se alegra por haber recuperado a alguien a quien su incesante parloteo no vuelve loco.

—Y yo que creía que ya no estabais con vida...

—Lo mismo creímos nosotros de ti —aseguró Bertrand—. Nuestro buen Remy ya estaba muy desesperado.

—Dices tonterías —gruñó Remy—. Como siempre.

Pese a la dolorosa herida del cuello, Conn tuvo que reír. Se incorporó en el lecho y, con la mayor brevedad posible,

pasó a narrarles lo que le había ocurrido a partir de aquella noche tormentosa en el *salandrium*. Al principio Bertrand lo interrumpió de vez en cuando para hacer unos comentarios, pero cuanto más avanzaba Conn con su relato tanto más se redujeron las interrupciones y tanto mayor fue el asombro de los tres normandos.

—Veo que mi inquietud por ti fue en vano —dijo Bertrand cuando Conn acabó su narración—. Has aprendido muy bien las lecciones que te impartí.

—Y un par de cosas más —añadió Conn, recordando la sangrienta batalla y la subsiguiente agotadora marcha—. ¿Cómo lograsteis encontrarme

finalmente? Os he buscado desde que abandonamos Dorylaeum, pero...

—A menudo nos enviaron a explorar el terreno y por eso no estábamos en el campamento —explicó Baldric—. En cuanto a la búsqueda, puede que el Todopoderoso nos prestara Su ayuda... bajo la forma de uno de sus devotos servidores.

Como si esa palabra fuera la clave, volvieron a apartar la lona de la entrada y quien entró fue nada menos que Berengario, la última persona que Conn esperaba ver.

—*¿Pater?* —exclamó en tono incrédulo—. Pero...

—Los caminos de Dios son

insondables, mi joven amigo —replicó el monje—. Como tantos otros guerreros de Cristo, Baldric acudió a mí para que librara su alma del peso con el que cargaba. Así descubrí cosas que tú ya me habías contado y comencé a sospechar que debía de existir un vínculo.

—No obstante, casi llegamos demasiado tarde, porque el francés estaba dispuesto a cortarte el gaznate —añadió Bertrand con una sonrisa maliciosa.

Conn asintió, como si lo hubiese comprendido todo, cuando en realidad le parecía casi increíble que el destino le hubiera hecho semejante regalo y lo

hubiese vuelto a reunir con sus amigos, todos ellos sanos y salvos. Y de pronto se encontró agradeciéndole al Creador, del que antes siempre había supuesto que solo se ocupaba de los asuntos de los grandes y poderosos.

—El ejército del Señor no solo alberga corazones bondadosos —gruñó Baldric, malhumorado—. Has de tener cuidado cuando vagas por el campamento de noche.

—Lo sé —aseguró Conn y se frotó el dolorido cráneo, pero prudentemente calló que se había emborrachado y perdido.

—De hecho —prosiguió Baldric y de pronto se puso serio—, hay un asunto

mucho más fácil de eliminar de este mundo que un salteador de caminos cualquiera.

—¿De veras? —preguntó Conn, sorprendido.

—Cuando el *pater* Berengario rompió su silencio y me habló de un joven anglosajón que guardaba un sorprendente parecido con el que yo había perdido, dijo que Conwulf afirmaba ser hijo de Baldric...

Conn se sobresaltó. Debido a la alegría del reencuentro había olvidado la mentira y, pese al dolor de cabeza, se puso de pie de un brinco y se arrodilló ante Baldric.

—Perdonadme, señor. No quise

ofenderos ni manchar vuestro nombre, debéis creerme.

—Claro que te creo, hijo mío, y jamás supondría que pretendieras avergonzarme. Después de todo lo que he oído, más bien se trata de lo contrario. Sin embargo, utilizaste mi nombre sin mi permiso y te apropiaste de mi rango y eso, Conwulf, es un delito grave, sobre todo por parte de alguien de tu posición y origen.

—Lo sé, señor.

De pronto Conn se sintió invadido por el arrepentimiento por haberse apropiado de algo que no le pertenecía... al igual que en el pasado. Sobre todo porque tenía la sensación de

haber decepcionado a Baldric.

Le lanzó una mirada dubitativa al normando, que se había plantado ante él con los brazos cruzados y lo contemplaba severamente con su único ojo. De los rostros de Bertrand y Remy también parecía haber desaparecido la alegría.

—Lo siento, señor —insistió Conn, que no quería volver a perder a sus amigos reencontrados a causa de una estúpida mentira.

—Te creo, Conwulf —aseguró Baldric—, pero la gravedad del delito no desaparece así sin más. Un criado que afirma ser un noble supone una ofensa para la caballería y supongo que

el conceso exigirá el castigo correspondiente. A menos que —añadió tras hacer una breve pausa— tu descarada afirmación se corresponda con la verdad.

—¿Qué? —preguntó Conn, confuso.

—*Pater* Berengario —dijo Baldric, dirigiéndose al monje—, quiero que como devoto servidor del reino de Dios en la Tierra atestigüéis lo siguiente. Y también a vosotros, mis fieles seguidores —dijo, dirigiéndose a Bertrand y Remy—, os tomo como mis testigos de que a partir de hoy acepto a Conwulf de Londres, conocido como Conn, como mi hijo legítimo, mi sucesor y heredero, con todos los derechos y

deberes relacionados con ello. A condición de que él esté de acuerdo.

Si le hubiesen dicho a Conn que durante la noche el mar y el cielo habían intercambiado sus lugares y que los peces volaban por el aire, su desconcierto no podría haber sido mayor. Hacía un momento aún le corroía la culpa y temía haber decepcionado a su señor Baldric... ¡y entonces este le ofrecía aceptarlo como su propio hijo!

Su asombro era evidente, pues Bertrand no logró reprimir un comentario burlón.

—¿Qué pasa? ¿De verdad creíste que el bueno de Baldric te castigaría? ¿Después de agradecerle al Señor de

rodillas porque aún estás vivo?

—No sé qué pensar, si he de ser sincero —dijo Conn—. ¿Por qué lo hacéis?

—Porque veo más cosas en ti que tú mismo —contestó Baldric.

—Pero vos... vos apenas sabéis algo de mí, señor. Solo soy un ladrón, un...

—Lo que fuiste antaño ya no tiene importancia —dijo Baldric—. Todos los que participamos en esta campaña militar hemos dejado atrás nuestra vida anterior. Solo has de dar tu consentimiento, con eso bastará. A condición, claro está, de que te baste con llevar el nombre de un caballero

que casi no posee más que lo que lleva encima.

Conn reflexionó. Era la segunda vez que ese obstinado normando estaba a punto de cambiar su vida y obligarlo a aceptar algo que en realidad no deseaba. Tuvo que pensar en Londres, en el tabernucho en el que había recuperado el conocimiento y en el trato que Baldric le obligó a aceptar... y de pronto descubrió que a pesar de todas las fatigas y las privaciones que había sufrido y pese a todo el terror que había experimentado, se sentía agradecido.

En Inglaterra, Conn lo había perdido todo y no tenía nada que ganar. Sin embargo, Baldric le había mostrado un

mundo más amplio y más libre. ¿Y acaso no había sido justamente eso lo que le prometió a Nia cuando esta murió en sus brazos? De repente Conn comprendió cuán lejos había quedado todo aquello y por tercera en vez en la vida tuvo la sensación de que, durante un instante, el aliento de Dios lo rozaba.

Pese a su lamentable estado se puso de pie y miró directamente al ojo de su señor y mentor.

—Hace mucho tiempo que os pertenezco, señor —fue lo único que dijo.

Baldric sonrió. Después estiró la mano derecha y la apoyó en el hombro izquierdo de Conn.

—Ante el Todopoderoso y estos testigos aquí presentes, te acepto a ti, Conwulf, como hijo. Ahora mi sangre también es la tuya y mi nombre es tu nombre.

—Gracias, señor —susurró Conn.

—Entonces selló la adopción como servidor y testigo de Dios —añadió Berengario—, *in nomine patris et filii et spiritus sancti*.

Los presentes se persignaron y Baldric saludó a Conn inclinando la cabeza con orgullo casi paternal. Solo de paso, a Conn se le ocurrió que, al menos por el nombre, se había convertido en un normando y que la idea ni siquiera lo asustaba. Durante la larga

marcha Conn había visto a caballeros de las filas de los supuestamente tan nobles provenzales lloriquear como niños, y en cambio, en los peores momentos, los normandos apoyaban a sus hombres y les daban ánimos. Lo que definía el valor de un hombre no eran sus orígenes sino solo sus actos. Los antiguos prejuicios ya no perduraban y Conn comprendió que esa noche había encontrado más que lo que nunca había perdido.

A saber, el padre que jamás que había tenido.

Llanura de Tarso

Septiembre de 1097

El territorio era amplio y salvaje, y parecía fulgurar bajo la luz anaranjada del atardecer.

Hacia el norte la llanura lindaba con una elevada pared de rocas rojas como la sangre. Al igual que gigantescos guardias de piedra parecían vigilar aquel pequeño paso que comunicaba la escabrosa altiplanicie de Cilicia con el

mar, vislumbrado al sur como una remota neblina.

Conn lanzó un suspiro de alivio.

Tras la espantosa sequedad y aridez de la altiplanicie resultaba agradable volver a ver arbustos y árboles, aun cuando eran escasos y de formas diferentes a los de su hogar. Creyó percibir un hálito de frescor salado flotando en el aire tibio que redujo su cansancio e hizo que, pese a la larga cabalgada, sus huesos ya no le dolieran tanto.

—Vaya —dijo Bertrand, que cabalgaba a su lado y parecía mucho menos afectado por la fatiga y el esfuerzo. Su yelmo colgaba del pomo de

la silla de montar, sus revueltos cabellos oscuros ondeaban agitados por la brisa del atardecer y enmarcaban su amplia sonrisa—. Para un anglosajón que de la noche a la mañana se convirtió en un normando, montas bastante bien.

—¿Tú crees? Me siento más bien como un buey pisando huevos.

—Una bonita comparación —dijo Bertrand, riendo—, sobre todo porque un buey debe de saber tanto acerca de los huevos como un anglosajón acerca de la equitación.

—Dejadlo en paz, Bertrand —le advirtió Baldric que montaba en su relinchante corcel al otro lado de Conn—. Superar un paso montañoso a lomos

de un caballo siempre supone un desafío. Conwulf lo ha hecho muy bien.

—Gracias —dijo Conn, agradecido por el elogio, pues su antiguo señor, que de pronto se había convertido en su padre adoptivo, no solía pronunciar palabras de aprobación.

—Pero has de mejorar tu postura en la silla —añadió Baldric, observando a Conn con mirada crítica desde su único ojo—. Ponte derecho y endereza los hombros. ¿O acaso resultará que Bertrand tiene razón?

Pese a sus huesos doloridos y la cota de malla colgada de sus hombros, Conn se enderezó en el acto, despertando nuevas carcajadas de Bertrand. Baldric

asintió con expresión sombría, espoleó su caballo y volvió a encabezar el grupo de exploradores bajo su mando, veintiún hombres entre quienes también se encontraban Conn, Bertrand y Remy.

Conn reprimió una maldición. Una cosa era llevar el nombre de un caballero normando, otra muy distinta era cargar con su armadura. Hasta entonces siempre había combatido a pie y por consiguiente solo se había visto obligado a llevar una armadura ligera que le llegaba a las rodillas. Sin embargo, cuando Conn montaba a caballo Baldric insistía en que él también llevara la larga cota de malla de un *miles* normando, que le cubría las

rodillas, dividida por delante y por detrás para no entorpecerlo al cabalgar. Junto con la acolchada prenda inferior, denominada *gambeson* por los francos, y el pesado yelmo con visera suponía la mejor defensa contra los mandobles y las flechas enemigas disparadas desde una emboscada, pero bajo un calor abrasador y dado el esfuerzo que suponía montar y desmontar, el precio pagado por dicha seguridad era muy elevado.

—¿Ya te arrepientes de haberte convertido en el hijo del señor Baldric?
—Quiso saber Bertrand, que llevaba una armadura de escamas de confección bizantina y bastante más liviana. Debido

a la marcha plagada de privaciones a través de Capadocia y de las escaramuzas con los turcos, las armaduras y las armas en busca de nuevos dueños no escaseaban: se podía obtener una espada en un estado aceptable por cinco o seis monedas de plata y solo tres por un escudo.

—Tú mismo tienes la culpa —añadió el normando—. Si hubieses renunciado a las cosas terrenales como nuestro buen padre Berengario, podrías viajar con un equipaje más ligero.

—Te equivocas, amigo mío —gritó el monje, que cabalgaba detrás de ellos junto a Remy y había oído cada palabra—. Puede que mi hábito pese menos que

tu armadura, pero en cambio cargo con el peso de la responsabilidad.

—¿De veras? —dijo Bertrand, y se volvió en la silla. Un brillo astuto se asomó a sus ojitos de cerdo—. ¿Y qué clase de responsabilidad es esa, apreciado *pater*? ¿Acaso os referís a vuestra capacidad de chapurrear la lengua de los musulmanes, a causa de la cual os han incluido en este grupo de exploradores?

—De ninguna manera, amigo —replicó el monje, sonriendo—, aunque confieso que además de las lenguas de Oriente domino la de los turcos, los sirios y los judíos. Claro que solo como modesto servidor de Dios.

—Claro —contestó Bertrand en tono sarcástico.

—La responsabilidad a la que me refería consiste en velar sobre las almas confusas y evitar su perdición.

—¿A qué almas os referís? —Quiso saber Bertrand, y con gesto casi agresivo lanzó el mentón hacia delante —. ¿Acaso a las nuestras?

—Bien —replicó el benedictino en tono sereno—, no sería la primera vez que los guerreros que llevan el estandarte de la Cruz abandonan el camino de la virtud, ¿verdad?

Conn sabía que eso era muy cierto, e incluso Bertrand no pudo contradecir al monje. La larga marcha y las batallas

libradas se habían cobrado muchas víctimas y los días tranquilos transcurridos en Iconio tampoco lo modificaron. No solo el número de los cruzados se había reducido, sino también su moral. Muchos que se habían unido a la empresa con entusiasmo piadoso habían despertado de su sueño y debieron comprobar que aquella no solo los había llevado a una muerte segura a ellos mismos, sino también a sus mujeres y a sus hijos. Algunos cayeron en la desesperación y perdieron la razón, otros fueron presa de un fanatismo religioso aún mayor y formaron pactos secretos. Otros más parecían haber perdido todos sus

ideales en la amplia estepa de Anatolia y ya solo participaban en la campaña militar en su propio provecho. Puesto que el reino de los cielos parecía haberse cerrado para ellos caían sobre el enemigo, lo saqueaban y se enriquecían con bienes terrenales.

Y los que dudaban no solo eran los guerreros sencillos y los caballeros de rango inferior, sino también los que estaban al mando de esa empresa, la mayor empresa de la cristiandad.

—No juzguéis el todo por las partes, *pater* —dijo Bertrand en tono ácido—. Un pez siempre prefiere empezar apestando por la cabeza y solo después por la cola.

—Tancredo es normando como vos, ¿no? —comentó Berengario.

—Es verdad, es hijo del buen Odo y nieto de Roberto Guiscard, cuyo carácter fogoso parece haber heredado.

—¿Entonces no compartís su opinión? ¿No creéis que deberíamos optar por cruzar la *porta cilicia*?

Conn entendía menos de política que sus dos compañeros, pero sabía que esa pregunta suponía el núcleo de la discordia que había estallado entre los miembros del concejo de los nobles.

Tras cobrar nuevas fuerzas en Iconio siguieron avanzando hacia el este. En Heraclea se produjo otro choque con el enemigo musulmán, pero al que

obligaron a retroceder después de un combate tanto encarnizado como breve y siguieron marchando hasta Tiana. Pero desde allí se presentaban dos posibilidades para descender de la altiplanicie hasta Siria: por una parte el camino directo que conducía a través de las estribaciones de los montes Tauro y de una estrecha quebrada, conocida en toda la región como la «puerta Cilicia», porque daba acceso a Cilicia y a la ciudad de Tarso, que en la historia de los apóstoles figuraba como la ciudad natal de san Pablo; por la otra estaba la ruta a través de Cesarea, situada muy al noreste que, pese a suponer un desvío considerable, evitaba los pasos de

montaña de difícil acceso y conducía a través del territorio montañoso armenio, principalmente habitado por cristianos y donde no había que contar con toparse con resistencia. A través de Marash alcanzarían el valle del río Orontes y después solo habría que seguir su curso para llegar a Antioquía, la siguiente meta importante de la campaña militar.

Entre los comandantes, la opinión acerca de la dirección que debía tomar el ejército estaba dividida. Mientras que la mayoría de los francos, encabezados por Godofredo de Bouillon y Raimundo de Tolosa quienes, en vista de las bajas ya sufridas, preferían el recorrido más largo pero quizá más seguro, otros, entre

ellos Balduino de Boulogne y el ambicioso normando Tancredo, insistieron con vehemencia en emprender el camino directo al sur por más elevadas que fueran las bajas. Era un secreto a voces que ambos le daban menos importancia al éxito de la empresa que a su propio provecho y a hacerse con el rico botín prometido por las ciudades cilicias; ello le resultaba mucho más atractivo que la perspectiva de alcanzar la salvación de sus almas, pero la influencia de ambos y el respaldo del que gozaban entre sus caballeros era demasiado grande como para pasar por alto sus opiniones. En consecuencia, habían acordado enviar

un grupo de exploradores que debía inspeccionar la puerta Cilicia e informar al concejo de los nobles. Escogieron nada menos que a Baldric para encabezar dicho grupo de jinetes; sin embargo, lo que los exploradores descubrieron fue más que decepcionante.

—Nadie que esté en su sano juicio puede pensar en cruzar la *porta cilicia*—dijo Conn, inmiscuyéndose en el altercado entre sus dos amigos—. Vadear la quebrada con el ejército principal supondría dejarlo completamente desprotegido; el enemigo solo tendría que ocultarse en las montañas y aguardar a que llegáramos.

—¡Vaya! —exclamó Bertrand, y lo contempló con sorpresa fingida—. ¿Es que bajo ese yelmo y esos cabellos pajizos se oculta cierta inteligencia?

—¿No compartís dicha opinión, Bertrand? —preguntó Berengario.

—De ningún modo, *pater* —respondió el normando con su habitual sonrisa burlona—. No tengo nada que añadir a la sapiencia manifestada por nuestro amigo anglosajón y creo que eso es precisamente lo que nuestro señor Baldric les dijo a los nob...

De repente se oyeron gritos sonoros procedentes de la punta del grupo. Conn y sus compañeros intercambiaron miradas de interrogación, luego

espolearon sus caballos y se reunieron con Baldric, encabezados por ambos normandos, a quienes les seguían Conn y por fin el monje, que montaba una mula flaca pero resistente.

—¿Qué sucede? —Quiso saber Conn al refrenar su cabalgadura junto a Baldric.

Desde la cresta de la colina en la que se habían detenido se veía todo el valle; estaba recorrido por un estrecho río y también por un camino que transcurría a lo largo de la orilla. Algunos arbustos y árboles bordeaban el sendero, altos cipreses y pinos bajos que proyectaban sombras de formas extrañas... y en medio de dichas

sombras avanzaba una caravana a lo largo del camino de piedra: camellos y mulas muy cargados, además de jinetes montados en caballos y mulas que andaban en torno a la caravana como un enjambre de avispas.

Como la mayoría de los jinetes llevaban largos mantos y paños en la cabeza, Conn tardó un momento en comprender lo que ocurría allí abajo. Pero cuando los gritos traídos por el viento alcanzaron sus oídos y vio brillar las armas bajo el sol, todo se volvió muy evidente.

—¡Es un ataque! —gritó Conn al tiempo que observaba cómo uno de los jinetes caía del caballo de cabeza. Su

manto blanco estaba manchado de sangre.

—Que Dios asista a esas pobres almas —murmuró Berengario y se persignó.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó Conn, excitado, y desenvainó su espada. El caballo, afectado por su inquietud, empezó a balancearse de un lado a otro—. ¿Acudir en su ayuda?

—No lo sé —dijo Bertrand, que observaba el tumulto sin inmutarse y se frotó la barbilla—. En realidad supone un cambio agradable contemplar como los musulmanes se matan entre ellos.

—No lo dirás en serio, ¿verdad? —dijo Conn. En ese momento unos cuantos

atacantes se abalanzaron sobre los camelleros solo armados de palos e incapaces de defenderse. Uno tras otro cayó bajo los cintarazos de los bandidos encapuchados y resonaron gritos horrendos.

—¿Qué hacemos, Baldric?

El jefe del grupo no contestó. Permaneció sentado en la silla con el rostro inmóvil y la vista clavada en la masacre que se desarrollaba en la quebrada, pero a Conn no le pareció que su padre adoptivo observara lo que estaba ocurriendo, es más: el único ojo de Baldric parecía estar contemplando algo ocurrido en otro tiempo, en un pasado muy remoto.

—Perdonad, señor, si interrumpo vuestras cavilaciones —dijo Berengario—. No pongo en duda que en estas tierras somos extranjeros y que los infieles son nuestros enemigos, pero ¿no deberíamos diferenciar entre los que portan armas y luchan contra nosotros de aquellos cuyas intenciones son pacíficas? No olvidéis que bandidos como esos también han atacado a peregrinos cristianos.

Fue como si Baldric despertara de un sueño. Se enderezó y la mirada de su único ojo regresó al aquí y al ahora.

—Tenéis razón —se limitó a decir y dio la orden de atacar.

Los jinetes dieron un respingo y se

lanzaron ladera abajo al galope, encabezados por Baldric y seguidos por Conn y los demás. Pusieron las lanzas en ristre, en las cuales pendía el estandarte de la Cruz y una falange de mortíferas puntas de hierro se dirigió contra los bandidos... y momentos después los alcanzó.

Uno de los atacantes, un individuo alto y flaco envuelto en un manto oscuro y una capucha que lo volvía irreconocible, soltó un áspero rugido al ver a los cruzados. Un instante después, la lanza de Baldric lo perforó.

Con la violencia de un huracán los guerreros del grupo de exploradores cayeron sobre los bandidos y los separó.

Cuando los cruzados y los bandidos entrechocaron, resonaron golpes de cascos, relinchos de caballos, crujidos de lanzas astilladas y alaridos. Algunos de los bandidos emprendieron la fuga en el acto, otros prosiguieron con la matanza, empeñados en hacerse con un botín. Otros más se enfrentaron a los cruzados. El polvo se arremolinó y estalló una lucha salvaje en medio de la cual Conn tuvo que esforzarse por orientarse.

Alzando el escudo y con la espada en la mano, dirigía su caballo con los muslos con más pena que gloria... y de repente se encontró frente a un enemigo. El hombre estaba encapuchado al igual

que los demás, solo se veían sus ojos en los que brillaba una mirada fría y asesina.

—¡Novato! —bramó—. ¿Acaso tienes tanta prisa por morir?

Conn no tuvo tiempo de sorprenderse de que el otro hablara en francés porque el encapuchado le asestó un cintarazo. Conn alzó el brazo con el escudo y percibió el temblor del golpe cuando la espada del otro chocó contra él. Blandió la espada y quiso pasar al contraataque, pero su adversario era un jinete mucho más diestro que él y ya se había puesto fuera de su alcance. Su caballo giró sobre las patas traseras relinchando y Conn se vio expuesto a un

feroz ataque desde el otro flanco.

Detuvo el cintarazo con su propia espada e intentó empujar a su adversario hacia atrás cuando este aproximó su cabalgadura a la suya. Entonces estalló un feroz intercambio de golpes del que ambos procuraron sacar ventaja. Las espadas solo entrechocaban rara vez, era un salvaje intercambio de impactos y arremetidas, absolutamente carente de aquella elegancia que Conn había observado entre los guerreros selyúcidas en Dorylaeum. El acero de su contrincante volvió a acercarse y Conn se agazapó en la silla para esquivarlo, pero tardó demasiado. La hoja dio en el yelmo y se lo arrancó de la cabeza,

dejándola desprotegida. El encapuchado soltó una carcajada burlona y se dispuso a acometer por segunda vez, pero Conn reaccionó tirando de las riendas con la mano que sostenía el escudo y obligando a su caballo a encabritarse.

Soltando un relincho, el semental alzó las patas delanteras y coceó, obligando al atacante a esquivar las coces. Atemorizado, hizo retroceder a su corcel para escapar de los cascos, pero el caballo tropezó y cayó.

Soltando una maldición, el encapuchado salió despedido de la silla y rodó por tierra. El amplio manto que llevaba le impidió levantarse de inmediato para defenderse. Conn

aprovechó la oportunidad y cuando el bandido se puso de pie Conn ya estaba ante él alzando la espada. El encapuchado intentó levantar el escudo pero fue demasiado tarde: el acero de Conn se clavó en sus tripas. El hombre se quedó inmóvil y sus ojos se nublaron. Después cayó al suelo de espaldas y murió.

Conn permaneció de pie, jadeando y temblando. Tenía claro que su victoria había sido muy ajustada y escasamente brillante, pero si algo había aprendido en esa campaña militar era que al final lo único importante era sobrevivir.

El combate se había acabado.

Los encapuchados habían

emprendido la huida o yacían muertos en un charco de su propia sangre. También hubo víctimas entre los camelleros y los guardias de la caravana, en cambio, los comerciantes parecían estar ilesos. Solo uno de los cruzados había pagado el ataque con su vida, los demás solo sufrieron heridas leves, como Baldric, por ejemplo, de cuya sien se derramaba un hilillo de sangre.

—¿Te encuentras bien? —preguntó desde el lomo de su semental al que refrenó ante Conn. También se acercaron Bertrand y Berengario, que se habían mantenido en segundo plano durante el combate.

Conn echó un vistazo a su espada

ensangrentada y al cuerpo sin vida de su adversario.

—Creo que sí —contestó, se acercó al muerto y le quitó el paño que le cubría la cabeza.

El rostro que apareció lo llenó de espanto, pues al contrario de lo esperado no eran los rasgos exóticamente atractivos de un turco o un árabe.

—¡Es... es uno de los nuestros! —exclamó Conn, consternado al ver el semblante lívido.

—Lo supe de inmediato —respondió Baldric en tono amargo—. Su manera de montar y de blandir la espada los delató. Pero eso no es todo, ni con mucho.

Échale un vistazo a la armadura.

Conn le arrancó el manto al muerto, debajo del cual apareció una cota de malla y un signo estilizado pero claramente reconocible.

—¡Lleva la cruz! —exclamó Berengario, sinceramente horrorizado—. ¡Es un caballero cristiano!

—Como todos los demás que atacaron la caravana —confirmó Baldric—. Son cruzados, exactamente como nosotros.

—Así que es verdad —dijo Bertrand en tono furibundo—. Tancredo ya ha enviado hombres a través de la puerta sin aguardar la decisión del concejo de nobles. Por eso emprenden

esta extraña mascarada y ocultan sus rostros.

—No lo sabemos —objetó Baldric—. También podrían haber sido otros. He oído hablar de un grupo de caballeros que se denominan *tafur* a sí mismos. Se sabe poco sobre ellos pero según dicen van a por el botín y la sangre.

—Como tantos otros —añadió Berengario—. Lo que suele causar tales ideas son el temor y la desesperación.

—Hemos de informar al concejo de los nobles —dijo Conn, convencido.

—Lo sabrá —dijo Baldric—, pero no creo que ello suponga que algo vaya a cambiar. Tancredo y Balduino no

son...

De pronto resonó un grito agudo que hizo enmudecer a los normandos. Conn se volvió abruptamente y vio que se había equivocado. El ataque de los traidores no solo se había cobrado víctimas entre los camelleros y los guardias: uno de los comerciantes estaba tendido en la arena, que se teñía de oscuro en torno a su cuerpo... y, presa del horror, Conn constató que conocía a ese hombre.

Soltando un grito, horrorizada, Chaya cayó de rodillas junto a su padre, tendido en el suelo, encogido y

presionándose la herida que le atravesaba el flaco pecho. La sangre empapaba su atuendo, tenía el rostro ceniciento y los ojos muy hundidos.

—¡Padre, padre!

La mula en la que había montado el viejo Isaac se desbocó cuando los bandidos atacaron y él y Chaya se habían perdido de vista. Desesperada, Chaya trató de ponerse a salvo y, al mismo tiempo de encontrar a su padre, pero en medio del polvo y del tumulto, no había logrado distinguirlo y solo entonces lo había encontrado.

Demasiado tarde.

—¡Padre! —Volvió a sollozar, reflexionando angustiosamente cómo

detener la hemorragia, pero lo poco que su madre le había enseñado no bastaba para cerrar la herida causada por la espada del asesino. El viejo Isaac se encontraba ante las puertas de la muerte y esta ya lo aferraba con sus garras.

—Chaya —musitó el comerciante, tanteando en busca de la mano de su hija con la suya ensangrentada. Tenía la vista perdida y ella no sabía si aún la veía.

—Estoy aquí, padre —susurró y le cogió las manos... y al notar que ya estaban heladas se asustó. Pero el contacto pareció tranquilizarlo y su respiración agitada se serenó.

—No... no estés triste, hija mía —dijo, haciendo un esfuerzo—. Volveré a

ver a tu madre... estaremos unidos ante Dios.

—Lo... lo sé, padre —susurró ella con los ojos llenos de lágrimas.

—Solo lamento no haber llevado a cabo la misión... ahora tú debes cumplir con lo prometido... —balbuceó, le soltó la mano y rebuscó bajo su desgastado manto con las suyas. Entonces extrajo el estuche que contenía el libro de Ascalón. El cuero estaba manchado de sangre—. Cógelo, hija. Ahora te toca a ti... acabar lo iniciado hace mucho tiempo...

—Pero yo no soy una portadora como tú —objetó Chaya, consternada. La idea de tener que hacerse cargo de

dicho deber a solas la aterrizaraba.

—Sí, lo eres —la contradijo el anciano. Aunque la vida lo estaba abandonando, logró dedicarle una débil sonrisa—. Conoces el secreto... tan bien como yo.

Debido a su dolor, tardó unos momentos en comprender.

—¿Lo... lo sabes? —preguntó, perpleja—. ¿Sabes que he leído el libro?

—Hace tiempo. Al principio me afligí... pero ahora sé que solo obedeciste a tu impulso... Coge el libro, Chaya. Cógelo y lleva a cabo lo que yo...

Isaac enmudeció cuando una punzada

de dolor atravesó su cuerpo malherido y su rostro se crispó, pero no soltó el estuche. Cuando sus miembros se relajaron, se lo entregó a Chaya.

Con gesto vacilante, ella cogió el estuche... y cuando sus manos tocaron el cuero de pronto la invadió una inesperada confianza, como si el viejo objeto irradiara un poder invisible que solo percibió cuando por primera vez lo sostuvo en las manos como su legítima portadora.

—No te preocupes, padre —le aseguró con una serenidad cuyo origen ella misma ignoraba—. Protegeré el libro con mi vida. Y no permitiré que *Ar...*

—No pronuncies ese nombre — suplicó su padre, haciendo un último esfuerzo y contemplándola fijamente—. No confíes en nadie y no le reveles el secreto a ninguno, ya sea judío o perteneciente a otra fe, ¿oyes?

—Lo prometo —dijo ella, luchando contra las lágrimas y guardando el estuche bajo su atuendo, donde lo llevaría a partir de ese momento.

—Has de encargarte de que el libro... llegue a Antioquía —prosiguió su padre con voz entrecortada—. Ezra sabrá... qué ha de ocurrir con...

Sus palabras se apagaron en medio de un prolongado gemido y el dolor volvió a crispar su rostro. Cuando abrió

los ojos su mirada expresó su angustia, como si supiera que solo le quedaban unos instantes de vida.

—No te aflijas, hija mía —dijo al notar sus lágrimas—, pues veo que el invierno ha pasado, las lluvias han cesado y las plantas comienzan a florecer...

A pesar de su pena y su dolor, Chaya tuvo que sonreír al oír que recitaba esa frase del Cantar de los Cantares de Salomón que había sido el fragmento predilecto de su madre. Una vez más, el cuerpo del viejo Isaac se incorporó, como si quisiera resistirse a lo inevitable, pero luego sus rasgos se relajaron y se serenaron.

—Que Adonai te bendiga y te proteja, hija mía, mi heredera —musitó tan quedamente que ella apenas lo oyó —. Que vuelva su semblante hacia ti y te conceda...

Isaac enmudeció y dirigió la mirada en torno, como si de pronto hubiera olvidado lo que quería decir. Pero logró dominar su espíritu y parecía empeñado en acabar la oración.

—Que Adonai... te conceda la paz, hija mía —murmuró.

Una vez más, su mirada apresurada pareció contemplarla y algo similar a una sonrisa apareció en los labios del viejo comerciante. Después su vista se nubló y Chaya se desplomó sobre el

cadáver de su padre.

No era solo el dolor lo que la dominaba, ni la pena ni el temor ante lo que le esperaba, sino también una cólera impotente, la cólera de que todo había sido en vano. ¿Para qué su padre había abandonado su hogar, para qué había cargado con un peso tan enorme, para qué había superado todas sus dudas, su temor e incluso los abismos de la fiebre, solo para morir cruelmente justo antes de alcanzar la meta, masacrado por la mano de un asesino desconocido?

Las lágrimas se derramaron por sus mejillas mientras se aferraba al cuerpo sin vida al que no podía ni quería soltar. Que otros la observaran le resultaba

indiferente y también que quizás estuviera poniendo en peligro su disfraz. La pena la embargaba y no podía detenerla, se abrió paso como un chaparrón tras una larga sequía. No supo cuánto rato permaneció así, había perdido la noción del tiempo.

Hasta que una sombra cayó sobre ella.

La arena crujió y Chaya se dio cuenta de que alguien se había acercado. Se resistía a despegarse del cadáver del anciano Isaac, pero alzó la mirada enturbiada por las lágrimas y contempló al desconocido. Solo veía su silueta, vio la empuñadura de la espada y el yelmo que se había quitado y que sostenía bajo

el brazo. El viento cálido le despeinaba los cabellos y aunque no lograba ver su rostro a contraluz, la hija de Isaac Ben Salomon tenía la sensación de conocer a ese hombre.

—Chaya —dijo él en ese preciso instante—. ¿Sois vos?

Montaron el campamento nocturno en una pequeña hondonada rodeada de rocas que, en caso de sufrir un nuevo ataque, resultaría fácil de defender... no solo a los guerreros del grupo de exploradores de Baldric, sino también a los miembros de la caravana siria.

Era evidente que los comerciantes no se fiaban de los cruzados, pero dado que su temor ante un nuevo ataque superaba su desconfianza, habían accedido a pasar la noche bajo su

protección. Y Baldrick había hecho todo lo posible por enmendar la injusticia cometida por sus compañeros de armas y demostrar que no todos los guerreros de Cristo eran bandidos sedientos de sangre.

Ordenó que diez de los guerreros que aún formaban parte de su grupo vigilaran el campamento; serían reemplazados a medianoche. Bertrand se encargó de comandar el primer turno de guardia y Remy se encargaría del segundo; Conn también formaría parte de dicho turno. La mayoría de los hombres aprovecharon para dormir un poco y descansar tras los esfuerzos de aquel día antes de que llegara su turno

de montar guardia, pero Conn no logró pegar ojo.

Los acontecimientos del día pasado lo preocupaban demasiado, tenía muy presente la muerte del viejo Isaac y estaba impresionado por la fuerza del destino que tras todos esos meses y en ese lugar tan remoto había vuelto a reunirlo con aquella joven a quien le debía la recuperación de su brazo y también la salvación de su vida.

En algún momento —debía de faltar una hora para la medianoche— Conn ya no soportó permanecer tendido en su lecho, abandonó el refugio que compartía con Berengario y Bertrand —que no dejaba de roncar— y se dirigió a

la zona de la hondonada en la que los miembros de la caravana habían montado sus tiendas. Encontrar la que albergaba a Chaya no fue difícil: era más pequeña que las de los sirios y no estaba vigilada, y Conn no se sorprendió al ver que aún estaba iluminada.

Se aproximó a la tienda sin molestarse en no hacer ruido; una rama seca soltó un sonoro crujido al pisarla y entonces una voz surgió del interior y le preguntó algo en un idioma desconocido.

Conn apenas volvió a reconocer la voz de Chaya. No solo porque ella procuraba fingir que era la de un hombre sino porque era quebradiza y llorosa.

—Soy yo, Conwulf —dijo en voz

baja—. ¿Puedo pasar?

No hubo un consentimiento pero tampoco un rechazo, así que hizo de tripas corazón, apartó la manta que cubría la entrada, se agachó y entró. El interior de la tienda, apenas lo bastante amplia como para albergar a dos personas, estaba iluminado por una pequeña lámpara de aceite. Dos mantas estaban tendidas en el suelo, una aún enrollada. En la otra estaba acurrucada Chaya con el rostro hundido en las manos.

Verla en ese estado le causó una punzada de dolor, pero no se atrevió a tomar asiento a su lado y consolarla. En cambio, se sentó en la entrada de la

tienda y aguardó. Pasaron unos momentos que le parecieron eternos. Aunque apenas conocía a Chaya, aunque no sabía nada de ella y ni siquiera compartían la misma fe, verla sufrir de ese modo casi acabó con él. Había ocurrido una injusticia que clamaba al cielo, que le costó la vida a su padre y él quería decirle que compartía su dolor, que sabía cuán profundo era.

Pero ¿podría hacerlo?

Conn no era un pensador como Baldric, y tampoco disponía de la locuacidad de Bertrand. ¿Acaso no debía temer que sus palabras hirieran a Chaya y aumentaran su dolor? Prefirió guardar silencio y aguardar, escuchando

sus quejidos en voz baja. Conn barruntó cuán sola debía de sentirse, cuán perdida y abandonada... y esos también eran sentimientos que él podía compartir mucho más que cualquier otro de los que pernoctaban en el campamento.

En cierto momento se preguntó si ella se había percatado de su presencia. No quería molestarla en su dolor, pero tampoco dejarla sola con su pena. Aunque... ¿qué podía hacer excepto quedarse allí, inmóvil y mudo como un trozo de leña?

—Tuvimos... tuvimos que enterrarlo —dijo Chaya de pronto, interrumpiendo su silencio. Mantenía la cabeza gacha y se cubría la cara con las manos como si

se avergonzara de sus lágrimas—. Esta noche. Debido al calor... y los animales.

—Lo sé —dijo Conn, angustiado.

Él mismo había ayudado a cavar el hoyo en el que enterraron a las víctimas del ataque, entre ellos también al viejo Isaac, pero debido a su dolor ella no había participado, claro está. Al contrario, tras su primer colapso hizo todo lo posible por seguir interpretando el papel de criado. Un criado que había perdido a su amo, desde luego.

Conn deseó poseer algo del don de Berengario para encontrar las palabras adecuadas, pues las suyas le parecían torpes y toscas. ¿Cómo podía esperar

proporcionarle consuelo a Chaya cuando debía tantear en busca de palabras como un ciego?

—Los de nuestra fe —continuó diciendo ella entre sollozos— solemos aguardar tres días antes de sepultar a los muertos. Por respeto. Y también por sus almas.

—Nosotros, los cristianos, también —dijo Conn—. En todo caso, casi siempre —añadió, recordando a Tostig y a todos los pobres diablos que encontraron un fin poco glorioso en el prado del patíbulo de Londres y que habían enterrado el mismo día.

Chaya se movió por primera vez, alzó la cabeza y la vista. Su rostro, que

tras su último encuentro en Génova se había vuelto todavía más delgado, estaba enrojecido al igual que sus ojos, rodeados de manchas oscuras. El flujo de sus lágrimas parecía haberse detenido. «Quizá —pensó Conn— había alcanzado aquel lugar oscuro situado más allá del dolor y de la pena en el que incluso las lágrimas se secaban». Él también había estado allí.

—Conwulf—susurró ella.

—¿Sí?

—Aún no os he dado las gracias.

—No es necesario —replicó él y alzó la mano izquierda—. Vos también me salvasteis, ¿no lo recordáis? Y a diferencia de mí, no llegasteis

demasiado tarde —añadió y bajó la vista.

No pudo seguir mirándola a los ojos; se sentía demasiado culpable.

Chaya asintió con la cabeza y, pese a su dolor, logró sonreír con suavidad.

—Sin embargo, quisiera agradeceros —dijo, metió la mano debajo del manto que solía llevar como criado del viejo Isaac y extrajo algo que le tendió a Conn.

Era un collar de plata incrustado de piedras preciosas artísticamente engastadas. Conn no sabía cómo se llamaban, pero supuso que serían de un valor considerable. Como ladrón de las calles de Londres lo hubiera cogido,

pero en ese instante predominó su sorpresa.

—¿Qué es eso? —Quiso saber.

—El collar de mi madre. Es todo lo que me ha quedado de ella. No quise dejarlo, así que me lo llevé cuando abandonamos el hogar. Siempre supuse que serviría para algo especial.

—¿Y ahora queréis dármelo a mí?

—preguntó Conn en tono dubitativo.

—En señal de mi agradecimiento.

Mi padre también hubiese querido que lo tuvierais —dijo, y las lágrimas volvieron a derramarse por sus delicadas mejillas.

Conn carraspeó y trató de encontrar las palabras adecuadas.

—Por favor, Chaya, volved a guardarlo.

—¿Por qué?

—Porque jamás aceptaría el objeto heredado de vuestra madre sin ruborizarme de vergüenza.

—¿Tanto os avergüenza aceptar un regalo de una judía? —preguntó ella y su expresión se entristeció aún más mientras bajaba la mano en la que sostenía el collar—. Por supuesto, debí haberlo sabido, perdonad a una pobre necia, Conwulf...

—¿Qué? —exclamó él, contemplándola fijamente al tiempo que trataba de comprender—. No —añadió—, no lo habéis entendido, Chaya.

—¿Qué es lo que no he entendido?

—No rechazo vuestro regalo porque pertenecéis a la fe judía, sino porque aceptarlo no sería correcto. ¿No fueron los cruzados quienes os atacaron y mataron a vuestro padre? —preguntó, indicando el signo cosido en su propio hombro—. ¿Cruzados como yo? ¿Y acaso no llegué demasiado tarde para impedir esa injusticia?

—No obstante, os corresponde mi agradecimiento —insistió ella.

—Ya me lo habéis transmitido. Si queréis agradecerme un poco más, entonces procurad recuperar el control, pues veros en este estado es terrible. Sé cuán inmensa es la pérdida que habéis

sufrido, pero...

—¿Cómo podéis saberlo? —lo interrumpió—. ¿Acaso conocisteis a mi padre? ¿Tenéis idea del dolor que siento? ¿Del peso que me ha dejado?

Conn notó la ira que brillaba en sus ojos enrojecidos... o quizá solo era la desesperación.

—No —reconoció—, no lo conocí. Pero sé muy bien lo que significa perder a un ser querido, estar presente cuando una mano asesina le arranca la vida, sostener su cuerpo moribundo en brazos hasta el último instante y notar cómo...

La voz de Conn se había vuelto cada vez más débil hasta que por fin se acalló. Conn luchó contra las lágrimas

que amenazaban con derramarse, pero cuando lo logró se puso de pie y quiso abandonar la tienda.

—¡Conwulf! —exclamó ella.

—¿Sí? —contestó, aguardando en la entrada.

—Lo siento —susurró Chaya—. No tenía derecho a decir algo así. Os conozco tan poco como vos a mí.

Él cerró los ojos.

Las lágrimas ardían en sus mejillas y por una parte quiso echar a correr para escapar de los sentimientos por los cuales se creía perseguido y por la otra quería quedarse... y esa otra parte fue más fuerte. Con se dio la vuelta y volvió a sentarse.

—Gracias —dijo Chaya con suavidad.

—¿Qué haréis? ¿Adónde os dirigiréis?

—La meta de nuestro viaje era Antioquía. Allí tengo un tío al que por cierto apenas conozco. Regresó a la tierra de nuestros antepasados cuando yo todavía era una niña.

—¿Y queréis ir allí?

—Allí están mis parientes más próximos. —Antes de continuar, Chaya vaciló un instante—. Además hay algo que estaba en posesión de mi padre y que debo entregar a mi tío.

—¿Os referís a un objeto que vuestro padre os dio antes de...?

Conn se mordió los labios; la mirada horrorizada de Chaya hizo que comprendiera que hubiese sido mejor callar y maldijo su indiscreción.

—¿Por qué queréis saberlo? — preguntó ella y una desconfianza nada disimulada se sumó a su pena.

—Por ningún motivo en especial — se apresuró a asegurar Conn—. No quise heriros ni...

—Está bien —dijo, y sus rasgos crispados por el dolor se relajaron ligeramente—. Perdonad mi cautela, pero dicho objeto era muy importante para mi padre, así que también lo es para mí.

—Lo comprendo, pero debo

advertiros. El ejército de los cruzados también va de camino a Antioquía y una vez llegado allí...

Conn dejó que ella imaginara lo que ocurriría cuando el ejército cristiano alcanzara la ciudad junto al río Orontes; la mirada de sus ojos reveló que sabía muy bien a qué se refería.

—Sin embargo, he de dirigirme allí —insistió.

—¿Cómo pensáis lograrlo? Sabéis que es un camino muy largo y vos no contáis con nadie más.

—¿Creéis que no lo sé? —dijo en tono trémulo—. Soy un criado que ha perdido a su amo y como el largo viaje consumió toda nuestra fortuna, no

dispongo de medios y recibiré el trato correspondiente. Si tengo suerte y mi disfraz sigue siendo eficaz, quizá me permitan emplearme como camellero. De lo contrario...

Conn asintió. Si descubrían que era una mujer y que encima viajaba sola, tal vez jamás alcanzaría Antioquía, sino que acabaría en el mercado de esclavos de Alejandreta o de Marash.

—No debéis ir —dijo rápidamente.

—¿Qué he de hacer si no?

—Venid con nosotros. En el campamento de los cruzados hay mujeres que cuidarán de vos.

—¿Habláis en serio? —dijo en tono un poco burlón—. ¿Pretendéis que os

acompañe al campamento de quienes asesinaron a mi padre? ¿Cuán segura estaría allí?

—En todo caso más segura que aquí. Al menos no necesitaríais disfrazaros.

—¿De verdad lo creéis? —preguntó, lanzándole una mirada dubitativa—. ¿Sabéis por qué mi padre y yo abandonamos nuestro antiguo hogar, Conwulf? Porque allí fuimos excluidos, perseguidos e incluso amenazados de muerte... ¿y pretendéis afirmar que esa oscura sombra no nos ha perseguido hasta aquí? Solo estaría a salvo entre los vuestros mientras nadie descubriera que soy judía. No sería necesario que ocultara mi sexo, pero sí mi religión.

Por lo tanto también debería temer ser descubierta entre los vuestros y no habría ganado nada.

—Pero no estaríais sola.

—¿Intervendríais para defenderme si me desenmascarasen y me viera expuesta a la hostilidad de todos? — preguntó y sus ojos enrojecidos lo contemplaron atentamente—. Sí — añadió entonces—, creo que lo haríais. Pero no puedo aceptar vuestro ofrecimiento, Conwulf. El amor por mi padre me obliga a llevar a cabo lo que él me encargó.

—Vuestro padre está muerto, Chaya. Pero vos aún estáis viva.

—Y si dicha vida ha de tener un

sentido y complacer a Dios, debo acabar lo que mi padre ha comenzado.

—¿Y si no os lo permito?

Chaya le lanzó una mirada, extrañada.

—¿Pretendéis prohibírmelo? —dijo, unió las muñecas y se las tendió—. Entonces debéis maniatarme y arrastrarme hasta vuestro campamento como prisionera.

—Sabéis que jamás haría eso —dijo Conn, moviendo la cabeza; la mera idea lo asqueaba—. Pero no creo que vuestro padre hubiese deseado que corráis semejante peligro.

—Mi padre, Conwulf, hubiera hecho cualquier cosa por llevar ese objeto a

Antioquía. ¡Incluso sacrificó su vida por hacerlo!

—Pero no la vuestra —la contradijo Conn en tono decidido—. Sola y sin protección no tendréis la más mínima oportunidad de alcanzar Antioquía con vida. Y suponiendo que lo lograrais, os encontraréis en una ciudad que quizás está destinada a desaparecer.

—No obstante, he de intentarlo, pues se lo prometí a mi padre. ¿Sabéis lo que significa mirar a un moribundo a los ojos y que este os encargue cumplir con su última voluntad? ¿Lo sabéis, Conwulf?

Conn bajó la cabeza, suspirando.
Lo sabía.

Y entonces abandonó el intento de convencer a Chaya de que desistiera de su arriesgado propósito. Podía ver cuán obligada aún se sentía con respecto a su padre y que ningún argumento la convencería.

—Los hombres —añadió con voz más suave y más baja—, a menudo hablan del honor cuando se trata de justificar sus actos, pero ¿qué pasa con el honor de una mujer? ¿Acaso la promesa de una mujer no tiene valor para vos?

Conn no contestó, pero asintió con la cabeza indicando que la comprendía y que, aunque le disgustaba, aceptaba su decisión.

Un grito resonó desde el exterior: era la hora del cambio de guardia.

Conn se puso de pie, se despidió de Chaya con una breve inclinación de cabeza y abandonó la tienda.

Pero sin notar la presencia de la sombra agazapada detrás de la tienda ni sospechar que alguien había escuchado su conversación.

—¡No, no y no! ¿Por qué no me escuchas? ¿Es que el Todopoderoso no te ha dado orejas?

El sol había salido y hacía brillar las rocas que rodeaban la hondonada como las gemas de una corona, pero los

rasgos de Baldric eran sombríos. Tenía el rostro crispado y su único ojo contemplaba a Conn con expresión iracunda.

—Os escucho —aseguró este—. Pero os suplico que vos me escuchéis a mí.

—¿Para qué? —dijo Baldric, sin conmoverse—. Lo que dices carece de sentido. ¿Por qué te empeñas en acompañar al criado del comerciante asesinado a Antioquía?

Conn bajó la vista, turbado. El plan de acompañar a Chaya en su peligroso viaje había madurado en su cabeza durante la segunda mitad de la noche mientras permanecía de pie en una de

las rocas y contemplaba la llanura bañada por la luna. Había reflexionado febrilmente sobre qué podría hacer, qué podría emprender para proteger a la judía. La solución se le ocurrió cuando ya despuntaba el alba. A condición de que lograra convencer a su padre adoptivo —y comandante— de que le permitiera dar ese paso.

—Porque estoy en deuda con Ilan. Fue él quien me salvó el brazo en Génova.

—Y a cambio tú le salvaste la vida, tanto en aquel entonces como ayer.

—Opino lo mismo —lo secundó Bertrand que también estaba presente, despeinado como siempre—. Ya has

pagado tu deuda de sobras, amigo mío.

Conn suspiró y sacudió la cabeza. Empezó a sospechar que solo la verdad lograría convencer a Baldric.

—El criado de Isaac Ben Salomon es una mujer —dijo en voz baja.

—¿Qué? —exclamaron Baldric y Bertrand al unísono.

—Se llama Chaya y es la hija de Ben Salomon —prosiguió Conn, bajando la voz. No era necesario que los soldados del grupo de exploradores que ensillaban sus caballos a cierta distancia y se disponían a emprender la marcha, se enterasen—. Viaja disfrazada de hombre para protegerse.

—¿Cuánto hace que lo sabes? —

Quiso saber Baldric.

—Desde Génova.

—¿Y no has dicho nada?

—¿Acaso era importante?

—Quizá no —bufó el normando—, pero ahora sí, porque el honor de un guerrero lo obliga a proteger a las mujeres y a los niños indefensos...

—... y por eso debo acompañar a Chaya a Antioquía —dijo Conn, retomando su petición anterior.

—¿Por qué justamente a Antioquía? —preguntó Bertrand, al que tampoco parecía gustarle mucho el asunto.

—Porque allí tiene parientes —respondió Conn—. Y porque hay algo que debe entregarle al hermano de su

padre.

—¿Y después?

—Después regresaré y volveré a unirme al ejército de la cristiandad. Por favor, no me obliguéis a marchar sin vuestro consentimiento.

—¿Lo harías? —preguntó Baldric, arqueando la ceja.

—Sí —contestó Conn sin la menor vacilación, a lo cual Bertrand soltó una risita.

—¡Vaya! Me temo que a nuestro amigo anglosajón ha vuelto a darle una flecha. Pero en este caso, una disparada por Cupido.

—¿Qué significa eso? —dijo Conn, que no había comprendido la alusión.

—¿Amas a esa judía? —preguntó Baldric, expresándolo de manera menos poética.

—¡No! —replicó Conn, indignado—. Solo considero que se lo debemos. Al fin y al cabo, fueron los nuestros quienes mataron a su padre. ¿Y acaso vos, Baldric, no dijisteis que todos tenemos algo que expiar?

—Eso es verdad —dijo el normando—. Pero Antioquía está lejos, muchacho. Ya te perdí una vez y no quiero que vuelva a suceder. Puede que hayas aprendido a cabalgar y, mal que bien, a blandir la espada, pero eso ni con mucho te convierte en un caballero. Y allí en el sur estarás en territorio

enemigo habitado por infieles cuya lengua ni siquiera comprendes...

—¿Permitís que haga un comentario, señor? —intervino Berengario por primera vez; había permanecido en silencio junto a Conn, escuchando la discusión.

Era el único al que Conn había puesto al corriente de su plan y de la auténtica identidad de Chaya y fue el monje quien le aconsejó insistentemente que obtuviera el permiso y la bendición de Baldric.

—¿Qué queréis?

—Quisiera aconsejaros que aceptéis la petición de Conn —contestó el monje en tono sereno, una serenidad que

también pareció contagiar a Baldric.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué habría de hacerlo?

—Porque con ello no solo satisfacéis su deseo sino que además obtenéis una ventaja estratégica. Antioquía también es la meta de la campaña militar y, como sabéis, cualquier información que podamos obtener acerca de la ciudad y sus alrededores solo puede resultarnos de utilidad. Además —añadió el benedictino, inclinando la cabeza y revelando su tonsura—, me ofrecería a acompañar a Conn. Como peregrinos pacíficos no llamaríamos la atención y por otra parte yo domino la lengua de

ese lugar, como vos bien sabéis.

—Humm —gruñó Baldric, pero
Conn comprobó aliviado que su
resistencia parecía disminuir.

—Por favor, Baldric —insistió,
arrojándose a la brecha abierta como
durante un ataque—. No puedo
explicarlo, pero tengo la sensación de
que debo ayudar a Chaya. Es más, que
mi destino es ayudarla. ¿Podéis
comprenderlo?

—No —replicó Bertrand en vez de
Baldric y meneó la rizada cabellera—,
pero da igual, porque yo también te
acompañaré. En estos tiempos también
atacan a pacíficos peregrinos y entonces
dos espadas son mejor que una.

Baldric apretó las mandíbulas y reflexionó. La perspectiva de que un guerrero experto acompañara a su hijo adoptivo pareció tranquilizarlo un poco más.

—De acuerdo —declaró por fin—. Pero de camino no perderéis el tiempo, ¿entendido? Os daré mis mejores caballos y quiero que en cuanto dejéis a la judía en Antioquía regreséis al campamento de inmediato y me informéis.

—Lo haremos —prometió Conn sin titubear.

—Pues entonces ve y haz lo que debas hacer —dijo el normando, suspirando, la mirada severa de su único

ojo se suavizó y sus labios esbozaron una sonrisa—. Y ten mucho cuidado, ¿oyes?

—Lo haré —dijo Conn, y en voz más baja añadió—: gracias... padre.

Damasco

Octubre de 1097

Bahram al-Armeni solo albergaba una vaga sensación, pero no lograba desprenderse de ella.

Lo acompañaba cuando temprano por la mañana abandonaba su casa y se dirigía a la iglesia de San Juan Bautista para orar; lo perseguía al pasear a la sombra de los grandes plátanos a través de las callejuelas y las columnatas del

bazar y tampoco lograba desprenderse de ella al visitar a su viejo amigo Kele, el pintor de mosaicos, ni cuando acudía a la biblioteca de la Gran Mezquita con el fin de proseguir sus estudios de filosofía árabe.

Solo tras regresar a su casa y cuando su criado le informó que Abu Nasr al-Muluk Duqaq —el emir de la ciudad tan poderoso como tendente a la iracundia — quería hablar inmediatamente con él en el palacio, el oscuro presentimiento pareció confirmarse como una tormenta de arena que al principio solo se manifestaba como un lejano velo en el horizonte y luego se descargaba con violencia. Bahram obedeció, pero

primero se quitó el turbante y el caftán y los reemplazó por el yelmo y la cota de malla: si Duqaq deseaba verlo, no era como hombre de ciencia.

Sino como soldado.

El palacio se elevaba allende el río, en medio de las innumerables cúpulas y torres de la ciudad, rodeada de altas murallas. Era un inmenso edificio que disponía de una puerta impresionante, voladizos de formas osadas y almenas defensivas por encima de las cuales se elevaba una única torre. Hacía tiempo que Bahram no había estado allí: más de lo que era de temer debido a la época políticamente incierta, menos de lo que había confiado secretamente.

Envuelto en el traje de oficial de brocado anaranjado por encima del que llevaba el ancho cinturón con el *kilij*: un sable ligeramente curvo, además del yelmo dorado ceremonial y el turbante, Bahram cruzó el vestíbulo. Un servidor de la corte lo recibió y lo condujo hasta Duqaq pasando junto a magníficas columnas y tapices que elogiaban los actos de Tutush, el padre de Duqaq, quien quiso convertirse en sultán pero que fracasó en el intento.

Tras la muerte de Tutush, su anterior ámbito de poder fue dividido entre sus hijos Duqaq y Ridwan: mientras que Duqaq recibió Damasco, la ciudad de Aleppo y todas sus demás posesiones

fueron a parar a manos de Ridwan. La enemistad por su hermano, el resultado de ese reparto desigual, era la única característica que identificaba al príncipe de Damasco, además de su carácter calculador y su aguda inteligencia.

Y no era un hombre que perdonara con facilidad.

En realidad, Bahram había confiado que nunca volvería a verse obligado a servirlo. Después de servir a Tutush durante muchos años, tras la muerte de este había solicitado que lo dieran de baja del ejército y Duqaq se lo había concedido. Pero por lo visto solo momentáneamente.

—La paz sea con vos, príncipe.

Bahram hizo una profunda reverencia ante el soberano y, antes de enderezarse, aguardó que el emir de Damasco le devolviera el saludo.

—Que la paz también sea con vos, armenio —replicó, y Bahram se enderezó.

Desde su último encuentro, Duqaq había cambiado, si bien Bahram era incapaz de decir en qué consistía dicho cambio. ¿Se debía a que algunas canas se asomaban en su perilla cuidadosamente recortada? ¿Que había perdido peso y por ello guardaba un parecido mayor con su padre? ¿O era el brillo de sus ojos, que manifestaban una

ambición nada disimulada?

—¿Me habéis mandado llamar, príncipe?

—Así es.

Duqaq estaba atareado en alimentar a sus dos halcones con pequeños trozos de carne, unos animales magníficos posados en un soporte de madera tallada. Justo por detrás, una amplia ventana ofrecía una vista al mar de casas de color arena de la ciudad, por encima de la que se extendía un cielo de un resplandeciente azul... inalcanzable para las aves cuyas garras estaban encadenadas a la madera y cuyo destino le recordaba a Bahram el suyo.

Aunque lo había mandado llamar

con urgencia, en ese momento, cuando Bahram se encontraba ante él, el emir ya no parecía tener prisa. Acabó de alimentar a las aves con gran lentitud... quizá para demostrar su superioridad. Solo entonces se volvió hacia su visitante. Su flaca figura estaba envuelta en un traje rojo escarlata cuyas mangas ostentaban un bordado de oro con la *tiraz*, la invocación a Dios.

«Rojo —pensó Bahram—, el color de la guerra».

—Llegas tarde —constató Duqaq.

—Perdonad, príncipe, no era mi intención.

El emir de Damasco asintió, disculpándolo, pero la mirada de sus

ojos verdes era inquisidora.

—¿Qué sabes sobre los acontecimientos en el norte? —preguntó.

Bahram reprimió un suspiro: había temido que Duqaq le hiciese esa pregunta.

—Solo lo que se oye en el bazar y en los *souk*. Que los francos se aliaron con el emperador e irrumpieron en las tierras de los selyúcidas. Nicea ha caído.

—Y no solo eso —dijo Duqaq en tono furibundo y el disgusto le crispó los rasgos bajo el turbante blanco—. Ese pelele de Arslan les abrió las puertas de su reino a los invasores y los dejó avanzar hasta Iconio sin molestarlos.

—¿Sin molestarlos? —dijo Bahram, alzando las cejas—. Según he oído, señor, el sultán de Rüm arrasó sus propias tierras para detener el avance de los bárbaros.

—Sí, lo hizo, sin embargo los francos siguieron su camino y llegaron hasta Heraclea, donde derrotaron al resto del ejército de Arslan. Y ahora —añadió el emir de Damasco con una sonrisa maligna— van camino de Siria.

Bahram se preparó. Había oído rumores, pero no quiso darles crédito. Tal vez porque sospechó lo que significaban para él...

—Según dicen, entretanto el ejército de los cruzados, como ellos se

denominan a sí mismos, se ha dividido —continuó diciendo el emir. Cada palabra parecía especialmente escogida—. Una pequeña parte prefirió emprender el camino directo a través de la puerta Cilicia y avanzar hasta Tarso, cuyos habitantes los acogieron después de que los soldados del sultán abandonaron la ciudad por la noche.

—Eso es traición, príncipe —dijo Bahram.

—Me alegra de que ambos compartamos la misma opinión, mi buen armenio —replicó Duqaq con expresión indescifrable—. No obstante, la mayor parte del ejército franco siguió marchando hasta Cesarea, que también

se rindió sin luchar y desde allí han superado los pasos hacia el sur hace escasas semanas.

—¿En esta época del año? Entonces los francos son tan bárbaros como necios.

—Sabén tan poco sobre esta tierra como sobre nosotros. La marcha a través de las montañas fue difícil; los que eran demasiado débiles tuvieron que ser abandonados y cuando el invierno les cayó encima, les costó la vida a muchos más, que o se murieron de frío durante las noches o bien fueron devorados por oscuros abismos. Pero su ejército aún persiste porque sus miembros son tan numerosos como las estrellas y su

vanguardia sigue avanzando. Han dejado Marash a sus espaldas. Mis mensajeros me han informado de que están a punto de volver a reunirse y formar un gran ejército. Y supongo que no necesito decirte cuál será su siguiente objetivo.

—Antioquía —dijo Bahram sin vacilar.

—Sin duda —dijo el emir, asintiendo—. La perla del Orontes es la llave que abre las puertas de Siria y Palestina. Si quieren llegar a controlar el sur, los francos deben ocuparla... al parecer, incluso un necio como Yaghi-Siyan es consciente de ello.

Bahram asintió con la cabeza. El emir Yaghi-Siyan era el gobernador de

Antioquía, antaño un vasallo de Tutush quien, tras su muerte, prefirió ponerse bajo la protección de Ridwan de Aleppo, el hermano de Duqaq; en consecuencia, la opinión de este respecto del emir de Antioquía era pésima, si bien entretanto hacía tiempo que el emir había roto la alianza con Ridwan.

—¿Habéis recibido noticias de Antioquía, señor? —preguntó Bahram.

El emir de Damasco sonrió con una profunda satisfacción.

—Puede que te sorprenda, armenio, pero amedrentado por la nueva amenaza el emir de Antioquía se vio obligado a enviar mensajeros solicitando ayuda... y

no solo a Aleppo, que pese a todos los inconvenientes es la que está más próxima a él, sino también a mí, a Damasco, a Mosul e incluso a la lejana Bagdad. Lo cual te permitirá comprender cuán grande es el temor de ese miserable traidor, a quien Alá ha de castigar algún día.

—Comprendo, señor —dijo Bahram, que poco a poco empezó a sospechar por qué lo habían mandado llamar.

—Bien, sea como sea, puede que el tonto de mi hermano no apoye a Yaghi-Siyan, pues este lo ha molestado demasiado en los últimos años. Sin reconocer la amenaza que se cierne

sobre el sultanato, querrá dejar Antioquía a merced del destino y eso me ofrece la oportunidad de arrancarle lo que debería haber sido mío desde el principio.

—¿Mi señor? —preguntó Bahram.

—Haré caso de la solicitud de ayuda de Yaghi-Siyan —dijo Duqaq, explicando su decisión al tiempo que se dirigía al otro extremo de la sala a lo largo del suelo cubierto de pieles de leopardo y se dejaba caer sobre unos grandes cojines de seda—. Marcharé hasta Antioquía con un ejército y arrojaré a los bárbaros al mar. Es más, haré levantar un baluarte hacia el norte para que ningún franco vuelva a

atreverse a pisar este lado de las montañas y mi nombre será recordado para siempre como el del hombre que liberó esta tierra del azote de los bárbaros.

—Con ello os aseguraréis un lugar en las crónicas de los historiadores, mi señor. Pero no creo que ese sea el único motivo por el cual estáis dispuesto a pasar por alto vuestra enemistad con respecto a Yaghi-Siyan.

Duqaq soltó una carcajada, una reacción que debido a su sinceridad no encajaba con su carácter indescifrable y casi astuto.

—Por las barbas del Profeta. Puede que hayan pasado años desde que

serviste a mi padre, armenio, pero tu lengua no ha perdido nada de su agudeza.

—Perdonad, mi señor, esa no era mi intención.

—Lo sé, armenio. Eres amigo de las palabras sinceras, a diferencia de esos melifluos servidores y consejeros de la corte que me rodean. Mi padre ya supo apreciar tu amor por la verdad, de lo contrario haría tiempo que te hubiese arrancado la lengua.

—Sí, es de suponer —admitió Bahram.

—Yo también aprecio la sinceridad, por eso confieso que tu suposición es correcta. No se trata de ayudar a ese

necio traicionero de Yaghi-Siyan: si por mí fuera, los bárbaros podrían quemar la ciudad y reducir a cenizas todo su ámbito de poder: me resultaría completamente indiferente. Pero su solicitud de ayuda, mi buen Bahram, me allana el camino a Antioquía. Si logro evitar que caiga en manos de los francos, no me resultará difícil convertirme en el amo de la ciudad. Y una vez que haya vuelto a unir Antioquía y Damasco bajo mi poder, tendré asegurada la hegemonía sobre toda Siria.

Bahram se desconcertó. La ambición de Duqaq siempre fue considerable, así que el hecho de que quisiera aprovechar

la oportunidad para su propio bien no lo sorprendió. Pero una ambición tan desmesurada como esa, que incluía apoderarse de toda Siria, era nueva y por primera vez dejó entrever lo que había heredado de su padre.

Sin embargo, las ventajas de una política semejante eran evidentes. En el pasado, los soberanos de las ciudades de Siria se habían masacrado mutuamente en interminables luchas por el poder, mientras que en el sur la amenaza representada por los califas de El Cairo no dejaba de aumentar. Una Siria fuerte y unida significaría paz y seguridad y estaría en situación de enfrentarse tanto a los califas como a los

conquistadores del norte.

—¿Cómo puedo ayudaros, señor? —
preguntó Bahram.

—¿Acaso no te lo imaginas?

—Albergo una sospecha.

—¿Y?

Bahram suspiró y se resignó a lo inevitable.

—Serví fielmente a vuestro padre durante muchos años, señor. Fue él quien hizo posible que un don nadie como yo acabara llevando una vida respetable y gloriosa. Se lo pagué permaneciendo fiel a su lado y luchando contra sus enemigos. Por eso creí que tras la muerte de vuestro padre los días del combate habían llegado a su fin...

pero si los enemigos amenazan el sultanato, estoy dispuesto a volver a blandir la espada.

—No esperaré otra cosa de ti —dijo Duqaq con una sonrisa cómplice—. Pero debo saber si en este caso cuento con tu absoluta lealtad, Bahram al-Armeni.

—Sí, señor, contáis con ella.

—¿Incluso si nos enfrentamos a los cristianos? —preguntó el príncipe y le lanzó una mirada escrutadora—. Sabes que ni yo ni mi padre jamás le dimos importancia a tu heterodoxia. No obstante, debo asegurarme de que al final no albergas un aprecio mayor por los cruzados que por tu soberano, que es

el siervo y el testigo de Alá.

—Eso nunca ocurrirá, mi señor — aseguró Bahram sin vacilar—. Puede que aquellos atacantes se llamen cristianos... pero en realidad traicionan todo lo que el Señor les ha enseñado y solo son unos bárbaros incultos cuyo único objetivo es la destrucción. Mi lugar, señor —añadió en tono firme, apoyando la mano izquierda en la hoja de la espada y la derecha en la empuñadura—, está aquí, junto a vos, tal como antaño lo estuvo junto a vuestro padre.

En vez de responder, Duqaq volvió a examinarlo de arriba abajo, pero sin revelar lo que pensaba.

—Bien —dijo por fin sin desviar la mirada ni dulcificarla—. Entonces te nombro comandante en jefe de los *askar*.

—¿Mi señor?

—Me has comprendido, Bahram. Mi decisión es firme.

Una vez más, Duqaq había logrado sorprenderlo. La parte del ejército denominada *askar* representaba los mejores guerreros del emir y en su mayoría estaba formado por los *ghulam*, jinetes acorazados que antaño fueron esclavos y que se habían ganado el respeto y el reconocimiento sirviendo en el ejército. Haciendo caso omiso de sus orígenes, casi todos se habían

convertido al islam, de modo que convertir a un cristiano armenio en su comandante era cuando menos extraño.

—¿Permitís que os haga una pregunta, señor?

—Por supuesto —dijo Duqaq con la misma sonrisa enigmática anterior.

—¿Por qué no nombráis a ningún hijo de Mahoma como comandante del *askar*? Estoy seguro de que hay numerosos guerreros valientes e inteligentes que se encargarían de la tarea con entusiasmo y de cuya lealtad no tendríais que aseguraros primero.

—No cabe duda de que los hay, pero quiero que un cristiano comande el *askar*.

—¿Por qué?

—Por una parte, porque tú conoces los trucos de nuestros enemigos y sabes cómo piensan. ¿Acaso no dicen que lo mejor es apagar un fuego con otro fuego?

—Sí, eso dicen. Pero os ruego que tengáis presente, mi señor, que no sé más acerca de esos cristianos que vos. Para mí son tan desconocidos como...

—Por la otra —prosiguió Duqaq sin inmutarse, por lo visto no estaba dispuesto a prestar oídos a los reparos —, quiero sentar un precedente.

—¿Un precedente, mi señor? ¿Con qué fin?

—Si tú sigues siendo aquel a quien

mi padre siempre apreció y elogió, entonces no necesito explicártelo, Bahram. Yaghi-Siyan no ha solicitado mi ayuda por casualidad. Sabe que sus guerreros selyúcidas solo forman una pequeña parte de la población de Antioquía. La mayoría está formada por cristianos y está claro que él teme que, al igual que sus hermanos de Armenia, podrían estar dispuestos a abrirles las puertas a los cruzados en cuanto se aproximen: no por nada ya ha expulsado a muchos de ellos de la ciudad. Por su parte, los cruzados se comportan como los libertadores de sus correligionarios, pero ¿qué dirán cuando sepan que uno de los comandantes supremos del

ejército enemigo también es un cristiano?

—Comprendo, mi señor —dijo Bahram.

La táctica de Duqaq no carecía de cierto refinamiento... algo que lo diferenciaba de su padre y su hermano.

El soberano de Damasco se inclinó hacia delante y siseó lo siguiente:

—Puede que los francos afirmen que se encuentran aquí en nombre de su fe, que emprendieron una campaña militar por su fe, como antaño el Profeta... pero eso es una mentira, desde luego. En realidad se trata de obtener tierras y poder. Es el viejo juego con nuevas reglas, la lucha entre dos reinos.

«La lucha entre dos reinos».

El efecto de las palabras de Duqaq golpeó la conciencia de Bahram como el eco de un martillazo. De pronto recordó aquella noche en la que Ibn Jallik había interpretado la configuración de los astros. «Un reino sucumbirá... y surgirá uno nuevo», había dicho el anciano astrólogo. ¿Es que la profecía estaba a punto de cumplirse?

Una arruga de preocupación apareció en la alta frente del armenio, una arruga que Duqaq no dejó de notar.

—¿Qué te pasa? —Quiso saber.

—Nada, mi señor. Solo acabo de recordar algo.

—¿Crees que darás la talla?

Bahram enderezó su figura nervuda; la luz del sol del atardecer que penetraba a través de la ventana hizo resplandecer su traje rojizo.

—Sí, mi señor —respondió.

—Entonces llama a los guerreros a las armas. No solo los del *askar*, también formarán los de la *ajnad* de los alrededores, además de mercenarios del este. Que el ejército de los cruzados tiemble ante nuestro ataque, ¡y que el mundo me rinda honores como el liberador de Antioquía!

—¿Cuándo partiremos, mi señor?

—Cuando yo dé la orden —replicó Duqaq y, una vez más, Bahram percibió ese misterioso brillo en su mirada. El

emir de Damasco adoraba ocultar sus auténticas intenciones tras acertijos y alusiones.

Pero había algo que Bahram tenía muy claro: que el tiempo del ocio y los estudios sosegados había llegado definitivamente a su fin.

Costa al sur de Alejandreta
Octubre de 1097

La caravana que avanzaba hacia el sur a lo largo del viejo camino de la costa era pequeña... lo bastante pequeña como para no llamar la atención.

Los cuatro jinetes solo estaban acompañados por dos animales de carga que transportaban las provisiones y el agua, y a primera vista quien se hubiera acercado a ellos no habría podido decir

qué eran. ¿Comerciantes? ¿Guerreros que pretendían servir como mercenarios en las ciudades del sur? ¿Peregrinos de camino a los Santos Lugares? Sus amplios mantos y el paño que les cubrían la cabeza los volvían irreconocibles... y también evitaban que alguien se percatara de que uno de los jinetes era una mujer.

Conn no pudo evitar su admiración por Chaya, tanto por el aguante como por la paciencia con los que soportaba los esfuerzos del viaje. Desde Tarso habían cabalgado hasta Adana y de allí a Alejandreta, ciudad que habían abandonado el día anterior tras una breve estadía. Aunque el viaje fue

fatigoso, transcurrió sin mayores incidentes.

Para evitar que los descubrieran las patrullas selyúcidas habían optado por viajar a lo largo de la costa hacia San Simeón con el fin de acercarse a Antioquía desde el oeste, a través del fértil valle del Uadi al-Qifaysiya. Y cuanto más se acercaba a la meta del viaje, tanto más percibía Conn como la inquietud de Chaya crecía.

—¿Cómo podré agradeceros, Conwulf? —preguntó mientras cabalgaba a su lado a lo largo de los acantilados, que se precipitaban directamente al mar. Bertrand cabalgaba en cabeza y se había adelantado un

poco, al tiempo que la mula de Berengario trotaba a poca distancia por detrás; su jinete parecía sumido en sus meditaciones.

—Habéis hecho tanto por mí que jamás podré devolveros el favor.

—Debéis agradecersele a Baldric —contestó Conn—. Si no me hubiera permitido acompañaros...

—La modestia os sienta bien, Conwulf —dijo ella, sonriendo—. Pero no deberíais ser tan humilde. Teníais razón al decir que yo sola no hubiese tenido la más mínima posibilidad de llegar a Antioquía con vida.

—Sí, lo dije —reconoció Conn—. Pero entretanto ya no estoy tan seguro,

tras todos los peligros que habéis superado.

Ella volvió a sonreír.

Le había contado su larga odisea, de la injusticia que ella y su padre tuvieron que soportar en su antiguo hogar y de los peligros que corrieron; del viaje a Italia y a través del mar Mediterráneo y del largo invierno durante el cual permanecieron en Creta, aguardando; de la siguiente travesía hasta aquellos días oscuros que Chaya pasó junto al lecho de su padre rezando para que sanara. Cuantas más cosas Conn descubrió sobre ella, tanto mayor fue la sensación de intimidad y familiaridad que sentía con la joven judía.

—Os he contado todo sobre mí — dijo ella—. Pero vos seguís envuelto en vuestro silencio pese a que el fin de nuestro viaje se aproxima cada vez más.

—Solo porque no tengo mucho que contar. Sabéis que vivía en Londres.

—Me lo dijisteis, pero no mencionasteis por qué abandonasteis Inglaterra y os unisteis a la campaña militar contra los infieles.

Conn le lanzó una mirada de soslayo. Oír la palabra «infiel» en sus labios resultaba extraño, pero ella la pronunciaba sin amargura.

—Fue por Nia —se oyó decir a sí mismo antes de tener claro si realmente quería hablar de esa parte de su pasado.

—¿De veras? —preguntó—. Nunca me dijisteis qué se hizo de ella.

—Está muerta —dijo Conn en voz baja.

—¡Ay, Conwulf! ¡Lo siento!

—Ella siempre soñó con abandonar Inglaterra y regresar a su hogar. Se desangró en mis brazos, mientras yo le cogía la mano y la miraba a los ojos.

—¡Conwulf! Yo... yo... —balbuceó, sacudiendo la cabeza y sin saber qué contestar. De pronto pareció arrepentirse de ciertas cosas que había dicho en el pasado y solo entonces también empezó a comprender otras—. Por eso me acompañáis a Antioquía. Porque comprendéis la pérdida que he

sufrido.

—Perder a un ser querido es un infierno —dijo Conn en tono sombrío, dirigiendo la vista hacia delante y evitando la mirada compasiva de ella.

—He pasado por ese infierno en dos ocasiones —confesó Chaya, bajando la voz—. Mi madre murió solo escasos meses ante de que abandonásemos Colonia.

—¿Perdisteis a vuestros padres en un lapso tan breve? —dijo Conn y le lanzó una mirada interrogativa... y esa vez fue ella quien desvió la mirada y la dirigió a la costa y al mar azul turquesa.

—En realidad no —contestó ella después de unos momentos—. Porque en

cierto sentido mi padre también murió el día que mi madre perdió la vida. Ella significaba todo para él.

—¿Qué sucedió?

—Fue un accidente. Mi madre acudió a la agencia de mi padre para llevarle vino y frutos secos. Él había trabajado todo el día y ella consideró que necesitaba recuperar fuerzas —dijo Chaya con voz cada vez más apagada. Era evidente que le costaba hablar de esas cosas, tal vez fuese la primera vez que lo hacía—. Algunos toneles no estaban asegurados —prosiguió a toda prisa, como si así el dolor se volviera menos insoportable—. Un montón de toneles cayeron sobre ella y murió antes

de que mi padre y sus empleados pudieran hacer nada por ayudarla.

—Dios mío —se limitó a decir Conn.

Una sonrisa indescifrable y muy triste atravesó los rasgos atractivos de la joven.

—Eso fue lo que pensó mi padre. Lo consideró una señal que el Señor le había enviado, un castigo por sus errores.

—¿Y vos?

Los ojos de Chaya se llenaron de lágrimas.

—No lo sé. Creo que Dios está con nosotros y que todos tenemos un destino... pero ¿por qué permite que

sucediera semejante injusticia?

—Yo también me he hecho la misma pregunta a menudo —dijo Conn, asintiendo con la cabeza.

—¿Y? ¿Hallasteis una respuesta?

—No —admitió Conn—. Pero el señor Baldrick está convencido de que todo eso son pruebas, que Dios nos quiere poner a prueba. Y que solo podemos alcanzar Su perdón si las superamos.

—Mi padre también creía lo mismo. Se sentía responsable de la muerte de mi madre y creía que la misión que debía llevar a cabo suponía su expiación.

—¿Misión? —dijo Conn.

Chaya le lanzó una mirada,

consternada. Ella misma se sorprendió por haber empleado esa palabra y durante un instante parecía que quería añadir algo más.

—No tiene importancia —dijo, no obstante—. No le fue concedido llevar a cabo el encargo... ¿habrá encontrado la paz, ahora?

—Se lo deseo, al igual que le deseo a Baldric que encuentre la suya.

—¿Y vos?

—¿Qué queréis decir?

—¿Es la muerte de vuestra amada el motivo por el que os unisteis a la campaña militar? ¿Vos también buscáis el perdón?

Conn vaciló. Antaño, cuando

Baldric formuló la misma suposición, él lo había negado... quizá solo porque no estaba dispuesto a reconocer una verdad que procedía de la boca de un normando. Pero entonces ya no estaba tan seguro. En aquel entonces casi no le quedó otra opción que aceptar el ofrecimiento de Baldric, pero entretanto había comprendido que, efectivamente, se sentía culpable y que solo había alcanzado una paz interior en aquellos momentos poco frecuentes en los que sintió que gozaba de la gracia de Dios.

Antaño en Rouen, cuando oyó hablar a Berengario.

En Génova, cuando se encontró con Chaya por primera vez.

Aquella noche en Tarso, cuando se dirigió a la tienda de ella y trató de proporcionarle un poco de consuelo.

Y en ese preciso instante.

Resultaba imposible negar que la mayoría de las veces en las que Conn creyó sentir la proximidad del Señor Chaya también había estado cerca, casi como si Dios hubiese dirigido sus pasos hacia ella y hubiera anudado sus destinos... y eso pese a que Conn era cristiano y ella judía.

A pesar de todo lo que podía separarlos tenían cosas en común: al igual que Chaya, Conn se había visto obligado a abandonar su hogar; como ella, se sentía solo y desarraigado y

había sufrido un profundo dolor. La mutua proximidad les proporcionaba consuelo a ambos y hacía que vieran el mundo con otros ojos.

Conn no contestó a la pregunta de ella, pero asintió en silencio y ello ya suponía una liberación.

El dolor perduraba y quizá nunca desaparecería del todo, pero Conn ya no sentía que acabaría con él. Un rayo de luz irrumpió en la lobreguez de sus pensamientos y sabía que solo se lo debía a la joven que cabalgaba a su lado en silencio.

Una oleada de afecto lo invadió y, antes de comprender lo que estaba haciendo, se inclinó hacia ella y le cogió

la mano. Ella no se resistió y eso lo animó a llevársela a los labios y besarla, un gesto de apego.

—¿Qué... qué hacéis? —exclamó Chaya, y retiró la mano bruscamente, y cuando él vio que se ruborizaba se dijo que era un necio lamentable.

—Chaya, yo...

—Está bien —fue lo único que dijo la joven y dirigió la vista adelante en silencio, agitó las riendas y la mula empezó a trotar poniendo distancia entre ambos.

El delgado rayo de luz que durante un breve instante había entibiado el corazón del muchacho se extinguió.

Durante el resto del día apenas intercambiaron una palabra.

El viaje prosiguió a lo largo del camino de la costa, que serpenteaba por encima de los acantilados a través de un paisaje casi yermo. Protegidos por una gran roca que los ocultaba de las miradas curiosas montaron el campamento nocturno y encendieron una hoguera para defenderse del frío... pero este permaneció en el corazón de Conn.

Bertrand volvió a hacerse cargo de la primera guardia, de modo que Conn dispuso de tiempo para clavar la vista en las llamas, sumido en oscuras cavilaciones. En cuanto montaron la

tienda Chaya se había retirado, si bien Conn dudó de que ya se hubiera dormido. Por lo visto prefirió quedarse sola, algo que tras la torpeza que había cometido ese día no podía reprocharle. ¿Qué se había imaginado, por todos los diablos? Pues a fin de cuentas ella no era una muchacha campesina sino la hija de un acaudalado comerciante. ¿Cómo pudo haber creído que ella sentía algo por él?

Al oír pasos se puso de pie, con la esperanza de que tal vez fuese Chaya, pero era Berengario, que había ido a por leña para el fuego y regresaba.

El benedictino, que había cambiado su hábito negro por una modesta chilaba,

arrojó unas ramas secas al fuego. Después, lanzando un suspiro, tomó asiento junto a Conn.

—Todo está tranquilo —dijo—. Bertrand dice que lo releves a medianoche.

—Humm —murmuró Conn sin despegar la vista de las llamas.

—¿Y bien? —preguntó el monje, pero no en francés como de costumbre, sino en inglés, una lengua que también parecía dominar.

—¿Y bien, qué?

—Mi buen Conwulf, sin querer, hoy fui testigo de... bueno, ya lo sabes...

Conn soltó un bufido apagado.

—Os ruego que no me lo recordéis.

—No tengo la menor intención de abochornarte —aseguró Berengario—, pero no puedo dejar de notar que al parecer sientes algo por la judía.

—¿Y qué? —preguntó Conn en tono brusco.

—Quisiera advertirte.

—¿De qué?

—Ya lo he dicho en cierta ocasión, Conwulf: como acompañante de esta campaña militar enviado por Dios me siento responsable de la salvación eterna de cuantos combaten bajo la Cruz. También de la tuya.

—¿De veras? —dijo Conn y le lanzó una mirada al monje en la que se mezclaban la obstinación y la duda—.

¿Acaso mi alma inmortal corre peligro, *pater*?

—No lo sé, porque no veo qué alberga tu corazón, Conwulf. Tu conciencia te responderá a esa pregunta. Si se lo permites.

—¿De qué tratáis de persuadirme, *pater*? ¿De que Chaya significa mi condenación?

—No deberías burlarte de ello, Conwulf. La distancia que separa la despreocupación de la blasfemia es muy corta.

—¡Y aunque así sea! Ella ha perdido a su padre y ha pasado por cosas horribles. ¿Qué tiene de malo si intento consolarla?

—Nada... a condición de que no olvides quién eres y lo que representas: a saber, la pureza de la fe y la verdad.

—La verdad no deja de serlo porque hable con una judía.

—No, eso no. Pero albergo la duda de que ya no puedas distinguir la verdad de la mentira una vez que la judía te seduzca con sus encantos.

—¿Qué estáis diciendo? —exclamó Conn, contemplando el pálido rostro del monje con expresión incrédula—. ¿Acaso vos mismo no estabais a favor de acompañar a Chaya a Antioquía?

—Desde luego. Pero no tenía intención de establecer vínculos estrechos con ella. Es una mujer,

Conwulf... con todas las ventajas y los peligros que conlleva su sexo eternamente pecaminoso.

—¿Y esos cuáles serían? —preguntó Conn en tono provocador.

No apreciaba esa manera de ser aleccionado, sobre todo porque sus sentimientos habían sido rechazados y tampoco le gustaba el modo en el que Berengario hablaba de Chaya.

—No es sincera contigo —afirmó el monje.

—¿Cómo lo sabéis?

—¿Qué te ha contado de ella?

—Lo suficiente —dijo Conn con un tono firme.

—Pero ¿sobre los motivos por lo

cuales se encuentra aquí? ¿Sobre el motivo por el cual insiste en ir a Antioquía?

—Le hizo una promesa a su padre que debe cumplir. ¿Os basta como respuesta?

—¿Te basta a ti?

—Por supuesto.

—Entonces también sabrás lo que contiene ese estuche que siempre lleva consigo, ¿verdad? —insistió el monje.

—¿Cómo sabéis que...?

—Lo vi, cuando su padre moribundo se lo entregó. Y también más adelante, aunque solo durante un instante. Lo cuida como la niña de sus ojos, ¿no?

—Puede ser —dijo Conn,

encogiéndose de hombros.

—Pero tú no sabes lo que contiene, ¿verdad?

—No.

—Comprendo —dijo el monje.

—¿Qué es lo que comprendéis?

Berengario lo contempló y parecía querer decirle algo más, pero después se lo pensó mejor y se puso de pie, dispuesto a retirarse para descansar.

—Comprendo tu manera de actuar y me alivia saber que la judía no te oculta nada y que no alberga oscuros planes — fue lo único que dijo el monje antes de volverse y desaparecer en la oscuridad más allá de la hoguera.

*Puente de Farreus**21 de octubre de 1097*

El combate había acabado. Con un resultado decepcionante.

Guillaume de Rein, de pie en la cresta de una colina que descendía hacia el sudoeste, observaba la retirada del ejército... o más bien de lo que quedaba de este.

Roberto de Normandía se había adelantado con mil jinetes y alrededor

del doble de soldados de infantería para allanarle el camino a Antioquía al ejército principal. Avanzaron a través del valle de Amuk hasta el río Orontes y siguieron su curso hasta alcanzar el puente que, cerca de la aldea de Farreus, cruzaba el río. Pero los cruzados le habían dado su propio nombre al puente: *Pons Ferri*.

El puente de hierro... y todos hicieron honor a dicho nombre; Guillaume aún oía los gritos de los hombres que intentaron ocupar la atalaya que vigilaba la cabeza del puente y que se encontraron directamente con la lluvia de flechas disparadas por el enemigo y también los relinchos

aterrados de los caballos que se desplomaban bajo sus jinetes. Y en cuanto cerraba los ojos, por doquier Guillaume veía cuerpos ensangrentados perforados por las flechas. La muerte había dado alcance a cientos de cruzados y había detenido su ataque.

Guillaume también sangraba. La herida de su brazo no era profunda, pero muy dolorosa. Una de las innumerables flechas que cayeron sobre los normandos había atravesado su cota de malla y se abrió paso por el acolchado hasta la piel. Cada vez que el dolor le recorría el brazo y hubiese querido soltar un alarido de dolor, se preguntaba por qué no llevó a cabo lo que le había

encargado el rey Rufo hacía tiempo y no había eliminado al duque Roberto, quien se había demostrado totalmente incapaz de dirigir las tropas. Pero su madre se lo había prohibido, aduciendo que aún no había llegado el momento.

Así que Guillaume no entró en acción, soportó las marchas plagadas de privaciones a través de la altiplanicie de Anatolia y las nevadas cimas de Armenia, aguardando que llegara su hora. Pero en ese momento le pareció que esta se había trasladado a un futuro remoto.

—Una imagen triste, ¿verdad?

Eustacio de Privas, de pie a su lado y que al igual que Guillaume

contemplaba el lamentable espectáculo, hizo una mueca de disgusto. Aunque no era un normando y tampoco formaba parte de los hombres de Roberto, se había unido a la vanguardia junto con algunos caballeros de la Hermandad, algunos de los cuales habían sobrevivido a la masacre junto al río.

—Adelardo y Huidemar están muertos, Landri está gravemente herido —le informó Eustacio y, exhausto, se dejó caer en la hierba amarilla. Él también sangraba de una herida en la cabeza causada cuando fue derribado del caballo—. Junto con los hermanos que perdimos ante Heraclea y al cruzar las montañas, ya son veintiocho,

Guillaume. ¡Veintiocho! Y ni siquiera hemos alcanzado Tierra Santa.

Guillaume le lanzó una mirada de soslayo a su compañero de armas. Había pasado más de un año desde su ingreso en la Hermandad de los Buscadores en las mazmorras de Caen... un año en el que habían ocurrido muchas cosas y aún más cambios. Muchos de aquellos que le juraron fidelidad a la Hermandad secreta y a dedicar su vida a la búsqueda de las sagradas reliquias ya no estaban con vida. Aunque la Hermandad se había encargado de que sus guerreros no pasaran hambre como tantos otros, muchos cayeron víctimas del calor o de las enfermedades... o en última

instancia, de las flechas de un enemigo implacable.

Eustacio de Privas formaba parte de aquellos que habían sobrevivido, pero también él había cambiado, ya no era ese guerrero repleto de confianza que Guillaume creyó haber visto en Caen. El jefe de la Hermandad, que él había fundado junto con unos cuantos caballeros franceses, había perdido todo su brillo. Su tez, antes inmaculada, estaba cubierta de manchas, sus pómulos aristocráticos y sus mejillas se habían hundido y su barba ya no era un adorno cuidadosamente atusado sino un desordenado pelambre que devoraba la parte inferior de su rostro; su sobrevesta

estaba sucia y desgastada, el azul de antaño se había desteñido. Ello no hubiese resultado sorprendente pues, debido a las privaciones, muchos nobles descuidaron su aspecto durante la marcha y se convirtieron en sombras de sí mismos. Pero con una mezcla de perplejidad y satisfacción, Guillaume comprobó que por primera vez las dudas aparecían en el rostro de Eustacio.

Él mismo jamás había albergado esperanzas respecto a las metas de la campaña militar, así que tampoco había sufrido una desilusión. A Guillaume lo único que le interesaba era él mismo, y en aquel momento el sentimiento que lo embargaba no era el abatimiento o la

tristeza sino la rabia...

—¿Quién podría sorprenderse con semejantes comandantes? —respondió ante el comentario de Eustacio—. Donde deberían reinar el valor y la sabia previsión campan la estupidez y la incapacidad.

—Deberías alegrarte de que quien te escucha soy yo y ningún otro —replicó Eustacio.

A lo largo de los meses ambos habían intimado y entretanto Guillaume disfrutaba del privilegio de pertenecer al círculo más íntimo de la Hermandad... lo cual quizá se debía a que los antiguos amigos de Eustacio ya no estaban vivos. Aunque habían

incorporado a muchos jóvenes nobles, estos no podían reemplazar todas las bajas.

—¿Te parece? —dijo Guillaume, moviendo la cabeza.

Asqueado, clavó la vista en la interminable caravana de guerreros que se arrastraba hacia el fondo del valle. Por cada caballero que aún montaba, había dos que marchaban a pie, más un tercero que estaba herido y con el que cargaban. La lluvia de flechas disparadas por los musulmanes hacia la que sus comandantes los dejaron correr a ciegas se había cobrado muchas vidas, no solo entre los jinetes y la infantería sino también entre los caballos.

—Roberto es un tonto —añadió Guillaume con amargura—. Ya lo demostró con anterioridad, y un chapucero como él no merece comandarnos.

—¡Por el amor de Dios! —siseó Eustacio y miró en torno, como si temiera que alguien los escuchara—. ¡Modera tus palabras, hermano, te lo ruego!

—No, Eustacio —dijo Guillaume, haciendo una mueca—. No ingresé en la Hermandad para moderarme. Y con toda seguridad, tampoco para morir como un perro en el confín del mundo con una flecha clavada en el pecho. Nuestro destino es más elevado, ¿o acaso lo has

olvidado?

—Claro que no. Pero ¿cómo podemos confiar en encontrar el legado terrenal del Señor si ni siquiera logramos alcanzar las ciudades en las que obró? Ten en cuenta lo que hasta ahora se ha interpuesto en nuestro camino, Guillaume. No solo el cruel enemigo, también la miseria, las pestes y las tempestades cayeron sobre nosotros. Hay predicadores que dicen que, para nosotros, las profecías del Apocalipsis se confirmarían.

—¿Y tú te crees semejante disparate?

—¿Acaso tú no?

—Los obstáculos que se

interpusieron en nuestro camino no tenían nada de sobrenatural. Eran el resultado de las decisiones erróneas tomadas por los nobles y es hora de que eso cambie.

—¿Qué? —exclamó Eustacio, atónito.

—De momento, la Hermandad siempre halló soluciones —dijo Guillaume, soltando un bufido—. Nos alimentó cuando otros pasaban hambre y llena nuestros talegos cuando los demás se han empobrecido y se ven obligados a regresar a casa como miserables mendigos.

—Bien —dijo el provenzal—, una cosa es proporcionar víveres y atacar

caravanas de infieles, pero cumplir con nuestro encargo es otra cosa muy diferente.

—Eso depende.

—¿Qué quieres decir?

Una sonrisa cruel frunció los delgados labios de Guillaume.

—Ni los pucheros se llenaron por sí mismos, Eustacio, ni los infieles nos entregaron sus posesiones por voluntad propia. Nosotros tomamos la iniciativa. ¿Acaso tú mismo no dijiste que las sagradas reliquias le proporcionarían poder e influencia a quienes las encontraran?

—Sí, lo dije, pero...

—Entonces deberíamos encargarnos

de que sean encontradas —dijo Guillaume, interrumpiendo al jefe de la Hermandad—. Porque no existe otro modo de modificar las relaciones de poder en el ejército.

—¡Hermano! —dijo Eustacio y le lanzó una mirada dubitativa—. Oigo tus palabras pero no estoy seguro de comprender su significado.

—¡Oh, sí, me has comprendido perfectamente! —exclamó. «Al igual que yo comprendí la primera vez que mi madre me presentó el plan», pensó—. Hace unas semanas conocí a un hombre que dice llamarse Pedro Bartolomeo.

—¿Pedro Bartolomeo? —dijo Eustacio—. Nunca he oído hablar de él.

—Muy pocos lo han hecho. Es de origen humilde y no te aburriré contándote cómo lo conocí. Pero ese Bartolomeo afirma haber tenido visiones de san Andrés.

—¿Tuvo visiones en las que se le aparecía san Andrés? —preguntó Eustacio, asombrado.

—No —lo contradijo Guillaume—. No me estás escuchando, dije que afirmó tener visiones. Soy incapaz de juzgar si solo se trata de un loco fanático o si dice la verdad. Tampoco tiene importancia. Solo sé que ese hombre posee un don especial, uno capaz de convencer a las personas. Y considero que deberíamos utilizarlo para

incrementar nuestra influencia.

—¿Utilizarlo?

Eustacio le lanzó una mirada interrogativa a Guillaume, como si debiera asegurarse de haberlo oído correctamente.

—¡Pero eso... eso sería un engaño! Es más, supondría pecar contra todo lo que nosotros...

—¿Es un pecado hacer que prevalezca la verdad? Ambos sabemos que esas reliquias que el Señor dejó en la Tierra existen y juramos solemnemente que las buscaríamos y las encontraríamos, algo que a lo mejor también lograremos en algún momento. Pero no necesitamos ese milagro en

algún momento, Eustacio, sino pronto. Echa un vistazo al valle, a ese montón de tristes perdedores: ¡en eso nos hemos convertido! ¿No crees que esos hombres merecen recuperar la esperanza y la confianza?

—Pues sí, pero ¿mediante una mentira?

—La mentira es la verdad de los poderosos, Eustacio, lo sabes tan bien como yo, y no deberíamos renunciar a jugar según sus reglas. La derrota de hoy no será la definitiva. Cuando llegue el ejército principal, sin duda lograremos ocupar el puente que cruza el río Orontes, y Antioquía caerá antes o después. Pero no cabe duda de que

llegarán días en los que nuestros comandantes volverán a dividirse y demostrarán su incapacidad para conducir este ejército... ¿y cuántas derrotas más podemos tolerar? ¿Cuánto falta para que esta empresa, la más grande y sagrada, fracase debido al carácter pusilánime de sus comandantes? No hace falta ser un predicador para barruntar que el fin está próximo, a menos que la Hermandad esté dispuesta a enfrentarse a su responsabilidad. Así que la pregunta que hemos de hacernos es la siguiente: ¿está dispuesta la Hermandad a hacerse responsable? ¿Estás dispuesto tú, hermano?

En realidad no se trataba de una pregunta sino de un desafío. Guillaume se había vuelto hacia Eustacio y le tendió la derecha para ayudarle a ponerse de pie.

El provenzal le lanzó una mirada escrutadora. Era imposible adivinar si Eustacio de Privas se daba cuenta de que en ese momento aquel joven noble normando —al que había aceptado entre sus filas por mera amabilidad— intentaba superarlo en cuanto a poderío e importancia. Sin embargo, alcanzó una decisión con rapidez.

—Estoy dispuesto, hermano —aseguró, rechazando la mano del otro y poniéndose de pie—. Dispuesto a actuar

según el juramento prestado y, si fuera necesario, también dar la vida por ello. Pero no estoy dispuesto a mentir descaradamente a nuestros cofrades y a todos los demás que se comprometieron a participar en esta campaña militar... y si valoras tu honor, tú tampoco deberías estarlo.

—Aquí no se trata del honor, Eustacio. ¡Se trata de conservar la victoria y el poder! ¿Es que no lo comprendes?

—Lo único que comprendo es que pretendes tentarme, como antaño el diablo pretendió tentar a Jesucristo Nuestro Señor. Pero no lo lograrás.

—Cambiarás de opinión, créeme. Y

muy pronto.

Costa al norte de San Simeón
En la misma época

—¿Chaya?

Conn se había aproximado cautelosamente. Tras haber cabalgado todo el día y dejado atrás la penúltima etapa, habían acampado cerca de la ciudad portuaria de San Simeón. Desde allí solo unas horas los separaban de Antioquía; su viaje acabaría al día siguiente, pero Conn se negaba a

abandonar a Chaya sin manifestarle sus pensamientos.

—¿Puedo sentarme a vuestro lado?

Habían montado el campamento en un bosque de pinos que les ofrecía protección y también leña para encender el fuego. Al oeste limitaba con una playa que descendía hacia el mar y allí se había retirado Chaya. Estaba sentada en una roca envuelta en su manto y contemplaba el sol del que solo un pequeño semicírculo asomaba por encima del horizonte.

Durante un momento fue como si no hubiera oído la pregunta de Conn, pero luego se volvió.

—Tomad asiento —dijo y se apartó

un poco.

Conn asintió, agradecido, y también se sentó en la roca. Durante un rato ambos dirigieron la mirada al mar fulgurante, cuyo reflejo bañaba el rostro de Chaya con una luminosidad dorada y le proporcionaba una belleza casi sobrenatural.

—Berengario vigila el campamento —dijo Conn por fin, para romper el silencio—. Y Bertrand ha ido a explorar los alrededores. El pastor con el que nos encontramos esta tarde dijo que ya habían llegado cruzados ante las puertas de Antioquía. Si es así, habéis de daros prisa.

Ella asintió y, para sorpresa de

Conn, una sonrisa se asomó a sus rasgos encantadores.

—Gracias, Conwulf—dijo.

Entonces el borde exterior de la brillante circunferencia del sol también desapareció tras el horizonte y de pronto refrescó.

—Apenas hemos hablado durante los últimos días.

—Sí, es verdad—dijo ella—, no lo hicimos.

—Quisiera disculparme—dijo Conn en voz baja—. Lo que hice fue torpe e indebido. Fui un necio y quisiera que...

Pero la mirada de ella lo hizo enmudecer y Conn se sorprendió al ver que no expresaba enfado sino pesar.

—No —lo contradijo ella—. No lo fuisteis.

—Pero...

—No os rechacé a vos —dijo Chaya en tono suave—, sino a mí, Conn. Por mi padre. Hay algo que debo hacer, un deber que debo cumplir y no puedo permitir que nada me aparte de ello. Porque eso es lo que le prometí a mi padre.

—¿Qué deber es ese?

—Lo lamento, pero no puedo decíroslo.

—¿No podéis decírmelo? ¿Aunque os salvé la vida y os acompañé a través de territorio enemigo?

—Lo cual os agradezco de todo

corazón —aseguró ella—. Y tampoco pretendo que comprendáis lo que me impulsa, pero no puedo explicároslo.

—¿Por qué no? ¿Porque soy cristiano y vos judía?

—No —dijo ella, negando con la cabeza—. No se trata de la fe, Conwulf. No en este caso.

—Entonces ¿de qué se trata? —insistió Conn—. ¿De qué trata esa misteriosa misión que debéis llevar a cabo? ¿No os parece que tengo derecho a saberlo?

—Ya os lo he dicho, Conwulf —dijo Chaya, que mantenía una actitud serena pero cuya voz se había vuelto trémula—. Es el legado de mi padre.

—Sí, eso es lo que dijisteis, pero ¿de qué se trata?

—No os lo puedo decir y os ruego que no sigáis preguntando.

Su desesperación era evidente. Los ojos de Chaya se humedecieron y, una vez más, Conn se maldijo por su necesidad.

¡Condenado Berengario!

Las palabras del monje lo habían confundido y vuelto suspicaz. ¿Por qué diablos el benedictino no se guardaba su desconfianza para sí mismo?

—Perdonadme —replicó Conn, bajó la vista, avergonzado y escarbó la arena con la punta de la bota—. No quería apremiaros, Chaya, solo que... —se

interrumpió, buscando las palabras idóneas—. Me gustaría ayudaros, pero no puedo si no confiáis en mí.

Ella se secó las lágrimas con una punta del pañuelo que le cubría la cabeza y una tímida sonrisa volvió a iluminar sus rasgos.

—Sois muy generoso.

—Pero vuestra confianza en mí no alcanza para que me reveléis el secreto —añadió él, pero sin amargura—. Lo comprendo.

—No. Mi confianza en vos no tiene nada que ver con ello, Conwulf, debéis creerme.

—No puedo reprocharos, Chaya, pues yo tampoco os he confiado todo —

confesó Conn y casi susurrando, añadió —: porque de lo contrario os hubiera contado lo que realmente sucedió, antaño, en Londres.

—No tenéis por qué hacerlo.

—Os hablé de Nia —se apresuró a decir él antes de que pudiera cambiar de idea—, pero no os dije cómo murió. Fue asesinada, brutalmente violada por un caballero que también cabalga bajo el estandarte de la Cruz.

—¡Conwulf! —exclamó ella, presa del espanto—. ¿Es eso verdad?

Él asintió, pero no pudo mirarla a los ojos.

—Cuando la encontré solo era un guiñapo ensangrentado y la vida estaba a

punto de abandonarla, como el agua que se escurre de un recipiente agujereado.

—¡Qué horror! ¿Y quién cometió ese crimen horripilante...?

—... es un caballero cruzado llamado Guillaume de Rein —dijo Conn, completando la oración en tono sombrío.

Pronunciar el nombre del asesino le costó un esfuerzo, pero también le produjo cierta satisfacción.

—Pero ¿por qué vos...?

—¿Queréis saber por qué sin embargo me uní a la campaña militar?

—dijo Conn, adivinando sus pensamientos.

—No fue por vuestra fe, ¿verdad?

—No —dijo Conn y alzó la vista. Sus rasgos se habían endurecido y apretaba las mandíbulas—. El asesino de Nia también forma parte de este ejército, Chaya. Y he jurado que pagará por lo que ha hecho.

—¿Queréis vengaros? ¿Es ese el motivo por el cual estáis aquí?

Conn asintió en silencio.

—Pero ¿acaso Jesucristo no os enseñó a perdonar a vuestros enemigos?

—Sí, lo hizo. Pero vos también habéis notado que a menudo las personas no son lo que quieren ser. Y eso vale tanto para los cristianos como para los judíos.

—Sí, es verdad.

Con aire pensativo, Chaya dirigió la mirada al mar oscuro. Los colores intensos del cielo se habían apagado y solo aquí y allá un resplandor rojizo evocaba el esplendor del ocaso. Las olas que rompían en la playa coronadas de blanca espuma resplandecían bajo la luz de la luna. Aparecieron algunas estrellas, a ellas les pertenecía la noche.

—Entonces Baldric tenía razón — dijo Chaya por fin—. Vos también ansiáis encontrar la paz.

Con la contempló de soslayo.

Su pequeña nariz y sus suaves mejillas.

La frente serena y el nacimiento de su lustrosa cabellera.

Su tez oscura iluminada por la luna.

Y al igual que hacía unos días, no pudo evitar tocarla.

Alzó la mano lentamente, la apoyó en el paño que cubría su cabeza como una capucha, lo retiró y descubrió su cabellera negra y lisa que ya había crecido y enmarcaba su rostro. Ella lo dejó hacer y, en esa ocasión, cuando se volvió hacia él, Conn no vio espanto en la mirada de sus ojos oscuros sino afecto.

Aunque ambos estaban sentados uno junto al otro en la roca, a Conn le pareció que los separaba una distancia inconmensurable. Fue como si pasara una eternidad antes de que los labios de

ambos se acercaran, cohibidos por lo que se elevaba entre ellos: su religión, su origen y los juramentos prestados. Pero la atracción fue mayor.

Sus labios se unieron, al principio tímidamente como si ambos temieran herir al otro. Eran besos casi imperceptibles, movimientos suaves que sin embargo lo dejaron sin aliento. Saboreó los labios de Chaya, percibió su calidez, aspiró el aroma de sus cabellos y el deseo se sumó al afecto que sentía por ella.

Cuando notó que en esa ocasión Chaya no retrocedía sino que le devolvía las caricias, sus besos se volvieron más intensos. La mano

derecha de Conn se deslizó a lo largo de su delicada espalda y le rodeó los hombros, la derecha le acarició el cuello y la nuca y un escalofrío le recorrió el cuerpo, acompañado por la sensación de estar haciendo algo prohibido, pero no le dio importancia. Sus lenguas se rozaron, lo que aumentó la pasión de ambos. No permanecieron sentados mucho tiempo más en la roca: estrechamente abrazados, se deslizaron sobre la fina arena rodeados por el suave rumor de las olas.

Fue como si no sucediera en la realidad sino como en ese sueño que Conn siempre volvía a tener desde la primera vez que ambos se encontraron.

Veía el rostro de Chaya inclinado sobre él, rodeado del resplandor de las estrellas y, sin aliento, observaba cómo ella se quitaba el vestido bajo el que solo llevaba una delgada camisa de algodón a través de la cual se destacaban sus pezones. Una sonrisa atravesó el rostro angelical de la joven, una sonrisa que ya no era tímida y vacilante sino llena de determinación. Un momento después, sus manos delgadas se deslizaban bajo las ropas de Conn y le ayudaban a liberar su miembro viril.

Todo ocurrió con tanta rapidez que Conn apenas se dio cuenta. Chaya se levantó la camisa, bajó las caderas y él

se deslizó dentro de ella. Dominado por el ímpetu del instante, de pronto sus ansias se vieron satisfechas y, presa de la pasión, la abrazó y la besó mientras ambos rodaban por la arena aún unidos. Cuando se soltaron y ella permaneció tendida de espaldas, él no pudo despegar la vista de sus ojos oscuros y su rostro rodeado por su negra cabellera.

Tomó aire para confesarle su amor, pero antes de que lograra pronunciar una palabra ella le selló los labios con la punta de los dedos.

—No —musitó Chaya.

—Pero yo...

—No digas nada. Solo lo

estropearías.

Conn supuso que tenía razón, si bien lo decepcionaba. La contempló y disfrutó de su serena belleza; luego se puso de pie y le cogió la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Ven conmigo —dijo Conn y la arrastró hasta el mar.

Chaya soltó una risita, una risita desenfadada que nunca había soltado con anterioridad, al tiempo que ayudaba a Conn a quitarse la chilaba y las botas. Por fin alcanzaron la orilla donde rompían las olas y se lanzaron a la agua aún tibia por el calor del día. Una ola pasó por encima de ellos y cuando volvieron a emerger no solo sus

cabellos estaban empapados sino también las escasas prendas que aún llevaban. La delgada tela de la camisa de Chaya se había vuelto transparente y la luz de la luna reveló lo que había por debajo: sus pechos y su sexo.

Ambos se contemplaron, después se abrazaron y se sumergieron en las aguas poco profundas del mar, cubiertos de espuma. Cuando Conn volvió a penetrarla, se amaron larga y apasionadamente al compás de las olas.

Berengario había aguardado.

Los había visto sentados uno junto al otro en la roca y se dio la enhorabuena.

La antigua sentencia —que afirmaba que el mejor medio para conseguir que alguien hiciera exactamente lo contrario era una clara advertencia— había vuelto a confirmarse. El monje había observado cómo los labios de ambos se confundían en un beso y sus cuerpos desaparecían detrás de la roca. No obstante, permaneció allí. Y no con la esperanza de observar algo que, como benedictino, le estaba prohibido sino porque debía resolver un asunto.

Berengario había aguardado, acechando como un ave carroñera que revolotea en torno a su presa y, al igual que esta, confió en que se presentara la ocasión de hacerse con ella sin correr

peligro.

Todo había comenzado aquel día cuando se toparon con la caravana siria en la llanura de Tarso.

El vistazo que el monje logró echarle a aquel misterioso objeto fue muy breve, pero lo que creyó haber visto lo dejó tan atónito que se empeñó en comprobar la fugaz impresión. Ese era el único motivo por el cual se mostró a favor de acompañar a la judía a Antioquía y solo por ese motivo se había unido al grupo voluntariamente.

Al principio Berengario creyó disponer de todo el tiempo del mundo. Se dijo que el camino hasta Antioquía era largo y que la oportunidad que

aguardaba se presentaría antes o después. Pero ello no ocurrió y con cada día que transcurría sin que se presentara el monje sentía una mayor presión.

¿Y si sus caminos se separaran sin que él hubiera echado un vistazo al objeto y alcanzado la oportunidad de descubrir el secreto?

La serenidad inicial del monje había dado paso a una inquietud que, en los últimos días, se había convertido en desesperación: a saber, después de escuchar esa conversación, no tan adrede como para suponer un pecado pero tampoco de un modo tan casual como él había afirmado.

La judía había dicho que le había

hecho una promesa a su padre y que debía cumplir con una misión. Si su vista no lo había engañado, Berengario habría apostado su alma inmortal que dicha promesa estaba relacionada con el misterioso objeto que Chaya llevaba consigo tanto de día como de noche.

El monje había sopesado todas las posibilidades que se le ofrecían, había ideado tramas y vuelto a descartarlas, pero tenía claro que algo debía ocurrir antes de que alcanzaran la ciudad a orillas del río Orontes. La pasión del joven anglosajón por la muchacha judía finalmente le proporcionó la anhelada solución, aunque de manera distinta de lo previsto. El plan de Berengario había

consistido en despertar la ira de Conwulf por la muchacha y, de ese modo, impulsarlo a sonsacarle el secreto. El monje no hubiera podido prever que ocurriría exactamente lo contrario —¿qué sabía él del amor?—, pero no por eso dejó de resultar muy útil para sus fines.

La oportunidad que aguardaba hacía semanas se produjo cuando ambos amantes abandonaron la roca y echaron a correr al mar, presas de la osadía juvenil, para continuar con sus pecaminosos actos. Pero dejaron atrás sus ropas... y Berengario entró en acción.

El monje se apresuró a salir detrás

de los arbustos que bordeaban la playa y echó a correr hacia la roca. Los vio a ambos revolcándose lascivamente en la orilla y comprobó que estaban muy ocupados. Pero no dejó de actuar con prisa.

Jadeando, hurgó entre las prendas abandonadas en la arena. Apenas distinguía nada bajo la sombra de la roca proyectada por la luz de la luna, pero entonces sus manos tocaron un objeto firme y alargado y lo extrajo.

Era un estuche de cuero curtido de una yarda de largo y, bajo la tenue luz de la luna, Berengario constató que su fugaz impresión no lo había engañado y que aquel día, durante un instante, lo había

visto.

Signum Salomonis: el sello de Salomón.

Todavía no había salido el sol cuando Chaya abandonó el campamento, aún medio adormilada tras la calidez de la noche, pero empezando a despertar debido al frío de la mañana.

Había recogido sus cosas y se había marchado de la tienda, pero sin dejar de lanzarle una última mirada de amor a Conn, que seguía durmiendo junto a los rescoldos de la hoguera. Después se volvió y se deslizó rápidamente hasta el lugar donde estaban atados los animales.

Tranquilizó a la mula ofreciéndole un nabo y mientras el animal masticaba lo ensilló y se alejó del campamento procurando no hacer ruido. Echó un último vistazo por encima del hombro y ya se creía libre, pero pocos pasos después comprobó que se trataba de un error.

—¿Adónde vais?

Chaya se asustó cuando de pronto una figura oscura apareció entre los árboles y le cerró el paso. Casi soltó un grito, pero entonces reconoció a Berengario.

—Sois vos —dijo, suspirando aliviada.

—Sí, soy yo —dijo el monje. Casi

no veía sus rasgos en medio de la penumbra, pero Chaya creyó ver que su expresión era desacostumbradamente dura y sombría.

»¿Puedo preguntaros qué estáis haciendo?

—Abandono el campamento — contestó Chaya en voz baja.

—¿Sin despediros? ¿Sin agradecer la ayuda que os han prestado?

—Sé que debo de parecer una desagradecida, pero últimamente he tenido que despedirme tantas veces que no soportaría hacerlo otra vez, ¿comprendéis?

—Quizás —admitió el monje y sus rasgos se relajaron un poco—. Pero

dudo de que Conwulf lo comprenda. Solo soy un sencillo eclesiástico y no entiendo mucho de esas cosas, Chaya, pero incluso yo noto que el muchacho os aprecia. ¿Acaso vos no lo apreciáis a él?

Chaya bajó la vista y calló, pero se sentía culpable.

—¿Por qué no os quedáis? —preguntó el monje.

—*Pater* Berengario —dijo—, en las pasadas semanas he descubierto que sois una persona inteligente y perspicaz, así que deberíais saber por qué no puedo quedarme. Conwulf y yo pertenecemos a mundos distintos y eso no cambiará, ni hoy ni mañana.

—Puede que tengáis razón. Los tiempos, sobre todo estos días aciagos, aún no están preparados para aceptar la unión de un cristiano y una judía. Así que marchaos en paz y no miréis hacia atrás, será lo mejor para ambos.

Chaya asintió.

—Gracias —dijo e inclinó la cabeza.

Berengario se hizo a un lado para dejarla pasar, pero tras alejarse unos pasos, ella se detuvo y se volvió.

—¿*Pater*?

—¿Sí, hija mía?

—Os ruego que saludéis a Conn de mi parte. Decidle que lo aprecio de todo corazón y que mi mayor anhelo sería

permanecer a su lado, pero...

Enmudeció, los ojos se le llenaron de lágrimas y un nudo en la garganta debido precisamente a ese dolor de la despedida que quiso evitar le impidió seguir hablando.

—Lo sé, hija mía.

—¿Se lo diréis?

—Sí, lo haré —aseguró el monje.

—Gracias —dijo Chaya—. La paz sea con vos.

—Y con vos, hija mía.

Chaya se volvió y, arrastrando la mula de las riendas, cruzó el bosque hasta dar con un estrecho camino que conducía desde Alejandreta hasta el Uadi al-Qifaysiya. Allí montó en la mula

y recorrió el sendero en dirección al sudoeste, pero primero ocultó su cabellera y una parte del rostro bajo el turbante.

El sol salía por el este y bañaba las colinas con una luz ambarina, pero no logró disipar la oscuridad que reinaba en el corazón de Chaya.

No dejaba de ver el rostro de Conn, sus rasgos amables, el cabello castaño claro y los ojos azules de mirada bondadosa. Junto a él por primera vez volvió a respirar libremente, se había sentido a salvo y protegida pero sin sentirse obligada a renunciar a su voluntad y su determinación. Nunca había supuesto que eso pudiera suceder,

precisamente aquello de lo cual su padre siempre la había advertido y lo que creyó poder impedir con un matrimonio arreglado: se había enamorado de alguien que no pertenecía a la fe judía.

Admitirlo era doloroso. Saber que había hecho algo prohibido y que había traicionado a su fe la avergonzaba y en cierto sentido se sentía agradecida de que el viejo Isaac hubiera abandonado ese mundo sin enterarse de ello. Pero también sentía afecto, la cálida sensación de un nuevo amor... aunque la condenaran a la hoguera y lo único que le quedara fuese el recuerdo agrídulce de aquella noche compartida.

Y, asimismo, contradictorios fueron

los sentimientos de Chaya cuando alcanzó las estribaciones del Uadi al-Qifaysiya, esa fértil hondonada que se extendía hasta Antioquía. Por una parte se sentía aliviada porque el viaje pronto llegaría a su fin, por la otra la embargaba una profunda melancolía. Procuró dejar de pensar en Conn y centrarse en su misión. Su meta era la casa de Ezra Ben Salomon, a quien le entregaría el libro de Ascalón y así cumpliría con el legado de su padre. No trató de imaginar lo que vendría después.

Entonces aparecieron las murallas de Antioquía allende los olivares y, rodeada de cientos de refugiados, Chaya

cruzó el puente que atravesaba el río Orontes y conducía a la puerta occidental de la ciudad.

Acudían desde los cuatro puntos cardinales y se abrían paso hasta la ciudad: campesinos de los alrededores, pero también jornaleros, artesanos ambulantes y comerciantes que temían caer en las manos de los bárbaros del norte. Según decían, los primeros cruzados ya habían alcanzado el Orontes. No pasaría mucho tiempo antes de que se encontraran ante las puertas y exigieran que les franquearan el paso. Como no era de esperar que los gobernantes selyúcidas se las abrieran voluntariamente, el resultado sería una

encarnizada batalla que también arrastraría los alrededores al desastre.

Chaya cruzó la puerta junto con los refugiados y se encontró al otro lado de las centenarias murallas que rodeaban la ciudad formando un anillo protegido por cuatrocientas torres. Mientras que el borde occidental de Antioquía abarcaba una parte del Uadi y consistía en fértiles huertos capaces de alimentar al menos una parte de la población incluso en épocas de crisis, al otro lado lindaba con el mar de casas gris parduscas por encima de cual se elevaba la ciudadela hacia el este, en la cima del monte Silpio.

Tras todas esas semanas y meses

transcurridos en alta mar, en pequeños asentamientos o en medio del páramo, Chaya no estaba preparada para enfrentarse al gentío, al ruido y al interminable ajetreo que reinaba en las calles. Nubes de polvo flotaban tras los edificios entre los que se apiñaban caballos, burros, camellos y carros arrastrados por bueyes, y las personas procuraban abrirse paso entre ellos, mientras que los tenderos voceaban sus mercancías, los niños gritaban, las ovejas balaban y aquí y allá resonaban los gritos ásperos de los guardias que trataban de poner un poco de orden.

El barrio judío se encontraba al sudeste de la ciudadela, de modo que

Chaya se vio obligada a cruzar toda la ciudad. De camino, las impresiones la abrumaron: cosas maravillosas y desconocidas que veía al pasar, aromas exóticos y un galimatías de lenguas incomprensibles hicieron que comprendiera con claridad meridiana que se hallaba más lejos de su hogar que nunca y que por primera vez en la vida no había nadie con cuya ayuda y protección pudiera contar. Seguía disfrazada de hombre, pero era muy consciente de cuán delgado era el manto que la protegía y con cuánta facilidad podía literalmente desgarrarse.

Así que sintió un gran alivio cuando alcanzó las callejuelas del barrio judío.

Tras preguntar dónde se encontraba la casa del comerciante Ezra, le indicaron el camino a un edificio situado en el extremo de una estrecha callejuela. Solo disponía de una puerta que daba al exterior y de dos pequeñas ventanas, pero las tres plantas y los toldos que en lo alto protegían el jardín de la azotea del sol dejaban suponer que se trataba de la vivienda de un hombre acaudalado. En ese momento, cuando se encontró tan cerca de su meta, Chaya notó que el corazón le latía aprisa. ¿Acaso el viaje que había durado más de un año y que la había conducido de un extremo del mundo al otro, que le había costado la vida a su padre,

realmente habría llegado a su fin?

Como en trance, avanzó los últimos pasos y pasó bajo el baldaquín que protegía la puerta de entrada de los rayos del sol.

Entonces llamó a la puerta.

—¿Sí? —preguntó una voz desde el interior en hebreo.

Chaya lanzó un suspiro de alivio. Resultaba tranquilizador oír una lengua que comprendía y dijo que deseaba hablar con el comerciante Ezra Ben Salomon sobre un asunto urgente; entonces la puerta se abrió y apareció el semblante arrugado de un anciano que quizás era el mayordomo.

—¿Por qué queréis hablar con el

comerciante?

—¿Es esta su casa?

—Sí, lo es. Pero no cruzaréis esta puerta antes de decirme quién sois y qué queréis.

Chaya inspiró profundamente, era hora de quitarse la máscara y, mediante un breve movimiento, se quitó el paño que le cubría la cabeza y reveló sus rasgos blancos y su cabellera que casi le rozaba los hombros.

—¿Qué diablos...?

—Soy Chaya, la hija de Isaac Ben Salomon, el hermano de Ezra —se apresuró a decir; el mayordomo enmudeció y la expresión de su rostro pasó de la indignación a la sorpresa y

por fin al desconcierto.

—Aguardad aquí —dijo y volvió a cerrar la puerta; durante un angustioso instante Chaya se preguntó si ya había perdido su oportunidad y si tal vez no lograría que le dejaran ver a su tío.

Por suerte la incerteza no se prolongó demasiado, pues poco después la puerta volvió a abrirse y en vez del mayordomo gruñón, un hombre robusto de unos sesenta años apareció en el umbral. Apenas se veía su rostro dominado por una gran nariz, pues la parte superior estaba cubierta por un turbante y la inferior por una rizada barba gris. Un amplio atuendo cubría su corpachón; por encima llevaba un manto

de seda bordada y una faja le rodeaba la considerable barriga. A primera vista, ese hombre le pareció un extraño porque no se asemejaba en absoluto a la delgada y ascética figura de Isaac Ben Salomon, pero la mirada de sus ojos oscuros sobre los que se arqueaban unas cejas hirsutas le resultó inmediatamente familiar.

—¿Tío Ezra? —preguntó con timidez.

El hombre robusto se quedó atónito, pero después su semblante barbudo se iluminó.

—¡Chaya! ¡Sobrina!

Una amplia sonrisa se asomó al rostro de su tío, pero Chaya no pudo

contestar nada porque las zarpas de su tío la aferraron de los hombros y un instante después el comerciante la abrazó con tanto fervor que apenas logró tomar aire. La soltó durante unos instantes y la alejó para contemplarla, después volvió a estrecharla entre sus brazos como un padre a una hija que creía perdida.

—Que a mí, que soy un anciano, me haya sido concedido esto —dijo con lágrimas en los ojos y agradeció a Dios mediante una breve oración; solo entonces volvió a soltarla, aún lleno de alegría—. Perdona a un viejo necio por su sentimentalismo, hija mía —añadió en un tono que a Chaya le evocó la voz

de su padre—. Pero desde el día en que mediante una carta Isaac me informó de vuestra llegada he pensado en vosotros a todas horas y orado por que lleguéis sanos y salvos... y ahora por fin estáis aquí.

—Yo estoy aquí, tío —murmuró Chaya e inclinó la cabeza con expresión triste.

—¿E... Isaac?

Chaya no osaba alzar la vista. No quería ver el espanto en los rasgos de su tío, no quería recordar su propio dolor. Se limitó a negar con la cabeza y bajar la mirada. Pero si creyó que Ezra estallaría en llanto se había equivocado.

—Pobre niña —dijo el comerciante,

sinceramente compungido, le rodeó los hombros con el brazo y la hizo pasar—. ¡Cuánto habrás sufrido! Me contarás todo lo ocurrido, ¿oyes? Cada detalle. Pero primero entra y sé bienvenida en mi casa. Espero que aquí te recuperes del largo viaje...

—... y encuentres consuelo — añadió alguien que se encontraba detrás de Ezra en el oscuro pasillo.

Era un hombre joven de aproximadamente la misma edad de Chaya, quizás un poco menor que ella. Llevaba los cabellos negros cortos y una perilla apenas incipiente. Una sonrisa iluminaba su rostro delgado y la mirada de sus ojos oscuros era expectante.

—¿Permites que te presente a mi único hijo, Caleb, tu primo? —preguntó Ezra tras cerrar la puerta y correr el cerrojo.

—*Shalom*, Chaya —dijo Caleb sin despegar la mirada de ella.

—*Shalom*, Caleb —contestó ella, inclinando ligeramente la cabeza.

—En realidad, deberías recordar a Caleb de tu infancia, de la época anterior a que abandonara Colonia para dirigirme a la tierra de los antepasados y fundara una agencia para Isaac —para tu padre, quiero decir—. Ambos jugasteis juntos cuando aún erais niños.

—Lo recuerdo vagamente —dijo Chaya—. Tú me tirabas del pelo y me

arrojabas lodo.

—¿De veras? —dijo Caleb, ruborizándose—. Pues créeme que hoy no lo haría.

—Te creo —dijo ella, sonriendo—. Te has convertido en un joven apuesto.

—No digas esas cosas —dijo Ezra—, solo lograrás abochornar al pobre muchacho —añadió, soltando una risa burlona, y Caleb enrojeció aún más.

De pronto el tono del comerciante se volvió serio.

—Dime, hija... ¿has...? Quiero decir...

Era evidente que había algo que no deseaba mencionar porque ignoraba si su sobrina estaba al tanto de lo que

había preocupado a su padre. Chaya decidió acabar con el juego del escondite.

—¿Podemos hablar sinceramente?

—Por supuesto —aseguró el comerciante, desconcertado—. No has de inquietarte por Caleb. Como mi futuro heredero, está al corriente del secreto y es un portador, al igual que...

—... que padre y tú —dijo Chaya, completando la frase—. Yo también conozco el secreto, tío, pero no porque padre haya roto su promesa y me lo revelara sino porque quise averiguarlo en contra de su voluntad manifiesta y sin que él lo supiera. Así que él no tiene la culpa de que quien devuelva el libro a la

tierra de nuestros antepasados sea una portadora y no un portador.

—Entonces... ¿está aquí?

—Sí, tío —confirmó Chaya, y apoyó la mano en su vestido bajo el que estaba oculto el estuche de cuero.

—Entonces que Dios sea loado por su justicia y su poderosa mano... pues solo puede haber sido la voluntad divina la que te reveló el secreto y dejó que cargaras con el peso de la misión de tu padre. Bienvenida a mi hogar, Chaya: tu misión ha acabado.

Chaya dedicó las horas siguientes a descansar.

Le adjudicaron una alcoba que daba acceso a una azotea con un pequeño jardín desde el cual se divisaba la vieja catedral de Antioquía, que se elevaba imponente por encima del mar de casas. Por temor a que quizá simpatizaran con los cruzados que se aproximaban o incluso provocaran una rebelión en el interior de las murallas de la ciudad, Yaghi-Siyan, el gobernador turco de Antioquía, había expulsado a todos los dignatarios cristianos de la ciudad, de modo que la catedral quedó huérfana y de momento era utilizada por los musulmanes para orar. Vista desde arriba, la agitación que reinaba por doquier se asemejaba a un hormiguero

que de pronto evocó en Chaya el recuerdo de su antiguo hogar. La melancolía amenazó con invadirla, pero el alivio de saber que por fin contaba con alguien con quien podía compartir el secreto del libro de Ascalón era más fuerte que la nostalgia.

Al final de la tarde la llamaron a la mesa. Batya, la esposa de Ezra, una judía de Antioquía con la que se había casado hacía unos años tras el fallecimiento de Esther, la madre Caleb, fue a buscarla y la condujo al patio interior bordeado de palmeras que desembocaba en el comedor. Como eran los días entre Año Nuevo y el Día del Perdón, sirvieron una comida sencilla

pero sustanciosa consistente en lentejas, pescado y frutos secos. Chaya, que hacía mucho tiempo que no podía atenerse a los preceptos de la *cashrut*, estaba muy agradecida de volver a comer platos *kosher* tras sufrir tantas privaciones. Suponía algo familiar y tranquilizador... pero al mismo tiempo le recordó su desliz cuando estigmatizó su religión por amor a un cristiano.

Tras la comida, Batya y sus hijas, Irit y Rinah, se retiraron, y entonces Ezra le rogó a Chaya que le narrara su largo viaje. Chaya comenzó hablando de los acontecimientos de Clermont y los inquietantes incidentes que después acontecieron en el reino; de su

apresurada partida y del largo viaje al sur; de la travesía postergada y de la fiebre de Isaac; de la caravana siria y de los peligros de un mundo desquiciado.

Y también le habló detalladamente de la muerte de su padre y ella misma se sorprendió del tono sereno de su narración. Quizá porque desde aquellos dolorosos acontecimientos ya había pasado cierto tiempo, pero también porque entretanto había sucedido algo que llevó luz y alegría a su vida.

Se distrajo durante un momento y recordó a Conn. Su tío había dicho que su tarea había llegado a su fin. ¿Y si aprovechara su libertad recién recuperada para abandonar la ciudad

y...?

—Así que llegaste hasta aquí —dijo Ezra con voz suave e interrumpiendo sus pensamientos, una voz que evocaba la de su padre—. Los caminos de Dios resultan realmente insondables para los humanos, pero es Su voluntad en la cual confiamos.

—Sí, tío. Sin embargo, en este caso no estoy segura de si fue la voluntad de Dios o mi propia obstinación. En contra de la decisión de mi padre insistí mucho en acompañarlo en su misión, incluso cuando debí haber comprendido desde el principio que solo lo distraía de su deber y que corrió peligro por mí. Si me hubiera quedado en Colonia y me

hubiera casado con Mardoqueo Ben Neri, tal como padre lo había dispuesto, puede que todo lo demás...

Pero se interrumpió al ver que Ezra fruncía los labios con expresión avergonzada e intercambiaba una larga mirada con Caleb.

—¿Entonces aún no lo sabes? — preguntó su primo en tono cauteloso.

Chaya les lanzó una mirada interrogativa a ambos.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué es eso que ignoro?

—Lo que aconteció en Colonia tras vuestra partida —contestó Caleb en voz baja y padre e hijo volvieron a intercambiar una mirada que inquietó a

Chaya.

—Pues nosotros... hemos oído rumores —dijo ella—. Mientras estábamos en Italia dijeron que aquel conde Emicho, que cometió horrendas masacres en Maguncia, había llegado a Colonia pero que volvió a partir sin haber logrado su propósito tras descubrir que en la ciudad ya no había judíos.

—Sí, es verdad, se marchó —dijo Ezra—, pero durante las semanas siguientes los soldados de la ciudad y los alrededores formaron pandillas que recorrían la comarca en busca de nuestras hermanas y hermanos. Por suerte su cacería no tuvo mucho éxito,

porque según dijeron nuestra gente actuó con inteligencia y buen tino, de modo que en su mayoría lograron escapar del populacho. No obstante, veintidós de ellos hallaron la muerte... entre ellos también Mardoqueo Ben Neri y Daniel Bar Levi, el *parnés* de la comunidad de Colonia.

—¿Qué? ¿Estáis seguro, tío? — preguntó Chaya, atemorizada.

—Tanto como puedo estarlo. Un comerciante de Venecia trajo noticias el pasado invierno que a su vez había recibido de un comerciante judío que a menudo visitaba Colonia.

—Comprendo —dijo Chaya.

Sintió una punzada dolorosa en el

estómago, no de pena, pues no había conocido a Mardoqueo Ben Neri lo bastante bien ni lo había apreciado. Pero la noticia la conmocionó, porque si un hombre como Mardoqueo —que siempre se las había ingeniado para congraciarse con los cristianos y evitar los daños— había sido víctima de la furia asesina de los fanáticos, ¿en qué medida debían temer por su vida todos los demás judíos del reino?

—Los cristianos son bestias —siseó Caleb, que parecía adivinar sus pensamientos—. Animales con forma humana. Vayan a donde vayan, solo causan la muerte y la destrucción. Hemos de detenerlos, matarlos como

perros sarnosos...

—¡Caleb! —exclamó Ezra, llamando a su hijo al orden—. Tus peroratas odiosas resultan inútiles para nosotros.

—Pero el ayuno predicado por los rabinos también, padre —replicó el muchacho, obstinado, y al ver la ira que se asomaba a su mirada, Chaya supuso que no debía de tratarse de la primera pelea acerca de dicho tema.

—Has de perdonar a Caleb, sobrina. Como muchos en estos días, teme lo que está por venir y cree poder deshacerse de su temor clamando violencia a voz en cuello.

—Eso no es verdad, padre —lo

contradijo Caleb y su rostro enrojeció, por una parte de ira y por la otra porque quizá las palabras de Ezra ofendían su vanidad—. ¡No temo a los guerreros de la Cruz! ¡Si en nuestra comunidad hubiera otros que pensarán lo mismo que yo, hace tiempo que habríamos obligado a los atacantes a batirse en retirada!

—También fue un cruzado quien me salvó la vida —objetó Chaya—. Es indiscutible que entre ellos hay ladrones y asesinos, pero no debemos olvidar que también hay otros que respetan los mandatos de su religión y diferencian entre el amigo y el enemigo.

—¡Pero un perro cristiano mató a tu padre! —gritó Caleb, con absoluta

desconsideración.

—Y otro me salvó de un destino cruel —replicó Chaya—. ¿O acaso crees que estaría aquí sentada ante vosotros si no hubieran obligado a los *tafur* a huir?

—Chaya tiene razón —dijo Ezra, secundando las palabras de su sobrina—. No debemos caer en la misma ceguera que afecta a nuestros enemigos. No cambiaremos el mundo imitando sus maldades sino conservando lo que es bueno y justo en esta Tierra.

Su mirada cobró fuerzas como una llama que encuentra un nuevo alimento y Chaya comprendió a qué se refería su tío: al libro de Ascalón.

—Fuiste muy valiente, sobrina. Pero ahora ha llegado el momento de trasladar el peso de la responsabilidad a otros.

Chaya vaciló y ni siquiera ella sabía por qué. A lo mejor porque le resultaba difícil separarse de algo que había sido tan caro y precioso para su padre. Quizá porque durante el breve lapso en el que estuvo en posesión del libro había sentido el hálito del Eterno. Pero quizá también porque durante un instante creyó ver la codicia fulgurando en la mirada de Caleb.

—Está bien —dijo Ezra—. Cumpliste con la tarea que te fue trasladada de manera tan repentina y

para la cual no estabas preparada lo mejor que pudiste. Ahora ha llegado el momento de entregar el libro a quienes saben qué han de hacer con él.

—Y esa información —añadió Caleb y su mirada volvió a fulgurar— no les convendrá a nuestros enemigos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Chaya.

—Si conoces lo que pone en el libro, esa pregunta resulta innecesaria. Puesto que sabes qué supone el secreto, ¿no?

—Lo sé, pero me pregunto si ese es su destino.

—Otros decidirán al respecto —comentó su tío—. Mi deber y el de

Caleb será llevar el libro a Jerusalén, donde según los pronósticos se reunirá un nuevo Sanedrín y, como en los tiempos del Segundo Templo, decidirá sobre el futuro destino de nuestro pueblo.

Chaya asintió con la cabeza. Las palabras de Ezra concordaban con lo que había leído en el escrito secreto. Según este, en el pueblo de Israel no solo había portadores y conservadores sino también concejales que a lo largo de generaciones habían heredado el puesto de sus padres, destinado a aquel tiempo en el que el Sanedrín —que antaño fue el gremio político más importante de Judea— volvería a

reunirse. Y en vista de que el libro de Ascalón había regresado a su hogar tras vagar por el mundo durante siglos, ese día ya no estaba lejos.

Aliviada porque por fin podía deshacerse del libro, Chaya introdujo la mano bajo su vestido y extrajo el estuche con el sello de Salomón y que llevaba colgado del hombro de una correa de cuero, como antaño su padre. Abrió el estuche, quitó la correa y lo depositó en la mesa. Entonces los rostros de Ezra y de Caleb se iluminaron.

—Ahí está —constató Ezra en tono trémulo por la veneración—. Solo lo vi una única vez, hace muchos años, pero

lo he reconocido.

—¿Puedo verlo, padre? —preguntó Caleb, casi incapaz de dominar su excitación, se frotó las manos con impaciencia expectante y pequeñas gotas de sudor le cubrían la frente—. ¿Puedo echarle un vistazo a las palabras que llevarán la salvación y la libertad a nuestro pueblo?

—Sí, hijo. Es el momento adecuado.

Con las manos temblando de emoción, Ezra cogió el estuche y lo abrió. Luego lo puso del revés para extraer el rollo... pero se sorprendió y su rostro expresó el espanto más absoluto cuando en vez de sostener la ansiada escritura vio que tenía en las

manos un trozo de pergamino quebradizo en las manos.

—¡Dios mío! —exclamó, al tiempo que procuraba inútilmente extraer un segundo rollo de pergamino del estuche—. ¿Qué...?, ¡por todos los profetas!

Cuando Caleb vio que algo no encajaba le arrancó el pergamino de las manos y lo desenrolló; el pergamino se desgarró en varios lugares.

Era un palimpsesto muy desgastado y reescrito en diversos lugares, y no con signos hebreos sino con letras latinas.

—¿Qué significa esto? —gritó con voz tan fuerte que rebotó contra el techo abovedado y penetró hasta el jardín—. ¿Quién ha hecho esto?

Chaya se había puesto muy pálida.

Con expresión incrédula mantenía la vista clavada en el palimpsesto, al tiempo que creyó caer en un profundo abismo.

Solo se le ocurrió una respuesta a la pregunta de Caleb.

Conwulf.

Campamento al norte de Antioquía
Finales de noviembre de 1097

Guillaume de Rein había tenido razón... al menos en ciertos aspectos.

Tal como había predicho, los diversos grupos de cruzados lograron superar el puente de hierro del Orontes y avanzar hasta las murallas de Antioquía, donde montaron los campamentos e iniciaron el asedio de la ciudad. Pero su suposición de que el concejo de los

nobles pronto volvería a tomar otra decisión equivocada y poner en peligro la empresa no se cumplió.

Sucedió lo contrario, pues la época avanzada del año y el fértil valle del Orontes se encargaron de que por primera vez, tras abandonar su hogar, los cruzados pudieran comer opíparamente, desde los nobles de mayor alcurnia hasta el último mozo de cuadra. De las innumerables ovejas y terneros de los que se apropiaron en las granjas de los alrededores solo comían los trozos mejores y más jugosos. Los cereales —por los que la mayoría hubiera estado dispuesta a asesinar durante la larga hambruna sufrida

mientras cruzaban Anatolia— fueron despreciados.

Por tanto el estado de ánimo que reinaba en el campamento era muy bueno, si bien aún no habían logrado alcanzar victorias decisivas contra los ocupantes selyúcidas de Antioquía. Habían montado catapultas, claro está, con las que disparaban proyectiles contra las viejas murallas, pero sin ningún resultado digno de mención. También lograron ocupar tres de las puertas de la ciudad y, así, impedir el acceso de las tropas de refuerzo musulmanas, pero las puertas que daban al sur y al oeste permanecían desocupadas porque las tropas no eran

suficientes para rodear Antioquía por completo y asediarla desde todas las direcciones. De todos modos, al este, donde la ciudad lindaba con una cadena de montañas atravesada por inhóspitas quebradas, ello resultaba imposible.

Así que de momento un éxito arrollador no entraba dentro de lo previsible; en cambio se producían escaramuzas con los turcos que emprendían salidas casi todos los días y atacaban las caravanas de suministros de los cruzados. Sin embargo, en el ejército el alivio de haber alcanzado la ciudad a orillas del Orontes y por fin dejar de padecer hambre y sed era tan grande que Guillaume de Rein no podía

confiar en convencer a Eustacio de Privas de la necesidad de sus planes. Así que de momento no le quedó más remedio que someterse y seguir interpretando ese papel menor que otros le habían adjudicado. Su hora todavía no había llegado, y no transcurría ni un día en que su padre dejara de recordárselo...

—¿Has oído lo que te he dicho? — dijo Renaldo de Rein.

Se había plantado ante Guillaume, y el ancho pecho del barón se agitaba de alegría, tenía el pelo cobrizo empapado de sudor pegado a la cabeza y su cota de malla estaba manchada de sangre.

—¡Harenc ha caído!

Guillaume asintió con la cabeza. Harenc era una fortaleza musulmana que se elevaba un buen trecho río arriba. Desde allí y durante las pasadas semanas, los selyúcidas habían emprendido numerosos ataques contra los cruzados, de manera que el concejo de los nobles decidió eliminar ese estorbo y para dicha tarea eligieron nada menos que a Bohemundo de Tarento; Renaldo y algunos caballeros se habían unido a él... al parecer con éxito.

—Fue una gloriosa victoria —se enorgulleció Renaldo a quien un fervor guerrero aún le hervía en las venas. Cogió la jarra de vino apoyado en la mesa ante Guillaume y derramó el

contenido en su garganta. El vino se escurrió por las comisuras de su boca y las gotas cayeron en la cota de malla donde se mezclaron con la sangre de los enemigos muertos.

—Os felicito, padre —dijo Guillaume, sin manifestar el menor entusiasmo.

No había acudido a la tienda del barón para escuchar su jactancia complaciente, sino porque quería el consejo de su madre. Eleanor de Rein estaba sentada frente a él ante la mesa, como siempre con un bordado en las manos al que parecía dedicarle toda su atención... una impresión engañosa.

—Ese Bohemundo es un auténtico

valiente —continuó diciendo Renaldo, que o no había oído el tono burlón empleado por Guillaume o bien había hecho caso omiso de este—. Mató a la mayoría de los musulmanes en el acto, tomó prisioneros al resto y los hizo decapitar ante la puerta de San Jorge: eso les enseñará a esos condenados turcos lo que les espera cuando caigan las murallas de Antioquía.

—Si es que caen —comentó Eleanor, sin despegar la vista de su bordado—. ¿Acaso no se os ha ocurrido, esposo mío, que semejantes crueldades podrían limitarse a incrementar la determinación del enemigo?

—Callad, mujer, vos no sabéis nada de esos asuntos.

Con la zarpa manchada de sangre, el barón cogió una pata de cordero de la mesa —en realidad destinada a Guillaume— y le pegó un mordisco digno de una fiera.

—¿No sería mejor que primero os asearais, esposo mío? —preguntó Eleanor en tono mordaz.

—¿Para qué? —dijo Renaldo, masticando con la boca abierta. El vino ingerido empezaba a surtir efecto—. ¿Es que un guerrero recién llegado del campo de batalla no merece un refresco y un tentempié?

—Desde luego —dijo ella y le lanzó

una mirada de soslayo—. Pero ¿es absolutamente necesario que ensuciéis nuestra tienda con sangre?

—¿Qué pasa? —dijo el barón y escupió el trozo de hueso que había roído en el suelo—. ¿Es que ahora os habéis vuelto muy sensible? ¡Queríais bailar a su son, *milady*, así que hacedlo! ¡Tomadme como ejemplo! —añadió, volviendo a pegarle otro mordisco a la pata de cordero; la mirada que ella le lanzó no dejaba lugar a dudas de que lo que más le hubiera gustado es que se asfixiara con el trozo de carne.

Guillaume ni siquiera parpadeó. Prefería caer sobre su espada que tomar a ese hombre como ejemplo, ese hombre

manchado de sangre y con las mejillas cubiertas de grasa que gruñía como un cerdo. Tenía claro que la única intención de Renaldo era provocarlos, tanto a él como a su madre. Y como en esos días los propios planes de Guillaume no avanzaban, las palabras del barón no dejaron de surtir efecto.

—Bailar a su son... es algo que siempre supisteis hacer perfectamente, ¿verdad? —preguntó su hijo.

—¿Qué? —exclamó Renaldo, bajando la mano en la que sostenía la carne.

—Durante toda vuestra vida solo bailasteis al son de los poderosos. Ya era así en Inglaterra, y ahora volvéis a

hacerlo.

—¿Y acaso tú no? ¿No permitiste que te convirtieran en la herramienta de Flambard?

—Conocéis los motivos de mi conducta.

—Los conozco y hoy me disgustan tanto como antes. Lo que gané hace años en Northumbria y hoy en el campo de batalla lo obtuve gracias a mi valor y a la fuerza de mis brazos; en cambio tú confías en obtener el favor de un monarca y estás dispuesto a traicionarlo todo, incluso a ti mismo.

—¡Como si vos no fueseis un traidor! —contestó Eleanor, indignada, en lugar de su hijo.

—En todo lo que he hecho siempre he permanecido fiel a las leyes divinas y humanas. Inicié esta campaña militar como proscrito, desprovisto de mi poder y mis bienes debido a vuestra intervención. Sin embargo, logré ganarme un nuevo respeto entre los nobles, mientras que vos os limitabais a lamer las heridas y a urdir una intriga tras otra: una serpiente y su miserable cría.

—¡Basta! —siseó Guillaume—. ¡No tenéis derecho a hacer dichos comentarios sobre vuestra esposa!

—¿No? Pero es la verdad. Vuestro poder se ha reducido de manera considerable desde que abandonamos

Inglaterra, en cambio el mío ha aumentado y ello hiere vuestro orgullo.

—¡Eso no es verdad! —gritó Guillaume con voz tan sonora y apasionada que su madre se vio obligada a tenderle su flaca mano derecha para apaciguarlo—. ¡Mi influencia es mayor que la vuestra! Dispongo de amigos poderosos y de hombres que me son leales.

—Lo sé —dijo el barón—. Supongo que te refieres a tus amigos sectarios, que son al menos tan lamentables y cobardes como tú —añadió y sonrió al ver que el rostro de Guillaume se crispaba—. ¿Te sorprende que lo sepa? Sé varias cosas, muchacho, y casi nada

de ello te agradaría.

—¡Renaldo! —gritó Eleanor—. ¡Os lo ruego!

—No os preocupéis —aseguró Renaldo con una sonrisa maliciosa—. Me marcharé y dejaré que sigáis con vuestras intrigas. Desahógate en el regazo de tu orgullosa madre, muchacho, yo prefiero celebrar la victoria con aquellos que lucharon conmigo hombro con hombro.

Arrojó la pata roída en la alfombra que cubría el suelo de la tienda y la abandonó bruscamente. Aún se oía el eco de sus pasos cuando Guillaume se puso de pie y dio rienda suelta a su cólera.

—Ese monstruo repugnante. ¿Cómo se atreve a ofenderos así? ¿Qué se ha creído?

—Tranquilízate, hijo mío. Escoges palabras peligrosas.

—Da igual, ya no le temo —afirmó Guillaume, luchando contra las lágrimas causadas por la humillación—. ¿Es que la manera en la que nos trata no os importa? ¿Ni que no deje de ofendernos y humillarnos?

Eleanor lo contempló un buen rato. Su rostro surcado por las arrugas —que debido a los destacados huesos y los ojos hundidos más bien parecía una calavera— expresaba una ligera burla.

—Me he acostumbrado a ello —

dijo.

—Pero yo no puedo ni quiero acostumbrarme —chilló Guillaume, recorriendo la tienda con paso furioso—. ¿Habéis notado cómo me contemplaba? ¡Como si fuese un insecto molesto! ¡Jamás me respetará y da igual lo que yo haga!

—Debes tener paciencia, Guillaume, tu momento llegará.

—¿Cuándo, madre, decidme cuándo? Hace meses que repetís las mismas palabras y procuráis tranquilizarme con las mismas frases. ¡Pero ya no surten efecto! Me proporcionasteis acceso a la corte real y me introdujisteis en la Hermandad, pero

¿de qué me ha servido? ¡De nada, madre, de absolutamente nada! No pude aumentar mi influencia y tampoco ganarme el respeto del barón.

—Ganar el respeto del barón no era nuestro objetivo —le recordó su madre.

—Pero tampoco logramos incrementar nuestro poder —siseó Guillaume—. Vaya a donde vaya, emprenda lo que emprenda, no dejo de toparme con mis propios límites. Otros ocupan las posiciones que debería ocupar yo: mi padre, Eustacio...

—Debes tener paciencia —repitió Eleanor, procurando convencerlo.

—¡Estoy harto de tener paciencia! —rugió Guillaume con tanta violencia

que soltó un gallo y tampoco logró reprimir las lágrimas de desesperación —. ¡Quizá padre tenga razón y realmente soy un cobarde y un inútil!

—No lo eres —dijo su madre—. Jamás has de pensar algo así.

—Pero entonces ¿por qué no me quiere, como un padre debería querer a su hijo? ¿Por qué no me consigue el reconocimiento que me corresponde gracias a mi nombre y mi origen? ¿Por qué, madre, podéis decírmelo?

Eleanor le lanzó una mirada escrutadora. El hecho de que la ira de su hijo no solo se dirigía contra el barón, sino también contra ella parecía inquietarla. Dejó el bordado y la aguja a

un lado, se puso de pie, rodeó la mesa y se acercó a él: una figura pálida y fantasmal que, envuelta en su largo vestido, parecía flotar por encima del suelo.

—¿Y si no fuese tu padre? —Fue lo único que dijo.

Súbitamente, Guillaume dejó de lamentarse y la contempló con ojos enrojecidos.

—¿Q... qué? —tartamudeó.

—¿Que si no fuera tu padre sino solo quien se ha hecho pasar por él?

—¿Por qué habría de hacer semejante cosa?

—Tal vez para asegurar las propiedades de su familia mediante un

heredero. También quizá para no verse obligado a tener que confesar ante todo el mundo que es incapaz de engendrar un heredero.

—¿Es eso cierto?

—Tan cierto como que estoy aquí ante ti —dijo Eleanor, sin parpadear.

Guillaume asintió. Ni durante un instante se negó a reconocer algo que su corazón ya había comprendido hacía años. Al contrario, de pronto se sintió invadido por una extraña euforia. Por fin todo cobraba sentido y comprendió el motivo del rechazo de De Rein y su carácter duro y poco afectuoso...

—¿Por qué no me lo dijisteis antes?

—Quiso saber—. Me hubieseis

ahorrado unos cuantos disgustos.

—Me lo impedía un juramento prestado hace tiempo.

—¿Prestado ante quién? ¿Renaldo de Rein?

—No, ante el hombre a quien tú llamabas tío, aunque en realidad era tu padre.

—Osbert —murmuró Guillaume, atónito—. ¿Osbert de Rein era mi auténtico padre?

Ella asintió.

—Una parte de ti siempre lo supo, ¿verdad?

Guillaume tuvo que esforzarse por no perder el control.

Que el barón y él no se parecieran

en nada era un hecho indiscutible y también era innegable que durante toda la vida había intentado infructuosamente obtener el favor de ese hombre tan obstinado como duro de corazón. Hasta entonces, Guillaume lo había adjudicado a que no había logrado cumplir con los requisitos que Renaldo de Rein exigía de su sucesor y heredero. Pero descubrir que en realidad De Rein no era su padre carnal lo llenaba de una sombría satisfacción.

Ello le proporcionaba un motivo plausible de todas las humillaciones que tuvo que soportar y ya no tenía que sentirse culpable por que le había sido negado todo reconocimiento. Al

contrario, durante todos esos años había perseguido una sombra, había luchado por obtener el afecto de un hombre que jamás podría dárselo, sobre todo porque la mera existencia de Guillaume era una espina clavada en las carnes de Renaldo de Rein, una mácula que no dejaba de recordarle su propia insuficiencia y su fracaso en el lecho de su esposa.

—Eso no es todo —prosiguió Eleanor en voz baja—. Ahora que he roto mi juramento por ti, has de saberlo todo.

—¿Qué más? —preguntó Guillaume, temblando íntimamente. ¿Acaso todas esas revelaciones no eran suficientes?

—Como sabes, hace ocho años

Osbert de Rein perdió la vida en un accidente de caza: cayó a un precipicio, dijeron que fue un trágico accidente.

Los rasgos angulosos de Guillaume se tensaron, como si debiera prepararse para oír la última verdad.

—¿Y?

—No fue un accidente. Renaldo de Rein hizo asesinar a tu padre.

—¿Estáis segura? —preguntó Guillaume, jadeando.

—Sí, hijo. Quiso impedir que algún día Osbert pudiera romper su silencio y disputarle la supremacía. Por eso lo mató.

Guillaume dirigió la mirada hacia delante y apretó las mandíbulas; el

temor que siempre había sentido ante Renaldo de Rein dio paso al odio. Ya no necesitaba esforzarse por obtener el reconocimiento de ese hombre, pues ya sabía lo que había hecho y a quién pertenecía la sangre que manchaba sus manos.

Guillaume deslizó la mano derecha a la empuñadura de su espada, quiso abandonar la tienda y pedirle cuentas por su crimen al embaucador que se había hecho pasar por su padre, pero Eleanor lo detuvo.

—No, Guillaume —dijo en un tono que imponía respeto.

—Dejadme, madre —replicó y trató de soltarse del brazo de ella, que le

rodeaba la cintura como una serpiente —. Debo castigarlo. Después de todos esos años...

—Recibirá su castigo, y tú obtendrás tu venganza. Pero no hoy, ¿oyes?

—¿Por qué no?

—Porque sería un estupidez que arriesgaras tu vida por algo que podemos lograr de un modo más sencillo. El tiempo trabaja para nosotros, Guillaume, lo creas o no. Puede que esos necios de allí fuera sigan nadando en la abundancia, pero el invierno está ante la puerta, y el hambre y la escasez regresarán al campamento. Las personas reclamarán un salvador y entonces tú estarás presente. Pero la

influencia de Renaldo menguará y entonces, adorado hijo mío, habrá llegado el momento de la venganza. Hasta entonces guárdate lo que sabes para ti, ¿oyes?

Guillaume no obedeció en el acto.

Durante un instante siguió tratando de zafarse de su madre, después dejó que lo abrazara y derramó lágrimas amargas.

Campamento militar ante Antioquía
24 de diciembre de 1097

Navidad.

¡Cuánto había cambiado esa palabra, allí en el extranjero! Una extraña melancolía se había adueñado de Conn desde que las campanas de la iglesia llamaron a la oración.

El obispo de Le Puy —que acompañaba la empresa como legado papal— había celebrado la misa en la

que los cruzados recordaban la Nochebuena. Aunque debido a la repentina irrupción del invierno las provisiones se habían visto reducidas, la mayoría de los nobles procuraron ofrecerles una cena más sustanciosa de lo habitual a sus familias y vasallos.

También Baldric había logrado hacerse con un trozo de carne de cabra y, junto con los nabos mendigados por Berengario y el conejo abatido por Bertrand en las afueras del campamento, prepararon un banquete tal como hacía tiempo que él y los demás no disfrutaban. Pero ni la agradable sensación de tener el estómago lleno ni el encendido sermón pronunciado por el

obispo Adhemar durante la comida lograron eliminar la sombra oscura que se cernía sobre el ejército cristiano y que poseía múltiples aspectos.

Por una parte estaba la nostalgia que se había adueñado de numerosos cruzados y que en esa noche afloró de un modo muy especial. Eran las segundas navidades que los guerreros de Cristo pasaban en el extranjero y, sobre todo, aquellos que no viajaban junto a sus familias, deseaban encontrarse de vuelta en el hogar, rodeados del círculo de sus seres queridos. Otros, que durante la dura marcha plagada de privaciones habían perdido miembros de la familia, los recordaron y derramaron lágrimas.

Y tras la abundancia de las primeras semanas, también había regresado el hambre. No solo porque muchos cruzados habían gozado del exceso y el despilfarro, sino también porque habían omitido almacenar provisiones para el invierno, debido a que nadie había contado con que el clima cambiaría de manera tan drástica. Pero eso fue exactamente lo que ocurrió: un viento gélido soplaba desde el mar y barría el paisaje con colinas; de noche hacía tanto frío que el agua se congelaba en los odres y las cimas de las montañas más altas que se elevaban al este estaban cubiertas de nieve. Algunos cruzados ya habían cogido un resfriado, otros

padecían fiebres... y aún les esperaba la batalla por Antioquía.

Habían proseguido con el asedio, pero salvo la ocupación de la fortaleza de Harenc, acaecida el mes anterior, no alcanzaron otros éxitos. Cerca de la puerta septentrional de la ciudad —que los cruzados bautizaron con el nombre de San Pablo— habían erigido un castillo al que le dieron el nombre de Malregard. Las guarniciones que se turnaban en el baluarte apresuradamente construido debían encargarse de que las tropas de asalto selyúcidas —que acabaron por hostigar ferozmente a los cruzados e interrumpieron sus líneas de abastecimiento— no pudieran volver a

abandonar la ciudad. No obstante, enfrentarse a un adversario cuya táctica consistía en aparecer repentinamente entre las rocas y desaparecer con la misma rapidez, resultó ser una empresa fatigosa. Conn y sus amigos también prestaron servicio varias veces en Malregard y cada vez lo consideraron un castigo.

En consecuencia, el asedio se prolongó y no parecía que la conquista de Antioquía fuese inminente. De todos modos, el objetivo principal de la campaña militar —liberar Jerusalén y Tierra Santa— se había desplazado hacia un futuro remoto... sin embargo, esa noche cuando los hombres tiritaban

y se apiñaban en torno a las hogueras y de las tiendas de los monjes surgían cánticos en voz baja, parecía aún más lejano.

—¡Brrr! —exclamó Bertrand y se aferró a la copa de vino especiado que sostenía en las manos—, ¡qué frío más horroroso! ¿Quién hubiera pensado que el invierno sirio pudiese ser tan duro?

—Efectivamente —lo secundó Berengario, sentado al otro lado de la hoguera que habían encendido en el interior de la tienda, donde también se apiñaban Baldric, Remy y Conn, con las manos tendidas hacia las llamas para calentarlas—. El Señor debió de haber estado de broma cuando creó estas

tierras: en verano te asas y en invierno te mueres de frío.

—Una broma que no me causa ninguna gracia, *pater* —comentó Bertrand, tiritando—. Echo de menos la compañía de una mujer.

Remy, sentado a su lado junto al fuego, sonrió mostrando sus dientes podridos.

—Supongo que la muchacha no disfrutaría demasiado contigo, dado que estás medio muerto de frío.

—¿Acaso es un milagro? —dijo Bertrand, contemplando su panza bastante reducida con mirada pesarosa—. ¡Hace solo un año aún estaba hecho un pimpollo y ahora miradme! Estoy

flaco, casi no he comido nada.

—Tuviste lo suficiente desde cualquier punto de vista —lo reprendió Baldric—. Que el hambre y la escasez hayan regresado al campamento es una clara señal.

—En efecto —replicó Bertrand con una sonrisa triste—. Una señal de que deberíamos recoger nuestras cosas y regresar a casa.

—¡No! —lo contradijo Baldric en un tono tan alto que los demás dieron un respingo—. ¿Has perdido el juicio? ¿Es que todos los sacrificios que ya hemos hecho han de ser en vano?

Todos sabían que al caballero le disgustaba que se hablara de retiradas o

de abandonar la tarea... pero nunca había reaccionado con tanta violencia. «Quizás es una señal de que en estos días el siempre tan convencido Baldric también alberga dudas», pensó Conn.

—Perdona —replicó Bertrand, intimidado—. No quería enfadarte.

—La señal de la que hablé es una advertencia de Dios —declaró Baldric, ya más sosegado—. El Señor nos regaña por las borracheras y las comilonas que se instalaron aquí en el campamento y nos recuerda el juramento que prestamos.

—¿Acaso creéis que todavía alcanzaremos Jerusalén? —preguntó Berengario.

La pregunta no suponía una provocación, sin embargo quizás otro no hubiese podido formularla.

—Hemos de hacerlo —fue la respuesta inmediata, pero nada convincente de Baldric—. Todos hemos hecho grandes sacrificios, luchamos duramente y nos afanamos mucho... todo eso no puede ser en vano. Dios quiso que emprendiéramos este camino, así que también nos guiará.

—Así es —dijo Berengario en tono serio.

—¿De veras, *pater*? —preguntó Bertrand, escéptico—. ¿Acaso no dijisteis que veíais muchas otras cosas de un modo diferente de como las veíais

al principio de la empresa?

—Ya no soy el que era antaño — dijo el monje, asintiendo y mirando en torno—, pero ello nos pasa a todos, ¿verdad? Durante el último año todos hemos visto y experimentado cosas que nos han cambiado. Pero eso no significa que haya perdido mi fe o la confianza en el Señor. El Todopoderoso nos pone a prueba sometiéndonos a semejantes infortunios, de ello no cabe duda.

Conn, sentado junto a Berengario con la vista clavada en las llamas, soltó una amarga carcajada. El padre de Chaya había dicho algo bastante similar, ¿verdad? También los judíos estaban convencidos de que el Señor ponía a

prueba su fe, ¿no? Entonces, ¿en qué consistían las diferencias? ¿Por qué resultaba imposible que un cristiano y una judía se enamorasen?

Con lo había intentado todo.

Había procurado pensar en otras cosas por todos los medios; se había entrenado en la lucha a pie y a caballo; se había presentado voluntario para explorar a caballo y para servir en el castillo de Malregard; había seguido estudiando latín... pero no había logrado olvidar a Chaya.

Desde aquella mañana en la que ella se había marchado en secreto sin una sola palabra de despedida no pasó ni un día en el que no pensara en ella, en su

amor, en su calidez y en el consuelo experimentado junto a ella. Y aunque se decía a sí mismo que ella no merecía su afecto, incluso después de todas las semanas transcurridas, comprender que se había apartado de él resultaba muy doloroso.

Mientras sus amigos seguían conversando en torno a la hoguera, Conn se puso de pie y abandonó la tienda. Fuera lo recibió el aire frío de la noche y su aliento se convirtió en vapor.

—Ocupaos de él, Berengario —oyó que decía Baldric desde el interior—. Tal vez la ayuda espiritual logre aliviar su dolor.

No oyó la respuesta, pero las lonas

que cubrían la entrada se abrieron y quien apareció fue el benedictino. Su hábito de lana lo protegía mejor del frío que el manto de los soldados, pero se cubrió con la capucha para proteger su tonsurada cabeza.

—Hace frío —fue lo único que dijo. Conn asintió.

—¿Quieres hablar, Conwulf?

—¿Qué pretendéis, *pater*?
¿Confesarme? —dijo Conn, haciendo una mueca.

—Sería el momento indicado. Durante las fiestas navideñas el Señor suele satisfacer algunos ruegos, en caso de que sean sinceros y puros.

—No el mío.

—Eso depende, muchacho. Si se trata de volver a estrecharla entre tus brazos lo antes posible seguro que el Señor rechazará tu súplica. Pero si en cambio quieres obtener Su perdón y olvidar...

—No puedo olvidarla —declaró Conn, negando con la cabeza—. Y tampoco quiero hacerlo.

—¿Así que te ha seducido con sus encantos hasta ese punto? —preguntó Berengario, aparentemente preocupado—. Pero aquella noche se escabulló sin despedirse de ti ni dejarte un mensaje...

—Lo sé, y cuanto más pienso en ello tanto menos lo comprendo. Debe de existir un motivo para su conducta. Tal

vez la obligaron a ello.

—¿De verdad lo crees? —
Berengario meneó la cabeza—. No, muchacho, la verdad es mucho más sencilla: lo único que pretendía la judía era seducirte y pervertirte, tal como acostumbran a hacerlo todos los miembros de su sexo y de su astuto e insidioso pueblo.

Conn sacudió la cabeza con aire tozudo, pero no lo contradijo. Se sentía demasiado decepcionado y apenado.

—No quiero perderla, *pater* —
susurró con la vista clavada en la gélida oscuridad—. No es la primera vez que pierdo a un ser querido y a alguien en quien cifré mis esperanzas.

—El alma de los humanos es veleidosa y su carne es débil, por eso solo deberías cifrar tu confianza y tu esperanza en el Todopoderoso. Y en cuanto a la judía... ya la has perdido, Conwulf. Cuanto antes lo reconozcas, tanto mejor será para ti.

Conn asintió con expresión turbada. Después se puso lentamente en movimiento.

—¿Adónde vas? —gritó Berengario, desconcertado.

Conn no respondió. No sabía adónde ir, no tenía una meta fija, pero no quería recibir más consejos, por más bienintencionados que fuesen.

Pasó bajo las ramas bajas de los

cedros y después alcanzó uno de los caminos principales que cruzaban el campamento, bordeados de las grandes tiendas que albergaban a los soldados. Por todas partes ardían hogueras y olía a carne asada, figuras envueltas en mantos y capuchas se acurrucaban en torno a las llamas. De alguna parte surgía una canción, la melodía de una flauta y de un laúd: una canción navideña, suave y nostálgica.

—¡Conwulf! —gritó una voz repentina.

Conn se detuvo. Junto a una de las hogueras una figura musculosa se puso de pie y reconoció a Herlewin, un doncel normando con el que a menudo

había practicado el combate con espada.

—Herlewin —dijo Conn, saludando al normando.

—Alguien ha preguntado por ti —le informó el doncel—. Un muchacho.

¡Un muchacho!

De pronto Conn pensó en Chaya. ¿Sería posible que hubiese acudido al campamento? ¿Lo estaría buscando?

—¿Cuándo? —preguntó Conn—. ¿Y adónde se dirigió?

Procuró parecer indiferente, pero no logró ocultar su excitación.

—Lo enviamos a la tienda del señor Baldric, allí deberías encontrarlo. ¡Feliz Navidad!

—Lo mismo te deseo a ti, amigo —

dijo Conn y se volvió; el corazón le latía aprisa. Con el fin de regresar lo más rápidamente posible, no enfiló el desvío a través del bosquecillo de cedros sino el tramo directo a través de una callejuela lateral y de pronto echó a correr. Si la que lo visitaba disfrazada de hombre realmente era Chaya, no quería que Berengario lo descubriera. De lo contrario el severo monje era capaz de...

—¡Eh, tú! —gritó alguien desde uno de los espacios oscuros que se extendían entre las tiendas.

Conn se detuvo.

—¿Te diriges a mí? —preguntó.

—¿Eres Conwulf, hijo de Baldric?

—preguntó la figura de la que solo veía el contorno y que se esforzaba por hablar en un francés comprensible.

—Sí, ese soy —confirmó Conn... y entonces vio el brillo de un puñal curvo.

—¡Entonces muere! —siseó la sombra y antes de que Conn comprendiera qué ocurría, el desconocido se abalanzó sobre él.

El puñal le rozó el cuello, pero los reflejos de Conn —agudizados gracias a las innumerables prácticas de combate — hicieron que se lanzara hacia atrás y lo alejaran de la peligrosa arma. El atacante soltó una maldición en una lengua extranjera. Se había lanzado al ataque con tanto impulso que, tras no dar

en el blanco, se tambaleó y tardó varios instantes en recuperar el equilibrio, instantes que Conn aprovechó. Aferró la mano que empuñaba el arma y la retorció, de modo que el puñal cayó al suelo. El atacante se debatió, chillando, pero Conn ya no le dio otra oportunidad: lo derribó de un puñetazo y le apoyó el puñal en la garganta.

—¿Qué significa esto? —espetó.

—¡Quiero... matarte! —Soltó el individuo en su pésimo francés.

—¿Por qué? —gruñó Conn—. No te he hecho nada, ni siquiera te conozco.

Pese a la oscuridad reinante en la callejuela, Conn distinguió el rostro del atacante. Era un poco más joven que él,

tal vez tendría veinte inviernos, llevaba el negro cabello corto y sus ojos casi tan oscuros como sus cabellos lo contemplaban con un odio absoluto... pero su mirada también le resultó extrañamente conocida.

—¿Quién eres?

El prisionero le lanzó un salivazo, pero no dijo nada.

—Habla —dijo Conn y aumentó la presión del puñal—. Habla, de lo contrario...

—Me llamo Caleb Ben Ezra —siseó el otro—. Soy el primo de Chaya.

¡Chaya!

Conn se quedó de piedra. Comprendió que no era Chaya quien

había preguntado por él en el campamento sino ese joven que al parecer quería su muerte pero... ¿por qué?

—¿Qué significa esto? ¿Dónde está Chaya? ¿Y cómo se encuentra?

—¡Se encuentra perfectamente, so perro cristiano! ¡Pese a todo lo que le has hecho!

—¿Lo que le he hecho?

—¡Has robado... el libro! ¡El libro de Ascalón!

—¿Qué?

Conn no entendía nada.

—¡El libro! Ha desaparecido — soltó el otro—. Lo único que contenía el estuche era un pergamino sin valor. ¡Mi

padre está furioso! Estuvo a punto de expulsar a Chaya de su casa.

Conn sacudió la cabeza.

—No comprendo.

—Ella nunca se separó del libro, salvo aquella noche en la que tú la sedujiste y manchaste su honor, so perro miserable. ¡Tú lo robaste!

Por fin Conn comprendió que debía de tratarse del secreto que Chaya había protegido, del estuche de cuero que siempre llevaba consigo, del legado de su padre.

—¡No he robado absolutamente nada!

—¡Mientes! ¡Todos los perros cristianos mienten! —exclamó Caleb y

soltó otro salivazo.

—No miento —afirmó Conn—, y Chaya me conoce lo bastante bien como para saberlo.

—¡No me digas! —dijo el joven judío, soltando una carcajada amarga—. No te conoce en absoluto, perro cristiano. De lo contrario no hubiese dado crédito a las lisonjas de alguien que no pertenece al pueblo elegido. Y seguro que no hubiera engendrado un hijo tuyo.

—¿Qué?!

De pronto fue como si el suelo se abriera bajo sus pies.

—La has embarazado, bastardo —siseó Caleb... y entonces a Conn se le

doblaron las rodillas y cayó, arrastrando a su adversario.

¡Chaya esperaba un hijo de él!

Esa noticia era tan sobrecogedora que tardó un momento en digerirla. Al mismo tiempo se preguntó por qué se enteraba solo entonces. ¿Por qué Chaya no le había enviado un mensaje? ¿Porque estaba enfadada? ¿Por temor? ¿Por vergüenza?

—¿Dónde está Chaya? ¡He de ir con ella!

Caleb sacudió la cabeza.

—No quiere verte.

—Pero yo no le quité el libro — aseguró Conn—. Y tampoco sabía nada de su... estado.

—¿Crees que eso reduce tu culpa?

Conn reflexionó un momento.

Después soltó a Caleb, lo apartó de un empujón y clavó el puñal en el suelo ante él.

—¿Qué haces? —preguntó el judío, atónito.

—Te dejo en libertad —declaró Conn, poniéndose de pie.

—¿Aunque quería matarte? —preguntó Caleb, poco convencido.

—Así es. Te perdono la vida... a cambio quiero que le lleves un mensaje a Chaya.

—No me escuchará.

—Sí que lo hará. Dile que lamento la pérdida del libro, pero que no soy

culpable de ello. Y dile también que...

—¿Que qué? —insistió Caleb, impaciente, al ver que Conn titubeaba.

Conn meneó la cabeza. No sabía qué mensaje quería enviarle. ¿Debería confesarle su amor a Chaya? ¿Ofrecerle su ayuda? ¿Pedirle perdón? Tonterías: a fin de cuentas la que se escabulló y al parecer sospechaba que él había cometido el robo era ella, un robo del cual él era inocente. Sin embargo, la idea de que esperaba un hijo de él casi lo volvía loco. Hubiera ocurrido lo que hubiese ocurrido le daba igual: quería estar a su lado, quería cuidar de ella, aunque sabía que eso era imposible. Ambos habitaban mundos diferentes,

ambos se encontraban en lados hostiles de un sangriento conflicto.

—Dile que se cuide —dijo, esquivando la pregunta—. ¿Lo harás por mí, Caleb?

—¿Y si me negara?

—Te dejaré marchar, no obstante, pero si eres aquel por quien te tomo, le darás mi mensaje a Chaya.

—¿Y... mi puñal? —preguntó Caleb, echando un vistazo al arma aún clavada en el suelo a poca distancia.

—Cógelo, a mí no me sirve. Y ahora vete.

El primo de Chaya lo contempló con una mezcla de duda y de asombro. Después se arrastró hasta el puñal, lo

cogió, lo introdujo en su cinto... y un instante después se puso de pie de un brinco y desapareció en la oscuridad entre las tiendas.

Conn permaneció allí unos momentos, presa de la indecisión. Entonces notó que algo tibio y húmedo se deslizaba por su cuello: era sangre. El ataque imprevisto de Caleb le había causado un corte en la piel, pero la sorpresa de Conn había sido tan enorme que solo entonces se dio cuenta.

Decidió regresar a la tienda para vendarse la herida. De camino, procuró poner orden en la confusión que reinaba en su cabeza. ¡Chaya esperaba un hijo suyo! Aún no lograba digerir dicha

noticia, si bien se había enterado de ella a través de su vengativo primo y no de la propia Chaya. Notó que existía un vínculo invisible entre ambos, un vínculo muy tenso.

Conn solo podía barruntar lo que le esperaba a Chaya cuando descubrieran que esperaba un hijo sin estar casada y encima uno de un cristiano, y ello hacía que se sintiera mal y culpable. Pero ¿por qué sospechaba que él había robado el legado de su padre? ¿Acaso ese era el motivo de su rechazo, de su partida intempestiva? ¿Cómo podría demostrarle que era inocente?

—¡Conwulf, por el amor de Dios!

El grito de espanto de Berengario lo

arrancó de sus cavilaciones. El monje dejó caer la leña que había recogido y se acercó.

—¿Qué te ha ocurrido, en nombre del Todopoderoso? —preguntó, indicando el corte en la garganta de Conn.

—Nada grave, *pater* —le aseguró Conn al tiempo que Berengario examinaba la herida—. Solo he...

De pronto dudó: se le había ocurrido una idea, una idea muy fea de la que casi se avergonzaba.

—¿Puedo haceros una pregunta? —dijo en tono cauteloso.

—Desde luego, muchacho. ¿Qué quieres saber?

—Aquella noche, antes de que Chaya abandonara el campamento...

—¿Aún sigues pensando ella? —bufó el benedictino.

—... ¿qué hicisteis? —añadió Conn, sin inmutarse—. ¿Me lo diréis?

—¿Que qué hice aquella noche? —dijo el monje, lanzándole una mirada incrédula—. Pero si tú lo sabes: monté guardia. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada, yo... —dijo Conn y se interrumpió meneando la cabeza y sintiéndose como un necio—. Perdonadme, *pater*, no sé si...

Pero enmudeció cuando un desconocido se aproximó a ambos, un normando a juzgar por sus ropas.

—¿Es él? —Se limitó a preguntar el joven.

—Es él —contestó Berengario, indicando a Conn.

—¿Qué significa esto? —preguntó Conn, perplejo—. ¿Quién sois?

—¿Es que no te has enterado? —preguntó Berengario a su vez—. Te buscan por todo el campamento.

—¿A mí? —exclamó Conn y dio un paso atrás.

—Vengo de parte del barón Renaldo de Rein —declaró el mensajero—. Mi señor desea hablar contigo. Ahora mismo.

Como tenía la sensación de estar sobre ascuas.

Aguardar en la tienda de Renaldo de Rein era una tortura, e innumerables cosas se le pasaban por la cabeza, temores y angustia, preguntas cuya respuesta ignoraba...

¿Por qué diablos De Rein quería hablar con él? ¿Cómo sabía quién era? ¿Acaso los De Rein habían descubierto que él escuchó su conversación, aquella noche en Londres? ¿Habían averiguado

sus planes de venganza, el juramento que prestó? Y en ese caso, ¿cómo se enteraron?

Conn solo había confiado en un puñado de personas y casi se avergonzaba de que en ese momento, mientras aguardaba a su juez, no hubiera puesto la mano en el fuego por ninguna de ellas. No por Bertrand, que parecía conocer a los De Rein del pasado, ni por Berengario, que lo había delatado ante el mensajero de De Rein y tampoco por Chaya, que se había marchado en secreto y lo acusaba del robo.

Durante un momento pensó en huir, pero después comprendió que ese desarrollo inesperado lo había llevado

justamente al lugar donde había querido estar desde hacía tiempo: a la guarida del lobo. «Tal vez —pensó, desesperado— podría aprovechar la oportunidad para acercarme a Guillaume de Rein y hacer aquello que he jurado hacer». No cabía duda de que sería lo último que haría en su vida, pero al menos se llevaría al asesino de Nia consigo.

Conn se movía inquieto de un lado a otro al tiempo que echaba un vistazo a la amplia tienda. Los De Rein formaban parte de los privilegiados que nunca carecían de nada, incluso en el extranjero. Gracias a las alfombras y los arcones, además de una larga mesa sobre la que reposaban copas de estaño

y una jarra de vino, la imponente tienda estaba mejor equipada que casi cualquier habitación que Conn jamás había ocupado. La idea de que un criminal de la calaña de Guillaume de Rein pudiese disfrutar de semejantes lujos mientras hombres honrados dormían con la cabeza apoyada en el suelo desnudo lo puso furioso.

—Ahí estás —dijo una voz repentina y Conn se desconcertó al comprobar que le resultaba conocida—. Encontrarte en medio de este desbarajuste que pretende ser un campamento militar fue bastante complicado.

Conn se volvió... y esa noche fue la segunda vez que experimentó una

sorpresa considerable, pues el hombre plantado ante él envuelto en la túnica y el manto de un normando acaudalado y con una espada larga colgando del cinto era nada menos que ¡aquel a quien había salvado la vida en Dorylaeum! Conn hubiera reconocido los rasgos firmes, los ojos pequeños de mirada severa y el cabello cobrizo entre miles de otros hombres.

—¿Me reconoces? —preguntó el otro, interpretando correctamente la expresión boquiabierta y sorprendida de Conn.

—S... sí, señor —balbuceó Conn—. Sois... Renaldo de Rein, ¿verdad?

—Así es —contestó el barón, y

entonces Conn comprendió dos cosas: que antaño en Dorylaeum, sin saberlo claro está, le había salvado la vida al padre de su máximo enemigo, y que Renaldo de Rein no lo había mandado buscar debido a los acontecimientos de Londres.

—¿Aún conservas el anillo que te di? —Quiso saber el barón.

—Sí, señor.

—Entonces deja que lo vea.

Conn murmuró unas palabras y luego cogió el dobladillo de su vestido y desgarró el forro. El anillo cayó al suelo, Conn lo cogió y se lo tendió a de Rein.

—No te preocupes —dijo tras

echarle un breve vistazo—. No quiero que me lo devuelvas; solo quise asegurarme de que realmente eres aquel que antaño me salvó el pellejo.

—Lo soy, señor —contestó Conn. El anillo estaba guardado en su talego, aunque en realidad hubiera preferido que De Rein se lo quedara. No quería poseer nada que le diera la sensación de estar manchado con la sangre de Nia.

—¿Tienes idea del trabajo que me ha costado encontrarte, Conwulf?

—No, señor.

—Debo confesar que había olvidado tus rasgos a pesar de lo mucho que hiciste por mí, pero en cambio no olvidé tu coraje, así que se me ocurrió

mandarte a buscar para hacerte un regalo de Navidad.

—Ya me habéis hecho un regalo, señor —le recordó Conn: la mera idea de recibir algo que pertenecía a los De Rein le revolvía el estómago.

—Lo sé, Conwulf. Pero lo que quiero regalarte no es de oro y no está incrustado de piedras preciosas —dijo, y se dirigió a la mesa, llenó una copa de vino y bebió un gran trago—. ¿Sabías que tengo un hijo de tu edad? —preguntó de pronto.

Conn se quedó de piedra y no pudo evitar apretar los puños.

—Sí, señor.

—Lamentablemente —prosiguió De

Rein tras beber otro trago de vino—, Guillaume y yo rara vez compartimos la misma opinión, pues él es justo lo opuesto de lo que yo hubiese esperado —añadió y una sonrisa melancólica recorrió su rostro barbudo; durante un momento pareció perderse en sus recuerdos—. En cambio tú, Conwulf, eres la clase de hombre que aprecio.

—Gracias, señor —dijo Conn, tragando saliva.

—Como mi sucesor y heredero, Guillaume debería estar aquí, beber este vino conmigo, luchar a mi lado en la batalla y acompañarme como una sombra protectora. En cambio, dedica su tiempo a urdir oscuros planes y tramar

intrigas que... —El barón se interrumpió sacudiendo la cabeza con expresión de disgusto—. En todo caso, no se encuentra aquí. Incluso esta noche su madre y él prefieren la compañía de sus amigos sectarios a la mía.

Conn guardó silencio. Nunca había dejado de considerar que los De Rein eran la personificación del demonio, la encarnación del Mal, pero entonces resultó que ellos también eran seres sensibles capaces de sufrir carencias.

Comprenderlo resultaba aterrador.

—El regalo que quisiera presentarte... o más bien el ofrecimiento —siguió diciendo el barón tras vaciar la copa de un trago y volver a dejarla en la

mesa— consiste en que ocupes el lugar de Guillaume entre mis guerreros y que de aquí en adelante cabalgues junto a mí en la batalla. Como mi ayudante y mi protector.

—Pe... pero, señor —tartamudeó Conn, que no podía dar crédito a lo que oía—. Solo soy un humilde soldado, y encima soy anglosajón.

—Lo sé, y he luchado contra los tuyos durante el tiempo suficiente como para saber que sois unos individuos sumamente resistentes y corajudos. Tendrías tu propio caballo y tu propia armadura y estarías directamente bajo mi mando.

—Eso es muy generoso de vuestra

parte, señor, pero...

—En caso de que estés pensando en tu padre adoptivo y te preguntes si él te permitirá entrar en mi servicio, no has de preocuparte en absoluto: lo permitirá.

—¿Conocéis al señor Baldric? —preguntó Conn, perplejo: esa noche las sorpresas no parecían tener fin.

—En efecto —confirmó De Rein, pero al parecer no estaba dispuesto a explicar de dónde y por qué conocía a Baldric—. ¿Y bien, Conwulf? ¿Cuál es tu respuesta?

Conn no lograba pensar con claridad, se sentía mareado y era como si lo viese todo a través de un velo. Por más que De Rein lo hubiera

sorprendido... no tenía ningunas ganas de servir al padre del hombre que había asesinado a Nia. Pero había un detalle en el que no dejaba de pensar: que el barón y Guillaume no parecían apreciarse demasiado.

Por eso y en tono muy cauteloso, preguntó:

—¿Y qué dirá vuestro hijo, señor?

De Rein soltó una amarga carcajada.

—Quizás echará sapos y culebras debido a la envidia y al orgullo ofendido. Siempre ha exigido privilegios sin hacer nada por merecerlos, pero eso no debe preocuparte, así que, ¿cuál es tu decisión?

Conn ya no tuvo que reflexionar mucho más. La mera perspectiva de perjudicar a Guillaume de Rein —si bien solo indirectamente— pesaba más que todos sus reparos.

—Os lo agradezco, señor —dijo y esbozó una reverencia—. Y acepto vuestra oferta.

—Eso es lo que esperaba de ti —confesó el barón con una sonrisa tan convencida que de pronto Conn se preguntó si su decisión había sido inteligente. Hacía un instante estaba seguro de que utilizaría a De Rein... ¿resultaría que tal vez fuese a la inversa?

El barón ya no estaba dispuesto a

tolerar más dudas.

—Ven, muchacho —dijo, y le indicó que se acercara a la mesa, cogió la jarra, llenó dos copas y le tendió una a Conn.

»Por la victoria y por la lealtad —dijo, las mismas palabras que Conn ya había oído pronunciar a normandos borrachos en Londres.

—Por la victoria y la lealtad —repitió, con cierta desgana.

Entonces ambos bebieron y sellaron el pacto.

Bahram al-Armeni mantenía la vista clavada en el cielo.

Había remontado una colina para observar las estrellas: allí su luz no se veía afectada por las antorchas y las hogueras que iluminaban el campamento que los guerreros del *askar* habían levantado al norte de la ciudad de Hama. Pero salvo un único astro, esa noche el firmamento no ofrecía su esplendor: las nubes cubrían el cielo y se volvían más densas hacia el norte, allí donde se encontraba Antioquía y acampaba el ejército de los cruzados.

El armenio, a quien Duqaq de Damasco había nombrado comandante en jefe de los guerreros *ghulam*, estaba un poco decepcionado. Que las estrellas se ocultaran precisamente esa noche le

parecía algo similar a un mal presagio. Sobre todo porque ese único y solitario astro que contemplaba el mundo a través de los jirones de las nubes parecía prefigurar su propio destino.

Bahram se sentía muy solo.

Pasar esa noche en compañía de personas para las que esta no se diferenciaba de otras noches nubladas resultaba extraño. Mientras que gran parte de la cristiandad celebraba el nacimiento del Redentor, Bahram estaba solo con su fe. Entre los *ghulam*, a quienes debía conducir a Antioquía por encargo del emir Duqaq, no había cristianos; todos ellos habían sido prisioneros que abjuraron de su antigua

fe y se habían convertido en seguidores de Mahoma. Hasta ese momento, las diferencias entre él y los otros no habían sido motivo de preocupación para Bahram. La tolerancia de los soberanos musulmanes y el favor personal de Tutush, el padre de Duqaq, le permitieron ascender y formar parte de los comandantes en jefe pese a su fe considerada errónea por los musulmanes, y nunca se había arrepentido de unirse a ellos o de haber servido en sus filas. No lo hizo cuando se trató de combatir contra Solimán, el jefe rebelde que se rebeló contra Malik Shah, el hermano de Tutush, ni cuando tras la muerte de Malik el propio Tutush

intentó ocupar el trono y emprendió la guerra contra los otros emires y *atabeyes*.

Pero en todas esas batallas siempre se habían enfrentado a hijos de Mahoma. Los cristianos, a saber los de las montañas de Armenia o de las regiones fronterizas de Bizancio, solo jugaron un papel secundario en esas batallas. Sin embargo, en el conflicto presente, Bahram se enfrentaría por primera vez a sus correligionarios y solo entonces — en esa noche mientras permanecía solitario en la cima de la colina, procurando en vano contemplar las estrellas— tomó conciencia de ello.

No obstante, eso no cambiaba nada.

Bahram siempre había gozado de aprecio y había recibido un trato excelente por parte de sus soberanos musulmanes. Se consideraba un hijo de Oriente de todo corazón, y veía a los agresores de Occidente como toscos bárbaros, mientras que durante toda su vida había admirado el mundo árabe por su arte y su erudición y había tratado de descifrar sus innumerables misterios. Los cruzados habían irrumpido injustamente en el reino sembrando la muerte y la perdición. Enfrentarse a ellos era justo y correcto. Y esa noche no modificaba dichas circunstancias.

Campamento militar de Antioquía
25 de diciembre de 1097

—¿Y? ¿Qué quería De Rein de ti? — preguntó Baldric en tono inesperadamente desafiante y entrando a toda prisa en la tienda.

—Buenos días —lo saludó Conn, que solo entonces se levantó del lecho. Aún era temprano y le dolía la cabeza tras beber aquel vino especiado.

—¿Qué dijo el barón? —insistió

Baldric sin devolverle el saludo. Conn ya conocía a su padre adoptivo lo bastante bien como para saber que hablaba muy en serio—. ¿Tenía algo que ver conmigo? ¿Preguntó por mí?

—No —contestó Conn, moviendo la cabeza y un tanto extrañado por la pregunta—. Me ofreció combatir a su lado.

—¿A ti? ¿Por qué?

El rostro de Baldric expresaba un sincero desconcierto.

—Porque le salvé la vida, antaño, en Dorylaeum.

—¿Es eso verdad? —dijo su padre adoptivo, cada vez más desconcertado—. ¿El caballero al que le salvaste la

vida en la batalla era Renaldo de Rein?

Conn asintió.

—¿Por qué nunca lo dijiste?

—Porque no lo sabía. Además...

¿qué importa?

—Conozco a De Rein lo bastante bien como para saber que sería mejor que te alejes de él.

—No puedo. Ya he aceptado su oferta.

—¿¡Que has hecho qué!?

—He aceptado su oferta —repitió

Conn.

—¡No! —dijo Baldric en un tono duro—. No puedes. Como hijo adoptivo te prohíbo que...

—No puedes —replicó Conn en voz

baja—. Incluso si no me das tu permiso, De Rein tiene el poder de ordenártelo. Es lo que me dijo que te dijera.

—¿Que me lo dijeras?

Conn asintió. El rostro atravesado por las cicatrices de su padre adoptivo se volvió inexpresivo y la mirada de su único ojo era fría.

—¿Por qué lo has hecho? —Quiso saber.

—No tenía otra opción.

—Siempre se tiene otra opción.

—Puede que tú la tengas, porque eres un pensador y siempre sabes qué es lo correcto —admitió Conn—. Desearía ser como tú, pero resulta que no lo soy. Solo soy un estúpido anglosajón, como

Bertrand no deja de decirme.

—¿Tiene que ver con Guillaume? — preguntó Baldric directamente.

—¿Cómo...? —exclamó Conn, atónito.

—Me lo dijo Bertrand. Dijo que tenías una cuenta pendiente con Guillaume de Rein. ¿Es verdad?

Conn vaciló, pero no tenía la fuerza ni la voluntad para negarlo. Bajó la vista y asintió con la cabeza.

—¿Y es ese el auténtico motivo por el que aceptaste la oferta de De Rein?

Conn volvió a asentir y entonces Baldric lanzó un profundo suspiro.

—Escúchame, Conn. No quiero insistir ni preguntarte por los motivos de

tu decisión. Supongo que guarda relación con lo sucedido antaño, en Londres, pero solo es una suposición. Quizás un día me lo cuentes, quizá no. En todo caso, has de saber que nadie puede servir a dos señores a la vez.

—¿Exiges que escoja entre tú y De Rein? —dijo Conn, alzando la vista.

—No, muchacho, entre la luz y la oscuridad. ¡Entre nuestra sagrada misión y tus egoístas ansias de venganza!

Conn no tuvo que reflexionar demasiado. Recordó a Nia y lo que le habían hecho: su decisión era firme y definitiva.

—No puedo —dijo.

—¿Hablas en serio? ¿Tu sed de

venganza es más importante para ti que la salvación de tu alma?

Conn sacudió la cabeza; lo apenaba observar cuán profundamente su decisión hería al viejo Baldric, pero tampoco podía dar marcha atrás.

—Perdóname, por favor. No espero que me comprendas, padre, pero yo...

—Si te marchas con De Rein —lo interrumpió Baldric en tono brusco—, será mejor que no vuelvas a llamarme padre.

Con eso estaba todo dicho.

Ambos permanecieron frente a frente un momento más, después Conn ya no pudo soportar la mirada de reproche del normando, se volvió y abandonó la

tienda presa de la furia. No sabía muy bien con quién estaba furioso, solo que se sentía muy mal e impotente, desgarrado entre los juramentos del pasado y los deberes del presente.

—¿Conwulf?

Bertrand, sentado bajo un árbol y tallando un trozo de madera de cedro, le indicó que se acercara.

—¿Qué pasa? —preguntó Conn.

—¿Te has peleado con Baldric?

—Se niega a comprenderme.

—Puede que no lo haga —dijo Bertrand—. Nuestro buen Baldric se ha vuelto viejo, ha pasado por muchas cosas, pero pese a su terquedad hasta un joven anglosajón todavía puede

aprender algo de él. Sin embargo, hay algo que deberías saber.

—¿Qué? —dijo Conn en tono desafiante.

—En aquel entonces, cuando caíste por la borda durante la travesía a Dirraquio, Baldric pasó varios días en un estado lamentable. Se culpaba a sí mismo por la desgracia y en cuanto pisamos tierra se empeñó en buscarte. Ya no recuerdo cuántas veces partimos en tu búsqueda... en cuanto regresábamos volvíamos a ensillar los caballos y reanudábamos las averiguaciones... y todo eso solo por tratar de encontrarte.

Conn asintió con aire pensativo.

Entonces comprendió por qué había buscado a Baldric y a los suyos durante tanto tiempo en el campamento, pero en vano. Y también de dónde provenía la fama de Baldric de ser un excelente espía.

—Cuando por fin te encontramos — prosiguió Bertrand—, Baldric le agradeció a su Creador de rodillas. Cuando te adoptó como hijo no solo fue un gesto. El viejo terco te quiere como a un hijo carnal, Conn. Nunca debes olvidarlo.

Conn inspiró profundamente.

—No lo haré —dijo y se dispuso a marchar.

—¿Adónde vas?

—A ensillar mi caballo. Las tropas del barón De Rein ya se están reuniendo.

—Iré contigo —declaró el normando y se puso de pie.

—No es necesario.

—Sí —lo contradijo Bertrand—. Si no lo hiciera, el viejo Baldric jamás me lo perdonaría.

—¿Que has hecho qué?

Chaya contempló a su primo con expresión horrorizada; este permanecía ante ella con la cabeza gacha y la vista clavada en el suelo, como un niño al que regañaban.

—Fui al campamento de los

cristianos —repitió Caleb en voz baja—. Quería recuperar el libro. Y también lavar tu honor.

—¿Mi honor?

Chaya, que estaba sentada en uno de los bancos de piedra que bordeaban la columnata del patio interior, se puso de pie.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué significa eso?

—Sabes lo que significa —dijo Caleb, alzando la cabeza.

—¿Querías... querías matar a Conwulf? —musitó.

—No te preocupes —replicó su primo en tono amargamente burlón—. El cristiano sigue con vida.

—¿Así que te encontraste con él?

Chaya descubrió que experimentaba una alegría espontánea, pese a que debería sentir lo contrario. Durante las últimas semanas, cada vez que pensaba en el joven anglosajón casi siempre era con ira: Conwulf, que la había engañado de un modo tan vergonzoso y le había robado el libro de Ascalón. Su tío casi no le dirigía la palabra y si no fuera por su hermano quizás haría tiempo que la hubiera echado de su casa.

—Sí, me encontré con él —confirmó Caleb, asintiendo con la cabeza.

—¿Y? ¿Qué dijo?

—Eso no debe importarte. Creía que lo detestabas...

—¿Qué dijo? —repitió Chaya.

Caleb soltó un bufido desdeñoso.

—Que no robó el libro... ¿qué iba a decir?

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. Y me perdonó la vida cuando pudo quitármela. El puñal ya estaba apoyado contra mi garganta.

—¿Luchasteis?

—Faltó poco para que mi puñal alcanzara al perro cristiano.

—¿Y después? —preguntó Chaya, indignada—. ¿Crees que su muerte hubiera servido de algo? ¿Que nos hubiera devuelto el libro de Ascalón? ¿Por qué vosotros los hombres siempre estáis sedientos de sangre?

—Porque solo la sangre puede lavar la deshonra que ha caído sobre ti, prima.

—¿La deshonra?

Chaya bajó la vista y contempló su cuerpo. Su vientre aún no estaba muy abultado y bajo la tela del vestido pasaba desapercibido, pero eso pronto cambiaría.

—¿Así que es así como lo ves? Entonces permite que te diga, Caleb Ben Ezra, que esa deshonra no cayó sobre mí como una tormenta o un golpe del destino. Me entregué a Conwulf voluntariamente y por eso soy al menos tan culpable como él.

Caleb hizo una mueca de disgusto, como si se negara a oír semejantes

reparos.

—¿Lo defiendes? ¿A pesar de todo lo ocurrido?

—Ahora sé que lo que hicimos fue un error y aunque me gustaría que no hubiese ocurrido, no puedo cambiarlo.

—¿Y el libro?

Chaya se encogió de hombros.

—Si quieres culpar a alguien por la desaparición del libro, pues cúlrame a mí. Lo recibí de mi padre y juré protegerlo con mi vida. Era mi tarea, mi deber... ¡y fracasé, Caleb! Solo yo.

—¡Pero solo porque ese miserable bastardo te engañó y te mintió!

—No lo sabemos con seguridad. Has oído que Conn afirmó que era

inocente...

—¿Y qué? Espero que no sigas dando crédito a las mentiras del cristiano. ¿Acaso no me dijiste tú misma que en Londres era un ladrón? ¡Si robaste una vez, robarás siempre!

—Lo que yo crea no tiene importancia. Solo sé que Conn te perdonó la vida, algo que no estaba obligado a hacer pues tú lo atacaste. Hubiese tenido todo el derecho de defenderse de la misma manera, pero te dejó con vida y le estoy agradecida por ello. ¿Cómo se te ocurrió cometer semejante estupidez?

—Quise ayudarte —contestó Caleb.

—Mi buen Caleb, no me ayudas

dejándote matar. O matando al padre del niño que llevo en las entrañas. Eres el único que conoce mi estado y no te lo dije para que salgas a lavar mi honor con sangre, sino porque eres el único familiar que me queda y con quien puedo hablar.

—¿Es eso verdad? —preguntó Caleb, esperanzado.

—Claro que sí —le aseguró ella con una sonrisa—. Tiendes a la iracundia y de vez en cuando a la jactancia. Pero también eres el único amigo que tengo.

La esperanza de Caleb estalló como una pompa de jabón.

—Claro —murmuró amargamente—. Solo un amigo.

Al-Bira, al noroeste de Antioquía
31 de diciembre de 1097

El despertar fue terrible.

Los guerreros del grupo que al mando de Bohemundo el normando y de Roberto, el conde flamenco, había partido para hacerse con provisiones en el interior de Antioquía con el fin de alimentar al ejército hambriento, aún descansaban cuando los gritos de alarma de los guardias los arrancaron del

sueño. Los cuernos sonaron en el campamento y también las órdenes rugidas a voz en cuello.

Conn también despertó sobresaltado.

Debido al frío y a la agotadora marcha realizada por el ejército el día anterior, había dormido profundamente y había soñado; Chaya se le apareció en sueños y también Baldric y el *pater* Berengario. Aunque no recordaba de qué trataban los sueños, despertó con una sensación desagradable, pero no tuvo tiempo de pensar en ello.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Bertrand que dormía a su lado y que también despertó sobresaltado.

—No lo sé —dijo el normando,

sacudiendo la rizada cabellera—. Quizá se trate de uno de esos ejercicios que tanto agradan a Bohemundo.

Pero aquello no era ningún ejercicio.

En cuanto ambos abandonaron la tienda no tardaron ni un instante en comprender por qué los guardias estaban tan alarmados: soldados enemigos descendían las laderas de las colinas que rodeaban el valle y sus siluetas amenazadoras se destacaban contra el cielo matutino. Conn tragó saliva porque a juzgar por lo que veía debían de ser miles.

—¡A las armas! ¡A las armas!

El grito resonó y el letargo que hacía un momento aún se adueñaba de los

hombres dio paso a un ruidoso ajetreo. Regresaron a toda prisa a las tiendas, se apresuraron a ponerse las armaduras y coger las armas... al tiempo que los arqueros turcos tensaban las cuerdas y disparaban las primeras y mortíferas salvas de flechas sobre el campamento.

Un zumbido inquietante cruzó el aire cuando miles de flechas se elevaron al cielo gris y luego sus afiladas puntas cayeron en picado sobre el campamento y sus habitantes. Con terrible violencia, los proyectiles dieron en el blanco, perforando las lonas de las tiendas y de los carros que albergaban el botín obtenido. Los alaridos de los moribundos se confundían con las

órdenes que bramaban voces enronquecidas y en un instante el pánico reinó entre los cruzados.

Un joven doncel, que se había arrojado al suelo cerca de Conn para escapar de las flechas, recibió un flechazo en la nuca y murió en el acto. Otros con heridas en el pecho permanecían tendidos en el suelo, gritando. Las flechas también se clavaron en los cuerpos de los animales, y los caballos y las mulas soltaban horripilantes relinchos. Y los arqueros ya se disponían a disparar una segunda salva...

—¡Mierda! —gritó Bertrand, y ambos también regresaron

apresuradamente a su tienda para ponerse las cotas de malla, que al menos les proporcionarían cierta protección frente a los proyectiles enemigos—. ¿De dónde han salido todos esos?

—Somos extranjeros en esta tierra, no lo olvides —replicó Conn—. En cambio, ellos conocen cada piedra.

—Esto no es bueno —comentó el normando sacudiendo la cabeza, y por primera vez Conn creyó ver temor en su expresión de costumbre despreocupada—. Nada bueno.

Se pusieron los yelmos y cogieron los escudos; después ambos volvieron a salir en el preciso instante en que una segunda y mortífera lluvia de flechas

caía del cielo. Los hombres alzaron los escudos, se agacharon y se protegieron. El escudo de Conn tembló cuando dos pesados proyectiles se clavaron en él y ambas puntas casi perforaron la madera.

El caos había estallado en el campamento. Aquí y allá los cruzados ofrecían resistencia, algunos arqueros flamencos disparaban flechas, pero su número era ridículo en comparación con los mortíferos enjambres que caían sobre ellos desde ambos lados del valle y se clavaban con un sonido horripilante en los cuerpos, tanto humanos como de animales.

Por todas partes resonaban gritos, casi no se oían las órdenes de los

subcomandantes; por doquier yacían cuerpos perforados por las flechas y los heridos alzaban los brazos suplicando ayuda con desesperación. En todo caso habían superado la sorpresa inicial y al menos los guerreros protegidos por sus pesadas armaduras ya no estaban tan expuestos a la lluvia de flechas enemigas. Los soldados de infantería, cuyas cotas de escamas y jubones de cuero les ofrecían una protección mucho menor, procuraban ponerse a salvo entre los arbustos y los árboles, tras los cadáveres de los caballos y los carros de provisiones que volcaron para que les ofrecieran mayor protección.

Los comandantes musulmanes debían

de haber comprendido que su táctica inicial consistente en sorprender al adversario había tenido éxito, pero que no bastaría en absoluto para derrotarlo. Entonces agitaron estandartes multicolores y lanzaron señales, y el resultado fue que un momento después era como si las mismas colinas entraran en movimiento: la infantería enemiga pasaba al ataque.

Cientos de guerreros ligeramente armados echaron a correr colina abajo, armenios, turcomanos y árabes que según sus orígenes estaban armados de hachas de largas astas o de las temibles cimitarras. Los subcomandantes de los cruzados intentaron vanamente ordenar

las filas de sus hombres y organizar la defensa. Si bien algunas docenas de atacantes cayeron víctimas de las flechas y de los proyectiles de los ballesteros que volaban hacia ellos desde las filas flamencas, poco después los primeros enemigos alcanzaron el fondo del valle y comenzó una violenta lucha cuerpo a cuerpo.

Desde ambos lados los guerreros enemigos avanzaban como una fuerza de la naturaleza y los cruzados se lanzaron contra ellos. El aire polvoriento se llenó de gritos ásperos y del entrechocar metálico de las armas y Conn comprendió que escapar de esa emboscada era imposible.

A menudo se había preguntado cómo sería verse expuesto a luchar contra una fuerza enemiga aplastante y saber que la batalla estaba perdida. El temor jugaba cierto papel, pero no era tan intenso como Conn siempre había supuesto. En realidad, lo que sentía era arrepentimiento... por cosas que había dicho y hecho, pero también por otras que no había dicho ni hecho.

—Bertrand, yo... —dijo, dirigiéndose al normando que estaba detrás de él con el escudo levantado a medias para que pudieran luchar espalda contra espalda y resistir el mayor tiempo posible.

—Está bien, so anglosajón cabezota

—lo interrumpió Bertrand—. No solo te he acompañado por tu bien, también quería hacerme con un botín. Una idea necia, ¿verdad? Supongo que Baldric tenía razón.

—Sí, creo que sí.

Entonces los guerreros enemigos los alcanzaron.

El guerrero que arremetió contra Conn llevaba una túnica de fieltro gris y una piel de lobo le cubría la cabeza y los hombros, lo que lo identificaba como un habitante de las regiones montañosas. Soltaba rugidos y el hacha que blandía estaba manchada de sangre.

Conn alzó el escudo instintivamente y este tembló bajo el hachazo, luego

acometió con su espada. El musulmán, cuyo escudo era bastante más pequeño, logró esquivar el ataque pero mostró su punto débil al volver a blandir el hacha. La espada de Conn le perforó el pecho y el rugido del otro se apagó. Cayó al suelo gimiendo, pero dos de sus camaradas ocuparon su lugar de inmediato. Los golpes y las estocadas prosiguieron por todo el campamento; en algunos puntos los atacantes ya habían abierto una brecha y avanzaban hacia el centro del valle con el fin de dividir las fuerzas cruzadas y después aniquilar los grupos uno por uno... y al parecer, dicho plan tendría éxito.

—¡Bertrand! —gritó Conn. No podía

arriesgarse a volver la cabeza, pero ya no notaba la presencia de su amigo a sus espaldas.

—Estoy aquí —contestó el normando, a unos pasos de distancia. Durante el fragor del combate Bertrand se vio empujado a un lado y ya no podía protegerle las espaldas a su amigo.

Mediante un ataque sorpresivo, Conn procuró quitarse de encima al menos a uno de los dos atacantes que lo hostigaban con furia asesina. Hirió a uno en el hombro, pero el otro arremetió con violencia aún mayor. El hacha bajó soltando un silbido y Conn alzó el escudo una vez más, pero el golpe fue tan violento que perdió el equilibrio y se

tambaleó, y entonces su adversario se lanzó al ataque, le pegó un puntapié, lo hizo caer y Conn se golpeó el mentón contra el borde del escudo. Un dolor agudo lo atravesó y cuando volvió a alzar la vista vio que el guerrero de la piel de lobo alzaba el hacha con ambas manos con el fin de destrozarle el yelmo y el cráneo.

Conn se quedó paralizado. Era consciente de que aquello era el fin... y le pareció completamente absurdo.

¿Por qué no lo atraparon en Londres mientras robaba, como el pobre Tostig, que luego murió de un modo miserable en el patíbulo? ¿Por qué no se había ahogado en el mar en medio de la

tormenta o muerto de hambre en la larga marcha hacia el este? ¿Por qué había sobrevivido a todos esos peligros cuando un espantoso hachazo estaba a punto de poner fin a su vida con tanta crueldad?

Conn sabía que no recibiría una respuesta y cerró los ojos como si así pudiese evitar lo inevitable... y entonces algo le humedeció la cara. Abrió los ojos y vio que la túnica de su adversario se teñía de rojo y que de su pecho sobresalía la punta ensangrentada de una espada.

El guerrero musulmán murió agitado por un estertor. Arrancaron la espada, el cuerpo sin vida del guerrero de la piel

de lobo se desplomó... y a sus espaldas apareció Renaldo de Rein, acompañado de dos de sus caballeros. El yelmo, el rostro y la armadura del barón estaban manchados de sangre y en sus ojos ardía el furor guerrero.

—Supongo que con esto he saldado la cuenta, anglosajón —dijo.

Conn murmuró unas palabras de agradecimiento y, haciendo un esfuerzo, volvió a ponerse de pie. En torno a él la batalla proseguía; Conn vio que Bertrand se enfrentaba a varios turcomanos y quiso acudir en su ayuda, pero De Rein lo detuvo.

—Ven conmigo —dijo.

—¿Adónde?

—¡A los caballos! ¡Intentaremos una huida!

Conn clavó la mirada en el rostro carnoso salpicado de sangre: esa palabra despertaba esperanza, pero también significaba que los arqueros y la infantería, todos aquellos que no disponían de un caballo y de pesadas armaduras, quedarían atrás y se entregarían a una muerte segura.

También Bertrand.

—¡No! —gritó instintivamente—. ¡No podemos hacer eso!

—¿Pones en duda las órdenes del señor Bohemundo? —rugió De Rein, elevando la voz por encima del fragor del combate.

La mirada de Conn osciló entre el barón y el hostigado Bertrand, que no podría resistir mucho tiempo más.

—¡Bertrand es mi amigo! —Soltó—. ¡Debo ayudarle!

—¡No, soy tu comandante! Has de preocuparte por mí y nadie más, ¿entendido?

Conn solo vaciló un instante.

—¡No puedo, señor! —gritó y antes de que el barón pudiera replicar, Conn ya se había lanzado al combate y desapareció.

Ya no vio qué hacía De Rein, Bertrand ocupaba toda su atención. Apretando los dientes, Conn blandió la espada y acabó con un guerrero

enemigo, a otro lo derribó con el escudo. Repartió mandobles a diestra y siniestra y abrió una brecha sangrienta en el cordón de guerreros que rodeaba a Bertrand. Solo cuando alcanzó a su amigo —que sangraba de una oreja y cuyo yelmo presentaba una gran abolladura—, Conn se dio cuenta de que no había dejado de gritar como un loco dando rienda suelta a su ira. En medio de la borrachera salvaje del combate le causó una profunda herida a otro turcomano y luego le gritó a Bertrand que debían abrirse paso hasta los caballos.

En realidad Conn no se enorgullecía de ello, pero había comprendido que el

severo Bohemundo tenía razón. Si permanecían allí hasta que muriera el último de ellos, la batalla estaría perdida de todos modos. Pero si los guerreros a caballo lograban huir aún quedaba una brizna de esperanza.

Para Bertrand, obedecer la orden de Bohemundo supuso un problema mucho menor; uno junto al otro, él y Conn se abrieron paso a través del tumulto hasta los caballos. Muchos caballos de batalla habían sucumbido a la lluvia de flechas, pero la mayoría se encontraba bajo los árboles y había escapado de los proyectiles. Como el número de jinetes también se había visto reducido por los disparos, había suficientes

cabalgaduras.

Los ensillaron a toda prisa y los jinetes empezaron a montar en las sillas alzando los escudos para protegerse de las lanzas, las flechas y las piedras que algunos musulmanes les arrojaban con hondas de cuero. Conn ignoraba dónde estaba su propio caballo: Bertrand y él montaron en los que no tenían dueño y se reunieron con los demás.

—¡Cerrad filas! ¡Formad el muro de escudos!

Los caballeros sabían que cualquier intento de traspasar el cordón de los atacantes estaba destinado al fracaso si cada uno de ellos luchaba solo. Todos juntos, con las cabalgaduras pegadas

unas a las otras y también los escudos, tenían una oportunidad de superar la muralla formada por los enemigos, así que tanto los jinetes como los caballos se apretujaron los unos contra los otros y se dirigieron a la salida del valle situada al noroeste. De camino se les unieron otros jinetes, de modo que al final un grupo de casi setecientos guerreros alcanzó el final del valle y avanzó en formación cerrada contra las filas de los atacantes.

Las flechas y las piedras cayeron sobre los guerreros y sus armaduras y aunque los jinetes procuraron protegerse tras los escudos, de vez en cuando una flecha o una piedra daba en el blanco.

Un normando italiano de las filas de Bohemundo que cabalgaba junto a Conn murió cuando un proyectil de ballesta le perforó el ojo izquierdo, pero los corceles y los guerreros estaban tan próximos los unos a los otros que el cadáver no cayó de la silla y permaneció allí, tambaleándose de un lado al otro como si incluso muerto quisiera ayudar a sus camaradas. Esa fue una de las extrañas imágenes que se grabaron en la memoria de Conn.

Los sementales, que hacía un momento trotaban lentamente, empezaron a galopar y los guerreros de las primeras filas, entre ellos el propio Bohemundo, pusieron lanza en ristre y

un instante después la clavaron en el cuerpo de los sorprendidos enemigos. Cuando toda la caballería irrumpió en sus filas, los musulmanes retrocedieron espantados. Entonces, una vez superada la distancia, estalló la lucha cuerpo a cuerpo, los caballeros abandonaron la formación de combate, se abrieron en abanico y cayeron sobre el atemorizado enemigo con la violencia de una tempestad.

—¡Adelante! ¡Adelante! —bramó Bohemundo, azuzando a los suyos al tiempo que su espada se clavaba en el hombro de un guerrero selyúcida... e, impulsados por la perspectiva de escapar de la trampa mortal y darle un

giro a la batalla, Conn y Bertrand espolearon sus caballos.

Desde el alto que el emir Duqaq había escogido para ser ocupado por el comandante en jefe, Bahram al-Armeni observaba lo que acontecía en el valle... y no dio crédito a sus ojos.

El ejército, consistente en las fuerzas armadas de Damasco y de Hama y que estaba formado por unos doce mil hombres, se había acercado a los cruzados desde el noreste. La comarca, atravesada por profundas quebradas e imposible de abarcar con la vista, había permitido que los atacantes se

aproximaran bastante al ejército enemigo. El resto había ocupado posiciones cuando cayó la noche, y de madrugada ya se habían situado en las colinas que rodeaban el campamento de los cruzados; de mañana, cuando estos por fin notaron que estaban rodeados, ya era demasiado tarde.

La trampa se había cerrado y eso, sumado a la sorpresa, también favorecía a los atacantes, que irrumpieron en el valle a miles para aniquilar a los sorprendidos adversarios y darles una lección: que nunca volvieran a pisar Siria. Cientos de cruzados cayeron víctimas de las flechas y los cintarazos de los *ajnad* que luchaban codo con

codo con los soldados de Hama, apoyados por tropas armenias y árabes. Durante bastante tiempo parecía que en Al-Bira la causa de los cruzados tendría un fin tan abrupto como sangriento... pero hacía un momento ocurrió algo con lo que no habían contado Bahram ni los otros comandantes.

Los guerreros cristianos montados a caballo abandonaron a los hombres que luchaban a pie para intentar una huida a través de la salida septentrional del valle.

Entonces al sur del campamento, donde los caballeros armados ya se habían retirado y aparecían grandes huecos en sus fuerzas, se rompieron

todos los diques: espadachines turcomanos, lanceros árabes y la infantería de las regiones montañosas de Armenia cayeron sobre los soldados cruzados que ya no pudieron ofrecer resistencia y fueron masacrados.

Sin embargo, en el otro extremo del valle la imagen era la opuesta, pues una hueste de más de setecientos jinetes había logrado escapar del campamento protegidos tras un muro de escudos. Como una fuerza de la naturaleza los caballeros se lanzaron contra las filas de los ballesteros y los hombres ligeramente armados que debían cerrar el valle hacia el norte. Los hombres, en su mayoría pertenecientes a las milicias

de Damasco, no podían defenderse de los cristianos montados a caballo y protegidos por sus pesadas armaduras. Bajo los cintarazos y los mandobles de los caballeros cayeron como espigas de trigo durante la cosecha.

Bahram inspiró profundamente. Al menos dos mil hombres cerraban la salida hacia el norte, pero si los cruzados también lograban abrir una brecha en sus filas y después atacar el flanco de las tropas que hostigaban la infantería de los cristianos, era muy posible que el resultado de la batalla no fuera el deseado.

El caballo que montaba Bahram, un semental berberisco negro como el

carbón, guarnecido con una manta de brocado anaranjado, una testera y una pechera metálicas que debían proteger la frente y el cuello del animal de las flechas enemigas, percibió la repentina inquietud del jinete. Sin pensárselo dos veces, Bahram hizo girar el corcel sobre las patas traseras y pasó galopando junto a los otros oficiales y subcomandantes de los *ghulam* hasta el puesto de mando de los emires.

Mientras que el gobernador de Hama montaba en un caballo, Duqaq estaba instalado en el lomo de un camello donde, a guisa de silla, se elevaba una estructura similar a una caja y provista de un baldaquín. Al igual que en

Damasco, llevaba un atavío rojo como la sangre y al ver que Bahram se acercaba al galope lo saludó con la mano.

—Salve, mi excelente armenio —dijo cuando Bahram refrenó el semental—. ¿Has venido para informarnos del triunfo definitivo de nuestros dos ejércitos?

—No, mi señor —contestó Bahram, que tenía claro que sus noticias desagradarían a los emires—. He venido a informaros de que una parte del ejército cristiano logró abrir una brecha.

—¿Una parte? —exclamó Duqaq y su rostro delgado adoptó una expresión desaprobatoria—. ¿De cuántos

guerreros estamos hablando?

—Solo de unos cientos —calculó Bahram—. Pero llevan armaduras y están montados. Si logran superar las filas de la *ajnad*...

—Si lo logran... —dijo Duqaq en tono sosegado y tranquilizó al emir de Hama, montado a su lado y muy nervioso, con un ademán de desdén—. Los guerreros de la *ajnad* son tan numerosos como las estrellas. No creo que unos cientos de cristianos logren derrotarlos.

—Puede que no —admitió Bahram—, pero si queremos asegurarnos de ello deberíamos hacer intervenir a los *ghulam*.

Los ojos verdes de Duqaq refulgieron como las esmeraldas.

—¿Pretendes enviar a los *ghulam* a la batalla? ¿Mis mejores guerreros? ¿Mi guardia personal?

—Los *ghulam* podrían detener el ataque de los cristianos, mi señor. Dadme quinientos de ellos y yo...

—¿No crees que estás sobreestimando la capacidad de los infieles cristianos? —dijo el emir de Damasco con una amplia sonrisa—. Tal vez se deba a que tú eres uno de ellos.

Entonces el emir de Hama soltó una carcajada y algunos de sus oficiales y consejeros estratégicos lo imitaron. Era evidente que nadie quería prestar oídos

a los reparos de Bahram. El desarrollo anterior del combate había sido demasiado inequívoco como para que alguien lo pusiera en duda.

—Mi señor —le dijo Bahram, haciendo otro intento—, os ruego...

—¿Qué demonios te ocurre, armenio? —siseó Duqaq, y se inclinó desde su alto asiento con actitud amenazante—. Has servido fielmente a mi padre durante mucho tiempo, pero no deberías sobreestimar tus conocimientos ni tus privilegios. ¿Acaso pretendes injuriar mi triunfo en el momento de la victoria? ¿Pretendes hacerme quedar en ridículo ante mi colega insistiendo en que envíe mis mejores guerreros para

luchar contra un adversario que ya está tendido en el suelo?

Bahram aguantó la mirada penetrante de sus ojos entrecerrados durante un momento y luego desvió la suya porque sabía que volver a contradecirlo hubiese sido tan inútil como peligroso.

—No, mi señor —dijo, inclinó la cabeza, hizo girar su corcel y se dispuso a regresar a su puesto. Sospechó que el oscuro futuro profetizado por las estrellas acababa de comenzar en ese preciso instante.

Antioquía

Principios de enero de 1098

—¡Chaya! ¡Chaya! —chilló Caleb, llamando a la puerta de la habitación de Chaya; esta se apresuró a abrirle... y al verlo se quedó atónita.

Caleb había cambiado.

Había reemplazado su vestido a rayas de comerciante por una túnica blanca que le llegaba a las rodillas. Por encima llevaba una faja y un cinto del

que colgaba una cimitarra. Sostenía un escudo con el brazo izquierdo, y un yelmo cónico en un estado bastante lamentable que le venía grande y le cubría la cabeza. Chaya no pudo dejar de compararlo con un niño disfrazado de soldado, pero la expresión solemne de su primo le dijo que no se trataba de un juego.

—¡Caleb! ¿Qué ha sucedido?

—¿Es que aún no te has enterado? ¡El ejército que envió el emir de Damasco para expulsar a los cruzados sufrió una terrible derrota! Miles de sus guerreros han muerto, el resto ha huido y ahora quizá los cristianos atacarán Antioquía con todos sus guerreros.

—Eso... eso es espantoso —dijo Chaya.

—Espantoso para ellos, porque sufrirán una gran derrota ante las murallas de nuestra ciudad... aunque tenga que encargarme personalmente de ello.

—¿Tú?

—Me he unido a la milicia judía —proclamó Caleb, orgulloso—. Por fin puedo demostrar mi coraje en el combate y darles a los cristianos lo que se merecen.

—Oh, Caleb, mi buen Caleb —susurró Chaya—, ¿qué has hecho?

—Lo que debería haber hecho hace tiempo, lo que debe hacer todo judío

recto. Estoy dispuesto a defender mi fe con la espada en la mano. Antioquía no debe caer, de lo contrario el camino a Jerusalén y a la tierra de nuestros antepasados quedará abierto a los cristianos... ¡y eso no debe ocurrir, lo sabes tan bien como yo!

Chaya asintió; sabía muy bien lo que se encontraba en Jerusalén. El libro de Ascalón informaba de ello y una vez más se maldijo a sí misma por haber permitido que otro se adueñara de él.

Caleb supo interpretar su expresión sombría correctamente.

—No he venido a soltarte discursos, prima, solo estoy aquí para despedirme de ti, solicitar tu bendición y pedirte que

ores por mí.

—Oh, Caleb.

Chaya se acercó y lo cogió de los hombros. Temía por su vida y hubiese preferido impedir que abandonara la casa, pero sabía que no podía, desde luego.

—Mis oraciones y mis buenos deseos te acompañan —dijo en cambio y depositó un beso en la frente de él—. Que el Señor te proteja.

—Y que dirija mi cimitarra y que alcance a muchos perros cristianos —añadió Caleb en tono solemne.

—Que te proteja —repitió ella.

—Todavía sientes simpatía por ellos.

—No todos los cristianos son malvados. También hay buenas personas entre ellos.

—Como en todos los pueblos... sin embargo, el Señor envió un Diluvio para eliminar la maldad de la Tierra. Las buenas obras de unos cuantos no compensan los crímenes con los que cargan esos pecadores. Han de ser aniquilados, de lo contrario nos aniquilarán a nosotros. Todos sin excepción... también tu amado Conwulf.

—No —dijo Chaya rápidamente y en tono tan apasionado que Caleb le lanzó una mirada extrañado.

—Aún lo amas, ¿verdad?

—Es el padre de mi hijo —contestó

ella.

—Y un ladrón y un mentiroso.

—No lo sabemos. Te perdonó la vida, ¿no?

—Sí, así es... pero quizá solo quería confundirte y volver a engañarte.

—Eso no es cierto —dijo Chaya y meneó la cabeza con aire obstinado.

Caleb soltó una carcajada.

—A más tardar, averiguarás lo que es verdad el día que los cristianos caigan sobre nosotros a sangre y fuego.

Tras esas palabras se dispuso a marchar, pero de pronto su padre apareció ante la puerta. Los rasgos de Ezra Ben Salomon estaban rojos de ira, fruncía el ceño hirsuto y todo su

corpachón manifestaba una profunda cólera.

—¿Es verdad? —preguntó, dirigiéndose a Chaya y haciendo caso omiso de Caleb.

—¿A qué te refieres, tío? —preguntó Chaya, intimidada. Desde que sabía que ella había perdido el libro de Ascalón su tío apenas le dirigía la palabra, por eso su arrebató la desconcertó aún más.

—Irit me dijo que vomitas todas las mañanas en cuanto te levantas y Rinah te vio en la casa de baños. Dice que tu vientre está sospechosamente abultado.

Chaya cerró los ojos.

Había comprendido que no podría ocultar la verdad eternamente, pero

había confiado en disponer de un poco más de tiempo para...

—¡Habla de una vez! —espetó Ezra—. ¿Es verdad lo que me cuentan mis hijas?

Chaya alzó la vista, esforzándose por conservar su dignidad.

—Es verdad. Tus sospechas están confirmadas. Espero un hijo...

Pero no pudo seguir hablando porque la bofetada que Ezra le propinó fue tan violenta que Chaya cayó al suelo. Caleb, aún presente, dirigió una mirada aterrada a su padre y después a su prima, pero no se atrevió a intervenir.

—Ya es suficiente —dijo Ezra con voz trémula de cólera—. Has desafiado

mi hospitalidad y mi buena voluntad durante mucho tiempo. Hubiera tolerado tu vergonzoso fracaso por amor a mi hermano, pero ahora has traído la vergüenza a mi casa. ¿Quién es el padre del niño?

Chaya seguía acurrucada en el suelo. Temblaba de miedo por lo que su tío pudiera hacerle... pero guardó silencio.

—¿Quién es el padre? —chilló Ezra, soltando un gallo. Su figura barbuda resultaba aterradora y sus ojos de mirada antaño tan bondadosa parecían lanzar chispas—. ¡Dímelo, so mujerzuela, o te haré hablar a golpes!

—No —dijo Chaya, negando con la cabeza y bañada en lágrimas—. No te lo

diré.

—¿Es esa tu última palabra? —dijo Ezra, y su tono resultaba inconfundiblemente amenazador.

—Sí, tío.

—¡Maldita puta! —gritó, se inclinó y quiso arrastrarla de los cabellos, pero sus zarpas no la alcanzaron porque de pronto Caleb se interpuso entre ambos para proteger a Chaya.

—¡No, padre!

—¿A ti qué te importa? ¡Quítate de mi vista, hijo, o yo...!

—Yo soy el padre del niño —se limitó a decir Caleb.

—¿Qué?

El comerciante lo miró como si

Caleb hubiera perdido el juicio.

—¡No, Caleb, no lo hagas! —
suplicó Chaya.

—Yo soy el padre —repitió Caleb
sin pestañear—. El hijo que Chaya lleva
en las entrañas es mío.

Ezra se quedó de piedra. Su cuerpo
fornido se tambaleó y su rostro adoptó
una expresión de estupefacción.

—¿Tú? Pero...

—Nos amamos y vamos a casarnos
—dijo Caleb, dirigiéndose a su
consternado padre.

—¿Es verdad? —Ezra le preguntó a
Chaya.

—Tan verdad como que estoy aquí
ante ti —aseguró Caleb antes de que su

prima pudiera responder—. Te ruego que nos perdones por no habértelo dicho antes, pero en estos días tenebrosos no queríamos agobiarte con nuestros planes.

El comerciante soltó un bufido con el que pareció disiparse toda su cólera. Permaneció allí con la cabeza gacha y la sensación de ser un necio redomado; abrió la boca y se dispuso a decir algo pero cambió de parecer, se volvió y abandonó la habitación tan súbitamente como había entrado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Caleb, y le tendió la mano a Chaya para ayudarla a incorporarse.

—Sí, no pasa nada —dijo ella, se

puso de pie y se quitó el cabello de la frente—. ¿Qué has hecho, Caleb? No deberías haberlo hecho.

—¿Hubieses preferido que mi padre te diera una paliza y te echara de casa entre insultos?

—No, pero...

—Entonces deberías agradecerme y aceptar el regalo que te he hecho.

—Pero yo... —dijo ella y le dedicó una mirada de agradecimiento pero también de pena—. Yo no te amo, Caleb.

Él se la devolvió, pero la expresión de su rostro juvenil era indescifrable.

—Entonces tendrás que aprender a hacerlo —replicó, sin satisfacción pero también sin una pizca de compasión.

Campamento militar ante Antioquía
Principios de febrero de 1098

En el agujero al que arrojaron a Conn reinaba la oscuridad: una fosa que habían cavado para él y que apenas le permitía quedarse sentado con las piernas encogidas.

No sabía cuánto hacía que permanecía allí acurrucado: según sus cálculos hacía una semana que el victorioso ejército de Bohemundo logró

cambiar el resultado de la batalla de Al-Bira, que ya creía perdida. Para Conn, sentado en su agujero, el tiempo no existía y tampoco una diferencia entre el día y la noche.

Estaba flaco debido a los escasos alimentos que le proporcionaban y se moría de frío. Y aún peor: no tenía ni idea de qué le esperaba; no dejaba de oír la voz de Baldric advirtiéndole contra Renaldo de Rein... ¿por qué no había hecho caso de sus palabras?

Cuando la caballería logró escapar de la trampa tendida por los enemigos había dado un giro decisivo a la batalla. Con el valor de la desesperación, los cruzados atacaron el flanco

desprotegido del enemigo y se desencadenó una terrible masacre, peor que ninguna presenciada por Conn hasta entonces. Duró muchas horas y cuando el día llegaba a su fin era como si todo el fondo del valle estuviera sembrado de cadáveres de musulmanes, pero también de los de los cientos de cruzados dejados en la estacada gracias a la sorpresiva maniobra de Bohemundo. Conn recordó que en cierto momento cundió la noticia de que el conde Roberto de Flandes y sus hombres — quienes habían sido apartados a un lado durante la batalla— habían ganado. Entonces los selyúcidas restantes emprendieron la huida y la victoria fue

absoluta... pero no para Conn.

Dos esbirros de Renaldo de Rein lo habían tomado prisionero aduciendo que había demostrado ser un cobarde frente a la superioridad del enemigo y negado su apoyo a su comandante en el momento de mayor peligro. Las protestas de Bertrand: que Conn arriesgó su propia vida para salvar la suya, no fueron atendidas y Conn pasó el resto de la expedición como prisionero.

A pesar de la victoria, el regreso del ejército a Antioquía no despertó el júbilo de nadie. El tributo en sangre cobrado por la batalla fue demasiado alto, por no hablar de la pérdida de innumerables caballos y mulas. Y

tampoco se alcanzó el objetivo de acarrear provisiones de los alrededores, de modo que la escasez reinante en el campamento se convirtió en una auténtica hambruna. Solo se podía obtener pan y carne a cambio de oro y, una vez más, el ejército comenzó a desintegrarse porque la cifra de los caballeros que se habían quedado sin medios y debían regresar a casa con los suyos no dejaba de aumentar día tras día. El estado de ánimo reinante en el campamento empeoró y no hacía falta tener mucha imaginación para saber lo que le ocurriría a un guerrero acusado de ser un cobarde y un traidor.

En cierto momento —Conn ni

siquiera sabía qué hora era— quitaron las piedras que tapaban su lóbrega mazmorra y también la tapa de madera que cubría el hoyo.

La luz del sol era tan deslumbrante que Conn tuvo que cerrar los ojos.

—Sal —dijo una voz brusca, y antes de que pudiera reaccionar o ver qué pasaba, dos manos lo aferraron de las axilas y lo arrastraron fuera del hoyo. Conn se golpeó el mentón y su boca se llenó de polvo. Tosió medio asfixiado, causando las risas de los esbirros. Después lo obligaron a ponerse de pie y a seguirlos, lo cual no le resultó nada fácil porque tras permanecer encogido en el hoyo sus piernas estaban

completamente entumecidas. Conn intentó dar un paso pero se desplomó de inmediato. Los individuos volvieron a reír y entonces, parpadeando, vio dos sombras gigantescas con yelmos en la cabeza y lanzas en las manos. Haciendo un esfuerzo, Conn se puso de rodillas pero cuando trató de levantarse volvió a caer como un saco. Los guardias lo agarraron y lo arrastraron consigo, mientras Conn se tambaleaba y caía hasta que por fin alcanzaron la meta.

Era la tienda de Renaldo de Rein.

Era tan amplia que hubiese podido dar cabida a una veintena de hombres, y el viento gélido hacía ondear estandartes multicolores. Con ojos llorosos, que

poco a poco recuperaban la visión,
Conn vio a De Rein.

El barón estaba plantado ante la tienda con las piernas abiertas y los brazos cruzados, rodeado de sus guerreros. A sus pies se acurrucaba una figura miserable cuyas ropas solo eran harapos. El hombre mantenía la cabeza apoyada en el polvo y no osaba alzar la vista. Todo su cuerpo temblaba.

—Así que has robado pan —Conn oyó decir al barón.

—So... solo un trocito, señor —balbuceó el hombre—. Para aliviar el hambre.

—¿Tienes hambre?

—Sí, señor.

—¿Crees que eres el único? Estos días muchos tienen hambre, sin embargo no osan robar pan.

—Perdonad, señor, nunca volveré a hacerlo.

—No, no lo harás, porque en el futuro carecerás de los medios para hacerlo. ¿Gerard?

—¿*Sire*?

—Cortadle las manos y luego arrastradlo por el campamento para que todos vean lo que le ocurre a quienes se apropian de lo que pertenece a otros.

—Sí, señor.

—¡No! —aulló el ladrón, aún acurrucado en el suelo—. ¡No lo hagáis, señor, os lo ruego! ¡Sed misericordioso!

Renaldo de Rein no reaccionó. Ni cuando aferraron al condenado que chillaba ni cuando un golpe sordo y un alarido anunciaron que el castigo había sido llevado a cabo. El barón solo prestaba atención al próximo delincuente que debía ser juzgado.

Conn.

Los guardias lo arrastraron hacia delante y logró dar unos pasos antes de volver a caer de rodillas, justo donde se había acurrucado el pobre ladrón.

—Bien, Conwulf, hijo de Baldric —dijo De Rein en tono severo—. ¿Has tenido tiempo de reflexionar durante el cautiverio?

Conn guardó silencio, no sabía qué

contestar. Cuando tuvo que elegir entre ayudar al barón o evitar la muerte segura de Bertrand siempre hubiera tomado la misma decisión... aun cuando suponía su perdición.

—Supongo que tu silencio significa «no» —dijo el barón—. ¿Qué he de hacer contigo? Eres un buen guerrero, Conwulf, pero tu espíritu inquieto tiende a la rebeldía y no estoy dispuesto a tolerarlo.

—Tened en cuenta que os salvó la vida, señor.

—¿Quién ha dicho eso?

Presa de la furia, De Rein se volvió hacia la dirección de donde había surgido la voz. Allí se habían reunido

unos cuantos soldados, criados y donceles observando con curiosidad cómo el barón enjuiciaba a los suyos. También había un monje que llevaba un hábito negro y volver a verlo en ese momento supuso una alegría para Conn.

—He sido yo, señor —respondió Berengario, e inclinó la cabeza—. Os ruego que me perdonéis por dirigirme a vos sin que me lo pidierais, pero considero que es mi deber evitar que ofendáis a ese hombre a quien le debéis la vida.

—Bien —gruñó De Rein con una sonrisa torcida—. Al parecer tienes valedores piadosos, Conwulf. Pero me temo que no estáis al tanto de los

últimos acontecimientos, *pater*. Pues yo también le salvé la vida a él, así que ya no le debo nada.

Berengario, que por lo visto no lo sabía, le lanzó una mirada interrogativa a Conn y este confirmó lo dicho por el barón asintiendo con la cabeza. Era cierto: el padre de su mayor enemigo le había salvado la vida durante la batalla, en cambio él lo había dejado de forma injusta en la estacada.

—Puede que me creas o no, muchacho —dijo el barón, dirigiéndose a su prisionero—, pero últimamente he pensado mucho en ti. Había cifrado grandes esperanzas en tu persona, pero en el fondo debería haber sabido que el

hijo de Baldric...

Se interrumpió cuando dos figuras aparecieron bajo el baldaquín que cubría la entrada de la tienda. Uno era un desconocido para Conn, un hombre delgado de largos cabellos negros que, a juzgar por sus ropas, era un francés del sur. Pero al otro lo reconoció en el acto.

Era Guillaume de Rein, el asesino de Nia.

Si no hubiese estado tan débil y no se encontrara tan mal, puede que la ironía de la situación hubiera hecho reír a Conn. Mientras sirvió a Renaldo de Rein y arriesgó su vida por él combatiendo, jamás había visto a Guillaume; pero entonces, tras

desatender sus deberes y ser castigado por ello, de pronto el asesino aparecía ante él con una sonrisa maliciosa en el rostro pálido, una sonrisa que fue como un hierro candente clavado en una antigua herida.

Entrecerró los ojos y fue como si solo viera a Guillaume, y el odio lo invadió como una llama que encontraba nuevo alimento.

—¿Qué quieres? —preguntó Renaldo. Era evidente que la aparición de su hijo no lo complacía demasiado.

—Perdonad mi repentina presencia, padre —dijo Guillaume y se acercó, seguido como una sombra por el caballero francés—, pero no pude evitar

oír que mencionabais un nombre... un nombre que solía oír con frecuencia en el pasado, como quizá sabéis.

Conn vio que el asesino se acercaba, su pulso se aceleró y la sangre le palpitaba en los oídos. Guillaume se detuvo a escasos pasos de él.

—¿Así que este es? —preguntó en tono inconfundiblemente burlón—. ¿Este es el célebre Conwulf?

—Sí, es él —dijo el barón de muy mala gana.

—Déjame ver —dijo Guillaume y se acercó aún más; Conn bajó la vista, temiendo que el asesino lo reconociera, pero Guillaume lo aferró de los cabellos y lo obligó a alzar la cabeza para

contemplar su cara—. A mi juicio no tiene nada de particular. Lo que veo son los rasgos rústicos de un anglosajón, ni más ni menos. Debéis haberos equivocado al juzgarlo, padre.

Conn apenas oía las palabras de Guillaume. Veía la cara pálida del criminal a un par de palmos de la suya y tuvo que contenerse para no abalanzarse sobre él allí mismo.

—Por lo visto, mi buen Conwulf — prosiguió Guillaume en tono displicente —, has caído en desgracia con el barón; has de saber que ello sucede con mucha facilidad. Ahora descubrirás lo que significa decepcionar a un hombre, cuyas expectativas son tan elevadas que

resultan imposibles de cumplir.

Conn no debía preocuparse de que el otro lo reconociera. En el mundo de Guillaume de Rein no existía nadie salvo Guillaume de Rein. Lo que había ocurrido en Londres ya no tenía importancia para él, hacía tiempo que lo había olvidado, y también a Nia. Pero Conn se encargaría de que recordara.

—¿Qué pensáis hacer con él, padre, ahora que os ha decepcionado tan profundamente? —preguntó Guillaume, dirigiéndose a su padre en un tono que rezumaba malicia—. ¿Lo haréis descuartizar por su desobediencia? ¿O preferís ahorcarlo, dado que el cuello de un anglosajón resulta tan adecuado para

la sogá? —añadió, soltando una áspera carcajada, secundada por su acompañante y algunos soldados.

—De ninguna manera. Precisamente tú deberías saber, hijo, que mi paciencia frente a quienes me decepcionaron y desaprovecharon mi confianza es casi ilimitada. Así que lo dejaré con vida, entre otras cosas porque el ejército debe recuperarlo como guerrero. En cambio me conformaré con arrancarle el ojo izquierdo, para que en el futuro solo vea lo derecho. Para el hijo de Baldríc, ello supondrá tanto un recuerdo como una advertencia de que nunca ha de oponerse.

Conn contuvo el aliento. En el

pasado había contemplado la muerte con tanta frecuencia que había perdido parte de su temor, pero la perspectiva de que lo mutilaran lo horrorizaba sobremanera.

—¡Que no! —dijo Guillaume y frunció los labios fingiendo pesar—. Deberías considerarte afortunado, anglosajón, pues el barón no suele ser tan bondadoso con aquellos que lo decepcionan, ¿verdad, padre? —añadió, acentuando la última palabra.

Pero Conn estaba demasiado ocupado en conservar el control para notarlo y sacar ciertas conclusiones. Comprendió que estaba entre la espada y la pared y que no tenía nada que

perder. Solo un deseo lo impulsaba: al menos quería cumplir con el juramento de venganza prestado hacía mucho tiempo.

De pronto Guillaume, que ya se disponía a marchar, se detuvo.

—¿Baldric? —insistió como si solo entonces hubiera oído las palabras pronunciadas hacía unos momentos—. ¿Acaso aquel Baldric del que me hablaste en cierta ocasión?

El barón asintió a regañadientes.

—Pues lo considero una casualidad, y una muy curiosa. De tal palo tal astilla, ¿verdad? Pero ¿cómo es posible que un normando, que antaño masacró a los anglosajones como si fueran ganado,

adoptara a uno de ellos como hijo? ¿A que es extraño?

Conn se quedó perplejo. ¿Qué tonterías estaba diciendo ese asesino?

—¿Es que tu padre adoptivo no te lo dijo? —insistió Guillaume, sonriendo al ver la expresión de Conn—. Cuán lamentable, debe de haberlo olvidado. A lo mejor opina lo mismo que yo: a saber, que un anglosajón vale tanto como cualquier...

Pero no pudo seguir, porque Conn perdió el control: ¡puede que Guillaume le hubiese quitado a su amada, pero no le quitaría a su padre!

Conn no había recuperado la capacidad de moverse por completo,

pero tuvo la fuerza suficiente para abalanzarse sobre el asesino de Nia.

Guillaume, tan sorprendido por el ataque como los guardias, soltó un grito de espanto. La violencia del impacto lo derribó y se desencadenó una lucha salvaje. Puede que en un duelo caballeresco con espadas Conn fuese inferior al hijo del barón, pero cuando se trataba de pelear con las manos desnudas y según la ley de la calle, lo aventajaba de manera considerable. El joven arrogante estaba tendido de espaldas y los puños de Conn caían sobre su rostro cubierto de polvo y le rompieron la nariz, de la que brotó un chorro de sangre. Guillaume chillaba y

Conn quiso aferrarlo de la garganta para asfixiarlo... pero no pudo.

Algo duro le golpeó el cráneo.

Un dolor agudo lo recorrió y ya no pudo moverse; un segundo golpe hizo que perdiera el conocimiento durante unos instantes y después se encontró tendido en el polvo al tiempo que Guillaume se arrastraba hacia atrás con los ojos llenos de lágrimas y gruñendo como un cerdo, con la mano cubierta de anillos de oro apretándose la nariz.

Conn creyó que su cabeza estallaría. De pronto el caballero francés que acompañaba a Guillaume se inclinó por encima de él. Había golpeado a Conn con la empuñadura de la espada y puesto

fin a la pelea. Entonces la blandió y se dispuso a decapitar a Conn...

—¡Alto! —gritó Renaldo de Rein un instante antes de que la hoja cercenara el cuello de Conn.

—¿Qué significa eso? —chilló Guillaume, que brincaba como un cerdo acuchillado y salpicando sangre por todas partes—. ¡El anglosajón ha intentado matarme! ¡Se merece más que la muerte!

—No serás tú quien lo decida —lo contradijo el barón.

—Pero, *sire* —dijo el provenzal que aún mantenía a Conn a raya—. Vos mismo visteis cómo...

—Callad, Eustacio de Privas.

Vuestros asuntos y las intrigas que urdís con Guillaume no me incumben, pero aquí no tenéis nada que decir, así que guardaos vuestra opinión.

Era evidente que el francés hubiese preferido cortar por lo sano con el prisionero. Con expresión contrariada, Eustacio apartó la espada de la garganta de Conn y volvió a envainarla. Entonces algunos donceles y criados se echaron a reír, pero solo hasta que Guillaume los contempló bufando de ira.

—¿Es esto lo que siempre perseguís, padre? ¿Queréis convertirme en el hazmerreír de la gente? ¡Exijo satisfacción! ¡Sentad a ese en un caballo para que pueda atravesarlo con mi

lanza! ¡Exijo justicia! ¿Oís? ¡Justicia!

—¿Exiges justicia? ¿Desde cuándo, Guillaume? Ese de ahí —dijo el barón indicando a Conn— entró voluntariamente en combate para obtener las provisiones que el ejército necesitaba con urgencia, mientras que tú preferiste permanecer sentado sobre tu trasero con el fin de reunirte con tus extraños amigos. ¿A eso lo llamas justicia?

Guillaume no contestó.

—Quien pide justicia también ha de estar dispuesto a ejercerla, así que yo decidiré lo que ha de ocurrir con el anglosajón.

—¡Pero trató de matarme!

—Y por eso lo castigaré. Con cuarenta zurriagazos en la espalda.

—¿Cuarenta zurriagazos? — Lloriqueó Guillaume, indignado—. ¿Eso es todo?

—Treinta —se corrigió De Rein y casi parecía disfrutar—. ¿Tienes algo más que decir?

Guillaume lo miró fijamente, con labios trémulos y apretando los dientes, pero no dijo nada más, se volvió y se marchó con Eustacio y algunos soldados pisándole los talones.

Renaldo de Rein lo siguió con la mirada y resultaba imposible adivinar sus pensamientos. Después entró en movimiento y se acercó a Conn, que aún

permanecía tendido en el suelo.

—He de confesar que eres valiente, pero también rebelde y difícil de controlar. Guillaume no te perdonará este ataque, así que habrás de andarte con cuidado. Y que los azotes te sirvan de lección, de lo contrario aún aprenderás a conocerme. Al igual que tu padre.

Veintiocho.

Veintinueve.

Treinta.

La voz de Gerardo el normando aún resonaba en los oídos de Conn. El esbirro había manejado la vara con

mano de hierro y contado cada golpe en voz alta. Entre un golpe y el siguiente también había oído el horrendo zumbido de la madera, seguido de un estallido seco que a lo largo del castigo se había convertido en un repugnante chasquido.

El normando había dejado caer la vara una y otra vez, hasta alcanzar los treinta golpes. El dolor había sido casi insoportable y varias veces Conn creyó que se desvanecería. Pero aún estaba vivo y conservaba ambos ojos.

Solo podía suponer el motivo: quizá no guardaba tanta relación con él como con otras cosas entre Renaldo de Rein y su hijo. El barón era un hombre cruel que no se arredraba ante ninguna

brutalidad con el fin de alcanzar sus objetivos; no cabía duda de que el valor y el coraje formaban parte de su carácter. En cambio, lo único que Guillaume de Rein había heredado de su padre era la falta de escrúpulos. Gracias al ataque desesperado contra su hijo, Conn se había ganado la eterna enemistad de este, pero en parte había recuperado la simpatía del barón.

—Ahora, muchacho. Muerte.

Con todas sus fuerzas, Conn clavó los dientes en el trozo de madera que le habían metido entre las mandíbulas. El castigo se llevó a cabo inmediatamente

después de la condena. Luego lo dejaron tirado al pie de la roca a la que lo sujetaron para apalearlo. Entonces aparecieron dos sombras y Conn se sintió tanto aliviado como agradecido al reconocer a Remy y a Bertrand, que lo alzaron en brazos, cruzaron el campamento y lo llevaron hasta la tienda de Baldric.

El dolor que en ese momento recorrió la torturada espalda de Conn era como hierro líquido, tan caliente y abrasador que los ojos se le llenaron de lágrimas. Pero reprimió todo quejido.

—La sal produce un dolor infernal —declaró su padre adoptivo, mientras frotaba los granos contra los

ensangrentados verdugones—. Pero se encarga de que las heridas cicatricen con rapidez, ¿comprendes?

Conn procuró asentir, pero no pudo porque los músculos de su cuello estaban demasiado agarrotados. Baldric volvió a causarle más dolor, luego le ayudó a acostarse en el lecho donde Conn permaneció tendido boca abajo para que nada entrara en contacto con su espalda. Baldric se sentó a su lado y durante un buen rato el silencio reinó en la tienda; solo se oía el chisporroteo de la hoguera que el normando había encendido en el centro de la tienda.

—¿Baldric? —dijo Conn al cabo de un momento.

—¿Sí, muchacho?

—¿Es verdad? —preguntó Conn en tono cauteloso.

—¿A qué te refieres?

—Guillaume —soltó Conn, haciendo un esfuerzo—. Dijo algo que no comprendí. Él...

—Sé lo que dijo —contestó Baldric en tono sereno—. Berengario me lo contó.

—¿Y?

Baldric suspiró, como si hubiera sabido que tendría que enfrentarse a esa pregunta. Pero responder no parecía resultarle sencillo.

—No siempre he sido el que tú conoces, Conwulf. Antaño hice cosas

terribles, muchacho. Tan terribles que hoy aún cargo con ellas.

Conn frunció los labios cubiertos de costras sanguinolentas. Barruntó que lo que oiría no le agradaría, pero quería saber la verdad.

—¿Qué cosas?

Baldric lo contempló durante un largo rato, después rompió el silencio.

—Fue el año de la conquista. El duque Guillermo había transportado sus tropas al otro lado del canal y perseguía un claro objetivo: quería obligar a Haroldo Godwinson, que se había proclamado rey de Inglaterra ilícitamente, a enfrentarse a él en una gran batalla campal... ¿y qué era lo que

más despertaría la ira de un soberano y sus vasallos, y los obligaría a hacerle el juego a Guillermo que arrasara sus comarcas, quemar sus cosechas y masacrar a su ganado?

»Cuando empezó la campaña militar yo era un joven caballero; convencido de que las pretensiones de nuestro duque estaban justificadas, seguí a Guillermo a la guerra... en contra del deseo explícito de mi padre, que consideraba que sería mejor que Guillermo se quedara en casa y se encargara de consolidar su gobierno en Normandía.

—¿Y? —preguntó Conn.

—Impuse mi voluntad, y entonces mi padre me desposeyó de mi nombre y de

todas mis posesiones. Pero como yo estaba persuadido de hacer lo correcto me uní a la campaña militar y partí a Inglaterra. Nunca he vuelto a ver a mi padre ni al castillo en el que nací. Como no tenía posesiones me pusieron bajo el mando de un caballero más o menos de mi edad que, al igual que yo, ardía en deseos de demostrar su valía sirviendo al duque. El nombre de ese caballero era Renaldo de Rein.

—Comprendo —murmuró Conn... por eso ambos se conocían—. ¿Y entonces qué pasó?

—Recibimos órdenes de arrasar una aldea anglosajona que se encontraba cerca de Hastings. Llegamos por la

noche y los aldeanos no estaban preparados para defenderse. Prendimos fuego a los techos de sus casas y matamos al ganado de los establos. Pero De Rein consideró que eso no era suficiente, estaba tan obsesionado con caerle bien a Guillermo que nos ordenó que también matásemos a los habitantes de la aldea y claváramos sus cabezas en estacas, para intimidar a cuantos lo vieran.

Conn se había puesto pálido y apenas notaba el dolor; escuchaba el relato de Baldric con fascinación, un relato que, más que un informe, parecía una confesión.

—Al principio dudamos, pero no De

Rein. Cabalgó hasta el jefe de la aldea y lo decapitó, y entonces cundió el pánico entre los demás. Gritando como locos, echaron a correr en todas direcciones y De Rein gritó que no debíamos dejar escapar a ninguno, de lo contrario nos castigaría. Así que los hombres cumplieron la orden.

Baldric se interrumpió con la vista clavada en el suelo y a Conn le pareció que, pese a los años transcurridos, Baldric aún veía las horripilantes imágenes de aquella noche.

—Caímos sobre ellos como lobos y se desencadenó una matanza espantosa. No solo matamos a los hombres y a las mujeres, también los viejos y los niños

fueron asesinados sin piedad.

—¿Y tú? —preguntó Conn, conteniendo el aliento—, ¿qué hiciste?

—Estaba junto al río y debía evitar que alguien escapara. De repente vi a un muchacho que se acercaba, era un poco más joven que yo, tenía barba y cabellos rubios y una flecha le había atravesado el antebrazo izquierdo. Trató de alcanzar el río para escapar de los asesinos, pero lo vi y le cerré el paso.

—¿Y entonces?

—Me enfrenté a él y lo derribé. Estaba de pie por encima de él, con la espada en la mano y dispuesto a clavársela. Me suplicó en su lengua que no lo matara, una lengua que en aquel

entonces yo no comprendía y pude ver el terror en su mirada.

—¿Lo dejaste escapar?

La vista de Baldric aún estaba clavada en el suelo, al parecer, no quería mirar a Conn a la cara.

—No —confesó en voz baja—. Se la clavé en el corazón y después le corté la cabeza, tal como De Rein había ordenado. El temor del joven anglosajón y su espanto ante mi crimen estaban grabados en su rostro.

El silencio volvió a reinar en la tienda.

Conn no sabía qué decir.

Aunque dichos acontecimientos pertenecían al pasado, lo consternaban y

de pronto vio ciertas cosas de un modo distinto.

—La historia aún no ha acabado — dijo Baldric, volviendo a tomar la palabra—. Regresamos al campamento y presentamos nuestro informe y De Rein se jactó de haber sembrado el miedo y el terror entre los anglosajones. Al día siguiente nos enviaron a otra aldea con el fin de arrasarla y todo se repitió una vez más. Y fue todavía peor, pues como nos habíamos acostumbrado a los gritos y al horror expresado en la mirada de los habitantes de la aldea, llevamos a cabo nuestra tarea asesina como sombras desalmadas, y me convertí en el subcomandante de De Rein. Sin

embargo, por las noches, cuando intentaba conciliar el sueño, los rostros de los que había asesinado me perseguían y despertaba bañado en sudor y gritando, porque el peso de mis actos me oprimía... hasta que no pude aguantarlo más. Un día, cuando De Rein nos ordenó matar a los habitantes de una aldea, hice caso omiso y me negué a cumplir sus órdenes.

—¿Y... qué hizo él? —preguntó Conn y entonces Baldric finalmente alzó la vista y lo contempló.

—Para castigarme, me hizo maniatar y me arrancó el ojo izquierdo con un puñal candente, para que en el futuro, como él lo expresó, solo viera lo

derecho.

—Eso me suena —gruñó Conn.

—Me expulsaron y además de mi nombre también perdí mi honor, y a partir de entonces me vi obligado a emplearme como soldado. Sin embargo, nunca he olvidado los acontecimientos de aquella noche y da igual cuántas veces me he confesado y he buscado el perdón. Sabía que estaría eternamente condenado a sufrir las torturas del infierno si no lograba obtener indulgencia por mis errores...

—... y por eso te uniste a los cruzados —concluyó Conn.

Baldric asintió.

—Al tomar la Cruz volví a sentir

esperanza por primera vez en la vida. Supliqué al Señor que me indicara el camino correcto, el que me permitiera expiar mis pecados... y entonces te encontré a ti, Conwulf. Cuando te vi tendido allí, a orillas del río y con una flecha clavada en el brazo, supe que Dios había prestado oídos a mis súplicas y me había enseñado el camino que me permitiría expiar mis pecados.

—Conmigo —dijo Conn, sorprendido—. Así que ese es el motivo por el que me salvaste en aquel entonces y por que te empeñaste en que te acompañara en el peregrinaje.

—Sí, Conwulf. Tu salvación y la peregrinación a Tierra Santa son las

penitencias que me fueron impuestas para recuperar la salvación de mi alma.

Conn asintió y de pronto se le hizo un nudo en la garganta. Por una parte, lo escuchado lo consternaba, por la otra no quería guardarle rencor a Baldric por algo que se remontaba a tres decenios y de lo cual este se arrepentía sinceramente.

—Lo siento —murmuró.

—¿Qué es lo que sientes? ¿Que el hombre que te adoptó como hijo sea un vulgar asesino?

—No. Siento no haberte escuchado y haberme ido con De Rein.

—Supongo que tenías tus motivos.

Conn asintió... y comprendió que

había llegado el momento de romper su propio silencio.

—Guillaume de Rein mató a la mujer que yo amaba. Queríamos fundar una familia, tener hijos. La golpeó y la violó hasta que ella...

—Está bien, muchacho —dijo Baldric con el fin de ahorrarle el resto—. Así que eso era lo que buscabas en el castillo en aquel entonces. Querías vengarte de Guillaume de Rein y te descubrieron.

Conn no lo contradijo.

Era la verdad, aunque solo una parte de la verdad.

Se preguntó si debería revelarle a Baldric el resto e informarle de que

Guillaume de Rein participaba en un complot para asesinar al hermano del rey. Suponía que ya no debía temer que Baldric no diera crédito a sus palabras, puesto que él también había sufrido los caprichos y la crueldad de la familia De Rein en carne propia. No obstante, Conn vaciló.

Si rompía su silencio haría que el hombre que le había salvado la vida y al que le debía tantas cosas se enterara de asuntos que no lo concernían y que quizá pondrían en peligro su vida. ¿Qué ganaba contárselo a Baldric? Pues este no podía ayudarlo a demostrar lo que había oído aquella noche ni su influencia era lo bastante grande como

para enfrentarse a los De Rein.

No.

Conn tendría que reservarse lo que sabía... hasta que descubriera el modo de utilizarlo en contra de De Rein o hasta que ya no tuviera importancia.

—Creo que ahora ambos nos comprendemos mejor que antes —dijo Baldric, y cierto alivio pareció suavizar sus rasgos de costumbre tan severos.

—Sí, padre —aseguró Conn sin titubear—, ahora nos comprendemos.

*Antioquía**Noche del 3 de junio de 1098*

El nombre del oficial que comandaba el tramo sudoriental de la muralla desde las estribaciones del monte Silpio hasta la torre de las Dos Hermanas era Firuz al-Zarrad.

Firuz era un hombre sin recursos.

A diferencia de muchos guerreros que prestaban el servicio de guardia en las murallas y las torres de la ciudad, no

había sido obligado a servir sino que pertenecía a la guarnición selyúcida que ocupaba la ciudadela de Antioquía. Había alcanzado cierta reputación al servicio del gobernador; sin embargo, en las últimas semanas la insatisfacción de Firuz no había dejado de aumentar.

Como si no bastara que los ejércitos de los emires de Damasco y de Hama hubieran sufrido una derrota aniquiladora, también otras huestes que llegaron en primavera al mando de Ridwan de Aleppo fueron derrotadas en otra gran batalla. Y aunque los cristianos sufrían hambre en su campamento y carecían de lo más necesario, casi habían logrado rodear toda Antioquía, y

hacía bastante tiempo que el asedio también abarcaba las murallas septentrionales de la ciudad, donde los cruzados habían montado una torre de asedio. Con una obstinación que incluso despertó el respeto de sus adversarios, se afanaban en ocupar la ciudad. No hacía falta ser un visionario para darse cuenta de que, en algún momento, sus esfuerzos se verían coronados por el éxito. No obstante, Yaghi-Siyan, el emir de la ciudad y comandante en jefe de la guarnición, seguía negándose a admitir lo evidente, tal vez debido a la terquedad, pero quizá también por temor al castigo que le depararía el sultán si se limitaba a abandonar la Perla del

Orontes.

Así que Firuz comenzó a pensar en su propio futuro. A través de una serie de intermediarios había logrado establecer contacto con los cristianos y negociar con ellos. Finalmente, alcanzaron una conclusión satisfactoria para ambas partes. Para los cristianos, suponía que por fin cosecharían los frutos de lo sembrado durante meses. En cambio, Firuz al-Zarrad nunca más se vería obligado a lidiar con problemas económicos porque el pago acordado era muy generoso.

Entonces —y según los consejos de Firuz— escogieron la torre de las Dos Hermanas. Por una parte, porque el

propio Firuz servía allí y porque para él, como comandante, no resultaba difícil encargarse de que esa noche las torres y los adarves vecinos solo estuvieran escasamente vigilados. Por la otra, porque de todos modos la torre se encontraba al sur de la ciudad, una zona menos vigilada, y porque la distancia hasta la ciudadela era bastante menor que si atacaban desde el oeste. Todo había sido calculado y preparado minuciosamente. Habían intercambiado noticias y mantenido reuniones y habían acordado que esa noche era la más indicada para llevar a cabo el plan.

Firuz se encontraba a solas en la torre. Se había deshecho de los guardias

mediante diversos pretextos y apagado las antorchas. Alzó la vista al cielo, cuajado de estrellas, y a la pálida luna creciente.

Amanecería al cabo de una hora.

El momento había llegado.

Firuz se agachó y recogió la cuerda del suelo, enrolló un extremo alrededor de una de las viejas almenas que vigilaban la ciudad desde la época de Justiniano, el romano, luego arrojó el otro extremo hacia fuera y aguardó.

Esperó hasta que un tirón de la cuerda le informó que todo se había desarrollado según lo planeado. Firuz aspiró una gran bocanada de aire frío y disfrutó de los últimos instantes de

silencio. Después cogió la cuerda y tiró de ella, sin sospechar que su gesto cambiaría el rumbo de la historia.

Había llegado el momento.

Aquel día, cuya llegada los cruzados habían aguardado durante tanto tiempo y por el cual lucharon con tanto sacrificio, por fin había despuntado. En ese momento fue como si el pasado, el presente y el futuro se encontraran.

Sesenta guerreros voluntarios al mando de Bohemundo de Tarento habían rodeado la ciudad trazando un amplio círculo y abriéndose paso hasta las murallas desde el sudoeste. Habían

dejado atrás sus caballos y pese a la oscuridad reinante lograron remontar la abrupta quebrada del Uadi Zuiba. De ese modo lograron acercarse a la ciudad sin ser vistos y aguardaron al pie de las grandes murallas.

Básicamente, la tropa de asalto estaba formada por los hombres de Bohemundo, pero también había otros guerreros presentes, voluntarios de las otras divisiones del ejército que habían demostrado su valía en el combate y que Bohemundo eligió personalmente.

Entre ellos también se encontraban Conn y Remy.

El asedio de Antioquía había perdurado. En febrero, un gran ejército

de selyúcidas se había reunido en Harenc y resultó derrotado durante una batalla librada cerca del mar de Antioquía. Un mes después, una flota de navíos ingleses alcanzó el puerto de San Simeón; transportaba material para construir las torres de asedio y también provisiones, pero no las suficientes como para acabar con la precariedad de los cruzados, que seguían pasando hambre y miseria en el campamento y corrían rumores de que un grupo secreto de sacrílegos incluso devoraban carne humana para conservar sus fuerzas. La cifra de los caballeros que cayeron víctimas de la escasez, de los que morían durante los permanentes ataques

de los selyúcidas o que abandonaban el campamento para emprender el viaje de regreso al hogar, ya era muy elevada. Al final incluso Tatikios, el general bizantino que comandaba a dos mil guerreros, había partido tras aducir unos pretextos muy poco convincentes. Y como si todo eso no bastara, al campamento de los cruzados llegaron noticias de que un gran ejército musulmán se aproximaba a Antioquía al mando de Kerbogha, el *atabey* más poderoso de Mosul.

Debido a ello, la cruzada del signo de la Cruz estaba a punto de fracasar, y por eso el concejo de los nobles decidió hacer un último esfuerzo para ocupar

Antioquía. Entonces la traición debía realizar aquello para lo cual hasta entonces el valor y la destreza de los hombres habían resultado insuficientes, y una vez más le tocó a Bohemundo jugar un papel clave.

Ninguno de los hombres sabía qué le esperaba en lo alto de la torre. ¿Cumpliría con la palabra dada el turco sobornado por Bohemundo? ¿Lograrían conquistar la ciudad que hasta entonces había resistido frente a todos los ataques y todos los disparos mediante un golpe de mano?

La tensión iba en aumento.

Conn notó que su pulso se aceleraba. Cargaba con el escudo en la espalda ya

cicatrizada y llevaba la espada envainada para tener las manos libres durante la escalada. No solo él y Remy, también Baldric y Bertrand se habían presentado voluntarios para intervenir en primera línea, aunque cada uno por motivos distintos. Mientras que para Baldric se trataba de deshacerse de la culpa con la que cargaba, lo que impulsaba a Bertrand y a Remy era la perspectiva de hacerse con un buen botín; y Conn solo formaba parte del grupo porque la torre de las Dos Hermanas se encontraba muy al sur y cerca del barrio judío, pues, a diferencia de todos los demás guerreros, Conn solo pensaba en Chaya. No se hacía la menor

ilusión sobre lo que ocurriría cuando los cruzados cayeran sobre la ciudad. Esa noche, su único objetivo consistía en encontrar a Chaya y llevarla a un lugar seguro.

Mientras que Bohemundo rechazó a Baldric por demasiado viejo y al bueno de Bertrand por demasiado locuaz, había estado muy dispuesto a aceptar al gigantesco Remy en sus filas. Quizá Conn solo participaba en el ataque debido a que su heroica intervención en la batalla de Dorylaeum había circulado por el campamento, mientras que su desliz en Al-Bira no parecía haber llegado a oídos de Bohemundo. Así que mientras que Baldric y Bertrand

combatirían con las tropas regulares que atacarían las puertas bajo el mando de Godofredo de Bouillon, Raimundo de Tolosa y el duque Roberto, Conn y Remy pertenecerían a la primera oleada en escalar la torre junto con Bohemundo, quien insistió en dirigir el ataque personalmente. Unos junto a otros, los hombres permanecían al pie de la muralla a lo largo de la que izaban la red de cuero que serviría para escalarla. Conn notó que el sudor le cubría las palmas de las manos y que tenía la boca seca; le lanzó una mirada nerviosa a Remy, apostado a su lado. El normando se había levantado el cuello de la cota de malla y solo se veían sus ojos grises,

pero su mirada era muy serena y expresaba la tranquilidad del guerrero experimentado.

Un eclesiástico de Boulogne, que también acompañaba al grupo, susurró una oración y una bendición y los hombres se persignaron. Entonces todo estaba dicho y hecho y aguardaron un momento que parecía eterno.

De pronto resonó el graznido de un halcón.

¡Era la señal de atacar!

Las filas de los hombres se agitaron y todos se dispusieron a escalar la red de gruesas correas de cuero a lo largo de la pared vertical. Bohemundo, un auténtico gigante cuya estatura incluso

superaba la de sus caballeros más altos, fue uno de los primeros en trepar por la red, seguido de sus nobles, Conn y Remy.

Escalar la improvisada escalera resultó una empresa peligrosa, pues la estructura chirriante no dejaba de mecerse de un lado a otro y exigía cierta destreza para no deslizarse hacia abajo; en medio de la oscuridad, el cuero negro apenas se distinguía de las piedras de la muralla, de manera que había que prestar mucha atención para evitar una caída.

Subieron palmo a palmo al tiempo que los próximos atacantes ya se preparaban a sus pies. Conn evitó dirigir

la mirada hacia abajo y escaló un peldaño tras otro hasta que por fin alcanzó las almenas. Alguien le tendió una mano amiga y lo arrastró por encima del borde, luego se encontró en la torre con las rodillas temblorosas, pero contento por haber superado la escalada. Vio que Bohemundo hablaba en susurros con un hombre que llevaba ropas orientales y un yelmo rodeado por un turbante: sin duda se trataba del guardián de la torre que había traicionado a su propia gente y posibilitado el acceso de los cruzados a la ciudad. Entonces relumbró la hoja de un puñal y un instante después el turco se desplomó con la garganta cercenada.

Conn, Remy y los ocho guerreros que habían escalado la torre junto con ellos, aprovecharon la pausa para prepararse para el combate. Sosteniendo el escudo y blandiendo la espada, descendieron a lo largo de la estrecha escalera de caracol que conducía al adarve. Desde allí se dirigieron a la torre siguiente.

En cuanto los cruzados alcanzaron el estrecho adarve que se extendía a lo largo de las almenas hacia el este, unos alaridos horribles resonaron desde la torre de las Dos Hermanas. Un vistazo por encima del borde bastó para comprobar que las almenas de la torre habían cedido bajo el peso de la

escalera y que la red se había precipitado al abismo con todos los hombres que se aferraban a esta.

En medio de la oscuridad, Conn no pudo ver qué había sido de esos desgraciados, pero dudó que alguno hubiese sobrevivido a la caída. Pero los demás guerreros no se dejaron intimidar y se apresuraron a volver a izar la red, esa vez a lo largo de la muralla más baja, y poco después la primera oleada de intrusos alcanzó el adarve.

Los grupos anteriormente divididos se unieron; Conn y Remy estaban bajo el mando de un normando italiano llamado Odo, que formaba parte del círculo de amigos íntimos de Bohemundo.

Recorrieron el estrecho adarve en fila india; a un lado se extendía el mar de piedra de Antioquía, un inabarcable laberinto de cúpulas, torres y casas por encima de cuyos techos se extendían lonas que reflejaban la clara luz de la luna. Berengario le había explicado a Conn que la colonia judía de la ciudad se encontraba al norte de la puerta de San Jorge. Así que con cada paso que avanzaban a lo largo de la muralla, Conn se aproximaba un poco más a Chaya. Estaba muy preocupado por ella, y su decisión de separarse del grupo en cuanto surgiera la oportunidad no dejaba de afirmarse.

Cuando los hombres llegaron hasta

la siguiente torre hubo una sorpresa: al parecer, alarmado por los gritos de los guerreros que se precipitaron al vacío, el guardia turco salió del pasadizo para ver qué pasaba. Odo reaccionó sin titubear: le cercenó la cabeza con su espada y después arrojaron el cuerpo decapitado por encima de las almenas.

Dejaron atrás la torre, apostando a algunos guerreros como guarnición y siguieron avanzando sigilosamente. Por lo visto el selyúcida traidor había cumplido con lo acordado, pues solo unos pocos guardias se encontraban en las torres y los adarves del tramo bajo su mando, y los cruzados acabaron con ellos con facilidad; poco después ya

ocupaban nada menos que diez torres y también las murallas entre una y otra torre.

El tramo adjudicado a Odo albergaba un hueco en la muralla, cerrado por una puerta forjada de hierro pero que no estaba vigilada. El normando apostó a Remy y a otro guerrero en la muralla y con los cuatro restantes, entre ellos Conn, descendió los estrechos peldaños hasta el hueco. Los hombres se deslizaron hasta la puerta y descorrieron el cerrojo, las alas se abrieron soltando un chirrido y Remy dio la señal acordada agitando una antorcha en lo alto de la muralla.

Entonces una división de unos

doscientos caballeros que se habían ocultado en el exterior de la ciudad se aproximaron y entraron, y por fin —al este el sol ya estaba despuntando— dieron la señal de atacar.

Los cuernos sonaron desde las torres ocupadas y su sonido arrancó a los habitantes de la ciudad del sueño, al tiempo que las huestes de los cruzados bajo el mando de Godofredo de Bouillon y los demás nobles iniciaban el ataque a las murallas y las puertas del sur. La funesta tranquilidad que hacía un momento reinaba en Antioquía dio paso a los rugidos de los guerreros y a los gritos de alarma. El combate por la ciudad había comenzado.

Los guerreros que irrumpieron no perdieron el tiempo, acabaron sin piedad con los guardias apostados en la muralla del sur y, tras una breve escaramuza, las tropas de refuerzo fueron masacradas en las calles y las callejuelas de la ciudad. Los defensores no podían intervenir con su arma más poderosa: los arqueros, porque el enemigo ya se encontraba en el interior de la ciudad, así que el combate fue desigual, pues en la lucha cuerpo a cuerpo los cruzados, envueltos en sus armaduras y sus cotas de malla, superaron a los soldados de la milicia—solo ligeramente armados y encima menos experimentados— con mucha

facilidad. A ello se sumó que los cristianos de la ciudad, que en los últimos meses se habían atrincherado en sus casas, ventearon la victoria. Armados de garrotes y espadas, cayeron sobre sus vecinos musulmanes con los cuales siempre habían convivido pacíficamente y facilitaron la tarea de los atacantes.

Empezó a caer un tramo de la muralla tras otro.

Se abrieron brechas en los muros a través de las cuales jinetes protegidos por pesadas armaduras penetraron en la ciudad, sellando el destino de los defensores de manera definitiva. La muerte y la perdición alcanzaron a

cuantos se enfrentaron a los invasores, que avanzaron rápidamente hacia el noreste. Su objetivo era la ciudadela, cuyas guarniciones turcas emprendían un ataque tras otro con el fin de detener a los atacantes.

La situación se volvió inabarcable con la vista. Por todas partes resonaba el entrecuchar de las armas y los alaridos, aquí y allá las casas de los musulmanes ricos eran pasto de las llamas una vez que los cruzados las hubieron saqueado. Y en medio de la confusión reinante en las estrechas callejuelas, Conn y Remy combatían uno junto al otro.

Cuando la horda de atacantes asaltó

la puerta lateral se vieron separados de su grupo. Mientras que Odo se puso en cabeza y los condujo durante el asedio contra la siguiente puerta para facilitar el acceso de otras unidades, Conn y Remy quedaron atrás para luchar con un grupo de soldados que se habían apresurado a avanzar hacia ellos.

Entretanto, casi ninguno de ellos seguía con vida. Los cadáveres de innumerables habitantes y soldados bordeaban la calle y los escasos selyúcidas que aún seguían vivos se defendían con poco brío. A uno de ellos Remy le asestó un mandoble tan violento que no solo partió el escudo del guerrero, sino que le causó una profunda

herida en el hombro. El hombre cayó soltando un grito y entonces uno de los caballeros de Bohemundo lo decapitó mientras se acurrucaba en el suelo. Asqueado, Conn se volvió y lanzó un salvazo: una cosa era combatir contra un adversario; matarlo como a un animal, otra muy distinta. La ira incontenible que se había apoderado de los cruzados tras el interminable asedio, los innumerables reveses y la hambruna sufrida estaba a punto de desencadenarse.

Presa de la inquietud, Conn pensó en Chaya y, cuando los últimos selyúcidas emprendieron la huida, se despidió de Remy y se dispuso a marchar, pero el

gigantón lo detuvo.

—¿Adónde vas? —preguntó, parco como siempre.

—A buscar a Chaya. Necesita protección.

El normando de ojos grises como el acero le lanzó una mirada escrutadora. Conn les había contado a sus amigos lo sucedido de camino a Antioquía y también que la judía esperaba un hijo suyo. La noticia no entusiasmó a Baldric pero renunció a regañar a Conn... quizá porque entretanto se había enterado del pasado de su hijo adoptivo. Sin embargo, le había desaconsejado que buscara a Chaya en medio del caos de la conquista, porque en esos casos

resultaba muy fácil acabar entre dos frentes. Conn ignoraba qué pensaba Remy al respecto... hasta que el callado normando asintió con la cabeza y le indicó que se le adelantara.

Conn no se resistió; aunque le incomodaba que Remy arriesgara el pellejo por él, sabía que no podía darle órdenes al gigante. Ambos recorrieron la zona sur de la ciudad a paso ligero, tan rápido como se lo permitían sus cotas de malla. En un cruce se toparon con guerreros de la milicia ciudadana. Conn derribó a uno de ellos asestándole un cintarazo, los demás pusieron pies en polvorosa.

—Los judíos, ¿dónde? —espetó,

dirigiéndose a su adversario tendido en el suelo, que se presionaba la herida ensangrentada con la mano. Eran las únicas palabras en arameo que conocía. Berengario se las había enseñado de mala gana cuando Conn se lo pidió.

Atemorizado, el hombre lo contempló, después indicó una de las calles del cruce. Conn asintió y él y Remy echaron a correr en la dirección señalada. De camino oyeron el fragor del combate y los gritos: al parecer, la puerta de San Jorge ya había caído y los cruzados seguían avanzando. Faltaba muy poco para que también llegaran hasta el barrio judío.

Conn aceleró el paso y también

Remy, y por fin alcanzaron las casas de la comunidad judía. Una ancha calle principal conducía hasta la plaza del mercado frente a la cual se encontraba la sinagoga. La plaza estaba desierta, era de suponer que los habitantes se habían atrincherado en sus casas y, temerosos, aguardaban lo que se les vendría encima. Conn giró sobre sí mismo, reflexionando acerca del modo más rápido de encontrar a Chaya, cuando de pronto oyeron un vocerío.

Ambos cruzados se volvieron con los escudos alzados y se encontraron frente a un desordenado grupo formado por diez o doce guerreros que apenas parecían saber cómo manejar las

oxidadas armas que portaban en las manos. Unos yelmos abollados cubrían sus cabezas y sus correajes eran viejísimos, pero sus rostros —en su mayoría juveniles— expresaban una absoluta determinación.

Remy soltó un gruñido desdeñoso y se enfrentó a los atacantes dispuesto a luchar; no suponían adversarios peligrosos, solo los superaban en número. Conn cubrió las espaldas a su amigo y también se dispuso a enfrentarse al ataque. Contempló a los guerreros que se abalanzaban sobre ellos... y reconoció a uno.

—¡Caleb! —gritó—. ¡Detente, Caleb! ¡Soy yo, Conwulf!

El eco de su grito rebotó contra las fachadas y aumentó de volumen, apagando los rugidos de los atacantes y, desconcertado, el que encabezaba el grupo y que parecía ser el jefe, se detuvo con expresión incrédula.

—¡Tú! —exclamó con la voz temblando de furia.

—Caleb —repitió Conn, sin bajar el escudo. Aunque los demás también se detuvieron, sus miradas revelaron que no veían el momento de lanzarse contra los cruzados.

—Por fin nos encontramos —gritó Caleb en un francés mediocre, y alzó la oxidada cimitarra—. ¡Esta vez yo llevo las de ganar y tú morirás, perro

cristiano!

Remy resopló con aire burlón. Ni el ademán amenazador de Caleb ni que su gente los superara en número lo impresionaban.

—Escúchame, Caleb —dijo Conn, procurando apaciguar al judío, que al parecer estaba decidido a hacer su parte en la defensa de la ciudad—. ¡He de reunirme con Chaya ahora mismo!

—Solo por encima de mi cadáver —dijo el otro, sacudiendo la cabeza y avanzando otro paso.

—No quiero luchar contigo, como tampoco quise hacerlo aquella noche en el campamento.

—No me extraña. ¡Puede que tu

coraje sea suficiente para dejar embarazada a una joven inocente, pero no para luchar como un hombre!

—Quiero reunirme con Chaya — insistió Conn, pasando por alto el insulto—. Todo lo demás me da igual.

—Ya te lo he dicho: ella no quiere verte.

—Maldita sea, Caleb. —Desde el otro lado del barrio judío resonaron rugidos y gritos y el golpe de cascos contra el empedrado—. ¡Hace tiempo que no se trata de lo que queremos! ¡He de llevar a Chaya a un lugar seguro ahora mismo!

—¿Te atreves? —Soltó Caleb, rojo de cólera—. ¿Te atreves a presentarte

como su salvador? ¿Precisamente tú?

—No me enorgullezco de lo que hice, pero quiero proteger a Chaya. ¿Acaso tú no?

Caleb lanzó un salivazo desdeñoso, pero era evidente que las palabras de Conn surtían efecto.

—Todos vosotros deberíais huir — dijo Conn, dirigiéndose a los demás—. Arrojad las armas y ocultaos, pues los hombres que se dirigen hacia aquí no conocen la misericordia. No lograréis detenerlos y solo moriréis inútilmente.

No sabía si los jóvenes de Antioquía comprendían lo que decía, pero el áspero sonido de un cuerno de guerra que sonó más allá de las casas hablaba

en una lengua que todos entendían. La determinación empezó a desvanecerse de los rostros y algunos quisieron emprender la huida, pero Caleb no los dejó.

—Abandonar cuando te encuentras en una situación desesperada no indica falta de valor sino sensatez —dijo Conn.

Se oía el entrechocar metálico de las armas, acompañado de horrorosos gritos. Entonces los primeros amigos de Caleb dejaron caer las armas, emprendieron la huida y su jefe ya no pudo detenerlos. Uno tras otro echaron a correr hasta que por fin solo Caleb permaneció ante Conn y Remy.

—¿Y bien? —preguntó el anglosajón

—. ¿Es que he de obligarte a que me conduzcas hasta Chaya con el arma apoyada contra la garganta?

El judío se quedó ahí plantado con la vieja cimitarra en la mano y, al parecer, preguntándose si lucharía o se sometería a la voluntad de Conn. Finalmente triunfó la sensatez, bajó el arma, se volvió con expresión furiosa y echó a correr. Conn y Remy se apresuraron a seguirlo porque en cuanto tomaron por una callejuela lateral, una división de flamencos armados llegó a la plaza del mercado, que tembló bajo el golpe de los cascos de sus caballos y de su grito de guerra.

—*¡Deus lo vult*: es la voluntad de

Dios!

Como ignoraba adónde los conducía Caleb.

Las callejuelas del barrio judío eran tan estrechas que se desorientó casi de inmediato, a diferencia de Caleb, que por lo visto conocía la zona como la palma de su mano.

A través de una columnata alcanzaron una calle estrecha y, desde allí, la entrada trasera de una casa. Caleb llamó, aguardó un momento y volvió a llamar; entonces la puerta se entreabrió, Caleb susurró unas palabras, la puerta se abrió del todo y les

franquearon el paso.

Conn le pisaba los talones, al igual que Remy, que tuvo que agacharse para pasar por debajo del umbral. Un hombre mayor, quizás el mayordomo, los aguardaba al otro lado de la puerta y clavó espantado la mirada en los guerreros armados hasta los dientes. Entonces Conn envainó la espada e invitó a Remy a hacer lo mismo. El normando obedeció, pero no se quitó el yelmo ni levantó la visera.

Caleb los invitó a acompañarlo. Cruzaron un patio interior cuya fuente burbujeante ofrecía una imagen paradójicamente pacífica y alcanzaron una escalera que conducía a la primera

planta de la casa. Allí Caleb volvió a llamar a otra puerta. Una voz hizo una pregunta y la puerta se abrió... y por primera vez Conn y Chaya se encontraron uno frente al otro desde aquella noche juntos.

Habían transcurrido ocho meses y era de suponer que se enfrentaran como desconocidos, pero no fue así.

—Conn —se limitó a susurrar Chaya.

Ni una palabra sobre lo que se interponía entre ambos.

Ni una palabra sobre el robo del cual lo acusaban y tampoco del embarazo de ella. Su rostro —más redondeado y sonrosado que antes—

solo expresaba la más absoluta sorpresa y después de todos esos meses la mirada de sus ojos oscuros aún era capaz de hacer olvidar a Conn todo lo que lo rodeaba.

Había tantas cosas que quería decirle y asegurarle, pero ese no era el momento indicado: si Chaya y el niño que llevaba en las entrañas debían vivir, era hora de actuar.

—No disponemos de mucho tiempo —dijo Conn—. Los nuestros han irrumpido en la ciudad y son implacables. ¡Debes venir con nosotros, Chaya, ahora mismo!

—Pero... —dijo ella, lanzándoles una mirada atónita a Conn y a Remy

quien, envuelto en su armadura manchada de sangre, ofrecía un aspecto aterrador; luego contempló a Caleb—. No... no puedo.

—Confía en mí, Chaya —suplicó Conn—. Remy y yo intentaremos sacarte de la ciudad. Es la única manera de ponerte a salvo y también al niño.

—¿Y Caleb?

Conn le lanzó una mirada de soslayo al primo de Chaya.

—Si lo desea puede acompañarnos, pero no garantizo que...

—¡Jamás! —chilló Caleb—. ¡Lo único que faltaba, que confíe mi vida a un cristiano!

—¡Caleb! ¿Acaso no has oído lo que

ha dicho? —preguntó ella.

—Lo he oído... y me da igual. Esta es mi ciudad natal, Chaya. Ya superó numerosos ataques e incluso sobrevivió a un terremoto.

—Y aunque así sea —lo contradijo Conn—, ello no interesa a los guerreros de Cristo. Ya se encuentran en el interior de las murallas y su furia es inmensa, lo bastante como para matar a todos los que no pertenecen a su misma fe. ¿Quieres sucumbir a una muerte tan inútil, Chaya? ¿Quieres que el hijo que llevas en las entrañas sucumba a una muerte tan inútil?

—No —contestó ella, decidida, y se dirigió a Caleb—. Primo, te ruego

que...

Pero no pudo acabar la frase porque una fornida figura apareció en el pasillo con el hirsuto ceño fruncido y la mirada fulgurante de cólera.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

Conn se volvió bruscamente, Remy desenvainó la espada con mucha rapidez y la apoyó contra el pecho del hombre, dispuesto a clavársela.

—¡No! —gritó Chaya, espantada—. ¡Tío Ezra!

Conn se dio cuenta de que el gigantón era el hombre con el que Chaya quería encontrarse en Antioquía, el hermano de su padre, un comerciante llamado Ezra Ben Salomon.

—Soy Conwulf, el hijo de Baldric, y venimos en son de paz, señor —declaró Conn, con la esperanza de que el otro lo comprendiera—. Si valoráis vuestra vida, debéis huir. Dejad atrás todo y escondeos hasta que haya pasado la tormenta. Es lo único que puedo aconsejaros.

Le indicó a Remy que bajara la espada, entonces Ezra dijo unas palabras que Conn no comprendió.

—¿Qué ha dicho? —preguntó.

—Que bajo las casas hay bodegas donde se almacenan las provisiones —tradujo Chaya.

—Entonces ocultaos allí —dijo Conn, dirigiéndose al comerciante—.

Intentaré sacar a Chaya de la ciudad y encontrar un lugar donde ella y el niño estén a salvo.

Ezra lo contempló con sus ojos oscuros. La barba rizada del comerciante tembló, pero no lo contradijo, se volvió sin decir una palabra y desapareció escaleras abajo. Casi en el mismo instante se oyeron golpes de cascos en la calle, la luz de las antorchas penetró a través de las ventanas y alguien rugió órdenes en francés.

—Ya están aquí. ¡Debemos marcharnos! —instó Conn.

—Os conduciré hasta las murallas —se ofreció Caleb voluntariamente—.

De lo contrario os perderéis entre las callejuelas.

—¿Por qué lo haces? —preguntó Conn, desconfiado.

—No por ti, claro está, sino solo por Chaya.

Conn no reflexionó mucho tiempo, pues no tenía ni la menor idea de dónde se encontraban ni qué dirección habían de tomar, así que no les quedó más remedio que confiar en el belicoso primo de Chaya.

—De acuerdo —dijo; entonces Caleb se puso en cabeza y se deslizó escaleras arriba, seguido de Conn y de Chaya, con Remy formando la retaguardia.

Todavía no habían alcanzado el final de la escalera cuando Chaya soltó un grito.

—¿Qué...? —Quiso preguntar Conn, pero la respuesta era evidente.

Chaya se detuvo, se inclinó hacia delante, se presionó el vientre con una mano y una mueca de terror mientras un líquido como agua sucia se derramaba entre sus piernas y goteaba sobre los peldaños.

¡El niño estaba a punto de nacer!

Chaya se echó a llorar porque el parto había empezado mucho antes de lo esperado.

Conn corrió hacia ella, le rodeó los hombros con el brazo que sostenía el

escudo y la condujo escalera abajo elevando una jaculatoria al Señor. Rara vez se había sentido tan impotente como en ese instante.

—¡Chaya! ¡Estoy aquí!

—¡Conn! —gimió ella, desesperada—. El niño... nuestro hijo... está a punto de nacer. ¿Qué he de hacer?

Las ideas de Conn se arremolinaron; su mirada se cruzó con la del normando, tan desconcertado como él. Puede que supiera blandir una espada y partir cráneos, pero traer un niño al mundo no era lo suyo.

Pero si Conn creyó que ese era su único problema, un instante después comprendió su error: alguien aporreó la

puerta, después se oyeron unos gritos agudos.

—Proviene del vestíbulo —dijo Caleb, agitado—. Alguien intenta derribar la puerta.

Conn tomó aire. La situación exigía una decisión inmediata. Separarse de Chaya precisamente en ese momento le rompía el corazón, pero si no lograba detener a esos intrusos el niño no tendría ninguna oportunidad.

—Llévalos a la bodega de la que habló tu padre —le ordenó a Caleb—, y allí haz lo que hay que hacer.

—Pero yo...

—Gracias, amigo —dijo Conn antes de que el desconcertado primo de Chaya

podiera replicar, y le apoyó la enguantada mano derecha en el hombro. Luego se volvió hacia Chaya, que apenas lograba mantenerse en pie debido al dolor y depositó un suave beso en su frente.

»Te amo —musitó, después él también desenvainó la espada y se dirigió al patio interior con Remy pisándole los talones.

Para orientarse les bastaron los chillidos de las criadas que reaccionaban frente a los golpes contra la puerta gritando a voz en cuello. Justo cuando Conn y Remy alcanzaron el vestíbulo, la puerta saltó de los goznes y apareció un improvisado ariete con una

cabeza de mármol, inmediatamente seguida por guerreros que portaban pesadas armaduras y las armas desnudas en las manos.

Las criadas huyeron como gallinas despavoridas, pero una anciana judía de cabellos grises no pudo escapar y uno de los intrusos la agarró. La mujer gritó con todas sus fuerzas... hasta que la espada del intruso se clavó en su pecho.

—¡No, maldita sea! —bramó Conn, enfurecido por el asesinato y, blandiendo las espadas, él y Remy se enfrentaron a los intrusos.

—¿Quiénes sois? —Quiso saber el cruzado y bizqueó por encima de la visera, desconcertado—. ¿Qué hacéis

aquí?

—Soy Conwulf, hijo de Baldric, y esta casa está bajo mi protección.

—No me digas —dijo el otro, sin bajar su ensangrentada espada—. ¿Y pretendes que te crea? ¿Acaso no es verdad que tú y el caraculo de tu amigo queréis apoderaros de todo el tesoro amasado por los judíos?

Remy soltó un bufido.

Por una parte resultaba obvio que la disputa no acabaría de manera amistosa. Los intrusos, mercenarios flamencos a juzgar por su acento, querían hacerse con un botín y no estaban dispuestos a que otros se lo arrebataran. Por la otra, el normando se había tomado a mal lo

de «caraculo».

Dio un paso adelante y antes de que el cabecilla de los mercenarios pudiese decir una palabra o reaccionar, cayó al suelo con el cuello cercenado y se asfixió con el chorro de sangre que brotó de su garganta. Los otros guerreros soltaron gritos de furia y arremetieron contra Remy, que se apartó de un brinco. Entonces estalló una lucha encarnizada, pero dominada por Conn y su amigo. Uno de los flamencos cayó bajo la espada de Conn, otro perdió la mano tras un cintarazo de Remy y cayó de rodillas, aullando. Los otros dos, ballesteros que llevaban las armas colgadas de la espalda, emprendieron la

huida y desaparecieron en la penumbra de una callejuela.

—Gracias, amigo mío —dijo Conn, respirando entrecortadamente y saludó al gigantesco normando con la cabeza—. Lamento que te hayas metido en grandes problemas por mí.

Remy soltó una carcajada.

—Ya estoy acostumbrado —dijo con locuacidad desacostumbrada—. Los anglosajones siempre causan prob...

Pero no pudo seguir hablando porque un proyectil de ballesta perforó la visera y se clavó en su garganta.

—¡No! —rugió Conn, presa del horror... pero entonces un segundo proyectil fue a clavarse en el hombro de

Remy, y en la callejuela resonó una risotada malévola: los ballesteros se habían tomado la revancha.

Remy se mantuvo en pie a pesar de los dos proyectiles clavados en su cuerpo. Su mirada era fija, como la de un reptil, su brazo derecho temblaba... y sin embargo entró en movimiento y se dirigió a la boca de la callejuela donde acechaba el enemigo. Avanzó tropezando y tambaleándose, y tras dar unos pasos el escudo se deslizó de su mano y cayó al suelo.

—¡No, Remy! —gritó Conn y corrió hacia él para protegerlo de los proyectiles. Pero fue demasiado tarde: el siguiente alcanzó a su amigo en el

pecho. El gigantesco normando se detuvo como si hubiese chocado contra un obstáculo... y un instante después otro proyectil se le clavó en la cabeza por debajo del yelmo.

Remy estaba muerto antes de caer al suelo... y una ira salvaje se apoderó de Conn: alzó la espada, se protegió con el escudo y echó a correr calle abajo. Calculó que ambos ballesteros tardarían un momento en volver a cargar sus armas y, en efecto, logró darles alcance antes de que lo lograsen.

Conn arremetió con la espada y perforó el corazón del flamenco, acurrucado en un nicho de la pared, y que había disparado desde un lugar

seguro. El otro ballestero aún tuvo tiempo de trocar la ballesta por un puñal, pero no pudo defenderse de los furiosos mandobles de Conn y se desplomó con una herida en el hombro de la que inmediatamente brotó un abundante chorro de sangre.

Conn se apresuró a regresar junto a Remy. Contemplar a su inmenso compañero —que no había sido amigo de grandes palabras pero que siempre permaneció fielmente a su lado y que le había enseñado a manejar la espada— tendido en un charco de su propia sangre fue espantoso. Conn notó que las piernas no lo sostenían y, jadeando, cayó a un lado del normando.

—¡Remy! ¡Pedazo de tonto, qué has hecho!

Aún invadido por el fervor del combate no derramó lágrimas de pena sino de ira, pero ignoraba contra quién estaba dirigida: contra sí mismo, por no haber hecho caso del consejo de Baldric, contra el tozudo de Remy, por haberlo acompañado para hallar su propio fin o contra los cobardes asesinos que habían acechado en la callejuela... o bien contra el Todopoderoso, por haber permitido semejante injusticia.

Con manos trémulas de emoción, Conn cerró los ojos de su amigo y murmuró una oración que era tanto un

lamento como una súplica de perdón. Luego se puso de pie para dirigirse a la casa de Ezra Ben Salomon. Se resistía a abandonar el cadáver de su amigo, pero quería ir en busca de Chaya, protegerla y estar a su lado cuando diera a luz a su hijo.

Pero el destino no lo permitió.

Justo cuando Conn alcanzó el extremo de la callejuela algo lo golpeó en la espalda.

El impacto fue tan violento que perdió el equilibrio y fue como si unos dientes muy afilados se hubieran clavado en su hombro izquierdo.

Soltó un alarido y se desplomó, se retorció en el suelo e, incapaz de volver

a incorporarse, tanteó el lugar de donde procedía el dolor... ¡y tocó el asta de madera de un proyectil de ballesta!

Entonces comprendió que había cometido un grave error: había dejado con vida a uno de los dos ballesteros. Con notó que las fuerzas lo abandonaban y, aunque ya despuntaba el alba, fue como si se precipitara en un oscuro abismo.

Antes de perder el conocimiento, lo último en lo que pensó fue en Chaya.

Chaya gritó.

Sus gritos resonaban contra el techo bajo y abovedado y regresaban en forma de eco atroz, pero no pudo evitar dar rienda suelta a su dolor, su pena y su temor.

Temor por la vida de su hijo.

Pena, porque no quería que el niño viera la luz en un lugar como ese y en una mañana como aquella.

Ella y Caleb se habían refugiado precipitadamente en las bodegas

subterráneas que se extendían por debajo de la ciudad y que antiguamente habían servido de almacén. Allí, en medio de un sótano húmedo y oscuro en el que moraban las ratas y las serpientes, Chaya se había desplomado en unos peldaños que alguien había excavado en la roca hacía mucho tiempo. Que su parto se hubiese adelantado, que arriba, en la superficie, se desarrollara una mortífera guerra y que quizás el mundo estaba destinado a sucumbir... todo eso ya no tenía importancia.

El parto había comenzado y resultaba imposible detenerlo, por más que Chaya lo deseara. El remolino de la

vida los había atrapado, al niño y a ella, y los obligaba a obedecer el dictado de la naturaleza... para espanto de Caleb, cuyo rostro solo expresaba temor.

Chaya se levantó el vestido y abrió las piernas; estaba tendida de espaldas en la escalera. Mostrarse de ese modo ante su primo era casi impensable, pero su necesidad de auxilio era mayor que la vergüenza. Caleb ignoraba casi todo acerca de cómo se trae un niño al mundo, pero al menos Chaya no estaba sola, aunque en ese momento lo que más deseaba era la presencia de su madre, para que le prestara su ayuda. Pero su madre no estaba allí, así que Chaya tuvo que conformarse con lo que le había

enseñado acerca del cuerpo femenino y del parto mientras aún estaba viva... y con su primo, que pese a estar a punto de entrar en pánico, hizo lo que pudo.

—Lo haces muy bien, Chaya —dijo—. No puede tardar mucho más. Solo has de tener un poco de paciencia.

Chaya tenía la frente cubierta de sudor y respiraba tan agitadamente que se sentía mareada. Aguardó a que llegara la siguiente contracción y al mismo tiempo la temía. Pero su férrea disciplina —que la había llevado desde un extremo del mundo hasta el otro y que hizo que no perdiera el valor ni siquiera durante los momentos más oscuros— seguía sosteniéndola.

Entonces se produjo la contracción y Chaya volvió a empujar con todas sus fuerzas para que el niño que había crecido en sus entrañas pudiera salir a la vida. Notó que sangraba y Caleb soltó un grito.

—¡Veo la cabeza, Chaya! Empuja, solo una vez más.

Se quedó sin aliento, tenía el pulso acelerado y, junto con las manchas negras que danzaban ante sus ojos, vio imágenes confusas de personas y acontecimientos que había presenciado y experimentado: Conwulf, su padre, Mardoqueo y su tío Ezra, incluso el libro de Ascalón... todos ellos se le aparecieron durante un instante, pero de

un modo casi aterrador, le resultaban indiferentes. Lo único importante era el niño al que debía dar vida.

—¡Ahora! —gritó.

Chaya empujó y notó una resistencia, creyó que la parte inferior de su cuerpo estallaría y volvió a soltar otro grito... y un instante después, este se confundió con el chillido agudo de un niño recién nacido.

El dolor se redujo y Chaya sintió que en ese instante su existencia terrenal cobraba sentido. Su cuerpo se relajó y se sumió en un cálido lecho formado por sensaciones delicadas y agradables y no sabía si era el alivio el que le permitía albergar dichas sensaciones... o la

hemorragia.

—¿Está...?

Chaya se incorporó un poco y trató de echar un vistazo al bulto ensangrentado que Caleb sostenía en brazos y que no dejaba de gritar, al tiempo que cortaba el cordón umbilical con su espada.

—Todo parece estar perfectamente —dijo, riendo, evidentemente tan aliviado como Chaya—. Es un niño, Chaya, un niño.

Le tendió el diminuto ser y ella lo recibió con lágrimas de alivio y alegría y se lo llevó al pecho. Se sentía vacía y al mismo tiempo más satisfecha y completa que nunca, sentía que formaba

parte de la Creación, una Creación a la que ya había dado su parte.

Contempló al niño con mirada amorosa: su figura delicada y de aspecto frágil, sus dedos diminutos, el pequeño rostro y los ojos azules que parpadeaban temerosos.

Ojos azules.

—Caleb —musitó—. ¿Me prometerás una cosa?

—Lo que quieras —dijo su primo, acurrucado al pie de la escalera completamente exhausto.

Chaya tragó saliva.

—No le digas a nadie quién es el padre del niño. ¿Harás eso por mí?

Caleb vaciló un momento.

—Callaré. Te tomaré como esposa y criaré al niño como si fuera mi hijo carnal.

Libro tercero

Terra Sancta

1098 d. C.

Antioquía

5 de junio de 1098

—¿Y bien?

Baldric le lanzó una mirada de interrogación a Bertrand, que acababa de entrar; estaba ojeroso y tenía la voz áspera. Bertrand se aflojó la correa del yelmo, se lo quitó y se sentó junto al hogar que ocupaba el centro del recinto. Después suspiró y negó con la cabeza.

—Nada —contestó en voz baja—.

No hay ni rastro del muchacho. Y tampoco de Remy.

Baldric no respondió, pero apretó los puños, tanto que los nudillos se le volvieron blancos. Inquieto, recorrió la habitación donde se albergaban él y sus camaradas tras la caída de Antioquía. Los defensores de la ciudad no pudieron ofrecer resistencia a los cruzados, que irrumpieron en masa. Al principio se enfrentaron a ellos, pero finalmente emprendieron la huida y se atrincheraron en la ciudadela, que aún seguían ocupando; pero el resto de la ciudad se encontraba en manos de los guerreros de Cristo, también la zona norte donde los normandos habían librado combates

bajo el mando del duque Roberto y donde finalmente también se instalaron.

Baldric solo podía barruntar lo que les había ocurrido a los propietarios de la casa que él y los suyos ocupaban. Quizá cayeron durante el combate, a lo mejor huyeron. O solo habían desaparecido, como tantos otros en esos días.

—He estado en la zona sur de la ciudad —dijo Bertrand, abatido—, pero no encontré nada, ni siquiera un indicio.

—Pero Conn estuvo allí, y también Remy. Alguien debe de haberlos visto.

—Sí, los vieron... pero al principio del combate. Hablé con un hombre que también formaba parte de la división de

Bohemundo. Según él, Conn y Remy se encontraban entre los primeros que escalaron la torre y también estaban presentes cuando abrieron una puerta para franquearle el paso a más cruzados, pero después su rastro se pierde.

Baldric se había detenido y se apoyó contra la gruesa columna que sostenía el techo bajo.

—Ese joven necio... ¿Qué habrá hecho?

—Creo que sabemos lo que ocurrió —dijo Bertrand en voz baja.

—¿Por qué no me hizo caso, al menos esta vez? —exclamó Baldric, tomando aire—. ¿También los buscaste en el barrio judío?

—Por supuesto, pero allí no encontré a nadie. Las casas están abandonadas, los habitantes se ocultaron, atemorizados.

Baldric asintió.

—¿Quién podría reprochárselo? —preguntó, recordando los gritos horripilantes que resonaron en la noche durante la conquista de las callejuelas y cuyo eco aún oía. Bertrand le lanzó una mirada compasiva. Los rasgos del normando ya no expresaban despreocupación, habían dado paso a la inquietud por sus amigos... y a una auténtica compasión por Baldric.

—Si Conn y Remy realmente fueron en busca de la muchacha, amigo mío, y

se encontraban en el barrio judío aquella noche, es muy posible que...

—No —lo interrumpió Baldric en tono brusco—. Conm sigue con vida, hemos de seguir buscándolo.

—Pero ¿dónde? Buscar a alguien en esta ciudad es como buscar una aguja en un pajar, no solo porque las callejuelas son tan laberínticas como la madriguera de un topo sino porque la mayoría de los barrios todavía están sembrados de cadáveres que transportan al cementerio en carros. Casi todos están desnudos porque les robaron su armadura y sus ropas y ya no se distingue el amigo del enemigo... como si en su bondad, una vez muertos, el Todopoderoso hubiera

decidido igualar a los que desoyen la verdad con los creyentes.

Baldric asintió con aire pensativo. Conocía las catastróficas circunstancias que aumentaban la dificultad de la búsqueda, pero no estaba dispuesto a abandonarla.

—Conn no está muerto —insistió—. Solo hemos de encontrarlo.

—Baldric...

—Está vivo —repitió Baldric en un tono tan definitivo que no admitía réplica. Bertrand no dijo nada más y clavó la vista en las llamas.

Se produjo una pausa prolongada durante la cual ninguno de los dos dijo una palabra. Por fin Baldric se separó

de la columna, se acercó al fuego y tomó asiento junto a su amigo.

—Si estuvieras en lo cierto, Bertrand —musitó con la mirada de su único ojo clavada en las llamas—, alguien pagará por ello. Lo juro, como que Dios...

Aún no había acabado de pronunciar el juramento cuando la puerta se abrió de golpe y apareció Berengario. Su hábito negro estaba cubierto de polvo y tenía el rostro pálido y demacrado debido al esfuerzo.

Pero sonreía.

—Hay novedades —proclamó—. Lo he encontrado.

Aunque no había indicadores de camino y un pasillo parecía idéntico al siguiente, Conn estaba convencido de que ya había pasado por ese cruce.

¿Se equivocaba? ¿Es que realmente había deambulado en círculo todo el tiempo como para volver a encontrarse justo en ese punto? ¿O solo creía recordar ese lugar porque un cruce era idéntico al otro? ¿Y si hubiese grabado una señal en la pared precisamente para responder a esa pregunta?

Conn inició una búsqueda febril. En medio de la penumbra deslizó la mirada por encima de las piedras... y encontró lo que buscaba.

Allí estaba la señal: dos triángulos entrelazados que formaban una estrella.

Conocía ese símbolo, si bien ignoraba de dónde. Irradiaba algo familiar que le dio cierta esperanza: tal vez lograría escapar de ese laberinto que parecía interminable, en el que ya hacía... ¿cuánto tiempo que estaba prisionero?

Por más que quisiera, no hubiera podido decirlo.

Conn decidió que esa vez optaría por el camino correcto y avanzó a lo

largo del pasillo que no se diferenciaba en nada de los demás. Pero de pronto creyó oír una voz que lo llamaba por su nombre.

—¿Conwulf?

La voz le resultaba conocida y apretó el paso. Apareció un hueco en la pared a través del cual penetraba un tenue rayo de luz.

—Estoy esperándote, Conwulf.

Vacilando, se acercó al hueco y se asomó. Una solitaria figura estaba sentada junto a una hoguera, envuelta en un amplio manto cuya capucha le ocultaba el rostro.

—Acércate, toma asiento.

Conn obedeció, entró y se sentó

frente a la figura, a la que en ese momento creyó reconocer.

—Chaya —susurró—. ¿Estás aquí?

La figura, de la que solo se veía el mentón bajo la luz titilante de las llamas, no contestó.

—¿Cómo se encuentra el niño? —preguntó Conn en tono vacilante—. Nuestro hijo.

Entonces la figura alzó la cabeza y echó la capucha hacia atrás.

Conn se asustó.

—¡Nia!

Ella no contestó, se limitó a contemplarlo. Había olvidado cuán hermosa era. El rostro bonito, el cabello castaño, la mirada desafiante de sus ojos

oscuros, todo ello despertó sus recuerdos... y también hizo que Conn sintiera un profundo arrepentimiento. Si hubiese sabido que Nia aún seguía viva y que lo esperaba allí, jamás habría...

—¿Qué has hecho, Conwulf? —preguntó ella—. ¡No cumpliste tu juramento y buscaste un nuevo amor!

—No quise hacerlo —se apresuró a asegurar Conn—, pero ocurrió. Chaya se parece a ti en muchos aspectos.

—¿Y? ¿Crees que ello disminuye tu culpa?

—Han ocurrido tantas cosas desde que tú... desde la última vez que nos vimos —respondió Conn—. Juré vengarte, Nia, y estaba decidido a

hacerlo. Así que fui a la Torre de Londres para matar a Guillaume de Rein, pero entonces las cosas cambiaron. Averigüé ciertos asuntos...

—¿Qué asuntos?

—Un complot para asesinar al duque de Normandía. Su propio hermano quiere quitarlo de en medio y su herramienta es nada menos que el hombre que te atacó.

—¿Estás seguro?

—Lo oí con mis propios oídos, Dios es mi testigo. Pero entonces me descubrieron y tuve que huir. Escapé por los pelos, con una flecha clavada en el brazo, y si no fuese por el señor Baldric...

—¿Quién es Baldric?

Conn asintió; Nia no podía saber quién era Baldric.

—Baldric es un normando, pero no es como aquellos que creíamos conocer. Sabe lo que significa ser un proscrito y me salvó la vida. Es como un padre para mí.

—¿Y... Chaya?

Oírla pronunciar ese nombre era doloroso.

—¿Qué pasa con ella?

—¿La amas?

Conn le lanzó una mirada, asustado. ¿Qué debía decirle? ¿La verdad? Reflexionó un momento para descubrir en qué consistía esa verdad y entonces

se percató de que Nia estaba cambiando.

De pronto su rostro se volvió pálido, su piel se cubrió de manchas oscuras, la consecuencia de las heridas. Su mirada se tornó amedrentada y un hilillo de sangre se derramó de las comisuras de su boca. Conn se asustó: ese había sido su aspecto la última vez que se encontraron, cuando ella murió en sus brazos.

¡Todo se repetiría!

—¡No! —gritó, horrorizado, se puso de pie y le tendió los brazos, pero las llamas de la hoguera se elevaron e impidieron que pudiera alcanzarla—. ¡Nia! —volvió a gritar con todas sus fuerzas—. ¡Chaya...!

—¡Sujetadlo!

Baldric se había inclinado por encima del lecho de Conn y le sujetaba las muñecas mientras Berengario y Bertrand le aferraban las piernas. La fiebre lo hacía delirar y agitarse de un lado a otro, y corría peligro de hacerse daño.

Había hablado en voz alta.

Al principio solo eran palabras incoherentes y sin sentido, pero después dieron paso a frases completas, como si en sus sueños Conn mantuviera un diálogo con alguien... y sus amigos se enteraron de asuntos que aún lo

consternaban.

—Tranquilo, muchacho —dijo Baldric mientras Conn trataba de zafarse —, está todo bien. Tranquilo.

Y Conn se relajó un poco, su respiración entrecortada y agitada se sosegó y su rostro en cuyas sienes se destacaban las venas, se serenó.

—Tranquilo —repitió Baldric y, como si Conn pudiera oírlo a través de los velos del sueño febril, dejó de resistirse y sus amigos volvieron a soltarlo.

—¿Qué diablos fue eso? —preguntó Bertrand.

—El delirio de la fiebre causada por la herida —dijo Berengario—. Los

monjes que lo encontraron dicen que suele tener estos ataques varias veces al día.

—¿Y siempre habla entre sueños?
—Quiso saber Baldric.

—De eso no dijeron nada. Muchos afectados por la fiebre delirán y dicen cosas confusas.

Baldric asintió y deslizó la mirada a través del amplio recinto abovedado que hasta escasos días había sido un baño público, pero que entonces los cluniacenses utilizaban como hospital. Los guerreros de Cristo heridos yacían uno junto al otro en el suelo, muchos de ellos más muertos que vivos. Los gritos flotaban en el aire húmedo y había

sangre por doquier; sin embargo, que Conn se encontrara allí se debía a una más que feliz coincidencia.

Los monjes informaron de que lo habían encontrado en la mañana tras la batalla librada en el barrio judío, desprovisto de sus armas y su cota de malla. Como tenía el proyectil de ballesta clavado en un hombro lo habían dado por muerto y lo cargaron en un carro para trasladarlo fuera de la ciudad junto con innumerables cadáveres más. Pero entonces soltó un gemido y lo llevaron al hospital, no obstante convencidos de que no tardaría en morir.

Pero una vez más, el joven anglosajón había demostrado una gran

resistencia y sobrevivió a la extracción del proyectil y a la costura de la herida... pero había perdido mucha sangre. Y encima la herida se infectó; Conm presentaba un aspecto lamentable, estaba lívido y demacrado.

Baldric supuso que todo ocurrió durante la noche de la conquista. Ignoraba el destino corrido por Remy, aunque algunos monjes creían recordar el cadáver de un gigantesco normando. Y, además, ¿por qué el proyectil que el monje había extraído de su hombro no era de origen turco sino inequívocamente disparado por una ballesta franca?

Baldric estaba acurrucado junto al

lecho de Conn con las manos plegadas para la oración. Por más aliviado que se sintiera porque lo habían encontrado, no dejaba de temer por su vida... y lo que había oído en boca de su hijo adoptivo no dejaba de espantarlo.

—¿Y si fuera algo más que una pesadilla? —dijo Bertrand, dando voz a la desagradable idea también albergada por Baldric.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Berengario, pero las miradas elocuentes de los otros dos fueron respuesta suficiente—. ¿Creéis que realmente vivió todo eso?

—Guillaume de Rein mató a la muchacha que Conwulf amaba —

respondió Baldric—. La noche en la que lo encontré, irrumpió en el castillo de Londres para enfrentarse a De Rein... ¿Y si hubiese sido el testigo involuntario de un complot? ¿Un complot contra el duque de Normandía?

—No obstante —objetó Berengario—, ¿no os parece que eso es aventurarse mucho? Quizá solo sea el resultado del delirio febril.

—Quizá del delirio de un conde, pero no del de un muchacho sencillo. Además, cobra sentido de un modo aterrador: todos saben que el rey Guillermo y el duque son enemigos pese a todo lo manifestado en contra. Nunca se perdonaron el amor desigual de su

padre.

—¿Así que creéis que Conwulf realmente escuchó lo que ha dicho?

—Así es —dijo Baldric.

—Es imposible —dijo Bertrand, convencido—. Conm nos lo hubiera dicho. Al fin y al cabo somos sus amigos, ¿no?

—¿Y acaso le hubiéramos creído? —dijo Baldric, formulando la pregunta decisiva—. ¿Es que tú alguna vez dejaste de burlarte de su origen anglosajón?

—Pero solo para tomarle el pelo —dijo Bertrand, procurando defenderse.

—Sin embargo, no hicimos nada para que considerara que podía confiar

en nosotros hasta ese punto y por eso se guardó la información: para protegerse.

—Puede que también quisiera protegeros a vos —objetó Berengario—. Si las cosas realmente sucedieron tal como vos suponéis, la vida de alguien que también estuviera al corriente podría correr peligro. A lo mejor Conn no quiso exponeros a él.

Baldric frunció los labios: era algo que no se le había ocurrido, pero tras todo lo que sabía sobre Conn, no podía descartarlo. Desde el primer momento, el joven anglosajón había causado una profunda impresión en Baldric. Era de ideas independientes y tendía a la tozudez, pero en su pecho latía un

corazón valiente y su lealtad y caballeridad superaban la de muchos normandos.

—Bien, de acuerdo —dijo Bertrand—, así que supongamos que Conn dice la verdad y que todo eso realmente aconteció... ¿qué hemos de hacer? ¿Dirigirnos a los nobles de Roberto y confesarles lo que sabemos?

—Eso no sería muy inteligente —dijo Berengario—. Si Conn es el único testigo del complot para asesinar a Roberto y a excepción de su declaración no existen pruebas, De Rein lo negaría todo y no habríamos ganado nada.

—Tenéis razón —dijo Baldric, asintiendo—. En el concejo de los

nobles la palabra de un barón normando no tiene el mismo valor que la de un soldado anglosajón.

—Y si De Rein descubriera que tú estás relacionado con el asunto sacaría a la luz tu pasado para restarle crédito a tus palabras ante el duque —añadió Bertrand—. Así pues, ¿qué tenemos que hacer?

Baldric contempló a Conn, que volvía a agitar la cabeza de un lado al otro, impulsado por el desasosiego de la fiebre.

—Nada. Conn debe vivir, de lo contrario Guillaume de Rein habría ganado de todos modos.

—Mis apreciados hermanos

cluniacenses hacen todo lo posible — aseguró Berengario.

—Pues puede que no sea suficiente —dijo Baldric, echando un vistazo al rostro lívido de Conn.

—¿Qué queréis decir?

—La judía ya ayudó a Conn en cierta ocasión, antaño, en Génova cuando su brazo herido se infectó.

—¿Y pretendéis exponer a vuestro hijo adoptivo a sus conocimientos, en vez de confiarlo al centenario saber de los siervos de Dios? —exclamó Berengario con expresión absolutamente incrédula.

—De momento, vuestros hermanos no han logrado sanar a Conn y su

debilidad aumenta con cada hora que pasa.

—¿Y por eso queréis recurrir al consejo de la magia y de las artes oscuras?

—¿Qué significa eso, *pater*? Conocéis a Chaya. No es una bruja y tampoco practica artes demoníacas.

—¿No? —dijo el monje, y en sus pequeños ojos brillaba la ira—. ¿Acaso no sedujo a Conn e hizo que engendrara un niño en su cuerpo perverso?

Entonces también intervino Bertrand.

—¿Es que no habéis prestado atención, *pater*? —preguntó—. ¿No habéis entendido lo que le ocurrió en Londres al muchacho? Dado todo el

dolor que sufrió, que anhele el calor de una mujer no tiene nada de raro... si bien alguien como vos no puede comprenderlo.

—¡Cuida tu lengua, pecador, y ocúpate de la salvación de tu alma! — espetó Berengario y luego se dirigió a Baldric—. ¡Os suplico que tengáis paciencia! ¡No busquéis la ayuda de una zorra impía!

—¿Cuánto he de esperar? — preguntó Baldric—. ¿Tal vez hasta que Conn ya no vuelva a levantarse de su lecho?

—El Señor suele ponernos a prueba de diversas maneras.

—Es verdad, y Dios es testigo de

que ya he soportado numerosas de Sus pruebas. Pero no esta. Tres días es el tiempo que les concedo a los monjes. Si hasta entonces el estado de Conn no ha mejorado me dirigiré al barrio judío.

Dejó plantado a Berengario, pasó junto a las hileras de los heridos y se dirigió a la salida, seguido de Bertrand.

El monje los siguió con la mirada; estaba furioso y soltó una amarga maldición, por la cual pidió perdón de inmediato. La situación se había complicado de un modo imposible de prever.

Claro que deseaba que Conn se curara... pero las complicaciones que podrían producirse si Baldric le pedía

consejo a la judía y quizá la llevaba hasta el lecho de Conn le producían un profundo temor. Porque Berengario tenía demasiado que ocultar. Se llevó la mano bajo el hábito y tanteó el rollo de pergamino.

Y mucho más que perder.

Campamento al norte de Antioquía
8 de junio de 1098

Avanzaron lo más rápido posible, tanto de día como de noche, a marchas forzadas, que exigieron el máximo esfuerzo de hombres y animales... pero a pesar de ello, el ejército reunido bajo el mando de Kerbogha, *atabey* de Mosul, llegó dos días demasiado tarde para evitar la conquista de Antioquía. Cuando la vanguardia de los guerreros

alcanzó el campamento de los cruzados, lo encontraron abandonado: el enemigo se había retirado tras las murallas protectoras que antes asedió inútilmente durante meses.

Fue un descubrimiento devastador que causó una gran depresión en el ejército, tal como Bahram al-Armeni comprobó, profundamente agobiado.

Los emires y los gobernadores que se habían puesto bajo el mando del *atabey* de Mosul, con el fin de enfrentarse a los conquistadores, entre ellos también Suqman de Diyarbakir y Duqaq de Damasco —cuyas tropas habían sufrido una considerable derrota en Al-Bira—, se habían reunido en la

tienda de Kerbogha, montada a toda prisa mientras el imponente ejército acampaba en las colinas circundantes, para deliberar. El único que no participó en la reunión fue Ridwan, el hermano de Duqaq: al igual que este, Ridwan también había intentado derrotar a los cruzados por su cuenta y fracasó.

El ejército de Kerbogha se había reunido en Marj Dabik, una hueste formada por mil guerreros *ghulam* armados, además de innumerables arqueros y soldados de infantería. Como Kerbogha aportó la mayor parte del ejército y actuaba bajo las órdenes del califa de Bagdad, nadie cuestionó que ocupase el puesto de comandante en

jefe, ni siquiera Duqaq, cuya ambición se había reducido de manera considerable tras la derrota de Al-Bira. Si al principio el hijo de Tutush había fantaseado con gobernar toda Siria, entretanto su único deseo era expulsar a los cruzados y mantenerlos alejados de Damasco. Bahram no sabía si había comprendido que la derrota de Al-Bira era el resultado de su propia vanidad, pero no tenía la menor intención de decírselo.

Junto con los demás emires y gobernadores, el soberano de Damasco se encontraba ante la gran mesa que ocupaba el centro de la espléndida tienda de Kerbogha sobre la cual había

varios mapas donde aparecían las murallas y las instalaciones defensivas de Antioquía. Los oficiales y los subcomandantes estaban de pie a espaldas de sus señores, formando una fila junto a las paredes de la tienda y aguardando en silencio el resultado de las deliberaciones.

En cierto modo, Kerbogha era lo opuesto a Duqaq. Regordete, pero alto y fornido, parecía un hombre muy seguro de sí mismo. Y a diferencia del emir de Damasco, cuya mayor pretensión siempre consistía en incrementar sus posesiones y su reputación, en todo momento Kerbogha era muy consciente de su posición y del poder relacionado

con esta.

Sentado en un sillón forrado de piel de camello, la cabeza envuelta en un gran turbante *muhannak* que le proporcionaba aún más dignidad a su aspecto, que de todos modos ya imponía respeto, el *atabey* prestaba oídos a los argumentos de sus aliados. Parecía escuchar con atención especial a aquellos emires cuyas tropas ya se habían visto envueltas en batallas con los cruzados. Sus ojos verdes de mirada brillante y misteriosa no dejaban adivinar sus pensamientos, como tampoco la expresión de su rostro enmarcado por una espesa barba.

Con aire sosegado, Kerbogha

escuchaba todos los argumentos.

Los de Suqman, quien estaba a favor de un ataque en masa contra la afectada muralla del norte de la ciudad; los de Janah al-Dawlas, el emir de Homs, que afirmaba que un ataque desde el oeste tenía mayores posibilidades de resultar exitoso; las advertencias de Duqaq, que se manifestó contrario a una confrontación directa con los cruzados y quien, tras las experiencias adquiridas en Al-Bira, prefería apostar por matar de hambre a los asediados. Todos los jefes presentaron sus ideas y a menudo se producían diferencias de opinión entre los emires y gobernadores, que se envidiaban mutuamente la gloria antes

de haberla alcanzado y que procuraban quedar lo mejor posible ante el poderoso Kerbogha; Bahram no pudo evitar compararlos con niños que competían por obtener el favor de su padre.

Kerbogha los dejó hacer hasta que en cierto momento se hartó. Hizo callar al emir de Membidj con un gesto, quien hacía un instante había elogiado su propio punto de vista con gran locuacidad.

—Toda esta cháchara es inútil — dijo el *atabey*, interrumpiendo el silencio—, mientras ignoremos lo que emprenderá el enemigo. En cuanto concentremos nuestro ataque en un lugar

preciso nos volveremos vulnerables, y los cristianos lo saben.

—Es verdad, gran Kerbogha —lo secundó Duqaq en tono servil—. Por eso estoy a favor de proseguir con el asedio. Conocemos las circunstancias que reinan en la ciudad. Los cruzados mueren de hambre y están a punto de sucumbir. Solo debemos tener un poco de paciencia.

—O disponer de más tropas —objetó Kerbogha—. Si el emir de Aleppo nos apoyara, podríamos rodear toda la ciudad y atacarla desde varios puntos a la vez.

—Ridwan nos ha negado su ayuda, poderoso *atabey* —objetó Duqaq, a

quien la idea de tener a su hermano a su lado y con el que quizá deber compartir el botín de guerra le desagradaba visiblemente—. Es un cobarde y no merece nuestra atención.

—Entonces hemos de tratar de averiguar qué ocurre en el interior de las murallas. ¿Ahmed? —dijo el *atabey* e indicó a uno de sus oficiales que se acercara.

—¿Sí, señor?

—Os encargo el mando supremo sobre la ciudadela. Esta misma noche partiréis junto con un pequeño grupo de guerreros, os acercaréis desde el oeste, penetraréis en la fortaleza y os haréis cargo del mando de la guarnición; a

partir de hoy me informaréis de todo lo que acontece en la ciudad.

—Sí, señor.

Ahmed ibn Merwan inclinó la cabeza, orgulloso por haber recibido una importante misión. Luego abandonó la tienda para reunir al grupo y emprender los preparativos necesarios.

—Ahora dispondremos de ojos y oídos en el interior de las murallas —dijo Kerbogha—, pero ello no basta. Debemos saber qué piensan los cristianos, tenemos que comprenderlos.

—Eso será muy difícil —dijo Suqman de Diyarbakir—. Los cruzados no se asemejan a los otros guerreros contra los que hemos luchado en el

pasado. Luchan con pavorosa determinación, y sus espadas, aunque oxidadas y torpes, se convierten en armas terribles en sus manos. No convierten a los derrotados en esclavos y tampoco toman prisioneros con el fin de volver a liberarlos tras el pago de un rescate. Solo parecen interesados en matarnos, pero... ¿por qué? ¿Qué los ha convertido en semejantes bestias?

—Esas son las preguntas que debemos hacernos, amigo mío. Solo tras comprender al enemigo seremos capaces de identificar sus puntos débiles y derrotarlo.

—Entonces haced vuestras preguntas —le exigieron al *atabey* tanto Duqaq de

Damasco como otros emires y príncipes —. Pues Bahram al-Armeni, el comandante de mi *askar*, es un cristiano. Aunque ha sucumbido a la fe errónea, ha servido a mi padre durante muchos años y en numerosas batallas. Previendo que podría resultar útil a nuestra causa, le ordené que me acompañara en esta deliberación.

Con expresión asombrada, los demás comandantes se volvieron hacia él y, antes de que Bahram alcanzara a comprender lo que ocurría, cien pares de ojos le dirigieron la mirada. Que hubiese cristianos sirviendo en los ejércitos selyúcidas no tenía nada de particular, pero que uno de ellos hubiera

logrado convertirse en oficial e incluso en comandante de la caballería suponía una sorpresa para muchos de los presentes, sobre todo para los subcomandantes árabes de Kerbogha.

Bahram frunció los labios en un intento de ganar tiempo. No había contado con una pregunta como esa, sobre todo porque dejaba claro algo que él había sospechado en secreto hacía tiempo: a saber, que el ataque de los cruzados lo afectaba y lo concernía de una manera muy personal.

Antaño sus señores musulmanes lo habían tomado por lo que era: un infiel, pero al que no obstante respetaban y apreciaban. Se lo había agradecido

sirviéndoles con afán y absoluta lealtad, pero la llegada de los cruzados lo había convertido en un sospechoso. No cabía duda de que aún lo consideraban un aliado, pero debido a su fe también suponían que se encontraba más próximo a sus enemigos que ellos mismos. Hasta entonces lo único que había contado eran sus logros, sus conocimientos estratégicos y su valentía frente al enemigo... pero entonces de pronto su religión también jugaba un papel.

Por eso contestó en tono cauteloso:

—Venerable Kerbogha. Ya se lo he dicho a mis señores y ahora os lo digo a vos: ignoro lo que piensan los cruzados y también qué los impulsa. Si bien he

sido bautizado y creo en la resurrección de Jesucristo, soy un hijo de Oriente y no puedo decirlos qué planean esos hombres ni por qué luchan con tanta ferocidad.

—¿No podéis? —preguntó el emir de Membidj, un hombre menudo y de mirada sombría—. ¿O no queréis? ¿Os sentís más próximo a vuestros correligionarios que a nosotros?

—La lealtad del armenio es incuestionable —dijo Duqaq, saliendo en defensa de Bahram, quizá también debido a que cualquier crítica a su protegido ponía en duda su propio juicio—. Lo ha demostrado con mucha frecuencia.

—¿También en el combate contra los cristianos? ¿O solo cuando combatía contra los hijos de Mahoma? —preguntó Kerbogha.

Bahram se sentía cada vez más incómodo.

—En general, se trataba de luchar contra los hijos de Mahoma, pero de vez en cuando también había cristianos entre sus filas y al final acabé luchando contra los cruzados en Al-Bira. Que no pueda responder a vuestras preguntas no se debe a una falta de lealtad, señor, sino solo a que lo ignoro todo sobre esos cristianos. Proviene de tierras en las que jamás he estado y que me resultan tan desconocidas como a vos. Además,

nuestra fe nos enseña a no matar y a amar al prójimo, así que no puedo explicaros qué los impele a cometer sus actos... a excepción de esas cosas que impulsan a todos los mortales en su fuero interno.

—¿Y cuáles son esas cosas? —
Quiso saber Janah al-Dawlas.

—El temor —contestó Bahram sin vacilar—. La ira y la codicia.

A juzgar por la expresión de los emires y los subcomandantes, la respuesta no era de su agrado, quizá porque se veían retratados o porque los consternaba la idea de que el enemigo atrincherado tras las murallas de Antioquía —a quien querían ver como

un siniestro demonio— fuese humano.

—Así que si me preguntáis por las ideas y opiniones de los cristianos no puedo contestaros —añadió Bahram—. Sin embargo, la experiencia anterior me ha enseñado que los cruzados son peligrosos, que son como un incendio feroz al que uno no puede darle la espalda ni un instante. Incluso ahora, por más débiles y hambrientos que estén, no debemos cometer el error de subestimarlos.

—En efecto, armenio —lo secundó Kerbogha—. Un león herido es el más peligroso... y lo mejor es no seguirlo hasta su guarida.

El *atabey* reflexionó y Bahram se

alegró de que los emires y los oficiales empezaran a apartar la mirada de él y la dirigieran a su comandante supremo. Pero alguna de aquellas miradas revelaban una nada disimulada desconfianza y volvió a comprender que algunas cosas habían cambiado.

—Modificaremos nuestra manera de proceder —declaró Kerbogha—. No cometeremos el error de arremeter contra las murallas del enemigo y malgastar nuestras fuerzas. Más bien, haremos todo lo posible por provocar un ataque de los cristianos.

—¿Cómo lo lograremos? —preguntó alguien.

Kerbogha sonrió.

—Si los cruzados realmente están tan debilitados como suponemos, lo último que desean es un asedio prolongado. Ordenaremos a la guarnición de la ciudadela que emprenda un ataque con el fin de presionar al enemigo. Entonces no le quedará más remedio que buscar la decisión en campo abierto... y allí, hermanos míos —dijo alzando el puño derecho—, lo haremos pedazos.

Antioquía

En la misma época

Era el quinto día después de la conquista.

En vez de mejorar, el estado de Conn había empeorado de manera considerable y al final los monjes entendidos en el arte de curar ya no supieron qué hacer. Entonces Baldric decidió buscar ayuda en otra parte, haciendo caso omiso de las advertencias

de Berengario de que no confiara en la magia de los infieles. Mientras Bertrand permanecía junto a Conn, Baldric emprendió camino al barrio judío.

La ciudad era como un agitado nido de avispas.

La calle principal que conducía desde la puerta de San Pablo hacia el suroeste, hasta el gran bazar y de allí a lo largo de las fachadas soportadas por columnas hasta el barrio judío, estaba ocupada por un gentío indescriptible. Había multitudes de mendigos, refugiados, borrachos y personas sin techo, y también prostitutas y ladrones que disfrutaban haciendo excelentes negocios en medio de toda la confusión.

Los escasos comerciantes que aún disponían de algo para vender habían abierto sus tiendas y ofrecían sus mercancías a viva voz; a ellos se sumaban los cruzados encargados de patrullar la ciudad o de conseguir mano de obra y materiales de construcción.

Todos los guerreros de Cristo ya vivían en el interior de las murallas, junto con sus familias, criados y el considerable contingente que aún acompañaba la campaña militar. Los guerreros pobres vivían al aire libre o en tiendas montadas en las plazas y en la zona sudoriental, pero la mayor parte encontró alojamiento en los edificios que hasta hacía escasos días habían

pertenecido a musulmanes pudientes o estaban habitados por parientes de los oficiales de la guarnición. Los que no abandonaron sus casas voluntariamente fueron expulsados y a menudo asesinados, con frecuencia por los cristianos de Antioquía que habían participado en la lucha con gran entusiasmo. Seguro que aún había algunos turcos con vida, ocultos en lugares oscuros donde permanecían confiando en que los ocupantes desaparecieran con rapidez.

La perspectiva de que ello ocurriera era bastante buena, tal como Baldric tuvo que confesar de mala gana, pues el ejército que había llegado hacía un par

de días —y que ahora se había instalado en el campamento anteriormente ocupado por los cruzados— estaba formado por diez mil guerreros descansados, mientras que el combate por conquistar la ciudad y el hambre habían debilitado a los cruzados. Y puesto que nadie sabía dónde se produciría el ataque de Kerbogha, el comandante enemigo, por toda la ciudad se preparaban apresuradamente para la defensa.

Reparaban las armas y las armaduras, acumulaban las escasas provisiones de flechas y proyectiles, y también procuraban reforzar las centenarias murallas de la ciudad,

afectadas por el prolongado asedio. Pero la actividad más importante se desarrollaba allí donde la ciudadela del enemigo estaba clavada como una espina en la carne de los cruzados: supervisados por Bohemundo de Tarento y Raimundo de Tolosa, se apresuraban a construir un terraplén que debía impedir que la guarnición de la fortaleza atacara a los guerreros de Cristo por la espalda.

La inquietud que se cernía sobre la ciudad era evidente: temor, ira, desesperación y obstinación eran sus elementos principales. Habían luchado por Antioquía durante tanto tiempo y sufrido bajas tan pavorosas que se negaban a volver a perderla así, sin más,

y por tanto estaban dispuestos a hacer lo que fuera por conservarla. Sobre todo porque era evidente que, en caso de sufrir una derrota, no podrían esperar misericordia. No la habían tenido durante la conquista y tampoco la recibirían ahora.

El camino a la periferia sur de la ciudad pasaba junto a la vieja catedral de Antioquía, utilizada por los turcos como mezquita y que, bajo la dirección del legado papal Adhemar de Monteil, ahora volvía a cumplir con su función original. Según decían, celebraría una misa solemne para agradecer al Señor por la conquista de la ciudad, pero aún nadie se atrevía a hacer repicar las

campanas. Las heridas eran demasiado frescas, demasiado grande la escasez... y demasiado superiores las huestes enemigas que se reunían al norte.

Cuando Baldric alcanzó el barrio judío, el ajetreo reinante en la calle principal disminuyó de manera repentina. Solo las casas situadas en el límite del barrio estaban habitadas por los cruzados que no habían hallado alojamiento en otro lugar, pero cuanto más avanzaba Baldric, tanto más desiertas se volvían las callejuelas. Las entradas de las casas estaban bloqueadas y también las ventanas. Baldric supuso que los habitantes permanecían en el oscuro interior,

temblando y temiendo por su vida; tras lo sucedido, tenían motivos para hacerlo.

La plaza del mercado estaba desierta, las puertas de la sinagoga abiertas de par en par. Los soldados flamencos del conde Roberto la habían saqueado la misma mañana de la conquista y nada ni nadie podría haberlo impedido. Aquí y allá se veían los restos de carros volcados y algún que otro cadáver que quizá había sido pasado por alto durante el desalojo o bien solo se añadieron más adelante. En esos días el valor de una vida humana era nulo y Baldric se llevó la mano a la empuñadura de la espada al tiempo que

recorría lentamente la plaza del mercado, lanzando miradas cautelosas en torno.

De pronto percibió un movimiento a su lado.

Una figura menuda apareció tras un muro bajo y se dispuso a echar a correr hasta la callejuela más próxima, pero Baldric se interpuso en su camino.

—¡Alto! —dijo el normando alzando la voz; la figura se detuvo y Baldric tuvo tiempo de dar un paso hacia delante y aferrarla del cuello del vestido. Era un niño de unos ocho o diez años. No soltó un grito, pero su mirada expresaba el más absoluto terror y se debatió entre las manos del tuerto, que no lo soltó.

—¿Dónde se encuentra la casa de Ezra Ben Salomon? —preguntó Baldric.

El niño agitaba los brazos como un demente.

—¿Es que no me has oído? ¡Busco la casa de Ezra Ben Salomon!

De repente el niño dejó de debatirse; Baldric supuso que no hablaba francés, pero parecía haber comprendido el nombre.

—¿Ben Salomon? —preguntó con voz temblorosa y alzó la vista.

Baldric asintió y entonces el niño indicó la callejuela a lo largo de la cual había tratado de escapar.

—¿Dices la verdad?

—Ben Salomon —repitió el niño y

una sonrisa tan inocente se asomó a su rostro que incluso Baldric tuvo que sonreír.

—Gracias —dijo y lo soltó.

El muchacho echó a correr y en un momento desapareció a través de un hueco en la pared.

Baldric enfiló la callejuela y poco después se encontró ante la puerta de una casa imponente que debía de pertenecer a un ciudadano rico. La puerta de madera había sido arrancada de los goznes, los restos estaban tirados en el suelo y más allá de la entrada reinaba la penumbra.

Baldric apretó los labios, desenvainó la espada, remontó los

peldaños y entró.

El vestíbulo había sido arrasado.

Los frescos que decoraban las paredes y el techo estaban tiznados de negro, trozos de ánforas de cerámica cubrían el suelo y chirriaron en cuanto Baldric los pisó. Avanzó cuidadosamente y alcanzó un estrecho pasillo que conducía a un patio interior bordeado de columnas. La fuente central estaba seca; la estatua que ocupaba el centro, tumbada; en los pasadizos que desembocaban en la columnata habían arrancado las cortinas y por todas partes había escombros de muebles destrozados. Baldric comprobó que allí no solo había obrado la codicia, sino

también una furia destructora.

De pronto oyó un ruido y se detuvo.

A su izquierda había una pequeña ventana y en el interior reinaba una oscuridad impenetrable en la que alguien parecía ocultarse.

—No os haré nada —dijo Baldric y sostuvo la espada a un lado con la punta hacia abajo, manifestando que sus intenciones eran pacíficas... pero eso también le permitiría defenderse si fuera necesario—. ¿Es esta la casa de Ezra Ben Salomon? Estoy buscando a...

No pudo acabar la frase porque de pronto una sombra apareció en la ventana y bajo la luz del ocaso, Baldric vio el brillo de una cimitarra, brincó

hacia atrás y alzó la espada. Ambas armas entrechocaron, pero solo un par de veces, después la cimitarra se partió con un sonido metálico y el atacante retrocedió soltando una maldición. Entonces Baldric vio su cara: era la de un joven de unos veinte inviernos cuyos ojos lo contemplaban con un odio absoluto. Parecía decidido a abalanzarse sobre el caballero con lo poco que quedaba de su miserable arma.

—¡No lo hagas! —gritó Baldric, acentuando cada palabra y confiando en que el otro las comprendiera—. Si vuelves a atacarme tendré que matarte y no quiero hacerlo.

—¿Por qué no? —replicó el otro, y

para sorpresa de Baldric, hablaba en un francés lamentable pero comprensible —. Ya habéis dado muerte a tantos inocentes... ¿Qué más da uno más?

—No estoy aquí para combatir — dijo Baldric y volvió a envainar la espada.

—¿Entonces qué quieres, perro cristiano?

—¿Es esta la casa de Ezra Ben Salomon?

—Lo que los tuyos han dejado de ella.

—Estoy buscando a la judía Chaya. Me dijeron que vive aquí.

—¿Qué quieres de ella?

—¿Puedes llevarme con ella, sí o

no?

El joven clavó la mirada en el normando, mostrando los dientes como una fiera salvaje. Baldric pensó que sabía de quién estaba hablando, pero se trataba de saber si se lo diría.

—Por favor —añadió el caballero—. Una vida corre peligro.

—¿La de quién? —preguntó el judío sin inmutarse.

—La de Conwulf, el anglosajón —contestó Baldric y se enderezó—. Le salvó la vida a Chaya y ella está en deuda con él.

—¡Mi prima no está en deuda con nadie, perro cristiano! —espetó el joven y sus palabras no solo revelaron que

conocía a Chaya, sino también su parentesco con ella—. Y después de todo lo que ese miserable inglés le hizo, sería mejor que no mencionaras su nombre en esta casa...

—Está bien, Caleb —dijo una voz que lo hizo callar, y una mujer salió de uno de los pasadizos. Llevaba un manto azul y un velo le cubría el rostro. Cuando lo apartó, Baldric agradeció al Creador: era Chaya.

—Estáis viva —constató, aliviado—. Así que el sacrificio de Conn no fue en vano.

—¿Su sacrificio? —preguntó y la mirada de sus ojos oscuros expresaron temor—. ¿Qué ha ocurrido?

—Conn está malherido, Chaya. Y requiere vuestra ayuda.

Era un misterio.

En medio de la soledad de su modesto alojamiento situado en la bodega de una vieja casa, Berengario contemplaba el pergamino que había robado con expresión meditabunda. Pero cuantos más trozos lograba descifrar, tanto más persuadido estaba de que al menos no había cometido ese pecado en vano.

La traducción solo avanzaba con lentitud.

Aunque Berengario dominaba

muchas lenguas y escrituras antiguas, el misterioso pergamino cuyo estuche ostentaba el sello de Salomón no dejaba de presentar nuevos enigmas.

El hebreo en el que estaba escrito se asemejaba a la *sefat hathora*, aquella lengua en la que estaba redactada la Torah, pero en algunos puntos se diferenciaba de esta. No cabía duda de que se trataba de hebreo antiguo, pero era menos pulido y por eso más difícil de traducir... sobre todo para alguien acostumbrado a la gramática clara y fácil de un texto latino. Trozos complicados de descifrar se alternaban con otros extraídos directamente del Antiguo Testamento, pero los asuntos de

los que hablaba estaban sacados de contexto y carecían de sentido; también podía ser que el monje aún no hubiera encontrado la interpretación correcta y ello pese a que ya hacía más de medio año que procuraba hacerlo.

Pero no todo el tiempo, desde luego.

Los deberes espirituales de Berengario no le permitían dedicarse al texto en la medida que hubiese deseado. Cuando disponía del tiempo necesario se veía obligado a retirarse a un lugar donde podía estar seguro de que nadie lo observara... y en medio del campamento de tiendas, dichos lugares habían sido aún más escasos que el tan urgentemente necesitado pan. Sin

embargo, desde los días de la conquista, Berengario se había dedicado a estudiar el pergamino con mayor obstinación... y no solo porque él mismo lo deseaba, sino también porque no pudo impedir que el terco de Baldric fuera a pedir ayuda a la judía para salvar a Conn.

El temor de Berengario de que su descarado robo podría salir a la luz si volvía a encontrarse con Chaya no carecía de fundamento, pues al fin y al cabo también Conwulf le había hecho preguntas acerca de aquella noche en la que el libro desapareció. ¿Y si hiciera tiempo que la judía sospechaba de él en secreto? El tiempo apremiaba y el deseo de Berengario de descifrar el secreto

del pergamino era cada vez más intenso.

Hacía mucho que había comprendido que su primera impresión no lo había engañado. Fuera cual fuese el núcleo del texto, debía de ser muy importante, porque cuanto más avanzaba en la lectura, tanto más difícil se volvía entender el contenido: era como si el libro se negara adrede a que Berengario descifrara su significado.

Mientras que el principio del libro parecía redactado por un profano e informaba sobre ciertos acontecimientos en la corte del sabio rey Salomón — Berengario sospechaba que el autor del texto había sido una mujer, quizás una cortesana del rey—, más adelante

narraba acontecimientos conocidos a través de los antiguos libros de historia, pero descritos desde un punto de vista diferente. Y una y otra vez aparecían fragmentos de los salmos y de los libros de los profetas, pero que no parecían independientes sino que por lo visto formaban parte de un conjunto mayor, de un secreto que el libro guardaba celosamente.

Berengario no tardó mucho en constatar que las referencias diseminadas a lo largo del texto no provenían de escribas comunes sino de místicos conocedores de la cábala. Lo sabía con tanta exactitud porque antaño, cuando era un joven novicio, él también

se había dedicado a estudiar los misterios de la cábala. Fascinado, había seguido las huellas de aquella enseñanza que consideraba que todo lo creado por los seres humanos era una copia de la fuerza creadora divina, y que debido a ello procuraba reproducir una copia de la verdad divina mediante palabras y cifras... hasta que los enigmas que la habitaban arrastraron su juicio a un torbellino y creyó perder la razón. Entonces el padre Ignacio, que en aquel entonces era su maestro, le prohibió volver a dedicarse a las enseñanzas secretas judías. Una regla que Berengario había infringido, al igual que tantas otras.

A pesar de sus conocimientos previos, le costó tiempo y esfuerzo descifrar los enigmas y tampoco logró resolverlos todos. Pero a partir de los fragmentos que Berengario descubrió, creyó que por fin adivinaba de qué trataba el pergamino.

El monje notó que su pulso se aceleraba y, pese al frío reinante en la oscura bodega, su frente se cubrió de sudor.

¿Realmente podría ser verdad?

En la misma medida en la que el contenido del libro parecía volverse cada vez más complicado, también la letra se modificaba. Debido a su carácter regular, al principio Berengario

la había tomado por la obra de un escriba profesional, pero después se dio cuenta de que al menos diez *sofer* habían trabajado en el libro y que quizás había sido ampliado y completado a lo largo del tiempo. Pero ¿con qué fin?

Berengario siguió trabajando febrilmente; sin descanso, su mirada volaba del pergamino al códice bíblico latino que reposaba abierto en la mesa. Consideró que tal vez su anterior dedicación a la mística judía era el motivo por el cual la visión del *signum Salomonis* había despertado su interés. Es más, ¿acaso la Divina Providencia se había encargado de que en sus años mozos hubiese adquirido dichos

conocimientos previos? ¿Había sido escogido para descifrar ese escrito?

Puede que a la luz del día esas ideas le hubiesen parecido desacertadas. No obstante, bajo la luz titilante de las lámparas de aceite no carecían de cierto carácter inevitable, sí, de una lógica de la cual incluso un pensador de la sagacidad de san Agustín no hubiera podido sustraerse.

¿Es que los padres de la Iglesia como él no habían intentado siempre demostrar la existencia de Dios? ¿No habían afirmado que debía de existir una verdad universalmente válida en la que se reflejaba la presencia del Todopoderoso?

«¿Y si fuera precisamente eso de lo cual trata el libro?», se preguntó Berengario con una mezcla de veneración y de espanto. ¿Si ese fuera el motivo por el cual la judía y su padre habían estado tan empeñados en llevar el libro a Tierra Santa, con el fin de evitar que manos extrañas se apoderaran de él?

El libro hablaba de predicciones y profecías, del reforzamiento del pueblo de Israel, de la convocación de un nuevo Sanedrín y de un nuevo reino de Jerusalén: asuntos que Berengario solo comprendía a medias, pero que era incapaz de ordenar. ¿Acaso solo se trataba de las visiones infundadas de

fanáticos religiosos? ¿O había algo más y el libro albergaba el poder de la divinidad?

Todavía faltaba la pieza decisiva del mosaico, ese último indicio que confirmara la increíble sospecha que el monje ya albergaba hacía bastante tiempo, conforme al nonagésimo noveno libro de los salmos:

«¡El Señor reina! Tiemblen los pueblos. ¡Está entronizado entre querubines! Estremézcase la tierra. El Señor es grande en Sión, exaltado sobre todos los pueblos. Alaben Su grandeza y tremendo Nombre, porque es Santo».

—¿Y bien, estimado Eustacio?

Guillaume de Rein le lanzó una mirada retadora al jefe de la Hermandad. Eustacio de Privas estaba acurrucado en un taburete, el rostro hundido en las manos; el amplio manto le cubría los hombros como si quisiera ocultarse.

—¿Aún crees que la lucha contra los infieles podría tener un final victorioso?

Eustacio no contestó. Permaneció allí en silencio y cuando Guillaume lo

examinó de más cerca notó que el jefe de la Hermandad estaba temblando. No sabía si debido al miedo o al hambre, pero el desprecio que sentía por el noble provenzal aumentó todavía más.

—No lo sé —dijo este por fin, sin alzar la vista—. Han caído tantos de los nuestros...

—Y todavía caerán muchos más. ¿Te has dado cuenta de que mucho de lo que antaño predije ha ocurrido? Logramos ocupar Antioquía, pero una vez más, nuestros comandantes han demostrado su incapacidad. Es verdad que ocupamos la ciudad, pero ¿de qué nos sirve? ¡El hambre y la escasez causan más estragos que nunca y ante las puertas se reúne un

ejército inmenso cuya única pretensión consiste en matarnos a todos!

—Lo sé —gimió el provenzal, a quien la mera idea parecía haberlo llevado al borde del pánico—. ¿Qué se ha hecho de nuestro sueño, Guillaume?

—Hemos despertado y nos encontramos en el reino de la realidad. Y dicha realidad acabará con nosotros si no emprendemos algo. ¿Cuántos caballos les quedan a nuestros guerreros? ¿Cuatrocientos? ¿Y cuántos de los nuestros ya no son capaces de llevar una armadura, por no hablar de blandir una espada y luchar contra los infieles? Por cada uno de nuestros caballeros medio muertos de hambre hay

cinco sarracenos que quieren arrancarles el corazón del pecho.

—Lo sé, lo sé.

Guillaume decidió jugarse el todo por el todo. La casa que había convertido en su alojamiento se hallaba un poco alejada de los albergues de los cruzados, de manera que nadie los molestaría. Además, los dos guardias apostados ante la puerta le eran leales: sus palabras no saldrían de esa habitación.

—Eustacio, Eustacio, ¿en qué te has convertido? ¿Dónde están tu confianza y tu fe?

Por primera vez, el otro alzó la cabeza y contempló a Guillaume. Su

rostro demacrado, su tez cubierta de manchas y sus ojos ojerosos e inyectados de sangre le proporcionaban un aspecto lamentable.

—Estoy débil, tan débil...

—Tú solo tienes la culpa —dijo Guillaume sin la menor compasión—. Mírame, Eustacio, me encuentro perfectamente porque no desdeño la carne que me alimenta.

—Pero yo no puedo hacerlo —murmuró Eustacio, con el rostro pálido crispado de asco—. He hecho algunas cosas en esta vida, hermano, de las que no me enorgullezco. Pero no devoraré la carne de mi prójimo.

—Eres un blandengue, al igual que

ese cobarde que dice ser mi padre — dijo Guillaume, sin hacer el menor intento de disimular su rechazo—. El mundo tal como nosotros lo conocíamos ya no existe, Eustacio. Se inicia una nueva era y quien pretende dominarla debe estar dispuesto a traspasar límites.

Eustacio no replicó y se limitó a clavar la vista en el suelo, como si allí reposaran los fragmentos de sus sueños rotos. Su ambiciosa meta, consistente en encontrar las sagradas reliquias y aprovecharlas para alcanzar el poder y la gloria, parecían haberse perdido entre las arenas del desierto.

—No lo quise así —susurró el provenzal y volvió a hundir la cara en

las manos—. Nunca lo quise así.

—Menos mal que nuestros cofrades no pueden verte —se burló Guillaume—. ¿Qué dirían si encontrasen a su gran comandante en un estado tan lamentable? ¿Quieres que te recuerden así, Eustacio? ¿Como alguien que desespera ante las exigencias y los retos de su puesto? ¿Que cuando llegó el momento de demostrar su valía fracasó?

—No —contestó Eustacio—. No quiero eso.

—Entonces deberíamos actuar —sugirió Guillaume, con la sensación de que la fortaleza estaba a punto de caer—. El tiempo apremia. El enemigo se reúne ante las puertas y cuando ataque

ya será demasiado tarde.

El jefe de la Hermandad asintió con la cabeza. Por lo visto, el hecho de que era necesario emprender algo parecía convencerlo, si bien carecía de la fuerza necesaria.

—¿Qué podemos hacer?

—¿Recuerdas lo que te dije de Pedro Bartolomeo?

La reacción temerosa de Eustacio reveló que lo recordaba.

—Esta es nuestra hora. Bartolomeo se encuentra en la ciudad y debemos apresurarnos a hacer uso de él. Ha llegado el momento indicado.

Eustacio soltó una amarga carcajada.

—¿Indicado para qué? ¿Para una

mentira?

—Para algo que proporcione nuevo coraje a nuestros guerreros y que tornará las actuales relaciones de poder a nuestro favor.

Con la vista perdida, Eustacio reflexionó.

—No —dijo entonces, procurando demostrar que aún tenía voluntad propia—. Ya te lo he dicho una vez, Guillaume: no quiero saber nada de ese asunto. Nuestra senda es la de la verdad, no de la mentira.

Guillaume entrecerró sus ojos verdes.

—Si no ocurre un milagro, en pocos días nuestra senda habrá llegado a su

fin. Y como no hay ningún milagro a la vista, nosotros mismos tendremos que encargarnos de obrarlo.

Eustacio le lanzó una mirada horrorizado y al mismo tiempo temeroso.

—¿En qué te has convertido, hermano? Careces de respeto.

—Y tú, de visión de futuro. Eres un soñador, Eustacio, pero el tiempo de soñar ha pasado. Por eso haré lo que debería haber hecho hace tiempo.

—¡No! —gritó el otro y se puso de pie—. ¡No debes hacerlo! ¡Pondrás en peligro todas nuestras almas!

—¿Prefieres morir asesinado por los infieles? Entonces adelante, Eustacio,

pues te aguarda una muerte cruel, ¡y da igual que mueras en combate o sigas con vida el tiempo suficiente para que te torturen y te arranquen las entrañas!

Eustacio lo contempló boquiabierto. Guillaume aguardaba su respuesta con la mano cerca de su puñal.

Hubiese sido fácil desenvainarlo, clavárselo al debilitado rival en el pecho y así dejar claras las relaciones de poder en la Hermandad de una vez por todas. Durante un instante, Guillaume sospesó la posibilidad.

Que optara por no hacerlo no se debía a que sintiera compasión por Eustacio o alguna obligación por él, sino porque su madre se lo había prohibido

expresamente. Eleanor consideraba que la muerte repentina de Eustacio generaría demasiadas preguntas en el seno de la Hermandad. Además, parecía sentir cierta predilección por el provenzal y ello duplicaba los celos de Guillaume.

De pronto la llama de la resistencia desapareció de la mirada de Eustacio. Cerró la boca y se dejó caer en el taburete.

—Haz lo que tengas que hacer —gimió, y Guillaume supo que había ganado la batalla.

—¿Adelar? —gritó.

Uno de los dos guardias leales apostados ante la puerta entró a la

habitación.

—¿Sí, hermano?

—Ve en busca de Bartolomeo.

Hemos de hablar de varios asuntos.

Antioquía

15 de junio de 1098

Los párpados de Conn pesaban como el plomo, pero cuando logró abrirlos estaba convencido de haber abandonado su existencia terrenal y encontrarse en el más allá.

—¿Nia?

Su propia voz le sonó extraña, como si no la hubiera oído en mucho tiempo y, hechizado, contempló el rostro que

flotaba ante él, los cabellos oscuros que enmarcaban los rasgos bonitos, la mirada afectuosa y llena de amor.

—Nia —murmuró—, por fin.

—Soy yo, Conn —respondió una voz suave y compasiva, pero esa voz no era la suya y, a través de los velos de la conciencia, Conn percibió que su rostro cambiaba y solo perduraba la mirada afectuosa de sus ojos. Entonces comprendió que se había equivocado: no era Nia, en cuya presencia había abierto los ojos, y también era evidente que no estaba muerto.

Estupefacto, se incorporó en el lecho, pero una aguda punzada de dolor le recorrió el hombro, la nuca y el

cráneo y volvió a tumbarse.

—Chaya —soltó, gimiendo de dolor—. ¿Cómo...?

—Tranquilo —dijo ella y lo tendió en el lecho cubierto de paja—. Debes cuidarte, Conn. Tienes fiebre y has perdido mucha sangre.

—Mucha sangre —repitió él y le lanzó una mirada, incrédulo. Sus recuerdos eran fragmentarios, como los trozos de un mosaico. El ataque a la ciudad, los combates en las callejuelas... lo tenía todo presente pero era incapaz de ordenarlo. ¿Cómo había llegado hasta allí? Y, además, ¿dónde estaba?

Miró en derredor, perplejo, pero

solo veía manchas oscuras que se confundían. Sin embargo, también oía gritos atroces y percibía el hedor de los excrementos y la sangre derramada.

—Te encuentras en un hospital administrado por los cluniacenses — dijo alguien, respondiendo a su pregunta no formulada. Una figura enorme apareció detrás de Chaya, pero Conn solo la reconoció cuando se inclinó sobre él: era Baldric.

Conn trató de sonreír, pero aún no había recuperado el control de los músculos del rostro, así que la sonrisa quedó en un intento.

—Per... perdóname —dijo, y entonces su padre adoptivo resopló con

expresión resignada.

—Te buscamos durante dos días, muchacho, y solo gracias a una feliz casualidad no te enterraron con los muertos. Los monjes hicieron todo lo posible por ti, pero su sabiduría ha llegado a su fin, por eso fui en busca de ayuda.

Pese a su debilidad, Conn quiso volverse hacia Chaya para agradecerle... cuando de pronto recordó algo. La última vez que la había visto, ella estaba...

—Se encuentra bien —le aseguró ella con una sonrisa—. El niño se encuentra bien.

Conn ignoraba si realmente había

formulado la pregunta o si ella la había adivinado... pero pese a los dolores y la fiebre sintió una inmensa alegría.

—¿Es un...?

—Es un varón.

Durante un momento, Conn cerró los ojos.

¡Tenía un hijo!

La vida daba giros incomprensibles, incluso en un lugar como ese.

—¿Qué ocurrió aquella noche? — preguntó Baldric.

—Mercenarios —dijo Conn, reuniendo sus escasos recuerdos—. Llamas... una emboscada.

—¿Remy? —Se limitó a preguntar Baldric.

Conn cerró los ojos, vio a su amigo con la garganta perforada por el proyectil de la ballesta y negó con la cabeza con tristeza.

—Maldición —exclamó el normando y una chispa de ira ardió en su único ojo—. Esos condenados asesinos pagarán por ello.

—Muchos murieron aquella noche —dijo Chaya—. Los vuestros saquearon todo el barrio, también la sinagoga.

—Sí —gruñó Baldric—. Temo que muchos de los nuestros han perdido de vista la meta de este peregrinaje, pero puede que en poco tiempo ello deje de tener importancia.

—¿Qué significa eso? —preguntó

Conn dirigiéndose a Baldric, pero Chaya meneó la cabeza y el normando vaciló: al parecer, había algo que ella se negaba a decirle—. ¿Qué pasa? ¡Decídmelo!

—No —dijo Chaya, pero Baldric no parecía opinar lo mismo y se restregó la barba gris plata.

—Que lo sepa, maldita sea, de todos modos puede que dentro de unas horas ya no tenga importancia. Un ejército enemigo se ha reunido ante las puertas de la ciudad. Quieren recuperar Antioquía... y me temo que no tenemos manera de resistirnos.

—¿Cómo... cómo es posible? —preguntó Conn—. Hemos ocupado la

ciudad.

—Sí, es verdad. Pero tú no tienes ni idea de lo que ocurre fuera en las calles. Los nuestros están exhaustos y reina la miseria y la peste. Noche tras noche, hay caballeros que huyen de la ciudad y que se descuelgan de las murallas mediante cuerdas como vulgares ladrones. Algunos han perdido el juicio debido al hambre y se han convertido en caníbales, otros están invadidos por el más absoluto fanatismo. Ansiábamos la iluminación y nos encontramos prisioneros en el agujero más profundo del infierno. En dicho estado, los musulmanes nos arrasarán y cuando veo en qué nos hemos convertido pienso que

quizá sea mejor así.

Conn contuvo el aliento.

Incluso su espíritu obnubilado por el dolor y la fiebre percibió la amargura de las palabras de Baldric: su padre adoptivo titubeaba, ya no hablaba de las pruebas a las que el Señor sometía a los cruzados con el fin de separar los dignos de los indignos.

—¿Cuántos son? —Soltó, haciendo un esfuerzo.

—Al menos veinte mil guerreros. Cuando se lancen al ataque incluso las murallas de Teodosio y Justiniano cederán.

—Entonces debo... —dijo Conn y trató de incorporarse una vez más.

Quería abandonar el lecho y coger su espada, al fin y al cabo debía defender a su familia, pero el dolor que recorrió su debilitado cuerpo hizo que comprendiera que era imposible. Soltó un quejido y cayó sobre el lecho, sin fuerzas, y si Chaya no lo hubiera impedido se habría golpeado la cabeza contra el suelo.

—Déjame —protestó y quiso zafarse—. Debo levantarme, debo...

Sus palabras se apagaron, el dolor y el agotamiento se cobraron su tributo. Connotó que sus sentidos se anublaban e hizo un gran esfuerzo por evitarlo, pero fue inútil. Percibió la voz agitada de Chaya como a través de una puerta

cerrada, una voz que instaba a Baldrick a dejar tranquilo a Conn porque este aún no estaba a salvo y porque esa clase de excitación podría significar su muerte. Conn era incapaz de abrir esa puerta ni de hacerse entender: la inconsciencia había vuelto a apoderarse de él como un peligroso remolino y lo arrastró al oscuro abismo del olvido.

Solo pareció soltarlo durante un breve instante, cuando alguien entró a toda prisa al hospital y gritó unas palabras a voz en cuello, palabras que Conn no comprendió. Al mismo tiempo oyó el repicar de las campanas de la catedral, claras y nítidas como en una mañana de primavera.

Haciendo un esfuerzo, Conn abrió los ojos y vio que Baldrick se persignaba.

Después volvió a caer en el oscuro laberinto del que acababa de escapar.

Campamento ante Antioquía
Noche del 28 de junio de 1098

En la tienda de Kerbogha reinaba el silencio.

Desde lo alto de su gran sillón tapizado de piel de camello el *atabey* de Mosul contemplaba a los dos hombres de pie ante él. Aunque ambos procuraban ofrecer un aspecto digno, las privaciones sufridas eran muy evidentes; estaban demacrados y, a pesar del sol

estival, tenían el rostro lívido. También sus ropas estaban en mal estado, sucias y desgarradas, y si Kerbogha no hubiera sabido quiénes eran, habría creído encontrarse frente a dos mendigos de las callejuelas más oscuras de Mosul. Pero quienes estaban allí eran los delegados oficiales enviados por los cruzados.

—¿Cómo dijisteis que os llamabais?
—preguntó el *atabey*, casi sin disimular el tono burlón.

—Herluin, señor —contestó el más pequeño de ambos, que dominaba el árabe e incluso algo de la lengua persa.

—Bien, Herluin —dijo Kerbogha en tono magnánimo—. Entonces dile a tu señor que he reflexionado sobre su

proposición.

El franco se volvió al otro delegado, que era alto y cuyos cabellos rubios hacían que se destacara como un perro multicolor entre los emires y subcomandantes que presenciaban el extraño encuentro. Al escuchar la traducción, el rubio pareció volverse aún más pálido; dijo unas palabras que Herluin volvió a traducir al árabe.

—Mi señor Pedro de Amiens agradece al *atabey* de Mosul su sinceridad y ansía saber el resultado de vuestra decisión.

—No lo dudo. Vosotros proponéis que, para evitar el derramamiento de sangre por ambas partes, los mejores

guerreros de ambos ejércitos se batan en duelo y decidan a quién ha de pertenecer Antioquía para siempre.

—Así es —confirmó Herluin.

—¿Y vos creísteis que yo aceptaría semejante propuesta? ¿La propuesta de un adversario que ya está medio derrotado y tendido en el suelo?

Herluin tradujo y entonces los rasgos pálidos de Pedro de Amiens expresaron su preocupación.

—Decidle lo siguiente a vuestros jefes —prosiguió Kerbogha y se inclinó hacia delante con actitud amenazadora—. Sé lo que persiguen con su ofrecimiento... y no pienso aceptarlo. Ahora escuchad el mío, Pedro de

Amiens: yo, Kerbogha, gobernador del sultán y guardián de Mosul, dejaré partir a los guerreros de la Cruz a condición de que entreguen sus armas y abandonen Antioquía. De lo contrario, los haré pedazos gracias a la superioridad de mis guerreros y no dejaré con vida a ninguno de ellos. ¿Lo habéis comprendido?

Herluin tradujo y el *atabey* disfrutó visiblemente al ver el efecto causado por sus palabras en el rostro del mediador franco. Pedro de Amiens hizo rechinar los dientes y su mirada expresó su angustia. Corría el rumor de que hacía cierto tiempo ya había intentado escabullirse de la ciudad durante la noche, descolgándose de las murallas de

Antioquía. Pero volvieron a atraparlo y era muy evidente que su castigo consistió en formar parte de la delegación enviada al campamento de Kerbogha.

—Y decidles a vuestros nobles —añadió Kerbogha— que solo aceptaré la entrega de la ciudad de manos de uno de sus comandantes... y no de algún cobarde a quien obligaron a cumplir con su deber.

Dichas palabras también surtieron el efecto deseado: Pedro de Amiens dio un respingo, como si hubiese recibido un latigazo.

—Y ahora marchaos e informad a vuestros comandantes sobre lo que he

dicho. Les concedo tiempo para reflexionar hasta la madrugada. Después pagarán su estupidez con la vida.

Herluin también tradujo esas palabras, luego él y su señor se volvieron y abandonaron la gran tienda. Tras su partida, el silencio se extendió en su interior. El primero en volver a tomar la palabra fue Suqman de Diyarbakir.

—¿Consideráis que esa decisión fue inteligente, gran Kerbogha? —preguntó en tono cauteloso—. Un combate entre los mejores hubiese puesto fin a este conflicto con rapidez y con escasas víctimas.

—¿Qué teméis, Suqman? —replicó

el *atabey* en tono irónico y mordaz—. ¿Encontrar vos mismo la muerte en la batalla?

—No se trata de eso. Pero todos sabemos que no debemos subestimar a los francos. El sultán Kilij Arslan se vio obligado a reconocerlo y también el emir Duqaq, a quienes todos consideramos como jefes tan valientes como inteligentes —añadió, lanzándole una mirada de soslayo al señor de Damasco, que aceptó el elogio inclinando la cabeza—. Podríamos haber aceptado el reto, y si no hubiéramos salido victoriosos del duelo entre los mejores, todavía habríamos podido llamar al ejército a las armas.

—¿Y romper la palabra dada?
¿Alcanzar una victoria mediante la traición, una que ya está en nuestras manos?

—Tened en cuenta que nuestras tropas no son suficientes para tomar Antioquía por asalto —objetó el emir de Membidj, provocando la risa de su gran rival Janah al-Dawlas y también que este volviera a mencionar su viejo plan, consistente en atacar las murallas occidentales e irrumpir en la ciudad a través de la puerta del puente. Suqman participó también a voz en cuello en la discusión, apoyado por Duqaq y su aliado de Hama, quienes gozaban de mayor experiencia en cuanto a combatir

contra los cruzados.

Durante unos momentos, Kerbogha prestó oídos a la pelea entre los emires. Después dijo:

—Sois todos unos necios. ¿Por qué queréis tomar algo mediante la violencia, algo que ya os pertenece? Ya lo he dicho una vez y vuelvo a decirlo: solo debemos aguardar y los cristianos irán al matadero como borregos. ¿Habéis visto la mirada de esos dos francos? ¿Habéis notado cuán exhaustos están? ¿Cuánto temor y angustia experimentan? —dijo el *atabey* y movió la cabeza coronada por el gran turbante —. No, amigos míos, no debemos entrar en la guarida del león para quitarle su

presa. Os he predicho que abandonará su escondrijo por voluntad propia... y ahora ha llegado el momento.

—¿Cómo? —preguntó Suqman, escéptico.

—Los dos que estuvieron aquí informarán a sus señores sobre lo que yo les he dicho y entonces sus comandantes creerán que el ataque es inminente. Y como saben que nosotros los superamos en número y en fuerzas...

—... harán todo lo posible por mantenernos alejados de las puertas y las murallas —dijo Janah al-Dawlas, completando la reflexión del *atabey*—. Empezarán un ataque, a saber, con todas las fuerzas de las que aún

disponen.

—Y nosotros los estaremos esperando —dijo Kerbogha, asintiendo con la cabeza—. Y por supuesto que esos necios no sospecharán que yo ya haya previsto dicho ataque y caerán directamente en la trampa. Primero sucumbirán a la lluvia de flechas de nuestros arqueros y luego se enfrentarán a toda la infantería. Y por último nuestros jinetes armados barrerán lo que queda de ellos y penetrarán en la ciudad... y entonces Antioquía volverá a pertenecernos.

—¿Y eso es lo que perseguíais rechazando el ofrecimiento de los cristianos? —preguntó Suqman de

Diyarbakir.

—Sí, precisamente eso.

—Realmente se trata de un buen plan —dijo Suqman, obligado a reconocerlo e incluso Duqaq, que al final siempre acababa enemistado con Kerbogha porque este intentaba aproximarse a su hermano, tuvo que admitir que tenía razón.

—Cuando despunte el alba —declaró el *atabey*, convencido de la victoria—, os mostraré cómo proceder con esos cruzados. Los francos sufrirán una sangrienta derrota y apartarán sus manos pecadoras de nuestra tierra de una vez y para siempre.

Resonaron los aplausos. No solo los

emires sino también los subcomandantes manifestaron su acuerdo con ese plan perfecto en voz alta. El único que no lo hizo fue Bahram al-Armeni —que había escuchado las deliberaciones en silencio— y los demás oficiales no dejaron de notarlo.

—¿Qué pasa, armenio? —preguntó un árabe de las filas de Kerbogha—. ¿Acaso te desagrada la idea de que tus correligionarios sean masacrados? ¿Tienes algún reparo respecto del plan del *atabey*?

Bahram se mordió los labios. Hubiese preferido hacer caso omiso del comentario y volver a prestar atención a las palabras del *atabey*, pero por

desgracia comprobó que ocurría exactamente lo contrario. El árabe no era el único que exigía una respuesta, los demás oficiales también le lanzaron miradas interrogativas y la curiosidad también cundió entre los emires y los príncipes. El silencio reinó en la tienda y un camino se abrió entre Bahram — que se había mantenido en el fondo de la tienda adrede— y Kerbogha, sentado en su gran sillón de piel de camello.

—¿Qué opinas de mi plan, armenio? —preguntó el *atabey* en un tono que denotaba claramente que no quería ni necesitaba el acuerdo de un mero oficial —. ¿Te complace?

Bahram reflexionó un momento.

Podría haber mentido, claro está, pero no solía hacerlo, sobre todo porque la experiencia le había enseñado que la verdad nunca permanecía oculta. Ni siquiera las estrellas eran capaces de camuflarla. Por eso dijo:

—No me corresponde cuestionar vuestra decisión, señor —e hizo una profunda reverencia—. Sin embargo, albergo dudas.

—¿De qué clase?

—No dudo de vuestra inteligencia ni de la de vuestros subcomandantes o de la fuerza de nuestras tropas, sino del estado en que se encuentran los cruzados.

—¿Qué quieres decir con eso?

Una sonrisa maliciosa apareció en el rostro del *atabey*. Más que inquietarlo, los reparos parecían divertirlo.

—Bien, no cabe duda de que tenéis razón al decir que los francos están debilitados y medio enloquecidos debido al hambre y las privaciones.

—Medio enloquecidos es exacto —dijo Kerbogha—. A lo largo de la muralla sur han encontrado huesos humanos de los que aún colgaban trozos de carne cocida. Supongo que no he de explicarte lo que eso significa, armenio.

—No, señor, no es necesario —aseguró Bahram, estremeciéndose ante la dimensión de la barbarie—. Pero pese a la locura en la que hayan caído,

no creo que derrotar a los francos resulte fácil, incluso si logramos atraerlos a campo abierto, fuera de las murallas protectoras.

—¿De veras? —dijo el señor de Mosul y le lanzó una mirada que no solo expresaba desprecio, sino también cierta curiosidad—. ¿Y qué te hace pensar eso, armenio?

—Las campanas —contestó Bahram para desconcierto de todos los presentes. No solo Kerbogha, también sus subcomandantes lo miraron como si hubiera perdido el juicio—. Ya hace dos semanas que repican todos los días a la misma hora.

—¿Y? —exclamó el emir Duqaq—.

¿Acaso los cristianos no hacen repicar las campanas a todas horas?

Duqaq soltó una carcajada y al menos sus partidarios lo imitaron.

—Fuisteis vos, señor, quien sugirió que evaluara al enemigo desde el punto de vista de mi fe, no yo.

Entonces quienes rieron fueron los rivales de Duqaq. El rostro del señor de Damasco adoptó una expresión sombría y, enfurecido, puso los ojos en blanco, pero no llegó a dar rienda suelta a su disgusto porque Bahram había despertado el interés de Kerbogha.

—Explícamelo más detalladamente, armenio —exigió el comandante supremo del sultán—. ¿Qué pasa con las

campanas?

—Los cristianos consideran que suponen un vínculo entre los hombres y Dios. Convocan a la santa misa en las iglesias y repican durante las solemnidades para alabar al Señor; advierten a los hombres de las desgracias que los amenazan, pero también manifiestan agradecimiento cuando a los creyentes les sonrío la fortuna.

—¿Y crees que ese podría ser el caso?

—Es posible —admitió Bahram y le lanzó una mirada, inquieto, a Duqaq. Ya hacía varios días que había informado a su señor de sus observaciones, pero este

no quiso saber nada. A diferencia de Kerbogha, cuya mirada crítica osciló entre el armenio y el emir de Damasco.

—¿Qué significa esto, Duqaq? ¿Me habéis ocultado algo?

—Nada que pudiera ser de interés, gran Kerbogha —aseguró Duqaq en tono desacostumbradamente servil—. Solo se trata de una vieja historia, una leyenda sobre una arma milagrosa a la que esos supersticiosos cristianos adjudican un significado mágico.

—¿Una arma milagrosa? —preguntó Kerbogha, aguzando los oídos—. ¿Os referís a algo similar al fuego griego?

—No —dijo Bahram, sacudiendo la cabeza—. El arma a la que me refiero es

de un carácter completamente distinto. Cuando Jesucristo, a quien veneramos como el Redentor, fue crucificado, un soldado romano le clavó una lanza en las costillas para comprobar si estaba muerto. A esa arma, que en toda la cristiandad es conocida como la «Lanza Sagrada», le adjudican un gran poder... y según se rumorea, fue encontrada hace unos días en la catedral de Antioquía y más o menos a partir de ese momento empezaron a repicar las campanas.

El silencio volvió a reinar en la tienda y todos dirigieron la mirada a Bahram y después a Kerbogha.

—¿Y tú crees en algo así? — preguntó el *atabey*—. ¿Cómo puede una

única arma, encima una tan antigua, influir sobre la lucha entre dos ejércitos?

—Lo que yo crea no tiene importancia, señor —contestó Bahram—. Lo único relevante es lo que creen los cruzados. Si realmente poseen la lanza, no cabe duda de que la portarán en la batalla y les proporcionará un valor renovado.

—Puede que un valor renovado, pero no les llenará el estómago ni...

De pronto una explosión apagada sonó en el exterior de la tienda, seguido de gritos de espanto.

—¿Qué, por las barbas del Profeta...?

Pese a su gordura, Kerbogha se puso en pie de un brinco. Los gritos se volvieron más sonoros y a través de las paredes exteriores de la tienda brilló la luz de las llamas.

—¡Fuego, fuego! —gritó alguien y un instante después todos abandonaron la tienda, tanto los gobernadores como los oficiales, los príncipes y los plebeyos, los turcomanos y los árabes, los sirios y los persas. Bahram, que había estado junto a la entrada, fue uno de los primeros en salir.

El panorama era aterrador.

El fuego se había abierto camino en medio del campamento y las llamas se elevaban al cielo nocturno; varias

tiendas ya ardían, pero no una tras otra sino todas al mismo tiempo, como si una llama gigantesca las hubiera encendido.

En el acto, Bahram pensó en el fuego griego, que tal vez era el arma más atroz que los guerreros del sultán consideraban propia y cuyas llamas no se apagaban con agua. Pero no percibió el olor característico del azufre y eso significaba que el origen del fuego era otro.

—¿Qué está ocurriendo aquí?! — rugió Kerbogha, fuera de sí y lleno de ira y de espanto, al tiempo que clavaba la mirada en las llamas, atónito; las llamas causaban estragos a cierta distancia pero amenazaban con

extenderse por todo el campamento. Los hombres acudían desde todas las direcciones procurando apagar el tan repentino incendio.

—¡El fuego cayó del cielo, señor, del cielo! —gritó un hombre despavorido que formaba parte de la milicia de Duqaq; tenía el rostro y la túnica tiznados de hollín—. ¡Las estrellas caen sobre nosotros!

Kerbogha empezó a gritar, muchos oficiales e incluso algunos emires se arrojaron al suelo aterrorizados... y también Bahram.

Había caído una estrella del cielo.

De pronto el armenio recordó lo que antaño le había profetizado su viejo

amigo Ibn Jallik, en aquella estrellada noche invernal que parecía haber transcurrido hacía muchísimo tiempo.

El astrólogo había hablado de la extinción de un reino y del surgimiento de otro... y de repente las palabras cobraban sentido. Una profunda inquietud por el mundo oriental se adueñó de Bahram, pues al parecer el mismísimo cielo se había vuelto contra ellos.

Antioquía

29 de junio de 1098

El bramido de los cuernos, el rugido de la lucha, los atronadores golpes de los cascos, el entrecuchar de las armas y los gritos desesperados de los heridos... todo ello había penetrado hasta el lecho de Conn como desde una gran distancia, incapaz de atravesar los muros de la inconsciencia. Sin embargo, al día siguiente cuando despertó del desmayo,

Conn se percató de que debían de haber sucedido cosas importantes. Oyó el repicar de las campanas, acompañado de cánticos y gritos de júbilo.

Desconcertado, Conn se dio cuenta de que ya no se encontraba en el hospital de los monjes y entró en pánico, creyendo que lo habían trasladado al lugar donde se encontraban los moribundos a quienes les daban los últimos sacramentos. Pero entonces notó que estaba solo en una habitación y seguro que no le hubieran concedido semejante privilegio si no había más esperanza. Además se encontraba mucho mejor, los dolores casi habían desaparecido y también la fiebre parecía

haberlo abandonado.

Miró en torno, perplejo.

El techo y las paredes estaban revestidos de madera oscura, el aire era fresco y dulcemente perfumado y los escasos rayos de sol que penetraban a través de una alta ventana provista de un enrejado de madera formaban haces delgados. Más allá de estos, Conn vislumbró una gran figura sentada en un taburete de madera.

—¿Ba... Baldric?

El normando, que al parecer se había dormido, pegó un respingo y, como si lo hubiera picado una serpiente venenosa, se puso de pie y se acercó al lecho de Conn.

—Estás despierto —dijo, constatando lo evidente.

Conn solo asintió con la cabeza. Aún le dolía el cuello y la cabeza, pero ya no sentía que moriría de dolor, y sus sentidos se habían vuelto más claros que en su despertar anterior.

—¿Dónde estoy?

—¡Aún en este mundo, pedazo de miserable cabezota anglosajón! —dijo Baldric—. Tu obstinación casi te costó la vida. ¿Acaso te divierte torturar a un pobre y viejo pecador como yo?

—Perdóname —susurró Conn y creyó ver una lágrima en el único ojo de su padre adoptivo.

—Te encuentras en el barrio judío,

muchacho —continuó diciendo Baldric—. Chaya quiso que te trasladásemos aquí en cuanto dejamos de temer que, de camino, tu herida pudiera volver a abrirse. Por otra parte —añadió en voz más baja—, los monjes no querían permitirle que pusiera en práctica sus conocimientos médicos.

Chaya.

Conn recordó que había estado junto a su lecho, que hablaron del niño, de su hijo...

—¿Dónde está?

—Ha ido a hacer unas compras. Bertrand está con ella, así que no te preocupes.

Conn asintió; eso lo tranquilizaba, al

menos de momento.

—¿Te encuentras mejor?

—Creo que sí.

—Es gracias a ella. Chaya hizo todo lo posible por salvarte, le debes la vida.

—¿Cuánto tiempo estuve...?

—Dos semanas —fue la respuesta estremecedora—. Dos semanas en las que ignorábamos si volverías a levantarte de ese lecho. Si no fuera por Chaya, la hemorragia y la fiebre causada por la herida hubiesen acabado contigo, como con tantos otros.

Baldric calló un momento y un vago recuerdo de lo que le habían dicho la última vez que despertó invadió a Conn: de las huestes de guerreros musulmanes

acampadas ante las puertas de Antioquía y dispuestas a lanzarse al ataque.

—¿Qué ocurrió? —Quiso saber.

Su padre adoptivo lo escudriñó, como si tuviera que sopesar si Conn estaba preparado para escuchar las noticias.

—Luchamos, y Dios estaba de nuestro lado.

—¿Hemos... hemos vencido?

Baldric negó con la cabeza.

—Nosotros, no, muchacho. Fue el mismísimo Todopoderoso quien expulsó al enemigo de nuestras puertas. Primero, enviándonos la Lanza Sagrada.

—¿La Lanza Sagrada?

—La sagrada reliquia del monte

Gólgota, la lanza que el soldado romano clavó en las costillas del Redentor. La encontraron en la catedral cuando la desesperación alcanzó su punto máximo. Pero eso no es todo, porque el Señor también nos ayudó haciendo caer estrellas del cielo, que se precipitaron sobre el campamento del enemigo. A partir de ese momento, supimos que Dios estaba de nuestra parte pese a todas nuestras faltas. Y cuando también las huestes celestiales intervinieron en el combate, la batalla estaba decidida.

—¿Las huestes celestiales? — exclamó Conn, se incorporó en el lecho y, a diferencia de antes, logró apoyarse en los codos—. ¿Qué sucedió?

Con aire pensativo, Baldric se meció hacia delante y hacia atrás en el taburete; por lo visto él mismo no había acabado de digerir los últimos acontecimientos. Su rostro surcado de cicatrices expresaba veneración, y en su único ojo ardía una llama que hacía mucho tiempo que Conn no veía.

—Ayer, de madrugada —dijo Baldric con voz trémula de emoción—, la mayor parte de nuestros guerreros cruzó el puente para enfrentarse al enemigo por última vez. Todos sabíamos que esa batalla decidiría nuestra salvación o nuestra muerte, así que nos empleamos a fondo. Repartieron los últimos víveres y los escasos caballos

de los que aún disponíamos recibieron las últimas raciones de forraje. Después nos lanzamos al combate. Godofredo de Bouillon y nuestro duque Roberto cabalgaban en cabeza, seguidos de los normandos y los lotaringios como un solo hombre. Bohemundo encabezaba a nuestros compañeros de armas italianos y por último avanzaban los provenzales, que cabalgaban bajo el estandarte del obispo de Le Puy. Todos nosotros, muertos de hambre como estábamos, sabíamos que ninguno sobreviviría si perdíamos la batalla, así que le suplicamos ayuda a Dios. Los monjes avanzaban en cabeza, por delante del ejército; llevaban los hábitos blancos de

los penitentes y entonaban cánticos mientras que en lo alto, en las almenas, los sacerdotes oraban por nosotros y quemaban incienso como ofrenda. Pero por delante del ejército portaban aquella arma que el Señor nos había revelado: ¡la Lanza Sagrada! Desapareció durante siglos, pero cuando nos encontramos en el mayor de los apuros volvió a estar al cuidado de la cristiandad para proporcionarnos nuevas fuerzas.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Poco antes de la batalla decisiva.

Aquel día, la última vez que recuperaste la conciencia.

Conn asintió; creía recordar haber oído el repicar de las campanas y un

excitado vocerío. ¿Y acaso no había visto que Baldric se persignaba?

—Y entonces ¿qué pasó?

—Supusimos que los sarracenos nos atacarían en cuanto saliéramos a campo abierto, pero no lo hicieron. Al parecer, Kerbogha, su comandante, quería atraernos a todos fuera de las murallas y acabar con nosotros mediante un único golpe. Así que continuamos avanzando con valor, también cuando el enemigo disparó una lluvia de flechas sobre nosotros y así alcanzamos sus filas. Muchos de ellos cayeron, pero no entramos en combate porque los musulmanes se retiraron... no sé si debido a la cobardía o porque formaba

parte de su plan. Pero en el momento en que emprendimos la persecución aparecieron unos caballeros envueltos en resplandecientes armaduras en la cima de una colina y sus estandartes y corceles eran blancos y puros como la nieve. Los encabezaba nada menos que san Jorge, el que mató al dragón pagano y, en ese instante, muchacho, supimos que la batalla estaba ganada.

Conn le lanzó una mirada escrutadora a su padre adoptivo. Le costaba creer que el propio Todopoderoso había enviado a sus guerreros a combatir en la batalla por Antioquía, pero comprobó que el siempre tan realista Baldric no

albergaba ni la más mínima duda al respecto.

—¿Y qué pasó después?

—Los musulmanes emprendieron la huida —dijo Baldric, que aún parecía estar viendo la batalla—. Los perseguimos y matamos a casi todos... también cuando intentaron prenderle fuego a la hierba del Uadi. Los seguimos hasta su campamento y lo saqueamos. Miles de infieles sarracenos encontraron la muerte y al final hasta la guarnición de la ciudadela se entregó, a la que el conde Raimundo había mantenido en jaque con apenas cientos de guerreros. La victoria fue total y hoy la alegría aún perdura. Por eso repican las campanas y

no dejan de celebrar misas de agradecimiento en las iglesias. Pero quizá todo eso no significaría nada para mí si tú no hubieras despertado de la fiebre —añadió el normando y las lágrimas que se derramaban por sus mejillas parecieron apagar las llamas que ardían en su ojo—. El Señor escuchó todas mis plegarias y le estoy agradecido por ello.

—Y yo te agradezco a ti —replicó Conn—, y te pido perdón por no haber prestado oídos a tu consejo.

—No, muchacho —dijo Baldric, moviendo la canosa cabeza—. Soy yo quien ha de pedirte perdón por negarme a comprenderte. No entendía qué le

veías a la judía.

—¿Y ahora lo sabes?

—No entiendo mucho de esos asuntos. Nunca tuve una mujer y mi hogar siempre fue el campo de batalla. Pero vi cómo Chaya se ocupó de ti, sin vacilar y sin consideración por sí misma. Noche tras noche la vi velando junto a tu lecho y entonces me di cuenta de cuán necio había sido. Ahora sé que aquella noche no podías hacer otra cosa que buscarla y protegerla con tu vida.

—Y yo sé que nunca podría haber deseado un padre mejor que tú.

Parecía que Baldric quería replicar algo. El labio inferior del viejo guerrero temblaba y las lágrimas empañaban su

único ojo al tiempo que procuraba encontrar las palabras adecuadas... pero entonces alguien apartó la cortina de la habitación y apareció una delgada figura envuelta en un vestido de tela ligera.

Aunque al principio Conn solo vislumbró su silueta, sabía que se trataba de Chaya. Y era como si ante su presencia su estado mejorara un poco más y se incorporó con una sonrisa agradecida. Chaya entró con Bertrand pisándole los talones; había sufrido algunas rozaduras en la batalla del día anterior.

—¡Mira quién ha regresado del reino de los muertos! —exclamó—. ¡Pero si es nuestro obstinado

anglosajón! Por desgracia has llegado un día demasiado tarde para participar en nuestra gran victoria. ¿Qué pasó? No pretendías escaquearte, ¿verdad?

Conn no se tomó a mal las palabras de su amigo... el alivio que manifestaba era mucho mayor que la burla. Pero no le contestó, pues toda su atención estaba puesta en Chaya, que permanecía al pie de su lecho como una aparición, contemplándolo con sus ojos oscuros.

—Creo que deberíamos marcharnos —dijo Baldric y, antes de que Bertrand pudiera contradecirlo, el normando ya lo había agarrado del cuello de la túnica y arrastrado fuera, de manera que Conn y Chaya se quedaron a solas.

—Siéntate a mi lado, por favor —
dijo él.

Ella obedeció en silencio y tomó asiento en el taburete desocupado por Baldric. Como no se cansaba de contemplar su delicada figura envuelta en el sencillo vestido de color claro y que le parecía la personificación de la luz y la vida.

—Aún has de cuidarte —dijo ella, y el sonido suave de su voz resultaba familiar y al mismo tiempo tranquilizador—. Conseguí cerrar la herida y, mediante un remedio que antaño me proporcionó un médico de Alejandría, logré hacer desaparecer la fiebre. Pero la herida era muy profunda

y no estoy segura de...

—Me encuentro bien. Y solo te lo debo a ti.

—Tú también me salvaste la vida aquella noche —contestó ella en un tono ligeramente distante que lo sorprendió—. Era lo justo.

—¿Solo lo justo? ¿Solo lo hiciste por eso? ¿Porque era lo justo? ¿Porque creías estar en deuda conmigo?

—¿Por qué si no? —preguntó ella con cierta frialdad.

—Porque me amas —replicó él en voz baja—. Y porque soy el padre de tu hijo.

—Conn...

—¿No quieres confesarlo? —

prosiguió cuando ella vaciló—. Bien, entonces lo haré yo. Te amo, Chaya, te amo desde la primera vez que te vi. Tú hiciste que dejara atrás el dolor y me diste nuevas esperanzas.

—¿Esperanzas? ¿De qué? —dijo ella, moviendo la cabeza—. Eres un soñador, Conn, que solo ahora despierta. Todavía ignoras lo mucho que ha cambiado el mundo en los últimos días.

—Lo sé y también sé por qué te niegas a confesar tus sentimientos. Sea lo que sea que Caleb te haya dicho de mí, Chaya, no debes creerle. Yo no me apoderaré del libro de tu padre, ¿oyes? Si es eso lo que nos separa...

—¿Crees que eso es todo lo que nos

separa?

Su risa fue tan amarga que lo hirió. El cinismo no le cuadraba.

—Si he de ser sincera, me da igual quién se apoderó del libro. Ha dejado de existir y con él también se ha perdido su secreto. Tal vez sea mejor así, pues los seres humanos solo lo utilizarían para causarse todavía más daño los unos a los otros. Tras todo lo acontecido ayer, por fin lo tengo claro.

—¿De qué hablas? —preguntó Conn, incapaz de comprender a qué se refería —. ¿Del triunfo de los cruzados?

—Eso que tú llamas un triunfo, y lo que puede significar un triunfo para los tuyos, supone una tragedia sin igual para

nosotros, los judíos. El mundo, tal como nosotros lo conocíamos, ya no existe. Durante siglos, Oriente supuso un refugio seguro para nosotros, pero este ha dejado de existir. El mismo odio que nos expulsó de nuestro hogar a mi padre y a mí, también ha llegado hasta aquí y se extenderá cada vez más. Hace unas semanas todavía resultaba impensable que vuestros guerreros alcanzaran Jerusalén, pero ahora todo ha cambiado y eso me da miedo, Conn.

—¿Que te da miedo, dices? —dijo Conn en tono de reproche—. ¿Hubieses preferido que los musulmanes nos arrasaran y nos mataran a todos?

Chaya no respondió, pero a juzgar

por su expresión, era evidente que la pregunta de él le suponía un dilema. Conn se mordió los labios y se dijo que era un necio. ¿Qué había esperado que respondiera? Había demostrado que su bienestar la preocupaba permaneciendo a su lado y arrancándolo de las garras de la muerte, pero ¿por qué habría de importarle la vida de unos guerreros cuya meta declarada era expulsar de Palestina a sangre y fuego a cuantos profesaban una fe errónea según su punto de vista?

La situación era un tanto cómica, si bien de manera involuntaria. Durante toda su vida Conn había tomado partido por los débiles, había sentido

compasión por los oprimidos y los perseguidos... pero en ese momento descubrió que él mismo se contaba entre los victoriosos y no entre aquellos que habían sido derrotados. Entonces, asustado, comprendió que en parte se había convertido en un normando.

—Perdóname, por favor, Chaya. No sé qué me ha dado.

—Pero yo, sí —replicó ella y el tono suave de su voz lo golpeó más de lo que lo hubiese golpeado cualquier reproche—. Eres lo que eres, Conwulf, y yo soy lo que soy. El abismo entre nuestros dos pueblos es más profundo que nunca. Tanta sangre ha sido derramada, ha habido tanta injusticia y

ello aún continúa, porque la violencia solo genera más violencia. Un cristiano y una judía no pueden estar juntos.

—Pero ya ha ocurrido. Piensa en el niño, Chaya, en nuestro hijo. El hijo de una judía y un cristiano.

—¿Y? ¿Qué futuro le aguarda a este niño, cuando ambas partes solo ven un bastardo en él?

—Eso no es verdad —la contradijo Conn, pero su voz carecía de convicción.

Chaya tomó aire. Lo que estaba a punto de decir no le resultaba fácil.

—El niño del que hablas no existe, Conwulf.

—¿Qué?

—Es verdad que di a luz a un niño... pero su padre es Caleb Ben Ezra, un miembro tan piadoso como respetado de la comunidad judía de Antioquía.

—¿Qué... qué estás diciendo? Soy el padre del niño. Tú misma lo...

—Caleb —dijo ella con voz trémula y procuró reprimir las lágrimas—, es el único padre que el niño jamás conocerá. Eso es lo mejor, para él y para todos nosotros. Caleb ha pedido mi mano, Conn. Me casaré con él y él cuidará de mí y del niño.

—No, Chaya —dijo Conn, sacudiendo la cabeza y lanzándole una mirada horrorizada—. No lo hagas, por favor. No debes hacerlo...

—Es lo mejor —dijo ella y una lágrima se derramó por su mejilla, que limpió con un gesto mecánico.

—Pero yo... yo no quiero perderte —insistió Conn y le cogió la mano—. Ni a ti ni al niño.

—No puedes —aseguró ella en tono triste, se soltó y se puso de pie—, no puedes perder lo que nunca has tenido.

—¡Aguarda, Chaya, por favor! —exclamó Conn, procurando encontrar las palabras adecuadas—. ¿Adónde piensas ir?

—A Acre —contestó una voz: la de Baldric, que de pronto había vuelto a aparecer en el umbral y se encontraba detrás de ella—. Chaya y su primo

encontrarán refugio en la comunidad judía de esa ciudad, y también el niño.

—¡No!

Conn estaba desesperado. Claro que sabía que Chaya tenía razón, que nunca estaría a salvo en Antioquía y que el hijo de una judía y un cristiano sería considerado un paria en todo el mundo, pero la perspectiva de dejarla marchar y de dejar al niño que nunca había visto al cuidado de otro hombre casi lo volvía loco.

Súbitamente, comprendió que lo que lo había conducido a través de las noches febriles más oscuras y le había proporcionado una meta era el amor que sentía por ella, por el cual merecía la

pena regresar a la vida. ¿Y entonces todo aquello resultaba ser un engaño? ¿Debía dejarla marchar para preservarla del mal? ¿Por qué el Señor siempre le arrebatava la mujer que él amaba?

—*Shalom*, Conwulf —musitó Chaya. Luego se volvió, dispuesta a abandonar la habitación.

—¡Chaya!

Conn quiso abandonar el lecho y detenerla, pero sus piernas, aún débiles, no le respondieron y, presa de la desesperación, se retorció en el suelo, sabiendo que la perdería en cuanto ella abandonara la habitación. A ella y al niño...

—¡Te amo! —gritó.

Ella ya había salido al pasillo, pero se volvió, y sus ojos oscuros estaban llenos de lágrimas.

—Y por eso —susurró— me dejarás marchar.

Conn se sintió como un guerrero desprovisto de su espada y ya no pudo resistirse. Con expresión espantada vio que ella salía y desaparecía, y no fue capaz de pronunciar una sola palabra. Solo Baldric permaneció allí con una expresión de profunda lástima en sus duros rasgos.

—Lo siento, hijo —dijo en voz baja.

—¿Por qué? —preguntó Conn, tendido en el suelo.

—Porque es mejor así, y tú lo sabes

mejor que nadie.

Conn negó con la cabeza.

—Pero no quiero saberlo, y tampoco quiero perder a Chaya.

—Sin embargo, eso es exactamente lo que sucederá si ella se queda aquí; los fanáticos de nuestras filas no descansarán hasta que todos los judíos y todos los musulmanes de Antioquía hayan sido expulsados o asesinados. Si Chaya y su hijo han de seguir con vida, deben abandonar la ciudad. Yo mismo los acompañaré a Acre para asegurarme de que lleguen allí sanos y salvos. Es lo único que puedo hacer, por desgracia.

Conn asintió. Aunque su dolor era casi insoportable, los argumentos de

Baldric resultaban convincentes. No tenía otra opción que dejar marchar a Chaya y a su hijo, sobre todo porque, en su estado, él no podía protegerlos.

—¿Me prometes algo? —susurró.

—¿Qué, hijo?

—Prométeme que cuidarás bien de ella, que la protegerás con tu vida —suplicó.

—Lo haré, hijo mío —aseguró el normando sin vacilar y se llevó la mano a la cruz que llevaba en el hombro—. Con la ayuda del Señor.

Berengario estaba muy nervioso.

Respiraba entrecortadamente y

hojeaba el códice de la Biblia abierto ante él con manos temblorosas, y la mirada de sus ojos llorosos, debido al esfuerzo, iba y venía de las letras latinas a las hebreas del pergamino.

Aunque la sospecha que había albergado durante bastante tiempo se había convertido en certeza, Berengario aún apenas lograba darle crédito. El secreto del pergamino se había revelado. El monje ya sabía de qué se trataba, pero el descubrimiento resultaba tan increíble que no le causaba ninguna satisfacción.

Al igual que escalar una elevada montaña, resultó que la meta solo era alcanzable con mucha dificultad y

mediante grandes esfuerzos... y entonces, cuando había llegado a la cima y quiso contemplar el panorama, descubrió que la niebla cubría el valle pues, como solía suceder con tanta frecuencia cuando el hombre ansiaba alcanzar el último saber, lo que había logrado descubrir daba pie a nuevas preguntas, y el significado de una de ellas era tan trascendental que superaba todas las demás.

El secreto del libro, aquel legado que se remontaba a tiempos inmemoriales, era nombrado de manera muy clara en las últimas páginas, así que, ¿cuál era el fin de todos los enigmas diseminados por el texto y

ocultos en las criptas de los juegos de palabras cabalísticos? Si no se trataba de ocultar el contenido del libro, ¿cuál era su fin?, ¿qué protegían?

Bajo la luz de la lámpara de aceite el monje reflexionó febrilmente y, una y otra vez, volvió a comparar los fragmentos de texto del Antiguo Testamento con las referencias del pergamino... y de pronto lo asaltó una nueva suposición cuya osadía superaba todas las anteriormente albergadas: el libro de Ascalón, tal como lo había llamado la judía, no solo hablaba de cosas que antaño existieron, sino también de otras que aún perduraban... y de otras que no tardarían en suceder.

No era un mero misticismo, un código de la fe o un compendio de reglas: era un plan cifrado.

La idea era rayana a la locura y la sensación de que Ignacio, su antiguo maestro, se encontraba a sus espaldas mirando por encima de su hombro con expresión reprobadora, casi se adueñó de Berengario. Pero era la única conclusión que tenía sentido y de pronto todo encajó.

Por eso Chaya y su padre habían protegido el libro con sus vidas, por eso el libro mencionaba una nueva reunión del Sanedrín, y solo por eso el pueblo de Israel, desperdigado por todo el mundo, cobraba nuevas esperanzas. El

secreto existía de verdad y la única finalidad del libro consistía en indicarle el camino correcto a quien fuera capaz de leerlo y de descifrar sus enigmas.

Al comprenderlo, Berengario se quedó de piedra y las palabras hebreas se destacaron ante sus ojos como si estuvieran iluminadas, como si se hubiesen grabado en sus sentidos a fuego.

ARON HABRIT

Estepa al sur de Antioquía
20 de junio de 1098

Era un sueño.

Como si fuera un pájaro, Bahram extendió las alas y se elevó hacia el cielo y, desafiando todas las reglas de la naturaleza, en vez de precipitarse al suelo flotó en lo alto.

Las murallas que hacía un momento habían limitado su campo visual retrocedieron bajo sus pies y ascendió

de manera vertical. La lógica del sueño impidió que se sorprendiera; de un modo curioso le pareció perfectamente normal viajar impulsado por el viento como una criatura celestial y contemplar las altas murallas y las estrechas callejuelas de las que solo había escapado por los pelos.

Tras escasos momentos Bahram ya no sabía hacia dónde se dirigía en su vuelo. Las murallas, construidas según un sistema de ángulos rectos, eran muy similares entre sí, lo que imposibilitaba que pudiera orientarse. Los caminos que se extendían entre ellas a veces acababan en cortos callejones sin salida, otras parecían conducir a la meta, solo

para verse interrumpidos por otro muro que aparecía de pronto. Cuanto más ascendía Bahram, más murallas se volvían visibles, se extendían de un horizonte al otro y una vida entera no hubiese bastado para recorrer todos los caminos.

Un laberinto sin fin.

El instante en el que lo comprendió también fue el mismo en el que Bahram abrió los ojos. Se encontró tendido en el suelo, protegido por una gran roca. Ante él, dentro de un hoyo para que no fuera vista desde la distancia, ardía la hoguera que había encendido para ahuyentar las serpientes y los escorpiones. Por encima de su cabeza resplandecían las estrellas

en una noche clara, pacíficas e inalcanzables, indiferentes ante los acontecimientos que habían ocurrido en la Tierra.

Bahram ignoraba por qué había soñado con un laberinto. A lo mejor porque hasta cierto punto reflejaba su propia situación, porque él mismo buscaba una salida, una solución... pero sin hallarla.

La herida era dolorosa.

Bahram no había visto venir la punta de la lanza que atravesó la armadura por debajo de su cadera izquierda y penetró en el muslo. Solo notó un ardor porque en ese instante se esforzaba por no caer del caballo, pues, presa del pánico, el

animal se había encabritado y casi lo derribó.

Bahram solo recordaba lo demás con vaguedad: que había cogido las riendas y blandido la espada a diestra y siniestra, firmemente convencido de que libraba su último combate. Era incapaz de decir a cuántos adversarios les clavó la espada en las carnes y los huesos, pero tuvo la suerte de que sus *ghulam*—quienes obedeciendo la orden de Kerbogha al principio se mantuvieron a la retaguardia y solo intervinieron en la batalla más adelante— se toparan con una horda de hombres solo ligeramente armados, porque si se hubiera tratado de una fila de caballeros protegidos por

pesadas armaduras Bahram no habría escapado con vida. Recordó que logró cruzar el cordón de los atacantes junto con Yussuf, uno de sus subcomandantes. A pesar de la herida y del dolor lacerante, había intentado volver a poner orden en las filas de los *askar*, pero la batalla ya estaba decidida y las señales de desgaste del ejército de Kerbogha demasiado avanzadas como para que el coraje de unos pocos pudiera evitar la derrota.

Uno de los primeros en emprender la huida fue Duqaq de Damasco, abandonando a sus guerreros, que aún combatían contra el enemigo. La perspectiva de sufrir una segunda y

devastadora derrota en pocos meses había terminado con los ambiciosos planes de Duqaq y lo impulsó a anunciarle al *atabey* de Mosul el fin de su alianza de todos modos bastante frágil. Y no había sido el único en absoluto.

También otros emires, quizá temiendo que el poder ya considerable de Kerbogha pudiera aumentar todavía más si alcanzaba la victoria en el combate por Antioquía, habían ordenado a sus guerreros que se retiraran en el momento decisivo: a saber, cuando se trató de dejar que el ataque del enemigo acabara en nada y cansar al adversario. Entonces, en vez de simular una retirada

para luego atacar de manera sorpresiva, todos trataron de salvar el pellejo emprendiendo la huida. Solo Suqman de Diyarbakir y Janah al-Dawlas de Homs habían mantenido sus posiciones al norte y al oeste de la ciudad y continuaron luchando con valentía incluso cuando hacía tiempo que otros habían dado la batalla por perdida, Duqaq el primero. Al final, lo que decidió la victoria y la derrota no fue la intrepidez de los cruzados, que no tenían nada que perder y luchaban con el valor de la desesperación, sino el egoísmo de los emires musulmanes, quienes le dieron mayor importancia a su propio bien que al del reino.

Descubrirlo resultó decepcionante, tanto que Bahram le negó la lealtad a Duqaq. Junto con una división de *ghulam* había seguido combatiendo encarnizadamente mientras que el emir de Damasco ponía pies en polvorosa, flanqueado por sus oficiales de confianza y la infantería de la *ajnad*, que de todos modos se habían mostrado muy renitentes a luchar lejos de su patria y por un potentado extranjero. Duqaq no había comprendido que la amenaza que suponían los cruzados no incumbía solo a unos pocos y que uno solo podía enfrentarse a ella si todos permanecían unidos... y Bahram no sabía qué herida le causaba un dolor mayor: la del

lanzazo o la amarga desilusión causada por la derrota y la indigna conducta de su emir.

Durante decenios había servido fielmente a los gobernantes de Damasco, sobre todo porque tenía mucho que agradecerles; sin embargo, la conducta de Duqaq hacía que regresar a casa fuese imposible. Por una parte porque era indudable que el emir buscaría a un culpable por el error cometido y no tardaría mucho en adjudicarle la responsabilidad a su subcomandante armenio, el cristiano en quien confió y que lo traicionó; por la otra, porque Bahram ya no hubiese tolerado luchar bajo el estandarte de un potentado que

desatendía sus deberes de manera tan infame.

Bahram quería luchar, quería continuar ofreciendo resistencia a los invasores, pero tenía presente que no podía hacerlo en Damasco. Su meta era Acre, situada al sur, donde muchos armenios, también algunos que profesaban la fe cristiana, combatían bajo el estandarte del califa de El Cairo. Bahram quería unirse a su ejército —era de suponer que Duqaq creería que había muerto en combate—, pues había testigos de que una lanza lo había alcanzado, así que Bahram estaba libre, a condición de que no regresara a Damasco jamás.

Examinó la herida apretando los dientes; la había vendado con un jirón de su túnica. Ya no sangraba, pero el dolor punzante no dejaba de recordarle la derrota.

Rara vez, el armenio había visto un enemigo que combatiera con tanta ferocidad. Al parecer, el descubrimiento de la Lanza Sagrada había proporcionado una fuerza sobrehumana a los cruzados. Quizá, se dijo Bahram, era verdad que Dios se había puesto de su parte aquella mañana cuando se lanzaron al combate. La idea de que la fe de los cruzados también era la suya le resultaba extraña y al mismo tiempo lo atemorizaba. Porque, ¿qué poseía

Oriente, afectado por su egotismo y dividido hasta la médula, para enfrentarse a esos guerreros que se creían elegidos por Dios y que quizá también lo fueran?

Bahram dirigió la mirada al firmamento centelleante, una vez más en busca de una respuesta... y se quedó de piedra al ver la luna. Esta ya no era solo un disco claro flotando en el cielo sino una inmensa señal, un ornamento dividido en cuatro segmentos en forma de laberinto que formaban un círculo y, en el centro, una cruz.



El asombro se apoderó de Bahram y solo entonces comprendió que aquel sueño en el que había caído debido al cansancio aún no lo había abandonado del todo.

Volvió a despertar junto a la hoguera en medio de la soledad de la estepa nocturna.

Pero la señal en el cielo había desaparecido.

Antioquía

Mediados de julio de 1098

El hedor era insoportable.

Sudor, orina, pus y sangre derramada... todo ello conformaba una mezcla nauseabunda que afectaba el estómago de Conn. Estremecido de horror, observó cómo un monje cluniacense experto en medicina le abría las cicatrices purulentas a un doncel lotaringio. El muchacho, que no debería de tener más de dieciséis años, gritaba como un demente cuando la lanceta cortó la piel tensa y surgió un chorro de

pus. Conn sujetó al muchacho con todas sus fuerzas mientras este se debatía con desesperación. Pero de pronto su resistencia desapareció y sus gritos cesaron: el muchacho había perdido el conocimiento.

La calma no regresó.

Por todas partes los heridos gritaban de dolor y de terror; alguien vomitaba y en el lecho vecino un *pater* le daba la extremaunción a un moribundo.

Puede que Conwulf no participara en la última batalla por Antioquía, pero no dejó de sufrir las consecuencias. Dado que su padre adoptivo y Bertrand habían abandonado la ciudad para acompañar a Chaya y al niño hasta Acre, Conn volvió

a quedar al cuidado de los monjes que aplicaban bálsamo a su herida —la cual cicatrizaba lentamente— y le cambiaban el vendaje.

Aunque faltaba mucho para que se convirtiera en un convaleciente —se fatigaba con rapidez y a menudo sufría mareos tan intensos que debía sentarse para no caer— no tardó en comprender que su situación era considerablemente mejor que la de la mayoría de los pacientes del hospital. Así que dejó de compadecerse de sí mismo y ofreció echarles una mano a los monjes quienes, debido al gran número de heridos, se encontraban en franca minoría.

El objetivo de Conn era distraerse

para no pensar incesantemente en Chaya y en el niño, pero desde luego sin sospechar en qué se estaba embarcando. Una cosa era participar en el combate a campo abierto, pero las sangrientas consecuencias que conllevaba toda batalla eran muchísimo peores, pues allí no había victoriosos, solo derrotados.

Los guerreros que sufrieron las peores heridas ya habían sucumbido en los primeros días después de la batalla; los restantes se aferraban a la vida aunque era evidente que muy pocos volverían a levantarse del lecho y, si lo hacían, sería solo como tullidos. Con vio hileras de hombres que habían perdido un miembro y podían darse por

afortunados si la gangrena no acababa por devorarles el resto del cuerpo; otros tenían la cabeza vendada y soltaban alaridos estremecedores, mientras que otros más habían caído víctimas del fuego provocado por los sarracenos durante la retirada, y tenían la piel negra y quemada. «Ese es el auténtico rostro de la guerra», pensó Conn, angustiado, y tal vez ninguno de cuantos yacían allí, heridos y moribundos, pensaba en la salvación de su alma y que irían directamente al reino de los cielos. Todos querían seguir viviendo, llamaban a sus madres y a sus mujeres mientras los monjes hacían lo posible por aliviar su sufrimiento.

—¿Conwulf? —dijo el monje al que Conn ayudaba—. Intenta encontrar más vendas en alguna parte. Estas están podridas y ya no sirven.

—Sí, *pater*.

Conn se volvió y recorrió el estrecho pasillo que daba al vestíbulo de la antigua casa de baños, pasando junto a innumerables heridos que suplicaban su ayuda con miradas temerosas y desesperadas. No solo se veían afectados por el dolor y la gangrena contra la que los monjes no disponían de remedio alguno, sino también por el hambre que aún se extendía por la ciudad y que incluso la victoria sobre el ejército de Kerbogha

no había logrado reducir.

La hambruna persistía en las calles de Antioquía. Solo los pudientes podían darse el lujo de disfrutar de comidas regulares, los caballeros empobrecidos y los soldados sencillos apenas encontraban algo que llevarse a la boca, por no hablar de los habitantes. Ya nadie se acordaba de las pobres almas tendidas en el hospital, quizá porque suponían que de todos modos estaban condenadas a morir.

En el vestíbulo, donde había una fuente y donde antaño se aseaban quienes acudían a la casa de baños, había montones de ropas sin dueño cuyos propietarios habían emprendido el

camino a la eternidad hacía tiempo. Los monjes aprovechaban los jirones sucios y a menudo manchados de sangre para hacer vendas, puesto que el hilo limpio o el algodón escaseaban casi tanto como los alimentos. Conn se acercó a uno de los montones para hurgar en busca de telas útiles cuando de pronto se convirtió en el testigo involuntario de una conversación mantenida por dos monjes apenas unos pasos más allá.

Uno de ellos —que pese a su figura flaca y su rostro severo parecía un hombre campechano y cuya tonsura hacía tiempo que había dado paso a la calvicie de la vejez— era el padre Antonio, el prior de la orden de los

cluniacenses. Conn no conocía al otro, pero a juzgar por su expresión, era obvio que ambos estaban preocupados.

—... no me queda más remedio que volver a reducir las raciones. —Oyó que decía Antonio.

—*Pater* —lo contradijo el otro—, ¡reflexionad sobre lo que estáis diciendo! Ya ahora los más débiles solo reciben un trozo de pan y, con suerte, un poco de miel. Si racionamos aún más...

—Lo tengo muy presente, mi buen Anselmo —replicó Antonio y soltó un suspiro, resignado—. Por eso la mayoría de nosotros renuncia a su propia ración y entrega lo poco que le toca a los más necesitados. Pero, por

desgracia, a ninguno de nosotros nos está dado hacer lo que hizo Jesucristo Nuestro Señor. Las cestas de pan no se llenarán solo porque nosotros lo deseemos, hermano. Hemos de compartir lo poco que tenemos...

—... mientras los acaudalados disfrutaban de la abundancia —dijo Anselmo, indignado—. Es una vergüenza la manera en la que De Rein y los suyos...

Conn se quedó de piedra.

¿Realmente había oído el nombre De Rein o es que sus oídos lo habían engañado?

—Tenéis razón, por desgracia —dijo el padre Antonio—. Sin embargo,

quienes se comprometieron a vivir conforme a las reglas de Benedicto fuimos nosotros, no Guillaume de Rein. Y resulta que los poderosos cogen lo que necesitan para sobrevivir. Siempre ha sido así.

Guillaume de Rein.

Así que Conn no se había equivocado. Olvidó sus deberes, se apartó del montón de ropas y se volvió hacia ambos monjes, que continuaron con la conversación sin inmutarse.

—¿Y si intentáramos obtener provisiones fuera de la ciudad? He oído que en Rugia aún abundan los alimentos.

—Rugia se encuentra en manos del enemigo. No obstante, creedme que no

dudaría ni un instante y me dirigiría allí si dispusiera de los medios necesarios...

El padre Antonio enmudeció al ver a Conn.

—¿Puedo ayudaros, mi joven amigo?

—Eh... no lo sé —confesó Conn, abochornado—. Perdonad, no pretendía escuchar vuestra conversación, pero acabáis de mencionar un nombre: Guillaume de Rein.

Si Conn hubiese soltado una maldición, el efecto no habría sido muy distinto. Los rasgos ascéticos de Antonio manifestaron su desagrado y el rostro del otro monje expresaba temor e

ira.

—¿Por qué? ¿Acaso sois uno de los suyos? —preguntó en tono cauteloso.

—No, no. Solo que oí que hablabais de él y...

—¿Sois uno de sus espías? —preguntó el monje en un tono todavía más inconfundible. Su ira por Guillaume parecía superar su temor.

—¿Espía?

—Desde luego. Todos saben que Guillaume de Rein tiene oídos en todas partes, él y ese bastardo de Eustacio de Privas.

—¡Anselmo! —exclamó el padre Antonio, llamándolo al orden—. ¡Estás cometiendo un pecado!

—Qué más da. Todos saben que De Privas y De Rein son compinches. Uno se encarga de que los escasos alimentos que aún circulan no alcancen a quienes más los necesitan, el otro los trapichea a cuantos le pagan con dinero contante y sonante. Incluso hay algunos que afirman que ambos encabezan esa panda que merodea por la comarca y ataca pacíficas caravanas.

—¿Os referís... a los *tafur*? — preguntó Conn, apretando los puños. De Rein, De Rein, siempre De Rein una y otra vez.

¿Es que no podía dar un paso sin toparse con ese horrendo clan? Según su punto de vista, era absolutamente

posible que Guillaume fuese el responsable de esos cobardes ataques que los *tafur* solían realizar y ello añadía el asesinato a la larga lista de sus pecados, el asesinato del padre de Chaya.

—¿Tenéis pruebas que demuestren vuestras sospechas? —Quiso saber.

—No —contestó Antonio—. También hay algunos que afirman que los *tafur* son caballeros flamencos que han renegado del conde Roberto. O mercenarios francos.

—Comprendo.

Conn estaba decepcionado. Guillaume de Rein realmente parecía ser una de esas personas capaces de

revolcarse en la escoria sin que el tufo se le pegara a las ropas. Su vínculo con los *tafur* resultaba tan imposible de demostrar como aquel con el cobarde complot de asesinato que él había urdido... y casi nadie daría más crédito a la palabra de dos monjes que a la de un ladrón anglosajón.

—Normandos o flamencos, tanto da —gruñó Anselmo, disgustado—. Son bandidos y les importa muy poco que aquí nuestros pobres diablos mueran de hambre.

—¿No hay ninguna otra manera de obtener provisiones? —preguntó Conn—. Mencionasteis Rugia.

—La ciudad se encuentra al sureste

de aquí, con mulas puedes alcanzarla en un día, pero carecemos de los medios necesarios —confesó el prior—. Los cereales son caros, por no hablar de la carne. Por otra parte, si no logramos hacernos con algunas provisiones muy pocos de nuestros heridos sobrevivirán más allá del fin de semana.

Conn asintió.

No tuvo que pensárselo mucho, la solución del problema era obvia. Tanteó el dobladillo de su túnica y sus dedos rozaron el anillo de Renaldo de Rein. Aquella noche los ladrones le quitaron su armadura y su espada... pero no encontraron el anillo y Conn consideró que resultaba adecuado que el regalo del

viejo De Rein ayudara a reparar los desmanes de su hijo. Desgarró la costura con decisión, cogió el anillo con el rubí y se lo tendió a los desconcertados monjes.

—¿Qué es eso? —preguntó Antonio, atónito.

—¿Obtendréis provisiones a cambio del anillo? —Se limitó a preguntar Conn.

—Desde luego, es más que suficiente. Pero...

—Entonces cogedlo, a mí no me sirve.

Y para que ambos no pudieran rechazar el regalo, Conn les arrojó el anillo... y por primera vez en mucho

tiempo sintió que hacía exactamente lo correcto.

Antioquía

18 de julio de 1098

—¡Conwulf, hijo del normando Baldric!

Al oír que alguien lo llamaba por su nombre, Conn se volvió bruscamente. Mediante una camilla de madera, había arrastrado fuera el cadáver del joven doncel lotaringio, muerto de madrugada a causa de sus graves heridas. El despilfarro de la vida de tantos jóvenes inocentes que presenciaba todos los días

lo habían enfurecido. Enfurecido contra aquellos que aún consideraban que Dios deseaba la campaña militar, enfurecido consigo mismo por haber participado en ella, enfurecido con un mundo que no permitía que un cristiano y una judía se unieran.

—¿Qué queréis? —preguntó en tono brusco, se volvió y se encontró frente a una figura envuelta en un manto con capucha a la que no reconoció. Pero cuando se quitó la capucha y apareció un abrigo de terciopelo azul con una cruz dorada, Conn se sobresaltó.

Aunque nunca se habían encontrado, Conn inmediatamente reconoció al hombre que había celebrado la misa de

Nochebuena y que había portado la Lanza Sagrada en la batalla decisiva por Antioquía: era Adhemar de Monteil, obispo de Le Puy y legado personal del Papa.

Pese a su enfado, Conn sabía lo que le era debido a la autoridad si no quería tener problemas, así que se arrodilló, inclinó la cabeza y Adhemar le permitió venerar el anillo de sello, al tiempo que Conn se preguntaba qué querría el obispo. Además, ¿cómo sabía su nombre? ¿Había ocurrido algo? ¿Es que había cometido un error?

—Levántate, hijo —dijo el legado papal.

Conn se puso de pie y alzó la vista, y

por primera vez pudo contemplar al obispo de cerca, a quien solo había visto en la distancia.

El representante del papa Clemente ofrecía un aspecto impresionante. Era alto y su rubia cabellera le cubría los hombros. Bajo la frente surcada de arrugas, unos ojos atentos y a los que no parecía escapárseles nada lo contemplaron. Las privaciones y los esfuerzos habían dejado huellas en el rostro demacrado del obispo. La mano de Adhemar reposaba en la empuñadura de su espada: el obispo era célebre por no escaquearse del campo de batalla y luchar siempre en primera línea. Conn calculó que tendría unos cuarenta años.

—¿Qué puedo hacer por vos, señor?

—preguntó.

Su sentido común le decía que el hecho de que el legado papal preguntara por él no significaba nada bueno. ¿Acaso guardaba alguna relación con los De Rein? ¿Con el complot del que se había enterado?

El obispo olfateó y lanzó una mirada de desaprobación en dirección a la hilera de cadáveres tendidos en el suelo, que aguardaban su traslado al exterior de la ciudad donde serían enterrados.

—Dirijámonos a otro lugar, hijo, pues este no es digno de mí ni de ti.

Entonces volvió a cubrirse la cabeza con la capucha y se cerró el manto como

si no quisiera ser reconocido, se volvió y abandonó la habitación. Conn no tuvo más remedio que seguirlo y se sorprendió al ver a Berengario ante la entrada, a quien hacía tiempo que no veía. Cuando el obispo se acercó, el monje benedictino hizo una profunda reverencia y se unió a ellos en silencio. La mirada que le lanzó a Conn era indescifrable.

Abandonaron la casa de baños, cruzaron el patio delantero y se dirigieron a uno de los almacenes que bordeaban el muro interior. En cuanto entraron, Berengario cerró la puerta y se apostó ante esta como si fuera un guardia. El obispo Adhemar le indicó a

Conn que tomara asiento en un cajón vacío mientras él caminaba de un lado al otro.

—Lamento que esta conversación acontezca en circunstancias tan poco favorables —dijo, echando un vistazo a las paredes descascaradas y al suelo cubierto de paja—, pero me temo que estos días las paredes de mi casa tienen oídos. Sin embargo, ¿acaso la historia no nos ha enseñado que los acontecimientos más importantes siempre ocurren en lugares humildes?

La mirada perpleja de Conn osciló entre el obispo y Berengario. No entendía la alusión y tampoco adónde quería ir a parar el legado papal. ¿Había

cometido un error? ¿Y qué hacía allí el monje? Por eso dijo:

—Señor, os ruego que me perdonéis, pero soy un hombre sencillo y...

—Conwulf —lo interrumpió Adhemar—, quiero que tengas presente que nada de lo dicho aquí debe salir de este recinto. ¿Estás dispuesto a jurarlo solemnemente, por Jesucristo y por tu vida?

—Sí —contestó Conn, que de todos modos no sabía qué otra cosa podría haber dicho.

¿Qué significaba todo ese secretismo? ¿Qué podía haber impulsado a un legado papal a reunirse con él y encima oculto bajo una

capucha?

—¿Qué sabes acerca del libro de Ascalón? —preguntó el obispo tan súbitamente que durante un instante Conn se quedó sin habla y le lanzó una mirada a Berengario, quien asintió con la cabeza para darle ánimos.

—Todo está bien, Conwulf. Puedes confiar en el obispo.

Pero Conn vaciló. Chaya y su padre habían protegido el libro con su vida, por tanto le parecía incorrecto hablar de ello en público. Por otra parte, el obispo ya parecía estar al tanto del asunto y daba igual cómo lo había averiguado.

—Es un pergamino —dijo Conn por fin, rompiendo su silencio— que un

comerciante judío llevaba consigo. Pero que yo sepa, desapareció sin dejar rastro.

—No del todo —dijo Adhemar, y le lanzó una mirada elocuente a Berengario.

—¿Qué queréis decir?

—Que el libro está en mi poder y que he dedicado las últimas semanas y meses a traducirlo —dijo Berengario, sin inmutarse.

—¿Traducirlo? —exclamó Conn y su sorpresa era tan grande que olvidó preguntarse cómo se había hecho Berengario con el escrito—. ¿Y qué pone en el libro?

—En general y para un lector solo

capaz de ver lo evidente —dijo el obispo, contestando en lugar de Berengario—, se trata de una colección de informes que se remontan a los días del sabio rey Salomón. Suponemos que fueron redactados por una cortesana de Salomón y describen la visita de la reina de Saba a la corte real de Jerusalén... e informa de un obsequio que la reina le hizo a Salomón. Habla de dos figuras de oro puro, querubines con las alas tendidas hacia delante.

—¿Querubines? —preguntó Conn, que casi no había comprendido una palabra.

—Seres semejantes a los ángeles —dijo Berengario, procurando

explicárselo—. Pero lo importante no es tanto el origen de las figuras sino su propósito: vigilar el arca sagrada que reposaba en las profundidades del templo de Salomón.

—El arca —repitió Conn, sin comprender.

—¿Nunca has oído hablar del Arca de la Alianza, hijo? —le preguntó el obispo Adhemar, sorprendido—, ¿del cofre en el que los hebreos conservaban las tablas de piedra con las leyes de Moisés durante su larga travesía por el desierto?

—Os referís a los Diez Mandamientos —concluyó Conn a partir de la escasa información que tenía por

los predicadores callejeros.

—Efectivamente. Cuando Moisés descendió del monte Sinaí y llevó las Tablas de la Ley al pueblo de Israel, le dijo a un hombre llamado Bezalel que confeccionara un cofre de madera de acacia guarnecido de oro. Allí depositó las tablas que sellaban el pacto de Dios con el pueblo de Israel y allí permanecieron durante el trayecto de cuarenta años a través del desierto, hasta que por fin encontraron un nuevo hogar en la Tierra Prometida. Bajo el reinado del rey David, el arca fue transportada a Jerusalén y durante el del rey Salomón, erigieron un nuevo templo en el que descansó a partir de entonces.

La inquietud de Conn iba en aumento. Intuyó que estaba a punto de conocer el secreto del libro de Ascalón, pero ya no estaba seguro si de verdad quería saberlo.

—Nadie sabe qué ocurrió después. Cuando los babilonios encabezados por su rey Nabucodonosor conquistaron Jerusalén, saquearon el templo de Salomón y el arca se perdió. Durante muchos siglos su destino fue incierto... sin embargo, nuestro fiel hermano Berengario cree haber encontrado nuevas respuestas —dijo el obispo con la voz temblando de entusiasmo.

—¿Qué respuestas? —preguntó Conn, lanzándole una mirada inquisitiva

al monje.

—Mientras estaba traduciendo el libro de Ascalón, me llamaron la atención los numerosos enigmas diseminados a lo largo del texto: cabalísticos juegos de números todos ellos referidos al Antiguo Testamento, al Libro del Éxodo y al de Samuel, pero también al Libro de los Reyes. Visto de manera superficial, el libro narra la historia del Arca de la Alianza y mucho más allá del cautiverio babilónico, a saber. Habla de lugares precisos, menciona nombres y fechas y comprendí que el autor del libro debía de haber visto el arca y que esta debía de haber sobrevivido al ataque de los babilonios.

Pero todo eso aún no explicaba el motivo de los enigmas ni por qué Chaya y su padre estaban tan empeñados en jugarse la vida por proteger el pergamino... pero finalmente lo tuve claro.

—¿Qué tuvisteis claro? —insistió Conn en tono suspicaz.

—Que la sagrada Arca de la Alianza aún existe y que el libro de Ascalón explica dónde y cómo encontrarla — declaró el monje con voz solemne y para la visible satisfacción de Adhemar.

—Y nosotros —añadió el obispo, decidido—, hemos de apoderarnos de esa preciosa reliquia.

—¿Por qué? —dijo Conn.

—No te harías esa pregunta si supieras lo que pone en el libro de Ascalón —contestó Berengario en lugar del obispo—. Allí dice que en tiempos de angustia severa el arca ha de ser encontrada y, al igual que antiguamente, el Sanedrín: el Gran Concejo de los Judíos, ha de reunirse. Entonces el templo de Salomón será reconstruido y Jerusalén volverá a ser tan poderosa como antaño... y si ello sucede, nuestra sagrada empresa, cuyo objetivo consiste en eliminar a los infieles de la cuna de nuestra fe, habrá fracasado de manera irrevocable.

Conn asintió. De pronto comprendió por qué el libro había sido tan

importante para el padre de Chaya, tanto que sacrificó su vida por él: se trataba del futuro de su pueblo.

—Me pregunto si Chaya también lo sabía —dijo.

—Por supuesto —contestó Berengario, convencido—. ¿Recuerdas que te pregunté si confiabas en la judía? Pues entonces ya estaba persuadido de que te engañaba.

Conn sintió una punzada en el corazón al recordar la conversación y los días despreocupados de los que disfrutaron camino de Antioquía, hasta aquella mañana en la que Chaya...

—¡Fuisteis vos! —gritó Conn—. ¡Vos y nadie más que vos robasteis el

libro!

—Tuve que hacerlo —replicó Berengario, que ni siquiera intentó negarlo—. Sospeché que el libro albergaba un enorme peligro para nosotros.

—Así que aquella noche os arrastrasteis escondido, como un vulgar ladrón, mientras nosotros... —Conn se interrumpió. Hirviendo de ira, se puso de pie y se acercó al benedictino, que permanecía de espaldas a la puerta—. Me parece increíble que hayáis hecho eso. Siempre supisteis la verdad y me mentisteis descaradamente. Y encima permitisteis que Chaya sospechara de mí sin motivo.

—Era necesario —se limitó a responder el benedictino.

—Necesario —repitió Conn, con una mueca de desprecio—. Y yo, que creí que erais mi amigo.

—Lo soy, Conwulf —aseguró Berengario tratando de sonreír—, aun cuando en este momento eres incapaz de evaluar lo que hice por ti...

Entonces enmudeció y sus ojos pequeños se desorbitaron de miedo al ver que su interlocutor alzaba los puños. Puede que, ciego de ira y de decepción, Conn lo hubiese golpeado si el obispo Adhemar no lo hubiera aferrado de los hombros.

—¡Soltadme! —rugió Conn, y trató

de zafarse de las manos del legado, pero débil como estaba, no lo logró.

—Sí, te soltaré —siseó Adhemar—, pero solo cuando hayas escuchado todo lo que el hermano ha de decirte.

—¿Para qué? —preguntó Conn, sacudiendo la cabeza con aire obstinado—. ¡El muy bellaco miente en cuanto abre la boca!

—Te he ocultado la verdad, Conn, y no me enorgullezco de ello, pero ahora debes escucharme —rogó Berengario—. Te dije que el libro de Ascalón contiene indicios del lugar donde se encuentra el Arca de la Alianza.

—¿Y?

—Creo haber encontrado la solución

del enigma. El arca se encuentra bajo el monte del Templo, en Jerusalén, donde ha permanecido todo este tiempo.

—Mi enhorabuena —soltó Conn en tono amargo—. ¿Entonces por qué no vais allí y la cogéis?

—Nos encantaría hacerlo —el obispo le susurró al oído—, pero todos mis actos están estrechamente vigilados. Si le ordenara a uno de mis caballeros que cabalgara hasta Jerusalén, alguien lo notaría, sobre todo porque ya no sé en cuáles de mis hombres todavía puedo confiar y en cuáles no. En esta ciudad acontecen cosas tenebrosas, Conwulf.

—¿Qué cosas?

—¿Te dice algo el nombre de

Eustacio de Privas?

Conn asintió soltando un gruñido. Recordaba muy bien al provenzal, al que le hubiese gustado cortarle el gazonate.

—Y también has oído hablar de Guillaume de Rein, según me han informado.

Conn estaba tan desconcertado que inmediatamente dejó de resistirse. Entonces Adhemar lo soltó y lo apartó de un empujón. Conn perdió el equilibrio y se golpeó contra el suelo cubierto de paja, pero volvió a ponerse de pie en el acto.

—¿Qué pasa con De Rein?

—Hasta cierto punto, él es el motivo por el cual me vi obligado a arrastrarme

hasta aquí como un ladrón y me sienta observado tanto de día como de noche —dijo el obispo, malhumorado—. De Privas y De Rein son los líderes de un grupo de caballeros que se autodenominan «la Hermandad de los Buscadores» y que se han consagrado a buscar las sagradas reliquias... si bien con un único fin: aumentar su poder y su influencia. Encontrar la lanza supuso su primer éxito, aunque dudo mucho de su autenticidad.

—¿Dudáis de la autenticidad del arma? —insistió Conn, atónito—. Pero... ¿acaso vos mismo no la portasteis en la batalla?

—Porque consideré que resultaba

útil para devolverle el valor a nuestros guerreros, que ya estaban tendidos en el suelo, derrotados... pero nunca confirmé la autenticidad de la lanza de manera oficial y tampoco lo haré. ¿No te parece extraño que la lanza haya sido encontrada justo antes de la batalla decisiva? ¿Que ese tal Bartolomeo, que afirma estar en contacto con san Andrés, no solo supiera exactamente dónde se encontraba la Lanza Sagrada, sino que al mismo tiempo también puso en duda mi liderazgo? ¿Y que últimamente ha sido visto en compañía de De Rein con mucha frecuencia?

—Sí, es curioso —tuvo que admitir Conn.

—En efecto —dijo Adhemar, asintiendo con la cabeza—. Y ese no es el único delito que sospecho que la Hermandad ha cometido. Sus miembros merodean por la comarca, robando y asesinando solo para obtener ganancias, y todo ello en nombre del Señor. Si el Arca de la Alianza cayera en sus manos la utilizarán para aumentar su influencia y tal vez para aprovechar la rivalidad entre Roma y Bizancio, lo cual podría tener consecuencias imprevisibles tanto para Su Santidad el Papa como para el emperador Alejo.

—Perdonad, señor —dijo Conn, al que le zumbaba la cabeza tras oír todos esos nombres y asuntos que apenas

comprendía—, solo soy un sencillo guerrero y no entiendo nada de...

—Cuando se inició esta sagrada empresa —dijo el obispo, suspirando pero dispuesto a darle una explicación—, fui nombrado legado papal y con ello comandante de la peregrinación. Tras todo lo ocurrido a partir de entonces, incluso tú te habrás dado cuenta de que, entretanto, quienes deciden sobre el destino de la campaña militar son otros. Algunos de los nobles aún me son fieles, pero otros, como los normandos Tancredo y Bohemundo, ya solo procuran aumentar su propio poder y sus posesiones. Si ahora el Arca de la Alianza también cayera en manos de

cruzados mundanos, la Iglesia perdería la supremacía, y las relaciones de poder, que responden a la voluntad divina, se invertirían. Peligraría todo aquello que representa esta sagrada empresa y el motivo por el cual se inició —añadió Adhemar en voz más baja y con una mirada aún más sombría al futuro—, y todos los sacrificios habrían sido en vano.

—¿Qué pensáis hacer para evitarlo? —preguntó Conn, que todavía no lograba comprender qué relación guardaba todo ese asunto con él.

—Puede que hayamos perdido el control sobre la propia campaña militar, pero el arca debe pertenecer a Roma y

por eso ha de buscarla un caballero por encargo papal y tomar posesión de ella en nombre de la Iglesia —contestó el obispo en tono firme—. Tú, Conn.

—¿Yo? —exclamó Conn y solo después de unos instantes se dio cuenta de que contemplaba al legado papal como si este hubiera perdido el juicio —. Pero yo no soy un caballero, señor.

—Todavía no, pero te convertirás en uno. Hace tiempo que has superado las pruebas y alcanzado los conocimientos necesarios. Según me ha dicho el hermano Berengario, incluso sabes escribir. Eso es mucho más de lo que muchos nobles pueden afirmar de sí mismos.

—Pero... ¿por qué yo, precisamente?

—Porque tenemos algo en común. Al igual que yo, tú también tienes una cuenta que saldar con Guillaume de Rein, ¿verdad?

Conn lo contempló, atónito. Le parecía increíble que Berengario se lo hubiera dicho, pero, por otra parte, el monje había hecho ciertas cosas que Conn nunca hubiese considerado posibles.

—¿Estáis al tanto de mi enemistad con De Rein?

—Sé que asesinó a la mujer que amabas y por ello mereces mi compasión. Pero supongo que

comprendes que, como hijo de un deshonorado guerrero normando, no tienes la más mínima posibilidad de retar a duelo a Guillaume de Rein. Pero como caballero de la Iglesia puede que lo logres.

—Y yo os haría un favor si le hago daño —añadió Conn.

Los labios delgados del legado papal esbozaron una sonrisa.

—Da la casualidad que ambas cosas coinciden. Te doy cuatro días de plazo para reflexionar sobre todo ello, Conwulf.

—¿Y si decido no hacerlo?

—No lo harás, porque sabes muy bien que soy el único que puede darte

eso que tú más anhelas. Si quieres alcanzar la paz interior, hijo, deberías aceptar mi ofrecimiento.

—¿Y el arca? —preguntó Conn—. ¿Qué ocurrirá con ella si la encuentro?

—Será transportada a Roma, para que ningún soberano terrenal jamás se entere de su existencia —aseguró Adhemar—. A lo largo de los siglos, la Iglesia ha sido la única mediadora entre el Cielo y la Tierra. Y ha de seguir siéndolo.

Acre

Pocos días después

Aunque hacía tiempo que se había convertido en una costumbre, Chaya aún sentía una gran alegría al amamantar a su hijo.

Sostener a ese ser diminuto y frágil en brazos, sentir los latidos de su pequeño corazón y proporcionarle lo que necesitaba con tanta urgencia para sobrevivir le producía una profunda

satisfacción y en esos momentos de vez cuando lograba olvidar todo lo que la rodeaba... pero cuán infrecuentes se habían vuelto esos instantes de armonía interior.

La comunidad judía de Acre había acogido a Chaya y a Caleb con los brazos abiertos. Dov Ben Amos, el vendedor de tejidos —que también era el *parnés* de la comunidad—, los había albergado en su casa, ansioso por obtener más información sobre los acontecimientos en el norte, lo que despertaban un gran interés en Acre.

Dado que Caleb se había presentado como su esposo para evitar que Chaya se enfrentara a hostilidades, ambos

podieron ocupar una habitación situada en la planta superior del edificio de muchos rincones provisto de innumerables balcones y voladizos. Chaya permanecía allí la mayor parte del tiempo, cuidando del niño que había nacido demasiado pronto y era pequeño y débil. Sin embargo, parecía firmemente decidido a aferrarse a la vida y sus fuerzas aumentaban día tras día, algo que Chaya percibía en su propio cuerpo: notaba que el niño mamaba con mayor vigor y comprobaba que pese a sus escasos meses de vida ya era un luchador aguerrido.

Al igual que su abuelo.

Y que su padre.

—¿Y bien? ¿Cómo se encuentra nuestro hijo?

Caleb entró en la habitación. Como fingían estar casados, Chaya no tuvo más remedio que acostumbrarse a mantener un trato familiar con su primo, pero le disgustaba que hablara del niño como si fuera su hijo y por enésima vez comprobó que su presencia le resultaba molesta, aun cuando seguro que él no se lo merecía.

—Se encuentra muy bien, desde luego —contestó, sonriendo con el orgullo de una madre cariñosa. El niño siguió mamando sin inmutarse.

—Me alegro —dijo Caleb, satisfecho—. Al fin y al cabo, algún día

nuestro hijo se convertirá en un valiente guerrero y combatirá contra los infieles, ¿verdad?

Chaya, sentada en un sencillo taburete ante la ventana protegida por un enrejado de madera, alzó la vista.

—¿Qué pasa? —preguntó Caleb.

—Sabes perfectamente que no es tu hijo —dijo en voz baja.

—Sí, y nunca lo olvidaré si no dejas de recordármelo.

—Perdona, Caleb. Solo quería...

—Está bien —dijo él—. Sé que todo esto no te resulta fácil. Y supongo que debes de estar bastante confusa tras todo lo ocurrido.

—Es verdad —dijo ella y sonrió,

agradecida por su comprensión al tiempo que acomodaba al niño en su otro brazo para que mamara del otro pecho.

—No obstante, ¿has reflexionado sobre mi proposición?

—Sí, Caleb —dijo ella, reprimiendo un suspiro—. Lo he hecho. Pero todavía no estoy segura.

—Pero el niño necesita un nombre —dijo Caleb, y una vez más introdujo el argumento de todos los días—, ¡y ha de ser circuncidado! Además, el día de la *Brit Mila* ha transcurrido hace tiempo. Y puede que «Ezra» sea un buen nombre.

—Ante todo —replicó Chaya—, es el nombre de tu padre. Lamento que te

hayas disgustado con él por mí, Caleb. Pero este no es el modo de recuperar su afecto.

Había hablado en voz baja para no asustar al niño, pero con una determinación que hacía que fuese difícil contradecirla.

—¿Dirías lo mismo si el niño que sostienes en brazos fuese mi hijo carnal? —preguntó él, impotente, y herido en su orgullo—. Es a causa de él, ¿verdad? Aún no te has quitado al cristiano de la cabeza.

—Por favor, Caleb...

—No te disculpes por ello. De todos modos, no te creería. Además —añadió con una sonrisa débil—, puede que

dentro de poco tiempo ya no tengas que romperte la cabeza por mí.

—¿Qué quieres decir?

—Están reclutando tropas en la ciudad. Después de todo lo ocurrido en Antioquía, no quieren aguardar mano sobre mano y se preparan para la llegada de los cruzados. Todos los barrios de la ciudad aportan soldados para la milicia, también la comunidad judía. Así que me presenté voluntario.

—¡Oh, Caleb! —exclamó Chaya y su temor fue sincero—. Creí que habíamos dejado todo eso atrás.

—No me lo digas a mí, díselo a tus amigos cristianos —replicó Caleb en tono amargo.

—No lo hagas, por favor, no vayas allí.

Caleb parecía haber esperado esa reacción.

—¿Temes por mí? —preguntó en tono complacido—. ¿O más bien temes por el cristiano?

—No merezco esa amargura, Caleb. Te estoy muy agradecida por todo lo que has hecho por mí, pero siempre te he dicho que no te amo.

Chaya luchó contra las lágrimas, y el niño, que pareció percibir su tristeza, dejó de mamar durante un momento.

—Lo sé —respondió Caleb, ya sin la menor malevolencia—, y tampoco te lo reprocho. Pero no puedo dejar de ir.

He dado mi palabra y debo aportar mi contribución. Y precisamente tú deberías comprenderlo.

—Lo comprendo —aseguró ella.

—He tenido noticias de mi padre. Él y su esposa también han abandonado Antioquía y están camino de Acre, junto con sus dos hijas. Si me ocurriese algo, ve a verlo y pídele perdón en mi nombre. Con un poco de suerte te acogerá a ti y al niño, a quien toma por su nieto.

Chaya cerró los ojos para contener las lágrimas. Todo su ser se resistía a tener que contar con la misericordia de su tío, pero quizá no le quedaría otra opción si Caleb moría en combate.

—Por cierto, el comandante bajo cuyo mando estaré es armenio y hasta hace poco aún combatía para el emir de Damasco —añadió y se dispuso a abandonar la habitación—. Te agradecería.

—¿Por qué?

—Muy sencillo: es un cristiano —dijo, y una sonrisa enigmática se asomó al rostro bisoño de su primo.

Antioquía

En la misma época

—¿Por qué no, maldita sea?

Guillaume de Rein había alzado la voz y la mirada de sus ojos verdes, cuyo

color misterioso parecía reflejarse en los de su madre, mostraba su impaciencia.

—Me alzas la voz —constató Eleanor, pero sin manifestar la menor emoción—. Antes nunca solías hacerlo.

—Perdonad, madre —replicó Guillaume, esforzándose por recuperar el control—, pero ya no soy el jovenzuelo que abandonó Inglaterra hace dos años.

—Soy consciente de ello. Sin embargo, no deberías olvidar quién te trajo aquí y te convirtió en lo que eres. Tienes mucho que agradecerme, Guillaume.

—Lo sé, madre —contestó él, ya

más tranquilo. Su rostro rojo de ira dio paso a un delicado tono sonrosado que más bien encajaba con el semblante de un muchacho intimidado—. Solo que... hace tanto tiempo que espero esta oportunidad.

Eleanor se levantó de la silla decorada con preciosos arabescos que había ocupado y que hacía poco aún había pertenecido a un rico musulmán. Se acercó a su hijo y le cogió el rostro con sus manos huesudas.

—¿Crees que no lo sé? —preguntó, clavándole la mirada de sus ojos hundidos—. ¿Crees que la mujer que te dio a luz con dolor no conoce tus ansias y tus penas?

—Perdonad, madre —repitió él y, a diferencia de antes, parecía sincero. No soportó su mirada y bajó la suya.

—Está bien, muchacho. Comprendo tu inquietud. Has aguardado mucho tiempo... pero ten por seguro que pronto cosecharás los frutos de tu paciencia.

—¿De veras?

Guillaume la contempló, no como el guerrero decidido a todo que simulaba ser ante la Hermandad sino como un niño asustado y frágil.

—No te preocupes. Todo lo que ambos planeamos ha acontecido, aunque de un modo diferente de lo previsto. Y las cosas seguirán desarrollándose a nuestro favor a condición de que

aguardemos con paciencia.

—Estoy harto de esperar, madre, harto. Los meses pasan y temo que nunca seré aquel que tú me prometiste que sería.

—Eres un comandante nato, Guillaume. En tus venas fluye sangre noble y llegará el día en que tu poder y tu influencia superarán los de todos los demás. Te lo prometo, como que estoy aquí de pie ante ti.

—Os estoy agradecido por ello — aseguró Guillaume, agitándose inquieto —. Pero ¿cómo ha de tener lugar si me limito a seguir aguardando? Quizás olvidáis que he dado mi palabra con respecto al hermano del rey...

—Calla —lo interrumpió ella con ademán autoritario y lanzando una mirada suspicaz en torno a la amplia habitación solo ocupada por ella: hacía tiempo que Eleanor y su esposo no compartían el lecho—. ¿Es que te has vuelto loco? ¿Cómo se te ocurre hablar de esos asuntos en voz alta?

—Pues alguna vez he de hablar de ello, madre —insistió Guillaume, pero bajó la voz—. O en voz alta o en voz baja, mis reparos persisten. ¡Deberíamos actuar de una buena vez! ¿Por qué seguís deteniéndome? ¿Acaso el barón acabará por tener razón cuando me acusa de ser un cobarde?

—Ya no has de preocuparte por

Renaldo de Rein. No es tu padre carnal y tampoco tiene poder sobre ti.

—¿De verdad lo creéis? Entonces estáis cerrando los ojos ante la realidad, madre. Porque vuestro esposo está a punto de reconquistar la posición que ya ostentaba en Inglaterra. Se presentó voluntario y sirvió al italiano Bohemundo hasta que este lo acogió en el círculo de sus caballeros. Renaldo de Rein no tardará en formar parte del concejo de los nobles... ¿Y entonces qué, madre? ¿Y si delata nuestros planes?

—No lo hará, porque él mismo está profundamente implicado. ¿Por qué crees que no intentó aproximarse a

Roberto? ¿Acaso no hubiese sido mucho más sencillo para él obtener el favor del duque de Normandía que el de Bohemundo? En cambio Renaldo prefirió mantenerse lo más lejos posible de Roberto, porque sabe que el duque es un hombre caprichoso y que si descubriera la existencia del plan, o solo la sospechara, podría significar el fin de Renaldo.

Guillaume asintió. Los argumentos de su madre lo apaciguaron ligeramente.

—No obstante, deberías dejar de compararte con el barón —añadió Eleanor en tono más suave—. Te revelé el secreto de tu origen porque había llegado la hora de que te desprendieras

de su sombra. Estás destinado a un futuro más importante que el de ser el hijo obediente de Renaldo de Rein.

—Ya me lo habéis dicho muy a menudo, madre —objetó Guillaume, suspirando—, y vuestras palabras también me han proporcionado consuelo con frecuencia, pero ya no. ¿Qué es ese futuro del que no dejáis de hablar? ¿Por qué no me lo decís de una buena vez?

Eleanor lo contempló durante un buen rato. Por fin asintió.

—Tal vez tengas razón. Quizá sea hora de revelarte la auténtica naturaleza de mi plan y decirte por qué acepté ese pacto criminal con Flambard.

Guillaume arqueó las cejas. Era la

primera vez que la oía hablar con cierto desprecio del consejero real.

—¿Madre? —preguntó con la correspondiente sorpresa.

Una débil sonrisa apareció en el rostro cadavérico de Eleanor.

—¿De verdad creíste que convertiría a mi único hijo en la herramienta del rey solo para que este pueda cosechar frutos que jamás sembró? Mi padre y mi hermano estaban presentes cuando el duque Guillermo conquistó Inglaterra. Derramaron sangre junto a él y le fueron leales cuando muchos lo abandonaron.

—Lo sé, me lo habéis dicho a menudo, pero no comprendo qué queréis

decir con ello.

—Quiero decir —replicó Eleanor y su voz se convirtió en un áspero susurro —, que nuestro derecho de hacernos con el liderazgo está tan fundamentado como el de cualquier otra familia de la nobleza, ya sea en la isla o en Normandía.

—A excepción del derecho del Conquistador —la contradijo Guillaume.

—Es verdad —admitió Eleanor, lanzándole una mirada suspicaz—. Pero ¿y si el duque Roberto sucumbiera a una muerte heroica durante la batalla por Jerusalén, de modo que todas sus posesiones en Normandía pasaran a

manos de Inglaterra? ¿Y si entonces alguien le informara al rey Guillermo Rufo que conoce la verdad acerca de la muerte de su hermano e informara de ello a la nobleza normanda? ¿Entonces qué, hijo, qué?

Guillaume miró a su madre tan fijamente como si la viera por primera vez en la vida. Su inteligencia aguda, su ambición sin límites, su dureza implacable, su carácter manipulador... siempre había admirado todo eso en ella. Pero solo entonces comprendió la auténtica medida de su iniquidad.

—¡Madre! ¿Pretendéis extorsionar al rey?

—No, Guillaume. Nos limitaremos a

presentarle a Rufo las consecuencias de sus propios actos y dejar que escoja libremente sobre lo que emprenderá después.

—Acabará con nosotros —dijo Guillaume, convencido.

—No, no lo hará. Porque en ese caso la Hermandad se encargaría de difundir la noticia de la vergonzosa traición de Rufo por toda Francia y ello no solo sellaría el fin de sus pretensiones de gobernarla sino también el suyo propio. Así que para evitar el daño, Rufo cederá como corresponde a alguien de carácter tan débil como el suyo... y con la ayuda de la Hermandad, serás tú quien lidere el gobierno.

—¿Así que ese es vuestro plan? — dijo Guillaume, contemplándola con expresión incrédula.

—No solo es un plan, Guillaume. Muchas de las cosas que has hecho desde que abandonamos Inglaterra, tu entrada en la Hermandad, tu amistad con Eustacio y tu ascenso en ella, solo sirvieron para prepararte para esta empresa. Rufo se convertirá en una mera figura, en un recipiente sin contenido que ya no merece su nombre, y la nobleza se apartará de él y también de su hermano Enrique. Y justo en ese momento, Guillaume, tú regresarás a Londres como un jefe victorioso, un héroe de Jerusalén con la Lanza Sagrada

en las manos. ¿A quién crees que la nobleza le jurará lealtad en medio del entusiasmo general?

Guillaume clavó la mirada en su madre, que una vez más había logrado sorprenderlo. Pero pese al dorado futuro que ella le presentaba aún albergaba dudas.

—Sois maravillosa, pero mientras los nobles sigan peleándose por quién ha de convertirse en el señor de Antioquía, no proseguirán con la campaña militar. Y con respecto a la lanza, el obispo de Le Puy parece todo menos convencido de su autenticidad... y a fin de cuentas, es el legado papal.

—No has de preocuparte por las

dudas del obstinado Adhemar. Conozco sus puntos débiles. Tú has de seguir aprovechando el tiempo para saquear las comarcas de los alrededores y llenar nuestras vacías cajas de caudales, porque cuando regresemos a Inglaterra necesitaremos los medios correspondientes. En cuanto nos hayamos enriquecido lo suficiente volveremos a servirnos de Bartolomeo para conseguir que los nobles se dirijan a Jerusalén.

—A condición de que Eustacio lo permita —objetó Guillaume—. Aunque solo es una sombra de sí mismo, su lamentable honradez se interpone en nuestros planes. Debí haberlo apuñalado

cuando tuve la oportunidad.

—No es necesario —aseguró Eleanor, rodeándolo con sus brazos flacos.

Conocía a su hijo lo bastante bien como para tener muy claro que no solo había heredado su carácter calculador, sino también el exaltado de su padre.

—No te preocupes, Guillaume —le susurró al oído, procurando tranquilizarlo—, yo me encargaré de todo.

Antioquía

Finales de julio de 1098

—¿Y bien? ¿Cuál es tu decisión?

En esa ocasión no se habían reunido en un almacén, pero el sitio no dejaba de ser bastante mísero: era la bodega en la que se había instalado Berengario y donde tradujo el libro de Ascalón. En las improvisadas mesas reposaban algunos infolios y también pergaminos cubiertos de apuntes, pero el pergamino

del libro de Ascalón no estaba a la vista y Conn supuso que el monje lo guardaba en un lugar seguro.

El obispo de Le Puy le había concedido cuatro días de plazo para reflexionar y Conn los aprovechó a fondo. No pasó ni una hora en la que no reflexionara sobre el contenido del libro y esa extraña concatenación de acontecimientos que lo convertirían a él, un ladrón anglosajón, en un caballero de la Iglesia. Por otra parte, en cierto momento también se le ocurrió que un ladrón era exactamente lo que necesitaba el obispo Adhemar.

Pero el asunto seguía sin gustarle; por supuesto que resultaba amargo

descubrir que Chaya había estado al tanto de todos esos asuntos sin decirle una sola palabra al respecto y también le agradaba la idea de por fin poder vengarse de Guillaume de Rein. No obstante, consideraba que ir en busca del arca y apoderarse de ella en nombre de la Iglesia era un error. El Arca de la Alianza le pertenecía a Chaya y a su gente, y daba igual lo mucho que Conn se empeñara en sopesar entre la necesidad y la injusticia: su mala conciencia no disminuía.

Lo que más le hubiera gustado era poder comentar el asunto con alguien, pero por una parte se lo habían prohibido y por la otra, Baldric y

Bertrand aún no habían regresado de Acre. En cuanto a Berengario, este no suponía una ayuda para Conn: el monje, a quien siempre había admirado por su cultura y su sabiduría, lo había decepcionado profundamente, y aunque también participaba en la reunión, Conn hizo caso omiso de su presencia.

—Estoy esperando, Conwulf —lo apremió el obispo que había cambiado desde su último encuentro: estaba aún más demacrado y pálido y tenía los ojos llorosos.

—Perdonad, señor —contestó Conn en voz baja—. Pero la decisión no me resulta fácil.

—¿Que no te resulta fácil optar por

la gloria y el honor? ¿Qué clase de persona eres?

—Una que sigue los dictados de su conciencia. Por eso me habéis escogido, señor.

—No obstante, no eres el único hombre honrado de esta ciudad. Deberías tenerlo presente si pretendes seguir poniendo a prueba mi paciencia.

Conn se volvió. No quería que el obispo notara lo mucho que lo confundían sus palabras. Si rechazaba la oferta o procuraba aplazarla, Adhemar le encargaría a otro que fuera en busca del arca y no habría ganado nada, al contrario. En consecuencia, tal vez lo mejor sería que aceptara el

ofrecimiento... si bien no se sentía a la altura del encargo y tampoco tenía la sensación de estar del lado correcto.

—Acepto —dijo por fin.

—Bien —fue lo único que dijo el obispo, como si no hubiese esperado otra cosa—. Te pondrás en marcha en cuanto te hayas recuperado por completo. El hermano Berengario te acompañará.

—No —se apresuró a decir Conn.

—¿Qué? —exclamó Adhemar, desconcertado—. ¿Acabas de decir que sí y ya pones condiciones?

—Perdonad, señor —replicó Conn e inclinó la cabeza—, pero no puedo marchar con Berengario —dijo,

lanzándole una mirada de soslayo al benedictino—. Abusó de mi confianza y me engañó.

—Por el bien de la Iglesia. No pretendo que te agrade lo que hizo Berengario, pero deberías tener presente, Conwulf, que tú también infringiste las reglas de los cruzados y cometiste abusos deshonestos con una infiel.

—Si no lo hubiese hecho, vos no estaríais en posesión del libro.

—Eso también es verdad y por eso rogaré al Señor que te perdone ese pecado. Pero con respecto a Berengario, temo que no tienes opción, porque él...

—Adhemar se interrumpió, afectado por

un violento ataque de tos y tardó un momento en recuperarse—, porque Berengario es el único capaz de leer el texto y de descifrar sus enigmas, por tanto no puedo permitir que se vea excluido del asunto. En todo caso, lo único importante es lo que le resulta útil a esta empresa.

—¿Y si en cierto momento él también opta por traicionarnos a vos? —preguntó Conn.

—Tú no eres un cortesano ni un intrigante, Conwulf. Urdir intrigas no es tu estilo y además careces de talento para ello. Por mi parte, confío en Berengario —añadió, inclinando la cabeza en dirección al monje—, al igual

que confío en tu carácter humilde pero honrado. Ahora ponte de rodillas.

—¿Señor?

Conn le lanzó una mirada interrogativa al obispo.

—Ponte de rodillas —repitió Adhemar y cogió su espada.

Conn obedeció, pero era como si estuviera soñando... el sueño de otro.

Apenas oyó lo que decía el obispo acerca de las virtudes de un caballero y de sus deberes, de los logros especiales exigidos a un *miles christianus*, de su imprescindible valor, su lealtad y su disposición a sacrificarse. Conn solo despertó del trance cuando la espada de Adhemar le rozó el hombro.

—Levantaos, Conwulf de Antioquía, como guerrero de la Santa Iglesia.

Conn se puso de pie... pero se sentía exactamente igual que antes.

Adhemar siguió hablando.

—De momento, nadie debe saber el honor que os fue concedido y por encargo de quién actuáis. Pero si vuestra misión tiene éxito, vuestro nombre resplandecerá y seréis ricamente recompensado. Tenéis mi palabra, Conwulf... y os entrego esto en prenda.

Adhemar abrió la mano izquierda en la que guardaba un medallón de plata. Solo era un poco mayor que una moneda, pero estaba artísticamente cincelado. Ostentaba la imagen de un

laberinto constituido por cuatro segmentos formando un círculo en cuyo centro había una cruz.

—¿Qué es esto? —Quiso saber Conn.

—El signo de quienes combaten secretamente al servicio de Pedro.

Antioquía

1 de agosto de 1098

El fuego de la chimenea casi se había extinguido, al tiempo que Conn mantenía la vista clavada en el chisporroteo de las brasas.

Hacía dos días que Baldric y Bertrand habían regresado de Acre. Habían llevado a Chaya y al niño con su gente, sanos y salvos, y el viaje de regreso también transcurrió sin

incidentes. En realidad, Conn debería sentirse aliviado, pero las ideas y los sentimientos causados por el regreso de su padre adoptivo eran muy contradictorios.

Mientras que por una parte aún amaba a Chaya, por la otra quería castigarla por haberlo abandonado... pero ¿acaso no lo había hecho por el bien de todos ellos? ¿Es que ella y el niño no estaban mucho más seguros con Caleb que con él? Pero por otra parte, ¿por qué no había confiado en él? ¿Por qué no le reveló el secreto del libro cuando estuvieron juntos?

Conn sacudió la cabeza con resignación.

Se conocía lo bastante bien como para saber que todas esas reflexiones solo tenían un fin: encubrir su mala conciencia con respecto a Chaya.

Nunca dejó de insistir en que él no tenía nada que ver con la desaparición del libro de Ascalón y de apartar cualquier intento de echarle la culpa. Sin embargo, al aceptar el ofrecimiento del obispo Adhemar y declararse dispuesto a ir en busca del arca del pueblo de Israel para apoderarse de ella en nombre de la Iglesia, había demostrado que las sospechas de ella estaban justificadas. Y él no quería ser su enemigo, tal como lo eran otros cruzados.

Pero tampoco era su amigo.

—Es curioso —dijo Bertrand, cavilando; estaba sentado a su lado junto a la chimenea que ocupaba el centro de la sala—. Tras nuestra llegada, hubiera esperado encontrar el ejército dispuesto a partir, pero resulta que no es así. Es casi como si los señores hubieran perdido interés en marchar sobre Jerusalén.

—He oído que hay discordia entre los miembros del concejo de los nobles —comentó Baldric, sentado frente a ellos y masticando un minúsculo mendrugo de pan. Conn y Bertrand ya se habían zampado su ración.

—¿Discordia? ¿Cuándo ha existido

un acuerdo entre los señores? — preguntó Bertrand, guiñándole un ojo.

—Según el juramento que le prestaron al emperador Alejo, deberían traspasarle el gobierno de Antioquía a él —prosiguió Baldric—. Pero también hay nobles que cuestionan las pretensiones del emperador, ante todo Bohemundo de Tarento, al que le agradaría convertirse en señor de Antioquía. Estalló una violenta pelea al respecto, una disputa que impide que el ejército de los cruzados siga marchando, por no hablar del calor del verano.

—Por mí, que se tomen su tiempo — dijo Bertrand, encogiéndose de hombros —. No tendría ningún inconveniente en

descansar unos cuantos días más.

—¿En una ciudad donde las personas pasan hambre? —preguntó Baldric en tono dubitativo—. ¿En cuyas callejuelas uno no está seguro por las noches y donde prolifera la peste? ¿En qué nos hemos convertido? Muchos cruzados han traicionado el juramento prestado como peregrinos y se han convertido en vulgares ladrones, no mejores que aquellos que pretendíamos expulsar emprendiendo este viaje.

Conn dio un respingo. De pronto se sintió aludido y su malestar aumentó. Que fuese la propia Iglesia quien le hubiera hecho el encargo no suponía ningún consuelo, la sensación de que

hacía algo incorrecto persistía y, una vez más, sintió una rabia infinita por Berengario, que lo había convertido en su cómplice. Claro que ello le ofrecía la oportunidad de vengarse de Guillaume de Rein y puede que eso ya hiciera que mereciese la pena cometer cualquier pecado, pero traicionaría a Chaya y eso le resultaba insoportable. ¿A cuál de sus pretensiones debía darle preferencia: al juramento de venganza prestado en aquel entonces o a la justicia? Era como si Nia se encontrara a un lado y Chaya al otro, luchando por su alma.

—Es verdad —dijo Bertrand, dirigiéndose a Baldric—. Muchos de los nobles aprovechan el tiempo para

saquear la comarca y recuperar lo que les costó la campaña militar.

—¿Es eso posible? —preguntó Baldric—. ¿Acaso el oro y las joyas pueden reemplazar las innumerables vidas humanas perdidas? ¿Y si nos hubiésemos equivocado? ¿Y si malinterpretamos las señales del Señor y toda esta empresa no fuese más que un tremendo error de consecuencias nefastas? Entonces ¿qué?

Conn alzó la vista por primera vez. Su padre adoptivo estaba acurrucado ante la chimenea con la vista clavada en las llamas, con la misma inquietud que la suya.

—¿Tienes dudas? —preguntó en voz

baja.

—¿Acaso no he de tenerlas? — preguntó Baldric, dirigiendo la mirada de su único ojo sobre Conn—. Nada es tal como esperábamos, ni siquiera el enemigo contra el que luchamos. ¿Y si también nos equivocáramos en lo que concierne a nuestras almas? ¿Y si hace tiempo que abandonamos el camino de la luz y nos perdimos sin darnos cuenta?

Conn tragó el nudo que se había formado en su garganta. Las palabras de Baldric lo llenaban de temor, si bien de un modo difícil de comprender, sobre todo en vista de la tarea que había aceptado llevar a cabo.

—¿Qué quieres decir exactamente,

padre?

—Soy soldado, no predicador, por eso soy incapaz de expresarlo en palabras. Lo que me aflige solo es una sensación que me corroe desde que regresamos de Acre, cierta sospecha, pero ¿y si...?

Baldric no pudo acabar la frase, pues en ese instante la puerta de la casa se abrió soltando un chirrido y apareció Berengario, cuya compañía Conn había evitado adrede durante los últimos días. Sin saludar ni aguardar que lo invitaran a pasar, el monje se acercó precipitadamente a la chimenea; el rostro de nariz aguileña expresaba el más absoluto horror.

—¿Qué ha ocurrido, *pater*? — preguntó Bertrand—. Es como si hubierais...

—El obispo Adhemar —soltó Berengario, resollando.

—¿Qué le pasa? —preguntó Conn.

—Está muerto —contestó el monje en tono apagado.

—¿Qué?

—Dicen que enfermó repentinamente... de una de las pestes que asolan la ciudad.

Un escalofrío recorrió la espalda de Conn, era como si cada uno de los pelos que le cubrían la cabeza se erizara. En esos días era bastante frecuente que las personas debilitadas por el hambre y los

esfuerzos sufrieran enfermedades y no tardaran en sucumbir. También recordó los ataques de tos que martirizaban al obispo de Le Puy la última vez que se encontraron. Sin embargo, le pareció extraño que Adhemar hubiera fallecido de una muerte más o menos natural solo unos días después de la última vez que se reunieron en secreto. Y encima cuando se sentía permanentemente vigilado.

—Eso no es bueno —declaró Baldric—. Adhemar era el representante del Papa y nunca dejó de recordarles sus obligaciones a los nobles. Sin él, todo será todavía más difícil.

—Sí, es verdad —constató

Berengario y le lanzó una mirada elocuente a Conn—. ¿Puedo hablar un momento contigo, Conwulf?

Aunque de muy mala gana, Conn siguió al monje. La noticia también lo había afectado; no obstante, albergaba cierta esperanza de que la muerte del obispo supusiera que podría zafarse del acuerdo y que no se vería obligado a elegir entre el pasado y el presente.

—¿Qué queréis? —preguntó en tono brusco.

—¿Acaso no te lo imaginas? —respondió Berengario en voz baja—. ¿No te parece sospechoso que el obispo haya fallecido de un modo tan repentino?

—¿Y si fuese así?

—Hugo de Monteil, el hermano de Adhemar, dijo que no cree que haya muerto a causa de una enfermedad; sospecha que el obispo fue envenenado, pero no puede demostrarlo.

—¿Envenenado?

—Debo decirte quién despertaba los mayores temores del obispo.

—La Hermandad de los Buscadores —gruñó Conn. «Y Guillaume de Rein», añadió para sus adentros.

—Ignoro si el conde Hugo conoce la existencia del libro y del pacto que su hermano cerró con nosotros —replicó el monje—, pero yo hablaría con él al respecto.

—¿Para qué? —preguntó Conn.

—¿Es que pretendes afirmar que ya no tienes interés en vengarte de tu enemigo?

—No, pero todo este asunto me desagradó desde el principio y ahora que el obispo ya no está vivo, no veo por qué habría de sentirme obligado a cumplir con la palabra dada.

—¿Y qué pasa con el rango de caballero que has alcanzado?

—Vos sois el único que lo sabe —respondió Conn en tono frío—. Y haríais bien en no hacerlo público.

—¿Me estás amenazando? ¿Después de todo lo que he hecho por ti?

—Hicierais lo que hicierais, lo

hicisteis sobre todo por vuestro propio bien, *pater*, así que no os debo nada. ¿O acaso pensáis negarlo?

Berengario meneó su cabeza casi calva.

—No niego que haya cometido errores y que lo que me impulsó a descubrir el secreto del libro no fue solo la devoción, sino también la curiosidad. Pero no lo hice únicamente por mi propio bien sino también por el tuyo, Conn. ¿Por qué te niegas a aceptarlo? ¿Por qué crees que intercedí por ti ante el obispo Adhemar?

—Muy sencillo: porque necesitabais a alguien que os acompañara a Jerusalén. Alguien a quien pudierais

manipular y controlar con facilidad; en otras palabras, a un necio anglosajón como yo.

—No, malinterpretas mis...

—Además queríais aliviar vuestra mala conciencia con respecto a mí. Creísteis que si me convertíais en vuestro cómplice vuestra infamia no sería tan grande, pero no es así, Berengario. El obispo está muerto y con ello considero que nuestro acuerdo queda anulado.

—Conwulf, yo...

Una vez más, Conn no dejó que terminara la frase, se volvió abruptamente, regresó a la casa y cerró de un portazo. Después aguardó con el

corazón en un puño a que los pasos de Berengario se alejaran... con la esperanza de haber tomado la decisión correcta.

Antioquía

Septiembre de 1098

—Gracias por haber aceptado mi invitación.

Eustacio de Privas se volvió. Creyó que su anfitriona entraría en la sala por la entrada principal, en cambio apareció de pronto a sus espaldas.

—*Milady* —dijo el caballero provenzal e hizo una reverencia. Cuando

volvió a levantarse se encontró frente a la sombría figura de Eleanor de Rein.

Eustacio sintió la misma angustia que ya había experimentado en Caen, antaño, cuando Eleanor fue a verlo y le rogó que aceptara a su hijo en el círculo de la Hermandad. En aquel entonces, Eustacio accedió a ello por motivos relacionados con la política y el poder, pues la familia de Eleanor disponía de una influencia considerable en Normandía, y dado que los normandos formaban una parte considerable del ejército resultaba muy importante que aquellos se supieran representados en la Hermandad. Sin embargo, Eustacio no había contado con que Guillaume —al

principio tan reservado y muy afectado por la severidad de su padre— de pronto actuaría con tanta determinación e incluso albergaría pretensiones ocultas respecto al liderazgo de la Hermandad. Y estaba seguro de que ese cambio evidente se debía a una sola persona: Eleanor de Rein.

Resultaba indiscutible que la esposa del barón De Rein ejercía una gran influencia sobre su hijo y era absolutamente evidente que entonces también quería extender dicha influencia y ejercerla sobre la Hermandad... pero Eustacio estaba muy decidido a hacer caso omiso de dicha pretensión. Él y nadie más que él había creado la

Hermanidad y no permitiría que nadie le disputara su liderazgo.

—Seguro que os preguntáis por qué os he convocado a esta reunión.

Eleanor volvió a tomar la palabra; su aspecto enjuto y sus rasgos pálidos e inmóviles resultaban intimidantes; el tocado que le cubría la cabeza y el cuello y solo dejaba libre el rostro aumentaba la sensación de Eustacio de encontrarse frente a un cadáver viviente.

—Es verdad, *milady* —contestó Eustacio, estremeciéndose.

—Os rogué que acudierais a mi casa porque deseo hablar con vos sobre el futuro.

—¿El futuro? —preguntó Eustacio,

alzando las cejas—. ¿El futuro de quién?

—El vuestro. Y el de Guillaume.

—Bien —dijo el provenzal, confiado—, con respecto a mi futuro, lo veo muy prometedor.

—Os creo, *monsieur*, pero solo porque la batalla por Antioquía ha dado un giro decisivo. Si en aquel entonces no hubieran encontrado la lanza, quizá nuestros guerreros no habrían luchado con tanto fervor contra los musulmanes y no estaríamos aquí manteniendo esta conversación.

—Tal vez tengáis razón, pero no sé por qué mencionáis dichos asuntos.

—Vamos, Eustacio, no me ofendáis tratándome como si fuese una necia.

Conozco la aportación de vuestra Hermandad en el descubrimiento de la lanza y también sé que quien jugó un papel decisivo fue Guillaume. Él mismo me lo dijo —aseguró, y sus labios pálidos esbozaron una sonrisa—. Un hijo no debe guardar secretos a su madre.

—¿Tampoco tras prestar un solemne juramento? —exclamó Eustacio, indignado.

—¿Acaso pretendéis afirmar que vos jamás rompisteis un juramento? —preguntó Eleanor y se encogió de hombros, hombros huesudos que se destacaban bajo su vestido de terciopelo y su capa de seda—. Todos los días se

prestan juramentos y cuanto más elevado es el rango de quienes los prestan, tanto mayor es la frecuencia con la cual se rompen. En vez de enfadaros con Guillaume deberíais consideraros afortunado porque fue su astucia la que causó el giro decisivo... pues, según he oído, aquellos días vos no estabais capacitado.

—Es verdad —reconoció Eustacio. Dado que Eleanor parecía estar tan bien informada, negarlo sería inútil.

—Pero desde entonces una apatía casi reprochable se ha adueñado de los cruzados. En vez de luchar se conforman con lamerse las heridas y a darse la buena vida; incluso en algunos lugares

hasta los predicadores han enmudecido. Es imposible pasar por alto que algunos caballeros prefieren dedicarse a saquear la comarca y acumular bienes antes que alcanzar la meta original de esta campaña militar: a saber, la conquista de Jerusalén. Incluso entre los nobles parece existir un desacuerdo al respecto.

—Eso también es verdad. Quien estaba en desacuerdo con proseguir con la campaña militar era sobre todo Bohemundo de Tarento...

—... a menos que le otorgaran el gobierno de Antioquía —añadió la madre de Guillaume, volviendo a demostrar lo bien informada que estaba—. Que mediante su egoísmo ese

advenedizo haga peligrar toda la empresa parece resultarle indiferente.

—*Milady*, a fuer de ser sincero me sorprende oírlos decir esas cosas sobre el señor de Tarento, pues a fin de cuentas es bien sabido que vuestro esposo, el barón, es uno de sus más fieles seguidores.

Eleanor volvió a dedicarle una sonrisa cadavérica.

—No deberíais cometer el error de equipararme con mi esposo. Puede que a Renaldo le complazca servir a los poderosos... en cambio yo siempre he considerado que resulta más provechoso alcanzar el poder uno mismo.

—Una actitud que manifiesta

ambición y visión de futuro —dijo Eustacio.

Si bien la actitud enérgica de Eleanor lo inquietaba, es más, lo consternaba, no pudo evitar que esta lo impresionara. Se dijo que de joven debía de haber sido una beldad gracias a sus ojos verdes de mirada penetrante y sus rasgos delgados y aristocráticos... antes de que la vejez o las experiencias la convirtieran en esa criatura pálida y semejante a un fantasma que se encontraba frente a él.

—Ambas son características peligrosas para una mujer —replicó ella sin vacilar—, y por eso muy temprano comencé a obligar a los hombres a hacer

lo que consideraba correcto.

Eleanor se acercó a la larga mesa que ocupaba una mitad de la sala y cogió las dos copas de vino que reposaban en ella. Conservó una y le tendió la otra a Eustacio.

—Confieso que vuestra sinceridad me impresiona, *milady* —dijo tras beber un trago.

—Y quiero seguir siendo sincera con vos, pues para los planes que he concebido es muy importante que alcancemos Jerusalén. Y como los nobles no se ponen de acuerdo necesitamos algo que ponga fin a sus rencillas y los impulse a continuar la campaña militar.

—Intuyo adónde queréis ir a parar —aseguró Eustacio entre dos sorbos de vino—, y además empiezo a sospechar que en realidad el plan que produjo el giro en la batalla fue vuestro, no de Guillaume.

—Sois libre de hacerlo —replicó Eleanor, sonriendo.

—Pero me niego absolutamente a volver a utilizar a Pedro Bartolomeo para nuestros fines. Salió bien una vez, pero ni yo ni la Hermandad estamos dispuestos a volver a correr semejante riesgo.

—¿Por qué no? ¿Qué teméis?

—¿Que qué temo? —dijo Eustacio, soltando una carcajada amarga—. Que

lo descubran, claro está. ¿Qué creéis que sucedería si conocieran el engaño?

—Arderíamos en la hoguera —replicó Eleanor sin inmutarse—. Pero no creo que sea eso lo que os preocupa. Más bien teméis que Guillaume pudiera adquirir mayor influencia que vos, ¿verdad? Y es allí donde su futuro, el vuestro y el de la Hermandad entran en contacto.

—Pese a todo lo que decís, no deberíais olvidar que quien fundó la Hermandad de los Buscadores soy yo, *milady*. ¡Yo soy su futuro!

—¿Lo creéis así? —dijo ella, bebió un sorbo de vino y le lanzó una mirada desafiante por encima del borde de la

copa—. Compartiría vuestro punto de vista si estuvierais dispuesto a esforzaros por alcanzar las elevadas metas que os habéis impuesto... pero no lo estáis. Al fin y al cabo, le dais más importancia a vuestro propio bien que al de la Hermandad, ya lo habéis demostrado en cierta ocasión.

—*Milady!* —exclamó Eustacio presa de la cólera y depositó la copa medio vacía en la mesa—. Muchos caballeros, también los más valientes, demostraron puntos débiles durante el asedio de Antioquía, no podéis reprocharme eso. Y en cuanto a la credibilidad de Bartolomeo, he dejado de confiar en ella.

—¿Por qué? Adhemar de Le Puy ya no puede socavarla.

—Sí, es verdad, el obispo está muerto. Pero ¿os dice algo el nombre de Arnulfo de Rohes?

Eleanor arqueó las delgadas cejas.

—¿El predicador del duque Roberto de Normandía?

—Sí, ese, precisamente. A diferencia de Le Puy disfruta de una salud excelente y aprovecha todas las oportunidades que se le presentan para poner en duda la autenticidad de la lanza y malquistarnos con el duque. ¿Cómo creéis que reaccionaría frente a nuevas profecías de Bartolomeo?

—No os devanéis los sesos al

respecto —dijo Eleanor, procurando apaciguarlo y vaciando la copa—. Pues sería muy fácil que a él también le ocurriese algo, al igual que al duque.

—*Milady!*

—¿Qué pasa, acaso os asusta? —dijo ella con una sonrisa—. Pero ideas como esa no deberían amedrentaros, porque son precisamente esas las que diferencian a un comandante de un vasallo. Un vasallo noble, desde luego, pero solo un vasallo.

—¿Creéis que...?

Eustacio quiso replicar, pero mientras aún hablaba olvidó lo que quería decir. Notó que algo muy pesado lo aplastaba y tuvo que apoyarse en la

mesa para no caer. Desconcertado, clavó la vista en la copa semivacia de cuyo contenido solo había bebido unos sorbos.

—Mírame, Eustacio —ordenó Eleanor.

Él obedeció y, atónito, comprobó que ella había sufrido un cambio. El tocado que le cubría la cabeza se había soltado y pudo ver su cuello delgado y la cabellera gris que quizás un día fue rubia y que le cubría los hombros.

—¿Qué... qué hacéis? —balbuceó Eustacio, que apenas lograba mantenerse en pie. El suelo de la sala parecía inclinarse hacia un lado.

—Lo que siempre suelo hacer

cuando quiero algo —contestó ella en tono indiferente y sosegado, al tiempo que se quitaba el manto y el vestido—. Lo cojo.

Lo único que deseaba Eustacio era escapar de allí.

Se apartó de la mesa y quiso salir, pero solo logró dar un par de pasos. Soltó un grito apagado y cayó al suelo. A su lado estaba la copa que había arrastrado en la caída. El resto del vino se derramó y desapareció entre las rendijas de las losas, rojo como la sangre.

—Quiero que le cedas tu puesto en la Hermandad a Guillaume —oyó que ella decía.

—Ja... jamás.

—Te has quedado sin fuerzas, Eustacio. Lo que requiere la Hermandad es liderazgo... y tú ya no puedes proporcionárselo. ¿O acaso pretendes ponerlo en duda? ¿Cuando incluso una débil mujer es capaz de dominarte?

—Dominarme —repitió él, lanzándole una mirada incrédula.

Ella se había quitado el vestido y solo llevaba una delgada camisa a través de la cual se vislumbraba su figura huesuda y que se limitaba a aumentar su aspecto fantasmagórico.

—Harás lo que te exijo, ¿verdad? —preguntó Eleanor y alzó el dobladillo de la camisa. Bajo la luz de las lámparas

de aceite su figura adquirió un encanto diabólico: parecía una criatura semejante a una araña, solo consistente en huesos y una marchitada piel seca.

Y Eustacio se percató de que su resistencia se desvanecía y que no le quedaba más remedio que someterse a su voluntad.

Antioquía

Octubre de 1098

—¿Quién es?

—Se llama Berengario, *sire*. Es un monje benedictino.

—¿Y desea hablar conmigo?

—Sí, *sire*.

—Entonces ¿por qué no os limitáis a decirle que se marche?

—Porque dijo que seguro que lo lamentaríais.

A través de la puerta entreabierta, Berengario podía oír cada palabra pronunciada en el aposento de Hugo de Monteil, pero disimuló y permaneció inmóvil bajo las miradas suspicaces de ambos guardias de corps. Era evidente que Hugo de Monteil no le otorgaba su confianza a nadie... y Berengario lo comprendía perfectamente, tras todo lo que le había ocurrido a su hermano.

Le había costado cierto esfuerzo que el conde lo recibiera, pues debido a la muerte de su hermano Adhemar, Hugo de Monteil no solo había heredado su título y sus bienes, también se había convertido en un hombre muy ocupado; al parecer, el conde se retiraba adrede y

ello hacía que Berengario sospechara aún más que quizás él y Hugo compartieran los mismos objetivos.

Por fin, el criado que había anunciado la visita del monje regresó. Con una breve inclinación de la cabeza le indicó al benedictino que podía pasar. El monje entró con la cabeza gacha e hizo una reverencia tan profunda que le dolieron los huesos. La experiencia le había enseñado que los poderosos solían mostrarse benévolo con quienes hacían ostentación de humildad.

Al menos exteriormente, Hugo de Monteil no se parecía mucho al obispo Adhemar. Carecía tanto de su elevada estatura como también de su estupenda

cabellera, y aunque llevaba un manto de terciopelo por encima del jubón acolchado, su aspecto era bastante sencillo. Pero la frente enérgica y la mirada alerta de sus ojos evocaban a su hermano fallecido.

—Os agradezco que me hayáis recibido, señor —dijo Berengario en tono servil—. Que Dios os lo pague.

—Está bien, *pater* —contestó el conde, sentado ante una mesa larga y a punto de tomar un plato de carne y un poco de pan—. ¿Qué es tan importante para que insistáis en hablar conmigo? Decídmelo, pero sed breve, pues mi tiempo es precioso.

—Soy consciente de ello, señor —

aseguró el monje y esbozó otra reverencia—. Habéis de saber que he sido confidente de vuestro hermano.

—¿De veras? —dijo Hugo, masticando un trozo de carne de carnero—. Es extraño, ¿sabéis? Desde que mi amado hermano ya no está entre nosotros no pasa ni un día en que alguien afirma haber sido su confidente. ¿Qué queréis? ¿Una donación para los pobres? Que mi tesorero os dé algo y luego...

—Con vuestro permiso, señor, pero no se trata de eso —lo interrumpió Berengario—. Es más, he venido para deciros que estoy al corriente de ciertos asuntos.

Hugo dejó de masticar.

—¿De qué asuntos? —preguntó con la boca llena.

—De ciertos asuntos que preocupaban a vuestro amado hermano y que podrían afectar al desarrollo de esta empresa en una medida considerable — contestó el monje, esquivando la pregunta—. Estoy seguro de que vos sabéis a qué me refiero.

—No, no lo sé —dijo Hugo, negando con la cabeza—. ¿Estáis en vuestro sano juicio?

—Absolutamente, señor —aseguró Berengario, que en ese instante empezó a comprender que el conde no tenía idea de qué estaba hablando. Era evidente que Adhemar de Monteil no le había

confiado ese asunto tan importante ni siquiera a su hermano carnal.

—Entonces ¿qué deseáis? —preguntó Hugo con impaciencia pero sin dejar de comer—. ¡Os recomiendo que no malgastéis mi tiempo!

—Se trata de un secreto —se apresuró a decir Berengario, porque ya empezaba a perder las esperanzas. Si no lograba despertar el interés del conde se encontraría de patitas en la calle más rápidamente de lo deseado.

—¿Un secreto? —dijo Hugo, y al menos dejó de masticar.

—En efecto, *sire*. Algo tan importante para vuestro hermano que casi no lo compartió con nadie.

—Mi hermano, *pater*, está muerto. Lo más probable es que sus enemigos lo envenenaran y el único motivo por el cual yo aún me encuentro entre los vivos es porque no me dio participación en sus secretos. Sé muy bien que hay cosas que me ocultó, incluso a mí, y supongo que tenía motivos para hacerlo. ¿Por qué habría de cambiar algo?

—Porque vivimos en tiempos extraños, señor, en un siglo que se acerca a su fin. Antes, cuando recorría el mundo como predicador, hablaba del advenimiento del reino de los cielos... desde luego sin sospechar que podría estar tan próximo. He visto las señales de la naturaleza y supe que significaban

algo grande, cambios revolucionarios, pero solo mucho más adelante comprendí de qué se trataban en realidad.

—¿Y eso debe tranquilizarme? Un hombre hace bien en conocer el lugar que le ha adjudicado el destino, tanto si es un señor como si es un siervo. A los poderosos les disgustan los cambios, y aún más si están relacionados con temas de la fe. Hablar de dichos asuntos es peligroso y, a diferencia de mi hermano, carezco del coraje para hacerlo... ¿o debería hablar de la estupidez? No tengo ganas de recibir una visita de esa bruja.

—¿Qué bruja? —preguntó Berengario, perplejo.

Hugo de Monteil le lanzó una sonrisa.

—Si conocíais a mi hermano tan bien como afirmáis, sabéis de quién hablo. La temía... a ella y a esa asociación secreta que finge buscar las sagradas reliquias cuando en el fondo lo único que le interesa es su propio provecho.

—La Hermandad de los Buscadores —murmuró el monje—. Habláis de Guillaume de Rein.

—No de él, sino de su madre. No puedo demostrarlo y tampoco sé exactamente qué le hizo a Adhemar... pero pocos días después de visitarla en su casa estaba muerto.

—Eleanor de Rein —susurró Berengario, consternado.

—Ella es quien realmente dirige los destinos de la Hermandad. ¡Así que mientras no dispongáis de un plan para resolver el problema, dejadme en paz! Los secretos de carácter religioso no me interesan.

—Pero...

—¡Guardias! —rugió el conde y los dos guerreros apostados ante la puerta y que hacía un momento habían contemplado a Berengario con mirada furibunda, entraron en el aposento—. ¡Lleváoslo! —Se limitó a decir Hugo, y antes de que el monje se diera cuenta ambos ya lo habían aferrado de la

capucha y del cordón que le rodeaba la cintura, lo arrastraron hasta la calle donde lo arrojaron al suelo propinándole un puntapié, causando las risas de los transeúntes.

Soltando un gemido, el monje se puso de pie esforzándose por conservar una pizca de dignidad. Su plan, consistente en confiarse al hermano del obispo y obtener su apoyo en la búsqueda del arca perdida, había fracasado... pero al mismo tiempo el conde le había mostrado una nueva solución.

Si Hugo de Monteil era demasiado miedoso para desvelar un secreto milenario y grabar su nombre en las

pétreas páginas de la historia, Berengario se vería obligado a recurrir a la ayuda de alguien a quien no le faltaban ni el coraje ni la determinación.

La solución que el conde la había proporcionado involuntariamente llevaba el nombre de una mujer: Eleanor de Rein.

Antioquía

30 de diciembre de 1098

Los gritos de dolor habían dejado de resonar en el abovedado recinto subterráneo sostenido por columnas y el hedor a carne quemada se había disipado.

Impávido y sin una pizca de compasión, Guillaume de Rein había observado la incorporación de cinco nuevos miembros de la Hermandad.

Jóvenes caballeros a quienes —al igual que él en aquel entonces— prestaron un solemne juramento prometiendo que dedicarían su vida a la Búsqueda, y a los que después les marcaron el signo en el antebrazo con un hierro candente, el signo que identificaba a los miembros de la Hermandad: la cruz cuyos brazos se ensanchaban en los extremos.

Solo era el prelude del gran encuentro en el que se reunieron los miembros más importantes de la Hermandad, semejante al que antaño tuvo lugar en Caen, cuando el propio Guillaume ingresó en el círculo de los Buscadores.

Ello había ocurrido hacía más de

dos años, habían acontecido muchas cosas y hubo ciertos cambios. Numerosos caballeros que antaño estaban presentes, tales como Adelardo d'Espalion y Huidemar de Mende, habían caído en combate; otros sucumbieron a causa de las plagas o del implacable calor y otros más prefirieron dejar a sus hermanos de armas en la estacada y regresar a casa porque el valor los había abandonado. Fueron reemplazados por nuevos miembros, jóvenes nobles francos, normandos y oriundos de las comarcas itálicas quienes, debido a las duras privaciones, se habían quedado sin medios o habían perdido a sus señores feudales; la

Hermandad los acogía y no solo les proporcionaba armas, armaduras y alimentos sino también una nueva meta por la cual merecía la pena luchar.

Y algo más había cambiado desde que los principales miembros de la Hermandad se reunieron en Caen: ¡por primera vez una mujer participaba en la reunión de los compañeros de armas!

A diferencia de los miembros masculinos del círculo de los líderes, quienes solo descubrieron sus rostros una vez que los cinco nuevos adeptos hubiesen ingresado, Eleanor de Rein no se tomó la molestia de ocultar su semblante. No obstante, todos sabían quién era la mujer que había logrado

acceder a ese encuentro... si bien Guillaume todavía ignoraba cómo.

A diferencia de dos años atrás, había dejado de avergonzarse de que su madre tomara partido por él; ella le había prometido que, para favorecerlo, pondría fin a las luchas por el poder en el interior de la Hermandad y eso fue exactamente lo que sucedió, con mayor rapidez y menores dificultades de lo que él creyó posible.

Con mirada de halcón, Eleanor observaba a los reunidos que formaban filas enfrentadas. En un extremo de la calle se encontraba Eustacio de Privas, flanqueado por Guillaume y su madre, que se había situado de manera que su

sombra se proyectara sobre el líder de la Hermandad.

En todos los sentidos posibles.

—Hermanos míos —dijo Eustacio, dirigiéndose a sus compañeros de armas —, al final de este año dirigimos nuestra mirada tanto al pasado como al futuro, al igual que Jano, la deidad pagana. La mirada al pasado nos muestra el dolor que sufrimos, las privaciones que soportamos y los rostros de quienes ya no están a nuestro lado porque dieron sus vidas luchando por nuestra causa. Pero también nos revela un año de grandes éxitos en el que logramos penetrar profundamente en las tierras del enemigo y no solo conseguimos

arrancarle esta ciudad sino también ocuparla, ¡con la ayuda del Todopoderoso!

Entonces resonaron gritos de entusiasmo y algunos compañeros de armas golpearon el escudo con el puño para manifestar su aplauso.

—Nuestra comunidad ha alcanzado muchas cosas. La Lanza Sagrada, una de las reliquias más valiosas de la cristiandad, fue descubierta, y ninguno de nosotros es capaz de evaluar el significado que semejante hallazgo tendrá para el futuro de todos nosotros cuando conquistemos Jerusalén, la lejana meta de este peregrinaje. Pero pese a todos los éxitos —siguió

diciendo Eustacio y deslizó su mirada extrañamente vacía por encima de los reunidos antes de inclinar la cabeza con gesto humilde—, también deberíamos contemplarnos a nosotros mismos y preguntarnos dónde salimos airoso ante el Señor y ante las leyes y dónde fracasamos.

Los miembros de la Hermandad obedecieron y también inclinaron la cabeza y, para continuar con el simulacro, incluso Eleanor participó en la farsa ideada por ella misma, mientras que Guillaume no pudo dejar de alzar la vista disimuladamente y volver a sorprenderse ante el descomunal talento de su madre para manipular a los demás.

No sabía qué le había hecho a Eustacio aquella noche, cuando lo invitó a su casa, pero a partir de ese momento De Privas se había convertido en mantequilla en las marchitas manos de Eleanor.

—También yo he fracasado, mis fieles compañeros de armas —manifestó Eustacio tras unos instantes de silencio en los cuales solo se oía el chisporrotear de las antorchas que iluminaban la bóveda—. Os lo confieso con franqueza.

—¿Vos, Eustacio? —preguntó Guillaume, recitando el texto que su madre le había indicado, sintiéndose como un antiguo declamador de teatro

— ¿En qué sentido?

—Tomé decisiones que no fueron por el bien de nuestra Hermandad. Vacilé cuando debería haber avanzado. Y me resistí a los cambios pese a que eran imprescindibles. Pero en el futuro todo ello será distinto, hermanos míos... con un nuevo líder que será más digno de ocupar este puesto que yo.

—¿Un nuevo líder?

Un murmullo recorrió ambas filas, los caballeros intercambiaron miradas, perplejos, y menearon la cabeza. Nadie había contado con semejante acontecimiento: no estaban preparados y ese era precisamente el propósito de Eleanor.

Solo Guillaume conocía a su madre lo bastante bien para saber que la ligera mueca que le crispaba los labios era una sonrisa de satisfacción. Eleanor presenciaba el desarrollo del espectáculo en silencio. Muy pocos de los caballeros presentes hubieran tolerado que una mujer tomara la palabra; sin embargo, quien manipulaba los hilos era ella.

—¡No, Eustacio! —exclamó Brian de Villefort, uno de los pocos miembros fundadores de la Hermandad que aún seguía con vida—. No hablaréis en serio, ¿verdad? Juntos hemos librado tantas batallas, hemos soportado tantas cosas...

—Eustacio no tiene por qué rendiros cuentas, Brian —se apresuró a decir Guillaume—. Cada uno de nosotros ha de examinar su propia conciencia. Si él opta por retirarse voluntariamente y traspasarle la jefatura de la Hermandad a otro, no debemos oponernos.

—¿Y quién ha de ser el nuevo líder, Eustacio? —preguntó De Villefort, disgustado—. ¿Ya habéis reflexionado al respecto?

—Debe ser alguien capaz de encabezar la Hermandad en el futuro. Alguien que no se amilane ante la responsabilidad que supone tomar decisiones importantes, como lo he hecho yo —replicó Eustacio sin titubear

y, según Guillaume, con excesiva indiferencia. Ni siquiera era capaz de ser un buen farsante—. ¡He elegido a Guillaume de Rein, amados compañeros de armas!

—¡No! —gritó Brian.

—¿Por qué no? —dijo Eleanor, tomando la palabra por primera vez.

—Os lo diré, *madame*: ¡porque vuestro hijo no es uno de los nuestros! ¡No es un provenzal ni es oriundo de Normandía, sino que llegó desde el bárbaro norte, de la isla de los vaquerizos!

Algunos de los presentes manifestaron su acuerdo y palmearon el hombro de Brian.

—¿Y eso hace que Guillaume no sea digno de ser su sucesor? —preguntó Eleanor y su tono dubitativo reveló que no había contado con semejantes reparos —. ¿Aunque luchó a vuestro lado en todas las batallas? ¿Aunque fueron sus consejos los que os proporcionaron un rico botín? ¿Que os mantuvo con vida mientras otros morían de hambre? ¿Aunque fue él que se sirvió de Pedro Bartolomeo y se encargó de que los nobles abandonaran los meses de apatía y ahora vuelvan a perseguir la verdadera meta de esta campaña militar?

De Villefort no disimuló sus dudas.

—¿Es eso verdad, Eustacio? ¿Guillaume de Rein ha hecho todo eso

por nuestra Hermandad?

Eustacio de Privas no respondió.

Permaneció allí, en silencio, inmóvil y con la mirada fija como un siervo que aguarda recibir una orden. A Guillaume le pareció un recipiente vacío del que resultaba imposible extraer algo que no contenía.

—¿Qué os ocurre, Eustacio? — preguntó alguien—. ¿Os habéis tragado la lengua?

Una vez más, Eustacio guardó silencio y entonces el disgusto y un murmullo inquieto recorrió las filas de los sectarios cuando de repente la puerta de la bóveda se abrió y apareció uno de los soldados a quienes les habían

ordenado vigilar la entrada de la bóveda.

—¿Qué pasa? —preguntó De Villefort, molesto por la interrupción.

—Novedades, señor —dijo el hombre con una expresión de terror—. El sol...

—¿Qué pasa con el sol?

—Ha... desaparecido.

—¿Qué?

—¡Como que estoy aquí ante vos, señor! —insistió el guardia—. ¡Fuera en las calles se ha hecho de noche! Hasta las aves han enmudecido.

La inquietud de los sectarios dio paso al espanto. Como solo era la hora sexta y por tanto el sol no podía haber

desaparecido tras el horizonte, todos comprendieron que no podía tratarse de un acontecimiento natural y un terror supersticioso se apoderó de los caballeros; algunos echaron a correr fuera de la sala presa del pánico, otros empezaron a rezar... y al menos a Brian de Villefort no le costó ningún esfuerzo constatar quién era el responsable de que el sol se hubiese apagado.

—¡Ha sido ella! —vociferó, señalando a Eleanor—. ¡Esa mujer posee un poder maligno! ¡La desaparición del sol lo demuestra!

La consternación marcaba los rostros. Algunos miembros de la Hermandad retrocedieron atemorizados,

otros se persignaron.

—¿Poderes malignos? —repitió Eleanor, riendo—. ¡No seáis ridículo, De Villefort! ¿De verdad creéis que alguien es capaz de apagar el sol?

—No os dejéis engañar por sus afirmaciones. Ha echado mano de sus poderes oscuros para nublar los sentidos de Eustacio. ¡Le ha echado un maleficio con el fin de convertir a su hijo en el líder de nuestra Hermandad!

Aguijoneadas por el miedo y el pánico, las manifestaciones de disgusto se volvieron más sonoras y el estado de ánimo amenazó con dar un giro peligroso... y Guillaume supo que debía entrar en acción.

Las intrigas y las trapisondas de su madre lo habían llevado muy lejos, le abrieron puertas que hubieran permanecido cerradas sin su intervención y le proporcionaron oportunidades que él solo jamás hubiera alcanzado. Pero ya no podía ayudarle.

—¡Retirad lo dicho de inmediato, Brian de Villefort! —gritó en voz tan alta y tan autoritaria que se sorprendió a sí mismo—. ¡No permitiré que ensuciéis mi honor y el de mi madre!

—Vociferad cuanto queráis, Guillaume, no os temo y tampoco a la mujer que os escupió al mundo, lo digo con toda sinceridad: ¡es una hechicera y una bruja!

¡Una bruja!

Al igual que una sombra, la palabra recorrió las filas de los demás caballeros, que reaccionaron con ira y espanto.

—¡Retirad lo dicho!

Guillaume se plantó ante su adversario, tan cerca que percibió su mal aliento. La cólera ardía en los ojos grises de De Villefort, pero Guillaume no desvió la mirada.

—¡Retirad lo que habéis dicho en el acto y pedidle disculpas a mi madre, Brian de Villefort —exigió con una voz aguda—, de lo contrario juro aquí y ahora ante nuestros compañeros de armas que lo lamentaréis amargamente!

El otro no parecía impresionado.

—¡Conozco a Eustacio de Privas desde la infancia y ese de allí no es el hombre que antaño dirigió los destinos de la Hermandad! Ignoro lo que le habéis hecho, Guillaume de Rein, pero el eclipse del sol es el castigo y os aseguro que no descansaré hasta que...

La última palabra dio paso a un siseo, seguido de un hilillo de sangre que se derramó de la comisura de la boca de De Villefort y manchó su barba.

—Seguid hablando, hermano —lo desafió Guillaume—, os escucho.

De Villefort lo miró fijamente. La mirada ya vidriosa del caballero manifestaba ira y desprecio, pero sobre

todo desconcierto.

—Eso os enseñará a no volver a ensuciar mi honor jamás —dijo Guillaume, impávido; arrancó el puñal del vientre de su adversario y dio un paso atrás.

La puñalada había sido tan veloz que De Villefort no tuvo tiempo de reaccionar. Ni un gesto ni un parpadeo habían delatado el propósito asesino de Guillaume.

Brian de Villefort soltó un resuello, se tambaleó hacia atrás y cogió su acero, pero sus movimientos eran tan lentos y torpes que Guillaume los previó en el acto. Desenvainó su propia espada y antes de que su contrincante lograra

blandir la suya Guillaume le asestó un cintarazo mortal.

El corte fue liso y profundo, atravesó la garganta de De Villefort y entonces brotó un chorro de sangre que empapó su túnica y salpicó a Guillaume pese a que este se encontraba a dos pasos de distancia. El caballero se desplomó.

Guillaume se inclinó por encima de él, temblando, con el rostro cubierto de rojas salpicaduras y ebrio de sangre y omnipotencia. Pero si creyó que la resistencia enmudecería con De Villefort se había equivocado.

Las miradas de los otros sectarios oscilaron entre Guillaume y su

compañero, tendido en el suelo en medio de un charco de sangre, y también las dirigieron a Eleanor. Envuelta en su oscuro manto, ofrecía un aspecto tenebroso y permanecía en silencio junto a Eustacio, quien ni siquiera había reaccionado frente a los acontecimientos.

—Es una bruja —murmuraron.

—¡Obra oscuros hechizos!

—Debe morir.

Inquieto, Guillaume vio que se llevaban las manos al puñal y a la espada, sabiendo que no podría enfrentarse a ellos: eran demasiados. Si no ocurría algo con rapidez...

—¡Hermanos! —gritó uno de los

caballeros, que había echado a correr al exterior y que regresaba en ese instante con una sonrisa de alivio en el rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó uno.

—¡El sol ha regresado! Se apagó durante unos momentos pero ahora ha regresado y brilla igual que antes. ¡Todo está en orden, hermanos míos!

El temor que se había apoderado de los hombres hacía un momento se desvaneció de pronto y su determinación de lanzarse contra Guillaume y su madre desapareció en el acto. Sus semblantes se relajaron, las armas permanecieron dentro de las vainas... y Guillaume supo que su hora había llegado: el momento que había aguardado durante toda su

vida.

—¿Y bien? —exclamó, volviéndose sin soltar la ensangrentada espada—. ¿Todavía hay alguien que cree que mi madre practica artes prohibidas? ¿Aún hay alguien que piensa que le hicimos daño adrede a nuestro amado hermano Eustacio? ¿O que pretende cuestionar mi liderazgo?

Nadie pronunció una palabra... y Guillaume no pudo evitar dedicarle una sonrisa triunfal a su madre.

Acre

En el mismo momento

Bahram al-Armeni también había dirigido la mirada al cielo.

Junto con los soldados de la milicia judía que habían sido puestos bajo su mando, realizaba prácticas de armas en la plaza del mercado del barrio judío... cuando súbitamente una mancha oscura se interpuso ante el sol y este pareció apagarse.

De un instante a otro reinó la penumbra y un silencio ominoso se cernió sobre el barrio y toda la ciudad. Los hombres interrumpieron sus tareas e incluso los animales parecieron sostener el aliento.

El pánico amenazó con invadir a algunos de los jóvenes judíos bajo el

mando de Bahram, pero este los tranquilizó. Como científico, sabía lo bastante sobre los acontecimientos celestiales para explicarles a sus pupilos que no se trataba de que un monstruo hambriento hubiera devorado el sol y tampoco un poder misterioso.

Bahram había llegado a Acre como un derrotado y, una vez que su herida hubo cicatrizado, se presentó ante la guarnición fatimí de la ciudad. Como no era el único guerrero que antaño había servido a los selyúcidas y que entonces quería entrar al servicio del califa como soldado, no dudaron en confiarle el mando sobre unas tropas. Y el hecho de que profesara la fe cristiana tampoco

supuso un impedimento... quizá porque en Acre aún no habían experimentado el peligro que suponían los cruzados de manera personal.

Claro que tras comandar a los *askar* por encargo de Duqaq, para Bahram supuso algo bastante similar a un descenso ponerse al mando de un montón de jóvenes exaltados pero completamente inexpertos, que ni siquiera conocían los principios básicos del combate con la espada, no como los *ghulam*, armados hasta los dientes. Pero aceptó la tarea y, con el tiempo, logró transformar el disperso grupito en una tropa aguerrida que, en caso de un ataque a la ciudad, sería capaz de

defender su tramo de la muralla con eficacia. Uno de los jóvenes, un tal Caleb Ben Ezra, se destacó gracias a su disposición a entrar en acción y, tras haber supuesto que resultaría imposible detener el avance de los conquistadores, Bahram había comenzado a recuperar cierta confianza.

Durante el transcurso de los meses pasados, el recuerdo de la derrota ante las murallas de Antioquía y las oscuras predicciones del viejo Jamal habían palidecido cada vez más... pero habían vuelto a renacer súbitamente debido al eclipse de sol.

Pues incluso si uno comprendía los acontecimientos celestiales y sabía

cómo se generaban, era indudable que el eclipse suponía un presagio funesto.

Al este de Akkar

Mediados de abril de 1099

Los tiempos de la inmovilidad habían pasado.

Tras largos meses de espera, durante los cuales por una parte los nobles se dedicaron a librar enconadas rencillas por hacerse con el poder sobre Antioquía y por la otra a enriquecerse emprendiendo interminables saqueos de las comarcas vecinas, a finales de año el

ejército de los cruzados por fin volvió a ponerse en marcha.

Por diversos motivos, los jefes dejaron a un lado su tozudez y volvieron a ocuparse de su auténtica misión: por una parte ya casi no quedaba nada por saquear en la región, de modo que no tuvieron más remedio que seguir viaje como una horda de langostas con el fin de no volver a poner en peligro el abastecimiento del ejército; por la otra, el estado de ánimo reinante entre los soldados se había encargado de que los señores repensaran su actitud. Hastiados de la codicia de sus comandantes, cada vez más guerreros expresaron su disgusto y lo manifestaron ante los

representantes de la Iglesia; sin embargo, entre estos no había ninguno que dispusiera del poder y de la influencia de Adhemar de Monteil, pero las protestas permanentes de los sacerdotes y sus oscuras amenazas respecto de la salvación de las almas acabaron por surtir efecto. El único que se quedó en Antioquía fue Bohemundo de Tarento, convertido en soberano indiscutible; pero los otros nobles encabezados por Raimundo de Tolosa—quien se consideraba el sucesor de Adhemar y el legítimo comandante de la empresa— empezaron a abandonar la ciudad. Los primeros en contestar a la llamada fueron los normandos del duque

Roberto de Normandía y los vasallos de Tancredo, el pendenciero ítalo, y finalmente los nobles de Flandes y Lotaringia tampoco pudieron continuar sustrayéndose a la insistencia de sus guerreros.

Guillaume de Rein y los miembros de la Hermandad también se encargaron en gran medida de que la empresa finalmente prosiguiera: no dejaron de intervenir ante sus vasallos instando a una pronta partida y, cada vez que se presentaba la oportunidad, Guillaume no dudó en recurrir a videntes y visionarios para alcanzar sus fines. Pero tuvo que comprobar que con las profecías pasaba lo mismo que con un arma utilizada con

excesiva frecuencia: se desgastaban y se volvían romas.

Soltando una maldición, Guillaume condujo su corcel a lo largo de un estrecho sendero que conducía a la cresta de la colina, seguido de un grupo de los suyos. Aún lo afectaba el recuerdo de los horripilantes eventos acaecidos hacía escasos días en el campamento de los cruzados, en parte porque su plan había fracasado, pero también porque Eustacio de Privas — quien desde su destitución como jefe de la Hermandad se había convertido en el guardia de corps de Eleanor de Rein y la seguía como una sombra— en el fondo había tenido razón.

Al igual que el conde Raimundo, Guillaume opinaba que la ciudad de Akkar, situada junto al mar en un fértil tramo de la costa y que gracias a dicha circunstancia abría el camino a las tropas de refuerzo europeas, debía ser conquistada antes de seguir avanzando hacia Jerusalén, pero en su mayoría, los nobles del concejo habían opinado lo contrario. Unos preferían avanzar en paralelo a la costa hasta Palestina y esquivar las ciudades fortificadas de los árabes: además de Akkar y Trípoli, también Sidón, Tiro y Acre. Dado que ello hubiese supuesto penetrar en el territorio del aún poderoso emir de Damasco y encima suponía el peligro de

perder la comunicación con todas las tropas de refuerzo, Guillaume había decidido volver a echar mano de su arma más poderosa para conseguir que los nobles cambiaran de opinión: el vidente Bartolomeo.

De pronto Guillaume refrenó su caballo y se volvió en la silla.

—¿Quién ha sido? —le espetó al guerrero que cabalgaba a sus espaldas. Se llamaba Bernier, un caballero empobrecido, oriundo de la región de Castres.

—¿A qué os referís, señor? —preguntó Bernier, desconcertado.

—Ese grito, esos aullidos —insistió Guillaume—. ¿Quién de vosotros los

soltó? Con el fin de esquivar la mirada penetrante de su jefe, Bernier se dirigió al que cabalgaba detrás de él y este repitió la pregunta al siguiente, pero ninguno de los alrededor de veinte jinetes pertenecientes al grupo supo qué contestar.

—No... no he oído nada, señor — confesó Bernier en tono cauteloso—. Tal vez os habéis equivocado...

La mirada de Guillaume era tan penetrante como la de un ave de presa y escudriñó en busca del culpable hasta que se le ocurrió que quizá se había equivocado.

—Es posible —se limitó a contestar, se volvió hacia delante y espoleó su

caballo para que avanzara con rapidez a lo largo del sendero. Pero no logró escapar de sus recuerdos.

Pedro Bartolomeo se había presentado ante los nobles soltando un discurso incendiario y declarando que se le había aparecido el mismísimo Redentor, y le dijo que deseaba la conquista de Akkar... pero a diferencia de antes en Antioquía, los nobles no se dejaron impresionar. Sobre todo Roberto de Normandía y Arnulfo de Rohes, su predicador, manifestaron sus dudas sobre esa visión y tampoco sirvió de nada que Guillaume presentara un segundo testigo en la persona del monje Desiderio, quien afirmó que había visto

al obispo Adhemar en el infierno, donde sufría suplicios eternos por dudar de la autenticidad de las profecías de Bartolomeo. Entonces convocaron una ordalía a la que Bartolomeo tuvo que someterse: si lograba recorrer un lecho de brasas incandescentes con la Lanza Sagrada en la mano sin sufrir daños, considerarían que sus visiones quedaban demostradas y en ese caso, los nobles se mostrarían dispuestos a apoyar a Raimundo durante el asedio de Akkar.

Guillaume no supuso que tan siquiera uno solo de ellos creía que el vidente superaría la prueba... sin embargo, Bartolomeo había sido lo bastante ciego o quizá loco como para

correr el riesgo. Recorrió las brasas candentes con la lanza en la mano... y sufrió graves quemaduras.

Ya hacía ocho días que agonizaba, y al recordar los gritos inhumanos que resonaban en el campamento sobre todo por las noches e impedían que los cruzados conciliaran el sueño, Guillaume se estremeció. Era uno de los motivos por los cuales en esos días Guillaume prefería explorar los alrededores de Akkar... sin embargo, los alaridos de Bartolomeo parecían perseguirlo hasta allí.

Por fin el grupo alcanzó la cresta de la colina, un estrecho borde rocoso tan afilado como si lo hubiera cortado un

cuchillo. Desde allí, una comarca árida se extendía hacia el este en la que incluso a principios de año solo crecían grupos de hierbajos y arbustos. Solo mucho más allá, en todo caso apenas vislumbrada en el neblinoso horizonte, se extendía la fértil llanura del río Orontes, que recorría la región trazando amplias curvas. Entonces se destacó un grupo de alrededor de diez jinetes que recorrían el valle.

—Les echaremos un vistazo —gruñó Guillaume, agitó las riendas y condujo su caballo ladera abajo seguido de sus hombres.

Los otros jinetes, envueltos en amplios mantos, vieron que se

acercaban pero no se dispusieron a huir y eso hizo que Guillaume supusiera que también se trataba de cruzados. Dado que cada uno de los señores feudales disponía de sus propios espías y procedía a discreción, no era raro que los grupos de exploradores se encontrasen y que de paso todos hicieran causa común cuando se trataba de atacar una granja o un puesto comercial de los musulmanes.

Guillaume agitó la derecha desde lejos, con el fin de proclamar que sus intenciones eran pacíficas. El jefe del otro grupo lo imitó y un poco después ambos se encontraron frente a frente.

—Salve —gritó Guillaume,

refrenando su corcel con una violencia brutal—. ¿A quién tengo el honor de dirigirme?

—Soy Hugo le Chasseur, al servicio del duque Godofredo de Bouillon — contestó el caballero de barba negra, que no llevaba un yelmo, solo una capucha de malla.

—Así que sois lotaringios —replicó Guillaume en tono bastante desdeñoso: De Bouillon había sido el último en abandonar Antioquía y unirse al contingente que se dirigía a Jerusalén y era uno de los enemigos más enconados del conde Raimundo.

—Así es —dijo Le Chasseur, orgulloso, quien indudablemente

pertenecía a un rango inferior pero que al parecer se había destacado en el combate—. ¿Permitís que os pregunte quién sois?

—Guillaume de Rein —declaró Guillaume—, y estos son mis vasallos —añadió, indicándolos con la cabeza.

—¿Cuál es vuestro objetivo?

—Explorar los alrededores —contestó Guillaume, esquivando la pregunta, pues no consideraba necesario darle explicaciones a un caballero de origen humilde—. ¿Y vos, *monsieur*?

—Nosotros también fuimos enviados a explorar la región —contestó el lotaringio con una sonrisa casi descarada que enfadó a Guillaume.

—¿Y? ¿Habéis descubierto algo?

—Nada. Nada que merezca la pena un informe.

Guillaume se mordió los labios. Tenía la sensación de que Hugo le Chasseur le mentía. Seguro que su apodo, el Cazador, no se debía a la casualidad, y aunque afirmara que su exploración había transcurrido sin incidentes, las alforjas repletas que colgaban de las sillas de montar de los lotaringios lo desmentían.

—¿Qué lleváis allí? —preguntó Guillaume, dirigiendo la mirada a las alforjas.

—Provisiones —contestó el otro.

—¿Cuánto hace que estáis de viaje?

—Dos días.

—¿Y pese a ello vuestras alforjas aún están llenas?

—Pues resulta que nosotros, los lotaringios, somos hombres ahorrativos —respondió Hugo con la misma sonrisa descarada de antes; algunos de sus hombres también rieron y Guillaume se preguntó qué debía hacer.

Estaba convencido de que Le Chasseur y sus soldados se habían topado con unos musulmanes, los habían atacado y desplumado. Era de suponer que lo que llevaban en sus repletas alforjas era el botín. De Rein podría habérselo quitado o insistido en que lo compartieran: a fin de cuentas los

superaba en número. Pero decidió no hacerlo; una confrontación directa albergaba riesgos y mientras no quedara demostrado que estos merecieran la pena...

—Con Dios, Hugo le Chasseur — dijo y alzó la mano para despedirse.

—Con Dios, señor —replicó el lotaringio y ambos hubiesen podido seguir sus respectivos caminos... si en ese preciso instante algo no hubiera llamado la atención de Guillaume, porque cuando Le Chasseur alzó la derecha para saludarlo, vio un brillo rojizo.

—¿Qué lleváis allí?

—¿A qué os referís?

—Al anillo que lleváis en la mano.

Hugo sonrió.

—Un anillo bonito, ¿verdad?

—En efecto. ¿De dónde lo sacasteis?

La sonrisa del lotaringio se desvaneció.

—Como vasallo de De Bouillon no tengo por qué rendiros cuentas, señor. Pero os confesaré que le quité este rubí a un monje renegado que traicionó su fe y pretendía hacer negocios con los infieles de Rugia. Merecía morir cien veces.

De la mano de un monje.

Las ideas de Guillaume se arremolinaron, estaba seguro de que ese

era el anillo de su padre, aquel anillo que Renaldo de Rein le regaló a Conwulf, el anglosajón, para humillar a Guillaume.

Pero ¿cómo había llegado la joya a manos de ese monje traidor del que hablaba el lotaringio? Seguramente solo apoderándose de él tras los combates por Antioquía y quitándolo de la mano fría del anglosajón. ¡Claro, eso era lo que debía de haber ocurrido! Pese a sus votos de pobreza, en aquellos días muchos monjes se habían enriquecido robando a los muertos, así que ¿por qué no este? ¡Y eso significaba ni más ni menos que el anglosajón no seguía con vida!

La noticia lo puso de un excelente humor y se moría de ganas de volver a apropiarse del anillo, no tanto por su valor sino para presentárselo a Renaldo de Rein, que había apreciado tanto al anglosajón. Así que se limitó a decir lo siguiente:

—Reconozco el anillo. Antaño se encontraba en mi posesión.

—¡Qué mala suerte, señor! —replicó Hugo le Chasseur—. Pues ahora el anillo ha cambiado de dueño y me pertenece a mí.

—No obstante, os exijo que me lo entreguéis. Lo he echado en falta mucho tiempo y quiero recuperarlo.

—No —contestó el lotaringio, esa

palabra que Guillaume aborrecía más que ninguna otra.

—¿Es vuestra última palabra?

—Así es, señor —insistió Hugo le Chasseur en tono firme... y pronunció su propia sentencia de muerte.

Guillaume echó un vistazo por encima del hombro, se aseguró de que sus hombres estuvieran preparados, les lanzó una breve mirada a Bernier y a los demás y entró en acción.

Se llevó la izquierda al cinto y desenvainó el puñal que pretendía clavarle a su adversario en el pecho, pero la capacidad de reacción del lotaringio había sido reforzada tras librar innumerables batallas y logró

detener la puñalada. Durante un momento ambos hombres lucharon, cada uno desde sus sillas de montar y ante la mirada de sus desconcertados vasallos.

—¡Maldición! —gritó Guillaume—, ¿qué estáis esperando?

Entonces una flecha se clavó en la garganta de Le Chasseur.

El impacto fue tan violento que lo lanzó hacia atrás y Hugo cayó de la silla. Presa del horror, los lotaringios contemplaron a su jefe herido al tiempo que los hombres de Guillaume desenvainaban sus espadas y se abalanzaban sobre ellos.

Guillaume no participó en la masacre. Jadeando, desmontó y se

acercó a su adversario, que se retorció en el suelo y procuraba —en vano— arrancarse la flecha clavada en su garganta. Guillaume le apoyó un pie en el hombro, aferró la mano derecha del caballero, le arrancó el anillo y lo deslizó en su dedo anular.

—Que os sirva de experiencia, Le Chasseur —le dijo al moribundo, sosteniendo el anillo de rubí bajo el sol y haciéndolo brillar—. Nadie debería tratar de disputarme algo.

Campamento de los cruzados en Akkar
En el mismo momento

Renaldo de Rein se había convertido en un extraño. En un extraño en su propia tienda.

Su mujer era tan insensible como las piedras, su hijo (o más bien ese bellaco a quien siempre había presentado como su hijo) era un petimetre egoísta, cuyo parecido con su madre era mucho mayor de lo que Renaldo jamás había imaginado. Para evitar su compañía, el barón se había aproximado a otros nobles, luchado por escalar posiciones y conseguir cierto respeto junto a Bohemundo de Tarento. Pero a diferencia de Renaldo, Bohemundo y sus hombres habían permanecido en Antioquía, y al barón no le quedó otro

remedio que seguir a la serpiente y su cría si no quería correr el riesgo de que estos revelaran el secreto del origen de Guillaume y encima inculparan al barón del asesinato de su hermano. Ambas cosas hubiesen acabado con su nombre y su honor para siempre.

Así que Renaldo volvía a estar solo, un hombre solitario que tenía la sensación de pisar territorio hostil en cuanto entraba en la tienda que albergaba a su familia.

Entró en la parte delantera de la tienda, cogió el cuenco de agua y se lavó el polvo que le cubría la cara, el polvo que en esa región siempre parecía estar presente... y de repente oyó voces que

surgían del recinto principal de la tienda. Hablaban en susurros, como si sus palabras no estuvieran destinadas a oídos extraños; entonces el barón aguzó los suyos.

—¿Robado? ¿Qué significa eso?

—Significa que ya no puedo encontrarlo. Es como si la Tierra se hubiese tragado el pergamino.

—¿Y sospecháis que ha sido robado?

—¡En efecto! Lo protegí como la niña de mis ojos, hasta hace un par de días.

—¿Qué pasó?

—Me llamaron para que confesara a un moribundo, pero cuando llegué el

cadáver ya estaba frío.

—¿Así que era una trampa?

—Creo que sí, solo me percaté de la desaparición del pergamino al día siguiente, pero estoy seguro de que ambas cosas guardan relación. Y también creo saber quién fue el ladrón.

—¿Quién?

—El único que, además de mí, también conoce el secreto.

De Rein escuchaba con mucha atención. Las voces susurrantes solo se diferenciaban por el modo de hablar, pero estaba convencido de que una de ellas le pertenecía a Eleanor, su mujer. De la identidad de la otra no estaba seguro, pero sospechó que se trataba del

monje benedictino que hacía cierto tiempo no dejaba de entrar y salir de la tienda. Supuestamente para rezar por la salvación del alma de Eleanor, pero Renaldo barruntaba que en realidad se trataba de otra cosa mucho menos espiritual.

—¿Os referís a Conwulf, el anglosajón? —Oyó que preguntaba ella.

—Sí, *milady*. Por casualidad descubrí que anteriormente fue un ladrón. Así que sabe cómo hacerse con lo que le pertenece a otro sin que este lo note.

—¿Y suponéis que va camino de Acre?

—Sí, *milady*. Como no domina el

hebreo, necesita a alguien capaz de descifrar el escrito. Así que se dirigirá a Acre y se lo pedirá a la judía.

—Entonces hay que cambiar los planes. Tenemos que poner a Guillaume al corriente y hemos de actuar con rapidez, de lo contrario todo estará perdido.

Renaldo frunció el entrecejo. ¿De que diablos hablaba su mujer? Supuso que se trataba de un nuevo complot, si bien era incapaz de decir qué relación guardaban esos asuntos.

Aún no.

—Guillaume sabrá qué hacer —susurró Eleanor—. Y dispone de los medios para ponerlo en práctica.

—Habláis de la Hermandad, ¿verdad?

—¿Qué sabéis al respecto?

—Lo que se rumorea por todas partes... y que muchos temen a sus miembros tanto como a los sarracenos.

—Eso está muy bien. El temor es la mejor manera de someter a las personas. Una vez que Guillaume ocupe el trono de Jerusalén, podrá darse el lujo de ejercer la benevolencia... pero solo podrá ocuparlo siendo duro e implacable.

—Pero ¿qué dirán los otros nobles?

—En Antioquía el conde Raimundo ya demostró que está absolutamente dispuesto a dar crédito a nuestras

palabras. Bohemundo se conformó con Antioquía y ya no representa un peligro y tampoco Balduino de Bolonia, que se apoderó de Edessa. No cabe duda de que Godofredo de Bouillon y Roberto de Flandes presentarán reparos, pero no sería la primera vez que ceden ante la presión de sus soldados... y las masas se pondrán de nuestra parte cuando todo el mundo descubra cuán inconmensurable es el tesoro que sostenemos en nuestras manos. Y con respecto a nuestro duque Roberto de Normandía, ya nos habremos encargado de él.

Renaldo de Rein aguantó la respiración.

Había escuchado las palabras de su esposa con una consternación cada vez mayor. Su deseo de adquirir poder e influencia parecía realmente inconmensurable.

¡El reino de Jerusalén!

De Rein ya no aguantó más.

Con un movimiento enérgico apartó la cortina y entró en la habitación principal de la tienda; un único vistazo bastó para comprobar que tenía razón: Eleanor se encontraba en compañía del monje Berengario. También estaba presente Eustacio de Privas, su guardia de corps personal que le obedecía como un perro a su amo.

—¡Estáis loca!, ¿lo sabíais? —le

espetó a su esposa, sin dignarse mirar a los hombres—. ¡Esta vez queréis demasiado, mujer! ¡Acabaréis en la hoguera!

—¿Nos escuchasteis en secreto? —preguntó Eleanor, indiferente. El espanto paralizaba al monje de pie a su lado.

—En efecto... y por eso sé que habéis perdido el juicio. ¿Es que no os basta con las intrigas que ya habéis urdido? ¿No tenéis suficiente con el asesinato, la traición y la mentira?

—Tened cuidado, esposo mío —le aconsejó, lanzando una mirada de soslayo a Berengario.

—¿Acaso vuestra ambición no tiene límites y ahora también queréis

convertir a vuestro malogrado vástago en rey?

—Soy su madre —contestó ella como si eso lo explicara todo—. Quiero lo mejor para él.

—¡No, queréis lo mejor para vos misma! Cada vez que el muchacho amenazaba con salir de vuestra sombra e independizarse de vuestra influencia, urdisteis un nuevo plan para obligarlo a obedeceros y depender de vos... al igual que a ese mono —dijo, señalando a Eustacio—, que desde que está cerca de vos apenas dice esta boca es mía.

—Siempre es mejor que ser permanentemente regañado y menospreciado por vos. ¿Acaso creéis

que ello agradaba a Guillaume?

—Nunca me interesó despertar su aprecio, sino convertirlo en un hombre.

—¿En un hombre? —dijo Eleanor, soltando una carcajada—. ¿Y eso lo decís justamente vos? ¡Si fuerais un hombre, Renaldo de Rein, os hubieseis encargado de engendrar un heredero en vez de encargárselo a vuestro hermano!

—Callad, mujer —gruñó Renaldo y se llevó la mano a la espada.

—¿Por qué? ¿No soportáis la verdad?

—Callad, he dicho.

Renaldo aferró la empuñadura de la espada y un palmo de acero asomó de la vaina.

—¿Queréis matarme? ¿Ante un monje como testigo? —exclamó Eleanor, sacudiendo la cabeza—. ¡No creo que semejante pecado os fuera perdonado jamás, esposo mío!

De Rein vaciló.

Todo en ella —su repugnante frialdad, su astucia, su sonrisa falsa, la manera en la que lo contemplaba y el tono en el que decía «esposo mío»— lo impulsaba a borrarla de la faz de la Tierra.

—¡Deteneos, señor, os lo ruego! —gritó Berengario, tomando la palabra—. Ignoráis lo que le importa a vuestra esposa. Como modesto siervo de la Iglesia me fue concedido hacer un

descubrimiento que podría cambiar la historia de la humanidad.

—¿De veras? —dijo el barón, frunciendo los labios con expresión desdeñosa—. ¿Y entonces por qué estáis aquí, *pater*, si sois un siervo de la Iglesia? Os lo diré: porque ella os ha enredado con sus intrigas y su ponzoña.

—No, señor, no es así.

—Entonces vos también habéis perdido el juicio, al igual que ella.

Eleanor volvió a reír.

—No lo diríais si supieseis lo que se nos ofrece, esposo mío estrecho de miras, pues puede que se trate del arma más poderosa jamás sostenida en las manos de las personas. Pero para

utilizarla hay que poseer valor, Renaldo... más valor que el que vos jamás poseeréis. Aunque sabéis que quiero haceros daño, aunque sospecháis que os detesto desde el fondo del corazón, hace un momento fuisteis incapaz de matarme. Por suerte en ese aspecto soy menos vacilante que vos.

De Rein, consternado por la sinceridad de sus palabras, vio que ella asentía con la cabeza, como si se tratara de una señal. Aún tuvo tiempo de notar que Eustacio de Privas ya no ocupaba el mismo lugar que antes, pero no de sacar la conclusión correcta... porque en ese instante fue como si le desgarraran el pecho y la espalda.

Un dolor insoportable lo atravesó, lo hizo tambalear y, presa del espanto, el barón clavó la vista en la ensangrentada punta de la espada que le habían clavado en la espalda y que entonces asomaba por debajo del esternón.

Soltó un quejido, alzó la mirada y la clavó en el rostro pálido e inmóvil de su esposa.

—Es la misma mirada que ya vi en los ojos de vuestro hermano —dijo ella sin inmutarse—, poco antes de que yo cortara la cuerda y él se precipitara al vacío.

Renaldo quiso replicar algo, pero ya no podía pensar con claridad. Se le doblaron las rodillas y cayó al suelo al

tiempo que Eustacio de Privas arrancaba la espada de su cuerpo.

El barón De Rein, que combatió junto al rey Guillermo y participó en la conquista de Inglaterra, que luchó contra británicos y pictos y cuyo castillo y tierras se encontraban en la remota Northumbria, se desangraba en suelo extranjero, muerto por la mano de un cobarde asesino.

Y un monje llamado Berengario que, atónito, presenciaba la escena, comprendió por primera vez con quién se había involucrado.

Campamento de los cruzados en Akkar
Finales de abril de 1099

—¿De Rein está muerto? ¿Lo sabes con seguridad?

Baldric, que junto con Conn regresaba de su turno de guardia en el primer anillo del asedio, escudriñó a Bertrand; la pregunta estaba justificada, pues el rostro del gordo normando aún reflejaba los efectos del vino consumido la noche anterior en compañía de otros

guerreros del grupo del duque Roberto.

—Solo puedo repetir lo que he oído —contestó Bertrand, frotándose la aún dolorida cabeza con una mano—. Un soldado del contingente de Renaldo de Rein me contó que el barón falleció hace unos días.

—¿De qué murió? —Quiso saber Conn.

—Dicen que cayó del caballo, pero cuantos conocían a ese viejo bribón sabían que no era de los que caen del caballo con facilidad.

—No hables de un muerto con semejante falta de respeto, Bertrand —lo regañó Baldric.

—¿Y eso lo dices tú, precisamente?

¿Después de todo lo que te ha hecho? — exclamó Bertrand, meneando la rizada cabellera—. Lo siento, Baldric, pero Renaldo de Rein no se convierte en una persona mejor solo porque haya muerto, al contrario: el sol luce un poco más y los trinos de las aves se vuelven más sonoros desde que ya no se encuentra entre nosotros.

—No peques —aconsejó Baldric a su amigo y se quitó el yelmo para persignarse—. De Rein ya se encuentra ante su juez, confiemos en que se muestre misericordioso con él.

Tras escuchar las palabras de Bertrand, Conn no supo qué decir. No solo había experimentado la ambición

de poder y la crueldad del barón, durante un tiempo también gozó de su aprecio. No obstante, no creía encontrarse en deuda con De Rein y consideraba que suplicarle al Señor que fuese misericordioso con él hubiera supuesto una hipocresía. A lo largo de su vida De Rein había cometido innumerables pecados y ahora el peso de estos le había dado alcance; para Con las consecuencias de la muerte del barón resultaban mucho más importantes.

—Entonces Guillaume se convertirá en el nuevo barón y eso significa que adquirirá aún más poder e influencia — dijo.

—Así es —lo secundó Bertrand—, por eso circulan rumores afirmando que el barón no se despidió de la vida por casualidad. Algunos de sus hombres sospechan que Guillaume le ayudó un poco, otros sospechan de Eleanor, la esposa de Renaldo... Tal vez deberíamos interrogar a nuestro amigo Berengario.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Conn.

—Ayer, cuando enterraron al barón, Berengario celebró la misa de réquiem. Dicen que es un confidente de la baronesa.

Esa noticia inquietó a Conn en una medida mucho mayor que la de la

repentina muerte de De Rein. ¿Qué diablos hacía Berengario con los De Rein? Conn sospechó que solo existía una respuesta a esa pregunta.

Recordaba muy bien las palabras del obispo Adhemar y su temor frente a los sectarios que rodeaban a Guillaume de Rein. ¿Y si Berengario se hubiese aproximado a ellos con el fin de tener la oportunidad de ir en busca del arca? ¿Y si Renaldo de Rein hubiera demostrado ser un estorbo? Conn estaba seguro de que Guillaume no tendría el menor inconveniente en asesinar a su padre para hacerse con un tesoro tan precioso...

La idea lo horrorizó hasta tal punto

que Baldríc lo notó.

—¿Va todo bien, muchacho?

—Desde luego.

—Entonces ¿qué te pasa? —dijo Bertrand en tono sarcástico—. No llorarás la muerte del viejo De Rein después de que este te hiciera azotar y casi te arranca un ojo, ¿verdad?

—No es eso —dijo Conn, sacudiendo la cabeza al tiempo que sus pensamientos se arremolinaban.

El libro de Ascalón.

El sello de Salomón.

El Arca de la Alianza.

De pronto Conn sintió el peso de la responsabilidad y empezó a comprender cómo debía de haberse sentido Chaya.

Les lanzó una mirada escrutadora a su padre adoptivo y a Bertrand y decidió que había llegado la hora de romper su silencio.

Guillaume de Rein no disimulaba sus sentimientos. Al igual que un espejo, su rostro reflejaba todo lo que en ese momento sentía en su fuero interno.

Satisfacción, codicia, orgullo... y un ansia de poder más intensa que nunca, quizá porque jamás había visto la realización de todos sus sueños tan próxima como en ese momento.

No solo porque ese hombre terrible que había dicho ser su padre y que

siempre había supuesto un obstáculo, por fin había muerto: ¡lo que su madre y el monje Berengario acababan de revelarle superaba todo lo que había esperado y soñado!

—¿Ahora comprendes por qué el pergamino es tan importante para nosotros, hijo? —preguntó Eleanor que, envuelta en su vestido de terciopelo, volvía a parecer un pálido ángel de la muerte.

Eustacio se encontraba a espaldas de ella, mudo como una sombra como siempre, y a su lado se encontraba el monje benedictino con el rostro cubierto por la capucha, como si no quisiera mirar a Guillaume a la cara.

—Sí —contestó—, lo comprendo... si bien apenas logro creerlo.

—Es verdad, señor —aseguró Berengario—. El Arca de la Alianza está en Jerusalén... y una rica recompensa le aguarda a quien la encuentre.

Guillaume asintió con la cabeza. Aunque no creía que dicho objeto albergara una fuerza divina, no dudaba de que el poder que irradiaba era enorme, sí: casi inconmensurable. Antioquía había demostrado la euforia que el descubrimiento de una única lanza era capaz de generar... así que la reacción de los cruzados frente a una reliquia tanto más grande y más

impresionante sería muchísimo mayor. Al que fuese capaz de aprovechar el arca para sus propios fines esta le abriría nuevos caminos.

El camino a Jerusalén.

El camino al poder.

El camino al trono.

Su madre tomó la palabra.

—Puedes alcanzar dicha recompensa, pero la lucha por el arca aún no ha llegado a su fin.

—¿Por qué me entero de ello solo ahora? Si he comprendido correctamente, hace meses que Berengario tradujo el texto.

—Aún quedaban ciertos enigmas sin resolver —contestó el monje.

—¿Y ahora os han robado el pergamino y esperáis que yo lo recupere?

—Solo es en tu propio beneficio, amado hijo mío —dijo Eleanor y apoyó su mano huesuda en el hombro de Guillaume—. Piensa en lo que ocurriría si el arca cayera en las manos equivocadas.

Guillaume se zafó y bajando los hombros como un lobo al acecho caminó de un lado a otro.

—Deberíais haberme informado de esos asuntos con anterioridad —protestó. Su euforia inicial ya se había desvanecido.

—Desde luego, señor —dijo

Berengario en tono servil—. Pero os ruego que tengáis presente que solo deseamos vuestro bien. Además, pude guardar el libro de Ascalón a buen recaudo durante todos esos meses...

—... hasta que vino ese condenado anglosajón y te lo robó —dijo Guillaume, completando la frase, soltando un bufido y contemplando el anillo de rubí que llevaba en el dedo—. Y yo que creía que es infame cretino ya estaba muerto.

—No, señor. Conwulf no está muerto sino muy vivo. Y temo que piensa hacerse con aquello que vuestra madre os ha adjudicado a vos.

—Al principio queríamos aguardar

hasta la conquista de Jerusalén y solo entonces emprender la búsqueda del arca —añadió Eleanor—. Berengario cree haber averiguado que se encuentra en las profundidades, debajo del monte del Templo, en una caverna subterránea a la que se accede a través de una antigua cisterna.

—Entonces ¿por qué no buscamos esa caverna y nos adueñamos de lo que nos corresponde? —preguntó Guillaume en tono brusco.

—Porque el premio solo puede ser alcanzado por quien se haya adueñado del libro —contestó Berengario—. El libro alberga indicios ocultos que revelan el camino hasta dicha caverna

en la cual está oculta el arca. El libro de Ascalón es la llave: sin él, resulta imposible encontrarla.

—Entonces recuperaré el libro —gruñó Guillaume, decidido—. ¿Adónde dices que se dirigió el anglosajón?

—Bien, Conwulf necesita a alguien que le traduzca el libro y le resuelva los enigmas que indican el camino hasta el arca. Por eso supongo que irá en busca de la judía en cuyo poder se encontraba el libro con anterioridad.

—¿Dónde está esa judía?

—En Acre, señor. Pero ignoro dónde se encuentra exactamente.

Guillaume se detuvo. Creyó haber visto cierta vacilación en el benedictino.

—¿Y bien? ¿Hay alguien que sepa dónde se aloja?

—Baldric, el padre adoptivo de Conwulf —respondió Berengario—. Fue él quien antaño acompañó a la judía hasta Acre.

—¿Y?

—Se lo he preguntado varias veces, pero se niega a decírmelo —contestó el monje con una ingenuidad que casi conmovió a Guillaume.

—No te preocupes. Dispongo de los medios para soltarle la lengua a los obstinados. Quiero a esa judía. Quiero a Conwulf y quiero recuperar ese maldito pergamino. Esos dos lamentarán amargamente haberse enfrentado a mí.

Debido a la capucha solo podía ver la parte inferior del rostro de Berengario, pero de todos modos se dio cuenta de que el benedictino estaba tenso.

—¿Qué te pasa? ¿Acaso te disgusta lo que he dicho?

El monje solo titubeó un instante.

—No, señor, por supuesto que no — dijo.

Acre

Mediados de mayo de 1099

«¿Y estás seguro de que realmente quieres hacer eso?».

La pregunta de Baldric aún resonaba en la cabeza de Conn, quizá debido a que todavía ignoraba la respuesta. Claro que le había dicho que su decisión era irrevocable y que actuaba basado en la más absoluta convicción, pero cuando vislumbró las torres de Acre se dio

cuenta de que aquello había sido una mentira.

No estaba seguro.

¿Cómo podría estarlo?

No sabía qué le esperaba más allá de las grises murallas que formaban un amplio semicírculo a orillas del mar y tampoco si jamás lograría regresar.

«¡Por todos los santos, Conwulf! ¿Estás completamente seguro de todo eso?».

Conn ya no había soportado seguir callado. La revelación de que el traidor Berengario se había aliado con los De Rein hizo que de un instante a otro su saber se convirtiera en una carga y sintió una necesidad urgente de compartirla

con alguien. Así que les contó a Baldric y a Bertrand la verdad acerca del libro de Ascalón, pero sin imaginarse cómo reaccionarían, claro está.

Ambos normandos habían escuchado su relato con una incredulidad cada vez mayor, hasta que empezó a hablar de aquella pavorosa revelación relacionada con el secreto del pergamino. Con el único ojo muy abierto por el asombro, Baldric se había persignado.

«Cosas misteriosas acontecen en estos días», había dicho.

«¿Das crédito a mis palabras? — había preguntado Conn—. ¿Es que no dudas en absoluto?».

«¿Por qué habría de hacerlo,

Conwulf? Desde el instante en el que te vi por primera vez, tendido en el lodo, herido e inmóvil, tuve claro que el Señor quería decirme algo enviándote a ti. Y en el tiempo transcurrido desde entonces, hijo mío, comprendí que juegas un papel importante en los planes del Todopoderoso, de lo contrario no hubieses escapado de las garras de la muerte tantas veces. Hubo muchas oportunidades en las que el Señor podría haberte llamado a Su lado, pero no lo hizo. ¿Por qué? ¿Alguna vez te has hecho esa pregunta?».

Conn se la había hecho y no solo una vez. Pero salvo las escasas ocasiones en las que sintió que formaba parte de un

todo muy grande, siempre tuvo la sensación de que Dios le gastaba una broma y que el destino disfrutaba quitándole todo aquello que él amaba y apreciaba.

Nunca había osado albergar la esperanza de que todo eso pudiera servir a un fin más elevado pero... ¿y si Baldric tuviese razón? ¿Si la voluntad de Dios realmente se reflejaba en aquel objeto que había resurgido de las tinieblas del tiempo? ¿Y si el destino de Conn fuera buscarlo y encontrarlo?

«Los asuntos de los que hablas ocurrieron hace mucho tiempo. No soy un erudito ni un hombre de la Iglesia, pero sé que el Arca de la Alianza es de

un valor incalculable y que el hecho de que aparezca estos días no puede deberse a la casualidad, ahora que pisaremos tierra sagrada. Tiene que significar algo, Conwulf. El Señor quiso que te enteraras de la existencia del arca. Y también quiere que te enfrentes a esa responsabilidad».

Las palabras de Baldric habían dado justo en el blanco: en las dudas de Conn. Este había creído que tras la muerte del obispo Adhemar el asunto había llegado a su fin y que no tendría que encargarse de la tarea, pero durante todos esos meses la mala conciencia no dejó de corroerlo; se había recuperado físicamente y gracias a las interminables

prácticas de armas a pie y a caballo que Baldric lo obligó a realizar a lo largo del invierno, Conn salió fortificado después de aquellos días en que su vida pendía de un hilo. Sin embargo, su conciencia estaba malherida... y en cuanto se enteró de que Berengario se había convertido en el confidente de los De Rein, las heridas volvieron a abrirse.

«¿Qué debo hacer, padre?», le había preguntado a Baldric.

«Lo que el Señor te ha encomendado. Debes ir a Jerusalén y buscar aquello que ha estado perdido durante tanto tiempo. Es tu destino».

«Pero no sé dónde he de buscar. No poseo el libro de Ascalón y tampoco

sería capaz de interpretar los indicios que figuran en él. El único que puede hacerlo es Berengario y este se ha aliado con mi enemigo. Si Guillaume de Rein se hace con el Arca de la Alianza la utilizará para sus propios fines».

«Como eso no debe suceder, solo tienes una opción, pero hace tiempo que lo sabes, ¿verdad?».

Con lo sabía.

Ese era el motivo por el cual no cabalgó directamente a Jerusalén sino que —disfrazado de peregrino— lo hizo a lo largo de la costa hasta Acre, pasando por Sidón y Tiro. Chaya se encontraba en Acre y sin su ayuda no podría cumplir con su misión. Era su

oportunidad.

Y su expiación.

Mientras montaba su caballo camino abajo hacia la gran puerta de la ciudad notó que el hormigueo en el estómago aumentaba. Casi había llegado. A diferencia de Antioquía, Acre estaba a orillas del mar y daba a un amplio puerto bordeado de rocas. Un viento permanente azotaba las murallas y las torres, desgastaba las piedras y un olor a sal y a algas flotaba en el aire.

Dado que la ciudad —como la mayoría de los asentamientos costeros de Palestina— no pertenecía a los territorios dominados por el sultán selyúcida sino a los del califa de Egipto,

no estaba en guerra con los cruzados. Conn pudo cruzar la puerta sin problemas, pero no dejó de percatarse de las miradas suspicaces de los guardias. Esos días los comerciantes procedentes del norte se habían vuelto escasos, y los peregrinos aún más.

Aunque los fatimíes todavía no estaban muy convencidos de que los cruzados lograsen irrumpir en su zona de influencia, Conn notó que se habían preparado para la defensa. En las calles que se extendían entre las casas, construidas en banales y cubiertas de elevadas cúpulas, había hombres armados, no solo soldados de la guarnición envueltos en sus capas de

color anaranjado sino también miembros de las milicias ciudadanas. Y Conn observó que habían instalado catapultas en las almenas y otros artefactos que no logró identificar. Un escalofrío le recorrió la espalda al considerar que quizá servían para arrojar *naft* —el temible fuego griego— sobre los posibles atacantes.

«Iré, padre —había dicho Conn, informando a Baldric de su decisión—, iré y me enfrentaré al destino».

«¿Por qué, Conwulf? ¿Para honrar al Todopoderoso? ¿Para vengarte de Guillaume de Rein? ¿O porque esperas encontrar el perdón en la mirada de Chaya?».

Conn todavía no había encontrado la respuesta a esa pregunta, pues consideraba que todo ello estaba íntimamente relacionado. Había jurado vengar la muerte de Nia, pero ante la mirada de Dios solo hallaría el perdón si también Chaya lo perdonaba... y no podía deberse a la casualidad que todo ello estuviera vinculado.

El arca era la clave.

«No intentaré detenerte, hijo. Que nadie pueda decir que el viejo Baldric es incapaz de aprender de sus errores, por eso esta vez te prestaré todo mi apoyo. Te ayudaré a recuperar lo que es tuyo. Y te acompañaré a Acre. Ya he estado allí una vez y conozco el

camino».

«¡No, padre!».

«¿Pretendes rechazar mi ayuda?

¿Cuando en el pasado siempre te resultó tan útil?».

Baldric tenía razón, desde luego. En el pasado hubo varias ocasiones en las que Conn solo había sobrevivido porque su padre adoptivo estaba a su lado en el momento decisivo, como un ángel de la guarda enviado por el Señor. Pero esa vez Conn quería ir solo... y no por un orgullo inadecuado sino porque no quería que Baldric corriera peligro por su culpa. Quien se aproximó a Chaya y con ello le fue revelada la existencia del libro de Ascalón a Berengario fue él...

así que él solo debía cargar con las consecuencias.

«¿Y estás seguro de que realmente quieres hacerlo?».

La pregunta de Baldric volvió a resonar en su cabeza.

No, Conn no estaba seguro, ni siquiera entonces cuando ya había desmontado del caballo y lo conducía a través de callejuelas cada vez más estrechas en dirección al barrio judío. Y sin embargo había partido, de noche y sin avisar a Baldric... exactamente como lo había hecho Chaya antaño en Antioquía. Solo entonces logró comprenderla y confió en que Baldric también lo comprendiera a él.

Era como si Acre hubiera sido tallada directamente en las rocas que se elevaban a lo largo de la costa: un mar de casas de piedra entre las que se extendían puentes de roca. Los saledizos sombreaban las callejuelas, de modo que en pleno día reinaba la penumbra, junto a las pequeñas tiendas que las bordeaban en las que se acurrucaban hombres de rostro curtido por el viento y el sol y un turbante en la cabeza; Conn jamás había visto muchas de las mercancías que ofrecían.

Por fin encontró la sinagoga, un edificio modesto situado en la parte antigua de la ciudad. La casa del vendedor de tejidos se encontraba cerca

de allí. Cuando Conn la alcanzó oyó el llanto de un niño que surgía de una ventana semicircular y su pulso se aceleró.

Casi no fue consciente de lo que ocurrió después.

En ese momento, cuando ya percibía la proximidad de ella estaba tan ansioso por volver a verla que todo lo demás perdió importancia. ¿Cómo reaccionaría? ¿Se alegraría de su visita? ¿Y qué diría cuando él le confesara la verdad? Conn no se percató de que le abrían la puerta ni que remontaba una pequeña escalera hasta la primera planta. Solo recuperó la noción del tiempo cuando se encontró en una

habitación pequeña y modesta, frente a Chaya.

En ese momento comprendió que no había emprendido el largo camino por amor de la justicia ni de su destino. Solo estaba allí por ella.

—¡Conn!

Chaya se aproximó y le cogió las manos. Cuando pese a todas sus aseveraciones anteriores notó que se alegraba de verlo la estrechó entre sus brazos y la besó. Dominada por la intensidad del instante, ella le devolvió el beso hasta que pareció darse cuenta de lo que hacía... y se apartó bruscamente.

—¿De dónde...? —preguntó y se

llevó la mano a los labios trémulos, como si hubiera saboreado un fruto prohibido.

—De Akkar —respondió Conn. Notó cuán desconcertada y confusa estaba y lo lamentó. A diferencia de él, ella no tuvo tiempo de prepararse para ese encuentro.

—Akkar —repitió ella, sin comprender.

—Los cruzados abandonaron Antioquía y se dirigieron al sur. Su meta es Jerusalén.

—Lo sé, me lo han dicho, pero yo...

Chaya se interrumpió cuando de pronto sonó un grito agudo y solo entonces Conn vio la pequeña cuna en el

fondo de la habitación. Avanzó unos pasos para echarle un vistazo al niño.

Su hijo...

Conn ignoraba si el niño —que no dejaba de patear y cuyas manitas formaban puños— se le parecía, pero una oleada de afecto se adueñó de él al ver al pequeño.

—¿Quieres cogerlo en brazos? —murmuró Chaya.

Conn asintió titubeando, entonces ella se inclinó y cogió al niño y un instante después Conn lo sostenía en brazos.

—Mi hijo —susurró y sus ojos se llenaron de lágrimas, emocionado ante el ser pequeño y frágil que lo

contemplaba.

Chaya observaba la escena y esta parecía entristecerla y alegrarla al mismo tiempo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Sí, y solo gracias a ti.

—¿Has venido para agradecermelo?

—preguntó ella.

Conn depositó un suave beso en la frente del niño y luego se lo devolvió.

—Sí y no. Estoy aquí porque debo confesarte algo, Chaya. Sería más fácil ocultártelo, porque puede que jamás descubrieras la verdad, pero no lo deseo. Quiero ser sincero contigo — dijo, lanzándole una mirada—. Te lo debo, después de todo lo que has hecho

por mí.

—Me estás asustando, Conn —dijo ella, volviendo a poner al niño en la cuna—. ¿De qué hablas?

—Del libro de Ascalón. Sé dónde está.

—¿Lo sabes?

Conn asintió. Ella lo contemplaba con expresión tan incrédula que le costó continuar.

—Enterarte de lo que quiero decirte no te resultará fácil, pero te ruego que me dejes seguir hablando.

Entonces quien asintió en silencio fue ella, pero el afecto que hacía un momento Conn creyó ver en su mirada dio paso a la inquietud.

—Aquella noche, la noche anterior a la despedida, cuando estuvimos juntos en la playa, alguien se aprovechó de nuestra confianza y amistad de manera infame. Nos observó en secreto y luego, protegido por la oscuridad de la noche, se acercó a hurtadillas y robó el libro.

—¿Quién? —preguntó Chaya.

—Berengario. Te había observado y conocía la existencia del libro. Y en el momento propicio lo robó.

—Así que fue él —dijo Chaya en tono muy amargo.

—Yo no sabía nada, cuando le pedí cuentas a Berengario me mintió descaradamente...

—... ¿y tú le creíste?

—¿Por qué no habría de hacerlo? Creía que Berengario era mi amigo y además es un hombre de la Iglesia.

—¿También le hubieses creído si fuera un judío? —preguntó Chaya y dejó claro que en el fondo se trataba de mucho más que de una pelea entre dos personas.

Conn se mordió los labios. Era verdad, había estado muy dispuesto a dar crédito a las palabras del monje, pero había motivos para ello y estos no guardaban ninguna relación con la religión.

—No sabía qué pensar —se defendió—. Pues al fin y al cabo tú desapareciste de un día para otro sin

despedirte ni...

—¡Eso no es verdad! —replicó ella —. Cuando abandoné el campamento me encontré con Berengario y le rogué que te dijera... —pero se interrumpió al comprender cuán necia e ingenua había sido—. No te dijo nada, ¿verdad?

—No —admitió Conn y una ira impotente contra el benedictino se apoderó de él. Berengario no solo había robado y engañado: también había ejercido su influencia para obligarlo a elegir entre él y Chaya y, consciente de ello o no, Conn había caído en la trampa.

—Lo hecho, hecho está —dijo en voz baja—, ya no puedo impedirlo. Pero

puedo intentar enmendar la injusticia.

—¿Cómo? —preguntó ella—.

Puesto que no tienes ni idea de lo que en realidad trata el libro...

—Trata de un secreto muy antiguo —la interrumpió él—. De un cofre construido para sellar el pacto entre Dios y los seres humanos. El Arca de la Alianza.

—¿Lo... lo sabes?

La incomprensión de Chaya, su ira y su decepción dieron paso al espanto.

—Berengario domina vuestra lengua, tal como tú sabes. Tradujo el libro y conoce el secreto. Y también sabe que los enigmas ocultos en el libro indican dónde se encuentra el arca... y

tiene la intención de ir en su busca por encargo de Guillaume de Rein.

—Guillaume de Rein —dijo ella; parecía recordar el nombre—. Ese es el caballero que mató a tu amada.

—Sí, Chaya. Un hombre sin escrúpulos. Si logra apoderarse del arca...

—... el destino del pueblo de Israel estará sellado —susurró ella con la mirada vacía; ya parecía comprender que la casa de Jacob se extinguiría—. Y yo tengo la culpa.

—No —respondió Conn, decidido—. Fue Berengario, él tiene la culpa de todo. Pero nosotros podemos evitar que se salga con la suya.

—¿Qué quieres hacer?

—Ir en busca del arca y encontrarla antes que él, con tu ayuda.

—¿Y después? ¿Se la entregarás a mi pueblo?

—No puedo hacer eso, y si tú has leído el libro sabes por qué. En él se habla de una nueva Jerusalén, de un nuevo templo... si ello ocurre significa que la peregrinación de los cruzados fracasará y que todos mis amigos y camaradas encontrarán la muerte.

—Así que la supervivencia de mi pueblo se enfrenta a la de los tuyos — resumió Chaya con aterradora objetividad.

—No tiene por qué. Existe un tercer

camino.

—¿De veras?

—Podríamos dejar el arca al cuidado de la Iglesia —dijo Conn, pero muy consciente de lo absurdo que debía de parecerle dicha sugerencia a ella.

Chaya soltó una amarga carcajada.

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó—. ¡El Arca de la Alianza es un tesoro de un valor incalculable y una fuente de gran poder, Conwulf! ¿Acaso crees que tus hombres de la Iglesia podrán resistirse a la tentación de aprovecharla?

—Sí, lo creo —aseguró Conn, recordando la promesa de Adhemar—, porque la Iglesia no querrá que

príncipes mundanos descubran la existencia del arca. El temor de ser desprovistos de su propio poder es demasiado grande. El arca ha de ser transportada a Roma y ocultada en un lugar secreto, eso fue lo que me aseguró el obispo de Le Puy personalmente.

—¿Y pretendes que confíe en su palabra? —preguntó Chaya con una sonrisa amarga—. De allí de donde yo provengo los judíos cometieron el error de confiar en obispos y en otros dignatarios de la Iglesia... y lo pagaron con sus vidas. ¿Qué crees que me enseñó aquello?

—Sé que pido mucho, pero ten en cuenta que Berengario y Guillaume de

Rein también van en busca del arca... y que tienen el firme propósito de utilizarla para sus propios fines. El tiempo apremia, Chaya.

—¿Qué intentas decirme? ¿Que no tengo otra opción que aceptar tu sugerencia? ¿Después de que los tuyos nos la robaran, pretendes que nosotros los judíos renunciemos a algo que nos pertenece desde siempre?

—No quise decir eso —replicó Conn, meneando la cabeza.

Procuró encontrar las palabras idóneas que le permitieran explicar sus ideas y compartir sus temores con ella, pero se dio cuenta de que la perspicacia de Chaya era mucho mayor que la suya.

Aunque sabía que decirle la verdad a Chaya sería difícil, nunca creyó que resultara tan complicado...

—Si el arca realmente alberga un poder tan grande como pone el libro —dijo, haciendo un último y desesperado esfuerzo—, no debe caer en manos de alguien que la utilizará con fines guerreros, porque la única consecuencia sería aún más muertes, y seguro que eso no era lo que deseaba tu padre.

—No hables de mi padre, Conn —dijo ella con voz trémula—. No lo conocías.

—Lo conocía lo bastante bien como para saber que era un hombre de paz y que no condenaba a las personas a causa

del color de su piel o de su religión.

—Yo tampoco lo hago —aseguró ella.

—Lo sé —dijo Conn y la miró profundamente a los ojos—. Por eso estoy aquí y te ruego que confíes en mí. Los cruzados avanzan hacia el sur. Ocuparán Jerusalén y antes hemos de encontrar el arca. Si no la encontramos, acontecerán cosas que... superarán todos los horrores anteriores.

—¿Y... qué será de mi pueblo?

Antes de que Conn pudiera contestar, la puerta de la habitación se abrió violentamente... y nada menos que Caleb apareció en el umbral. La sonrisa se borró de sus labios al ver a Conn.

—¿Tú? —Fue lo único que dijo y se llevó la mano derecha a la cimitarra colgada de la faja—. ¿Qué haces aquí? ¿No has hecho bastante daño ya?

Conn quiso explicarse, pero el otro desenvainó la cimitarra y no tuvo más remedio que retroceder. Conn llevaba una espada corta bajo el manto con la que podía defenderse, pero no quería luchar. Si lo hacía, habría perdido en todo caso...

—¡No, Caleb! —gritó Chaya.

—No deberías haber venido, cristiano —dijo Caleb, y soltó un grito en hebreo.

Entonces Chaya y su primo intercambiaron unas palabras en su

lengua... y un instante después pasos apresurados resonaron en la callejuela y Conn se dio cuenta de que Caleb había pedido refuerzos.

—¡Me habéis malinterpretado!

—¿Qué es lo que hemos malinterpretado, Conn? —preguntó Chaya y era como si le arrancaran el corazón—. Has tomado tu decisión, sabes de parte de quién estás... y yo también lo sé. Perdóname, no puedo hacer otra cosa.

—Pero si yo estoy de vuestra parte —aseguró Conn, al tiempo que un tumulto apagado acompañaba sus palabras—. Llevo algo conmigo que...

Caleb volvió a gritar y entonces se

oyeron pasos en la escalera. Conn comprendió que no le quedaba más tiempo: o desaparecía o bien se convertiría en un prisionero en pocos momentos.

Ya había retrocedido hasta la ventana; se volvió con rapidez y brincó sobre el alféizar.

—Te equivocas —le aseguró a Chaya.

—Me temo que no —replicó ella.

La puerta se abrió de golpe, los guardias de la milicia entraron con furia en la habitación... y Conn se lanzó al vacío.

Ya se había hecho de noche, pero la búsqueda de Conn aún continuaba.

Conn había hecho lo imposible por desaparecer en las grises callejuelas del barrio judío, pero no lo logró completamente. Aunque intentó ocultar su cabellera anglosajona bajo la capucha no dejaron de descubrirlo; la noticia de que un enemigo se encontraba en la ciudad se había difundido como un reguero de pólvora, de modo que ya no era solo la milicia ciudadana quien lo

perseguía.

Conn ignoraba lo que Caleb les había contado a sus jefes, pero al parecer bastó para despertar el nerviosismo de toda la guarnición. En las calles y callejuelas pululaban los soldados de mantos anaranjados y arqueros de altos turbantes observaban todo con ojo avizor. A esas alturas resultaba impensable escapar del barrio sin ser visto y abandonar la ciudad a través de una de las puertas. La única manera de escapar de sus perseguidores consistía en ocultarse en alguna parte y aguardar que el enemigo abandonara la búsqueda, pero de momento esa esperanza parecía bastante exigua.

Conn se ocultó en el hueco de un muro y aguardó.

Estaba exhausto de tanto correr y trepar y respiraba entrecortadamente. Lo habían descubierto dos veces y ambas logró escapar; quizá la próxima vez tendría menos suerte.

Si bien no comprendía los gritos de los soldados, las palabras no parecían muy amistosas; de vez en cuando creyó oír la palabra «*franca*», que tal vez significaba «franco» o sencillamente «europeo». En ese lugar, el hecho de que él no fuese franco no interesaba a nadie. Era un extranjero, un intruso, y era de suponer que lo tomaran por un espía de los cruzados. Por tanto, Conn no se

hacía ilusiones acerca de lo que le pasaría si lo cogían. No obstante, se alegraba de haber ido a Acre a solas y no en compañía de Baldric. Saber que también hubiese involucrado a su padre adoptivo en el asunto, ese hombre al que tanto debía, lo hubiera aniquilado.

De pronto se oyeron pasos y el tintineo de armas. La luz de las antorchas iluminó la callejuela proyectando largas sombras.

¡Conn debía desaparecer!

Salió de su escondite a toda prisa y echó a correr calle abajo, pero no pudo impedir que la luz de las antorchas lo iluminara durante un instante y un momento después oyó gritos ásperos a

sus espaldas.

Conn corrió lo más rápido que pudo, pero las piernas apenas lo sostenían. El pesado manto lo incomodaba; no se lo había quitado porque lo protegía de las miradas curiosas. Oyó los pasos de sus perseguidores, pero no se atrevió a volver la cabeza por temor a perder tiempo.

De repente tomó por una callejuela lateral. Los muros de las casas entre las cuales se abría paso se habían inclinado los unos hacia los otros de modo que resultó necesario sostenerlos mediante vigas de madera. Conn corrió entre las vigas y los saledizos perseguido por los soldados... cuando de pronto la

callejuela desembocó en un muro.

Apareció tan súbitamente en la penumbra que Conn casi chocó contra él y, aterrado, se detuvo y procuró encontrar una puerta o una ventana, pero no vio ninguna. Entonces alzó la vista... y brincó hacia arriba, aferró la viga y se subió a ella.

Apretó los dientes y se tendió sobre la viga... justo a tiempo, pues sus perseguidores ya aparecían en el otro extremo de la callejuela con las antorchas. Se detuvieron soltando gritos, desconcertados, y durante un momento no comprendieron cómo el intruso había logrado desaparecer... hasta que uno de ellos dirigió la mirada hacia arriba y lo

vio.

—*Franca!*

Conn había aprovechado para mirar en torno en busca de una salida. Un poco más allá había un balcón desde el cual podría alcanzar el techo de la casa vecina. Como no disponía de tiempo para reflexionar, Conn brincó de una viga a la otra, por encima de las cabezas de sus atónitos perseguidores.

Supuso una ventaja que en medio de la estrecha callejuela, los miembros de la jauría se molestaran entre sí: no disponían de espacio suficiente para arrojarle una lanza y antes de que los arqueros pudieran disparar sus flechas, Conn ya había trepado al balcón. Se

agachó y un instante después una flecha se estrelló contra el muro y una segunda pasó zumbando. Conn salió de su escondite y, rápido como un rayo, escaló el techo plano coronado por una cúpula en el centro y avanzó a toda prisa. El vocerío enfurecido de los soldados quedó atrás y durante un momento Conn creyó estar a salvo... cuando desde la callejuela situada al otro lado de la casa surgió un grito de alarma.

Rápidamente, Conn descartó la idea de bajar al otro lado del edificio y cambió de dirección: sin tomar impulso, brincó por encima de un hueco de unos cinco pasos de anchura y aterrizó en el techo siguiente, tan llano como una

mesa. Rodó por encima de los hombros, volvió a ponerse de pie y echó a correr a lo largo de una hilera de techos anexos hasta una palmera que se elevaba desde el jardín de una azotea. Conn descendió a lo largo del tronco y quiso echar un cauteloso vistazo hacia abajo por encima de la barandilla de piedra... cuando algo voló hacia él.

Era una piedra lanzada por la honda de un soldado y le golpeó la sien.

El dolor fue tan breve como intenso.

Conn aún tuvo tiempo de notar que se tambaleaba, después se sumió en la oscuridad. Cuando volvió a abrir los ojos solo podían haber transcurrido unos instantes. Estaba tendido en el jardín de

la azotea, atado de pies y manos y lo contemplaba un hombre de brazos cruzados y mirada suspicaz.

Tendría al menos cincuenta años; entre sus cabellos negros cubiertos por un turbante había algunas canas y también en su cuidada barba. A juzgar por su vestimenta pertenecía a la guarnición fatimí donde al parecer ocupaba el puesto de un subcomandante. Hizo una pregunta en un idioma que Conn no entendió: quizás era persa o arameo y entonces una voz perfectamente conocida tradujo sus palabras.

—¿Qué haces aquí?

Conn desvió la mirada y vio que

Caleb estaba de pie junto al oficial sonriendo con satisfacción. De inmediato, Conn recordó los últimos acontecimientos... hasta el instante en que la piedra le golpeó la cabeza. De la sien manaba sangre tibia y húmeda. Trató de incorporarse pero no pudo porque Caleb le apoyó un pie en el hombro y lo presionó contra el suelo.

—El comandante Bahram te ha preguntado qué haces aquí —repitió Caleb, insistente.

—Sabes por qué estoy aquí —dijo Conn, soltando un quejido.

—¿Por qué no respondes a su pregunta?

Caleb dijo unas palabras en una

lengua extranjera; Conn supuso que era arameo y entonces el comandante lo escudriñó y dijo unas palabras más.

—¿Qué quiere? —preguntó Conn.

—Pregunta si eres consciente de las consecuencias de tu silencio.

—No guardo silencio —aseguró Conn—. Dile que he venido a Acre para ver a Chaya, que ella es la madre de mi hijo.

Caleb pronunció unas palabras, pero Conn dudó de que hubiese traducido lo que había dicho, pues una arruga surcó la frente morena del comandante y soltó unas cuantas frases en tono escasamente amistoso.

—El comandante Bahram te

recomienda que no juegues con él —dijo Caleb en francés—. Sabe que eres un espía de los cruzados.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque yo se lo dije —contestó Caleb con una sonrisa maliciosa.

—¿Por qué lo has hecho?

—Muy sencillo, cristiano: porque amo a Chaya.

—Yo también.

—Tal vez. Pero antes o después tu amor la destruirá. El mío, no.

Volvió a decir unas palabras en arameo y entonces Bahram dio unas órdenes en tono brusco. Unos soldados cuya presencia Conn no había notado se acercaron, lo agarraron y lo obligaron a

ponerse de pie. A Conn se le doblaban las rodillas y habría caído si no lo hubiesen sostenido. Sin embargo, el cordón de cuero con el medallón del obispo Adhemar se deslizó fuera de su túnica; el comandante Bahram solo le echó un breve vistazo, pero algo pareció llamarle la atención.

Dio una orden y uno de los soldados le arrancó el cordón y se lo alcanzó al comandante que lo contempló con una mezcla de suspicacia y sorpresa.

Luego hizo una pregunta.

—El comandante Bahram desea saber quién te lo ha dado.

—Un amigo —dijo Conn, esquivando la pregunta—. Es un

símbolo.

—¿Qué representa? —preguntó Caleb.

—Un laberinto, un dédalo sin salida.

Esa vez Caleb pareció traducir sus palabras con exactitud. Con consternación evidente, la mirada del comandante osciló entre el medallón y Conn, luego dirigió la vista a las estrellas. Por lo visto, adjudicaba un significado especial al medallón... ¿Acaso ya lo había visto en otra ocasión?

—¿Por qué? —preguntó Conn—. ¿Qué pasa con él?

Pero Caleb no tradujo su pregunta y tampoco recibió una respuesta. Durante

un momento que parecía eterno, Bahram contempló a Conn, después dio otra orden, aferraron a Conn y se lo llevaron.

Al norte de Sidón

Anochecer del 19 de mayo de 1099

Los cruzados reemprendieron la marcha.

Desde Akkar, cuyo asedio infructuoso había sido abandonado a mediados de mes, los cruzados se dirigieron al sur. El emir de Trípoli — quizás impresionado por lo ocurrido en Antioquía— no solo les franqueó el paso a través de su territorio sino que encima les proporcionó oro, provisiones

y regalos en abundancia, con la intención de que los guerreros de Cristo no saquearan los territorios del emir.

Así que el ejército avanzó con rapidez y a mediodía cruzó la corriente de agua conocida como el «río de los Perros», que suponía la frontera que separaba el territorio de los emires selyúcidas de los del califa de El Cairo. Guillaume no sabía si era de esperar que los soldados fatimíes presentaran mayor resistencia que los turcos: su decisión de dirigirse a Jerusalén y allí hacerse con el poder era inamovible. Quienquiera que se interpusiera en su camino lo pagaría con la vida.

Sin la menor compasión, Guillaume

había observado cómo el hierro candente se clavaba en las carnes, con absoluta indiferencia escuchó los alaridos que rebotaban contra el techo de la cueva al noroeste del campamento. Como jefe de la Hermandad estaba acostumbrado a ambas cosas, pero esa vez no se trataba de nuevos compañeros de armas que deseaban ingresar en la comunidad y a quienes sometían al doloroso ritual.

—Bien, ¿en qué quedamos? —le preguntó al hombre tendido en el suelo, con los brazos y las piernas abiertas y sujetadas a estacas de madera clavadas en el suelo arenoso—. ¿Pondrás fin a tu silencio o debo empezar a causarte

verdadero dolor?

El prisionero resollaba. Horrendas quemaduras deformaban su torso desnudo bañado en sudor, causadas por sus torturadores que llevaban las capuchas de la Hermandad. El propio Guillaume había renunciado a la mascarada, entre otras cosas porque no contaba con que el prisionero abandonara la cueva con vida. Y de lo contrario, ¿qué podía hacerle un viejo y deshonorado caballero al barón De Rein?

El prisionero lo contempló con su único ojo —la cuenca del otro estaba vacía— y le lanzó una mirada de odio nada disimulado.

—No me mires así —dijo

Guillaume, sin dejarse impresionar—. Tú mismo tienes la culpa de tu destino, Baldric. Dime dónde se encuentra Conwulf y quedarás en libertad.

El anciano guerrero mostró los dientes como una fiera salvaje. Hablar suponía un esfuerzo debido al martirio sufrido, pero logró soltar una especie de graznido.

—Vete al diablo, Guillaume de Rein.

—Como quieras.

Guillaume asintió y le hizo una señal al torturador. El encapuchado, un joven caballero de Vexin, entusiasmado con pertenecer a la Hermandad y que no veía el momento de demostrar su valía, cumplió la orden si vacilar... y Baldric

soltó otro alarido cuando la punta del hierro candente se clavó en su hombro izquierdo. Surgió vapor que hedía a carne quemada y a sangre, y el caballero golpeó la cabeza contra el suelo tratando de poner fin a la tortura. Pero no rompió su silencio.

—Tu obstinación es inútil, anciano —gruñó Guillaume—. Hace días que nos tomas el pelo, ¡pero esta noche hablarás, como que estoy aquí de pie!

Baldric mostró los dientes tratando de sonreír. Que aquello no pareciera una sonrisa en su rostro crispado por el dolor y tiznado de hollín le daba igual a Guillaume. El hecho de que el hombre que ya hacía una semana se encontraba

en su poder siguiera negándose a decirle dónde se encontraba el anglosajón Conwulf lo volvía casi loco de furia.

Al principio solo lo golpearon, después recurrieron al látigo y al garrote, pero pronto descubrieron que incluso eso resultaba inútil y que Baldric se dejaría matar a golpes antes de delatar a su hijo adoptivo. Así que Guillaume recurrió al fuego para hacerlo hablar, pero de momento dicho método tampoco había dado resultado. Al contrario, Baldric incluso se reía de él descaradamente, y eso pese a que el tiempo se le estaba acabando.

Con cada día que los cruzados se acercaban a Jerusalén, el ansia de

Guillaume de hacerse con el tesoro que se encontraba allí desde hacía milenios aumentaba... pero con cada día que pasaba, también aumentaba el peligro de que sus amigos se le adelantaran. Tenía que recuperar el libro de Ascalón ¡y ni un ladrón anglosajón ni un necio y viejo tuerto se lo impedirían!

De repente desenvainó el puñal que llevaba en el cinto, se inclinó por encima de Baldric y lo apuntó hacia el único ojo del prisionero.

—A lo mejor también debería arrancarte el otro ojo —dijo Guillaume.

—A lo mejor —contestó Baldric—. De todos modos, ese ojo ya ha visto demasiada injusticia.

—Como quieras —dijo el otro y apoyó la punta del puñal en el ojo—, pero ten en cuenta, viejo, que si completo la obra de mi padre serás un tullido ciego.

—El barón no era tu padre. Y tú tampoco eres su hijo.

Guillaume se quedó de piedra. Entonces echó un vistazo temeroso a sus encapuchados seguidores, pero el prisionero había hablado en voz tan baja que nadie más oyó sus palabras.

—¿Cómo lo sabes? —siseó Guillaume.

Baldric soltó una carcajada.

—Todo el mundo lo sabe. Tu madre, Guillaume de Rein, es una puta... y tú

eres el perverso vástago de una puta.

Baldric tosió y su cuerpo torturado se crispó de dolor. Pero ello no conmovió a Guillaume.

—Todos lo saben.

Las palabras de Baldric eran como un veneno y súbitamente le amargaron la alegría experimentada ante las brillantes perspectivas que se le ofrecían. Volvió a echar un vistazo a los suyos, pero bajo las capuchas reinaba la oscuridad, así que resultaba imposible adivinar sus pensamientos. ¿Y si Baldric tuviera razón? ¿Y si todos supieran que no era el legítimo heredero de Renaldo de Rein? ¿Y si lo señalaban secretamente con el dedo y se reían a sus espaldas?

Una ira salvaje se adueñó de él, alzó la mano en la que sostenía el puñal y lo apoyó contra la garganta de Baldric, dispuesto a acallar su boca blasfema, pero al ver la mirada del único ojo del viejo guerrero se detuvo. Solo expresaba burla, pero no temor, y Guillaume comprendió que estaba a punto de hacer lo que Baldric quería que hiciera. El viejo zorro había apostado a que le clavaría el puñal: una boca que dejaba de blasfemar tampoco revelaba secretos.

Guillaume tuvo que hacer un esfuerzo indecible para dominar su cólera y dejar con vida al prisionero, pero por fin se impuso la sensatez.

—No —soltó, volviendo a enderezarse y guardando el puñal—. No te lo pondré tan fácil, viejo. Antes o después me dirás dónde se esconde tu hijo adoptivo.

Baldric escupió la sangre acumulada en la boca.

—No, no lo haré.

Guillaume le sonrió de forma cruel, pues en ese preciso instante se le había ocurrido una idea.

—Sí, sí. Lo harás.

Guarnición de Acre

En ese mismo momento

—¿Y no dijo ni una palabra?

Hassan al-Kubh, el *qa'id* de Acre, contempló a Bahram. En cierto sentido, al-Kubh era el opuesto del emir Duqaq: no era un noble cuyo poder estuviera exclusivamente basado en su origen, sino un viejo soldado que había librado tantas batallas como el propio Bahram. Había avanzado al servicio del califa y del gobernador y se había convertido en el comandante de la guarnición de Acre a la que gobernaba con sabiduría y severidad; y como la milicia ciudadana denominada *ahdath* también estaba bajo su mando, era el nuevo jefe de Bahram.

—No, señor —contestó Bahram, negando con la cabeza.

Al-Kubh, envuelto en el uniforme de color lila de los dignatarios militares, recorría la habitación de un lado al otro.

—¿Habéis recurrido a la tortura? — preguntó por fin.

—Sí, señor. Pero el prisionero no dijo nada y no creo que nos oculte algo.

—¿Qué queréis decir con eso, comandante?

El *qa'id* le lanzó una mirada retadora, pero nada suspicaz. A diferencia de lo que sucedía en Damasco, había muchos cristianos armenios sirviendo en las guarniciones de los fatimíes y a diferencia de lo ocurrido en Siria, aún no se habían enfrentado a los cruzados en la batalla.

—No creo que ese hombre sea un espía enemigo —le dijo Bahram—. Si lo fuese, ya lo habría confesado.

—¿Por qué estáis tan seguro? Quizá no recurristeis a los medios correctos...

—La tortura es un arma de doble filo, señor. Puede que suelte lenguas, pero es incapaz de distinguir la verdad de la mentira.

Al-Kubh le sonrió levemente.

—¿Consideráis que tal vez el franco lo confiese todo solo para escapar de la tortura?

—Sí, señor... y es un inglés, no un franco.

—Un inglés.

El *qa'id* se acercó a la estrecha

ventana que daba al puerto vigilado por dos imponentes torres. Solo había escasos navíos anclados, casi todos egipcios. En esos días muy pocos barcos de vela llegaban desde el norte, pues la guerra que allí causaba estragos empezaba a notarse.

—No comprendo qué impulsa a las personas, comandante. ¿Por qué se han embarcado para librar una guerra tan lejos de su fría patria?

—No lo sé.

—Había confiado que ese... ese inglés me proporcionara un par de respuestas que yo pueda transmitirle al visir. Al principio, ninguno de nosotros consideró que esos cruzados constituían

una amenaza. Los consejeros del califa incluso pensaban que, en vista de la amenaza que suponen los selyúcidas, más bien serían nuestros aliados y no nuestros enemigos. Sin embargo, después de lo sucedido en Antioquía, hasta el último de los más miopes consejeros del califa debe de haber comprendido que esos cristianos sí suponen una amenaza, no solo para los turcos sino para todo el mundo oriental. Y si quiero defender esta ciudad con eficacia, debo averiguar más sobre dicha amenaza.

—A mí también me gustaría hacerlo, señor, pero temo que el inglés no pueda decirnos nada al respecto.

—¿Entonces por qué vino a Acre?

—Se niega a decirlo, dice que se lo impide una promesa. Sospecho que está relacionada con aquel pergamino que ocultaba bajo su vestido. Un pergamino redactado en la antigua lengua de los judíos.

—¿Cómo se llama? ¿Os lo ha dicho, al menos?

—Conwulf, señor. El hijo de un hombre que se hace llamar Baldric.

—Conwulf. Baldric —dijo el *qa'id*, masticando los nombres como si fuesen un higo seco—. Nombres extraños para hombres extraños.

—Efectivamente. ¿Debo dejar en libertad al prisionero? Podríamos tratar

de cobrar un rescate por él, pero no parece ser acaudalado, así que...

—No —dijo al-Kubh. Entre adversarios musulmanes la costumbre de poner en libertad a los prisioneros tras el pago de un rescate existía desde siempre—. No lo pongáis en libertad. El inglés permanecerá en las mazmorras. Si los suyos aparecieran ante nuestras murallas y quisieran ser admitidos, quizá nos resulte útil, como traductor o como rehén.

—Pero, señor, ya os he dicho que no sabe nada y que es de origen humilde...

—¿Por qué insistís en intervenir a favor del inglés, al-Armeni?

De repente el comandante de la

guarnición habló con un tono duro... y Bahram supo que debía tener cuidado. Él mismo era incapaz de decir por qué el destino de ese guerrero extranjero lo afectaba.

A lo mejor se debía al medallón que llevaba el desconocido y que a Bahram le recordaba de manera desconcertante a aquel sueño que tuvo camino de Acre.

Pero quizá solo se debía a que algo le decía que ese Conwulf no era un astuto ladrón, sino un hombre honrado. Fuera lo que fuese que lo condujo a Acre, no era la guerra, Bahram estaba seguro de ello... pero la expresión sombría de al-Kubh le dijo que sería mejor no manifestar sus ideas en voz

alta.

—A la orden, señor —dijo en cambio, se inclinó y abandonó el despacho de su superior.

Caleb Ben Ezra lo aguardaba ante la puerta; el subcomandante de la milicia judía había escuchado toda la conversación.

Barrio judío de Acre
20 de mayo de 1099

—¿Qué? —exclamó Chaya, sentada en un taburete en su habitación con el niño en brazos, y le lanzó una mirada interrogativa a su primo—. ¡Pero si tú dijiste que Conwulf escapó!

—Sí —contestó Caleb de mala gana—. No quería que te preocuparas por él.

—¿Qué te hace suponer que lo hago?

—Creí que él ya no te importaba,

después de todo lo que ha hecho — prosiguió su primo, disgustado.

—Mis sentimientos ya no tienen importancia, Caleb —lo reprendió, tratando de no perder el control—, Conwulf me ha traicionado y robado, me ha engañado a mí y a todo nuestro pueblo... ¿Cómo podría perdonárselo? Pase lo que pase con él, tendrá que pasar.

—No estoy tan seguro de ello —dijo Caleb en voz baja.

—¿Qué quieres decir?

—Estaba presente cuando el capitán Bahram presentó su informe al comandante. Dijo que habían torturado a Conwulf...

—Torturado —murmuró Chaya. La idea la estremeció, pero hizo todo lo posible por no sentir compasión.

—... y también dijo que no rompió su silencio, incluso durante la tortura —añadió Caleb.

—¿No les dijo nada? —volvió a preguntar Chaya—. ¿Nada sobre el libro de Ascalón, sobre *Aron habrit*?

—No —dijo Caleb.

—Entonces quizá se tomó el asunto en serio y realmente quería guardar el secreto.

—Creo que sí e incluso existe una prueba de ello.

—¿Qué clase de prueba?

—El libro de Ascalón. Oí al capitán

Bahram hablar de ello. El cristiano llevaba el pergamino consigo cuando vino a vernos. Es evidente que quería que tú decidieras qué hacer con él.

—¿Es eso verdad?

Caleb asintió a regañadientes.

—Entonces Conn dijo la verdad —murmuró Chaya, horrorizada—. No quería que tomara partido por los cruzados sino dejarme elegir. Y como prueba de ello, tenía el libro de Ascalón... pero nosotros lo juzgamos antes de que pudiera explicarse y lo tratamos muy injustamente.

Chaya permaneció inmóvil, con el niño en brazos y sopesando sus posibilidades. Después se puso de pie

con expresión decidida.

—Cógelo —dijo y le entregó el niño a Caleb, al que no le quedó otra opción que agarrarlo, perplejo.

—¿Qué piensas hacer?

—Iré a hablar con el capitán Bahram.

—¿Y qué piensas decirle?

—Todavía no lo sé —dijo Chaya, sacudiendo la cabeza—. Pero debo ayudar a Conn, nosotros tenemos la culpa de que esté en las mazmorras.

—¿Cómo pretendes hacerlo? —preguntó Caleb alzando la voz; entonces el niño se echó a llorar y Caleb lo meció... pero sin éxito, pues el niño siguió llorando.

—Tampoco lo sé, pero no me queda otra opción que intentarlo. Conn nos salvó la vida, ahora hemos de salvar la suya.

—No, no tenemos por qué hacerlo. Los cristianos nos han hecho tanto daño que ninguno de ellos podrá repararlo jamás. No les debemos nada.

—Si de verdad lo creyeras, no me habrías dicho que Conn aún se encuentra en la ciudad —replicó Chaya, sonriendo—. Pero lo hiciste, Caleb, porque sabes lo que es correcto y lo que no lo es. Debo ir y tratar de ayudar a Conn. No tengo otra opción... y tú tampoco.

Caleb apretó los labios... y después bajó la cabeza con resignación.

—Ve en paz, Chaya. Y ten cuidado.

Campamento de los cruzados, Sidón
Noche del 20 de mayo de 1099

Baldric no sabía cuánto hacía que era el prisionero de Guillaume de Rein y tampoco tenía idea de lo que ocurría fuera de la tienda en la que lo mantenían prisionero.

Durante el día había oído el fragor de un combate. Al parecer hubo una escaramuza con los musulmanes, pero Baldric estaba demasiado débil como para ocuparse de ello. Las quemaduras le deformaban el cuerpo, su mente

afiebrada flotaba en un mar de dolor, pero sus torturadores habían evitado cortar el delgado hilo que lo mantenía consciente.

Cada vez que amenazaba con perder el conocimiento detenían la tortura; de ese modo, el padecimiento y las breves pausas de alivio se habían alternado en una interminable ronda hasta que Baldric ya no pudo distinguir el día de la noche. Lo único que sabía era que no le había dicho a Guillaume de Rein lo que este quería saber a toda costa.

El paradero preciso de Conn.

Pese a todos los dolores sufridos, Baldric no sentía rencor por el muchacho. Cuando desapareció durante

la noche, Conwulf solo lo hizo con la mejor de las intenciones, el normando estaba completamente seguro de ello. Supuso que habría considerado que debía enfrentarse a sus errores a solas y no quiso poner en peligro a su padre adoptivo. Que debido a ello Baldric — que se quedó en el campamento— había caído en las garras de De Rein era una de las numerosas ironías que tanto habían abundado en su vida.

Seguiría guardando silencio hasta que llegara el Redentor y sellara su boca, y nada ni nadie se lo impediría. En cierta ocasión se había sometido a un De Rein y se había arrepentido de ello toda la vida: no tenía intención de hacerlo

por segunda vez.

Cuando alguien quitó la lona de la entrada a la tienda, Baldric se dio cuenta de que fuera estaba oscuro. Varios de los esbirros encapuchados de Guillaume lo agarraron y lo arrastraron al exterior. Había antorchas clavadas en círculo en el suelo e iluminaban un área amplia; en el centro había dos bueyes, uno de espaldas al otro, y en el suelo estaba tendido un hombre desnudo atado de pies y manos.

Si Baldric creyó que ya no había nada que pudiese conmocionarlo, un instante después comprendió que se había equivocado... ¡pues el hombre desnudo era Bertrand!

El cabello rizado de su amigo estaba empapado en sudor, tenía el rostro y el torso cubierto de lastimaduras y una mordaza de cuero le cubría la boca y le deformaba los rasgos. La mirada de sus ojos desorbitados era de terror.

—¡Bertrand! —gritó Baldric y se debatió entre las zarpas de los esbirros. Debió de parecerles cómico, porque los encapuchados rieron y el que soltó la carcajada más sonora fue su jefe, montado en su caballo.

—Vaya —dijo Guillaume de Rein—. ¡Por lo visto encontramos algo con lo cual soltarte la lengua, pedazo de cabrón obstinado!

Alzó el brazo y lo dejó caer,

restallaron látigos y los bueyes empezaron a avanzar en direcciones opuestas. Las correas chirriaron y se tensaron... y Bertrand, cuyas manos y pies estaban sujetos con cuerdas a los arreos, se estiró.

—¡Deteneos! —graznó Baldric—. ¡Ni siquiera vos sois capaz de ser tan cruel, Guillaume de Rein!

—Al parecer, has recuperado el respeto —se burló el joven barón—. ¡A lo mejor también recuerdas dónde se encuentra tu hijo adoptivo!

Los látigos volvieron a restallar, el cuerpo de Bertrand se estiró aún más y un grito surgió de su garganta, convertido en un gemido por la mordaza.

—¡Cogedme a mí! —gimió Baldric, presa del espanto—. ¡Cogedme a mí en su lugar!

—Viejo necio, aún no has comprendido de qué se trata, ¿verdad? Todas las personas tienen un punto débil. La mayoría está dispuesta a delatar a alguien para salvar su propio pellejo. En cambio a otros su destino les resulta indiferente, y tú eres uno de ellos. Pero cuando se trata de sus amigos se vuelven vulnerables.

El cuero y las cuerdas se tensaron aún más, y pese a su gordura el cuerpo de Bertrand se despegó del suelo. Los gritos apagados de su amigo le llegaron a Baldric hasta la médula.

—¿Dónde está Conwulf? —preguntó Guillaume—. Dímelo o dentro de un momento verás cómo las tripas de tu amigo se esparcen por la arena. ¿Y bien?

Baldric calló.

Manténía la vista clavada en Bertrand quien, tirado por los dos bueyes, ya colgaba dos palmos por encima del suelo y parecía que en cualquier momento sus brazos se descoyuntarían.

—¡Baldric! —espetó Guillaume—. ¡Habla de una buena vez! ¿O acaso pretendes que tu mejor amigo pague tu tozudez con la vida? Di una palabra y quedará libre.

Baldric se mordió los labios, pero su determinación se resquebrajó.

Los látigos volvieron a restallar y los bueyes se lanzaron hacia adelante; los gritos de Bertrand ya se oían a través de la mordaza y, horrorizado, Baldric vio a su amigo —desnudo e indefenso— flotando en el aire, los miembros a punto de desgarrarse. Una imagen horripilante a la que puso fin un instante después.

—¡En Acre! —gritó Baldric con todas sus fuerzas—. ¡Conwulf está en Acre!

—Me dices cosas que sé hace tiempo, viejo necio —lo regañó Guillaume—. ¿En qué lugar de Acre se encuentra el anglosajón? Sé que iba en

busca de la judía, así que ¿dónde está?

Bertrand soltó otro alarido... y Baldric supo que había perdido.

—En el barrio judío —dijo en tono resignado—. Preguntad por un vendedor de tejidos llamado Ben Amos.

—¿Dices la verdad?

—Sí, maldita sea, ahora os suplico que soltéis a Bertrand.

Con pavorosa lentitud, Guillaume se volvió hacia sus hombres y les hizo una señal. Entonces uno de ellos dio un paso adelante y cortó la cuerda que sujetaba las piernas de Bertrand. Repentinamente libres de la carga, ambos bueyes avanzaron unos pasos antes de detenerse y uno arrastró el cuerpo desnudo de

Bertrand; gimiendo de dolor, se retorció en la arena que se pegó a su cuerpo empapado en sudor. La mirada que le lanzó a Baldric indicaba su pesar.

—Como ya te he dicho —soltó Guillaume y condujo su caballo hacia Baldric para poder contemplarlo desde las alturas con expresión altiva—, todos tienen un punto débil. Descubrí el tuyo, anciano.

Entonces les hizo otra señal a sus esbirros... y la espada que acababa de cortar la cuerda se clavó directamente en el corazón de Bertrand.

El grito horrorizado de Baldric resonó en medio de la noche... acompañado de las sonoras carcajadas

de Guillaume.

Guarnición de Acre
Al día siguiente

—Gracias por recibirme, señor.

Chaya inclinó la cabeza al entrar en la garita. El sencillo edificio de piedra se apoyaba contra las murallas, el suelo estaba cubierto de paja y hacía de lecho para los soldados que estaban de guardia. Un taburete y una pequeña mesa formaban el mobiliario. Cuando ella entró, el hombre sentado a la mesa

leyendo un libro se puso de pie. Tuvo que apoyarse: al parecer sentía dolor en la pierna izquierda, quizás el resultado de una herida.

Por medio de Caleb, Chaya ya había averiguado varias cosas sobre Bahram al-Armeni, el capitán oriundo del lejano Tal Bashir y que, a pesar de su fe cristiana, ocupaba el rango de oficial en el ejército del califa, y ella consideró que la descripción muy benevolente del armenio que le había proporcionado Caleb se debía al entusiasmo ingenuo que su primo sentía por la vida de soldado. Sin embargo, en ese momento cuando se encontró frente a frente con él por primera vez, no pudo evitar sentirse

impresionada. Los rasgos cincelados, la mirada inteligente y el hecho de que estuviera leyendo un libro hicieron que confiara que el capitán armenio no era un carnicero brutal.

—No es necesario que me agradezcáis —contestó Bahram con una suavidad que parecía confirmar la primera impresión de Chaya. Hablaba en arameo, una lengua tan próxima al hebreo vulgar que ambos lograron entenderse sin un traductor—. Vuestro esposo, mi subcomandante Caleb Ben Ezra, me dijo que deseabais hablarme sobre un asunto muy urgente, algo relacionado con el prisionero inglés.

—Sí, señor —dijo Chaya.

—Caleb me dijo que conocéis al inglés.

—También eso es verdad.

—¿Y bien? —preguntó él y le lanzó una mirada interrogativa—. ¿De qué se trata?

—Del pergamino, señor —contestó Chaya en voz baja—. Del pergamino que Conwulf el inglés llevaba consigo.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó el capitán, entrecerrando los ojos oscuros y la miró muy atento.

—Lo sé porque vino en mi busca. Tenía la intención de entregarme dicho pergamino.

—¿Entregároslo? ¿Por qué?

—Porque antes estaba en mi poder,

señor. El pergamino me fue robado y Conwulf quería devolvérmelo.

—¿Eso es todo?

—Sí. Conwulf no es un espía, acudió a Acre por otros motivos. Corrió peligro de manera voluntaria con el fin de reparar una injusticia.

—Si las cosas sucedieron como vos decís, ¿por qué llamasteis a los guardias?

—No fui yo quien los llamó sino mi esposo —dijo Chaya, y bajó la mirada con aire culpable—. Había malinterpretado la situación.

—Pues no puedo reprochárselo —gruñó el armenio—. ¿Qué habría de pensar yo si encontrara a un

desconocido en la habitación de mi esposa?

—Ya os lo he dicho, señor, fue un malentendido. Conwulf tuvo que huir y fue detenido antes de que pudiéramos aclarar la situación. Y como hasta ahora aún ignoraba que se encontraba bajo vuestra custodia, he acudido solo ahora para pedir os que seáis indulgente con Conwulf y lo pongáis en libertad.

—Comprendo. Por desgracia no soy yo quien lo decide. El *qa'id* está convencido de que el inglés es un espía del enemigo que vino para investigar nuestras defensas. Y dado que Conwulf insiste en callar sobre el motivo de su presencia en la ciudad, no puedo

demostrar lo contrario.

—Conwulf calla por mí, señor. Para protegerme a mí y a mi hijo.

—Pues eso sería muy noble por su parte, porque hace falta una gran voluntad para resistirse a los padecimientos de la tortura.

—¿Qué le habéis hecho? —preguntó Chaya, angustiada. La idea le resultaba insoportable.

—No os inquietéis, el inglés no sufrirá daños duraderos. A juzgar por lo que veo en vuestra mirada, quien debería preocuparse es vuestro esposo.

Chaya bajó la vista, avergonzada. Casi deseó haberse enfrentado a un tosco carnicero que a un observador tan

perspicaz como Bahram. Casi nada parecía escapar a su mirada atenta, que incluso parecía capaz de adivinar sus sentimientos.

—Lo que he hecho y lo que dejé de hacer debo justificarlo ante Dios —murmuró sin alzar la cabeza—. Os ruego que no me juzguéis por ello, sino según la verdad que os presento.

—¿Y qué verdad es esa, Chaya? —Quiso saber Bahram—. Queréis exculpar al inglés, pero por ahora no me habéis presentado una prueba de su inocencia. Al contrario, parecéis saber mucho más de lo que estáis dispuesta a decirme.

—No —se apresuró a decir Chaya y

le lanzó una mirada suplicante—. Os ruego que no penséis eso de mí, señor. Estoy aquí por Conwulf: arriesgó su vida por mí y yo haría todo lo posible por salvar la suya.

—¿Todo? —insistió Bahram.

Chaya sabía que pisaba terreno peligroso, sin embargo dio un paso más.

—Sí, señor.

—Entonces decidme de qué trata ese pergamino.

—No puedo.

El capitán asintió.

—No esperaba otra respuesta, pero ¿de veras pensáis que podéis conseguir la libertad de Conwulf cuando ni siquiera me decís la verdad?

—Digo la verdad, señor.

—Pero no toda la verdad —dijo el armenio, resoplando, y por primera vez parecía disgustado—. Aunque el inglés llevaba ese pergamino consigo y por tanto este estaba en su poder, se negó a decir nada al respecto, incluso bajo la tortura. Y aunque lo que está en juego es la vida de un hombre que parece importaros más de lo que resulta decente para una mujer casada, vos también os negáis a romper el silencio. Así que yo me pregunto: ¿de qué trata ese dichoso pergamino?

—De nada que podría amenazaros, señor —aseguró Chaya.

—Tampoco lo supongo, de lo

contrario no hubiese dado la orden de detener la tortura, pero si he de intervenir a favor de la liberación del inglés, exijo sinceridad.

—Lo comprendo, señor —contestó Chaya, al tiempo que en su pecho luchaban dos leones: uno representaba el afecto por su padre y el sentido del deber frente a su pueblo; el otro, su amor por Conn, de cuyo alcance acababa de darse cuenta.

—El texto está redactado en hebreo —dijo Bahram y, para desconcierto de Chaya, resumió lo que había averiguado acerca del pergamino—, y según mi opinión ha sido redactado por varias personas.

—¿Os habéis percatado de ello?

Bahram asintió.

—Pero mis conocimientos no bastan para traducir todo el texto, por no hablar de comprender su contenido. No obstante, he entendido que no se trata de un escrito cualquiera sino de uno de gran significado, y el hecho de que el cruzado haya emprendido el largo y peligroso camino para devolvéroslo confirma mi suposición.

Chaya no se había equivocado al juzgar a Bahram. El capitán era un hombre perspicaz, tal como supuso desde el primer momento. Y era bastante menos ignorante de lo que ella había esperado.

—¿Habéis informado al *qa'id* de vuestras suposiciones?

—No, entre otras cosas porque no estaba seguro. Pero vos podéis disipar mis dudas. ¿De qué trata ese texto que parece tener tanta importancia para vos?

—Si os lo dijera, traicionaría el legado de mi padre, que fue quien me entregó el pergamino.

—Y si no lo hacéis, traicionaréis al hombre que os ama tanto que arriesga su vida para conservar vuestro secreto.

Chaya calló. Sus recuerdos se remontaron a Colonia, desde donde ella y su padre habían partido y el largo viaje que emprendieron después, con todas sus postergaciones y peligros. Su

meta había sido trasladar el libro de Ascalón sano y salvo hasta su lugar de origen, pero la misión había fracasado. El libro se perdió debido al descuido de Chaya, y gracias a la nobleza de Conn y a su sentido de la justicia había sido recuperado. Los destinos de ambos parecían estar inseparablemente vinculados, así pues ¿cómo decidir a quién le debía lealtad? Además, ¿no daba igual, en última instancia? ¿Es que Chaya no se veía obligada a revelarle el secreto a Bahram si alguna vez quería volver a apoderarse del libro?

En la mirada de sus ojos oscuros, Chaya creyó ver cierta amabilidad, cierta garantía que la tranquilizó.

—Caleb me dijo que sois cristiano, ¿es cierto? —preguntó con cautela.

—Sí, es verdad.

—¿Sabéis lo que significa *Aron habrit*?

Bahram asintió.

—Es el Arca de la Alianza, el cofre sagrado en el que vuestros antepasados guardaron los Diez Mandamientos de Moisés.

—Así es. Y de eso trata el libro secreto. Pues el Arca de la Alianza ha perdurado a lo largo del tiempo.

Ante aquella revelación, el rostro del capitán expresó sorpresa y desconcierto, alegría y consternación. Y entonces empezó a hablar.

De los inicios del libro de Ascalón, que se remontaban a los días del rey Salomón; de su historia llena de vicisitudes, inseparablemente vinculada al pueblo de Israel y que en cierto modo la reflejaba y por fin del secreto que el pergamino había guardado durante milenios hasta el presente, en el que la guerra y la desgracia se cernían sobre la Tierra Prometida.

Bahram escuchó con mucha atención, solo interrumpiendo a Chaya de vez en cuando, y solo cuando dejaba de comprender algún aspecto. Pero no reaccionó con temor o rechazo, más bien parecía que la historia lo fascinara. Incluso cuando ella dejó de hablar, él

guardó silencio durante buen rato.

—¿Y bien? —le preguntó ella cuando ya no pudo aguantar más—. ¿Qué opináis?

Bahram no le dirigió la mirada y adoptó un aire pensativo.

—Es curioso. Aquella noche contemplé las estrellas y elevé mis oraciones al Señor, rogando que me enviara una señal. Y ahora tengo claro que vos sois esa señal.

—¿Yo, señor? —dijo Chaya, sacudiendo la cabeza con expresión dubitativa—. ¿Qué queréis decir?

—Vos desconocéis mi pasado, Chaya. En esta vida solo he servido a unos pocos señores. Primero a Tutush, el

poderoso hermano del sultán, y más adelante a su hijo Duqaq, el emir de Damasco, hasta que caí en desgracia con él. Pero mi vida siempre ha estado marcada por la lucha y la muerte, cuando en realidad soy un hombre de letras y ciencia. Como tal, he observado el cielo y he interpretado las señales que he visto allí; estas me informaron de la amenaza de una extinción. Mi única esperanza en medio de toda esa oscuridad era un poco de luz, eso fue lo que le pedí al Todopoderoso... y mis súplicas fueron escuchadas.

Chaya asintió.

—¿Os referís al arca?

—No —dijo Bahram, moviendo la

cabeza—. Lo que me resulta importante no es lo que dijisteis sino el hecho de haberlo dicho. Pues si una judía está dispuesta a revelar el secreto más importante que su pueblo debe guardar con el fin de salvar a un cristiano, nuestro mundo no está perdido y yo puedo...

Bahram enmudeció porque en ese instante la puerta se abrió de golpe. Un miembro de la milicia judía estaba en el umbral, un joven cuyo nombre Chaya desconocía.

—¿Qué pasa? —preguntó el capitán en tono severo.

—¡Perdonad, señor! Fuera hay un mensajero que desea hablar con vuestro

huésped.

—¿Conmigo? —preguntó Chaya, sorprendida y se volvió.

—Sí, señora. ¡Por lo visto se trata de vuestro hijo!

Chaya notó que todo su cuerpo se tensaba y el corazón le dio un vuelco. Quería regresar a casa de inmediato y comprobar que todo estaba en orden, pero permaneció un momento más y le lanzó una mirada inquisidora a Bahram.

—¿Os encargaráis de...?

—Podéis marcharos —dijo el capitán—. Reflexionaré sobre todo lo que me habéis dicho e interrogaré a las estrellas. Entonces sabré qué he de hacer con el inglés.

Chaya comprendió que no obtendría más concesiones, así que le agradeció con una breve inclinación de la cabeza, se volvió y siguió al joven soldado afuera.

—Allí —dijo el joven, casi un niño, indicando el otro lado de la calle—. El hombre del hábito.

Chaya asintió con la cabeza y se apresuró a acercarse al desconocido, apoyado contra un nicho en la muralla con la capucha cubriéndole el rostro.

—¿Tenéis un mensaje para mí? —preguntó a medida que se aproximaba a él.

—Así es —contestó el otro en un pésimo arameo y alzó la cabeza... y,

presa del espanto, Chaya vio el rostro familiar de Berengario.

Acre

22 de mayo de 1099

Cuando la puerta de la mazmorra se abrió, Conn ya no creía que volvería a escapar de ese lóbrego agujero y al principio creyó que la elevada figura — que tuvo que agacharse para cruzar el bajo umbral y entrar en la celda— solo era una ilusión.

Pero el hombre era real.

Tan real como las argollas de hierro

en torno a las muñecas y los tobillos de Conn, tan real como las cadenas que lo sujetaban y que soltaban un suave tintineo cada vez que se movía; tan real como el frío húmedo que reinaba en la mazmorra; tan real como las ratas que huyeron soltando chillidos cuando el desconocido se acercó.

Conn alzó la vista y contempló al visitante. La luz de la antorcha lo deslumbraba, pero reconoció la cara del capitán que lo había detenido y que también estaba presente cuando lo torturaron. A Conn todavía le dolían los huesos debido a los artilugios mediante los cuales le estiraron las articulaciones: los orientales disponían

de métodos muy refinados para obligar a alguien a hablar en contra de su voluntad. Los torturadores sabían dosificar el dolor para que superara todos los límites imaginables, pero un instante después este se reducía y el prisionero tenía la oportunidad de hablar, de modo que lo que acababa por soltar la lengua del torturado no era tanto el dolor como el temor ante el padecimiento que aún le esperaba.

Al principio Conn no creyó que pudiera resistirse a dicho temor, pero al igual que un caminante que debe recorrer un largo camino y solo avanzaba paso a paso, había evitado pensar en el futuro y procuraba superar

una etapa tras otra a pesar de todo el dolor y el sufrimiento. Tenía claro que si rompía su silencio, los soldados del califa irían en busca de Chaya y, para averiguar toda la verdad, también serían capaces de torturarla a ella o quizá de hacerle daño al niño. Por eso había callado, pese al miedo a morir que en cierto momento se adueñó de él, pues solo había algo que temiera más que su propia muerte: volver a verse obligado a permanecer de brazos cruzados mientras una persona amada era arrancada de su lado.

Puede que antaño, con Nia, no le hubiera quedado otra opción.

Pero esa vez, sí.

El capitán —Conn había descubierto que se llamaba Bahram y que era oriundo de Armenia— dijo unas palabras que no pudo comprender, pero que parecían una pregunta. Conn se encogió de hombros en la medida en que sus doloridas articulaciones se lo permitieron. Pero el capitán no parecía interesado en una respuesta y en su lugar dio una orden, entonces uno de los gordos carceleros entró en la celda.

Conn soltó un grito, una mezcla de plegaria y de maldición. Contaba con que volverían a arrastrarlo hasta la cámara de tortura y lo sometieran a otro doloroso interrogatorio... pero el carcelero empezó a soltarle las argollas

que le rodeaban las muñecas y los tobillos.

—¿Qué, por todos los...?

El capitán volvió a decir algo que Conn no entendió, en cambio el dedo indicando la puerta no podía ser más claro.

—¿Que... que me marche? — preguntó con voz ronca. Durante los últimos días solo la había utilizado para gritar.

Conn trató de ponerse de pie, pero casi no lo logró y entonces justo aquel esbirro que el día anterior le había infligido terribles dolores lo cogió de las axilas y lo sostuvo. Encorvado y jadeando debido al desacostumbrado

esfuerzo, Conn salió al pasillo, se agachó y salió, donde lo esperaba un grupo de hombres armados, entre ellos, Caleb. Pero la sonrisa de autosuficiencia de la que el primo de Chaya aún había hecho gala durante su último encuentro había desaparecido.

—¿Qué significa esto? —preguntó Conn.

—Estás libre y puedes marcharte.

Conn se quedó boquiabierto. Había esperado cualquier cosa, pero no aquello, desde luego.

—¿Por qué?

—Chaya —dijo Caleb en tono curiosamente ahogado—. Intercedió por ti ante Bahram.

Entretanto, el capitán y su gordo esbirro también habían abandonado la celda. Mientras que el carcelero cerraba la puerta, Bahram le indicó a Conn que lo siguiera a lo largo del pasillo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Conn, dirigiéndose a Caleb.

—Ya lo verás —fue la brusca respuesta.

Conn renunció a seguir preguntando. Siguió a Bahram y Caleb, apoyado en sus piernas doloridas cuyas articulaciones todavía estaban hinchadas, a lo largo de oscuros pasadizos y de una estrecha escalera que conducía hasta la superficie y que Conn creyó que nunca volvería a remontar.

Cuando salieron al patio interior, la luz del sol lo deslumbró y Conn se tambaleó. Alguien lo cogió del brazo y, sorprendido, vio que era Caleb. Cruzaron el patio donde los soldados de la guarnición realizaban prácticas de armas, entraron en un edificio de piedra y gracias a la penumbra reinante el dolor punzante anterior desapareció.

—¿Dices que Chaya intercedió por mí? —le preguntó a Caleb en voz baja.

—Sí.

—¿Y cómo?, ¿cómo logró que me dejaran en libertad?

El joven judío no respondió. En su lugar, lo condujo a través de una serie de pasillos hasta una puerta. Los

soldados que los acompañaban montaron guardia ante esta mientras Bahram, Conn y Caleb entraban a la habitación situada al otro lado. Conn aún se preguntaba qué significaba todo aquello cuando vio la encorvada figura acurrucada en un taburete en el centro de la habitación.

¡Era Baldric!

Conn tardó un momento en superar la sorpresa. Aún más que el hecho de haber supuesto que su padre adoptivo se encontraba muy lejos de allí, al norte, lo que lo consternó fue su aspecto. Los rasgos del viejo normando estaban

demacrados, tenía las mejillas hundidas y la piel cubierta de manchas; llevaba la cabeza y la barba rasuradas y una fea quemadura le deformaba la boca. Aún peor era su posición encorvada, los brazos flácidos, los huesos de los hombros se destacaban bajo la piel. Ese no era el hombre a quien había dejado atrás en el campamento y Conn no tardó en comprender quién era el causante de ese cambio.

Las privaciones y el maltrato habían convertido al antaño orgulloso guerrero en aquella sombra sentada en la penumbra... y junto con la pena que sentía, una cólera abrasadora se apoderó de Conn.

—¿Qué le habéis hecho? —dijo, dirigiéndose a Caleb—. ¿No os bastó con torturarme a mí?

Echó a correr hacia Baldric, que parecía completamente extenuado.

Alzó la cabeza haciendo un esfuerzo, la mirada de su único ojo era cansina, sin embargo logró sonreír al ver a Conn.

—¡Conwulf! ¡Hijo! —musitó.

—¡Padre! —exclamó Conn y lo abrazó—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué te han hecho estos malditos infieles?

—¡So necio miserable! —le espetó Caleb—. ¡Los que dejaron al viejo en ese estado no fueron los infieles sino los cristianos como tú!

—Tiene razón, muchacho.

—¿Quién? —dijo Conn, derramando lágrimas de ira—. ¿Quién te ha hecho eso?

—Guillaume de Rein —respondió Baldric en voz baja—. Te está buscando. Me torturó. No dije nada, pero entonces amenazó con matar a Bertrand... No pude evitarlo... perdóname, por favor...

Conn cerró los ojos. Tuvo que esforzarse por dominar la cólera que amenazaba con adueñarse de él. Una furia causada por Guillaume de Rein, que una vez más había atacado a una persona amada... pero también sentía rabia hacia sí mismo. Había hecho todo lo posible por mantener a sus amigos

apartados del asunto y evitar que sufrieran daños y precisamente de ese modo los había traicionado.

—No tengo nada que perdonarte, padre —susurró—. He sido un necio.

El viejo alzó la cabeza y le lanzó una mirada penetrante.

—Ambos fuimos unos necios, Conwulf. Guillaume es mucho más peligroso de lo que creímos, es capaz de cometer cualquier crimen. Bertrand está muerto.

—¿Qué?

—Lo mataron cuando yo ya había confesado tu paradero. Sin ningún motivo. ¡Guillaume es el mal, Conwulf! Quiere apoderarse del arca.

—No te preocupes, no la obtendrá. Sin los indicios del pergamino, Berengario no logrará encontrar el lugar donde se oculta y sin... —Pero se interrumpió al ver la expresión grave, casi compasiva en el rostro de Baldric —. ¿Qué pasa, padre?

—¡Mi buen muchacho! Al igual que yo, no tienes ni idea de cuán astuto puede ser el mal.

—¿Qué quieres decir?

—No estoy aquí porque logré escapar de Guillaume, Conn —confesó el normando en voz baja y, al parecer, lleno de desprecio por sí mismo—. Estoy aquí como su mensajero.

—¿Como su mensajero?

Conn contempló a su padre adoptivo con absoluto asombro. ¿De qué diablos estaba hablando Baldric? Si se encontraba en Acre por encargo de De Rein, este lo había obligado a hacerlo pero ¿cómo podía ser? ¿Qué argumento habría esgrimido el bellaco para volver obediente a un hombre de la talla de Baldric?

Entonces una horrenda sospecha lo invadió, pero la reprimió enseguida y se tranquilizó diciéndose que era imposible y que allí, en Acre, ella estaba a salvo... hasta que Baldric puso fin a sus argumentos.

—Chaya —dijo—. De Rein tiene a Chaya en su poder.

Fue como si le arrancaran el corazón del pecho. Imágenes del pasado aparecieron ante sus ojos, recuerdos llenos de dolor y pena. Primero Nia. Ahora Chaya.

—¿Qué quiere? —murmuró Conn con voz temblorosa, aunque hubiera preferido soltar un alarido—. ¿Qué quiere ese bastardo?

—El pergamino. Sabe que tú lo robaste. Si no se lo entregas dentro de dos días, Chaya morirá.

Conn volvió a cerrar los ojos y el alivio de saber que Chaya todavía estaba viva era aún mayor que su odio por Guillaume de Rein. No cabía duda de que entregaría el libro de Ascalón,

incluso frente al peligro de que Guillaume de Rein y su Hermandad se adueñaran del arca sagrada. Lo único que necesitaba era el pergamino.

Conn se volvió hacia Bahram y Caleb, que permanecían detrás de él, el judío con el mismo rostro inexpresivo de antes, el armenio con un rollo de pergamino en la mano. Le bastó con una breve mirada para reconocer el libro de Ascalón.

—El capitán Bahram está al corriente del secreto —dijo Caleb, pero sin manifestar su opinión al respecto.

—¿Lo sabe? Pero ¿cómo? ¿Qué...?

—Chaya —lo interrumpió el muchacho—. Era el precio de tu

libertad.

Súbitamente, Conn comprendió la tremenda verdad.

Para conseguir su libertad, Chaya le había revelado el secreto del libro de Ascalón a Bahram. Para salvar la vida de Conn, ella reveló aquello que su padre custodió poniendo su vida en peligro... y ahora ella misma corría peligro de morir.

—Dame el libro —dijo Conn, indicando el pergamino.

—¿Para qué? —preguntó Caleb.

—Para rescatar a Chaya. De Rein quiere el libro, así que se lo daremos y liberaremos a Chaya.

—¿Y tú crees que será así de

sencillo?

—¿Acaso quieres que la mate? — preguntó Conn, poniéndose de pie.

Los rasgos de Caleb se endurecieron, su dolor era evidente.

—¡Ojalá supieras lo que estás diciendo, cristiano! Amo a Chaya tanto como tú, solo que a diferencia del tuyo, mi amor es más altruista. Y si pudiera salvarle la vida cortándome las manos aquí y ahora, lo haría sin vacilar. Pero no puedo darte el libro de Ascalón.

—Tú no eres quien ha de decidirlo.

—Es verdad —admitió Caleb con voz trémula—. Pero el capitán Bahram no comprende vuestra lengua, así que actuará según lo que yo traduzca. Y si le

digo que tú quieres apoderarte del libro para entregárselo a los cruzados...

—¡No debes hacerlo! —lo interrumpió Conn—. ¡Condenarías a Chaya a muerte!

—¿Acaso tengo otra opción? —dijo Caleb; su voz se había vuelto quebradiza, casi era un lloriqueo—. ¡Este libro es lo único que le ha quedado a mi pueblo, su esperanza y su futuro! Fue conservado durante milenios... ¿y ahora resulta que debo ser precisamente yo quien se lo entrega a nuestros enemigos? ¿He de traicionar el bien de todo un pueblo para salvar la vida de una única persona?

—Dicha persona fue quien trajo el

libro hasta aquí. Sin el coraje y la generosidad de Chaya hace tiempo que ya no habría esperanza.

Caleb no replicó, pero su expresión revelaba que en el fondo le daba la razón a Conn, pero que su sentido del deber impedía que manifestara su acuerdo. Bahram hizo una pregunta en arameo y Caleb le contestó. Quizá le preguntó por qué discutían tan acaloradamente.

—Por favor, Caleb, dile al capitán Bahram que debo regresar al campamento de los cruzados. Y que necesito el libro para salvar a Chaya.

—No —dijo el otro con expresión desesperada.

—¡Por favor, Caleb, te lo suplico!
¡Es imposible que quieras que Chaya
muera de manera tan inútil!

—¡Claro que no! —chilló Caleb—.
¡Pero tampoco puedo permitir que te
marches con el libro así, sin más! ¿Es
que no lo comprendes, cristiano?

—¿Y si te prometo que haré todo lo
posible para evitar que el pergamino no
permanezca en las manos de Guillaume?

—¿Qué quieres decir?

—Como tú bien sabes, soy un ladrón
—dijo Conn con una sonrisa débil—. Es
de suponer que lo que he logrado una
vez también lo lograré una segunda.

—¿Por qué habrías de hacerlo? —
exclamó el judío con mirada furiosa—.

Si el capitán Bahram te da el libro habrás obtenido cuanto querías, ¿no? Dime un buen motivo por el cual regresarías a Acre.

—Guillaume de Rein es mi enemigo, Caleb, tanto como el vuestro. Yo tampoco quiero que el Arca de la Alianza caiga en sus manos y haré todo lo posible para impedirlo. Te doy mi palabra.

—Si algo nos ha enseñado la historia es que la palabra de un cristiano no tiene valor —dijo Caleb.

—Pues entonces yo me quedaré aquí —gruñó Baldric, que no había participado en la discusión pero que había escuchado atentamente—. Como

rehén hasta que Conn regrese.

—¡No, padre! —exclamó Conn.

—Me quedaré aquí y aguardaré a que regreses —se limitó a declarar el normando—. Confío en ti, hijo.

—Lo sé, padre. Pero...

—Confío en ti —repitió Baldric, lanzándole una mirada penetrante con su único ojo—. ¿Todavía recuerdas lo que te conté de mí? ¿Sobre mi pasado?

Conn asintió con la cabeza.

—Esta es la hora que he estado esperando, Conwulf —dijo Baldric—. La de mi prueba.

La determinación que expresaba el rostro de su padre adoptivo hizo que Conn comprendiera que contradecirlo

resultaría en vano. Hizo un ademán afirmativo y volvió a dirigirse a Caleb.

—¿Estarías dispuesto a entregarme el libro bajo esas condiciones?

Caleb titubeó.

—No soy yo quien ha de tomar esa decisión.

—Entonces dile al capitán Bahram que mi padre ofrece su vida como garantía de que regresaré con el libro — dijo Conn en tono decidido, si bien en ese momento no tenía ni la menor idea de cómo resolver la tarea que lo aguardaba. Como ya lo había robado una vez, Berengario y Guillaume de Rein vigilarían el libro con veinte ojos. Aparte de que Conn dudaba de que De

Rein respetase el acuerdo y dejase en libertad a Chaya.

Caleb asintió lentamente con la cabeza y empezó a traducir. Bahram no manifestó sus sentimientos, escuchó las palabras del subcomandante con tranquilidad y de vez en cuando echó un vistazo al rollo de pergamino que sostenía en la mano. Una vez que Caleb hubo acabado, contestó y le dijo a Caleb que tradujera todas sus palabras.

—Cuando la judía Chaya me habló de este escrito, al principio no pude dar crédito a sus palabras. Como hombre de ciencia siempre consideré que el arca era una sombra del pasado, una especie de mito... pero ahora sospecho que es

mucho más que eso. Hace mucho tiempo que observo las estrellas. Profetizaron acontecimientos grandes y revolucionarios, pero solo estos días he comprendido de qué hablaban. Por ahora, nadie de esta guarnición conoce la existencia del libro, se la oculté a mi jefe adrede, porque creo que el arca es más importante que otras cosas. Más importante que las personas. Más importante que esta guerra.

—Yo también lo creo —dijo Conn sin vacilar.

—El capitán sabe que tú lo crees así —tradujo Caleb una vez que Bahram hubo contestado—. Por eso está dispuesto a dejarte partir con el libro, si

tu padre garantiza tu regreso.

—Os lo agradezco, señor —dijo Conn, haciendo una profunda reverencia. Cuando volvió a enderezarse, el armenio le tendió la mano derecha y los miró profundamente a los ojos.

—Partirás hoy mismo —dijo Caleb—. Para que no te veas obligado a enfrentarte a tu enemigo vestido con harapos, el capitán te proporcionará una armadura y armas... y rezaré por tu regreso sano y salvo.

—Gracias, señor —dijo Conn y estrechó la mano del hombre que apenas hacía unos momentos había sido su enemigo.

Montes de Nakura, al norte de Acre
23 de mayo de 1099

La figura que cabalgaba a través de las áridas colinas hacia el norte —con el mar a la izquierda y en dirección a las montañas que se extendían entre Acre y Tiro y que, debido a la formación en escalonada eran conocidas como la «escalera de Tiro»— tenía un aspecto extraño.

A primera vista, el jinete podría

haber sido tomado por un *ghulam*, pues, envuelto en su cota de malla con hombreras de cuero, la sobrevesta de un resplandeciente color amarillo y el manto de seda verde oscuro parecía uno de esos guerreros fuertemente armados que formaban parte de todos los ejércitos musulmanes. Sin embargo, al observarlo más de cerca, se notaba que en la punta de su lanza de bambú ondeaba el estandarte de la Cruz.

El emblema era una medida de precaución. Aunque Conn le estaba muy agradecido al capitán Bahram por haberle devuelto sus escasos bienes y haberle proporcionado una armadura, una lanza y una espada, resultaba muy

peligroso llevar la vestimenta del enemigo. No era raro que los caballeros cristianos llevaran armas y equipo pertenecientes a sus adversarios, pero Conn no quería correr el peligro de que lo tomaran por un enemigo por error y que un centinela demasiado entusiasta lo acribillara a flechazos.

Implacablemente, montó al semental árabe que Bahram le había proporcionado en vez de su propio caballo. Los cascos del animal apenas parecían rozar el suelo mientras galopaba a toda velocidad. Conn no sabía exactamente dónde estaba acampado el ejército cruzado; cuando Baldric partió, los guerreros de Cristo

aún se encontraban cerca de Tiro, situado a medio día de distancia a caballo. Seguro que entretanto ya habrían avanzado. Sin embargo, Conn solo se percató de cuán próximos ya se encontraban de Acre cuando condujo a su semental a lo largo de un estrecho y pedregoso sendero hasta la cresta de una colina... y vio las tiendas montadas en el fondo del valle.

¡Cruzados!

Así que la vanguardia del ejército ya había remontado la escalera de Tiro y se disponía a avanzar hacia Acre. El tiempo apremiaba aún más pues, ¿quién podría decir qué sería de Baldric una vez que los cruzados se lanzaran contra

las murallas de la ciudad? ¿Y qué sería de Chaya?

El semental pareció percibir la inquietud de su jinete, pues se encabritó relinchando y se balanceó de un lado al otro al tiempo que Conn procuraba tranquilizarlo y le palmeaba el cuello. Después lo condujo ladera abajo, hacia las tiendas donde lo aguardaba su destino.

—Así que has venido.

Al parecer, Guillaume de Rein sentía cierta admiración mientras contemplaba a Conn de arriba abajo, pero, sobre todo, las palabras del joven barón eran

maliciosas.

—Sí, señor —replicó Conn, y tuvo que hacer un esfuerzo considerable para no abalanzarse sobre su enemigo. Le habían quitado todas sus armas, así que hubiera supuesto un intento bastante inútil, pero la cólera que lo atenazaba al enfrentarse al asesino de Nia era casi insuperable.

—Si he de ser sincero, no lo dudé —dijo Guillaume con fanfarronería y sentado en un taburete artísticamente tallado—. Puesto que Berengario, nuestro amigo común, me informó cuán íntimo es tu vínculo con la judía.

Conn no se dignó mirar al monje, de pie en la parte posterior de la tienda. Si

solo se tratara del abuso de confianza y del robo del libro, puede que Conn lo hubiera perdonado, pero dado que también había puesto en peligro la vida de Chaya, ello ya resultaba completamente imposible.

—¿Dónde está Chaya? —preguntó Conn.

—Quédate tranquilo —aseguró Guillaume en su habitual tono desdeñoso—. Está sana y salva.

—Quiero verla.

—Tú no puedes exigir nada, anglosajón.

—Entonces vos tampoco recibiréis nada —contestó Conn en tono sereno.

Durante un instante el silencio reinó

en la tienda, al tiempo que ambos contrincantes se contemplaban y Guillaume parecía reflexionar si darle muerte allí mismo o un poco después.

—Como quieras, anglosajón — gruñó Guillaume, haciendo un ademán displicente. Dos de sus caballeros, que formaban un semicírculo en torno a Conn, abandonaron la tienda. Solo momentos después regresaron en compañía de una joven.

—¡Chaya!

—¡Conn!

La esperanza que vio brillar en los ojos de ella supuso una compensación por todo. Chaya parecía encontrarse perfectamente. Estaba maniatada pero

por lo visto los esbirros de De Rein no la habían maltratado.

—¿Y bien? —dijo Guillaume—. He cumplido con mi parte del trato. Ahora tú has de cumplir con la tuya.

Chaya no dijo nada, pero con el rabillo del ojo Conn vio que se ponía tensa. Quizá le habían dicho el motivo por el que la habían detenido y entonces pareció comprender que el precio de su libertad sería muy alto.

Conn permaneció inmóvil. ¡Durante cuánto tiempo había aguardado esa oportunidad! ¡Cuánto había ansiado encontrarse frente al hijo de Renaldo de Rein y castigarlo por sus crímenes! Pero aún no había llegado el momento

indicado.

Obligándose a conservar la calma, Conn deslizó la mano bajo el manto y extrajo un estuche bastante similar a aquel en el que antaño Chaya había guardado el libro de Ascalón. Sin embargo, carecía del sello de Salomón, porque en general servía para guardar los mensajes de los mensajeros fatimíes.

—¡Oh, no, Conn! —susurró Chaya, moviendo la cabeza; lágrimas de desesperación surcaban sus mejillas—. ¿Qué has hecho?

—No pude evitarlo —replicó él y le tendió el estuche a Guillaume.

—Berengario —dijo este, y el monje se acercó a Conn, pero sin alzar la vista

y tampoco lo hizo mientras el otro le entregaba el estuche. Se apresuró a abrir la tapa, extrajo el pergamino, lo desenrolló y comenzó a leerlo ante el barón, visiblemente satisfecho.

—¿Y? —preguntó Guillaume con sonrisa triunfal—. ¿Es el texto que te quitaron?

Berengario no contestó en el acto. En cambio leyó unas líneas, se saltó unos párrafos y volvió a desenrollar el libro como si buscara un lugar preciso.

—¿Qué pasa? —preguntó Guillaume, impaciente.

—Es imposible —soltó el monje y se echó a temblar.

—¿Qué es imposible? ¿De qué

hablas?

—¡No... no es el texto correcto! ¡Es una falsificación!

—¿Qué?

Guillaume se puso de pie de un brinco. La sonrisa triunfal se había borrado de su rostro pálido y una ira asesina ardía en su mirada.

—¡Eso no es verdad! —lo contradijo Conn en tono decidido—. ¡Ese es el pergamino que yo os robé!

—No, no lo es —dijo Berengario, sacudiendo la cabeza tonsurada con gesto obstinado y por primera vez se atrevió a mirar a Conn a la cara—. Este escrito es una falsificación, y el pergamino en que fue escrito no tiene

valor.

—Una falsificación —dijo Guillaume, jadeando—. ¡So maldito perro anglosajón! ¿Osas entregarme una falsificación? ¿Creíste que no lo notarías?

—No sé nada de una falsificación —aseveró Conn, retrocediendo en dirección a Chaya. Los esbirros del barón ya habían desenvainado sus espadas, así que ambos estaban rodeados de un círculo de acero.

—Os aseguro que es una falsificación, señor —insistió Berengario—. ¡Este no es el libro que antaño leí, lo juro por mi alma inmortal!

—¡Mientes! —gritó Conn.

—¿Pretendes acusar a un eclesiástico de mentir, cuando encima jura por su alma? —preguntó Guillaume y también desenvainó—. ¡Es la última vez que me incordias, pequeño cretino inútil! ¡Te abriré en canal y les arrojaré tus entrañas a los perros y obligaré a tu novia judía a recorrer el campamento para que todos se diviertan con ella antes de quemarla en la hoguera!

—Puedes hacer lo que quieras conmigo, pero déjala marchar —replicó Conn y rodeó los hombros de Chaya con el brazo para protegerla... si bien sabía que frente a la amenaza, el gesto debía de parecer prácticamente ridículo.

—¡Tú no eres quién para darme

órdenes, campesino anglosajón! Puede que hayas impresionado a ese idiota que decía ser mi padre con tu lamentable nobleza, pero no a mí. ¡Tu novia judía pagará por su descaro, igual que tú!

—¡No! —gritó Conn—. ¡No le harás daño!

Guillaume, de pie ante él y blandiendo la espada, le lanzó una sonrisa malvada.

—¿Acaso pretendes amenazarme?

—No volveré a quedarme quieto y observar cómo asesinas a alguien por segunda vez, Guillaume de Rein.

—¿Por segunda vez? —dijo el otro, arqueando una ceja.

—Se llamaba Nia —soltó Conn—.

La violaste y le hiciste tanto daño que murió a causa de las heridas.

—¿Dónde y cuándo se supone que sucedió?

—En Londres, hace tres años.

Guillaume también arqueó la otra ceja.

—¿Y pretendes que lo recuerde?

—Deberías recordarlo, maldito bastardo —contestó Conn, sabiendo que serían las últimas palabras que pronunciaría en la vida—. Porque era la mujer que amaba y con la cual quería fundar una familia.

—¿De veras? No pareces muy selectivo al escoger a tus mujeres.

Para Conn fue como si el suelo se

hundiera bajo sus pies.

Solo veía los rasgos pálidos enmarcados por los rubios cabellos de su enemigo; este soltó una carcajada burlona y un deseo irrefrenable de acallarla se apoderó de Conn. Quiso abalanzarse sobre él con los puños... y casi se ensarta en su espada desnuda. Que ello no sucediera se debió a Chaya, que lo aferró con todas sus fuerzas y lo detuvo.

—¡No! —gritó mientras Guillaume seguía riendo y Conn procuraba zafarse de sus brazos, enloquecido de furia y de dolor. Entonces de pronto la situación dio un giro.

Se oyó un sonido de telas

desgarradas y la luz diurna penetró en la tienda. No solo Conn y Chaya, también Guillaume y sus hombres se volvieron presa del desconcierto y vieron que varias espadas desnudas cortaban las paredes laterales de la tienda.

Los soldados que lo hacían eran guerreros provenzales. A sus pies yacían los cadáveres de los centinelas de Guillaume, más atrás acechaban otros guerreros armados hasta los dientes, tanto a pie como a caballo y parecían haber rodeado la tienda.

—¿Qué diablos significa esto? —gritó el barón—. ¿Os habéis vuelto locos?

Algunos jinetes abandonaron el

cordón y condujeron sus animales hasta la tienda. Su jefe era un hombre cuyo rostro le resultó remotamente conocido a Conn. Era de estatura mediana, llevaba los cabellos cortos, una sobrevesta acolchada y un manto.

—Os lo diré, Guillaume de Rein — dijo el desconocido—. Soy Hugo, conde de Monteil... ¡y os acuso del asesinato de mi hermano Adhemar!

Si un rayo hubiese caído sobre los secos arbustos que rodeaban el campamento y los hubiera encendido, la reacción no podría haber sido más violenta. Guillaume de Rein palideció y ello volvió su rostro ya de por sí ceniciento en una máscara casi grotesca,

al tiempo que sus seguidores manifestaban su indignación a gritos, desenvainaban y con el fin de protegerlo, rodeaban a su líder cuyo rostro poco a poco recuperaba cierto color.

—¡Lo que afirmáis, *monsieur*, es inaudito y carece de fundamento!

Hugo de Monteil —entonces Conn comprendió por qué su rostro le resultaba familiar— refrenó su caballo.

—Existen pruebas que reafirman mis sospechas. Serán presentadas ante el concejo de nobles.

—¿Queréis llevarme ante un tribunal? —preguntó Guillaume, desorbitado—. ¿A mí, un barón de

aristocrática sangre normanda?

—No es al barón al que quiero pedirle cuentas sino al asesino.

—Bonitas palabras. ¿Y dónde están esas pruebas con las que os llenáis la boca? ¿Acaso disponéis de un testigo que haya visto como yo apuñalaba a vuestro apreciado hermano?

El conde de Monteil hizo una mueca de asco, pero para sorpresa de Conn, no replicó y en cambio le lanzó una mirada disimulada a Berengario y —al menos eso parecía— buscando su ayuda; de momento, este se había mantenido en un segundo plano. Y entonces, como un proyectil, la mirada del monje se clavó en Conn.

—Muy bien —dijo Hugo y asintió con aire tranquilo—. Aunque no puedo demostrar que vos, Guillaume, asesinasteis a mi hermano con vuestra propia mano...

—Vaya —se burló el acusado.

—... conozco un testigo que puede jurar ante Dios y ante todo el mundo que no sois un hombre de honor y que no retrocedéis ante ningún crimen, por más infame que sea, con el fin de aumentar vuestro poder y vuestra influencia. ¿Verdad, Conwulf?

Conn se quedó de piedra.

Solo entonces comprendió lo que significaba todo aquello y que por lo visto Guillaume de Rein no había sido el

único que había puesto un cebo y montado una trampa. Hugo de Monteil también quería venganza y Conn sería su instrumento.

Conn no sabía cómo el conde había averiguado los acontecimientos de Londres, pero la insinuación había sido demasiado evidente como para que pudiese significar algo distinto. Lo había averiguado de algún modo y parecía que Berengario al menos había jugado cierto papel en ello, si bien Conn no tenía ni idea de cómo...

—¿Tú, una vez más? —dijo Guillaume y le lanzó una mirada de desprecio—. ¿Qué tienes que decir, anglosajón? ¿Qué, que no te

desenmascare ante todo el mundo como un mentiroso?

—Hablad, Conwulf —lo invitó Hugo de Monteil—. Sed honesto y sincero y no tendréis nada que temer.

Atónito, Conn los contempló a ambos y entonces comprendió que ese era el instante que había esperado durante tres largos años.

El instante de la verdad.

Se soltó de los brazos de Chaya con el corazón en un puño y dio un paso hacia delante, con el fin de recalcar que ella no tenía nada que ver con lo que ocurriría a continuación.

—Fue hace tres años —comenzó, y sus palabras le sonaron tan extrañas que

fue como si las pronunciara un desconocido—. Amaba a una joven, una sierva galesa que ese hombre —dijo, señalando a De Rein— violó con tanta brutalidad que ella murió entre mis brazos.

»Entonces juré vengarme y me introduje subrepticamente en la Torre de Londres con el firme propósito de matarlo esa misma noche. Pero lo que averigüé allí lo cambió todo.

Guillaume dio un respingo.

—¿Y qué averiguasteis, Conwulf?

—Quiso saber el conde Hugo.

—Oí cómo alguien urdía un plan cobarde, un alevoso complot cuyo objetivo consistía en asesinar al duque

de Normandía y así volver a reunir los territorios que le había empeñado a su hermano, el rey Guillermo de Inglaterra, bajo su corona. ¡Y el hombre que se ofreció voluntario para llevar a cabo el golpe mortal contra el duque de Normandía no fue ningún otro que Guillaume de Rein!

—¡No es verdad! ¡Ni una sola palabra es verdad!

Aunque Guillaume chilló como un loco y negó lo que Conn había declarado con suma violencia, las palabras habían sido pronunciadas y surtieron efecto. No solo los caballeros y los soldados del conde Hugo, incluso los hombres de Guillaume intercambiaron miradas

atónitas y consternadas y manifestaron su desaprobación a viva voz. Ser acusado de un intento de asesinato ya resultaba bastante deshonroso; ser acusado de querer asesinar a un duque —que encima era un hermano cruzado— por el infame anhelo de obtener ganancias provocó un alboroto.

—¡Eres un miserable mentiroso! —gritó Guillaume con el rostro rojo de ira, y alzó la espada para clavársela a Conn—. ¡Te cerraré tu boca mentirosa para siempre!

Chaya soltó un grito de espanto y puede que el cintarazo hubiera alcanzado a Conn si este no hubiese retrocedido con rapidez. Pero perdió el

equilibrio y cayó y Guillaume se abalanzó sobre él en el acto; trató de clavarle la espada en el pecho, pero de pronto el conde De Monteil se interpuso entre ambos y cuando la espada cayó solo fue a dar contra el escudo de Hugo. Guillaume no pudo asestar otro golpe: los arqueros dieron un paso adelante y los mantuvieron a raya a él y a su gente.

—¡Esto es indignante! ¡No existe ni un solo indicio de lo que ha dicho ese calumnioso campesino!

—Disponemos de su declaración, presentada ante docenas de testigos — dijo el conde De Monteil.

—Y tenéis la mía. ¡Y yo digo que el anglosajón Conwulf es un ladrón y un

mentiroso!

—Entonces se trata de una declaración contra la otra —resumió el conde, que parecía haber contado con dicho reparo—. Llevaremos el asunto ante el concejo de los nobles, pero todos sabemos la decisión que tomarán los nobles eclesiásticos en un caso como este.

—Una ordalía —gritó alguien.

—Un combate con espada a vida o muerte.

—¿Estáis dispuesto a enfrentaros a semejante sentencia, Conwulf? —dijo Hugo, dirigiéndose a Conn.

Este todavía estaba acurrucado en el suelo, Chaya había corrido hacia él y lo

aferraba como alguien a punto de ahogarse, al tiempo que él trataba de comprender el desarrollo de los acontecimientos. Hacía un instante creía estar en poder de Guillaume y entonces le ofrecían la oportunidad de batirse en duelo con él.

Presa de la angustia, recordó lo que antaño Bertrand le había dicho acerca del talento de Guillaume para manejar la espada y a ello se añadía que aún estaba débil debido al maltrato recibido durante su cautiverio. Pero si le ofrecían la oportunidad de vengarse de tan buena gana debía aceptarla, sobre todo porque ya no tenía nada que perder.

—Estoy dispuesto —declaró en tono

firme. A su lado, Chaya se sobresaltó pero no dijo ni una palabra.

—Puede que él esté dispuesto —dijo Guillaume, sacudiendo la cabeza—. Yo no lo estoy. ¿Desde cuándo un noble se ve obligado a enfrentarse a un campesino cualquiera?

—Conwulf no es un campesino, *monsieur* —le recordó Hugo—. Es el legítimo hijo adoptivo de Baldric, un caballero normando...

—... que cayó en desgracia tanto ante su padre como ante su señor y perdió su título y su nombre —dijo Guillaume en tono burlón—. ¿Pretendéis que me enfrente a semejante don nadie?

—Además —prosiguió Hugo sin

inmutarse—, Conwulf es un honorable guerrero de Pedro y ha sido ascendido a la nobleza conforme a derecho por mi hermano, el obispo de Le Puy, poco antes de su muerte.

—¡Mentís!

—Un medallón con el símbolo del laberinto, dividido por la Cruz de Cristo es el distintivo de los Elegidos. ¿Tendríais la amabilidad de mostrarle dicho distintivo al barón, Conwulf?

Conn deslizó las manos trémulas por debajo de la armadura y la túnica y extrajo el cordón de cuero y el medallón. Todas las miradas se clavaron en este y entonces, una vez que el conde De Monteil hubo demostrado la verdad

de sus palabras de un modo tan impresionante, Guillaume de Rein ya no pudo rehuir su responsabilidad.

Ambos contrincantes se enfrentarían y solo uno de los dos abandonaría el lugar de combate con vida.

Hablaría la verdad, vencería.

El mentiroso se desangraría en la arena.

Ese era el juicio de Dios.

*Campamento de los cruzados, Nakura
Madrugada del 24 de mayo*

La tienda que le habían adjudicado a Conn se encontraba un poco más allá del

campamento. Le habían llevado comida y bebida y también un cuenco de agua para que pudiera asearse, pero al mismo tiempo también le dieron a entender que no debía abandonar la tienda antes de la madrugada. Estaba vigilada por centinelas del séquito de Hugo de Monteil, y Conn ignoraba si se encontraban allí para protegerlo o para impedir que se alejara sin permiso.

Y en consecuencia no se había enterado de nada de lo ocurrido en el campamento durante aquel día. No sabía si el concejo de nobles tenía conocimiento de la tremenda acusación ni cómo había reaccionado el duque Roberto al respecto. Y tampoco se hacía

ilusiones: ni sobre los motivos del conde Hugo a quien —pese a actuar como su patrocinador— lo único que le importaba era vengar la muerte de su hermano de un modo cómodo y que no le resultara peligroso, y tampoco sobre el probable resultado del combate.

Mientras que Guillaume de Rein era el vástago de un caballero normando y había aprendido a manejar la espada desde niño, Conn solo aprendió a blandirla bastante tarde. Y con respecto a su destreza como jinete, tampoco cabía duda de que era muy inferior a su adversario. Casi con nostalgia, Conn recordó las clases que le había dado Baldric, antaño, en el campamento de

invierno de Calabria. Su padre adoptivo le había inculcado que reemplazara su falta de experiencia con la velocidad y Conn siempre se había atendido a ello. Sin embargo, su capacidad de reacción se veía afectada por la tortura y el cautiverio, de manera que no estaba seguro en qué medida podía confiar en dicho talento. Conn solo podía confiar en que el Señor estuviera a su lado, de lo contrario estaba perdido.

—¿Conwulf?

Cuando la voz lo arrancó de sus meditaciones estaba arrodillado en el suelo de la tienda con las manos plegadas sobre el pecho. Había querido elevar sus plegarias para pedirle ayuda

al Todopoderoso, pero se había distraído una y otra vez.

—¿Sí? —dijo, poniéndose de pie.

La lona de la entrada se apartó y un hombre flaco entró en la tienda envuelto en un manto y una capucha que ocultaba su rostro.

—¿Quién sois? —Quiso saber Conn; entonces el otro se quitó la capucha y se enderezó.

El semblante del desconocido parecía aristocrático, no tenía cabellos largos y de color rojo como en el caso de Rufo sino rubios y cortados al estilo normando; además, no era tan pálido, pero no cabía duda de que existía un cierto parecido entre el rey de Inglaterra

y el recién llegado.

—¿Sabes quién soy?

—Sí, señor —dijo Conn, haciendo una reverencia—. Sois Roberto, duque de Normandía.

—Sí, ese soy... si bien hace tres años que no me hago cargo de mis deberes como soberano y he emprendido esta gran osadía en la que todos participamos —dijo y contempló a Conn con atención—. ¿Es verdad lo que afirmas? ¿Que mi hermano desea mi muerte?

—Sí, señor.

Una sonrisa dolorosa crispó el rostro de Roberto.

—En realidad, debería descartar

semejante afirmación como una mentira descarada y hacerte cortar la lengua por proferirla. No obstante, la verdad es que no puedo confiar en mi hermano. Sé que envidia mis posesiones y mi gobierno, que nuestro padre me donó pese a todas nuestras rencillas, y lo conozco lo bastante bien como para saber que es perfectamente capaz de encargarle a alguien un cobarde asesinato a traición. Por eso, en este combate estoy de tu parte, Conwulf.

—Os lo agradezco, señor.

—Como miembro del concejo de los nobles debo mostrarme oficialmente neutral hasta que el Juez Supremo dicte Su sentencia... pero en privado quiero

decirte que mis buenos deseos te acompañan. Si sales victorioso y demuestras la veracidad de tus palabras, te mostraré mi reconocimiento.

—Gracias, señor —volvió a decir a Conn.

—¿Dispones de una armadura?

—Sí, señor —dijo Conn e indicó la armadura de estilo oriental que aún llevaba.

—¿Y también de una espada?

Conn volvió a decir que sí y desenvainó la cimitarra.

—¿Estás acostumbrado a blandir una cimitarra? —preguntó Roberto.

—No, señor —confesó Conn.

—El peso de una cimitarra está

distribuido de un modo distinto al de nuestras espadas —le explicó el duque—. En las manos de un guerrero experimentado es un arma muy peligrosa, rápida y temible, pero para aquel que no sabe manejarla supone una desventaja considerable, sobre todo porque es de un solo filo.

Con gesto decidido, el duque desenvainó su propio espadón cuya hoja estaba mellada pero que era de excelente acero.

—Toma —dijo, tendiéndole el arma con la empuñadura hacia delante—. Quien lucha por la verdad debe entrar en combate bien equipado.

Conn solo titubeó un instante, luego

cogió el arma. Era más liviana que cualquier otra arma que hubiera blandido alguna vez; el guardanudillos era ligeramente curvo y la empuñadura en forma de semiesfera equilibraba toda el arma perfectamente. Conn dio un par de cintarazos en el aire y el espadón encajaba tan bien en su mano derecha que era como si jamás hubiera tenido otro dueño.

—Os lo agradezco, señor —volvió a decir e hizo una reverencia.

Roberto se limitó a asentir con la cabeza y también se quitó el cinto con la vaina y se lo tendió a Conn. Después volvió a cubrirse la cabeza con la capucha y abandonó la tienda.

Conn se quedó solo con los pensamientos, temores e inquietudes que lo martirizaban. Apoyado en la espada del duque, volvió a ponerse de rodillas para rezar.

*Montañas de Nakura**Mañana del 24 de mayo de 1099*

El lugar escogido como escenario del combate era una hondonada que descendía hacia el sur, pero que al norte estaba bordeada de rocas escalonadas y formaba una especie de anfiteatro natural.

Dado que tanto el rumor del complot para asesinar al duque Roberto como la noticia del duelo inminente circuló a

gran velocidad, habían acudido innumerables curiosos que querían estar presentes durante la ordalía; se habían reunido no solo en torno al lugar del combate, sino también en los alrededores rocosos. En ambos extremos del anfiteatro habían montado dos tiendas en las que ambos contendientes podían prepararse para el duelo sin ser molestados. Por encima de la tienda de Guillaume ondeaba el estandarte de la familia De Rein y también el de su madre, además de los estandartes de numerosos nobles normandos y provenzales amigos, que querían demostrarle su apoyo y manifestar que creían en su inocencia.

En el otro extremo, Hugo de Monteil insistió en hacer ondear su estandarte por encima de la tienda de Conn, quien no disponía de sus propios colores.

El redoble guerrero de los tambores, que sonaban con un ritmo tosco y lento, penetró en el interior de la tienda e informó a Conn que había llegado el momento decisivo.

Mientras que en torno a la tienda de Guillaume de Rein pululaba un sinnúmero de almas serviciales, Conn estaba a solas en la suya. Hugo de Monteil le había ofrecido el servicio de sus donceles, pero Conn había rechazado su oferta. Le desagradaba la idea de ser la prolongación del brazo

armado de alguien: estaba allí para cobrarse su propia venganza, para poner fin a lo iniciado aquella lluviosa noche de mayo de hacía casi exactamente tres años. En ese momento todo parecía confluír: el pasado y el presente, cada uno de los juramentos prestados por Conn, todos los esfuerzos que había realizado... La justicia, la venganza y la redención: en esa mañana todo ello estaba inseparablemente vinculado.

Los preparativos habían acabado.

Conn se había puesto la cota de malla y la coraza de cuero, por encima llevaba la sobrevesta de un brillante color amarillo que Bahram le había proporcionado. Dado que, a diferencia

de la de los normandos, la armadura oriental no disponía de aberturas laterales que permitían llevar el sable por debajo para poder desenvainarlo con facilidad, Conn se había colocado el tahalí por encima y, una vez armado, se arrodilló, inclinó la cabeza y se persignó.

Conn nunca había aprendido a rezar, pero había observado a Baldric durante sus oraciones y Berengario le había enseñado que una plegaria era algo bastante más que una mera fórmula: era un diálogo con Dios que podía ser una alabanza, un lamento o una súplica. En el caso de Conn era un poco de todo ello: por más agradecido que estuviera

por que su camino lo hubiera conducido hasta allí, también sentía que no le quedaba más remedio que enfrentarse al dolor del pasado y, con toda humildad, suplicó la ayuda del Altísimo en el combate inminente.

Había llegado el día en el que podía castigar al asesino de Nia. Conn sabía que sus posibilidades de derrotar a Guillaume de Rein eran escasas, pero también que combatía por la verdad y por la libertad de Chaya, y saberlo le proporcionó más valor y fuerza de lo que él mismo hubiese creído posible. Rogó al Señor que lo convirtiera en el instrumento de la justicia, volvió a persignarse y se puso de pie. Entretanto,

los redobles de tambor se habían vuelto más sonoros y también el murmullo de cientos de voces. Conn inspiró y espiró profundamente. La idea de que el duque de Normandía estuviera de su parte lo tranquilizó un poco, si bien tenía claro que allí fuera, en el lugar de combate, nadie le ayudaría. Tenía que enfrentarse a Guillaume de Rein a solas y estaba dispuesto a darlo todo.

Por Nia.

Por Baldric.

Y por Chaya.

Entonces sonó un cuerno, Conn cogió el yelmo, se lo puso y se ajustó la correa bajo el mentón. Después cogió el escudo, que era redondo, ligeramente

convexo y provisto de una joroba metálica central.

Finalmente, Conn abandonó la tienda.

Era temprano por la mañana y el aire aún estaba fresco. Los primeros rayos del sol que iluminaban el anfiteatro desde el este eran deslumbrantes, de modo que Conn tardó un momento en acostumbrarse a la claridad y solo entonces se percató de la multitud reunida en torno al anfiteatro.

Era increíblemente numerosa y estaba formada no solo por soldados, donceles y mozos de cuadra, que ansiaban un espectáculo, sino también por muchos nobles y príncipes. Incluso

estaban presentes algunos miembros del concejo, entre ellos el duque Roberto, su primo flamenco del mismo nombre y el normando Tancredo, que presenciaban el combate junto con sus caballeros y vasallos y que querían averiguar si realmente existía un complot de asesinato que se extendía hasta las más altas esferas. Pero Conn solo buscó a Chaya con la mirada y suspiró aliviado al verla entre el séquito del conde Hugo, que la había tomado bajo su protección hasta el final del combate.

Conn encontró consuelo en la dulce mirada de sus ojos oscuros, y durante un instante fue como si el anfiteatro dejara de existir y también los curiosos y el

adversario dispuesto a darle muerte. Ambos se encontraron pese a la distancia y durante un momento fueron uno solo.

Con una confianza que él mismo no sentía la saludó con la cabeza, luego dio unos pasos hacia delante. Un mozo sostenía la lanza de bambú, otro las riendas del semental árabe. Observado por los curiosos, Conn montó, cogió la lanza y solo entonces dirigió la vista al extremo opuesto del anfiteatro, donde Guillaume de Rein había montado su caballo de batalla, bastante más fornido que el nervudo corcel árabe y cuyo cuello y morro estaban protegidos por un tejido de malla.

Y su jinete también ofrecía un aspecto intimidante.

Encima de la cota de malla Guillaume llevaba una coraza de escamas de metal provista de espinas en los hombros. Una gola metálica protegía el cuello y la nuca y, además de la visera, el yelmo disponía de un anillo de cuero que también resguardaba la cabeza. El escudo de Guillaume era tan largo que no solo le protegía el flanco sino también la pierna izquierda y su lanza estaba rematada por una punta de aspecto mortífero.

Conn trató de disimular su inquietud cada vez mayor; Baldric nunca le había enseñado a luchar con una lanza y su

única oportunidad consistía en poner fin al combate a caballo lo antes posible y después recordar lo que su padre adoptivo le había enseñado... y confiar en que fuera suficiente.

Los redobles de tambor cesaron y, una vez más, un portavoz del concejo proclamó el origen y el motivo del combate. Le siguió un sacerdote que rogó la ayuda de Dios durante el establecimiento de la verdad y también la bendición para ambos contrincantes.

Conn no prestó atención a ninguno de los dos. Solo al hombre que se enfrentaba a él al otro lado del anfiteatro y con el que en breves instantes se mediría en una lucha a muerte.

Guillaume de Rein.

¡Cuántas veces Conn había repetido ese nombre para sus adentros, con ira, con tristeza, con un odio casi ilimitado! Dentro de un momento el destino de ambos quedaría sellado.

Entonces volvió a sonar un cuerno y los mozos abandonaron el campo de batalla, el murmullo de la multitud se apagó y un silencio pesado y opresivo se cernió sobre la hondonada en la que solo se oían los relinchos de los caballos... y el golpe de los cascos.

El caballo armado de Guillaume dio un respingo cuando este lo espoleó y se lanzó hacia delante al galope. Conn tardó un momento en controlar su

inquieto corcel y entonces él también galopó hacia su adversario.

Dado que Conn carecía de experiencia en el manejo de la lanza, optó por imitar a Guillaume quien, lanza en ristre, se lanzó contra su enemigo con el fin de concentrar toda la violencia del ataque en un único punto. Conn vio cómo la punta de la lanza volaba hacia él y alzó el escudo para protegerse el cuerpo, al tiempo que intentaba dirigir su propia lanza hacia el objetivo.

Un instante después ambos contrincantes se alcanzaron. El asta de bambú se hizo trizas contra el escudo de Guillaume y Conn ya creía que la lanza del enemigo lo perforaría, pero un

momento después Guillaume ya había pasado a su lado y un murmullo recorrió la multitud. El corcel de Conn siguió trotando y Conn casi creyó que, milagrosamente, había superado el primer encontronazo... cuando notó que su caballo avanzaba cada vez más despacio.

El magnífico animal dio tres o cuatro pasos más y después se desplomó soltando un relincho. Conn, que no había contado con ello, cayó de la silla y aterrizó en el suelo arenoso. Le dolían todas las articulaciones, pero se dio la vuelta y logró ponerse de pie. Solo entonces vio lo que había ocurrido.

El semental árabe estaba tendido en

el polvo y la punta rota de la lanza de Guillaume surgía de su pecho, pues el normando se la había clavado adrede. Al parecer no solo quería derrotar a Conn: quería triunfar sobre él, humillarlo ante todos y así desproveerlo de su credibilidad antes de aniquilarlo.

El golpe de cascos y un nuevo murmullo de la multitud hicieron que Conn se volviera: su enemigo arremetía de nuevo contra él. Había arrojado a un lado lo que quedaba de la lanza y desenvainado la espada; la blandía de costado para decapitar a Conn. Este alzó el escudo. Aunque el metálico escudo oriental era más liviano que el de madera del normando, era más

resistente. Bajo el tremendo cintarazo al que Guillaume aplicó toda la violencia del ataque, el escudo de Conn se deformó. La espada no perforó el delgado metal, pero el choque fue tan violento que derribó a Conn y volvió a encontrarse tendido en el polvo.

Otro murmullo recorrió la multitud, gritos de espanto se mezclaron con gritos de entusiasmo... y Guillaume volvió al ataque.

A Conn le zumbaban los oídos; sabía que debía permanecer en movimiento si no quería que lo despedazaran, así que se apoyó en las piernas con voluntad férrea y alzó el escudo con ambas manos. El caballo de batalla se acercó

pesadamente y Conn procuró evitar que sus cascos lo aplastaran. Entonces Guillaume le asestó otro brutal cintarazo que Conn logró esquivar, pero no del todo. La espada golpeó su hombro izquierdo y atravesó el cuero, pero no la cota de malla.

Conn oyó el grito de decepción de Guillaume que, con un movimiento diestro, hizo girar a su caballo sobre las patas traseras y volvió a lanzarse al ataque.

Y esa vez Conn no pudo alzar el escudo a tiempo.

El cintarazo golpeó su yelmo, los espectadores soltaron un grito, en parte debido al espanto, en parte a la

satisfacción, cuando Conn rodó por tierra. La sangre manaba de sus sienes y le cubría la cara, de modo que al parecer su contrincante le había asestado un golpe mortal, pero el golpe solo hizo que el borde del yelmo se le clavara en el cuero cabelludo, así que la hemorragia era considerable pero no mortal.

Arrodillado en el suelo, Conn se aflojó la correa, se quitó el yelmo y se secó la sangre con la manga de la sobrevesta. La desesperación se adueñó de él y, por primera vez desde el inicio del combate, lo invadió el temor. La sospecha que De Rein lo superaba con creces se había convertido en una

terrible certeza. Ese día no vencería la verdad sino la mentira, y no había nada que Conn pudiese hacer para evitarlo.

Obedeciendo a un impulso, alzó la mirada y la dirigió hacia donde sabía que se encontraba Chaya. La descubrió entre la multitud y vio su rostro aterrado... y una vez más, la voluntad de sobrevivir se abrió paso en su espíritu.

Se puso de pie de un brinco y justo a tiempo, pues Guillaume volvía a acercarse al galope.

Otro duro golpe contra el escudo que hizo temblar la dolorida articulación de la muñeca de Conn. Y encima el metal—que no estaba destinado a soportar semejantes cintarazos— empezó a

resquebrajarse. Guillaume hizo girar su relinchante caballo y volvió a atacar. Conn, que ya no llevaba el yelmo, se agachó, y la hoja no le partió el cráneo por un pelo. Conn se apresuró a restregarse la sangre que no dejaba de cubrirle los ojos y la cara. Sabía que debía emprender algo, de lo contrario estaría muerto en breves instantes y Guillaume habría triunfado.

«¡El caballo, Conwulf! ¡El caballo!».

Conn no sabía de dónde provenía la voz que creyó oír, pero entró en acción. Junto a él, en la arena, reposaba un trozo de su lanza de dos yardas de largo y que aún disponía de la punta. Conn lo

recogió y aguardó hasta que Guillaume volviera a atacar.

Su enemigo giraba en torno a él montado en su caballo, acechando como un carroñero con el fin de demostrarle su superioridad a todos los espectadores. Cuanto más inequívoca pareciera su victoria, tanto más inequívoca sería la absolución proporcionada por la ordalía. Solo después de que los gritos de sus seguidores —que entretanto se apiñaban detrás de su tienda— lo animaron a atacar, Guillaume se dispuso a poner fin al combate.

Al son atronador de los cascos de su caballo, galopó hasta el centro del

anfiteatro donde Conn lo aguardaba de pie, con el trozo de lanza en una mano apuntando hacia abajo y el escudo en la otra.

Todo ocurrió en escasos instantes.

Guillaume se acercó al galope tendido y Conn lo esperaba apoyado en la pierna derecha, como si tuviera la intención de enfrentarse a su adversario con el trozo de lanza... una pretensión que debía de parecer tan ridícula como desesperada, pero que indujo a Guillaume a conducir su caballo en esa dirección. Solo en el último momento, cuando su enemigo ya casi le había dado alcance, Conn se apoyó en la otra pierna... y al tiempo que se dejaba caer

hacia la izquierda clavó el trozo de lanza en el suelo con todas sus fuerzas.

Los acontecimientos se precipitaron.

El caballo de batalla de Guillaume, cuya armadura Conn jamás podría haber esperado perforar, siguió su instinto natural y se espantó ante el inesperado obstáculo. Se encabritó soltando un relincho... y Conn, que ya volvía a estar de pie, pasó al contraataque.

Gritando como un demente y alzando el abollado escudo, se abalanzó contra el caballo encabritado, que relinchaba presa del pánico y se balanceaba a un lado, al tiempo que su jinete procuraba mantenerse en la silla. Pero al tratar de esquivar a Conn, el caballo de

Guillaume chocó contra el cadáver del corcel árabe, perdió el equilibrio y, pataleando, rodó por el suelo y, al igual que antes Conn, Guillaume cayó de la silla.

Cayó hacia la izquierda, sobre el brazo que sostenía el escudo. El golpe fue tan violento que la parte inferior del escudo se rompió, pero el correaje impidió que Guillaume lograra zafarse y entonces, cuando su brazo se retorció y se quebró a la altura del hombro, soltó un terrible alarido.

Su caballo se había dado la vuelta en el suelo y hacía un buen rato que volvía a estar apoyado en las cuatro patas, pero Guillaume se encontraba

tendido en el suelo de espaldas. Se retorció de un lado al otro, lloriqueando y tratando de alzar la espada que aún aferraba... pero Conn ya se inclinaba por encima de él.

Sus miradas se encontraron y por primera vez Conn pudo mirarlo profundamente a los ojos. Vio el desconcierto, el temor y el aborrecimiento y luego —durante un momento— el cuerpo cubierto de heridas y moratones de Nia... y bajó la espada.

La punta penetró entre las escamas metálicas de la coraza. La cota de malla ofreció una breve resistencia y entonces el acero se clavó profundamente en el

pecho de Guillaume y le atravesó el corazón. El normando soltó un alarido, y alguien entre las hileras de los espectadores lo repitió.

—¡Madre...!

El rostro de Guillaume se crispó de dolor y de espanto al tiempo que procuraba respirar con el duro acero clavado en el pecho. Miró en torno con desesperación y dirigió la mirada a las hileras de espectadores mientras las lágrimas brotaban de sus ojos y parecían apagar el gélido fuego que ardía en ellos.

—Me duele —gimió, impotente—, me duele mucho...

—Eso es por Nia —susurró Conn.

Guillaume resolló, un chorro de sangre brotó de sus labios al tiempo que sus seguidores echaban a correr a través del campo para prestarle ayuda. Pero cuando lo alcanzaron ya estaba muerto.

Conn permanecía junto a su derrotado enemigo respirando entrecortadamente... pero no sintió el menor triunfo. Con una mueca de asco, cogió la espada y la arrancó del pecho de Guillaume, presa de una sensación de espantoso vacío.

Alzó la vista hacia las rocas, vio rostros sorprendidos y otros horrorizados que revelaban que el combate había acabado de un modo diferente al previsto. Conn soltó un

suspiro de alivio cuando descubrió a Chaya en medio de la multitud atónita.

De pronto todo volvía a cobrar sentido.

Guillaume de Rein estaba muerto.

La muerte de Nia había sido vengada.

Y Chaya estaba libre.

Tambaleándose debido al agotamiento, se puso en movimiento y se dirigió al anfiteatro de rocas desde la cual los nobles y los príncipes habían presenciado el combate, seguido por la mirada incrédula de la multitud aún silenciosa. Hasta que Conn se detuvo y alzó la ensangrentada espada.

—¿Basta con esto para demostrar la

verdad? —gritó tan fuerte que las rocas devolvieron el eco.

El primero en contestar fue el duque Roberto.

—Luchasteis con el valor de un águila y el corazón de un león, Conwulf. Dios estaba de vuestro lado y ha dictado sentencia... ¿ahora quién estaría dispuesto a dudar de que dijisteis la verdad?

Nadie lo contradijo, tampoco ninguno de los nobles. Los caballeros que formaban parte de los seguidores de Guillaume o que eran miembros de la Hermandad aún se esforzaban por comprender lo ocurrido. Incrédulos, mantenían la vista clavada en el cuerpo

manchado de sangre de su líder, tendido en el suelo sin vida.

—Yo y cuantos se han sometido a la sentencia de esta ordalía, han de considerar que queda demostrado que Guillaume de Rein planeaba asesinarme por encargo de mi hermano. En agradecimiento, reconozco el fiel servicio que me habéis hecho acabando con la vida del asesino contratado. Su cadáver ha de ser quemado y su nombre borrado de las actas... pero vos, que habéis hecho que venza la verdad, de aquí en adelante ocuparéis un puesto fijo entre mis caballeros.

—¡Pero, *sire!* —exclamó uno de los nobles normandos—. ¡Os ruego que

tenzáis en cuenta que es un anglosajón, y encima uno sin nombre ni feudo!

—¿Y? ¿Acaso no he de recompensar a un guerrero que salvó mi vida y conservó mi poder, solo porque su origen os desagrada, Lanfranc? —El duque meneó la cabeza—. Puede que el obispo Adhemar os haya nombrado caballero —prosiguió dirigiéndose a Conn—. ¡Pero solo hoy, en este campo de batalla, os habéis convertido en uno, Conwulf de Nakura!

El lecho que le habían adjudicado era blando; no obstante, Conn tenía la sensación de que le dolían cada uno de

los músculos y los huesos del cuerpo.

El combate había hecho estragos en él. El brazo con el que sostenía el escudo y su torso estaban cubiertos de moratones, por no hablar de los cortes en la frente y las sienes. Y Conn estaba cansado, infinitamente cansado.

Sin embargo, hubiera cabalgado de regreso a Acre ese mismo día para acompañar a Chaya y negociar el rescate de Baldric. Pero el duque Roberto había insistido en que al menos descansara una noche y dejara que le curaran las heridas, y Conn no tuvo fuerzas para oponerse.

Permanecía tendido en su tienda en silencio, con la vista clavada en el techo

circular y acabado en punta. Como cualquier movimiento resultaba doloroso, procuraba permanecer inmóvil y escuchaba el rumor de la brisa cálida que soplaba desde el este y agitaba las lonas de la tienda a través de las que se traslucía la luz de las hogueras circundantes.

Los ojos se le debieron de haber cerrado durante unos momentos porque cuando volvió a abrirlos ya no estaba solo.

Ante él había una figura delgada de la cual solo veía la silueta en medio de la penumbra. Se asustó, se incorporó bruscamente y casi soltó un grito de dolor. Pero entonces reconoció a Chaya.

No había vuelto a verla desde el combate. El duque y su gente lo habían acaparado e interrogado acerca de todo lo que sabía sobre el complot de asesinato, pues entonces, una vez demostrada la veracidad de sus palabras, le daban el más absoluto crédito. Pero no se había encontrado con Chaya. Hasta ese momento no hubiera podido decirle cuánto lamentaba lo ocurrido ni lo que sentía por ella...

—Chaya, me alegro tanto de que tú...

Ella no dejó que acabara la frase, sino que le apoyó un dedo en la boca y le indicó que callara. Después se quitó la hebilla que sostenía su oscura

cabellera y se desprendió del vestido de algodón. Conn se quedó boquiabierto.

A contraluz del brillo de las hogueras vio cómo sus manos delgadas levantaban el vestido y se lo quitaban por encima de la cabeza; el gesto la despeinó y a Conn le pareció aún más bella. Entonces comprendió por qué había acudido, pero la idea de estar con una mujer en su estado, más que excitarlo lo asustaba.

—Chaya —dijo—, yo...

Pero ella ya se había quitado la camisa, se inclinó hacia él, apartó la manta bajo la cual estaba tan desnudo como ella y sonrió al ver que su virilidad se encontraba en un estado tan

débil como él mismo. Entonces se tendió a su lado bajo la manta y se acurrucó a su lado.

Luego lo abrazó con la suavidad de la tibia brisa del desierto.

Acre

Al día siguiente

Aunque apenas tuvo oportunidad de reponerse de las consecuencias del combate, Conn abandonó el campamento de los cruzados a la mañana siguiente.

El tiempo apremiaba, pues incluso antes del día decisivo los guerreros de Cristo abandonaron las montañas y emprendieron camino al sur. Dado que a juzgar por ello parecía que su intención

era asediar Acre para obtener una salida al mar, Conn debía darse mucha prisa si quería liberar a su padre adoptivo de las manos de los musulmanes.

No temía por la seguridad de Baldric, porque el capitán Bahram le había dado su palabra y Conn estaba persuadido de que el oficial era un hombre honorable, pero ¿quién sabe lo que le ocurriría a un prisionero cristiano si los suyos atacaban la ciudad?

Cuando él y Chaya llegaron a Acre reinaba un gran alboroto en la guarnición. Los espías de los fatimíes habían informado acerca del avance del ejército cruzado y los preparativos para la defensa de la ciudad habían sido

reforzados. Montaron techos de madera cubiertos de piel de animal por encima de los adarves con el fin de proteger a los defensores de las flechas de los atacantes; revistieron las murallas exteriores con grandes sacos llenos de ramas y paja destinados a evitar que los proyectiles de las catapultas las dañaran. En las calles reinaba un ruidoso bullicio: carros que transportaban leña, piedras y otros materiales de construcción se apiñaban unos contra otros. Si realmente se producía una lucha por Acre, esta se convertiría en un combate sin cuartel, y en su fuero interno Conn sintió que estaba harto de combatir.

Tras la muerte de Guillaume de Rein algo se había apagado, una llama que hasta entonces no había dejado de alimentar. El fin de su enemigo no le producía satisfacción ni alegría, pero el motivo por el cual había emprendido todos esos esfuerzos y por el que había seguido con vida pese a todas las dificultades había dejado de existir. Se había cobrado su venganza, había liberado a Chaya de las manos de Guillaume y salvado la vida del duque de Normandía. Solo había dejado de alcanzar un objetivo: recuperar el libro de Ascalón, por el cual Baldric había empeñado su vida.

—¿El pergamino ha desaparecido?

—exclamó Caleb, de pie junto al capitán Bahram, una vez más ejerciendo de traductor y alzó las cejas—. ¡Explícate! ¿Qué quieres decir con eso de que ha desaparecido?

—Ya te he informado de ello —replicó Conn, que había acudido a la caseta de los guardias junto con Chaya. Caleb recibió a su prima con un abrazo y un beso en la frente y se limitó a saludar a Conn con una leve inclinación de la cabeza—. Cuando los hombres del conde Hugo detuvieron a Guillaume de Rein y estalló el tumulto, el pergamino de pronto desapareció... y también Berengario.

—¡Berengario, otra vez ese

demonio! —gritó Caleb con el rostro crispado de asco.

—Ángel o demonio: en este caso resulta difícil saberlo pues sin la ayuda de Berengario, Chaya y yo no hubiésemos escapado de De Rein y sus esbirros.

—Si no hubiera intervenido no habríais caído en poder de De Rein —dijo Caleb, riendo amargamente—. Si intentas defenderlo, cristiano, eres un soñador o estás confabulado con él.

—Dices tonterías, Caleb —objetó Chaya—. Si Conn hubiese querido quedarse con el libro, no lo habría traído a Acre. Nosotros tenemos la culpa de lo ocurrido, no él.

Caleb tomó aire, pero guardó silencio porque era incapaz de replicar al argumento lógico de su prima.

El capitán Bahram, que había presenciado la discusión sentado ante su mesa sin comprender ni una sola palabra, le dijo a Caleb que tradujera. Después hizo una pregunta que Caleb tradujo al francés.

—El capitán Bahram quiere saber si recuerdas el trato que habéis hecho.

—Sí, señor —contestó Conn, que había contado con la pregunta y, sin vacilar, se arrodilló, inclinó la cabeza y añadió—: y porque recuerdo vuestras palabras con exactitud y os di mi palabra que os traería el libro de

Ascalón a cambio de la vida de Baldric, mi padre adoptivo, os ruego de todo corazón que tengáis clemencia y cojáis mi vida en vez de la suya.

—¡No! —gritó Chaya, horrorizada antes de que Conn terminara de hablar, pero Caleb ya traducía sus palabras.

El silencio reinó en la habitación; la sorpresa de Bahram era evidente, se puso de pie, se acercó a Conn y le hizo otra pregunta.

—¿Eres consciente del alcance de dicha decisión? —Tradujo Caleb.

Conn alzó la cabeza y lo miró directamente a la cara.

—Sí, señor.

—¡No, Conn! ¡No debes hacerlo! —

dijo Chaya, y se cubrió el rostro con las manos.

Hacia tiempo que Conn había tomado la decisión, sin embargo no le había dicho nada para no asustarla.

Hasta Caleb parecía sentirse incómodo.

—No es necesario que hagas eso, cristiano.

—¿No? —dijo Conn, contemplándolos a ambos—. ¿Acaso otro ha de morir por mi negligencia? ¿Es eso lo que proponéis?

Caleb desvió la mirada, avergonzado. Resultaba imposible saber qué pensaba, pero tradujo las palabras de Conn y el capitán asintió con la

cabeza.

—Gracias, señor —dijo Conn.

Bahram les dio una orden a ambos centinelas apostados junto a la puerta y entonces estos abandonaron la caseta para regresar poco después con Baldric.

Aunque su estado era mejor, todavía tenía un aspecto terrible, pero al ver a Conn su rostro hinchado se iluminó.

—¡Conwulf!

Conn, que ya se había puesto de pie, se acercó al viejo normando y ambos se abrazaron.

—¡Sabía que regresarías, muchacho!
¡Lo sabía!

—Tenías razón, padre. Tu cautiverio ha llegado a su fin, eres un hombre libre.

—¿Entonces has regresado con el libro? —dijo Baldric, y su rostro expresaba su orgullo.

Conn se mordió los labios.

—No. Pero todo está arreglado, eres libre y puedes marcharte.

—¿Qué significa eso exactamente? —preguntó Baldric, examinándolo con su único ojo.

—No te preocupes por ello, padre.

—¿Qué significa eso? —volvió a insistir el normando y les lanzó una mirada inquisitiva a los otros dos—. ¿Qué está ocurriendo aquí?

—Tu hijo adoptivo se ha intercambiado por ti, anciano —le contestó Caleb.

—¡No! —exclamó Baldric y retrocedió, espantado—. ¡No quiero!

—Lo sé, padre —aseguró Conn con una débil sonrisa—, por eso antes tampoco te lo he preguntado, pero mi decisión es firme. Has hecho tanto por mí... Me salvaste la vida en dos oportunidades, me recogiste y cuidaste de mí hasta que me curé cuando ya parecía condenado a morir. Ahora ha llegado el momento de enmendarlo.

—¡No! —volvió a gritar Baldric, sacudiendo la cabeza cana—. ¡No, no, no! ¡Eso no debe suceder! ¡Este no es tu destino sino el mío!

—He cumplido con el deber que me impuse. Guillaume de Rein está muerto.

Pase lo que pase conmigo —añadió, lanzándole una mirada a Chaya—, ningún inocente tendrá que volver a temblar ante él nunca más. Saberlo me basta.

Chaya, que había permanecido inmóvil luchando con las lágrimas, corrió hacia él y ambos se abrazaron con la misma ternura y el mismo amor de aquella noche.

Caleb desvió la mirada e incluso Bahram estaba visiblemente conmocionado. Aunque el capitán no entendía ni una palabra comprendió perfectamente lo que ocurría y, a juzgar por su expresión, era evidente que le hubiese gustado exonerar a Conn de su

deber. Pero eso era imposible: había hecho una promesa, el acuerdo era válido.

Concedieron unos momentos a Conn y a Chaya para que se despidieran y los labios de ambos se unieron en un beso apasionado, observados por Caleb, que estaba pálido y permanecía en silencio. Después los guardias separaron a los amantes.

—¡No! —gritó Chaya y quiso correr tras Conn a quien ambos guerreros conducían fuera, de regreso a las mazmorras de las que había escapado solo hacía unos días.

De repente se produjo un tumulto en el pasillo, acompañado de gritos

sonoros y exaltados.

—¿Qué pasa allí fuera? —preguntó Baldric.

Bahram y Caleb intercambiaron unas palabras en arameo y después el primo de Chaya salió precipitadamente de la habitación. Regresó tras solo unos instantes e informó a Bahram, cuya reacción fue contradictoria: manifestaba alivio y alegría, pero también inquietud y desilusión.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Conn, dirigiéndose a Caleb.

—Ha llegado un mensajero del palacio —contestó este—. El gobernador se ha reunido con una delegación de los cruzados y llegaron a

un acuerdo. La ciudad de Acre se ha declarado dispuesta a proporcionar agua, alimentos y forraje a los cristianos, a cambio de que ellos no ataquen la ciudad. Y como señal de buena voluntad todos los prisioneros cristianos quedan libres.

Un instante antes que Conn, Chaya comprendió que suponía su salvación y corrió hacia él para abrazarlo con el rostro bañado en lágrimas de alivio.

—Bien, cristiano, al parecer el Señor vuelve a estar de tu parte —dijo Caleb.

Montañas de Nakura

Principios de junio de 1099

En una época en la que diariamente se llevaban a cabo hechos gloriosos, en la cual el ejército cruzado iba de triunfo en triunfo y escribía páginas de historia, la muerte de un único caballero, que encima había sido detenido por traición ante la vista de todos, no tenía importancia. Con cinismo, todos hicieron caso omiso de su muerte y no malgastaron ni un momento en pensar en la pérdida sufrida.

Pero una profunda pena se había apoderado de Eleanor de Rein.

La desesperación la envolvía como la oscuridad de una noche sin luna

mientras permanecía acurrucada junto a la tumba en la que yacía el cuerpo sin vida de su hijo, frío y cubierto de sangre.

Guillaume nunca más volvería a levantarse, nunca volvería a hablar con ella. Y ella nunca volvería a formarlo según sus ideas y obligarlo a actuar de manera correspondiente. Guillaume se había ido y el vacío que dejó tras de sí era tan abismal que Eleanor sintió que la devoraría.

Guillaume había sido su hijo, carne de su carne, portador de todas sus esperanzas... ¿y ahora? Ella había estado allí, presenciado el combate desde una distancia segura y convencida

de que su hijo saldría victorioso del duelo a vida o muerte, que esa sería la hora en la que Guillaume demostraría su valía ante la vista de todo el mundo... pero entonces todo acabó de un modo muy distinto.

En el instante en el que la espada del anglosajón Conwulf se clavaba en el pecho de Guillaume, Eleanor había dado rienda suelta a su rabia y su desilusión a voz en cuello, había manifestado su indignación frente a ese acto de barbarie en el cual otros quizá viesan la sentencia del Juez Supremo... Eleanor estaba convencida de que lo que los había desprovisto a ella y a su hijo de la merecida recompensa por sus esfuerzos

era un asesinato.

Guillaume se había convertido en la víctima de un complot urdido por unos nobles, entre ellos el astuto duque Roberto y el vengativo conde De Monteil. Su objetivo era destruir la Hermandad de los Buscadores aniquilando a su líder, y se habían servido del anglosajón para lograrlo... el anglosajón que se había acercado sigilosamente como una serpiente e incluso había obtenido la confianza del barón.

El mayor deseo de Eleanor era que el necio de Renaldo le hubiera arrancado el ojo a Conwulf aquel día en Antioquía, porque entonces el combate

—si es que se hubiese producido—
habría acabado de otra manera. ¿O
acaso eso también había formado parte
del complot? ¿Es que en aquel entonces
Renaldo ya había planeado que el
anglosajón matara a Guillaume?

En medio de su desesperación, todo
le parecía posible a Eleanor y cuanto
más tiempo velaba junto a la tumba de
su hijo, tanto más su dolor daba paso al
odio. Hacía tiempo que sus lágrimas se
habían secado, sin embargo, el anhelo
de venganza ardía con una fuerza cada
vez mayor en su pecho, una llama que
todo lo consumía.

Solo mediante un gran esfuerzo
había logrado convencer a Roberto —a

quien conocía desde que era un niño porque de vez en cuando había estado de visita en el castillo de su familia, en Falaise— de que no quemara el cadáver de su hijo tal como había amenazado y desparramara sus cenizas al viento. La mera idea de que su cuerpo yaciera en tierra extraña, lejos de su hogar normando que tanto había amado, la sumía en la desesperación, pero se consolaba pensando que al menos no lo habían quemado.

Aún lo veía ante sí, la piel blanca como la nieve y los rubios cabellos recogidos con una diadema de oro con la que ella lo había enterrado. Eleanor nunca albergó la más mínima duda de

que su hijo estaba destinado a convertirse en un soberano, así que lo hizo enterrar como si fuera un rey y le tributó todos los honores que el concejo de los nobles y los eclesiásticos le habían negado.

Por eso Arnulfo de Rohes la había llamado bruja y ella sabía que no eran pocos los que dudaban de que estuviera en su sano juicio y consideraban que la pérdida de su hijo y su esposo en tan poco tiempo habían sido demasiado para ella.

¿Qué sabían esos necios?

¿Qué sabían de las preocupaciones de una madre?

¿Del martirio que sufría?

¿Del dolor con el que dio a luz a Guillaume? ¿De los sacrificios que había hecho para que también en la inhóspita Northumbria recibiera la educación digna de un futuro soberano? ¿De las humillaciones que había soportado para conseguir que Renaldo de Rein creyera que en realidad era superior a ella? ¿De la sangre que le manchaba las manos solo porque siempre quiso lo mejor para Guillaume?

Había observado con disgusto como el muchacho simpatizaba con su auténtico padre; desde muchos puntos de vista, Osbert había sido superior a Renaldo, su hermano mayor, pero su carácter honrado y su despreciable

preferencia por las cosas sencillas de la vida, más que resultarle útil a Guillaume, le habían hecho daño. Además, Eleanor había tenido muy presente que un día necesitaría algo que le permitiera manipular a Renaldo. Así que aquel día, cuando Osbert salió a cazar en la quebrada, cortó la cuerda y la ocultó, para años después poder acusar a Renaldo de haberlo hecho.

Pero todo ello, todos sus cálculos, sus reflexiones, sus planes cuidadosamente urdidos habían perdido validez. Guillaume estaba muerto. Masacrado por un bárbaro anglosajón... que pagaría un elevado precio por ello.

—*Milady?*

La suave voz de Eustacio la arrancó de sus cavilaciones.

Eleanor se encontraba arrodillada en el polvo, al pie del túmulo que había hecho erigir y provisto de un bloque de piedra en el que figuraban el nombre de Guillaume y su origen y que se encargaría de que su recuerdo perdurara durante mil años... Eleanor volvió la cabeza cubierta con una cofia. Los hombres estaban dispuestos a partir.

Habían aguantado durante diez días. Habían cavado la tumba y velado al difunto, habían enterrado a su jefe con todos los honores mientras que el ejército había partido hacía días y se dirigía a Caesarea donde los cruzados

querían pasar Pentecostés antes de seguir viaje a Jerusalén.

No todos los caballeros de la Hermandad se habían quedado. Algunos dieron crédito a la supuesta ordalía y se apartaron, otros se dejaron intimidar por los seguidores del duque de Normandía. No obstante, alrededor de veinte jóvenes nobles permanecieron en el séquito de Eleanor... los suficientes para perseguir a los otros, culpables del dolor de Eleanor, y castigarlos. Y quizá también los suficientes para llevar a cabo aquello que ella le había encargado a Guillaume.

Eleanor ignoraba dónde se ocultaba el traicionero monje, pero, pese a su

pena, su codicia por lo que él le había prometido seguía presente. Lo que más le hubiese gustado era ver a su hijo en el trono de Jerusalén, pero como ya no estaba vivo tendría que encontrar otro que alcanzara el máximo poder por encargo de ella.

—Perdonad, *milady*, pero los nuestros están dispuestos a partir. Tened la bondad de seguirme.

Eleanor se volvió un poco más y saludó con gesto benévolo al caballero de mirada curiosamente vacía.

—Desde luego, mi buen Eustacio, desde luego. Aquí nuestra tarea ha llegado a su fin. Jerusalén nos aguarda.

Mons gaudii

7 de junio de 1099

El día que los cruzados habían aguardado durante más de tres años, por el que se desvivieron e hicieron incontables sacrificios, era un martes.

Unos días antes el normando Tancredo había avanzado hasta Belén con un reducido grupo de jinetes, la ciudad en la que nació el Redentor. La noticia de que los cruzados ya estaban

tan próximos a aquellas ciudades que hasta entonces solo conocían de oídas y que eran la meta de todos sus esfuerzos recorrió el ejército como un reguero de pólvora. Aunque los peregrinos estaban exhaustos, no querían perder más tiempo.

Durante una marcha forzada de dos días, acompañada de alegres canciones y los animados discursos de los predicadores, prosiguieron su camino hacia el este. Y finalmente —el sol de un nuevo día ya había despuntado y sus rayos deslumbrantes bañaban la comarca— alcanzaron un alto desde cuya cresta llana se les ofrecía un espectáculo impresionante: ante ellos,

como una remota promesa pero más cercana que nunca, se encontraba la meta de sus anhelos.

Jerusalén, la insigne.

La ciudad de Salomón.

La cuna de la cristiandad.

Rodeada de una alta muralla y lindada a ambos lados por los valles de Hinón y de Cedrón, la ciudad ofrecía un aspecto magnífico. De un laberinto de sillares de piedra se elevaban las cúpulas de las iglesias y los minaretes; a la izquierda se alzaban las torres de la ciudadela, y aquí y allá se veían las ruinas romanas, impresionantes debido a su tamaño.

Pero lo que ofrecía el aspecto más soberbio era la gigantesca cúpula que se elevaba al este de la ciudad en medio de una meseta rodeada de murallas y cuyo techo dorado resplandecía bajo el sol: ¡la Cúpula de la Roca! Los peregrinos habían oído muchas cosas acerca de ese lugar construido por los seguidores de Mahoma para proteger uno de los lugares sagrados de su fe. Aunque debería haber supuesto un disgusto para los guerreros de Cristo que acudieron para limpiar Tierra Santa de infieles, al verla todos soltaron gritos de júbilo.

Por una parte, porque la cúpula dorada indicaba el fin de un largo viaje y, por la otra, porque las ansiosas

miradas de los cruzados buscaban inútilmente otro emblema: la iglesia del Santo Sepulcro que antaño el emperador Constantino había hecho erigir por encima de los lugares de la muerte y la resurrección de Jesucristo.

Algunos peregrinos regresados de Tierra Santa habían informado que los musulmanes habían destruido los lugares más sagrados de la cristiandad adrede, pero gracias a la mediación del emperador bizantino, hacía cinco decenios que los cristianos habían comenzado a volver a levantar el antaño magnífico edificio. Sin embargo, sus esfuerzos parecían haber avanzado en una medida mucho menor a lo esperado

por los cruzados, pero ello no impidió que sintieran una profunda emoción.

Los jinetes desmontaron y se persignaron, innumerables peregrinos cayeron de rodillas y alabaron al Señor por haberlos conducido hasta allí tras una larga odisea, continuas guerras e innumerables penurias.

Conn y Baldric también habían desmontado y se arrodillaron, agradecieron a Dios en silenciosa oración y recordaron a los camaradas que no pudieron recorrer el largo camino hasta el final. Conn recordó al parco Remy, que le había enseñado a manejar la espada y que permaneció leal a su lado en Antioquía, y al

dicharachero Bertrand, que le había alegrado sus horas más oscuras.

Eran momentos muy emocionantes. Los cánticos enmudecieron y solo se oían plegarias murmuradas por doquier. Conn le lanzó una mirada de soslayo a Baldric, arrodillado a su lado y contemplando Jerusalén con su único y lloroso ojo. ¿Qué sentiría el normando, quien nunca había querido otra cosa que ver el lugar del padecimiento y la resurrección de Jesucristo y así purificar su alma inmortal?

Una vez establecido que los cruzados no asediarían Acre y que no habría una confrontación con los fatimíes, Conn y Baldric abandonaron la

ciudad junto con alrededor de doscientos cristianos autóctonos que también habían estado encerrados en las mazmorras de la ciudadela. Despedirse de Chaya le resultó muy difícil y una parte de él quería quedarse, pero tenía claro que en esos tiempos tan inseguros un cristiano y una judía tampoco tendrían un futuro en Acre, y tampoco quiso dejar en la estacada a Baldric, a quien tanto le debía, tan cerca de la meta.

Aunque sus heridas aún eran dolorosas y porque debido a la escasez de alimentos en el ejército aún tenía un aspecto muy demacrado, en los últimos días el estado del padre adoptivo de

Conn había mejorado visiblemente, como si la proximidad de los Santos Lugares le proporcionara un nuevo vigor. Y cuando por fin se persignó y volvió a ponerse de pie. Conn casi sintió que volvía a ver a aquel férreo guerrero con el que antaño se encontró en Londres.

—Este es un momento muy importante, Conwulf —dijo, deslizándose la mirada por encima de la ciudad de Salomón. La luz matinal iluminaba una mitad de su rostro, la otra estaba en sombras—. No pasará mucho tiempo antes de que las cunas de nuestra fe vuelvan a estar en nuestras manos.

Al sur de la colina, desde la cual los cruzados disfrutaron de la primera vista de la Ciudad Santa y a la que bautizaron con el nombre de *mons gaudii*, colina de la Alegría, montaron su campamento.

Durante la noche siguiente casi nadie durmió, la noticia era demasiado excitante, demasiado abrumadoras las perspectivas que se presentaban ante los guerreros de Cristo.

¿Es que la gran empresa, que ya había durado más de cuatro años, finalmente se vería coronada por el éxito?

Se hablaba de ello en torno a todas las hogueras y en el interior de todas las

tiendas, los eclesiásticos celebraban misas de acción de gracias y solemnes oraciones. Pero al menos entre los guerreros de más edad y experiencia, el entusiasmo inicial pronto dio paso a esa fría reflexión que debe preceder a todo operativo militar. Empezó a reinar cierta desilusión, pues a lo largo de los siglos las murallas que rodeaban Jerusalén, dominadas por siete puertas, habían sido renovadas y reforzadas una y otra vez, de manera que la ciudad parecía un baluarte casi inconquistable y cuya ocupación le costaría la vida a cientos de cruzados. Además, el estado crítico de abastecimiento se agudizaría aún más cuanto más durara el asedio a la ciudad.

—La meta está cerca —dijo Baldric, masticando el último trozo de pan que había en su saco de provisiones—, pero todavía no estamos en Jerusalén.

—¿Qué crees que decidirá el concejo de los nobles? —preguntó Conn, sentado frente a él en la tienda.

—No lo sé —dijo el normando, frunciendo los labios—. Los nobles pelearán, como siempre. No se pondrán de acuerdo sobre cómo repartirse el gobierno de la ciudad pese a que todavía ni siquiera la han conquistado. Sin embargo, en algún momento, cuando la sensatez o el apuro los obliguen a hacerlo, decidirán atacar y, con la ayuda de Dios, lograremos conquistar la

ciudad y alcanzar la meta de todos nuestros esfuerzos.

—¿Todavía crees que ello es la voluntad de Dios?

—¿Qué quieres decir?

—Conquistar Jerusalén, expulsar a los musulmanes y los judíos de Tierra Santa.

El normando lo escudriñó con su único ojo. Durante un momento, Conn temió que su padre adoptivo se enfadara, tal como solía hacerlo a menudo con anterioridad cuando alguien cuestionaba el sentido de la empresa, pero Baldric permaneció impassible.

—No lo sé —dijo, moviendo la cabeza—. Cuando abandonamos

Inglaterra tenía una idea clara respecto de nuestros enemigos, al igual que de nuestros aliados. Pero el tiempo ha demostrado que con frecuencia las cosas no son lo que parecen. El que me torturó no fue un sarraceno sino un cristiano y a ti una judía te salvó la vida. ¿Así que por qué luchamos? ¿Por qué queremos conquistar Jerusalén, cuando ya no podemos distinguir al enemigo del amigo?

Conn le lanzó una mirada expectante: Baldric acababa de expresar las mismas dudas que lo corroían también a él y confiaba en recibir una respuesta concluyente.

—¿Y bien?

—No lo sé, muchacho —replicó Baldric, desilusionándolo—. Solo sé que al final de este peregrinaje la redención aguarda a cuantos lo emprendieron con el corazón puro. Mis esperanzas solo se cifran en ello, solo en...

Antes de que terminara la frase, la puerta de la tienda se entreabrió y entró un hombre vestido con un hábito negro. Conn se sorprendió tanto que se puso de pie de un brinco.

—¡Berengario!

El monje se quitó la capucha y reveló su semblante pálido y de aspecto lamentable; el sudor le cubría la frente y tenía el cabello pajizo.

—Conwulf, Baldric... —dijo el benedictino—, os ruego que me escuchéis.

—¿Osáis aparecer por aquí? —gruñó Baldric, se puso de pie y se llevó la mano a la empuñadura de la espada—. ¿Después de todo lo que habéis hecho?

—Sé que he pecado, señor —aseguró el monje con una humildad que parecía sincera—. Pero os suplico que no me juzguéis sin haber oído la verdad.

—¿La verdad? —preguntó Conn—. ¿Qué verdad? Habéis mentido tantas veces... ¿cómo podéis pedir que confiemos en vos?

—Es cierto, he mentido y engañado

porque con ello confiaba en aproximarme a la presencia de Dios en la Tierra, pero no lo logré y ahora tampoco me queda tiempo.

—¿Tiempo? ¿Para qué?

—Para pedirte perdón, Conwulf, y también a vos, Baldric. Mis ansias de hacerme con el libro y con aquello que oculta eran tan grandes que estaba dispuesto a cometer cualquier delito.

—¿Por qué? —Quiso saber Conn.

—¿Acaso no es evidente? —dijo el monje y su boca de finos labios esbozó una débil sonrisa—. El arca supone todo lo que los seres humanos han anhelado desde el principio de su existencia: ¡un vínculo con Dios! Puede que a otros les

interese la riqueza y el poder: yo solo quería averiguar su naturaleza y alcanzar la certeza...

—... y para hacerlo estabais dispuesto a entregarle el arca a Guillaume de Rein —dijo Baldric.

Berengario asintió y unas gotas de sudor se derramaron por sus sienes.

—Pero finalmente comprendí cuán desmedida era mi pretensión, pues una religión que se convierte en certeza ya no necesita de la fe. Sin embargo, la fe en el Redentor es lo que nos diferencia de los infieles. Así que hice lo que era necesario para impedir que Guillaume y su madre se apoderaran del precioso tesoro.

—Afirmasteis que el pergamino era una falsificación y así nos pusisteis a Chaya y a mí en peligro de muerte — dijo Conn.

—No tenía otra opción.

—¡Pero tuvisteis que contar con que Guillaume se volvería loco de furia y nos pediría cuentas a Chaya y a mí y que incluso quizá nos matara!

—Eso también es cierto.

—¿Cómo pudisteis hacer algo así? Si el conde Hugo y los suyos no hubiesen aparecido, entonces... —Conn se interrumpió, porque de pronto se le ocurrió otra idea—. ¿Sabíais que Hugo acudiría en nuestra ayuda? ¿Apostasteis por ello?

—Sabía que el conde quería vengar el asesinato de su hermano Adhemar y que no dejaría de aprovechar una oportunidad como esa. Así que le hablé de ti y de aquella noche en Londres, del complot que descubriste.

—¿Cómo lo sabíais? ¡No se lo conté a nadie!

—Tú mismo hablaste de ello, en Antioquía, mientras eras víctima de la fiebre. Hablaste en sueños.

—¿Y pretendéis que os crea?

—Es la verdad —dijo Baldric.

—¿Tú... tú también lo sabías? —exclamó Conn, contemplando a su padre adoptivo, desconcertado—. ¿Lo supiste todo el tiempo? ¿Por qué no dijiste ni

una palabra?

—Porque no hubiera cambiado nada. Mientras no existiera una prueba, lo que sabías no solo resultaba inútil sino sumamente peligroso.

—¿Así que me creéis?

—No solo eso —dijo Berengario—. Incluso en aquel entonces, ya sospechaba que en algún momento lo que sabías resultaría útil. Pues nada ocurre sin que Dios lo haya planeado.

—¿Sin que Dios lo haya planeado? —gritó Conn, dio un paso hacia delante, agarró al monje del cuello del hábito y tiró—. ¿Es que no comprendéis lo que podríais haber provocado?

—Sí, Conwulf... y fue la vergüenza

la que me impulsó a recorrer el desierto en busca del traidor, pero no se me ocurrió otra manera de detener a Guillaume de Rein.

—¿Por qué no me lo dijisteis? ¿Por qué no hablasteis conmigo?

—¿Acaso me hubieses escuchado tras todo lo que os he hecho, a ti y a Chaya? —preguntó Berengario en un tono tan convincente que a Conn no le quedó más remedio que soltarlo.

—Supongo que no —admitió.

—He conocido a Guillaume y a su madre y sé de lo que son capaces. Si el arca hubiera caído en sus manos solo habría sido utilizada para aumentar su poder y sus posesiones. No podía

permitirlo.

—Así que hicisteis desaparecer el libro tras haberlo desenmascarado como una supuesta falsificación. ¿Y ahora dónde está?

—Oculto en un lugar donde Eleanor no podrá encontrarlo —respondió el monje, respirando entrecortadamente y procurando tomar aliento—. He recorrido el camino del traidor hasta el final y también pagaré el precio de la traición... solo que mi recompensa no hubiesen sido treinta monedas de plata sino la gloria de la vanidad. Y contemplar la gloria de Dios en vida.

—¿Qué estáis diciendo? —preguntó Conn, toda esa cháchara carecía de

sentido para él.

—He hecho penitencia, créeme. Ahora lo único que deseo es que me perdones, Conwulf, porque contra ti he pecado más que contra ningún otro. Te he engañado y traicionado tu amistad y ello me pesa mucho. ¿Me perdonas?

Al final, Berengario habló con lentitud cada vez mayor y bajo la luz de la lámpara de aceite, su rostro parecía haberse vuelto aún más pálido. Con titubeó antes de responder. En las últimas semanas hubo momentos en los que maldijo al monje y le deseó la condena eterna, pero entonces, al verlo ante sí, encorvado y suplicando su perdón, no pudo evitar sentir lástima por

él.

—Berengario, yo... —empezó a decir y entonces el monje se desplomó.

Soltó un gemido y Conn se arrodilló a su lado y apoyó la cabeza en su regazo para que no la apoyara en la dura roca.

—Conwulf...

—¿Qué os pasa?

—Perdóname, por favor —gimió el monje con la mirada perdida—. Casi no me queda... —Y enmudeció cuando un espasmo violento lo agitó y una espuma de aroma amargo brotó de sus labios.

—Veneno —soltó Baldric—. ¡Se ha envenenado!

—Tuve que hacerlo —dijo Berengario—. Mientras siga con vida

soy un peligro... logré descifrar el libro de Ascalón al completo... sé dónde se encuentra el arca... No debe caer en las manos equivocadas... nadie.

Agitó el brazo como alguien que se está ahogando.

—¡Te lo suplico, Conwulf, perdóname! —balbuceó, al tiempo que debido al veneno ingerido unos espasmos cada vez más violentos agitaban su cuerpo—. No quiero enfrentarme al Todopoderoso... sin una palabra de reconciliación...

Conn se mordió los labios agrietados. Su ira por Berengario se había disuelto por completo frente al despojo humano en que se había

convertido el monje. Puede que Berengario hubiera pecado, pero en el último instante recordó su origen y su auténtico deber y le dio mayor importancia al bien de los demás que al propio.

Conn tomó aire y se dispuso a darle la absolución al arrepentido pecador que este suplicaba con tanta urgencia y decirle que le perdonaba sus crímenes... cuando vio que Berengario ya no se movía: los espasmos habían acabado súbitamente y la mirada del monje se tornó fija y vidriosa y ya no respiraba.

—¿Berengario?

Conn le habló, lo zarandeó como si quisiera despertar a un durmiente...

pero nadie despertaba del sueño en el que había caído el monje.

No en este mundo.

—Os perdono —murmuró Conn con la remota esperanza de que el benedictino aún pudiera oírlo, o al menos su alma inmortal. Después le cerró los ojos mientras las últimas palabras del monje todavía resonaban en su consciencia:

«He recorrido el camino del traidor hasta el final y también pagaré el precio de la traición... solo que mi recompensa no hubiesen sido treinta monedas de plata sino la gloria de la vanidad».

Ante las puertas de Jerusalén
8 de julio de 1099

Habían pasado cuatro semanas, pero la congoja causada por la muerte de Berengario aún afectaba a Conn.

Claro que le había guardado rencor al monje por su traición, pero cuando Berengario murió, envenenado por su propia mano y suplicando su perdón con labios cada vez más pálidos, Conn le había perdonado todo y ya no sostenía

en brazos al pecador arrepentido sino solo al amigo... que el monje no hubiese recibido lo que tanto anhelaba era amargamente irónico.

Conn jamás olvidaría a Berengario.

Entre todas las personas con las que se había encontrado en su largo viaje, fue el benedictino quien más lo aproximó a Dios al tiempo que él mismo se alejaba de Él cada vez más. Ello suponía el mérito de Berengario y al mismo tiempo su tragedia, y Conn confiaba en que el Señor le perdonara sus faltas y diera prioridad a su arrepentimiento. Pero el libro de Ascalón, a causa del cual el monje se había convertido en un traidor, seguía

sin aparecer... y con este cualquier posibilidad de recuperar el precioso y milenario tesoro.

Mientras tanto proseguía el asedio.

Durante todo un mes habían intentado inútilmente tomar las murallas de Jerusalén por asalto, pero no solo los milenarios baluartes suponían un problema para los cruzados, también el calor del verano se convirtió en un enemigo implacable que no dejaba de acecharlos cuando acudían a una de las escasas fuentes a por agua, y encima las interminables rencillas de los nobles, incapaces de ponerse de acuerdo sobre una acción conjunta, complicaban la situación todavía más, de manera que

Conn —que podía participar en las reuniones del concejo dado que era uno de los caballeros del duque Roberto y que así se convirtió en testigo de las discusiones— de pronto recordó las palabras de advertencia de Baldric.

El duque Godofredo, Raimundo de Tolosa y Tancredo asediaban el lado norte de la ciudad y también el flanco occidental hasta la torre del rey David, que se elevaba cual amenazador baluarte por encima de las murallas y era la sede del gobernador fatimí; en cambio el duque Roberto y sus tropas normandas se habían situado más al norte y cerraban el acceso a Nablus. A ello se añadían unos asentamientos provisionales

que albergaban a cuantos acompañaban la campaña militar como peregrinos, pero que no combatían. Hacía tiempo que resultaba imposible estimar su número exacto: Conn calculó que además de los alrededor de mil caballeros y diez mil soldados de infantería, se sumaba la misma cifra de criados y siervos, y también de heridos, mujeres y niños. Debido al calor y la sequedad del verano, el hambre y la escasez se habían agudizado en el campamento de modo que muchos peregrinos optaron por emprender la huida, como antaño en Antioquía.

Ante dichas circunstancias, el concejo de los nobles había alcanzado

una decisión. No se trataba de que los jefes de la campaña militar de pronto se hubieran puesto de acuerdo: las ideas de los señores acerca de lo que debía ocurrir con Jerusalén una vez que fuera conquistada diferían muchísimo. Mientras que Raimundo, conde de Tolosa y líder de los provenzales, quería tomar posesión de la ciudad en nombre de la Iglesia y daba por hecho que el único que podía convertirse en rey de Jerusalén era el mismísimo Jesucristo, los normandos italianos aspiraban a hacerse con la corona sin el menor disimulo. En cambio, Godofredo de Bouillon, el poderoso duque de la Baja Lotaringia, intentaba mediar entre las

partes y organizar el asedio de la mejor manera posible, dadas las circunstancias, lo cual también incluía la construcción de dos grandes torres de asalto que debían servir para dominar las murallas. Pero pese a que las ideas de los nobles respecto a lo que debía ocurrir tras la conquista fuesen muy distintas, todos sabían que el tiempo apremiaba. Iftijar ad-Daula, el comandante de la guarnición musulmana de Jerusalén, había solicitado refuerzos a El Cairo. Cuando estos arribaran, el mismo destino, ese del que habían escapado en Antioquía solo por los pelos, daría alcance a los cruzados: ¡se enfrentarían a ellos ante las murallas de

la ciudad donde combatirían sin ninguna protección y sería aniquilado hasta el último hombre!

En consecuencia, Isoard de Garp, un conde del sur de Francia, sugirió que los guerreros de Cristo hicieran precisamente aquello que ya habían hecho ante las murallas de Antioquía: a saber, que confiaran en la voluntad de Dios. El conde dijo que el monje Desiderio había acudido a su tienda y afirmó que nada menos que el obispo Adhemar se le había aparecido en sueños y que había exhortado a los nobles a olvidar sus rencillas. Mediante un ayuno de tres días y una procesión en torno a las murallas de Jerusalén,

descalzos y con el hábito de los penitentes, los señores debían expiar su codicia y su egoísmo. Después, según Desiderio, la ciudad caería en nueve días.

Era la primera vez que Conn presenciaba un silencio tan absoluto en el concejo de los nobles. Desiderio ya había dado que hablar por sus visiones en el pasado; pero como a menudo no concordaban con los objetivos de los jefes, nadie les prestó oídos. Pero en esa ocasión puede que cada uno de los señores sospechara que la profecía de Desiderio suponía la única oportunidad de volver a unir a los cruzados y emprender un último esfuerzo común.

Además evitaría que todos los señores se desprestigiaran ante sus subordinados, puesto que las instrucciones procedían de instancias superiores.

Las barbudas y desastradas figuras en las que se habían convertido los nobles ofrecían una imagen curiosa cuando uno tras otro manifestó su acuerdo y prestó un solemne juramento; un vasallo de Godofredo llamado Lethold de Tournaye incluso juró que sería el primero en lanzarse contra las murallas enemigas. De un modo involuntario, Conn lo comparó con Bahram, el culto y erudito oriental, y con Caleb, el joven judío, que no era un

guerrero pero que sin embargo estaba dispuesto a defender su hogar y su familia... y no fue la primera vez que se preguntó si estaba del lado correcto.

El inicio del ayuno fue decidido de inmediato, así que la procesión exigida por Desiderio tuvo lugar dos días después. Aquel viernes por la mañana varios miles de personas emprendieron la marcha de la penitencia alrededor de las murallas de la ciudad.

Estaban encabezados por los sacerdotes y los miembros de las órdenes religiosas, que portaban cruces y entonaban solemnes cánticos en los que alababan al Señor; también cargaban con varias reliquias que

debían obtener la intercesión de los santos ante el Todopoderoso. Les seguían los caballeros, que llevaban atuendos sencillos y estaban descalzos, tal como exigían las visiones de Desiderio. Los acompañaba el sonido de las trompetas, y todos los que marchaban en sus filas —entre ellos también Conn y Baldric— portaban una espada en las manos. A los nobles los seguían los plebeyos: soldados, artesanos, criadas y siervos, y también peregrinos que se habían unido a la campaña militar.

Mientras que los cruzados emprendieron la procesión con la gravedad correspondiente —pues al fin

y al cabo esperaban que les proporcionara la victoria decisiva—, desde las murallas de Jerusalén los observaron primero con asombro y después con burla mordaz. Innumerables orientales, todos ellos empeñados en echar un vistazo a lo que para ellos suponía un extraño espectáculo, se apiñaban en los adarves, atisbaban entre las almenas y soltaban sonoras carcajadas ante sus adversarios descalzos y sumidos en sus oraciones.

Al principio rodear la ciudad parecía sencillo. Pero cuanto más avanzaba el día y cuanto más se elevaba el sol en el cielo, tanto mayor se volvió el esfuerzo. Incluso antes de que

alcanzaran la puerta de David, situada al oeste de la ciudad, a muchos ya les sangraban los pies desnudos debido a las piedras afiladas. También Baldric se vio afectado, pero la piedad generalizada que se había adueñado de los guerreros de Cristo los impulsaba a seguir avanzando, incluso cuando sus pies empezaron a dejar huellas sangrientas en las piedras calientes. La sed se convirtió en una tortura debido al calor; aunque había criadas provistas de odres de agua que acompañaban el cortejo y daban de beber a quien lo solicitaba, su número no era suficiente para abastecerlos a todos, así que algunos se desplomaron y tuvieron que

ser arrastrados hasta el campamento, provocando las risas de los espectadores musulmanes.

Conn temía que el esfuerzo también se cobrara su tributo con Baldric, pero el duro normando se había recuperado lo bastante como para aguantar hasta el final. Giraron en torno al extremo sur de la ciudad donde se encontraba la puerta de Sión y recorrieron los valles de Cedrón y de Josafat en dirección al norte. La meta era el *mons olivarum*: el monte de los Olivos, situado al noreste de la ciudad, los lugares donde se iniciaron los padecimientos del Señor y donde antiguamente habían erigido una capilla que debía servir de recuerdo de

los acontecimientos.

Cuando el último de los peregrinos alcanzó el monte de los Olivos ya casi anocheceía y cerca de la capilla se celebró una imponente misa; habían erigido un altar al aire libre en torno al que se agruparon los portadores de las cruces y los cofres de las reliquias. Después los caballeros y su séquito, y al final los plebeyos: una multitud inabarcable con la vista que escuchaba las palabras de los sacerdotes con la cabeza inclinada y cumplía con los ritos correspondientes.

Las prédicas eran aguardadas con gran expectación, pues todos los miembros del ejército sabían que

semejante acontecimiento no era casual y que su significado era muy importante. Por eso los nobles habían decidido que hablaran los mejores predicadores de todo el contingente. El primero en hablar fue Pedro de Amiens, frente a cuyo talento como orador Kerbogha había hecho oídos sordos, pero que allí recogió un éxito bastante mayor; el siguiente en predicar fue Raimundo d'Aguilers, el capellán de Raimundo de Tolosa, que era eclesiástico y erudito, y que redactó una crónica de la empresa; el último en dirigirse a la multitud fue Arnulfo de Rohes, conocido por sus discursos apasionados.

Al igual que los que lo antecedieron,

él también habló de penitencia y de conversión, de humildad y disposición al sacrificio y de la recompensa eterna que recibirían los cruzados por intervenir en la inminente batalla por Jerusalén. Pero a diferencia de los que lo precedieron, trazó un puente entre los eventos de la Biblia y los del presente, que proporcionó a cuantos lo escuchaban, tanto nobles como plebeyos, la sensación de formar parte del mandato bíblico.

—... y no es ninguna casualidad, hermanos míos —Conn lo oyó decir a voz en cuello—, que nos encontremos aquí, ¡en el lugar de la infame traición que sufrió Nuestro Señor! Pues nosotros,

que hemos recorrido el largo camino, que no nos dimos la vuelta a pesar de todos los esfuerzos y avanzamos hasta la meta de nuestra peregrinación, estamos aquí por un único motivo: ¡para reescribir la historia de nuestra fe! Aquí, en este lugar, el traidor Judas delató a Nuestro Señor por treinta monedas de plata. Sin embargo, nosotros aceptamos el desafío del Todopoderoso. Le hemos jurado lealtad hasta la muerte y en vez de acabar nuestras vidas sumidos en el arrepentimiento y la vergüenza como lo hizo Judas, responderemos con nuestras vidas y nuestra sangre a nuestro juramento de que el estandarte de la cristiandad vuelva a ondear por encima

de Jerusalén y demuestre a toda la Tierra que nuestro Dios triunfa sobre los infieles...

Conn dejó de escuchar.

Las palabras del capellán habían despertado recuerdos, recuerdos de lo dicho por Berengario poco antes de morir.

¿Acaso también Berengario no se había designado a sí mismo como un traidor? ¿No había hablado de treinta monedas de plata? ¿Es que se refería a la traición de Judas y a un enigma bíblico...?

Hasta entonces, Conn más bien había creído que las palabras del monje se debían al efecto del veneno, pero... ¿y

si se tratara de algo más? ¿Si Berengario, que era sumamente culto y leído, hubiera elegido esas palabras adrede?

¿Y si hubiera intentado decirle algo?

Conn notó que su pulso se aceleraba.

Mientras todos los demás prestaban oídos a las arrolladoras palabras de la prédica, trató de recordar qué más había dicho Berengario. ¿No había afirmado haber recorrido el camino del traidor hasta el final? ¿Y si con ello se refería a un lugar concreto? ¿Acaso el camino de Judas no había llegado a su fin precisamente allí, en el monte de los Olivos, donde se convirtió en el traidor del Señor?

Conn abandonó la posición de rodillas adoptada por la mayoría de los presentes y miró en derredor. Lo primero que llamó su atención fue la vieja capilla medio derruida y, sin que hubiese podido explicar el impulso, de repente sintió una intensa necesidad de acercarse a ella.

—Conn —susurró Baldric—, ¿adónde...?

Pero Conn sacudió la cabeza y se limitó a indicarle que lo siguiera. Se abrieron paso entre las estrechas filas de los guerreros que escuchaban la prédica con fervor y alcanzaron la capilla, que solo consistía de un ábside cubierto de una cúpula ruinoso y también de una

pequeña antesala. Hacía tiempo que la puerta no existía, las imágenes habían sido destruidas y el altar, retirado. No obstante, el lugar irradiaba algo sobrecogedor y Baldric se persignó en cuanto cruzó el umbral.

—¿Qué buscas aquí? —le preguntó a Conn en voz baja mientras en el exterior aún resonaban las palabras del predicador.

—Aguarda solo un momento.

Conn examinó las paredes ruinosas de la antesala en busca de un indicio, de algo que confirmara que sus reflexiones eran correctas. Pero no encontró nada, así que entró en el ábside a través de cuya agujereada cúpula penetraban los

rayos del sol.

De pronto oyó un sonido hueco, de piedra contra piedra.

Conn se detuvo y bajó la vista.

Una de las losas cubiertas de polvo que acababa de pisar estaba floja. Conn se agachó y quitó una parte del polvo con la mano, el resto con un soplido. Y entonces, para su total desconcierto, apareció un emblema grabado en la piedra.

¡Un círculo formado por cuatro laberintos con una cruz en el centro!

Conn tomó aire. Con manos temblorosas apartó la arena de las ranuras de la baldosa e hizo uso de la espada para levantarla, ayudado por

Baldric. Ambos quitaron la losa cuadrada bajo la cual apareció un hueco que albergaba un alargado estuche de cuero sellado con cera.

El corazón le latía aprisa; Conn se apresuró a coger el estuche y lo abrió, pero antes de sostenerlo en la mano ya sabía que era el libro de Ascalón.

El pergamino completo que Berengario había ocultado en ese lugar. Quizás el monje inteligente consideró que llevarlo consigo era demasiado peligroso y tal vez el enigma que le había planteado a Conn también había sido un examen que ponía a prueba su perspicacia. Si lo superaba era digno de hacerse con el pergamino...

Sorprendidos y en silencio, Conn y Baldric mantenían la vista clavada en el pergamino que brillaba como el ámbar bajo los rayos del sol. Entonces comprobaron que había sido modificado y que contenía notas adicionales, quizás incorporadas por Berengario. Comentarios en latín referidos a ciertos fragmentos del texto hebreo y que parecían ser descripciones de lugares. Conn, que entretanto ya dominaba el latín, reconoció que se trataba de puntos cardinales e indicaciones sobre senderos.

—¿Qué es eso, por todos los santos?
—preguntó Baldric, sorprendido.

—Berengario. Descifró el enigma

del libro. Esta es la descripción del camino que conduce al lugar donde se oculta el Arca de la Alianza.

Entonces el silencio volvió a reinar en la pequeña capilla y de pronto fue como si el peso del rollo de pergamino que sostenía en la mano fuese abrumador. Pensó en Berengario, en el sacrificio que había hecho y en la larga historia repleta de vicisitudes que reflejaba el libro de Ascalón... y tomó una decisión.

—¿Padre? —susurró, dirigiéndose a Baldric.

—Sí, hijo.

—Tenemos que hablar.

Acre

12 de julio de 1099

La ciudad a la que regresaron Conn y Baldric ya no era aquella que habían abandonado seis semanas atrás.

Esa había sido un asentamiento bien defendido, en cuyas torres y murallas los soldados de la guarnición se preparaban para la defensa, pero la batalla por la ciudad nunca se produjo. Para evitar la confrontación, el gobernador del califa

prefirió abrirles las puertas a los cruzados y proporcionarles todo lo necesario... así que tras seis semanas, la ciudad parecía un campo sobre el cual había caído una nube de langostas.

Muchas tiendas y tabernas estaban cerradas, en los mercados apenas se podían comprar alimentos, los almacenes y los graneros de la ciudad estaban vacíos, una consecuencia del tributo pagado a los cruzados. En todas las oscuras entradas de las casas y bajo los baldaquines que las sombreaban se veían figuras escuálidas de mirada hambrienta que contemplaban a los recién llegados con una mezcla de curiosidad y hostilidad. Porque si bien

Conn y Baldric llevaban turbantes en la cabeza y el amplio atuendo de los orientales por encima de la cota de malla y el tahalí, todos los identificaron como *franca*.

Conn sentía angustia. Una vez más, recordó la reunión del concejo de los nobles y en lo que había oído allí; voces que clamaban por la gloria y el prestigio, pero sobre todo por los bienes y el botín: ya nadie hablaba de obtener el perdón de Dios... aunque a lo mejor resultaba mucho más necesario que antes.

Era de suponer que ese también fue el motivo por el cual Baldric lo había acompañado. Cuando le contó sus

planes a su padre adoptivo Conn no había estado nada seguro de que este lo comprendiera, por no hablar de que le ayudara, pues lo que Conn se proponía no solo era osado, además iba en contra de sus deberes y del juramento que había prestado como cruzado. Pero Conn estaba convencido de que para servir a la justicia divina no existía otra posibilidad... y para su gran alivio, Baldric compartía esa opinión.

Se dirigieron a la casa del vendedor de tejidos y preguntaron por Chaya. Un criado los condujo a una habitación que hacía las veces de cocina y sala de estar. Había dos hombres sentados a la mesa y Conn se sorprendió al reconocer a

Caleb... y a Bahram, quien había reemplazado su manto anaranjado por un sencillo vestido de color pardo. Y ya no parecía ser un oficial de la guarnición. Junto a los fogones se encontraba Chaya, llevaba el cabello recogido y tenía la cara manchada de tizne... y sin embargo parecía aún más bella de lo que recordaba.

—¡Conwulf!

Él se acercó a ella y ambos se abrazaron; Conn la estrechó entre sus brazos como si así lograra impedir que volvieran a quitársela.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó ella y su mirada sorprendida osciló entre Conn y Baldric.

—¡Sí! —gritó Caleb—, ¿qué hacéis aquí? ¿No deberías considerarte afortunado por haber escapado con vida otra vez?

Conn no respondió. Toda su atención se centraba en la pequeña cuna situada en un nicho al otro lado de los fogones y se acercó y contempló al niño.

Este había crecido visiblemente desde la última vez que lo vio. Su cabello, ya crecido, era oscuro, pero los ojos que contemplaban a Conn con curiosidad inocente eran de un brillante color azul.

No hubiese podido decir lo que sentía al verlo. Amor, vergüenza, ganas de protegerlo, tristeza... un poco de

todo ello. Chaya se había acercado, él le cogió una mano y la oprimió, un gesto de impotencia que confiaba que ella interpretara correctamente.

—¿Has venido por eso? —siguió diciendo Caleb en tono malicioso; era evidente que había bebido vino—. ¿Querías echarle un vistazo a lo que has hecho? ¿O querías cumplir con tus deberes como padre?

—Cállate, Caleb —lo reprendió Chaya—. Conn no tiene que rendirte cuentas.

—No —reconoció su primo y se puso de pie—, pero a ti sí, ¡porque es el padre del niño! ¿Qué pasa? ¿Te sorprende que llame a las cosas por su

nombre? ¿Después de haber hecho todo lo posible por ser un buen padre para el niño? Puede que a ti no te reconozca cuando te inclinas por encima de su cuna, cristiano... pero en mí ve a alguien que lo quiere con sinceridad y que tiene las mejores intenciones con respecto a él.

—No lo dudo, Caleb, y te agradezco de corazón todo lo que haces por el niño.

—Entonces ¿por qué has venido? ¿Por qué no nos dejas en paz?

—Porque traigo esto —replicó Conn, y extrajo el rollo de pergamino que contenía el libro de Ascalón de debajo de su atuendo.

Chaya inspiró profundamente, la mirada de Bahram reveló su extrañeza, Caleb reaccionó con ira.

—¿Así que lo tenías? —gritó con la lengua trabada por el alcohol y se puso de pie—. ¿Y en aquel entonces solo nos contaste una mentira?

—Encontré el libro —se defendió Conn—. Berengario lo ocultó en un lugar secreto.

—¡Ese condenado monje! —chilló Caleb—. Si vuelve a cruzarse en mi camino, yo...

—Está muerto —lo interrumpió Caleb—. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho se envenenó... y su último aliento fue para pedir perdón.

—¿Y tú se lo concediste?

—Tú también deberías perdonar, Caleb, porque antes de morir, Berengario se encargó de que el libro volviera a estar en nuestras manos.

—¿Y qué? ¡Es demasiado tarde! Dicen que Jerusalén está a punto de caer.

—Todavía no ha caído —dijo Baldric.

—¿Pues entonces que queréis hacer? —preguntó Caleb.

—Lo que ya quise hacer con anterioridad —replicó Conn en tono firme—. Ir en busca del arca y encontrarla.

Caleb soltó una amarga carcajada.

—¿Con qué fin, cristiano? ¿Para desatar su poder y volver a erigir el reino de Israel? ¿Proporcionarle nuevos poderes a la casa de Jacob?

—No. Pero tampoco quiero adueñarme del arca para mí o para la cristiandad.

—Entonces ¿qué?

—Quiero sacarla de la ciudad y ocultarla en un lugar desconocido donde nadie pueda descubrirla. Porque si los acontecimientos del pasado han demostrado algo es que en estos tiempos tenebrosos el arca solo sería utilizada para librar guerras y erigir tronos terrenales, y no fue creada con ese fin.

—Pero ¿qué dices? —le espetó

Caleb—. ¿Qué sabrás tú del arca o con qué fin fue creada? A nosotros, al pueblo de Israel, nos fue confiada por el Señor como símbolo de su proximidad y su poder... ¿y tú te atreves a decirme a la cara que no podemos tenerla? Puede que los de tu calaña utilicen el arca para librar guerras y para aniquilar. No obstante, mi pueblo solo quiere recuperar lo que le fue arrebatado y reconstruir lo que fue destruido.

—¿Y después? —preguntó Chaya, que había escuchado visiblemente consternada—. ¿Qué crees que harán los hijos de Mahoma cuando vuelva a reunirse el Gran Concejo e intente volver a erigir el templo de Salomón?

¡Para ellos, el monte del Templo es tan sagrado como para nosotros y no dejarán que se lo quiten así sin más! El resultado será la guerra, Caleb, una sangrienta masacre, y no seremos mejores que los cruzados a quienes tú tanto aborreces.

—¿Cómo puedes decir eso? —gritó Caleb, furioso y atónito—. ¡Precisamente tú, la hija de un portador!

—Soy la hija de un portador, pero jamás presté ese juramento solo exigido a los herederos varones, en consecuencia nada me ata y puedo decidir con el corazón... y mi corazón me dice que Conn tiene razón, Caleb.

—¡Qué sorpresa! —exclamó su

primo, bufando.

—No me hables en ese tono tan desdeñoso, no me lo merezco. He hecho sacrificios para traeros el libro. Abandoné mi hogar y perdí a mi padre, soporté grandes penurias... pero no soy esclava de sus palabras.

—Pero Dios espera que...

—Los seres humanos esperan que la utilicemos —lo corrigió Chaya en tono enérgico—. Es imposible que Dios quiera que el odio y la guerra determinen nuestras vidas y que nos matemos mutuamente hasta que no quede ninguno de nosotros. ¿Acaso ese niño allí en la cuna no es una prueba de que entre nuestros pueblos también puede

existir el afecto? ¿Que podemos vivir juntos en paz? ¿Y es que con su presencia aquí Conn no demuestra que lo que lo une a nosotros es la amistad?

—No. Quiere quitarnos lo que nos pertenece y eso no es amistad.

—Si hubiera querido robaros, no habría tenido ninguna necesidad de regresar a Acre —objetó Conn.

—Pues puede que hayas cometido un error —siseó Caleb y se llevó la mano al puñal del cinto— porque, ¿qué habría de impedir que te apuñale por la espalda y te quite el pergamino?

—Es de suponer que Baldric... —replicó Conn, lanzándole una mirada a su padre adoptivo cuya mano ya estaba

apoyada en la empuñadura de la espada —, pero tienes razón, Caleb. Nosotros solo somos dos y vosotros sois muchos. Si te empeñas, no debería resultarte difícil apoderarte del libro.

—Entonces por las doce tribus de Israel, ¿por qué has venido? —preguntó Caleb, indeciso y al mismo tiempo furioso.

—Porque yo solo no puedo hacer lo que deseo hacer y necesito vuestra ayuda, pues no hablo la lengua autóctona y jamás he estado en Jerusalén. Y tampoco soy capaz de descifrar las señales del pergamino.

—Yo podría traducirlas —dijo Chaya—, ya lo he hecho una vez, pero

los trozos del libro que revelan el paradero del arca están en clave. Solo los miembros del Sanedrín, del concejo, conocen el secreto, cómo...

—Ya no es necesario. Berengario las descifró —dijo Conn.

—Entonces no debemos perder más tiempo.

—¡Chaya! —gritó Caleb, indignado—. ¿Pretendes hacer causa común con él? ¿Con un cristiano que quiere robar algo que pertenece a nuestro pueblo?

—No somos los únicos que van en busca del arca, Caleb —dijo Conn—. Guillaume de Rein está muerto pero su Hermandad aún existe. ¿Preferirías que ellos se hicieran con el arca?

Caleb apretó las mandíbulas y clavó la mirada en el suelo, presa de una cólera impotente.

—¡Es traición, Chaya!

—Es lo correcto —contestó ella sin inmutarse.

—Yo acompañaros —dijo Bahram en un mal francés pero comprensible; había permanecido sentado a la mesa y hasta entonces no había abierto la boca.

—¿Habláis nuestra lengua? —preguntó Conn, perplejo.

—Solo un poco —dijo Chaya—, quiso que se la enseñásemos.

—¿Por qué? —dijo Conn, arqueando las cejas.

Dado que aún no dominaba el

francés, el armenio respondió en arameo y Caleb tradujo sus palabras.

—Hace años vi una señal en el cielo. Era una estrella fugaz y un sabio me dijo que indicaba la extinción de un reino. Hoy sé que significaba la extinción de Oriente, porque la discordia reina entre los hijos del Profeta. Todos los gobernadores solo buscan su propia ventaja, por eso los francos saldrán victoriosos y es bueno hablar la lengua de los vencedores.

—Una reflexión inteligente —dijo Conn—. Pero suponer que los cristianos siempre están de acuerdo entre ellos es un error. Con mucha frecuencia, entre ellos también reinan la hostilidad y las

rencillas.

En vez de traducir, Caleb dijo en tono mordaz:

—Eso es algo que Bahram debe de tener claro, pues al igual que tú está bautizado.

—¿Es... sois cristiano?

Bahram asintió.

—¿Y, sin embargo, lucháis por los musulmanes?

El armenio negó con la cabeza.

—Lucho por mi mundo —lo corrigió, y Conn se sintió bastante tonto.

¿Acaso de verdad creyó que podía reconocer a un cristiano por su aspecto, por el color de su piel? Si también había cristianos que combatían en los ejércitos

de los califas y los sultanes, ¿cuántos de ellos —se preguntó— habrían encontrado la muerte bajo las armas de los cruzados? ¿Era ese el combate que debían librar para alcanzar la salvación de sus almas?

Bahram añadió unas palabras más en su propia lengua.

—¿Qué dice? —Quiso saber Conn.

—Que ya ha estado en Jerusalén en el pasado, cuando Tutush, su antiguo señor, visitó la ciudad. Conoce el camino al monte del Templo y puede conducirnos. Y también cree que podrá conseguir que los guardias os franqueen el paso a la ciudad.

Conn asintió: esa era exactamente la

clase de ayuda que necesitaba para su propósito. No obstante, no quería engañar a su nuevo aliado con falsas expectativas.

—No buscamos el arca con el fin de salvar Oriente.

—Bahram sabe —dijo el armenio.

—Entonces ¿por qué queréis acompañarnos?

—Tras caer Antioquía —dijo Bahram, tratando de explicarse en su defectuoso francés—, huir al sur, exhausto y sin hogar. Entonces tener visión... de esto.

Abandonó su lugar en la mesa y se acercó a Conn, metió la mano bajo su atuendo, extrajo algo y se lo mostró. Era

un fragmento de arenisca, de esos que se encuentran en todo el desierto, en cuya superficie había algo grabado que Conn reconoció de inmediato: un círculo formado por cuatro laberintos con una cruz en el centro. Entonces Conn le mostró el medallón que le dio el obispo Adhemar: la coincidencia eran tan desconcertante que Baldric se persignó.

—Por eso yo seguirte —dijo Bahram en voz baja.

—¡Entonces id! —exclamó Caleb—, ¡id a Jerusalén y quebrad las leyes! Yo no os ayudaré. ¡No puedo!

—Lo comprendo —dijo Chaya y se acercó a él—. Pero te suplico de todo corazón que durante mi ausencia cuides

del niño. ¿Harás eso por mí?

Caleb guardó silencio, quizá porque no estaba seguro de qué debía contestar.

—Chaya tiene razón —la secundó Conn—. Tú mismo dijiste que has sido un buen padre para el niño y que tu afecto por él es sincero: no puedo imaginar a nadie más indicado que tú para cuidarlo.

—¿Y eso lo dices justamente tú? —replicó Caleb.

—Sí, justamente yo.

Caleb le dirigió una mirada a Conn, después a Chaya y por fin al niño, y pese a que todo en él parecía resistirse al final asintió con la cabeza.

—Gracias —musitó Chaya y

depositó un suave beso en su mejilla.

—Gracias, amigo —también dijo Conn y al menos esa vez Caleb no lo contradijo.

Jerusalén

15 de julio de 1099

La batalla había comenzado temprano por la mañana.

La luz del nuevo día apenas había rozado las cúpulas de la ciudad cuando los atacantes empezaron a disparar proyectiles con violencia inusitada. Grandes cantidades de piedras y flechas cayeron sobre las murallas y los adarves, que indicaron a los ocupantes

de la Ciudad Santa que ese sería el día en el que se decidiría su destino dichoso o funesto, el día en el que los asediantes se disponían a lanzar el último ataque.

El día del Juicio Final, tal como Arnulfo de Rohes había proclamado en su apasionado sermón.

El son de los cuernos había llamado a los cruzados a las armas y, protegidos por una lluvia de flechas y proyectiles de catapulta, empujaron las torres de asedio hasta las murallas, la fortificación que Raimundo había mandado erigir al suroeste de la ciudad, la de Godofredo de Bouillon al norte.

Al principio los defensores musulmanes reaccionaron ante el ataque

con confusión y no presentaron una gran resistencia, lo cual permitió a los cruzados acercarse mucho a las murallas. Pero cuanto más duraba el combate, tanto más enconado se volvía el contraataque desatado por los soldados del gobernador mediante flechas y proyectiles incendiarios empapados en *naft*.

En el interior de la torre de asedio de tres plantas de los lotaringios reinaba una estrechez opresiva. Los hombres del duque, dispuestos y preparados a lanzarse contra el enemigo, se apiñaban los unos contra los otros. A través de las rendijas entre las paredes de madera cubiertas de cueros de animal penetraba

un poco de luz y de vez en cuando los hombres lograban echar un vistazo a lo que ocurría en las murallas. De momento, los eventos del combate a ambos lados aún dependían de la destreza de los arqueros y de los soldados que manejaban las catapultas, pero ello no tardaría en cambiar. Cuanto más se aproximaba la torre a las murallas, tanto más se reducían los disparos porque resultaba imposible disminuir el alcance de las catapultas a voluntad. El fuego griego entró en acción, pero este no solo incendió partes de la torre sino también las defensas de madera de las murallas, de modo que de ellas se elevó una densa nube de humo.

En la torre de asedio reinaba la oscuridad y el acre hedor del azufre impedía respirar, no solo a los hombres que ocupaban las plantas superiores de la máquina de guerra sino también a aquellos quienes, protegidos por la aterradora silueta, se encargaban de acercarla paso a paso a las murallas. Ninguno de los hombres sabía cómo se desarrollaba la batalla al sur de la ciudad y la suerte que corrían el conde Raimundo y los suyos. Luchaban por separado y cada uno debía dar el todo por el todo.

La torre de madera temblaba bajo el impacto de las flechas que la golpeaban con inquietante constancia. A veces

rebotaban contra el cuero tensado, pero casi todas se clavaban y de vez en cuando una penetraba por las pequeñas aberturas a través de las cuales las tropas de la torre atisbaban al exterior. Alzando el escudo, la mano apoyada en la empuñadura de la espada, el duque Godofredo y sus hombres aguardaron hasta que la torre solo se encontró a unos pasos de la muralla.

Entonces llegó el momento de la prueba decisiva.

Primero cayeron pesadas vigas de madera y establecieron una conexión entre la torre y las almenas. Un instante después, los cruzados que aguardaban en la segunda planta de la torre se lanzaron

contra el revestimiento exterior, que se soltó con un sonoro chirrido y cayó como una suerte de trampa y, al asentarse sobre las vigas, formó un puente que comunicaba la torre de los atacantes con las murallas de los defensores... y se inició la lucha cuerpo a cuerpo.

Había llegado el momento esperado por el duque y sus hombres, y el primero en cruzar el puente corriendo por delante de todos los demás fue el impetuoso Lethold de Tournaye, que superó las almenas y cayó sobre los sorprendidos guerreros del califa como un rayo. De inmediato le siguieron otros caballeros y en cuanto alcanzaron un

extremo del puente hacia el adarve, el duque Godofredo también cruzó el precipicio y corrió a ayudar a sus hombres. Su estandarte, que mandó clavar por encima de las almenas, indicó a la infantería apostada en el exterior de las murallas que una brecha había sido abierta, y entonces los soldados apoyaron docenas de escaleras contra las murallas.

Tanto desde la torre a través de la cual accedían cada vez más guerreros como a través de los diversos tramos de la muralla los cruzados entraron en la ciudad, al principio solo algunos, luego cada vez más... y entre cuantos superaban la muralla del norte e

irrumpían en el barrio judío —que se extendía hacia el sur hasta el monte del Templo— también se encontraban Eustacio de Privas y su jauría sedienta de venganza.

Los soldados fatimíes, guerreros de tez oscura de los lejanos desiertos africanos, como también los valientes milicianos judíos, no tuvieron más remedio que retroceder ante la presión... y la masacre siguió su curso.

—¿Vosotros también oís eso?

Conn se había detenido abruptamente y aguzó los oídos. Los golpes de los proyectiles lanzados por

las catapultas se habían interrumpido; en cambio desde el norte resonaron otros sonidos: gritos de terror y el entrecrocarse de las armas.

—La muralla del norte debe de haber caído —dijo Chaya, que le pisaba los talones y llevaba un amplio atuendo en forma de chilaba que la protegía de las miradas curiosas.

—Entonces que Dios se apiade de la ciudad y de sus habitantes —añadió Baldric, que formaba la retaguardia del pequeño grupo y les cuidaba las espaldas.

Habían llegado desde Acre la noche anterior y lograron acceder a la ciudad gracias a Bahram. Afirmando que era un

comerciante de Damasco que viajaba en compañía de su mujer judía y de dos esclavos francos, logró ganarse la confianza de los guardias y que le franquearan el paso a través de la puerta Dorada —por donde los cruzados no podían entrar— justo antes de que la cerraran. Pasaron la noche en un mesón cerca del barrio judío y el sonido de los cuernos y el impacto de los proyectiles los despertaron antes del amanecer.

El ataque contra Jerusalén había comenzado... y a juzgar por los horripilantes sonidos que resonaban entre las callejuelas del barrio judío, los cruzados estaban avanzando.

Fue como si de pronto el tiempo se

detuviera.

Conn percibió el hedor amargo que recorría las callejuelas desde el norte y anunciaba fuego y destrucción. El temor que atenazaba la ciudad era casi tangible y no se veía ni un alma en medio de la penumbra. Los habitantes del barrio se habían atrincherado tras las entradas de sus casas, pero después de todo lo visto y vivido en Antioquía, Conn no creyó que aquello detendría a los conquistadores.

Con gesto decidido les indicó a sus tres acompañantes que avanzaran, y se apresuraron a recorrer la cara norte del monte del Templo que se elevaba por encima de sus cabezas, coronado por la

cúpula dorada, iluminada por los primeros rayos del sol.

El tiempo apremiaba.

Conn ignoraba cuánto le había revelado Berengario a Eleanor de Rein antes de descubrir su auténtico carácter y apartarse de ella, pero supuso que sus esbirros sabían dónde debían buscar la entrada a las cavernas subterráneas. ¿Y quién podría decir si ya se encontraban en la ciudad?

La búsqueda del arca suponía una carrera contra el destino y, mediante la ayuda de las notas de Berengario, Conn confiaba en ganarla.

Tal como Chaya le había explicado, el libro de Ascalón informaba acerca de

la historia del arca sagrada, desde los días del rey Salomón hasta aquellas horas desesperadas en las que leales sacerdotes la ocultaron de los invasores babilonios; pero entre líneas, ocultos entre citas del *tanaj*, el conjunto de los veinticuatro libros de la Biblia, había indicaciones sobre el paradero del arca. Para aquel capaz de interpretarlas, dichas palabras señalaban el camino al lugar donde estaba escondida. La carrera por la posesión del arca era la auténtica batalla librada ese día.

«Tal vez nunca se trató de otra cosa...», pensó Conn.

—La primera nota se refiere a la entrada al escondite —proclamó con el

pergamino en las manos—. Cita un fragmento del séptimo capítulo del Génesis.

—El primer libro de Moisés —dijo Chaya, procurando recordar lo que sabía al respecto—. El séptimo capítulo trata del arca de Noé y del Diluvio.

—Exactamente —dijo Conn y siguió leyendo las notas en latín—. Berengario llegó a la conclusión de que la entrada al escondite debía de encontrarse cerca del agua. Dado que Jerusalén no está a orillas del mar ni de un gran río, pensó en una fuente o...

—... en una cisterna —dijo Bahram, completando la frase y señalando calle abajo a lo largo de la muralla y las

rocas del monte del Templo—. ¡Seguir a mí!

El armenio se puso en cabeza y todos apresuraron el paso, solo para encontrarse poco después frente a una puerta cerrada que daba a un hueco tallado en el muro. Los compañeros intercambiaron miradas; ninguno de ellos sabía si esa era la puerta que buscaban, aunque ciertos indicios lo indicaban.

—Veamos —dijo Baldric y extrajo un hacha de debajo del manto. Era de dos filos y estaba forjada para intervenir en el campo de batalla, pero también entonces resultó muy útil. Tras dos golpes poderosos, el cerrojo se

desprendió de la madera reseca y pudieron franquear la puerta.

Se apresuraron a encender antorchas y todos se adentraron en la negrura que acechaba más allá de la entrada, encabezados por Conn y seguidos por Chaya, Bahram y Baldric, como siempre a la retaguardia.

El aire era húmedo. Tras pocos pasos el pasadizo desembocó en una amplia caverna cuyo suelo descendía abruptamente y que estaba rodeada de un muro bajo. Al otro lado se abría una profundidad insondable: la cisterna.

Conn se acercó al borde pero la luz de la antorcha era insuficiente para iluminar el fondo y tampoco se veía un

reflejo, lo que habría sido el caso si en el fondo hubiera agua. Conn soltó su antorcha y esta cayó al vacío... y golpeó contra rocas secas a unos sesenta pies de profundidad. Quizás eso había sido una cisterna hacía mucho tiempo, pero ahora estaba en desuso.

Desde el borde unos peldaños tallados en la roca descendían hacia las profundidades. Los compañeros los recorrieron hasta que a media altura dieron con una estrecha abertura que parecía poco más que una grieta formada en la roca por un capricho de la naturaleza. Por debajo de esta, el color de la piedra indicaba que el agua solo había llegado hasta allí.

Conn se detuvo e intentó ver más allá de la oscuridad de la grieta, pero fue en vano.

—¿Qué te pasa? —preguntó Baldric.

—Creo que este es nuestro camino.

—¿Qué te hace pensar eso?

—La siguiente indicación de Berengario, que se refiere al segundo capítulo del libro de Jonás.

—Conozco ese trozo —dijo Chaya —, mi padre me lo leyó a menudo: «Y el Señor llamó a un gran pez para que devorara a Jonás», pone allí.

—*Deus adiuva!*

El terrible grito de guerra de los

lotaringios resonó en las callejuelas. La muralla del norte había caído y un gran número de soldados irrumpió en la ciudad; estos recorrían las hileras de las casas y sencillamente barrieron la escasa resistencia con la que se encontraron.

La defensa del norte de la ciudad se había desmoronado. Tras enfrentarse a los atacantes durante semanas, los soldados de la guarnición se vieron obligados a retroceder y se retiraron al monte del Templo, que se elevaba cual fortaleza inexpugnable al este de la ciudad... pero no fueron los únicos que se dirigieron allí presa del terror. También la mayoría de los habitantes del

barrio judío habían preferido no aguantar en el interior de sus casas sino buscar protección en el monte del Templo, junto con muchos musulmanes que confiaban en encontrar allí un último refugio. Y en cuanto abrieron la puerta de San Esteban situada al noroeste de la ciudad, miles de otros cruzados entraron en la ciudad. Su meta también era la Cúpula Dorada y resplandeciente que se elevaba por encima de Jerusalén, visible desde lejos y que prometía la gloria y un rico botín.

En las calles se inició una espantosa carnicería, pues los guerreros francos aniquilaban a cuantos se encontraban, daba igual que fuesen soldados, siervos

o mendigos. Un torrente de sangre fluía hacia el monte del Templo desde el norte: cuanto más asesinaban los cruzados, tanto mayor se volvía su odio y tanto más destructor el éxtasis asesino en el que se sumían.

Entre ellos también se encontraba Eustacio de Privas, encabezando a los guerreros con los que aún contaba la Hermandad. Ese era el día por el cual habían vivido y fundado su comunidad.

El caballero de Provenza tenía tan presente el encargo de Eleanor de Rein como si él mismo lo hubiese decidido. No sospechaba que ella le administraba un veneno de efecto maléfico en pequeñas dosis que lo convertía en su

sumiso criado. Ella le había dicho que en el monte del Templo debía de haber una puerta que conducía a su interior, un acceso oculto en una vieja cisterna.

Allí se ocultaba la llave del poder... y allí también se dirigían los asesinos de Guillaume.

La locura desatada en la superficie resultaba imperceptible en las profundidades bajo el monte del Templo. Era como si en medio de la galería barrida por el aliento de un pasado muy remoto reinara otro tiempo y otra realidad. Con y sus compañeros se habían adentrado en el monte, cuyas innumerables galerías y cavernas formaban un laberinto milenario e inabarcable... un dédalo, como dijo Bahram.

Para orientarse en medio de los numerosos cruces y galerías laterales, los compañeros marcaban con el tizne de las antorchas las paredes y así, a medida que seguían las indicaciones de Berengario, penetraron cada vez más profundamente a lo largo de pasadizos cubiertos de polvo que nadie había pisado en siglos. Sin el trabajo previo del monje, que había descifrado los enigmas, hubiese resultado imposible abrirse paso a través del laberinto.

A veces eran fragmentos bíblicos completos, otras solo palabras sueltas que formaban indicaciones en clave e indicaban el camino. Cuando en el libro aparecía la palabra *kohelet*, que

significaba «el saber de los sabios a su derecha y el saber de los necios a su izquierda», indicaba cuál pasadizo habían de tomar; y cuando citaba al profeta Isaías diciendo que «humilla los orgullosos ojos de los hombres y doblega su arrogancia» ello indicaba que debían enfilear una galería tan baja que solo podían recorrerla agachados.

Los fragmentos de texto del libro y la realidad del laberinto conformaban una unidad tan perfecta que era imposible saber cuál había existido antes. Bahram, experto en interpretar las estrellas, se tomó esa relación con indiferencia, pues para él solo reflejaba el orden del cosmos deseado por el

Creador. Pero a Conn, que nunca se había ocupado de semejantes asuntos, le parecía un milagro. Hasta los más pequeños detalles cobraban sentido y cuanto más avanzaban tanto más convencido estaba que lo que los había reunido allí no era la casualidad sino la voluntad divina.

Un anglosajón y un normando.

Un cristiano y una judía.

Un cruzado y un oriental.

De pronto Baldric se volvió; el rostro del normando se endureció y entrecerró su único ojo.

—Oigo algo —dijo.

Conn y los demás aguzaron los oídos. Se oían pasos rápidos en el suelo

rocoso. El tintineo metálico de armas y armaduras.

—No estamos solos —constató Baldric y desenvainó la espada pese a que en la estrecha galería casi no podría utilizarla—. Alguien nos pisa los talones.

—¡Vamos, adelante! —insistió Conn y todos tomaron el camino indicado y lo siguieron hasta una caverna con dos salidas. Por encima de ambas aparecían caracteres hebreos grabados en la roca.

—Hagáis lo que hagáis, hacedlo con rapidez —insistió Baldric con voz sombría, pues los pasos se volvían cada vez más sonoros.

Ya se oían gritos de excitación

resonando a través de las galerías.

Gritos en lengua francesa.

—Berengario indica un fragmento del cuarto libro de Moisés, que informa de los sacrificios de los jefes de las tribus ante la reliquia...

—... cada uno ofreció doce sacrificios —añadió Chaya, que conocía el fragmento e indicó las señales grabadas por encima de la galería izquierda—. Allí figura el doce.

—Entonces id —gruñó Baldric y se situó de manera que pudiera observar la galería a través de la cual accedieron al recinto.

—¿Qué te propones? —preguntó Conn.

—Detenerlos el mayor tiempo posible —dijo el normando en tono firme.

—¡No! —exclamó Conn, negando con la cabeza—. Entonces yo también me quedaré.

—¡Tonterías! Eres el único capaz de leer las notas de Berengario. ¡Si te matan nuestra misión habrá fracasado!

—¡Pero te matarán a ti!

—Tal vez... pero mi alma inmortal por fin encontrará satisfacción. Por eso, y solo por eso, he venido a Jerusalén.

Conn tragó saliva; tuvo que hacer un gran esfuerzo para no contradecirlo, pero calló. Por una parte, porque no lograría que su padre adoptivo cambiara

de idea. Por la otra, porque una voz interior le decía que ese era el camino trazado para Baldric. Su redención.

Entonces volvieron a oír gritos, los perseguidores estaban próximos.

—Idos —insistió Baldric—. Que el Señor os acompañe.

—*Shalom*, Baldric —dijo Chaya. Luego se volvió y corrió hacia la galería encima de cuya entrada aparecía la cifra doce.

Conn le lanzó una mirada vacilante a su padre adoptivo. Este lo saludó con la cabeza y su mirada era tan confiada y firme que Conn superó el dolor de la despedida y siguió a Chaya. Bahram también se dispuso a marchar, pero

primero quiso marcar la entrada de la galería con el tizne de la antorcha.

—No —dijo Baldric, sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué no?

El normando indicó la dirección de la que surgían los sonidos.

—Porque así fue como nos encontraron —dijo en tono sombrío.

Echaron a correr a toda prisa mientras a sus espaldas oían el fragor del combate: el entrechocar del acero, gritos, de vez en cuando la voz sonora de Baldric que se burlaba de sus enemigos aunque estos ya lo superaban en número.

El corazón de Conn latía aprisa.

En parte hubiese preferido regresar de inmediato y acudir en ayuda de su padre adoptivo, al tiempo que una voz interior le decía que entonces lo pondría todo en peligro, y con voluntad férrea se obligó a seguir corriendo con lágrimas de rabia e impotencia en los ojos.

Entonces enmudecieron los sonidos.

La lucha había acabado y no hacía falta ser adivino para saber cómo.

Sin dejar de correr, Conn cerró los ojos y pronunció una breve plegaria, encomendó el alma inmortal de Baldric al cielo y confió en que el viejo guerrero por fin se liberara de aquella culpa con la que había cargado gran parte de su

vida. Entonces volvió a oír pasos, no tan numerosos como antes pero igual de apresurados.

—Dos pasadizos —soltó Bahram, corriendo más deprisa—. Perseguidores se han dividido.

Conn asintió... pasara lo que pasase, se enfrentarían a un número menor de enemigos que antes. Sin contar aquellos que durante el combate con Baldric pagaron con su vida.

De pronto alcanzaron otra caverna cuyo techo estaba cubierto de artísticas y antiquísimas pinturas, pero de las cuales solo quedaban los restos de su antiguo

esplendor. Tres galerías salían de la caverna, pero algo había cambiado.

—¡Ninguna parte del texto se refiere a esto! —Constató Conn, desenrollando el pergamino hasta el final.

—Entonces debemos de haber tomado un camino equivocado —dijo Chaya.

—Es imposible —dijo Conn, sacudiendo la cabeza—. Hemos seguido todas las indicaciones exactamente.

—¿Y si Berengario se hubiese equivocado? —insistió Chaya.

—No —repitió Conn, a pesar de las dudas que se adueñaban de él como un veneno corrosivo. ¿Habían pasado algo por alto y por eso estaban en un callejón

sin salida? ¿Tendrían que volver a recorrer el camino?

Entonces pensó en los perseguidores, cuyos pasos y voces se volvían más sonoros. Con manos trémulas acercó el pergamino a la luz titilante de la antorcha y leyó lo escrito por Berengario. Era la última nota que había apuntado y Conn no comprendía qué significaba: *Signa litteraeque non finis, sed initium fidei bonae in unum deum.*

—¿Qué significa eso? —preguntó Chaya en tono apremiante.

—Que los signos y las letras no son el fin sino el comienzo de la verdadera fe en un único Dios —dijo Conn—.

¿Qué significa eso? ¡No lo entiendo!

Los gritos de sus perseguidores aumentaron de volumen y de pronto un rayo de luz apareció en la galería.

—¡Allí hay alguien! —gritó una voz.

—¡Ya los hemos cogido!

Conn se apresuró a enrollar el pergamino, lo introdujo en el cinto y desenvainó la espada, Bahram no lo imitó.

—¿Qué esperáis? —le espetó Conn, poniéndose delante de Chaya para protegerla—. Estarán aquí en un instante.

—Yo reflexionar —contestó el armenio en tono sosegado.

—¿Sobre qué? ¿Sobre las palabras

de Berengario? —exclamó Conn, soltando una carcajada—. ¿Acaso creéis que bastará con reflexionar para...? — Pero enmudeció al ver que el rostro del armenio de pronto se iluminó—. ¿Qué pasa?

—No ser yo, ser vos mismo quien haber encontrado la solución. Último enigma no tratar de signos o palabras... Sino de fe, eso decir Berengario.

—Tiene razón, Conn —lo secundó Chaya—. Podría tratarse de una prueba de fe. Quieren saber si realmente estamos seguros, si no tenemos reparos.

Conn frunció los labios y dirigió la mirada a la caverna y a las tres salidas.

—Incluso si tuvierais razón, ¿qué

pasadizo hemos de tomar?

—Cada uno de nosotros otro
pasadizo —propuso Bahram.

Conn hizo una mueca. La idea de separarse de Chaya y exponerla a un peligro aún mayor le disgustaba, pero la expresión de arrojo de la joven le indicó que de todos modos ella ya se había decidido.

—Está bien —dijo—, debemos creer, Conn.

—¡Allí están! ¡Allí delante!

El haz de luz que surgía de la galería se había vuelto más brillante y proyectaba las largas sombras de unas siluetas oscuras que blandían armas.

Conn se dio cuenta de que no tenía

otra opción. Se despidió de Chaya con un beso apresurado, saludó a Bahram con la cabeza... y cada uno de ellos se dirigió a una salida diferente.

Conn echó a correr a toda prisa. Solo tras unos cuantos pasos se dio cuenta de que llevaba el pergamino consigo y que por tanto los demás no disponían de indicaciones, luego recordó que el saber de Berengario había llegado a su fin. ¿Bastaría para alcanzar la meta de la búsqueda?

Al menos sus perseguidores tuvieron que dividirse. A juzgar por los pasos que lo perseguían Conn solo debía enfrentarse a dos adversarios con los cuales —si las circunstancias le eran

propicias— lograría acabar... pero la idea de que al menos el mismo número perseguía a Chaya, lo volvía loco.

Avanzó lo más rápido que pudo, pero con cada paso que daba se veía obligado a agacharse porque la galería era demasiado baja para mantenerse erguido. La antorcha que llevaba en la mano chisporroteaba al tiempo que seguía avanzando, murmurando breves plegarias.

De pronto el pasadizo llegó a su fin.

De un instante al otro, Conn volvió a encontrarse en una caverna en cuyo techo resplandecía un cielo con estrellas pintadas; no tuvo tiempo de admirarlo porque un momento después ya no

estaba solo.

Alzó la espada al oír una respiración entrecortada y pasos apresurados... solo para encontrarse frente a Bahram, cuyo pasadizo también desembocaba en la caverna y un instante después Chaya se unió a ellos. Con ella se estrechó entre sus brazos al tiempo que agradecía mentalmente a Berengario.

El viejo zorro había tenido razón: para superar el último obstáculo lo único necesario fue la fe.

—¡Conwulf! ¡Chaya!

Bahram ya se encontraba en el centro de la cueva, bajo el firmamento estrellado artificial que resplandecía a la luz de las antorchas. Allí había un

baldaquín de piedra y por debajo apareció algo que parecía un sarcófago incrustado en la roca.

Un sarcófago en cuya tapa estaba grabado un símbolo que todos conocían.

El sello de Salomón.

El Arca de la Alianza.

Ninguno de ellos dudó de que esta se hallara dentro del sarcófago de piedra, pues ese recinto situado al final del laberinto parecía irradiar un poder inexplicable.

Conn se persignó e inclinó la cabeza. Chaya se cubrió el rostro con ambas manos e hizo una reverencia, Bahram cayó de rodillas... pero el momento de piadosa reverencia llegó abruptamente a su fin. Resonaron pasos

y el tintineo metálico de las armas... y sus perseguidores irrumpieron violentamente desde las tres entradas.

Eran caballeros, normandos y provenzales, y Conn reconoció a su líder pese a la cota de malla que cubría la parte inferior de su rostro: era Eustacio de Privas, el devoto compañero de Guillaume de Rein.

—¡Asesinos! —rugió Eustacio, alzó la lanza que sostenía en la derecha y la arrojó contra Conn, que no disponía de un escudo.

Este no tuvo tiempo de reaccionar. La lanza volaba hacia su pecho y se le hubiera clavado si otro no hubiera soltado un grito y se hubiera interpuesto

en la trayectoria del mortífero proyectil. Pero el grito de espanto de Chaya enmudeció súbitamente cuando la lanza se clavó en su pecho.

La violencia del impacto la derribó y cayó al suelo. Con expresión horrorizada, Conn clavó la vista en el asta de madera que surgía de su delicada figura y en la sangre oscura que empapaba su túnica.

—¡Chaya!

—¡Muere, asesino!

Furioso porque la lanza no había dado en el blanco, Eustacio de Privas desenvainó la espada y arremetió contra Conn, cuya experiencia en el combate hizo que adoptara una posición

defensiva en el acto. Toda una jauría de atacantes se lanzó sobre Bahram, que también había desenvainado y luchaba por su vida.

Uno de los atacantes cometió el error de subestimar el arma curva y mucho más flexible de su contrincante y su mano derecha cayó al suelo aún aferrada a la empuñadura de la espada. Presionando el ensangrentado muñón, el provenzal retrocedió aullando y se refugió en la galería. Un compinche que lo siguió con la mirada pagó su descuido con la vida cuando el arma del armenio le cercenó la garganta.

Conn tuvo que esforzarse por mantener a raya a su adversario. Había

arrojado la antorcha a un lado para concentrarse en blandir la espada, pero Eustacio no era el único que le asestaba mandobles sino también uno de sus hermanos sectarios, que en vez de una espada blandía un garrote provisto de pinchos de hierro. Conn tuvo que esforzarse por eludirlo y se lanzó al ataque, pero el otro lo esquivó. Como si fuera un conejo asustado, sus enemigos lo persiguieron hasta que se encontró de espaldas a las columnas que sostenían el baldaquín de piedra.

El otro volvió a blandir el garrote, Conn se agachó y el arma impactó en la columna, a un palmo por encima de su cabeza y arrancó fragmentos de piedra

que cayeron sobre él. El caballero —a juzgar por el yelmo y la cota de malla era un normando italiano— soltó una carcajada desdeñosa y alzó el garrote para asestarle otro golpe. Pero tropezó y se balanceó hacia atrás. Eustacio quiso ocupar su lugar y arremetió contra la garganta de Conn para decapitarlo, pero este alzó su espada y detuvo el golpe, al tiempo que alzaba la pierna derecha, le pegaba un puntapié a su otro adversario y este perdía definitivamente el equilibrio y caía hacia atrás, arrastrado por el peso del garrote. Mientras aún procuraba mantenerse en pie chocó contra la pared de la caverna y los pinchos del garrote se clavaron en su

espalda. Boquiabierto de miedo y de dolor, cayó hacia delante.

Entonces Eustacio de Privas se lanzó al ataque con un furor aún mayor, pero su mirada, que asomaba por encima de la gola y la visera, era extrañamente inexpresiva. Conn casi tenía la sensación de luchar con un muerto: los movimientos de Eustacio eran desapasionados... y sin embargo tan precisos y violentos que Conn tuvo que emplearse a fondo para detenerlos.

Cuando las espadas entrec chocaron saltaron chispas al tiempo que el esbirro de Eleanor perseguía a su contrincante a través de la caverna y luego otra vez hacia el lugar en el que empezó el

intercambio de cintarazos. Los músculos de Conn temblaban y sus fuerzas se reducían, pero De Privas apenas jadeaba y de pronto lanzó un mandoble contra las piernas de Conn.

Conn detuvo el golpe bajando el arma cuya punta casi rozaba el suelo, pero Eustacio parecía haber esperado ese movimiento, pues, lanzándose hacia delante y atropellando a Conn, le hizo perder el equilibrio y este se tambaleó. Logró detener otra arremetida dirigida contra su vientre, pero el cintarazo fue tan violento que le arrancó la espada de la mano y el arma cayó al suelo soltando un chirrido mientras que Conn tropezó con algo y cayó... y se encontró junto al

cadáver del otro guerrero para quien su propia arma había supuesto la perdición.

—¡Por Guillaume! —gritó Eustacio, inclinándose por encima de Conn y este a duras penas logró esquivar el mandoble lanzándose hacia un lado.

Con un sonido horripilante, el acero penetró en el cuerpo sin vida del sectario y volvió a soltar un chasquido repugnante cuando Eustacio arrancó el arma. Quiso asestarle otro mandoble... pero Conn ya estaba de pie, blandiendo el garrote del caído con todas sus fuerzas.

El ataque sorprendió al provenzal; este bajó el arma pero la violencia del impacto penetró a través de su débil

defensa y los pinchos atravesaron la cota de malla y se clavaron en su vientre.

El esbirro de Eleanor se encogió, como si quisiera abrazar el arma mortífera. Conn arrojó el garrote a un lado y su adversario cayó al suelo cubierto de polvo, que inmediatamente se tiñó de rojo. Conn ya se había vuelto para enfrentarse al siguiente enemigo, pero ya no había nadie más. Bahram permanecía de pie resollando, entre cinco cuerpos sin vida, y la hoja de su cimitarra manchada de sangre brillaba bajo la luz de las antorchas.

El combate había acabado.

Jadeando, Conn corrió hacia Chaya.

Se había arrancado la lanza y entonces la sangre brotó aún más abundantemente de la herida y le empapó el vestido. Cuando cayó de rodillas a su lado y apoyó la cabeza de ella en su regazo, surgieron los recuerdos de lo acaecido en Londres hacía un tiempo inmemorial y que entonces volvían a hacerse presentes.

—¡Chaya! —musitó, horrorizado—, ¿qué has hecho?

Aunque el dolor debía de ser atroz, Chaya logró sonreír.

—Te he salvado... por fin.

—Me has salvado la vida a menudo —dijo él con los ojos llenos de lágrimas; notó que la vida la

abandonaba y que él nada podía hacer para impedirlo—. Mucho más a menudo de lo que imaginas.

—Como tú la mía —dijo. Quiso volver a sonreír, pero un dolor punzante hizo que se estremeciera y crispó sus rasgos hermosos—. Conn... —musitó.

—¿Sí?

—Nuestro hijo... debes cuidar de él, ¿me oyes?

—Lo haré —prometió Conn y las lágrimas se derramaron por sus mejillas—. Te lo juro.

Entonces el rostro de Chaya se relajó.

—No estés triste, amado mío. El invierno ha pasado, las lluvias han

cesado, el campo se cubre de flores...

Conn sacudió la cabeza. No quería oír hablar de flores y de alegría cuando en su corazón reinaba la tristeza.

—No, por favor —susurró con voz entrecortada.

—Que Adonai te bendiga y te proteja, amado mío —dijo ella en voz tan baja que él tuvo que inclinarse para oírla—. Que vuelva su semblante hacia ti y te dé la paz...

En cuanto terminó de pronunciar esas palabras su mirada se apagó y su cuerpo se relajó; Conn supo que su alma la había abandonado.

Permaneció un momento más acurrucado en el suelo, le deseó la paz y

se despidió con un beso en la frente... después dio rienda suelta a su dolor y a su ira por la impotencia con un grito tan sonoro que su voz rebotó contra las paredes de la cueva.

Presa del dolor, cogió el pergamino que aún llevaba en el cinto y por el cual tantos habían perdido la vida: seres amados, amigos, compañeros que jamás olvidaría. Y sin pensárselo dos veces y antes de que Bahram pudiera impedirlo, sostuvo el pergamino contra la llama de la antorcha apoyada en el suelo a su lado.

Conn contempló el pergamino en llamas con ojos empañados por las lágrimas y sintió cierta satisfacción al

pensar que ya no causaría la muerte de nadie. Lo sostuvo en la mano hasta casi quemarse y luego lo arrojó al suelo y observó cómo el libro de Ascalón se convertía en cenizas.

Se sentía liberado y, si bien ello no aliviaba la pena que lo embargaba, sirvió para reducir su amargura y su rabia.

—¿Conwulf? —dijo Bahram, que se había aproximado y le apoyaba una mano en el hombro.

—¿Qué? —espetó Conn.

En vez de contestar, el armenio se limitó a señalar el sarcófago con el sello de Salomón.

El arca.

Todavía estaba allí, hacía siglos que aguardaba a que alguien la sacara de su oscuro escondite y la llevara a la luz. Faltó poco para que cayera en manos de poderes que pretendían utilizarla para la guerra y la destrucción, no para vincular a Dios y los hombres.

Solo de eso se trataba.

No de confesiones sino de convicciones. No de aquello en lo que alguien creía sino de la naturaleza de sus actos.

Conwulf lo comprendió en ese instante en el que en lo alto, por encima de su cabeza en el monte del Templo de Jerusalén, los victoriosos cruzados caían a sangre y fuego sobre los

indefensos habitantes de la ciudad y masacraban a cientos de judíos y musulmanes.

Durante el largo peregrinaje que los condujo desde la lejana Europa hasta la Ciudad Santa habían buscado a Dios, pero solo se habían encontrado a sí mismos, a su humana codicia y su sed de venganza. Sin embargo, a Conn y a sus compañeros les fue concedido captar una idea del reino de los cielos, por más escasa que fuera, de la armonía que podía reinar entre los hijos de Dios y que algún remoto día quizá también lo haría.

Al final, Chaya así lo había creído con firmeza.

Berengario había encontrado consuelo en ello.

Baldric lo había experimentado.

Y esa idea obligaba a Conn a cumplir con la misión que él mismo se había impuesto. Y Bahram al-Armeni, su antiguo enemigo y adversario en el campo de batalla, el único compañero que aún le quedaba, le ayudaría a cumplirla.

Ese escondite ya no era seguro.

Había que trasladar el arca a otro lugar muy alejado donde estuviera a salvo de los fanáticos, profesaran la fe que profesasen, hasta que los seres humanos hubiesen madurado y supieran emplear ese obsequio de valor

incalculable de manera correcta.

Algún día.

Un remoto día —Bahram estaba convencido de ello— que ya estaba escrito en las estrellas.

Epílogo

Ascalón

En el año 69 del reino de Jerusalén

Eso fue lo que ocurrió. Y que nadie afirme que se ha excluido algo importante y añadido algo sin importancia solo para alegrar el corazón del lector. Pues he apuntado todo tal como me fue narrado por quienes estaban allí y lo presenciaron.

Ignoro adónde trasladaron el arca sagrada Conwulf y Bahram y tampoco

especularé al respecto; no obstante, desde aquel tenebroso día en que los cruzados conquistaron Jerusalén y cayeron sobre los habitantes con mano asesina nunca más fue vista. Algunos afirman que Dios se alejó debido a los actos sangrientos que los guerreros cometieron en Su nombre, pero yo no estoy en condiciones de confirmarlo y tampoco deseo negarlo.

Lo que sé es que Bahram al-Armeni nunca regresó a su hogar de Tal Bashir y tampoco se convirtió en el hombre de ciencia que siempre quiso ser. Tras los acontecimientos de Jerusalén volvió a ponerse al servicio del califa e intentó mediar entre musulmanes y cristianos

con el fin de impedir más derramamientos de sangre. Lo hizo con tal convicción que el califa lo nombró Gran Visir del reino.

Nadie volvió a saber nada de Eleanor de Rein. Algunos dicen haberla visto tras la ocupación de Jerusalén, deambulando por las calles encharcadas de sangre, con el juicio perdido y murmurando el nombre de Eustacio, a quien confiaba encontrar entre todos los muertos; otros afirman que tras recibir la noticia de la derrota de Eustacio ella misma se quitó la vida. Sin embargo, lo que resulta indiscutible es que jamás accedió a ese poder que tanto ansiaba y por el cual estaba dispuesta a cometer

cualquier crimen. Olvidada por la historia, acabó como tantos otros que se unieron a la peregrinación con el corazón impuro y oscuros propósitos.

Es sabido que, tras la caída de Jerusalén, Caleb Ben Ezra se dirigió a Ascalón junto con el hijo de Chaya y Conwulf, que le había sido confiado. Finalmente, también Ascalón cayó en manos de los cruzados y con ellos Conwulf alcanzó la ciudad, que a partir de entonces se convirtió en su hogar. El gran peregrinaje, que exigió tantos esfuerzos a cuantos participaron en él y se cobró tantas víctimas, había llegado a su fin.

Sin embargo, el niño creció al

cuidado de dos padres que no solo le proporcionaron su afecto, sino también todo su saber y su experiencia. Como hijo de dos mundos distintos, aprendió a manejar la espada pero también la pluma, accedió a las verdades bíblicas y también a las de la Torah y el Talmud, así que no es casualidad que quien haya redactado esta historia para preservarla para la posteridad sea él.

Mientras mi padre seguía con vida fui incapaz de redactar aquellos acontecimientos —de los cuales habló tan a menudo hasta que se convirtió en un anciano— y confiarlos a la silenciosa paciencia del pergamino. Pero ahora que ha muerto hace muchos años y yo mismo

me encuentro en el otoño de la vida, por fin encontré el valor y la fuerza de formular esos misteriosos acontecimientos en palabras.

En lo que respecta a mi madre, fue sobre todo mi tío quien me habló de ella; mi padre no lo hizo casi nunca, quizá porque lo entristecía demasiado o tal vez porque no necesitaba recordarla para pensar en ella. No obstante, confío en que ahora ambos están unidos para siempre.

Un cristiano y una judía.

En ese reino de los cielos que les pertenece a todos.

BALDRIC BEN SALOMON

Anno Domini 1168

Palabras finales del autor

Admito que comparar la tarea de escribir una novela con un viaje no es muy original y tampoco es la primera vez que hago dicha comparación... pero da la casualidad que resulta considerablemente adecuado y eso es algo que no se puede decir de muchas comparaciones. Como autor, uno planifica dicho viaje, establece la meta y la extensión, pero durante la partida uno aún no sospecha qué circunstancias imprevisibles te aguardan y con quiénes

te encontrarás de camino. Y cuando por fin has alcanzado el objetivo estás tan lleno de las impresiones dejadas por el viaje... Como yo, al escribir estas líneas.

En el caso de *El libro secreto de Ascalón* los preparativos se remontan bastante atrás en el tiempo. Hace ya ocho años que tenía la idea básica en la cabeza y en aquel entonces la resumí y se la presenté a la editorial junto con otro guión titulado *La Hermandad de las Runas*, Stefan Bauer, que tanto en el pasado como en el presente es mi lector en la Editorial Lübbe, me aconsejó con sabia previsión que primero lo intentara con *sir* Walter Scott y la vieja Escocia y

dejara descansar *El libro secreto de Ascalón* un poco más: un consejo por el cual solo puedo agradecerle *a posteriori*. Sin embargo, cada vez que dispuse del tiempo y de la inspiración seguí trabajando en la crónica del joven Conwulf, que se ve atrapado en el engranaje de la historia de manera involuntaria y que, con el trasfondo de unos acontecimientos cuyas consecuencias aún se palpan en el presente, rastrea un secreto milenario... hasta que por fin llegó el momento indicado de contar también esta historia. Tras más de ocho años de preparación, el viaje podía comenzar, y quisiera agradecer a cuantos me acompañaron en

el camino y me prestaron su apoyo: A Stefan Bauer y Judith Mandt, del baluarte Lübbe, por su apoyo incansable y amistoso; a mi agente, Peter Molden, por cuya aprobación me animó y me impulsó; a Daniel Ernle, por su siempre magnífica tarea que también comprendió el viaje de Conwulf desde un punto de vista estilístico; a Helmut Pesch, por el maravilloso mapa que nos permitió seguir el itinerario de los personajes; a Simone Brack, por la revisión de los trozos en lengua extranjera, y también a Susanne Witting, por sus valiosas indicaciones acerca de la cultura judía; y por supuesto quiero agradecer a mi maravillosa familia, a Christine, mi

mujer, y a mi hija Holly, sin las cuales los viajes tan largos y de semejante alcance serían imposibles y, porque nunca se niegan a acompañarme.

Una vez llegado a la meta, predomina una sensación de alivio creativo con el que uno contempla el tramo recorrido... y también se hace presente la pregunta acerca de lo que otros experimentarán si transitan el mismo camino. En ese sentido, albergo la esperanza de que a usted, apreciado lector, este viaje a una época muy remota le resulte tan fascinante como a mí.

MICHAEL PEINKOFER
Primavera de 2011



MICHAEL PEINKOFER (Kempten, Alemania, 1969). Cursó estudios de literatura alemana, historia y ciencias de la comunicación en Munich.

Desde 1995 se dedica a la escritura, el periodismo cinematográfico y la traducción. Actualmente vive en la

región de Algovia, en el sur de Alemania.

Su novela *Trece runas*, traducida a siete idiomas, fue un rotundo éxito de ventas en Alemania y España, y lo dio a conocer como uno de los referentes entre los jóvenes autores europeos de novela histórica.

La maldición de Thot, *La llama de Alejandría*, *Las puertas del infierno* y *La luz de Shambala* son los títulos que conforman la serie dedicada a la intrépida arqueóloga victoriana Sarah Kincaid.

Posteriormente se han publicado en castellano *El reino perdido* y *El libro*

secreto de Ascalón.